

pangea

Parte 3: **ondas** propagándose /

olas ahogando palmas: tocando el cielo

Qrlando
torres

Copyleft © 2019-2026
por Qrlando tqrrres

Algunos derechos reservados. este
libro o porciones de él, no pueden
ser reproducidos o usados de
cualquier manera sin el permiso
explícito del autor, todo aquí son
mentiras.

Impreso en Alemania.
Primera edición, 2026.
ISBN 978-3-6951-1737-6

ondasolas.de

Bibliografische Information der Deutschen Nationalbibliothek: Die Deutsche Nationalbibliothek verzeichnet diese Publikation in der Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte bibliografische Daten sind im Internet über dnb.dnb.de abrufbar.

Die automatisierte Analyse des Werkes, um daraus Informationen insbesondere über Muster, Trends und Korrelationen gemäß §44b UrhG ("Text und Data Mining") zu gewinnen, ist untersagt.

© 2026 Qrlando Tqrrres

Verlag: BoD · Books on Demand GmbH, Überseering 33, 22297 Hamburg, bod@bod.de

Druck: Libri Plureos GmbH, Friedensallee 273, 22763 Hamburg

ISBN: 978-3-6951-1737-6

Índice

9 Otoño III / Quiebres	513
Oktober(fest)	515
problema,	527
Sofá azul	528
Sofá azul	536
Bonsai	543
Irascible	561
Berlin	569
De vuelta	574
Navidad III	577
 14 Capítulo 7: Siete : 7	 599
Ugh	599
Harper Road	603
Harper Road	604
لجونا	605
Carpe Diem	632
Arroz con pollo y mole	655
Stumm halten.	663
Epílogo	671
 15 monte	 693
sol / verano (iii)	693
“ <i>joh, el culiao pesao’!</i> ”	697
nuevos comienzos	706
Burgfest	711
Carencia	735
La venganza de los ruidosos	743
ñañas	746
La ruta del camarón™©®	753
19.09.2017/1985, 13:14:40 UTC -5, 8.1/8.0	761

Octubre	763
mae	776
Horchata	780
¿Hamburgo?	782
Schönes Wochenende	786
Cuadros se convierten en triángulos	789
Pals	794
El hombre planta	797
Los Mochis, Sinaloa	810
Ciao cabros!	820
Drago	820
 16 Antepenúltima	 837
Ñañas III: Quiebres	837
indio picarón	844
Pintoras	847
lagos congelados	852
modelo en lata	856
jacinta	856
Tempe	859
Alas picantes	860
Verano	870
(sí, hombre, a la verga, ya todos los pinches capítulos se llaman igual y ya ni los estoy numerando)	870
El pinche fut	874
Ámsterdam, 3	880
Anatema	888
Antepenúltima	892
Ensenada	906
Old Cava	909
india	924

mochis	928
Mariana	932
17 Última	937
Agradecimientos	938
Navidad V	940
Praha	952
2019	959
Última	960
Siete historias	965
Currywurst picante con Lukas	966
Daria	971
Japón	976
Dos pistas	976
Más historias	980
Procedimientos	980
Mensajes cortos	981
Camilla	982
Misterios	983
18 Llegar	985
Ignacio	985
<i>And thus, boy meets girl</i>	988
Ende	988
30 epílogo	1000

9 Otoño III / Quiebres

Quebrada

El otoño es un periodo de transición que hasta hace poco desconocía.

En su colección de ensayos "La anatomía de la crítica" de 1957²⁵⁵, encontré la *crítica arquetípica: Teoría de los mitos* de Frye que habla de la teoría del *mythos*, sobre las estructuras del significado que se utilizan para analizar los poemas, que en su percepción, tienen una estructura metafórica de patrones estáticos. Para eso, se utilizan movimientos cíclicos de alternación para proveer el proceso de ritmo, como formas de movimiento rotatorio. Para Frye, parte de este ciclo involucra la vida y la muerte, representando el otoño a la diosa de la vegetación, en su ciclo de muerte o descenso, o en palabras de Frye, el *mythos* del otoño está dictaminado por la tragedia.

Al otoño lo desconocía antes de llegar a Alemania. Las hojas amarillas que nunca había visto, por vivir en BSh o CWa, y terminar afortunadamente en Cfb, me intrigan. Todo se convirtió en una espiral de amargura ese segundo año de cagada que no terminó sino bien pasado julio del siguiente. Así, este capítulo desciende lentamente hasta el fin del próximo, lentamente, en espiral. En espiral.

²⁵⁵Frye, Northrop (1957). *Anatomy of Criticism*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press. ISBN: 9780691069999 p.131-239 (PDF 148-246).

Oktober(fest)

*When it rains, it feels like shame
Remind yourself after work
To find a new city to blame
Lock yourself in the house
Sometimes you'll laugh so hard you'll cry*

October All Over de *Unwound*, décima pista del álbum *Leaves Turn Inside You*, lanzado el 17 de abril de 2001 por Numero Group.

Desde hacía días *en* mayo, no hablaba con ~~Aljondices~~, la de los chocolates en Ámsterdam y la de la mota en la calle de las pirujas. Estaba ocupada cambiándole machín y embobada en eso de estar pisteando cuando me ofrecía té, y no buscando si nos podíamos dar unos becerros, pero tristemente con ella no hubo entrada porque me enteré, de segunda mano, no por ella, que tenía un novio del que nunca me habló. ¿Qué es eso que se siente aquí, como feo?



Sí, fueron celos. Estaba celosa que no me dijera nada sobre el novio, y sentía celos. Porque por tonta cabezóna me decía que lo de ~~Aljondices~~ era solamente amistad, porque todas esas veces que la veía de cabeza, ya medio peda, lo que quería era agarrarle la carita, abrazarla, y sentirle

las chichis en la panza. Porque, según yo creía, en verdad me gustaba esa mujer, pero no solo porque me sentía sola. Le sentía un de cariño cuando acompañada me encontraba ahí, fumando cigarrillos en su balcón, hablando de películas de Jarmusch (que nunca vi) y las bandas horribles de música de *post-rock* que escuchaba y que yo odiaba, excepto *65daysofstatic*. Sentía la compañía en la música que no sentía desde que me fui de Guadalajara y dejé atrás a la gente del Internet que sí quería, como esa vez que fuimos a ver a Mother's Cake al Jubez y luego la acompañé a ver a Hauschka, que no me gustó tanto, o la vez que fuimos a München a ver a Mew, porque me quería acordar de Melissa y de María Aída: Tomamos un autobús culero de Flixbus y porque no queríamos gastar en un autobús de vuelta, esperamos hasta la madrugada para volver en un tren barato y lento. En el concierto, miraba a una muchacha que iba pintada de la carita y cantaba las canciones del disco nuevo (en ese entonces) y pensaba: "*Pinche morra ridícula, a la verga, a nadie le gusta el disco nuevo*", y disfruté mucho She spider. Salimos del concierto y fuimos a esperar la mañana a un McDonalds en Marienplatz, donde una señora con harapos se nos acercó a sacarnos plática, y decirnos que visitaba Heidelberg seguido, porque una hija de ella vivía ahí. Jamás volví a saber nada de la señora, porque le dije que nos encontraríamos, si el destino nos unía después. Volvimos a Karlsruhe en tren económico y se me durmió un rato en el brazo. Así seguimos, tomando té cada tanto, y yo ahí de perra arrimada, haciéndole segunda para las que fueran.

Así eramos amistades, y no había ningún problema con nuestras heterosexualidades intactas. Aún así me sentí engañada cuando me dijo lo del novio. En mi mente, mi molestia era porque no me dijo que tenía novio. En realidad, estaba molesta porque yo me

enculé de la nada, y nunca le dije algo, porque ¿Cómo? si somos amistades, y las amigas no se culean. Las amigas, se respetan.

En mayo, nos vimos después de haberla ignorado durante varios meses, diciendo que estaba ocupada, que no tenía tiempo, y que la verga. Dos meses ignorándola hasta ese día de mayo, en el que tuvimos que vernos. Llegué justo a tiempo a presentar unas chingaderas de la escuela, así que no tuve tiempo de la premiga amistosa de cómo van las prácticas en Friburgo de Brisgovia, qué cuánto te pagan, que qué has hecho, perdida. Presenté y saliendo, encontré un pequeño grupo donde estaban Roman, Doyeong, los indios, y a la vuelta, ~~Agnadpilesa~~. Yo estaba activamente ignorándola, porque no quería hablar con ella de los temas del corazón, porque no estábamos hablando. Pero ella lo notó. Y me preguntó que *what's going on why are you not talking to me*. Le dije: "*I don't know ¿Maybe we should not talk that much anymore?*". ~~Agnadpilesa~~ estaba visiblemente molesta. Me preguntó: *¿But why?*, y la respuesta era: Porque soy un cobarde. Pero no le dije nada. Me quedé callada, y ella se exasperaba cada vez más, y más... hasta que fue demasiado, y me empujó, presionando mi pecho, y finalmente, me abofeteó y se fue. Roman estaba a un lado mío, y Doyeong estaba detrás de ella. Se quedaron mirando, y Roman dijo: "OK, I'll bounce", y Doyeong siguió a ~~Agnadpilesa~~. Y yo me quedé ahí, sola, tomando una cerveza, y ya estando en soledad, me fui a la verga pa'l cantón. No supe nada más de ~~Agnadpilesa~~, hasta finales de septiembre de ese año, En el Oktoberfest.

Técnicamente, mi presencia no era algo esperado en esa visita al Oktoberfest. Originalmente, otra persona iba a ir a ese viaje: Monika, una psicóloga polaca muy agradable, algo ojona y nerviosa, no iría al viaje y cedió su boleto. Monika, que era ocupacionalmente psicóloga, siempre terminaba dándome el avión porque me ponía a hacerle preguntas demasiado rebuscadas de por qué le hacía tanto al cabrón y por qué soy como soy, pero nunca había una respuesta seria porque no le estaba pagan-

do para tratarme, luego entonces, mejor se reía, nerviosamente. Fuera de eso, era buen pedo pero no pudo ir en esa ocasión. Sagar, que tenía meses sin contactarme, me invitó por mensajería instantánea medio a quemarropa, y como nunca había ido a München a un Oktoberfest, consideré que sería una buena experiencia, aunque no me hubiesen invitado antes, ~~las culeras~~, a la verga. Me preparé con una sudadera Nake-tano de patrón de tigre que compré cuando llegué a Alemania hacía dos octubres, y cuando llegué a la entrada de la estación del tren de Karlsruhe para partir a München, vi a ~~Agnadokias~~, que estaba diagonalmente posicionada de mí, en silencio. Su cabeza que hasta ese momento estaba adornada por un cabello sumamente largo y castaño y con rastas, ahora portaba una evidentemente calva cabeza, mientras fumaba un cigarrillo aprisa. No hablamos y el grupo se dirigió al tren con cinco minutos para salir. Ya en el tren, de repente, la volteaba a ver pero ella no me miraba. Nunca.

El viaje de Karlsruhe a München dura tres horas con seis minutos, en el tren InterCity 2261 saliendo de la *Basel Badischer Bahnhof* a las seis de la mañana, llegando a su destino, en München, en el estado de Bayern, a las 11:11.

En el camino, Sagar dijo: “*Come, let’s go sit at the café, there is always space there and we can sit and have a beer*”. Sagar se montó en una de las mesas con sillas periqueras, y nos pedimos una cerveza para ir platicando en el camino, de cómo se convertía lentamente en un pequeño microempresario con más dinero que experiencia, por hacer todo excepto en una pequeña empresa suiza durante sus prácticas profesionales. ~~Agnadokias~~ estaba en una silla opuesta a nosotros. Callada. Sagar me hablaba de cómo su jefe lo llevó a no sé qué fiesta, que había mucho dinero involucrado. Últimamente, Sagar me tenía un poco harto con sus pláticas de dinero, y que tenía un gran futuro en no

sé que mercados, y algo de unas presentaciones que hizo en convenciones comerciales en Europa. Me parecía que todo lo que hacía tenía que ver con dinero, y a ese tema del dinero le tengo muy baja tolerancia porque todo tiene que ver con el dinero, dinero, dinero, dinero, dinero, por lo que le ponía poca atención mientras pasaban las estaciones aprisa. Yo lo que tenía duda era porque vergas estaba esta pinche vieja pelona, si le veía su calva cabeza de lejos, pero no le podía preguntar porque se hacía a un lado y se iba del otro lado de donde yo estaba. ¿Qué pedo con esta pinche vieja pelona? Llegamos a las once de la mañana a la estación de tren de München, pero el festival no abría sino hasta mediodía. Fuimos a un kiosko a comprar cervezas cerca de la entrada a Theresienwiese, y como la entrada estaba cerrada nos quedamos afuera a la sombra de unos árboles, donde había unos jóvenes vestidos con *Lederhosen*, tirados en el suelo, ebrios a más no poder. Me encontré 10 euros tirados en el piso, que consideré un *freebie*. Nos quedamos afuera platicando porque todavía teníamos las botellas llenas en la mano y se sentía demasiado temprano para estar pisteando. Ya con las manos vacías, entramos al festival tras una pronta revisión de búsqueda de objetos punzocortantes, y ya adentro tomé fotos de lo desagradable que era todo el ambiente: Basura rebozando de todos los receptáculos de basura, gente tirada en el suelo llenos de vomitada, gente sobria en los juegos mecánicos riéndose, y muchísimos turistas gringos horribles queriéndose hacer los comediantes con gente desconocida. Y sí, a la verga, desprecio el turismo gringo. Técnicamente siendo turista en Múnich, a fin de cuentas: Aquí nada más de visita. Técnicamente, soy una forma de turista en Alemania, a menos que me integre, si no, salgo en el primer vuelo a Ciudad de México con un recibo de pago por las molestias. Esperemos no suceda pronto. Nunca sobran los gringos sedientos que van por el festival ofreciendo cerveza a las morras en *Dirndl* mostrando las chichis, y

viéndolas solas, porque los vatos colmillentos así nacemos, así vivimos, nos parece una interacción agradable. Encontramos una de las carpas disponibles con libre pasosin reservación y pedimos una cerveza, que descubrimos estaba sumamente cara: Once euros por litro. **Ay cabrón, a la verga.** Con dolor, pagué el cervazón (caliente, por cierto) y haciendo caras, me la besuqué, disfrutándola breve. En la carpa me encontré con Rafael, un muchacho biroló que conocí en *couchsurfing* que le encanta viajar y beber cerveza. Nos saludamos y brindamos. Lamentablemente, yo tenía poco dinero en efectivo, unos cincuenta euros. Con un costo de €10,70, no llegaría muy lejos en el festival sin sacar dinero en un cajero de esos que son de truco y que cobran muchas comisiones. Por ahí un *Trinkgeld für die Kellner*, para las Coken, para los Bolillen. Me terminé mi litrón de cheve y salimos de la carpa a aventurarnos otra vez a eso de las 3. Nos metimos y salimos de algunas de las carpas donde todavía dejaban pasar sin reservación: A la Augustiner, la Fischer-Vroni, y a la Löwenbräu. En una pequeña sección a la salida de la carpa, entramos y salimos cada tanto a fumar un cigarrillo. En una de esas salidas, se me perdieron las amistades. Se perdieron de mi vista, y en mi momento de estar **perdida/pérdida**, me acerqué a un grupo de señores hablando Español que se presentaron como Atlas de México cuarto grado: *¡De Perú!*, *¡De Guatemala!*, *¡De Ecuador!* – emitieron. Me preguntaron que qué tomaba, les dije que me quedaba un chato namás, y como los amigos del capitán planeta, unieron sus tarros para completarme²⁵⁶ una cerveza. Siguieron platicándome que hacían pero ya no les entendía porque el *Schlager* estaba sonando muy machín y ya me estaban hartando a la verga, entonces me escabullí unos minutos después y me salí a fumar, viendo a un par empujándose salvajemente. De vuelta a la carpa, y con poci dinero, di vueltas tomando tarros abandonados y convirtíolos aquel en míos propios.

²⁵⁶ Aquí espero que mi mujer lea esto y me diga: “Ay, Qrlando, ¡Chingada madre! Acompletar no existe” – pero dado que este es MI libro y MIS reglas, a la verga, me paso por el fundillo lo que diga la RAE, lo que diga el Instituto Cervantes, y lo que diga mi mujer.



Nunca le he temido a comer cosas que me encuentre en la calle.

Cuando vivía en Guadalajara, todos los viernes, sin falla, antes de ir a casa de mis tíos en Analco, bajaba en la estación Juárez desde la estación Periférico Sur de la línea 1 del tren ligero de Guadalajara, porque los viernes tenía tiempo de caminar a casa, supongo, sin las prisas del día a día, para comerme unos tacuaches barañas. Me bajaba²⁵⁷ por las escaleras que suben²⁵⁸ por Federalismo frente al seven eleven. A un lado de la tienda de conveniencia se encontraban los tacos "El Pastorcito", costando apenas tres pesos por pieza en 2006. En el verano de 2007 el precio se infló a tres y medio pesos, arruinando completamente mi planeación financiera semanal: Costando un peso con setenta y cinco centavos los Transvales, que eran boletos de transporte público subsidiados para estudiantes y poblaciones vulnerables, los adquiría cada mes en una pequeña oficina detrás del edificio Mulbar por Avenida Manuel Corona. Compraba con setenta pesos el transporte del mes, y pagaba hasta 30 pesos por comer en la escuela, y de cena lo que encontrara en casa de mis tíos. Con 500 pesos semanales alcanzaba para subsistir y pistear el fin de semana sin temor. Los taquitos subieron a tres pesos con cincuenta centavos, entonces ya no me podía comprar tres taquitos, dos de pastor y uno de suadero, y cuando estaba de buena suerte, había salsa de "aguacate" (o una salsa verde con textura aguacatiente que en realidad estaba hecha con calabacín), puesto

²⁵⁷O bueno, me subía porque el metro va por debajo de la tierra.

²⁵⁸Así lo escribí, no lo pienso corregir, a la verga.

que tendría que gastar 10 pesos con cincuenta centavos por tres taquitos, arruinando las matemáticas y las finanzas. Entonces, tendría que comprar cuatro tacos, para que fuera una cuenta completa de catorce pesos, para no tener que cargar con monedas de cincuenta centavos. Hmrrph. Pero divago. Nunca me dieron diarrea claramente siendo los tacos los culpables, a pesar de estar expuestos a la contaminación de una avenida muy transitada y presentar cuestionables prácticas de higiene para lavarse las manos en la parte trasera del local.

La otra ocasión fue cuando me encontré una hamburguesa en el cajero automático de Deutsche Bank en la Kaiserstraße. Era invierno, y cuando llegué, la hamburguesa estaba intacta y envuelta en papel, justo al pie del cajero que utilicé hacía mintos. Saqué treinta euros del cajero automático, y luego toqué la hamburguesa. Estaba perfectamente sellada, no parecía haber sido inyectada con veneno o algún polvo peligroso, así que la inspeccioné de cerca... y no encontré nada. Nada peligroso. Nada... Nada mal. La abrí y me la comí y avisé a Isabel²⁵⁹ tal vez que me comí una hamburguesa misteriosa en el banco... que mandara una ambulancia si no contestaba en 12 horas.

No se necesitó ninguna ambulancia.



Debí de haber completado por lo menos un litro cerveza más de esta manera. Unos veinte minutos después, estaba ya sola. En soledad infame. Caminaba cada tanto hacia la zona de fumar afuera de la carpa, pero sin necesidad de fumar propiamente. Ahí fue que encontré a Sagar... con una muy extraña predisposición. Me dijo, ya medio pedo: “*You should talk, ¿You know?*” y pues sí, debía, pero no me

²⁵⁹Esta Isabel es una que aparece más adelante.

atreví. Algo andaba mal, pero no sabía qué exactamente. Algo. Algo. Alguna cosa. prendí otro cigarrillo y en diagonal estaba ~~Alguno~~ ~~Alguno~~. Me envalentoné y le dije que si “*wanna talk?*”. Me dijo que no. Me dijo que no. Y pues ya, a veces, son cosas que así tienen que pasar. Me acordé, un tanto, de todo por lo que pasamos, y pensé que a veces la gente se va, y no hay nada que hacer para recuperarles.

[PAUSA]

Introspectava. Sería que por pasar tanto tiempo juntas, según yo, pues no había nada ahí, pero era tantísimo, que aprendí demasiado de ella: Le pesaba mucho estar despierta de día, y yo no es que sea el *early bird* personificada, vamos, pero no como ella, le valía verga y se iba despertando a medio día seguido, pues. Le gustaba estar adentro y ver películas soviéticas. Yo, por otro lado, prefería estar afuera, y pis-tear con vagos de la calle. Con el tiempo, y cuando ella me lo permitía, pasamos algunos momentos más intensos junta-s: Una vez, volvíamos de la estación de tren, ya de noche, después de pasar unas horas con Roman comiendo quesos jediondos. Cru- zando un puente peatonal sobre la Kriegstraße, pasamos por un memorial de mascotas... Y colapsó de la nada. Sobre el suelo. Y yo me quedé fría. No podía hacer mucho en la noche con una persona colapsada en el suelo. Se quedó bloqueada, llorando. Esa vez, las lágrimas no fueron por mi culpa. Habló algo sobre un gato que tenía, los detalles me evaden. Pero estuvimos ahí, en ese puente, alguna media hora mientras se calmaba. Cuando se pudo, llegamos a su apartamento, y cuando me dijo que estaba bien, me fui a mi apartamento en bicicleta, cuando todavía vivía en Büchig. Le pregunté por mensajería cómo estaba, y contestó al día siguiente que bien. Las cosas eran difíciles a veces, también. No sabía si podía, a veces. No le entendía, a veces. A veces lo intentaba, pero fracasaba

por no entender las costumbres eslávicas. Pero a veces la pasábamos al cien, como esa vez que nos quedamos en la habitación de Zähringerstraße fumando hasta que cerré las persianas y me quedé dormida y ella no podía acostarse porque soy muy ancho y se fue y me dijo luego que no pasaba nada, o esas veces que nos quedábamos viendo películas mudas hasta altas horas de la madrugada, comiendo arroz quemado pretendiendo que era sushi, y nos reíamos y nos escondíamos debajo de sus cobijas acogedoras y me daba miedo ir a los servicios sanitarios por temor a que escuchara pedos sonoros, entonces no lo hacía sino hasta que llegara a mi apartamento, varias horas después de despertar.

Nos desconectamos, por mi culpa, porque temía que lo que sentía, porque no sabía qué sentía. Supongo que su manera de deshacerse de su cabello largo fue deshacerse de un pasado que le estaba acechando, y nunca me dijo nada, porque en verdad me apreciaba. Pero ya no, ya nada de eso.



Ahí intentamos hablar un rato, pero ya había muchos gringos borrachos haciéndose los ridículos y metiéndose mucha coca en la nariz. La noche se ponía turbia.

A la una de la mañana y nos corrieron a la verga de la Theresienwiese, porque ya era muy tarde pero nos faltaban horas para volver a Karlsruhe.

Los boletos de tren los teníamos hasta las cinco de la mañana del día siguiente, por lo que buscamos algún lugar para seguir bebiendo cerveza y esperar el tren. Encontramos primero un bar con pinta de club nocturno y unas güeras con falda corta muy borrachas bebiendo tragos caros en

vasos cómicamente asimétricos, pero no nos atrajo mucho la idea de beber tragos caros. Nadie de la barra nos puso atención de todos modos, y nos hartamos de estar ahí como marionetas esperando un servicio. Seguimos caminando por una calle aledaña, hasta que encontramos unos tabernáculos agradables de la cervecería Löwenbräu, donde nos sentamos y pudimos pedir unas cervezas a precios razonables, unos 5 euros con ochenta centavos por litro. Estábamos sentados en una mesa grande compartida con otras personas, y a nuestra derecha, estaba un grupo de gente riéndose mucho, y hablando en inglés. Nos saludamos, y nos presentamos: Del otro lado, estaban Donna y Jaylene, una pareja de lesbianas que nos saludaron efusivamente, y Shaun, el hermano de Jaylene. Nos dijeron que venían de Nueva Zelanda, y que estaban haciendo un típico tour europeo, y todo se alineó para que llegaran a München justo para el último fin de semana del festival de Octubre. “¡Awesome!”, les decía, mientras bebía la cerveza, y Sagar estaba del otro lado de la mesa, pero ya demasiado borracho para este punto, y cayéndose en la mesa por el sueño. Jaylene se preocupó y me dijo si el amigo estaba bien. “Yeah, he is fine, maybe he is tired, he needs to sleep a while, we arrived very early today”, Sagar se quedó dormido en la orilla de la mesa. Yo estuve platicando largo y tendido con los kiwis, mientras ~~Agnadópolis~~ cuidaba de Sagar. Yo, seguía bebiendo cervezas auspiciadas por este grupo de gente borracha, y nos tomamos muchas fotos juntos, y nos fumamos todos los cigarrillos de la cajetilla de Shaun. Estuvimos hablando hasta las cuatro de la mañana, y les hice la sugerencia de que nos dejaran acostarnos en el cuarto de hotel en el que estaban hasta las seis de la mañana. Pero ahí fue que llegué a punto crucial en el que me dijo Donna: “Sorry lads, I ’on’t think i’s a good idear”. No se molestaron, pero tampoco estaban encantadas con la sugerencia. Nos despedimos e intercambiamos redes sociales, y desaparecieron entre el gentío que se iba. Sagar, ~~Agnadópolis~~ y yo nos quedamos cerca de una banca, donde empezó a llover ligeramente. Tapé a Sagar con mi sudadera y ya no supe que fue de ella. Era una sudadera

de manchas de leopardo en color azul de Naketano, que compré cuando llegué a Alemania, y que llevé al viaje a Bruselas con la María Aída. Me gustaba esa sudadera. Lástima. La mañana se acercaba de a poco. Ya levantado Sagar, fuimos a la estación de trenes a comprar un pan. Mientras, Sagar se tambaleaba un poco para llegar, comimos algo y montamos a todos en el tren, en los mismos asientos del vagon bistro en el que llegamos. Cansados. Y yo bastante borracho, pero ya de vuelta a casa. Ahí, no hablé con ~~Agnadokisar~~, solo estaba yo cuidando a Sagar, hasta que pidió un café. Un tipo al lado nuestro, algo bebido y muy rojo de la cara, tomó un paquete de azúcar, lo abrió y lo esparció sobre la mesa. Supuse que estaba muy pedo. Empezó a recoger el azúcar con la orilla de una tarjeta, y luego la empezó a formar en una línea horizontal al frente de él y aspiró fuertemente.

A la verga, con este güey, aspirando azúcar. ¿Qué chingados crees que estás aspirando, compadre?

Me quedé mirando. El tipo me dijo: “*Ist gut, ¿Na? ¡Freie Energie, für den Körper!*”. Ah, alles klar, Kommisar. Yo sé qué estás haciendo, y yo sé qué estás pensando, pero no es esto, y no es lo que usted cree que es. Me dio más risa que pena, y más respuestas que dudas. Sagar seguí ahí, con la mirada perdida, y ya sentía por qué las cosas estaban mal y no hablábamos tanto. Y el problema era que la distancia entre Sagar y yo se había hecho una brecha increíblemente angosta, pero profunda e irreparable en este momento. Ya no era el tipo sencillo que conocí hacía dos años en ese hostel donde nadie nos conocía. Se lo tragó el poder y las responsabilidades corporativas. Lástima que nos perdimos, amigo. Lástima, pero supongo que a veces, así son las cosas.

~~Agnadokisar~~ y yo nos despedimos en la estación de tren, y dijimos que nos veríamos después. Después. Pero eso nunca llegó. Por otro lado, tenía un pequeñísimo

problema,

puesto que ~~Alejandritesar~~ me mandó un mensaje de texto.

La existencia de ~~Ajnadqlitasr~~ y ~~Alejandritesar~~ en paralelo representaba un **problema** significativo, porque ~~Ajnadqlitasr~~ no tenía que aparecer en esta historia, fue circunstancial, y ~~Alejandritesar~~ estaba lejos. No había nada entre ninguna de nosotras. Estaba entonces embrollada, súbitamente, en un triángulo de amor bizarro, la banda de post-punk español de los 00s. Ahora, el **problema**:

Tenía tanto sin saber ~~Ajnadqlitasr~~, que la extrañaba, un poco. Pero al mismo tiempo, no quería saber de ella, porque creía que habíamos dejado eso de lado, y estaba contenta sabiendo que había desaparecido, y que no había ningún daño. Tal vez, ~~Ajnadqlitasr~~ un poco herida porque desaparecí, pero ya estaba acostumbrado a desaparecer de la vida de alguien querido. En diez días, estaría en avión en dirección a Alicante más un tren y vería a ~~Alejandritesar~~, otra vez, pero sin intenciones de nada.

Pero pues así se llega a hacer más problemas, a la verga.

Había, entonces, el gran **problema**: Un tipo en *couchsurfing* me mandó un mensaje, diciéndome: [Hola Orlando, soy Jose de Colombia, necesito ayuda, para quedarme en tu sofá por unos días, si se puede](#). La estancia era de 19 días: Del 9 al 25 de Octubre. Y dije “Mira que para ser webón no se estudia” El tiempo me pareció un poco descabellado, así que le di las opciones pertinentes, que era solo 2 a 3 días máximo, y tener que irse a otro lado el resto, o pagarme por los días que se quedara. Le expliqué las opciones, y me dijo que ya tenía dónde quedarse los primeros días que llegara a Karlsruhe, así que no presté más atención.

Así empezó uno de los quiebres más profundos del siguiente año, y una de las personas que he intentado dejar ir, pero no podría verle de nuevo en vivo y en directo. O tal vez sí. Agh, Cómo odio al jueputa del Jose.

Sofá azul

Al Jose lo odio por muchas cosas. Espiritualmente, estoy seguro que Jose es un tipo muy agradable. El año que tuve que tenerlo en mi órbita siempre supe que una gran cantidad de personas le encontraban amigable, refrescante y relajado. Pero yo no tuve la misma experiencia. Ni cerca. Este es mi testimonio. Jose, entiendo que hay gente que te adora, pero yo te desprecio demasiado.

*Olvidaremos todos esos momentos que juntos pasamos
Te juro que yo no podré olvidar, pues la venganza es prioridad
Celebraremos que todo terminó con un vodka barato
Si quieres cerveza, si quieres, si quieres un poco más.*

Disculpa los Malos Pensamientos, octava pista del álbum *Para Ti Con Desprecio* de Pxndx, lanzado el 11 de mayo de 2005 por Movic / Warner Records.

Estuve enviándole mensajes a ~~Alejandro~~ y decidí por volar el 11 de Octubre a Alicante via Baden-Baden. Quedé con el chingado Jose de que se quedara del 6 al 9 de Octubre, así que era bastante cómodo el tiempo para que llegara, se fuera, dejara todo en orden, y pudiera terminar cualquier cosa pendiente antes de viajar. Jose llegó el 6 de Octubre. Ese día, platicamos algo en la cocina, mientras yo memensajeaba con ~~Alejandro~~, otra, que quería visitarme, para platicar. Como Jose estuvo durmiendo el jueves y viernes en el piso, consideré pertinente buscar sofá para las visitas, en lugar de que durmiere en el piso. Quedé de recoger un sofá el sábado a las 12 del día en Weststadt, cerca de una estación de tranvía. La noche del jueves, Jose compró unos filetes de carne de cerdo, y los preparó para el momento en el que yo llegase de la calle. En principio, no había problema, y yo específicamente le dije que podía usar la cocina a su necesidad, pero en general no me gusta

que me hagan comida, porque usualmente les queda culera, y además, algunas de las sartenes de mi apartamento se queman fácilmente. Llegué para ver una de las sartenes con una densa costra de carne de cerdo, pero no dije nada, solo miré con desprecio a Jose, que me platicaba sobre su vida en Colombia, y que no tenía mucho dinero para empezar sus estudios. Al día siguiente, mi miré con ~~Agnadpicas~~ Agnadpicas, dado que Jose estaría fuera todo el día y la invité a mirar unas películas, el viejo y confiable truco del invitador morbosón. Dado que había visitas en casa, pude pretender que debíamos de ser cuidadoso y no andar intentando intimidades. Pero no, nos dio calor y nos besamos y cerramos las persianas para que nadie nos viera, y ~~Agnadpicas~~ Agnadpicas pasó la noche en la cama. Había algo, sin embargo, que no podía dejar ir: El aliento de ~~Agnadpicas~~ Agnadpicas.



Siendo un fumador (casual) puedo entender el *bouquet* de cigarri-
llo, una ligera pestilencia aquí y allá, pero normalmente no
era un problema. Nos besuqueamos en sobriedad y sin todo ese
al-cohol interfiriendo con el sentido olfativo... la olí.
Siempre me pareció que su olor era inexistente. No olía a
esos perfumes a rosas o a duraznos, tal vez un poco a jabón
de ropa. En este momento, pude oler su aliento a cigarrillo
apagado y mojado. Y no podía dejarlo de lado. Intenté ignorarlo,
pero siempre volvía a atacarme los sentidos. Pensé que dormir
y despertar haría que desapareciera el aliento a cigarrillo
con un poco a hocico matutino, pero no, al día siguiente estaba
igual que la noche anterior. Nunca pensé que eso fuera posible,
pero también recordé lo mucho que fumaba: Hasta una cajetilla
cada 2 días. No lo podía ignorar, y no podía decirle que no
podía dejar de pensar en eso. Me sentía apenada. Pero más ape-

nado me sentí al día siguiente, cuando ~~Agnaldo Piquez~~ se paró en mis pies y me dijo: “¿*Want to dance?*” y se me paró en los pies, y bailé con desgano. Y me sentía horrible, porque no podía dejar pasar que lo que sea que sentía, y yo sabía que lo que estaba haciendo estaba mal, pero ahí estaba yo, husmeando, y evitando tener la conversación. No quería herir la otra vez diciéndole la verdad.

Pensé en la canción de la Arrolladora Banda Limón de René Camacho:

El amor es al natural
No le hace falta tinte a tu cabello
Así luce bello, así me enamoraste
Por tu dulzura yo estoy contigo
Y te elegido porque te admiro como mujer
Por tus tacones te vez mas alta **pero me encanta como**
Me besas cuando te paras sobres mis pies.

Sobre mis pies, octava pista del álbum *Y que quede claro* de La Arrolladora Banda Limón de Ariel Camacho, lanzado en enero de 2008 por Disa, una división de Universal Music México, S.A. de C.V.

A la verga, pinche rolón.

Me llegó un mensaje para *bestätigear* el recoger el sofá azul regalado. Hablé con ~~Agnaldo Piquez~~, y le dije: “*I am going downtown to pick up something, I will be back soon*”. No sé con qué inflexión interpretase “*soon*”, no sé cómo lo escuchó ~~Agnaldo Piquez~~, pero me dijo que estaba bien, y que nos veíamos pronto.

Tomé mi bicicleta y le marqué a Diego, un cabrón ahí nomás, no es importante para el resto de la historia, para que me ayudara a transportar

el sofá. Llegamos al apartamento a recoger la pieza a las 11:59, entramos al edificio, subimos al quinto piso, y tomamos el sofá. El señor me dijo que el sofá estaba *leicht beschädigt*, pero *ansonsten für Studenten ist in Ordnung*. Una de las patas estaba quebrada, y la base tenía una base metálica desoldada. El sofá se componía de 2 piezas, una más pesada que la otra, por lo tanto eran necesarias, por lo menos, tres personas para el transporte. Le dije al señor que *alles klar*, que *danke schön* y bajamos el sofá por partes hasta la entrada, donde empezamos a moverlo lentamente por la calle, hasta llegar a la estación de tranvía, a 424 m de distancia. Tomamos el tranvía a casa, e íbamos hablando que se iba a poner un poco complicado para el tramo hasta el apartamento. En este momento, le mandé mensaje a Jose si podía ayudar con el transporte. No contestó el mensaje, ni lo dejó en visto. Salimos del tranvía a la estación y nos quedaban unos 1150 m por recorrer. Unos 150 m después de empezar, empezó a llover. **Fantástico**. Era una simple llovizna, pero ya era bastante molesto en este momento. Jose llegó, y en lugar de ayudar, solo caminó paralelo a nosotros, dando instrucciones y apoyo moral. **Agh, vaya puto apoyo moral**. 159 m después, me llega un mensaje de ~~Ajman~~ ~~plenas~~. “¿¿¿ Where are you???” – Preguntó. Le dije que *on my way*, y le dije que ya casi llegaba con el sofá. “¿ Wait why didn't you tell me you were picking up a sofa?” – me dijo, y yo me molesté, porque es irrelevante si iba por un sofá o por un elefante, iba a hacer cosas al centro, y ya, **que le valga verga, muchacha**. Le dije que ya casi estaba de vuelta. Discutimos unos minutos mientras luchaba con la llovizna, el inútil de Jose, y la distancia por caminar. 300 m más. Faltaban apenas 4 cuadras. Me dijo: “*You know what, I will go have a smoke, I will see later. If I am not here when you arrive, then I am gone*”.

I am gone. Fuerte declaración.

Caminamos y una cuadra antes de llegar a la puerta del apartamento, la llovizna se detuvo, y cuando bajamos el sofá por las escaleras, vi unas colillas de cigarrillo en el pasillo... y la cama hecha. Y el apartamento,

vacío.

Chale, a la verga.

~~Algunos~~ desapareció. Después de este momento, ya no volví a verla. Desapareció, y no supe si en verdad fue que me fui demasiado tiempo, si fue la aparente mentira que dije, o si ella sintió la distancia que puse cuando me fui. Pero yo no quería lastimarla. En su lugar, lo que hice fue lastimarla más, porque ahora, nomás me la besuqué y ella simplemente desapareció. Pero... bueno, chale, un **problema** menos. Creo.



Ahora, solo me queda el **problema** del Jose que cuando salí a la cocina, me dijo que había usado todo el arroz que tenía, y me dijo: “Ah oye, no, pero sin cuidado, yo te repongo el arroz ahí prontico”. “Pues eso será hasta el lunes, porque ya van a estar el mercado cerrado”. Pero el **problema** no era el arroz. Intenté de la manera más correcta de decirle que ya no podía estar en mi apartamento a la verga. Comencé con “Oye, bueno, necesito que dejes el apartamento porque me voy pronto, ¿Ya tienes dónde quedarte?” Cuando le dije eso, el Jose puso una carita de desolación como de perro atropellado, y empezó con una salivero a la verga, diciéndome que no tiene plata, que viene con apenas unos pesillos, y que “No, pero no te preocupes, yo arreglo, o bueno, si me dejas quedarme unos díttas más, no sé”. Ahora, por un lado, odio a las personas que intentan manipularme con su situación económica precaria. Sobre todo si es en mi propio apartamento, y una persona que obviamente no está teniendo dificultades económicas en ese preciso momento. Entiendo el ajetreo, yo lo pasé hacia no más de dos años, pero en este caso podía dejar pasar el hecho que intento ser lo más carita-

preciosa

tiva posible, dadas las circunstancias. Lo escuché y le dije que estaba bien, pero que por favor, se tenía que ir el 11 de octubre, a más tardar. El sábado en la noche, lo invité a la fiesta de cumpleaños de la novia de El diablo, al Badisches Brauhaus, un restaurante céntrico en el centro del centro de la ciudad.

Mi animadversión por Jose se exacerbó de nuevo, puta madre.

Llegamos al restaurante un poco después de las nueve de la noche, y como estaba haciendo algo de fresquete, nos colocaron en una de las mesas del *Biergarten*, con una estufa de exteriores para evitar que se congelara la gente. En la reunión, estaban varias españolas en anonimidad que terminé sin conocer salvo geográficamente: Había un tío de Asturias, una muchacha de Murcia²⁶⁰, y alguien de Alicante, que recuerdo porque mencioné que estaría ahí pronto. Jose se sentó al lado mío, y bebió medio litro de cerveza. Normalmente, no sería tan duro con mi oprobio por una persona que no tiene la costumbre de beber tanto alcohol: Hace ya tiempo que no lo tomo como un determinante si alguien es suficientemente hombrecito o no, pero ya acalorado en la bebida lo escuché empezar a hablar mamadas: “No webón, los hijueptas españoles nos robaron todo el oro”, un tema que ciertamente tiene relevancia en el año 2016, dados todos los abusos perpetrados por el norte global y los nómadas digitales, pero esperar que este grupo de españolas con los que estaban hablando siendo señalados como responsables de la situación ocurrida hace cinco siglos me pareció absurdo. Afortunadamente, las jóvenes no pusieron mucha atención a este bobo 'jueputa, y solamente se rieron, y lo ignoraron. Por mi parte, yo estaba con vergüenza de las mamadas pendejas que este hijo de la chingada, que traje yo, por pendeja, estaba diciéndole a este grupo de desconocidas, y que se convirtió de repente en mi responsabilidad ponerle un tapón en el hocico. Afortunadamente, los tontos borrachones no tienen mucha resistencia a las

²⁶⁰Nada en particular que me haya hecho recordar Murcia. Solo el nombre me llama la atención, con ese acento español característico: Murθia.

inclemencias del clima, así que se empezó a quejar del frío, que en Bogotá la temperatura es una gonorrea, que no sé qué tanta mariquera, y se acostó en una esquina y se echó a dormir. Yo agradecí a los poderes supremos por la bendición repentina, hasta que se acabó la cerveza auspiciada por la cumpleaños. Se pagó la cuenta y nos invitaron a seguir la noche en el Erdbeermund, un bar extraño en una esquina de Südstadt. De repente Jose se me perdió, y como tenía mis llaves no quería que las perdiera. Tuve que ejercer algo de paciencia al ver que no tenía su contacto de teléfono. Volví a ver al chingado Jose adentro del bar, mordiendo ferozmente un enrollado de falafel, regodeándose: “**gvn ni pillaron que me metí así jsjsjs**”. Intentando ignorar a este cabrón, me puse a platicar con unos caballeros de la entrada que estaban fumando medio en alemán, no entendía mucho porque era tarde y estaba cansada y quería que Jose desapareciera del planeta y no volviera a ser mi **problema**, así que nos fuimos temprano, y cada quien se fue a acostar. El domingo intenté no hacer mucho contacto con el Jose, que le dije que por favor buscara dónde quedarse, porque me tenía que ir pronto. A esto, Jose volvió a preguntar si podía quedarse unos días mientras yo estaba de viaje. Le dije que no, porque no soy pendeja, y porque viendo las pendejadas que hizo los últimos días, regresaría encontrando mi apartamento todo cagoteado y lleno de falafel pisado.

El lunes volví a las cuatro de la tarde a mi apartamento... y Jose no estaba, pero sí sus cosas. Hijo de su puta madre ¡Qué coraje! – ebullicí. Pensé que estaría en algún lugar de la ciudad, así que le envié un mensaje a sus cuentas de redes sociales, diciéndole que tenía que regresarme las llaves y sacar sus cosas. Ninguno de los mensajes fueron marcados como recibidos, así que intenté marcar a su teléfono colombiano, sin éxito. Intenté buscar contactos en común, pero no podía pensar en quién. A las siete de la noche, me contesta un mensaje diciendo que está bebiendo unas cervezas, que una disculpa, que ya estaba en camino... llegando a las nueve de la puta noche. **En este**

momento, yo lo que estaba pensando, porque tiendo mucho a la exageración y esquizofrenia cuando me encabrono, es que este hijo de su puta perra vida de Jose estaba planeando no llegar sino hasta el día en el que yo no estuviera, para no tener que cambiarse de lugar, y no tener más problemas hasta que yo volviera. En este momento, la semilla del odio por el Jose se plantó profundamente en mi alma. Estuve esperando hasta las nueve de la noche que llegó Jose con un cabrón queriéndose hacer el chistoso hablándome en español con acento alemán, yo pensando “¿Qué, a la verga? ¡Déjame en paz, a la verga!”. Su nombre no recuerdo, pero ayudó al chingado Jose a llevarse bolsas. En la puerta, me entregó las putas llaves.

Dada la información que tenía en este momento, asumí que Jose lo que hizo fue buscar al único cerrajero en todo Karlsruhe u otra ciudad que podría sacar una copia a las llaves, con el fin de regresar a mi apartamento cuando yo no estuviese. Pero qué mamadas digo. Puta pinche paranoia. Fin de la primera parte de la saga del puto Jose. Cómo te odié, a la verga.

Hice mis maletas esa noche y al día siguiente tomé el tren al aeropuerto de Baden-Baden. Como venía apresurada, no compré el boleto del tren pero dije “no hay **problema**, a la verga”, porque solo eran 2 estaciones a Rastatt. Se complicó la situación cuando hubo control de boletas, empezando por el otro lado del vagón. Mi corazón empezó a latir a centenas de pulsos por minuto porque se acercaba pero yo estaba a menos de dos minutos de mi parada. Me acerqué a la puerta, e hice la mueca de buscar el boleto en mi cartera, que ya estaba vencido, y además no era válido para el momento en el que estaba viajando. Sonó la señal de parada, y dijeron por el altavoz: “*Nächster Halt: Rastatt. Ausgang Fahrtrichtung: Rechts*”. Los controladores estaban todavía a cinco personas de mí, por lo que pude salir justo a tiempo para salir apresurada del tren, recuperar mi aliento, y tomar el autobús al aeropuerto.

Próxima estación: Alicante.

el llano

Encontré la puerta 5 del aeropuerto señalando el próximo vuelo a Alicante a las cuatro de la tarde. Alacant, para las catalanes.

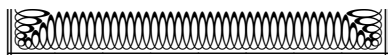
Alicante proviene del árabe, Al-Laquant ó **أَلْقَنْطَرَاءُ**, del romano Lucentum, dependiendo a quién se le pregunte. O bueno, depende de la postura política respecto a la inmigración, la independencia, directamente correlacionado con cuánto **لِحَكْلَا** se haya consumido previamente para evitar los dolores de cabeza por discusiones inservibles de temas políticos que poco se entienden.

Lo único que sabía de Alicante era que se podía llegar en avión desde Karlsruhe, y que era lo más cercano a Albacete sin tener que pasar por Madrid via Frankfurt. Visto de otro modo, quería viajar barato sin tener que llegar a putas Frankfurt Hahn otra vez. Afortunadamente llegué alrededor de las 19:20 al aeropuerto de Alicante, por lo que estaba oscureciendo de a poco. Miré que había transporte público a la ciudad, por lo que salí a buscar un autobús para cogerlo, pensando que podría hablar un poco en español con el conductor sobre los pormenores de la travesía. Le pregunté, cohibida: “Perdone, ¿Con este bus se llega al centro?”, diciendo el conductor: “¿Pues a dónde más, subes? Que salgo pronto”, asentí y le di un billete de diez euros, a lo que el conductor, exasperado, comentó: “¡Pero es que no tengo cambio!”, y sin darme el vuelto, siguió refunfuñando sobre el cambio, que eran cinco euros. Confundida me fui a sentar a unas sillas de distancia, encabronada por la falta de tacto, y esperé pacientemente a llegar a la estación a la que iba. “Vaya cabrón hijo de la chingada”, – pensé. El camino era oscuro pero a través de una

carretera suficientemente iluminada. Miré el mapa y tenía que hacer un cambio en Puerta del Mar a un tranvía directo a El Campello. Miraba, sin éxito, la oscuridad del mar del lado derecho del autobús, que se miraba apenas. Unas paradas después, me llamó el hosco conductor para darme unas monedas de cambio. Bajé enseguida en Puerta del Mar y tomé un tranvía a Fabraquer, una estación a un lado de la playa donde caminé algunos metros hacia el hostel “Hakuna Matata”. Yo pensé que tendría una agradable experiencia de hostel, con gente joven vestida en bikinis reveladores bebiendo una cerveza fría y hablando de sus viajes por el mundo. Lamentablemente, el lugar estaba vacío y misteriosamente callado. Llegué a la recepción, donde había un hombre panzón y canoso de avanzada edad que me recibió y me dijo los pormenores del edificio: La localización de la piscina, dónde está el café, dónde está la cocineta y las duchas y baños. Le pregunté por qué no había gente, y me dijo: “¡Ah, sí, ahora e’tá muy calla’o, pero hace 2 días esto estaba a reventar!”. Me dijo que si quería comer algo, podía encontrar algo en El Campello, el pueblo justo al lado del hostel. Dejé la maleta en el cuarto y me aventuré a la calle, que ya estaba oscura, y caminé por la calle Sant Bartomeu, igualmente solitaria. Llegué a El Campello, y para mi sorpresa todos los restaurantes que busqué en línea estaban cerrados. Refunfuñé. Caminé algunas cuadras buscando algo abierto, pero lo único que encontré fue el parque central, que tenía algunos juegos mecánicos y un puesto de papas en espiral y salchichas. Supuse que eso era mejor que nada, y me pedí unas espiropapas con cátsup. 10/10, volvería a comerlas. Miré al final unas empanadas argentinas “*La concha de la lora*”, ríole y envíele una fotografía a Valentina, por si acaso, aquél. Seguí caminando hasta que encontré un bar abierto cerca de la playa, donde me senté afuera a esperar a que me atendiera una mesera. “¿Qué va’ a querer?” – me preguntó agresivamente. “¿Una cerveza, de cual tienen?” – pregunté un tanto inseguro. La mesera se mofó un poco y dijo: “Pues las de siempre, Mahou, Estrella”, mientras golpeaba con su bolígrafo su pequeña libreta para las órdenes. “Una Estrella”, le dije, y me contestó: “¿Pero qué? ¿tercio,

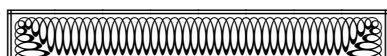
caña?” – preguntó exasperada. “Caña”, me dijo. Se fue y volvió con una cerveza de 200 mL, que bebí no muy apresuradamente. La playa estaba queda, rompiendo a lo lejos, casi imperceptible. El bar estaba bastante vacío, salvo yo y unos señores quejándose del gobierno (qué raro), viendo alguna repetición de juego de fútbol en una televisión en la esquina cercana a una ventana decorada con pegatinas varias de bandas que posiblemente ya no tocan juntas. Terminé de beberme la cerveza y pagué en efectivo dejando propina nula, y volví al hostel sin prisa por las calles solas. En el camino, vi que había unas personas en una caravana con vestidos oriundos de la región, pero no supe qué hacían exactamente. Les fotografié de igual manera. Llegué al hostel y en el cuarto, había un hombre rubio en todo el cuarto: Un alemán que estaba de visita igual que yo pero por un período más largo. Como empecé la conversación en inglés, terminamos la discusión en inglés, pero solo dijimos de dónde veníamos y que el volvía esta semana a Alemania. Eramos los únicos en esa soledad, y mira qué puta mala suerte que fuera un alemán al que me terminé encontrando en España.

En la madrugada, escuché truenos retumbando en el cuarto. Todo estaba oscuro, pero igual me levanté a ver qué vergas estaba pasando: Eran barcos en la cercanía, porque a las cinco de la mañana, comenzaría el *desembarco moro*. Puta madre, solo dormí 5 horas. Ya después no pude dormir mucho, porque era mucho el ruido y la bulla afuera. Salí a las nueve de la mañana hacia la estación de tren, y como sabía que no vería el mar por varios meses, miré la playa queda, sonreí, y tomé el tranvía. Llegué a la estación central de Alicante, y encontré boletos para salir a las 10:57 AM, llegando a las 11:47 AM a Albacete.



No estaba del todo segura por qué estaba yendo en ese tren a Albacete. “Turismo”, me decía, pero por otro lado, yo sabía

que iba a ver qué pedo con la ~~Albacete~~. “A conocer la madre patria”, le llamarían algunos mamones que se adjudican la nacionalidad española porque les gusta ver al Real Madrid perder, o fueron bautizados Iñaki. Pero sí, era primordialmente ver si había besos con ~~Albacete~~. Teníamos desde agosto escribiéndonos, pero nos escribíamos tan poco y tan esporádicamente que no se parecía nada a otras veces que me había encontrado a ~~Albacete~~. Ella me hablaba sobre tomates y verduras varias que recogió ese día de la huerta. Eso me parecía interesante y admirable, puesto que no había conocido hasta ese momento una persona tan empeñada en salvar al planeta tierra como ~~Albacete~~. Me debió mandar unas quince fotografías de los frutos de sus jardines comunitarios, y una docena de ligas de páginas de Internet dubitativas culpando al gobierno de la situación terrible en la que se encuentra el sistema sanitario moderno. Debí ver a toda su familia en fotografías unas tres veces. Encontraba agradable que alguien me abriera las puertas de su vida así nada más, a conocerla a fondo sin conocernos en absoluto - (en realidad).



En eso pensaba en el AVE en dirección a Albacete, mientras las montañas desaparecían y quedaba una planicie BSk / Cs. Llegué a la estación de trenes de Albacete - Los llanos, populada apenas cuatro plataformas y una aridez que no veía hace tiempo.

El nuevo temor recurrente que se me avecinaba era me abandoná- sen en una estación de trenes. Supongo que traumas de aquella vez en Bruselas que tuve que dormir detrás de un barandal. ¿Existirán los hostales en albacete? – Pensaba, bajando las escaleras hacia la salida de la estación. Llegué a la entrada del edificio y

no vi caritas conocidas de pronto. Me dio un poco de nervio. Miré el teléfono móvil, pero no vi ninguna notificación. A lo lejos, la vi. Esta vez, me salvaron. ~~Alcaldía de la Ossa~~ me esperaba afuera, vestida con una gabardina negra, porque hacía algo de viento y estaba nublado. Al fondo, una planicie.



Este pueblo que también recibe su nombre del árabe **حاييسبتا**, o Al-Basit. *El llano*. Sin llamas. Vaya, ¿Quién pensaría que había tanto **color** musulmán en nuestro lenguaje?

Nos abrazamos en el llano, y caminamos. “Esta algo lejos, donde vivo” – me dijo. “No hay pedo, estoy acostumbrado a los malos tratos”. Reímos y me mostró la primera gran parada de mi tour por **حاييسبتا**: La glorieta de las ranas. Y bueno, era eso. Unas ranas. En una glorieta. “Mira que no es nada impresionante, ¿Eh? Pero su encanto tiene”. “Sí, no, está bien, me gustan los pueblos pequeños”. Me iba diciendo mientras caminábamos sobre las amenidades de la ciudad: La calle Alcalde Martínez de la Ossa, atravesada por un parque lineal largo, ahí, le dije que las casas me recordaban algo a la ciudad de México, por el centro histórico, o partes de Guadalajara... todo era tan familiar, y a la vez tan... extraño. No vimos gran cosa interesante porque Albacete no es interesante, me dijo. Albacete no tiene nada interesante – me preguntaban frecuentemente. Y no, no sabía.

Lo siento, albaceteñas, todas las personas de España me lo han confirmado. TODAS. Aún a sabiendas de esto heme aquí, por un culo. Llegamos a un punto cardinal de la ciudad: El parque Abelardo Sánchez. Entramos y mientras me iba explicando cosas sobre la flora local, una persona se acercó a saludarla. Yo escuchaba por un lado, intentando no hacer mucha bulla como “el amigo de ~~Alba~~”, pero aún así, me presentó como un amigo que venía de visita. “¡Vaya! ¿De visita en Albañete?”. La primera de interminables veces que escuche el mismo pinche parapeto. Seguimos caminando y dimos unas vueltas por el parque, hasta que me indicó donde era su apartamento. Subimos y dejamos mis cosas en el salón. Nos sentamos en el sofá de un apartamento con decoración que obviamente no le pertenecía ella. “El apartamento es de mis padres, pero es bueno, así porque me ahorro el dinero del alquiler”. Y era notable que había pocas cosas que eran de ella: Algunos libros de plantas y yoga en una parte pequeña del librero; una bicicleta en el balcón, y algunos documentos de sus clases de inglés en el sofá. Fuera de eso, parecía más bien el apartamento de “mis padres, pero ellos tienen otro y me da espacio para vivir sola”. Sí, te entiendo, a mi me gusta estar sola también. – repliqué. Nos sentamos en el sofá mientras miraba los libros que estaban apilados en un taburete: Yoga, yoga, plantas, yoga, agricultura sustentable, yoga, un libro de inglés académico B1, yoga. En un momento, nos quedamos callados, y ella me dijo: “¿Te puedo pedir un beso?”, y le dije que claro. Por qué no. Me dijo: “¿Y siempre eres así de nervioso?”, reí, nerviosamente. Le expliqué que no venía a hacer nada arriesgado, que cómo se me ocurriría, pero que como me habían invitado a pasar una semana de vacaciones, que no podría ir directo al hocico, por no saber cómo estaba la cosa. No pensaría en hacer una tontería cuando tengo que pasar una semana en un hotel o algo peor – En Madrid. ~~Alba~~ me dio un becerro y me dijo que compráramos algo para comer, pero que abrían Mercadona hasta las 3. Ahí nos quedamos hablando un poco de Karlsruhe, y le pregunté de los vacíos espacios que no eran de ella. Me dijo que en eso

estaba trabajando que, vamos, que le gusta la vida minimalista. No inquirí más al respecto. Salimos despacio y me siguió mostrando cosas en el camino al Mercadona. Haciendo compras, me acordé que era vegetariana. Chale, a la verga, bueno, será que me puedo comprar un jamón de menos, para probar – Consideré. Compré jamón y queso, y quería comprar algo burbujeante con azúcar. Ese verano desarrollé el gusto por el agua burbujeante. Busqué líquido efervescente sin azúcar para aparentar salud, y lo más transparente que encontré fue una botella de dos litros de “gaseosa casera”. Supuse que agua clara que se llama gaseosa sería solamente agua con gas²⁶¹, pero me llevé una agradable sorpresa al saber a refresco. Yummy. ~~Alguien me dijo~~ no me dijo nada pero se me quedó viendo, hosca, inquisitiva. Volvimos caminando y vi un receptáculo enorme de basura afuera del edificio de apartamentos de ~~Agua potable~~ al borde de desparramarse. Subimos a su apartamento y acomodamos las bolsas del supermercado en la mesa. Me preparé para cocinar, y busqué las cazuelas, todas bien conservadas, casi inutilizadas. Le pregunté por la sal, pimienta y especias, así como el arroz, para preparar las viandas. “Ahí están en la alacena”, me dijo, mientras acomodaba la basura en el patio de servicio. Encontré el arroz lleno de gorgojos. Lo saqué, confundida: “Oye, tu arroz está lleno de gorgojos”, “¿Ah, en serio? Bueno, es que no lo uso demasiado”.

²⁶¹ Entré en un episodio investigativo que existe una diferencia entre agua carbonatada y el agua *seltzer* o agua mineral. En México siempre la conocí como “agua mineral” porque el agua burbujeante que se conoce es el agua Peñafiel. Cuando fui a ver a una médico en Mazatlán, cerca del mercado, para preguntar sobre mis problemas urinarios, me dijo que no tomara mucha agua mineral “porque me haría daño al riñón”, y yo pensaba “bueno que le valga verga señora, igual es solo agua con carbón”, pero escribiendo esto me pregunté como se llamaría el “agua carbonatada”, porque pensaba que toda el agua burbujeante era agua carbonatada, pero he llegado a la información que los alemanes son los líderes en el agua carbonatada, y que cada quien tiene su marca de agua favorita, así que llevan litros y litros. Por mi lado, estoy contento de que el agua de la llave se pueda beber. El agua potable en Los Mochis era bebible, hasta hace unos pocos años que dejó de serlo. El agua en la ciudad de México nunca fue potable, y en Guadalajara te pone los dientes feos. Dato bien sabido. Excepto en Colomos, una colonia de gente de dinero que sí puede beber agua del grifo.

Chale, a la verga, no sabía que había que comprar arroz también.



Bonsai

Todo lo que sé acerca de la cocina lo aprendí con ~~mi tío Pepe en Guadalajara~~²⁶² : En primer lugar, aprendí que lo más importante que uno puede tener en la cocina son buenos cuchillos. Como en casa eramos aprendices, nos recomendó unos cuchillos brasileños marca Tramontina, que son suficientemente buenos (para su precio) y tienen un mantenimiento relativamente fácil. Mi tío tenía cuchillos Victorinox, dos Fibrox Tranchiermesser de 250mm, supongo difíciles de encontrar en mi México lindo y querido. Mi tío trabajó durante mucho tiempo haciendo comida japonesa con Hiro-San, un señor japonés que residía en Guadalajara desde hacía farias decadas, por lo que tuve durante mi infancia muchos momentos *Karate Kid*, con bonsais y aprendiendo cómo funciona el arroz y el pescado. En ese entonces, mi capacidad de absorción de la información que tenía frente a mí era limitada. Veía solamente cómo mi tío, con una calma infinita, se sentaba durante largas horas después de llegar de trabajar a podar sus árboles, el más frondoso e imponente de ellos adornando el centro del patio interno de la casa en Analco, sembrado en lo que debió ser una bañera en algún momento. En el resto del patio había una cantidad innumerable de plantas, plantitas y plantones por todo el patio, de fuentes

²⁶²Miento. Técnicamente, todo lo que aprendí de cocina fue con el libro de cocina de Mickey Mouse. La versión en inglés fue publicada en junio de 1975, varios años antes de que yo naciera. La versión en español, ni puta idea de dónde encontrarla. Ahí las recetas eran cosas simples, huevos revueltos, y similares. Pero aprendí a usar la cocina porque mi madre y padre me permitieron cocinar desde chiquita. Gracias, padre y madre.

incontables e historias interminables. De fondo, se escuchaban los perros chihuahua (y otras razas infinitesimales parecidas, como el *deutscher Pinscher*) que han recolectado por años y años, ya todos con extrañas y debilitantes enfermedades cardiovasculares, ópticas, et al.²⁶³ La cocina estaba detrás de una sala con una pintura que nunca se movía pero estaba polvorienta por los años. En la cocina, siempre olía a comida, y cuando llegué en 2006 había un refrigerador de los años cincuenta que fue reemplazado por un refrigerador más moderno el año siguiente. Al fondo, una alacena llena de secos, algo dañada por los años y el óxido, sobre todo en las esquinas. Lo más importante que tomé de esos años fueron los cuchillos, o como seleccionarlos, y cómo preparar arroz: Una taza y tres cuartos por cada taza de agua; enjuagar hasta que no salga más almidón mezclado en el agua; poner en una olla y tapar hasta que empiece a hervir; cuando hierva, destapar un poco y cambiar a fuego bajo; Dejar entre 15 y 20 minutos, sin mover el arroz. Esta técnica la utilicé hasta que compré una arrocera, sin embargo, los resultados que obtenía eran típicamente entre malos, pésimos, y excelentes en ocasiones especiales. Cuando me iba bien, solo quemaba la capa inferior y me daba por bien servido. Lamentablemente, este método funcionaba bien solo con algunas cocinas, porque la cantidad de calor absorbe la olla no es igual para todas las parrillas. Podría llegar a pensar que es no determinístico y no se puede determinar de otra manera que no sea fallando muchas veces, hasta que funcione bien. Una arrocera, por otro lado, es el único método infalible para cocinar arroz de manera repetible y confiable. Yo sabía que una arrocera era una herramienta de la cocina que era

²⁶³No es broma, la perra más sana de todas era una chihuahua, la campanita, con serios problemas de actitud que tenía la cadera torcida y no podía tener cachorros por eso. El perro más viejo, Doroteo Arango, era un perro pequeño y pachón que no la hacía de pedo nunca. Maravilloso perro, yo creo que se murió hace tiempo, insorpresivamente.

barata y eficiente, pero nunca compré una porque tenía una obsesión con comprar una arrocera de presión Cuckoo, porque me gustó mucho cuando me prestaron aquella en navidad, y es fantástico tener electrodomésticos que te hablen en coreano. Lo otro que aprendí fue a mantener los cuchillos afilados, porque no tener cuchillos afilados es una receta para el desastre: La mayoría de los accidentes en la cocina ocurren cuando no se tiene cuchillos bien afilados [CITA REQUERIDA]²⁶⁴, por lo que la primera gran compra que hice estando en Alemania fue un cuchillo de chef, de los baratos del TK Maxx, e intenté comprar una piedra para afilar, pero... Ugh, bueno, mejor que ningún momento para hablar de esto: En esos tiempos cuando recién llegué a Alemania, me di cuenta que enfrente de la entrada del instituto de Karlsruhe hay una tienda de cuchillos. Siendo un fanático neófito, lo veía cuando salía y me dirigía al hogar, pero nunca tenía una buena razón para entrar. Una vez me animé a entrar, pero hice mi investigación previamente para no verme tan pendeja frente al dueño: Necesitaba una *Schleifstein*, o *Wetzstein*, así que busqué en el traductor de Google que resolvió a *Messerschleifstein*, aunque posiblemente sería suficiente decir alguno de los anteriores. Pero bueno, pensé, se entiende. Entré a la tienda y le pregunté al tipo si tenía *Schleifstein*, y empezó a decir muchas palabras que no entendía, entre ellas *Stein*, ¡*Stein!*, y muchos números: 100, 200, 400... yo no entendía nada, y solo le señalé una piedra que estaba ahí. Me dijo que, supongo, si no sabía qué quería, que por

²⁶⁴De acuerdo con Wassif, et al. (2024) (DOI: 10.1186/s42506-024-00163-x) en un estudio de muestra $n = 128$... Hmm, OK, esta fuente está medio puteada, entonces a ver, según la *National Accident Helpline*, con un $n = 2000$ OK un poco mejor un 49 % de las encuestadas han tenido un accidente con cuchillos en la cocina. Intenté encontrar fuentes en México, pero primordialmente provienen de aseguradoras queriendo enjaretar seguros contra accidentes o la secretaría de gobernación con panfletos para evitar accidentes. No encontré estadísticas y tampoco me iba a poner a hacer una búsqueda exhaustiva. Este libro no es la escuela. Sht. Póngase a estudiar.

favor volviera cuando supiera, porque no quería problemas después si dañaba los cuchillos. Agh, viejo decrepito panzón infeliz, te odio, ¡Dame cualquier puta piedra! Pero no, volví un año y medio después, armado con mi mejor alemán a decirle que quería una *Schleifstein*, y me adelanté a sus mamadas pendejas y le señalé la primera piedra con texto japonés que vi. La piedra costaba 65 euros, que era más que los treinta (pesos, mexicanos) que me hubiera costado en una ferretería en Los Mochis... pero está bien. No importa. Ya, me vale madre, al a verga. Tengo mi puta piedra y nadie puede hacer nada para detenerme de usarla equivocadamente. Maldito viejo infeliz, no sé por qué todavía tienes una tienda funcional si es tan horrible. En fin, cuchillos. Desde entonces he mantenido la teoría que una cocina funcional debe tener cuchillos. Cuchillos afilados. Y por lo menos, por influencia de Natalia, un envase de tomate en conserva, sal y pimienta.



en e l l l a n o

Hice lo posible por hacer lo que quedaba de arroz, mientras ~~Alejandra~~ ~~preparaba~~ preparaba las verduras. “¿Tienes un cuchillo?” – pregunté. “Sí, en los cajones, el de enmedio”. El cuchillo disponible era un cuchillo pequeño y desafilado. “*Sabes, es que la verdad es que no cocino mucho*”. Y sí, hermana, me di cuenta hace tiempo. Busqué paprika y orégano, pero no encontré nada. Había algunas botellas vacías en la alacena, y un vacío que solo había visto en mis amigos homrecitos que nunca cocinan pero les salen muy bien los nachos con frijoles puercos que les mandaba su mamá de Mochis, pero nada útil para saborizar las verduras que había puesto. “*Tampoco uso mucha sal, no es muy buena para la salud*” –

emitió ~~Alba~~ ~~Alba~~, aún acomodando cosas en el patio de servicio.

¿No sal? – pensé, proto-exasperada.

Terminé de cocinar esas verduras con lo que estaba disponible (nada) y el arroz no estaba bueno (estaba crujiente y raro, por los gorgojos). Terminé comiendo pan con unas lonjas de jamón y queso y solo hube arañado las berenjenas que cociné. “Lo siento, no me gustan mucho las verduras, y quería comer algo de verdad” – le confesé a ~~Alba~~ ~~Alba~~. Ah, pésima decisión de palabras. No estoy muy acostumbrada a esas mamadas de la comida vegetariana. En casa, mi abuelo Albino decía que cuando comía ensalada, le preguntaba a mi abuela “¿Y qué, y la comida de verdad?”. No sabía que tanto se había traducido eso a lo que le dije a ~~Alba~~ ~~Alba~~ ~~Alba~~ en ese momento. “Algo de verdad”, murmuró. Qué agallas, las mías, pienso. Comimos y hablamos sobre las cosas de la cocina, lo que aprendí con el tiempo. Le platiqué del sushi y de las sopas de papa con queso que aprendí de Natalia, pero sin su nombre de por medio. Fue la primera vez que saqué a Natalia de la conversación actual sobre nuestra existencia juntas hacía años, y esto marcó el momento en el que lo empecé a hacer menos hasta que se esfumó completamente de mi memoria. Se sentía todo bien.

Al terminar de comer, hicimos una pausa antes de salir a ver a unas amistades en común que estaban en un café *cuqui*, a Alba y a las demás, que ya habían quedado para verse esa tarde. Como ~~Alba~~ ~~Alba~~ no bebía alcohol, yo sentí en ese momento el hocico con resequedad de cerveza, y yo estaba que me brincaba del balcón queriéndome reventar una cerveza. Pero bueno, será más tarde. Puedo evitarlo. Puedo hacerlo, puedo evitar beberme una cerveza. Me duché y entré a los servicios sanitarios, adornados por un bidet, y algunos productos cosméticos: Jabón, champú, más jabones que huelen a vieja que nadie usaba. Intenté usar el sanitario haciendo el menor ruido posible, pero porque a veces pasa, me tiré unos pedos.

aire

“¡Ah sí, soy un pedorro, ja ja JA!” se consideraría una manera viable de compartir mi posición respecto a los pedos. Cuando era niño/pre/adolescente, mi padre me regaló "El libro de los gases (el pedo)" de Alec Bromcie (ISBN 978-9-70-666328-3²⁶⁵), y fue una referencia literaria que no me abandonó después de tantos años. También aprendí, en contra de mi voluntad, bastante sobre el sistema digestivo y el rol de las flatulencias en el ámbito social que, hasta ese momento, se reducía a “no te pedorreos porque es mal visto”. En mi relación con Natalia, tenía la ventaja de que tenía una casa de dos pisos, por lo que si necesitaba utilizar los servicios sanitarios, utilizaba el de visitas, por miedo a tirarme un pedo muy fuerte, o dios guarde, que olera el excremento que emitía por el ano, así que me debí haber tirado unos 2 ó 3 pedos en dos años de cono-cernos, y la vez que pasó, me dijo que “*Qué desagradable, Orlando, qué de mal gusto*”, así que nunca lo volví a hacer. No porque tema que se burlen de mi por pedorro. Al contrario, creo que es una función normal, si bien a veces maloliente, del cuerpo humano, y hay que aceptarla como tal. Bueno, pues sí. A veces me tiro pedos, a la verga.

el llano (bis)

Me tiré unos pedos en ese compacto sanitario. Estaba en los servicios sanitarios, el único lugar privado y sagrado del individuo, donde se vale hasta los actos más inhumanos y puñeteros, sin juicios ni revirones. El derecho a tirarse pedos, en la sacrosantidad de la privacidad humana debería ser el hito único del desarrollo interpersonal interhumano.

²⁶⁵Vete a la verga, intenté buscar el 9 de septiembre de 2024 el libro, y Google regresó 3 resultados. El Internet definitivamente está muerto en 2024.

Me duché y cuando salí del baño, ~~Albañete~~ me miraba extrañamente, pero no me dijo nada. Salimos a “la calle de los bares”, la Tejares entre Tinte y Jesús Nazareno. Albacete, siendo la ciudad más grande de la comunidad autónoma de Castilla - La Mancha, además de ser la región de origen del queso manchego, es conocida por concentrar muchos bares y restaurantes de tapas en “La zona”. Esto es conveniente, por ejemplo, en una noche de juerga, para no aburrirse en un solo lugar bebiendo, sin poner en peligro la vida de un conductor ebrio, o peor, aburrir mortalmente a un conductor designado. “*Mucha gente de Madrid viene a Albañete a hañer sus despedidas de soltero*” – me dijo ~~Albañete~~, y de primera instancia puedo reseñar que: Las tapas son variadas, y las cañas están frías, costando un euro y fracción. ¿Qué más se puede pedir? Llegamos, sin embargo, a un pequeño bar de jugos y tés donde estaban las muchachas, donde entramos, y nos saludamos, y como toda la semana, me preguntaron ¿Y qué hañes en Albañete de todos los lugares que podrías visitar en España? Nada. Turismo. “¿Pero en Albañete?” Sí, en Albacete. Sht. Nos tomamos fotos y se las mandamos a El diablo y a su mujer para saludarle y decirle que yo estaba en buenas manos. El Diablo contestó: “¡A huevo, carnal! ¡No la dejes viva, que muera, QUE MUERA!” – me reí, incómodamente. Ahí estuvimos platicando sobre la visita a Karlsruhe del verano. Estuvo bien la salida saludable, pedí un pastelillo de zanahoria y un té. Pero yo lo que quería era una cerveza fría, porque traía el hocico reseco. Mis oraciones fueron respondidas gracias a unos amigos de ~~Albañete~~ de cuyo nombre no me acuerdo, pero conformaban un grupo agradable de muchachos que me llevaron a una cantina, “El filo de la navaja”. “¿Pero por qué el filo de la navaja, les gustan mucho las navajas por aquí, o qué?” – pregunté, mientras traían hileras interminables de tapas deliciosas de distintos colores y sabores se paseaban jubilosas por mi lado: rodajas de calamares fritas, jamones y quesos varios, patatas bravas, cacahuates y pistaches. “Bueno, lo que pasa es que, a ver, Albañete es bien conocido por sus navajas y cuchillos” – me comentaron al calor del sudo de una ca-

ña de cerveza. El mundo se detuvo cuando trajeron rabo de cerdo frito. Tal vez pensaron que me causaría un choque cultural, pero lo que no sabían es que me maravillan los culos, y me da más pinche gusto saber que me lo voy a comer. El grupo se rió mucho cuando les dije que era lo más delicioso que había comido en bastante tiempo, y no se me dejará mentir, estaba diciéndolo la verdad.

La conversación fue regular, más que nada me hablaban un poco de qué se hacía en Albacete, y me preguntaban con curiosidad de dónde venía, que hacía. Pepe, un tipo demi-calvo y un poco feo me hizo el comentario sobre las colonias, y sobre Méjico, y sobre cómo era correcto escribirlo con J, no con X, porque la X fue un invento de las colonias. El comentario me vino un tanto inesperado, so innecesario. Me reí y le dije que no soy lingüista, pero tampoco voy a ponerme a alegar sobre qué es correcto y qué no. Sacó a la Real Academia Española a colación, que era desde su perspectiva el estandarte de la comunicación para personas hispanohablantes. Como estaba pisteando, y no quería hacerla de pedo, sonreí con mi cara de pendejea, sin hacer mucho alarde. *“Joder, es que de verdad, a veces pienso en la gente de las colonias y, mt, si da un poco pena lo que está pasando, con la violencia y todo”.*

Y yo ahí, con mi cara de pendeja.

Terminamos lcerca de la media noche, y nos regresamos al apartamento a pie, tomados la mano. Cuando llegamos, le dije a ~~Alejandra~~ que dormiría en el sofá. Me dijo: “Qué diñes, ven a dormir a la cama”. Después de un desanimado forcejeo por evitarlo, cedí y me acosté en una cama que, de nuevo, no parecía de una persona de nuestra edad, salvo por algunas decoraciones en las paredes y collares en el espejo... pero todo parecía salido de una década muy anterior a la actual. Se sentía como estar en una máquina del tiempo a la que nunca tomé la

decisión de subirme por mi propia decisión. Intenté ignorar la temporalidad del espacio, salvo por el momento en el que me di cuenta que las sabanas de la cama tenían una sábana extra, como las de mi hogar, y sentí ese *déjà vu* inmediatamente, porque ya tenía dos años durmiendo solo con la sábana elástica de la cama. Fue un extraño regreso a una realidad que tenía mucho que no vivía. Sí, exacto: Era como estar de vuelta en la casa de la madre y padre de Natalia. Como vivir en un espacio que no le pertenece a la persona que la habita. Es un sentimiento extraño, pero fue a la vez un poco la nostalgia de las sábanas frescas y sentir la alienación de mi entorno que me hizo sentir de nuevo en casa. Curioso momento para tener memorias de un recuerdo de un tiempo que ya me empezaba a resultar ajeno.

Al día siguiente, ~~Alejandra~~ tenía que trabajar “temprano”, al mediodía, por lo que pudo acompañarme a merodear por las calles de la ciudad y el parque. No hicimos gran cosa en la tarde: Visitamos a su hermano al atardecer, porque me dijo que quería que viera algo. El hermano vivía justo enfrente del parque, por lo que durante el atardecer, en su balcón, se miraba todo el parque. El balcón estaba decorado con algunas sillas tejidas y plantas más personales, y ahí de nuevo, preguntando qué vergas hacía ahí, *turismo*, lo mismo, y cuando empezó a descender el sol, los pájaros del parque empezaron a agitarse y a moverse en círculos. Ahí estaban las aves ... merodeando, Merodeando. En silencio. No pude tomar fotos claras de las aves rondando. Solo se ven puntos negros merodeando. Le agradecí profundamente a ~~Alejandra~~ por compartir el momento. No nos tomamos de la mano en ese balcón.

Dormimos separados esa noche, porque hacía mucho pinche calor, a la verga, y me sudaba el sobaco con tanto pinche arrumaco.

Al día siguiente, viajamos a Madrid puesto que ~~Alejandra~~ tendría más tiempo para pasar conmigo. En la mañana, le mandé un mensaje

a mi amiga Cristina, que tenía ya tiempo viviendo en Madrid tras vivir trágicamente en Karlsruhe por unos años, para ver si tenía algo de tiempo para verme. Me dijo que claro, que nos vieramos a las dos o tres de la tarde, y me marcaría en cuanto pudiera. Tomamos un tren por la mañana hacia Puerta de Atocha. Ese día hacía un sol increíblemente fuerte, por lo que yo estaba plenamente amargada. El camino se hizo ameno, hablando con ~~Alejandritesar~~ sobre el camino, unas dos horas de trayecto. Llegamos y caminamos por calle de Argumosa hacia el centro, donde veía todos los negocios cerrados. “Es que todavía es temprano, que los negocios abren hasta tarde”. “**¡Pero es mediodía!**” – le contesté. Apparently, no se abren los negocios temprano en España, o al menos, no en esta zona comercial. La confusión me sobrellevaba. Caminando hacia el centro, Cristina me marcó por teléfono para confirmarme que nos veríamos a las 2 ó 3 de la tarde, y me sugirió que visitara el mercado de San Miguel, que de seguro me encantaría. Cuando colgué, ~~Alejandritesar~~, mirándome con confusión en su carita, me preguntó quién era. “Ah, no era nadie. Pero vamos al mercado de San Miguel”. Nos encaminamos y encontramos el mercado. Y sí, Cristina tenía razón. Era una mezcla extraña de todas las cosas que me gustan y que no puedo tener a la mano en Alemania: El olor recalcitrante de pescadería inundando el lugar; gente gritando para platicar entre sí, hablando progresivamente más fuerte hasta que todo mundo **¡GRITA! ¡GRITA!**; Y el suelo pegajoso porque se han caído muchas cervezas al piso. **El desorden.** Extrañaba un poco el desorden. Pedí una cerveza en un puesto y nos sentamos a escuchar el desorden. “¿Cómo supiste de este lugar?” – preguntó hosca, “**Tengo mis contactos**”, le dije. ~~Alejandritesar~~ me dijo que camináramos al Bar Postas, que es uno de los más viejos locales de bocadillos en Madrid. Tan buenos y viejos eran los sanguches, que había una fila moderada para comprar. Pedí un bocadillo de jamón, uno de calamares, y ~~Alejandritesar~~ me dijo que no tenía hambre. Compré mis bocadillos y caminamos a la catedral de Almudena, donde después de una media hora de silencio sepulcral, le pregunté a ~~Alejandritesar~~ que

si tenía algo. “No, nada”. Entramos a la catedral y tomé fotos mientras ~~Alejandra~~ desaparecía entre las bancas. Me tomó tiempo, pero al fin me di cuenta que algo andaba mal. **Más vale tarde que nunca.** Pregunté de nuevo. Me dijo que estaba bien. **Me dijo que estaba bien.** Tomé unas postales y las guardé en mi bolso. Estuvimos ahí unos minutos en silencio, pero las cosas seguían mal. Ella no me hablaba. Salimos a los jardines de Sabatini, y bajamos a sentarnos a ver la naturaleza. O bueno, eso hacía ~~Alejandra~~. Yo estaba intentando descifrar qué fue lo que le molestó. ¿Los bocadoillos? No, no creo. Demasiado obvio. ¿La cerveza? Bueno, si eso fue, no puedo hacer nada al respecto. “**Espera, ¿No fue que te dije que "tenía mis contactos", cierto?**”. Se quedó callada, pero la caché, a la verga, era la llamada. Eso fue. “Mis contactos”. “Mis *scouts*”. Hablamos al respecto. Me dijo que no le molestaba que hablara con alguien. Lo que le molestaba era que le escondiera la información.



Esconder información.

Que pinche manía la mía de desvanecer palabras en la niebla.

O no, miento.

Qué pinche necesidad la mía de mentir.

Dado el clima socio-económico actual, la única manera que he encontrado de salir adelante es mintiendo, y mucho, a la verga. Tengo una terrible maña de no avisar a nadie que tengo un plan muy específico en mi mente y que voy a llevar a cabo independientemente de si esto le causará un conflicto interno a otra gente no se me quita, no lo puedo evitar, y

de pronto se me escucha decir, cinco minutos antes del evento en cuestión, que cambié de plan y que me voy a quedar acostada o valiendo verga, o que ya voy para otro lado, que muchas gracias, y que me digan: “No mames, Orlando, a la verga, me hubieras dicho a la verga...” y blablabla. Tengo esa mala maña, de mal quedada, creo que porque no quiero quedar como la pendeja con las manos quemadas por las ascuas, por tomar la iniciativa, por vulnerarme. Siempre tengo la idea de que lo hago porque me da hueva andar ahí oliéndole la cola a la gente, de agradar, ¿Para que chingados, pues? ¿Será qué temo quedar sensible, tersa, vulnerable a que me pegue el viento en la noche y me de frío? ¿O será algo inconcluso de mi adolescencia?



Ahí estuvimos una media hora sentadas hasta que fue momento de encontrarme con Cristina. Nos vimos solo para beber algo rápido cerca del museo del jamón, que desde que vi que existía mientras caminaba por el centro, me pareció algo fascinante y delicioso a la misma vez. ~~Alejandra Montes~~ se tomó un café y se comió un pastelillo, y participaba apenas en la conversación. Cristina se dio cuenta, y me preguntó que pasaba, mientras ella se iba a los servicios. Le expliqué hasta donde yo entendía, y entendió la situación, pues me dijo: “Vale, sí, es posible”, mientras batía lo que le quedaba de bebida. Nos vimos apenas una hora, y tenía que irse porque tenía trabajo pendiente. Nos despedimos y ~~Alejandra Montes~~ seguía notablemente molesta, así que hablábamos muy poco. Muy poquito. Llegamos de vuelta a Atocha, donde ~~Alejandra Montes~~ encontró un auto que volvía a Albacete a eso de las cinco de la tarde. De regreso, ella tomó una de las postales y empezó a escribir. Yo iba escuchando música y leyendo.

Una media hora antes de llegar a Albacete, ~~Alcázar~~ me pasó la postal, y había escrito una *carta* corta para mi. Me explicó qué pasaba, me escribió sobre sus sentimientos, que no le gusta que le mientan. Que entendía que podía resultarme cómico, pero que le costaba comunicarse, y que no sabía cómo decirme lo que le estaba pasando. Al terminar de leer el texto, nos tomamos de la mano y llegamos a Albacete. **¿Es esto empatía, porque sientes lo mismo que yo, ~~Alcázar~~?** Esa noche, dormimos enmarañadas.

Al día siguiente en la mañana, ~~Alcázar~~ me escuchó tirarme dos pedos en los servicios sanitarios, y me dijo: “Madre mía, pero cuánto aire, ¿No has pensando en ir al gastroenterólogo? Puede ser que te ayude para que no tengas tantos gases”. Y la miré, con desprecio. Pero no le dije nada, porque estábamos con prisa para ir a no sé dónde vergas.

A las horas, nos recogieron en automóvil para visitar Alcalá del Júcar, un pueblo escondido hasta la verga en medio de la nada, que se encuentra en una especie de valle entre paredes de piedra. Un paraje interesante, ciertamente, aunque como cualquier pueblo en medio de la nada, no hay gran cosa que mirar o hacer. Hay un castillo, pero al castillo ya no pudimos entrar porque era tarde, y porque tenían que ir a hacer pausa. Solo entramos a la caverna del diablo, que solamente eran cosas viejas y polvorosas, y había un conejo disecado con un sombrero. En uno de los cuartos, que parecía un viejo cine, había un toro disecado. La comida tampoco era interesante, y como no me quería ver como un alcohólico incontrolable, no pedí una cervezuela, por temor a las represalias.

Volvimos y nos acurrucamos, porque era la última vez que nos veíamos hasta ~~que terminara el año~~ donde sabíamos. En la mañana, me llevó a la estación de trenes y me dio un beso en el hocico.

interludio III

Entre mi regreso a Karlsruhe y el regreso de ~~Alemania~~ ~~Alemania~~ vi a Wilco a finales de octubre, y llegué tarde porque no encontraba la *Liederhalle*. Los boletos del concierto eran sumamente caros, y cuando los compré, solo encontré unos asientos bastante atrás. Me perdí de algunas canciones, sobre todo del disco *Schmilco*, pero no me importó mucho, porque llegué justo a tiempo a escuchar *I Am Trying to Break your Heart*.

Esa canción me recuerda mucho a Mariana, una amiga de Guadalajara que posteriormente se fue a hacer una maestría a los Estados Unidos de América, que conocí en Guadalajara en una clase de métodos numéricos y en la que la mayoría de los que estaban ahí eran jóvenes y tenían granos en la cara. Supe que ella se fue a algún pueblucho en Texas unos meses antes de que yo me fuera a Alemania, y teníamos una relación amistosa basada en texto, como todas las cosas en esta vida, y yo la molestaba frecuentemente cuando no tenía nada que hacer, hablándole de mi vida y preguntándole de la suya. La mayoría de las veces, solamente era hacer un recuento de la misma información expuesta a lo largo de esta observación, así que nada de esta información será novedad para Mariana, pero aún así, sería bueno que sepa que me ayudó bastante en el proceso de la soledad ingrata de vivir aislada del otro lado del Atlántico. Como todas las cosas, las conversaciones se empezaron a espaciar conforme pasó el tiempo, de algunas conversaciones cada dos o tres semanas, a un mensaje cada dos o tres meses. No lo considero una separación trágica: Como todas las cosas en la vida, la existencia se va destejando y uno va perdiendo la necesidad de comunicarse con alguien que está temporalmente fuera de la burbuja inmediata de afectación, pero no porque uno pierda interés. Simplemente sucede. La última vez que hablamos en línea fue

en Junio de 2017. Falta algo de tiempo para que eso suceda. En estos días, más o menos por Noviembre, saludé de nuevo a Mariana, pero no me contestó sino hasta Febrero. Entendible pues, a veces, se resbalan esas cosas. Me hube enterado hacía meses que la hermana de Mariana es amiga del novio de la Isabel, abriendo de nuevo un ciclo infinito de personas que se conocen en situaciones poco usuales en situaciones atípicamente espaciadas en el tiempo y espacio. Siendo absolutamente cándida y dado que muy posiblemente nadie lea esto, debo confesar que estaba un poco enamorado de Mariana. Aquí, las limitaciones del lenguaje español me superan, porque no estaba enamorado en el sentido de “me quiero casar contigo, Mariana”, era lo que inglés llaman una “*crush*”, una muchacha que encontraba linda de una manera, pero dadas las condiciones geográficas y políticas, además que Mariana es más católica que yo, y yo tengo una afección especial por El Diablo, no por mi amigo, El Diablo, pero por el Maligno, el Sempiterno, el Adversario. Más que nada por contrario, *desto* un efectivo deseo por la oscuridad y la maldad.

Afortunadamente, supe Mariana encontró a un buen hombre mexicano y se casó, por lo civil y por la iglesia. Me da gusto por ella. Trabaja haciendo algo con almendras, en California, de todos los lugares, con sus sequías tan prominentes, usando una cantidad desorbitante de agua por kilogramo, por encima de los 3400 litros²⁶⁶. Las nueces no me recuerdan a ella, al contrario. Me recuerda que nunca pude ser un buen muchacho católico que le pareciera un buen chavalito para contraer matrimonio (por el civil y por la iglesia). La última vez que nos vimos en persona, en 2018,

²⁶⁶M. M. Mekonnen and A. Y. Hoekstra, (2011) *The green, blue and grey water footprint of crops and derived crop products*, Twente Water Center, **Hydrol. Earth Syst. Sci.**, 15, 1577–1600, doi:10.5194/hess-15-1577-2011

comimos barbacoa coreana y el algodón de azúcar más rico que he comido en mi vida entera en Koreatown. Solamente Wilco me recuerda a Mariana, porque una vez le dije que mis canciones favoritas de Wilco son "I Am Trying to Break Your Heart" y "Heavy Metal Drummer", porque hablan del amor (que le tenía) pero del amor que va mal (porque no quiero pagar la iglesia para casarme por la iglesia).

El concierto continuó, y siguieron canciones que me gustan:

Misunderstood, luego me puse sentimental con *Impossible Germany*, mi canción favorita de todos los tiempos de Wilco, y cuando iban a empezar con *We Aren't the World (Safety Girl)*, el hermoso panzón de Jeff Tweedy dijo "*We were in Düsseldorf last night and people were wild, ¿You know?, it is a bit sad that you guys are over there, sitting down, you should come near, if you can.*". No digas más, mi rey. Me levanté cuando vi a dos o tres personas levantarse, así que pude cantar *Heavy Metal Drummer*, *I'm the Man Who Loves You* y "*Hummingbird*" como loca desquiciada. Me volví loca después con "*Jesus, Etc.*", mi canción favorita de Wilco, y luego me envolví en llanto interno con "*Spiders (Kidsmoke)*", no mi canción favorita de Wilco, pero sí me gusta mucho y me debí de haber emocionado más con "*A Shot in the Arm*", pero no es así de que "uy a la verga qué ganas de llorar".

Ya para desacabalar, un día me puse pedo y me fui a reclamarle al Jose.

Ese mismo octubre, encontré un apartamento en renta por una señora italiana muy agradable que es dueña de una heladería, que tenía disponible un apartamento de cuatro cuartos. Jose y unos amigos indios que se hizo estaban buscando apartamento, y les ayudé a conseguir los documentos y las firmas para tener el apartamento de la señora amable de la heladería.

Debido a que soy un mezquino vengativo de mierda, me encabroné porque el Jose y seguí causándome problemas porque lo seguía viendo

cada tanto en contra de mi voluntad, y me daba algo de recelo que mucha gente pensara que es un tipo cabal y agradable, cuando yo le despreciaba porque *en mi mente* le sacó copias a mis llaves, hizo una fiesta, limpió todo, y dejó el apartamento intacto ¿Será que se me olvida que somos un poco parecidas, el y yo?, así que un día hice un berrinche en una fiesta con el Juan, me emborraché, me encabroné y lo odié. Porque no pasó lo de las pinches llaves y porque soy un pinchi perro vengativo, sí, a la verga. Se me botó el chango y me fui en bicicleta a su apartamento a las tres de la mañana a gritarle a él y sus amigos con los que vivía diciéndoles que qué les pasa (en español para que no entendieran los indios con los que vivía que estaban viendo una película), que por qué no respetan mi autoridad, que de qué se trata esto a la verga. Me dijeron que *please calm down*, y les dije que YO GRITABA TODO LO QUE QUISIERA, QUE QUÉ LES PASA SIENDO UNOS INGRATOS SI LES CONSEGUÍ DÓNDE VIVIR, QUE ME LA PELAN Y ME LA MAMAN. Me senté en el piso y me dijeron que *Qrlando, it's OK, sit down, we will get you some water, but let's talk about it calmly*. LES DIJE QUE NO, QUE NO MAMARAN, QUE ESTÁN PENDEJOS O QUÉ VERGAS, A LA VERGA. Conforme continuaba gritando, me daba cuenta progresivamente lo pendejo que se estaba viendo todo esto, en parte porque el alcohol se disolvía lentamente gracias a la acción del hígado, pero ya era demasiado tarde para dar la media vuelta y aceptar mi derrota en un problema que obviamente no existía, y todas mis quejas eran porque no se estaban haciendo las cosas como yo quería en mi club de niños mimados. ~~Eso pasa por creer en la democracia~~²⁶⁷. Me fui a mi apartamento en bicicleta ya sin ese sentimiento de agresión que tenía en el corazón, llorando todo el camino pero después tuve que disculparme con cada persona que vivía en ese apartamento, menos con Jose, porque igual lo odiaba y pensé que era necesario que lo supiera. Lo

²⁶⁷Y así fue como Qrlando cayó en una espiral de aceptación y adopción de la derecha autoritaria. TANTO QUE DECIR DE LA IZQUIERDA TOLERANTE.

siento, muchachos, no es su culpa. Yo soy el que tiene muchas deficiencias y traumas con la autoridad (o la pérdida de la misma por medios democráticos²⁶⁸).

Me fui derrotado al apartamento y no le ofrecí disculpas al Jose, que coma verga. Ni a los indios tampoco, que coman verga también.

Ese otoño también conocí a Eva, una española de Alicante que es muy fan de Taylor Momsen. Salí con ella tal vez dos o tres veces, una de ellas me invitó a tomar unos vodkas en su apartamento con una amiga de ella, y les dije que cuando servían demasiado vodka en el jugo los tragos estaban "regañones". A ella y a la amiga les dio risa la palabra, y fuimos a Markt Lücke y una vez intenté bailar pegado con ella, pero me puso la mano en el pecho y me dijo: "No". Como vi que por ahí no era, la dejé de buscar porque teníamos expectativas distintas. No recuerdo si eso tomó unas semanas o algunos meses, pero en fin. Me puso la mano en el pecho y me dijo que "no", entonces no, fin de la historia²⁶⁹.

– *Jo-der, qué complica'o e'to 'e las relaciones con E'paña.*

²⁶⁸Momento ¿Democracia por qué, de qué hablas, qué?

²⁶⁹Ya para cerrar esta parte de la historia porque ya he hecho copy-edit de este proyecto infinto e interminable, supe que Eva se hizo novia de un vato de Hermosillo que estudió en Karlsruhe también, y los hube visto en la calle dos o tres veces. Bien por ellos, a la verga, mal por mi por andar de rencoroso por una repegada de camarón mal recibida, pft.

Irascible

Epílogo (del llano)

~~Alejandra y yo~~ y yo quedamos de vernos después de la navidad, y pasaríamos navidades juntas.

Creo que llegó el 29 de Diciembre, porque tuvimos un problema en Enero, y recuerdo que recordé las palabras "Seit Neunundzwanzigsten Dezember?" e igual la multaron, por mi culpa. No pudo ser el 28, porque es cumpleaños de Juan. Aunque posiblemente no estaba en Karlsruhe, porque después de la navidad ya no vi a mis amistades. Medio vale verga cuando, pues, fueron unos días antes de año nuevo.

Llegó al aeropuerto de Baden-Baden y nos abrazamos muy fuerte por un tiempo largo. Desde el principio, ella estableció que el plan era: "No voy de turismo, voy a verte a ti" – documentó entonces. Yo no había preparado nada, y ya estaba amargada por las fechas.

Lamentablemente, las fiestas decembrinas me ponen de mal humor. Me ponen de mal humor los ciclos, y me pone de mal humor no estar haciendo nada. "¿No quieres ir a Heidelberg? Podemos ir por ahí a ver algo", "No, qué va, si te vine a visitar a ti, majo. y a Heidelberg ya fuimos en el verano". Bueno, está bien. Entonces... ¿Qué hacemos además de besarnos y acurrucarnos? Pues nada. No hicimos nada más. O bueno, yo sí, pelear, a la verga.

En esos días, nevó en Karlsruhe. Evento inesperado e inusual. Tan inusual, que en esos días estaba desesperado por conseguirle una bicicleta a ~~Alejandra~~. Paula me dejó su bicicleta así que eso resolvió el problema temporalmente, aunque la calidad de la bicicleta era muy mala. Algo que no sabía, y que nos enteramos en estas vacaciones, es que las bicicletas son un terrible medio de transporte cuando uno quiere ir colina arriba con el piso congelado. Tan mala idea que uno tiene que conservar el balance durante todo el trayecto, o como mi querida

~~Alejandra Pichler~~ descubrió esa tarde, caer y “darse un tortazo” en el piso helado. Me dio mucha pena verla en el piso, así que estuvimos cambiando de bicicleta cada tanto para evitarle el mal trago de estar en peligro de lastimarse cada vez que salíamos.

Odio Alemania apocalíptica en Navidad, porque todo está cerrado y no hay nada que hacer. Tanto la odio, y tanto odio estar desocupada, que esos días no hacía más que estar tirada en la cama hasta la madrugada, como he hecho toda mi vida cuando estoy de vacaciones, y despertar tarde, como he hecho toda mi vida estando de vacaciones.

Lamentablemente, esto hacía los días severamente aburridos para ~~Alejandra Pichler~~, que se la pasaba dando vueltas en la cocina moviendo vasijas mientras yo despertaba cercano el medio día. El primer día que durmió en mi apartamento, me pidió que apagara la calefacción, porque estaba haciendo demasiado calor. Ahora, me había acostumbrado demasiado a hacer las cosas como yo quería, y esta pequeña demanda me hizo volverme loco. Me paré fúrica, puse la calefacción en cero, y regresé a la cama. “¿Contenta?”, dije, molesto, y ella contestó: “Bueno ¿Pero estás molesto o algo, qué pasa?”. “No. Estoy bien”. El bello arte de no decir nada y aún así, estar decepcionado por nada. Los comentarios sobre el gastroenterólogo volvieron, y me puse fúrica, de nuevo.

Tal vez este es el mejor momento para explicarle a ~~Alejandra Pichler~~ qué pasó, porque simplemente nos dimos cuenta en estos días que somos incompatibles, y explicar porque estaba tan irascible con ella. Hermosa palabra. Irascible²⁷⁰. ¿Era ira? Tal vez así lo expresaba. Aunque no era ira. Era no querer ceder espacio compartido. Por un lado, me la vivo diciéndole que quiero compartir con una persona, que me quiero enamorar y escuchar los sonidos de la lluvia tomando té

²⁷⁰ Irascible: 1. adj. Propenso a la ira.

blanco en el balcón mientras toco “Lupita” en la guitarra cambiando el nombre cada tanto... pero por otro lado, si me interviene en la temperatura del cuarto, entonces declararé una batalla por las temperaturas bajas. Me caga que me quieran controlar, y sobre todo, que me quieran controlar la temperatura. Y los pedos. ¿A mi quién chingados me va a venir a querer controlar los aires? AGH.

Así, peleamos varias veces, porque ella no entendía por qué estaba constantemente molesta, y constantemente dormida, porque intentar tratar clínicamente mi depresión estacional no estaba en la lista de cosas por hacer estas vacaciones. En parte, la falta de planeación y que me diera un poco de viento contribuyó a mi mal humor. Por otro lado, hubo momentos en los que las cosas fluían bien, como la vez que fuimos de compras y nos detuvieron en una estación para controlar los boletos de tren, y ~~Alejandra y yo~~ no tenía boletos. Mala suerte, muy mala suerte. Le dieron una multa que tuvimos que pagar al día siguiente, y que fue reducida por ser primera vez, y por no ser habitante de la ciudad. Nos reímos bastante de la situación, porque era un poco ridículo y un poco cómico al mismo tiempo. Un día que nevó bastante, fuimos a caminar al bosque y a tomar fotografías de la nieve, y de ella caminando entre las hojas. No entendía su fascinación por la naturaleza. En año nuevo, me invitaron a una fiesta de año nuevo con gente del *couchsurfing*, pero no éramos tan amigos como para sentirme cómodo en la fiesta. Llevamos unas cervezas y vinos y algo de comida que quedó de la navidad, y estuvimos ahí platicando un poco con todo mundo. A la medianoche, salimos a ver a la gente encendiendo fuegos artificiales, y por supuesto, a ser atacadas por los fuegos artificiales mal instalados que se proyectaban sobre el edificio donde estábamos. Esa fiesta de año nuevo no fue la peor que he vivido hasta el momento, pero definitivamente no estaba desbocada bebiendo y riendo. Por el contrario, me encontraba por primera vez en una situación de lo que llamábamos

los chavos *vida de adulto*, donde todo mundo bebía vino, y discutía temas como el trabajo, y política. Pero todo esto era en alemán así que yo solo me estaba quejando de Alemania en español con ~~Alejandra~~. En un momento, nos pusimos a bailar en medio de la sala, pero no es lo mismo si uno baila como entretenimiento para gente alemana que más bien nos veían como simios rítmicos que como amistades, así que nos detuvimos a la canción dos, porque me placosié²⁷¹. En fin, volvimos al apartamento a eso de las 3 de la mañana.

El resto de los días lo pasamos platicando sobre la naturaleza de nuestra relación. ¿Qué somos, y a dónde vamos? Difícil responder que tenemos que aceptar que no somos compatibles, y que me molesta que me estén repitiendo constantemente²⁷² que tengo que visitar a un gastroenterólogo. Bueno, ¿A ti qué te afecta si me tiro un pedo o dos mientras estoy en el servicio sanitario? – le pregunté. No me respondió nada. Eventualmente²⁷³, me dijo que solo se preocupaba por mi salud, y era todo. Pero al parecer, me molestaba también que le importara mi salud. Nos entristeció un poco pensar eso. Estábamos sentadas en la cocina, y el hielo se empezaba a derretir un poco en la ventana. No hacía calor, pero ya no estaba suficientemente frío para mantener el hielo. Nos tomamos un té de los que tenía en la alacena.

Pasamos más tiempo discutiendo que yendo al supermercado.

Y sí, reíamos también. La pasé bien.

El 7 de enero se tuvo que ir. Yo la llevé al aeropuerto, A Baden-Baden, saliendo de la estación central de Karlsruhe. Esa estación de tren se convirtió rápidamente en un puerto de entradas y salidas. Como le dije a Ana una vez: Todos somos estaciones de tren,

²⁷¹ Placa: 14. f. *Sin. Méx.* “Dar placa”, dar vergüenza.

²⁷² Dos veces me lo dijeron.

²⁷³ También me regañó a la verga porque eventualmente no significa *eventually*, como en inglés, y que eventualmente significa algo que se repite. *Eventualmente* 1. **adv.** Incierta o casualmente.

y a veces, otras personas nos visitan, y se quedan tiempo largo, pero al final, uno termina siendo solo una estación temporal. Qué oscuridad. Llegamos a la terminal de autobús, y nos tomamos las últimas fotos que tendríamos ~~las dos juntas~~. Por un momento, las cosas estaban bien. ¿Por qué las cosas se ponen bien hasta el final? ¿Qué chingados me pasa? Nos tomaron 45 minutos para llegar al aeropuerto, atípicamente vacío. Llegamos una hora más temprano de la partida del avión, pero todas las sillas estaban llenas de gente peleando y discutiendo, así como niños gritando que les faltaba chocolate, o algo así. Estando sentadas en las bancas del aeropuerto, hablamos por última vez, en persona.

“Ya no vamos a volver a vernos, ¿Cierto?”

“Creo que no. Pero es bueno de menos saber que no íbamos a funcionar, ¿Cierto?”

“Sí. Bueno, te voy a extrañar”.

“Sí, yo también”.

Nos abrazamos y se fue a la puerta y ya no nos vimos cuando pasó el control de metales.

Y ya no nos volvimos a ver en persona.

Cuando me subí al autobús, me dieron ganas de llorar. Y sí, lloré en el tren y me fui a la casa y me la jalé, a la verga.

 Ah, viejo verguero que eres, Qrlando, ¿Por qué te haces eso? ¿Por qué te entra el sentimiento solamente cuando te dejan? Si lo que eres es que eres un pendejo verguero, Qrlando Tqrrres. Lo que quieres es atención, pero no, y en lugar de aprender y ceder poquito, te envergas. No quieres amor, Qrlando. Lo que quieres es tener la razón. 

Bueno. Bienvenido 2017.

Ah, ¡Já! Para nada. Faltan las historias de 2016.

Me retracto.

Berlin

Me tardé mucho en visitar Berlin porque soy de esos chavos intensos densos que no se la quieren tirar de muy incultos, luego entonces, no hago lo que la chaviza requiere.

De la trilogía de Berlin de David Bowie, ~~Agondópolis~~ me recordaba mucho que escuchara “Heroes”, de 1977. Lamentablemente, mi favorito es “Low”, de 1977, porque me gusta el instrumental de Warszawa por encima de Neuköln. Lo siento, ~~Agondópolis~~.

En Agosto busqué boletos para el Lollapalooza en Berlin. Hablé con Fernanda, que en esos días también estaba planeando ir al festival, pero por razones distintas.

Cierto, no expliqué la historia de Fernanda. Bueno, Fernanda es amiga de un ¿amigo? de Guadalajara, y en 2016 aplicó a la *Hochschule Anhalt* de diseño en Dessau, que es la cuna del diseño industrial *Bauhaus*. Un hito histórico de Alemania pre-segunda guerra mundial, pero no sin sus costras de la guerra fría. Por mensajería instantánea me dijo que estaba muy confundida, y que necesitaba ayuda. Le ayudé yendo a Frankfurt (en el Meno) a saludarle y darle algunas direcciones de qué hacer después. Recogí a Fernanda en el aeropuerto de Frankfurt algún día de agosto. Estaba bastante perdida y confundida, pero estable. Bebimos un refresco en el aeropuerto y la llevé a la terminal de trenes del aeropuerto. Dejamos sus maletas en el tren que la llevaría a Dessau vía Braunschweig a eso de las cuatro de la tarde. Nos

despedimos esa vez, pero seguimos hablando vía mensajería instantánea. Afortunadamente, Fernanda hizo amigos rápido, pero tuvieron un incidente desafortunado en los primeros días a los que llegó a Dessau: En sus palabras, un *punk* desaliñado salió de entre unos receptáculos de basura una noche que salieron de juerga a beber cervezas a un bar, al grito de “Ausländer raus!”, “Bueno, no le pongas mucha atención, hay mucho viejo horrible en algunas partes de Alemania... pero mientras no se haya tornado violento, creo que solo hay que ignorarlos”, le dije. Quedamos de ir juntos al festival de música Lollapalooza en Berlín. El primer día no había gran cosa interesante: Kings of Leon de acto principal; New Order, que no me daban muchas ganas de ver porque ya había visto a Peter Hook en un depósito maloliente de la zona industrial de Guadalajara; y Kaiser Chiefs, que ya había visto en la ciudad también, pero en un festival. A quien yo quería ver era a Radiohead y James Blake, y me daba mucha curiosidad ver a Major Lazer, sí, por la canción esa de “Bubble Butt” que tanto le gustaba al hijodesuperramadre de Roman, y tal vez Róisín Murphy, pero justo había un traslape en los horarios. Bueno, mala suerte, supongo.

Llegué desde el 10 de septiembre para ver a Toño, un viejo amigo de el Loya, que también hubo llegado a Alemania en paralelo que yo, pero el llegó a Stuttgart, así que le avisé y le dije que nos viéramos durante este viaje. Nos encontramos en la orilla del Esprea en Berlín, cerca de la galería del lado este. El Toño llegó con una maleta cargada con tequila y bocinas altoparlantes reproduciendo reggaetón a todo volumen.

Excelente servicio, no pediría nada más. “¿Qué pedo Orlandiux? ¡Cuántos años!”, nos dimos un abrazo y nos sentamos al lado del río a beber una cerveza y platicar los eventos interesantes de la vida desde la última vez que nos vimos en Guadalajara. Él se casó, me dijo, y vino a Alemania, y tenía ya unos años trabajando. Yo por mi lado no tenía noticias laborales ni mujer, pero sí historias de vagancia. Bebimos unos tequilas y seguimos platicando sobre las nimiedades de aprender alemán

y tener problemas con los revisores de los boletos de transporte colectivo. “Son unos pinches culeros” – me decía Toño. Y pues sí, pinches culeros, putos policías sin formación. Ahí nos quedamos de ver en la noche porque su mujer lo regañaba o no sé que hijos de la chingada pasó, así que me fui a mi hostel en Kreuzberg, para terminar el check-in y esperar a Fernanda, que llegaba ese día más tarde de Dessau. Habíamos quedado de pagar cada quien una mitad del hostel que yo hube reservado, e igual los boletos me los pagaría al momento de hacer cuentas en el hostel. En esos días, hacía un calor impresionante en Berlín: Treinta y tantos grados centígrados de día, pero un poco mejor de noche, unos veinticinco grados centígrados. El hostel era un típico hostel de gente joven: Las duchas separadas de los inodoros, que están cubiertos con mapas de todo el mundo. Los cuartos tienen nombre, a nosotros nos tocaba dormir en “Jenny”. Anydots o Gump, nunca lo sabremos. Me duché y en la noche, el Toño me dijo que salieramos a un bar de salsa. Tomamos varios vagones de metro hasta Kleistpark, donde estaba el club nocturno Havanna, que es un club nocturno de música de salsa de varios pisos: El primer piso es salsa normal; el segundo piso, salsa en vivo; el tercer piso tenía bachata sensual; y en el subterráneo, había reggaetón. Llegamos y también llegó Fernanda, que estaba en el teléfono gran parte del tiempo. Unos quince o veinte minutos después, me dijo: “Orlando, me vas a matar. Tengo una *Tinder-date*, me voy. Sorry”. Y bueno, qué le voy a hacer, ¿Cierto? Todo bien mientras me pague lo que me debe, ¿Cierto? Le dije que no se preocupara, que nosotros nos las arreglaríamos por nuestra cuenta. Nos quedamos platicando Toño y yo, tomando cerveza y hablando tonteras. En algún momento intenté bailar con una muchacha guapa, pero me dijo que no. Luego intenté con una señora, y la señora me dijo que sí. A eso de la medianoche, conocimos a Alicia. Una mexicana pequeñita de padre y madre poblana, pero que ha vivido toda su vida en Berlín. Ahí charlamos un tanto, y estuvimos yendo de arriba para abajo en los distintos escenarios y ambientes del club nocturno. Toño se cansó

pasada la una, y dijo que se iba a casa. Yo me quedé un rato más con Alicia, bailamos una o dos canciones, me dijo que ya estuvo suave de tanta pinche vuelta que pa'riba, pa'bajo, y que ya era tarde, así que nos fuimos a la parada de autobús, donde cada quién se fue para su lado. Intercambiamos teléfonos y seguimos hablando en años subsecuentes, pero ya jamás nos volvimos a ver en persona.

Al día siguiente, con una ligera cruda, fui a comprar algo barato de comer, unas hamburguesas de 3 euros de unos turcos amargados cerca de Kottbusser Tor, y en la tarde, quedé de verme con Fernanda para entrar al festival. No me interesaba ver a ninguna banda temprano, así que no tenía problema con llegar a cualquier hora. Mientras fuera antes de las cinco, todo estaba bien por mi parte. Fernanda me decía que se iba a ver con “La Tica”, y la repetía incesantemente, “la tica, la tica, la tica” y yo siempre pensé que se refería a una amiga suya de Costa (R)ica. Cuando llegué y vi que su amiga era india, y que el nombre se escribía Latika, todo cayó en su lugar, y pensé “ah chale lol”. Las chicas iban vestidas en modo chica festivalera post-milenial: Latika llevaba una gorra de *Minnie Mouse*, y ambas tenían todo tipo de pinturas en la cara, estrellas y rayones varios. Pasaron una cantidad no-despreciable de tiempo tomándose fotografías para variadas redes sociales, y ponían poca atención a la música, las veía más ocupadas en documentar fotográficamente haber estado en E L E V E N T O, si eso tiene sentido, no tanto el evento, en sí. “cool kids”, se autobiografiaron. Ellas venían primordialmente a ver a Major Lazer, que debo admitir tiene un espectáculo increíble, muchas luces, mucho batir el culo, y mucha gente en el escenario brincando y dándole machín a la energía. Volaron varias banderas, la gay, la ele, la be y la te, y otras que no reconozco, y músicas y gritos y llantos y berridos de todas las asistentes; también planearon ir a ver Zedd, que estaba en paralelo con Radiohead, por lo que ni siquiera busqué información al respecto, pero supongo que era música electrónica de esa que la juventud escucha, y yo no, porque no soy parte de la juventud. Es más, ya casi 30, hermana de la

caridad, ya estás cerca de la tumba. Yo me la pasé genial escuchando a James Blake y a Radiohead, y berreando y diciendo “Los malditos hijos de perra lo hicieron”, cuando tocaron *Creep*, así que la pasé bien. Al terminar Radiohead fui en dirección a donde estaba la música estridente buscando a Fernanda y a Latika y a la otra que no me acuerdo cómo se llama y que en póstumo me acordé que también estaba pero las muchachas tenían un. Un pequeñísimo problema: Latika se había doblado el tobillo durante el concierto. Las mujeres estaban espantadas, sentadas cerca de la salida, y con un tono sombrío alrededor. “*I think I broke my foot, ¡I THINK I BROKE IT!*”, repetía incesantemente Latika, mientras las demás se veían sin saber qué hacer exactamente. “Si estuviera roto su pie, creo que no estaría tan tranquila” – le dije a Fernanda. En ese momento, estuvieron viendo la posibilidad de regresar a Dessau en tren. Sí, uno piensa cosas muy pendejas en la noche y con la pata doblada. Estuvieron discutiendo un tiempo, y como mi plan era salir por ahí a beber alguna cerveza con Fernanda y compañía, me estaban quitando horas de estar bebiendo cerveza, lo cual me empezó a encabronar. Nos subimos al S-Bahn para llegar al hostel donde alegadamente Fernanda se quedaría durante el fin de semana, y ahí estuvimos unos minutos mientras las mujeres veían cuál era el siguiente paso (sí, sí, fue a propósito, lara lara). Lograron contactarse con el amigo con el que se estaban quedando esas noches, y como apoyo solidario, Fernanda me dijo que se iría con ellas. “No te apures, yo luego te deposito lo del hostel”, que eran cincuenta euros. “Sí, no te apures, está bien. Ahí me avisas si necesitan algo”. Con mis planes de salir a beber a las calles de la gran ciudad, tomé los limones que me dio la vida y me puse a beber cerveza con gente hasta ese momento desconocida del hostel que estaban en el balcón hablando de sus problemas y de sus viajes. Había un muchacho, de unos dieciocho años a lo sumo, que estaba hablando con, quien quiero pensar que era, su madre, diciéndole lo difícil que era todo el viaje, que tal vez necesitaría más dinero, porque

las cosas eran más caras que lo que pensaba. Sí, sí. Todo más caro. Mi teoría es que este mocoso verguero se gastó todo su dinero en el sissy y no supo medir cuando parar, y tuvo que marcarle a su mami para que le mandara dinero. Pft. **Pinche plebe verguero**. Salí a buscar un falafel para cenar y regresé al hostel a seguir platicando con otras personas del hostel que habitan todos los hostales de todo el planeta: El treintañero que no quiere dejar de pasarla bien²⁷⁴; El grupo de muchachas que hacen su euro tour juntas para cimentar su amistad; el chamaco verguero que sufre de más porque no tiene dinero; y yo, el único hombre normal en todo el planeta, que estaba ahí porque no quería gastar mucho dinero. Por ahí de la una de la mañana me cansé y me fui al cuarto a dormir, y al día siguiente regresé a Karlsruhe en autobús.

Fernanda tardó meses en regresarme los putos cincuenta euros. Ya no supe nada de ella después que me regresó el dinero, pero a Latika la tuve que ver porque se quedó con una gorra mía de los cañeros de Los Mochis, un año después. Se quedó sorprendida que siguiese en Alemania. Me he enterado que es una artista plástica muy famosa en el Instagram. Cristo Santo.

De vuelta

a Karlsruhe en septiembre tuve unos días en los que estuve viendo bastante a Nora y Valentina. Por un lado, nos vimos para hacer algo de comer juntas, algo mexicano dada la temporada de celebración del natal de nuestro querido México. El menú se centró en enchiladas, pero para darle un poco de variedad, decidimos hacer varios tipos de tortillas bañadas en salsas picantes y no picantes porque no todo mundo podía comer salsas picantes para hacer enchiladas. El día anterior de las enchiladas, me había puesto una borrachera en algún lugar de la gran ciudad, con el Juan (colombiano) y un muchacho coreano cuyo nombre

²⁷⁴ Oh, quieto ahí, Orlandito, tú estás bien cerca de ese punto mi rey

me evade pero que hablaba español, por lo que cumplí el viejo adagio que recita que “la gente que está enojada cuando hace de comer, hace la comida sumamente picante”.



Las enchiladas me recuerdan a... sí. a Natalia. Cuando teníamos ya varios meses de conocernos, un día me invitó a "las enchiladas de Doña Marce". Ella nos llevó en su Ibiza rojo cerca del aeropuerto de la ciudad de Guadalajara, a unos 17 kilómetros de donde trabajábamos en ese entonces, entre callejuelas empedradas que me parecía muy extraño para "ir a comer". "¿Y cómo encontraste este lugar tan pinche remoto?" - pregunté. "El Toño, porque aquí está en corto de la maquiladora", me dijo. Y sí, porque el campus donde trabajaba su amigo Toño estaba a apenas un kilómetro de donde estaba esta fonda, adornada con toldos de la Coca-Cola y perros callejeros dormidos afuera de la puerta de hierro forjado, pintada de un rojo que había visto mejores días. El acceso es resguardado por Doña Marce, y otras que supongo comparten el apellido de Doña Marce, porque todas están vestidas con camisas viejas, manejando ollas gigantescas llenas de mole, de aceite, y de salsas de todos colores. Nos sentamos en una de las largas mesas que están estratégicamente acomodadas a lo largo del patio para surtir a unos setenta comensales desde mediodía hasta pasadas las dos de la tarde. El menú simple, pero efectivo: Sopa, plato del día, toda el agua que quieran. Las aguas van servidas en jarras plásticas de un litro, y los vasos son de esos pequeñitos de plástico que huelen a viejo. "Acá traen a los gringos de la planta, porque está muy mexicano el ambiente", decía el Toño: Fotos de hombres con sombreros y mujeres de vestido largo en las

paredes; Fotografías de Jesús en varias tomas distintas, así como algunas vírgenes de distintos colores proliferando las paredes de todos los colores; Una jaula improvisada con mallas metálicas cerca de los uriniales; Una fuente inservible decorada con macetas improvisadas de recipientes de jabón y cubetas de pintura. Ciertamente, una vista "muy mexicana" para una persona que solo conoce un país a través de sus colegas que le dan un paseo detrás de un vidrio. Las sopas son ligeras y en porciones pequeñas: Sopa de municiones, caldo de pollo, crema de brócoli. De plato principal, pedía siempre una enchilada potosina, cubierta de una salsa de chile ancho; una enchilada de mole, las más buenas; una enchilada de aguacate, las que tenían un sabor poco aguacatado; Y a veces, pedía las enchiladas suizas, de salsa verde, pero no me gusta mucho el tomatillo. De postre, siempre daban algún chocolate o galleta, y volvíamos esos 17 kilómetros en su automóvil. Todo por unas pinches enchiladas buenas.



Esa vez, hicimos una salsa verde de aguacate y una salsa roja, pero como sabía que habría problemas con personas que no comen picante, hice una salsa roja de tomate y el agua con la que herví todas las verduras, incluídos algunos chiles jalapeños. Cuando terminé las salsas, le di a probar a Valentina un poco de la salsa que, hasta donde yo podía corroborar, solo consistía de tomate, cebolla, ajo y cilantro. Y un poco del agua de las verduras. NADA. PICANTE. Hasta donde yo entendía. “¡La concha de mi prima, boludo! ¿Pero qué le pusiste a esta cosa? No, pará, ¡No siento la lengua! ¡Tengo calor!”, decía Valentina, desesperada por el calor que tenía en la lengua, mientras Nora y yo nos

carcajeábamos por la reacción de esta pobre mujer cuya experiencia con las especias se detenía en el chimichurri con un poco de pimienta. Yo más que Nora, porque me parecía ridículo que fuera tan picante como decía. En ese tiempo, Valentina vivía en la casa de una señora que tenía una sala muy bonita, pero a Valentina le daba un poco de pena hacer mucho alboroto, al ser una señora agradable pero mayor, entonces aprovechaba cuando la señora no estaba en la ciudad para hacer carnes asadas en su patio. Esa vez fue de las pocas que hicimos la comida en la cocina, puesto que la mayoría de las veces nos quedábamos afuera, en el patio, en el asador durante los cálidos veranos de esos años. En esa reunión, hablamos sobre visitar “un castillo en Alsacia”, una región francesa muy cercana a Karlsruhe. Unos días después, fuimos a las ruinas de ese castillo, llamado Fleckenstein, que tenía muchas piedras apiladas y lugares para caminar alrededor. Tomamos camino en automóvil y una hora y fracción después, encontramos *Ouvrage du Four-à-Chaux*, un viejo fuerte usado en la segunda guerra mundial con un museo que tiene muchos de los objetos que usaron los soldados en ese tiempo para vivir en ese fuerte. En la tarde, fuimos a comer *Flammkuchen* a Lembach y a beber algunas cervezas. La pasé bien, pero me levanté demasiado temprano para ir y **no me gusta levantarme temprano.**

No me gusta despertar temprano.

Navidad III

En la tercera navidad que pasé en Alemania tuve por lo menos más compañía: Estaba Paula, todavía en mi apartamento sin pagar renta, así como Juan y Jhon que tampoco tenían plan esta navidad, por lo que buscamos alternativas para hacer una fiestón maniaco hasta la madrugada, aunque esta vez sería sin la cartera, lamentablemente, porque R.I.P. esa relación. Estuvimos pensando hacer la fiesta de navidad en donde mismo, el complejo de apartamentos donde vivía Juan

en ese entonces, con la limitante que tendríamos que sobornar a alguien para que nos prestara unas llaves y un cuarto común, de manera que pudieramos cocinar, poner música alterada, y que las personas que se quedaron a estudiar o sabrá dios qué chingados no se molesten porque hay tumulto el 24 de diciembre.

Unos días antes de que fuera navidad, vi que Juan escribió en alguna red social que se le antojaba un plato de lechona colombiana.



La lechona colombiana es un plato sencillo de hacer, salvo por el problema que necesitaba cuero de cerdo, con lo que se hace el chicharrón, para poder hacer una almohada rellena de cochino y hacer chicharrones con eso. Busqué en Internet, y la traducción era directa: “*Schweinehaut*”, piel de cerdo. Perfecto. Fui a mi carnicería de confianza²⁷⁵ y pedí “*Haben Sie Schweinehaut?*”. La señora dijo alguna cosa que no entendí, y le dije que sí. “*¿Was bitte? Meinen Sie Schweineschwarte?*”, bueno sí, quise decir otra cosa. Me dijo la señora que me la podían tener para el 28 de diciembre. Le dije que no mamara, que eso era eemasiado. Me habían recomendado ir a un mercado ruso llamado Kliver a las afueras de la ciudad donde podía ser que encontraría lo que buscaba. Me envalentoné y tomé el tranvía hasta allá, y encontré el mercado fácilmente a una cuadra de la última estación del tranvía 3. Entré y me sorprendí que hubiera un mercado tan grande y de productos tan específicamente rusos, pero en realidad era un supermercado Edeka normal, con productos rusos. Hasta los precios estaban impresos en las mismas etiquetas. Llegué al fondo del mercado a las carnes, donde vi unas lenguas apiladas, por un euro el Kilogramo.

²⁷⁵ Mi carnicería de confianza siempre fue la carne pre-empacada de la tienda de abarrotes de descuento. Esta vez, quería hacer algo de manteles largos, por lo que tuve que visitar la carnicería cerca de la estación de tranvía.

“Verga de perro, están muy baratas las lenguas” – me dije a mi mismo. Le pregunté por la “*Schweineschwarte*”, y el carnicero ruso me dijo: “Da, Haben wir. Morgen. Morgen Schwarte”. OK, perfecto.

“Brauchen Sie meine Name?” – pregunté, porque no sabía cómo me reconocería cuando llegara al día siguiente. “Nein, morgen. Uhr?”, “Elf?” – pregunté, dudoso. “OK”, me dijo, y desapareció a las neveras en la parte trasera de la carnicería.

“Vaya, eso fue rápido”, pensé. Pensé lo mismo, lo rápido que me voltearon la carta al día siguiente y no me tenían ningún pinche cuero verguero de cochi²⁷⁶. “Nein, kein Schwarte”, “ENTONCES POR QUÉ VERGAS VINE HASTA ACÁ” – pensé, y me resigné y me fui a la verga de ahí. Cerca de las cajas, había *Matroshkas* con la cara de Vladimir Putin y unos platos feos, con su cara, también.

Terminé comprando cuello (*Schweinenacke*²⁷⁷) y preparé arroz, que quedó con buen color y textura, lo cociné con arvejas²⁷⁸ y le puse un poco de zanahoria, al estilo arroz rojo mexicano. Puse todo junto a cocinarse en el horno, cubiertas por un pedazo de cuero que tenía el corte que compré en el supermercado.

como era un pequeñísimo pedazo de cuero, solamente cubrí la parte superior de una tarja metálica algo macaneada y llena de grasa quemada de años. Consideré que todo podría salir mal.

Me quedé pensando.

²⁷⁶Cerdo.

²⁷⁷El “cuello de cerdo” no es un corte que exista en el mundo hispanoparlante. Encontré un “cabeza de lomo”, pero los cortes son un tanto distintos entre cortes que pude encontrar en Internet.

²⁷⁸Chícharos.

Lechona

por Qrlando tqrrres

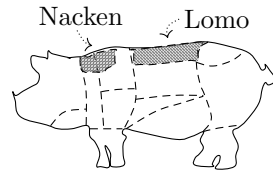
★☆☆☆☆

Tiempo de preparación: 24 ~~a 48~~ horas

Tiempo de cocinado: 12 ~~a 14~~ horas

Porciones: 6 a 8, 5 para viejos panzones

Calorias: 4500 kcal



Ingredientes

****¿cilantro??**

- 2kg carne de cerdo*
- 500 g de arroz, blanco, basmati puede ser coco o lo que haya si no es su cocina
- 2 cebollas amarillas
- 2 cebollas cambray
- 500 g de arveja
- piel de cochino, por metros
- 3 cabezas de ajo
- comino, al gusto
- pimienta, al gusto
- salsa de soya algo
- sal al gusto, igual, a la verga
- una pola²⁷⁹, quinientos eme ele

***algo enchiloso**

²⁷⁹ Pola, 1. f. Col. Cerveza.

Preparación

1. El arroz hay que preparar para que quede “amarillito”, esto puede lograrse agregando caldo de pollo bien amarillo, o bien, un caldo de pollo falso (no está en ingredientes, y si ya fue a comprar, pues vaya otra vez, a la verga).
 - (1) Para no batallarle, ponga las tazas de arroz en una arrocera con el caldito y agua y déjese de chingaderas. Si quiere batallar a la verga, es una taza y un cuarto de líquido por taza de agua, si no fue a la escuela, es una-a-una y un chorro por cada una. Fuego alto hasta que hierva, bajar a la potencia más baja, y dejar 20 minutos, tapado el arroz.
2. El cochi hay que partirlo en cubos. Ya partido, hay que ponerle especias, pero no pasadas de verga, normal, es más, busque una receta en línea y lo que diga, nada de chiles a la verga, nada de cosas extrañas. Es más, no le ponga chile.
 - (1) Ahí preferentemente un corte magrito para que no se le haga un cagadero, como se me hizo a mí.
3. ~~Poner todo a cocinar~~ en la misma olla en el horno a 180° por 8 a 12 horas o hasta que todo esté suavecito
 - (1) Aquí la cagué, a la verga, porque puse el arroz con el cochino, y el cochino que compré no era lomo, que es más magro, era ese puto cuello que sepa la verga que sea, entonces luego entonces, la grasa del cochino bañó el arroz a la verga y quedó una plasta horrible. NO HACER ESO. REPITO, NO HACER ESO.
4. Esperar con la pola, tomársela, si todo sale mal, no llevar el preparado a la fiesta, tenga vergüenza.

Lamentablemente, todo empezó a salir cuesta abajo a partir de ese momento. Olvidé²⁸⁰ que el cuello tiene mucha grasa que se empezó a licuar e hizo un absoluto desastre con el arroz. “Putá madre, lo debí de haber previsto”. Pero no, no preví nada, y así se quedó. La textura del arroz después de seis horas era pastosa, como si hubiera remojado ese arroz por horas en agua y como si fuera un absoluto principiante en el manejo del arroz. ¡Bah! Basura. Mamadas pendejas. Así lo tuve que dejar, porque ya no tenía tiempo para hacer más arroz, y sobre todo, ya no tenía arroz para hacer arroz.

Ni modo. A la verga. Pensé por un momento tirarlo, porque qué pena maltratar la memoria nostálgica con esa cagada de comida. Pero ya era tarde para hacer otra cosa. Ni modo, me va a tocar remarla así como estaba la cosa.

El 22 de diciembre de nuestro señor jesucristo 2016, Jhon nos dijo que podíamos hacer la fiesta en la casa de una amiga. La amiga era Hend.



Ningún texto que empiece con “No tengo nada contra las mujeres, pero” termina bien, o al menos, no termina con un argumento bien fundamentado, menos en el año de nuestro señor Jesucristo 2015. Luego entonces, una conversación saludable en la que establezco mis puntos de la peor manera posible, solamente va a resaltar que soy un pervertido misógino irreversible que tiene un extraño desespero por simularse “bien”, a pesar de que, holísticamente, el argumento es patéticamente vacuo. Ahí va, entonces. Ya. Listo. Me encantan las mujeres, ¡Entiendo a las mujeres! OK, empezamos bien. Va de nuevo. No tengo nada (específico) en contra de las mujeres

²⁸⁰En realidad ni sabía. Me enteré años después de mi error pendejo.

(específicamente). Pero, cuando era un joven estudiante emancipado de la vida familiar, por allá de 2006, y porque me convertí en un incel²⁸¹ durante mi temprana formación social como adulto, internalicé un cierto (específico) desprecio (honesto, según yo, por el maltrato) por las mujeres que conocía. Justifiquemos²⁸². Cuando joven, lamentablemente me socialicé poco con mujeres²⁸³, debido a mi pobre elección de carrera en las formaciones cuantitativas²⁸⁴. Luego entonces, mis interacciones con mujeres eran limitadas, de pobre calidad, y siempre formando una negativa impresión que adjudiqué por mucho tiempo a la sensatez y semblante otorgado por la formación académica²⁸⁵. Yo decía, ¿Pero, si me baño todos los días, me cepillo los dientes, bebo moderadamente²⁸⁶ plancho mi ropa, acaso habrá alguna razón supranatural para mantenerme tan solitario en esta edad temprana? Vamos. Respeto a las mujeres, porque tengo hermana y madre. Ah, ya vi por dónde va esta madre ya mejor que callo a la verg



Hend era una muchacha de cabello azabache que miraba infrecuentemente en el gimnasio, a lo lejos. Sabía que era amiga de Charlie, un amigo chino que también iba a al gimnasio y como el no tenía todos estos extraños traumas de pubertad, debió acercársele a platicar y se hicieron buenas amigas. Nunca pensé en hablar con ella porque a) me daba un poco de pena aparentar desesperación y b)

²⁸¹Neologismo en inglés para CÉLibe INvoluntario.

²⁸²Esto no va bien, señor, ¿No prefiere, digamos, hablar de otra cosa?

²⁸³Bueno, no es mejor pero ya se esclarece de donde viene tanto vitriolo.

²⁸⁴Bueno pero eso no tiene nada que ver, ¿No podía, por ejemplo, dedicarse a un pasatiempo más heterogéneo?

²⁸⁵No mame señor, si lo que usted hacía era integrales y derivadas y ni siquiera formalmente, no tratados sociológicos sobre el género, relájese del ano un tanto.

²⁸⁶Incierto.

encuentro sumamente extraño hacerle plática a alguien en un gimnasio. Más b) que a), pero mucho a) difuminado en temor sociocultural, léase, por culo de perro, pues. Así fue que nos no-conocíamos. Cuando me sugirieron hacer la fiesta en su apartamento, enuncié que no tenía nada en contra, pero que no quería que nos cortara la fiesta a la una de la mañana, que porque se tenía que ir a dormir. Dije que esto era un evento serio y que hasta la madrugada y blam, blam, puro pistiar machín, y no se qué tantas barbaridades. “Pues no es mala idea en principio, pero somos muchos amigos y queremos que la borrachera siga hasta las cinco de la mañana”, contesté en el mensaje con la proposición. “Hend dice que no hay problema, que su apartamento estará solo y se pueden quedar hasta tarde” – aludió Jhon vía texto. “Patrañas, conociendo a los alemanes van a querer que nos vayamos a las dos de la mañana. No confío en esa gente”, contesté. “No, te prometo que van a dejar que se queden hasta tarde” – replicó inmediatamente. “¿Cuatro de la mañana?”, “Voy a preguntar” – cerró la conversación ese día.

Quedamos que la fiesta sería en casa de Hend, en contra de mi voluntad, por lo que llevamos cajas de cerveza, botellas de alcohol y varios recipientes plásticos rellenos de comida a las tres de la tarde del 24 de diciembre. Ahí estaba Charlie en la cocina en putiza moviendo ollas por todos lados, y a Hend no la vimos por ningún lado. Me fui al apartamento a recoger a Paula y nos dirigimos ya bañados y con la cola olorosa a perfume al apartamento donde vivía Hend, por la Haid-und-Neu-Strasse. “Pinche Hend, de seguro nos va a mandar a la verga a la una de la mañana o va a subir un chingado vecino a hacerla de pedo” – le confesé a Paula. “Tranqueeeelo, carnal” – contestó la otrora. “”Pero ps ya, ¿Qué tiene? ni modo, pues nos regresamos y ya”, “Y luego con este pinche frillazo a la verga” – repliqué, molesto. Paula se reía de mis pendejadas. Llegamos a la puerta, tocamos, y subimos las escaleras. Una de las imágenes que me van a quedar para siempre quemadas en las retinas es la de

Hend en la puerta de su apartamento, el último piso del edificio. No sé si era la falta de aire porque eran muchas escaleras, o que estaba sudada por la chamarra, pero la vi en ese momento sumamente iluminada, como si me hubiera muerto a la verga, y a San Pedro le hubieran salido unas tetas y un culo que pareciesen dos: Ella iba vestida con unos pantalones cortos rojos y una blusa roja con detalles blancos en el cuello; podría decirse que iba vestida de Sexy Santa... y qué manera, Cristo Jesús. Llevaba puesto un sombrero navideño, nos dijo “*¡Hi guys! Come in*”. Creo que se me detuvo el corazón un segundo. O empezó a latir increíblemente rápido. Pudo ser, de nuevo, la falta de aire por subir varios pisos sin elevador, o la impresión de ver a esa muchacha ~~tan visualmente agradable~~ No, a la verga, pinche vieja más buena que lv diso santo detengname agh au au auuuu esperándonos en la puerta. Ambas cosas, tal vez. En toda la noche, nunca hablé con ella (Obviamente, por supuesto, porque qué se esperaba de un hombre célibra voluntario).



Eso de las muchachas bonitas siempre ha sido un problema para mi desarrollo psicosocial. Cuando tenía 13 años, estando en la secundaria, conocí a Fernanda, una muchacha que se me hacía la muchacha más bonita del condado, que como toda evaluación de la experiencia de la calidad moral y ética de una persona, se basaba en que era una muchacha muy bonita, y antes de que el Internet viniera a destruir las mentes de muchachitas jóvenes que se la pasan en *Twitch* diciendo “ROFL, LMAO, jsimp! skill issue bro”, y pagando una suscripción mensual para ver personas desconocidas en Internet jugando al Nintendo, creé una tonta relación parasocial con ella. Nunca hablamos realmente, porque encima de muchas cosas soy sumamente

cobarde, pero a mi se me hacía la muchacha más bonita del condado, y al no tener necesidad real de hablar con ella, porque yo, nerd congraciado y sin prospectos económicos importantes para la ciudad de Los Mochis, Sinaloa, no consideraba tener la capacidad de hablar con ella. Como todas las muchachas bonitas del condado, y en plena concordancia con los estatutos de las comedias románticas de los 90s, ella tenía un novio más viejo que ella – *Jose, o Carlos, ya ni me acuerdo*, y como buen adolescente que escuchaba mucho *Grunge* con los amigos y escribía “*Pain*” en las paredes de mi cuarto con pintura en aerosol²⁸⁷, yo pensaba: “*Nah mames, Orlando, no estás a la altura de esa muchacha, y nunca va a saber quién eres*”. Y como no sabía ella quién era yo, y como empezó en ese entonces la explosión de mensajería instantánea del MSN, me creé una cuenta de Hotmail donde pretendía estar en otra escuela, y la agregué al MSN, y le sacaba plática. Un absurdo y total desquicio. Como estaba obsesionada con el chingado novio, me sabía el correo y en varias ocasiones intenté obtener su contraseña metiéndome a la sección de contraseñas olvidadas de la cuenta de Hotmail. Una de las preguntas secretas era ¿Cuál es el nombre de mi perrita? y haciendo una investigación criminal con el Ernesto y el Edgar, nunca pudimos dar con el nombre de su mascota inexistente. En un chispazo de creatividad, puse en la respuesta: “No tengo perra”, puse una contraseña como abc123, y ¡*Voilà!*!, tenía acceso a la cuenta. Me dio una emoción desbordante por un segundo, pero al siguiente me di cuenta de lo que estaba haciendo: El peor tipo de *White Hat Hacking* que existe en la vida, que es solo por una obsesión parasocial con una muchacha. Ese mismo día le informé a Fernanda de lo que había hecho, y le di la contraseña. Ya

²⁸⁷Dato real, todavía están así las paredes de mi cuarto, adjunto archivo.

nunca volví a usar esa cuenta de correo electrónico. Ya tiempo después, cuando se pasa la vergüenza de la parasocialidad y ya se pone a tener enemigos distintos en la vida, se terminan los estudios preparatorios, se muda de ciudad, se muda de país, y vuelve cada tanto al pueblo, y ve a la muchacha ya siendo una señora de casa, con sus hijas en una carreolita de gente con dinero, y que, a lo lejos, le hacen una señal para hacerle saber que sabe quién soy: “¡Hola!” – a lo lejos, lo vi, y pensé que era mentira, porque uno está haciendo hamburguesas en el negocio de un amigo, ¿Y uno se queda pensando en eso, pero realmente no hay como que una razón válida para ser conocidas? Es decir, ¿Sabes quién soy yo? Pero no, nunca me ha pasado. Sin embargo, queda lo importante: Las muchachas bonitas me dan miedo.



En la cocina, Charlie tenía desde temprano haciendo la cena estilo chino: Un pollo enorme con papas, ensaladas de verduras varias y fideos con queso. Todo una delicia. Yo me sentía un desastre porque lo que cociné, la “lechosa” “colombiana” quedó bastante mala, sobre todo el arroz. Santo cristo, qué malo el arroz. Aún así, la pasamos bien, poniendo música a eso de las once de la noche: Cumbia pesada hasta las cuatro de la mañana. A las dos yo ya estaba hartó y me quería ir a dormir, y ya estaba cansado de beber cerveza. Estaba a punto de decirle a Paula que ya nos fuéramos a la verga, cuando Hend me tuvo mucha lástima, y me tomó de la mano para bailar. Bailamos una canción y Paula intentó grabarme *in fraganti*. Chingada Paula. Se terminó la canción y me harté a la verga porque ya no había cerveza, quedando solamente botellas de licor y nos fuimos al apartamento a dormir.

“¡No mames, carnal, ahí te vi que andabas detrás de la Hend!” - me

venía diciendo Paula, mientras me picaba la panza para que le respondiera. La mire con desprecio, y le dije: “No mames Paula, si toda la fiesta se la quería comer a la Hend, ¿Yo qué vergas tenía que hacer ahí?”. Se río, y posó la cabeza sobre mi hombro. Llegamos a la estación del tram de Dammerstock y caminamos al apartamento. Paula ya tenía días durmiendo en mi cama, porque me dijo que el sofá estaba muy duro y que la cocina estaba muy pinche fría. Nunca nos involucramos íntimamente.

Al día siguiente, volví para ayudar a limpiar la cocina porque estaba seguro que todo estaba hecho un desastre. Cuando llegué, me di cuenta que las parrillas de vidrio estaban llenas de cochambre de hacía años de no limpiarlas así que decidí hacer un poco de servicio social y limpiarlas. “*¿Do you have a metal sponge to clean the stove?*”, le pregunté a Hend, que ya estaba con el pelo recogido y una sudadera enorme. Me dijo que no, que así no se tenía que limpiar, porque se podía dañar el vidrio. Me entregó una esponja normal y se fue a sacar botellas con Jhon. No tenía tiempo ni datos para contrarrestar ese argumento en ese momento, pero pasé varios días subsecuentes buscando la dureza del vidrio Schott usado en placas para cocina y estaba 78.65% seguro que ese tipo de vidrio no podía ser dañado por una esponja metálica. Ahora, ciertamente no quedaría completamente como si nunca hubiera pasado nada, pero de eso a tenerla llena de cochambre... Creo que la decisión no sería tan complicada. ¿Cierto? ¿Cierto? El resto de la tarde vimos videos y películas en Internet, hasta que se me ocurrió poner *Don't Hug Me I'm Scared*, que es una serie de Internet donde unas marionetas cantan sobre la creatividad, pero las cosas se ponen intensas y empiezan a sacar brillantina de las tripas y corazones con sangre. Un desquicio. Todo mundo se quedó en silencio cuando terminó, y se acabó la noche de películas en ese momento. Me fui a casa inmediatamente.

Y bueno, fin de 2016.

Ahora sí, bienvenido 2017.

10 Terror

Hay noches en las que no puedo dormir porque me quedo pensando y el terror me sobrelleva.

Algunas veces, en la noche, me acuerdo que estoy lejos y que encima tengo un reloj que hace tic, tac. A veces, no hace ruidos, a veces, solo veo el reloj, y detrás del silencio se esconde un acúfeno que no me deja dormir, que me está plagando, que me llena el hocico de lo que se siente como una hematemesis que solo se detiene a las cuatro de la madrugada.

La certeza del futuro empieza a cambiar conforme la transición se acerca, porque al final del peñ^aco, queda un abismo incierto que no puedo mirar, porque no hay nada que mirar allá abajo. Solo dudas, y oscuridad. Agua oscura, pero agua. He conocido personas que hubieron llegado antes que yo a Alemania, y sí, algunas de esas personas están teniendo vidas en las que se acomodaron como piezas de un rompecabezas, pero yo solo veo papel desgarrado. Llega la noche, ignoro los papeles tapizando el piso, y cierro las ventanas, bajo las persianas, cierro las puertas, y me acuerdo que el invierno dejó de ser solamente una suposición, algo que está ahí, sino algo que se va de repente. Que de repente, deja de hacer frío en la noche, y el sol aparece en la

mañana. Las cosas están ahí. Y el invierno se acaba, pero ya no sale el sol de la primavera. Yo sentía que el fin del invierno se avecinaba.

El terror se hizo presente en la incertidumbre de tener el reloj que había empezado a correr el 1 de octubre de 2014, y que ignoré sutilmente, pero que pararía el 1 de octubre de 2016. Exactamente, dos años en los que algunos de mis paralelos empezaron a moverse en direcciones distintas, mientras yo estaba aún terminando el último paso de mi proceso de inmigración en Alemania: Mi tesis de grado. Después de esto, nada. Oscuro. Dado el tiempo que estuve trabajando en la tesis, pasé algunos meses más debido a problemas logísticos de parte de todo mundo de quien dependía hasta ese momento.

Ah, sicierto, si no he hecho más que decir mentiras desde que empecé esta historia. Empecé pretendiendo que soy parte de una clase trabajadora a la que no pertenezco, porque me pareció generarse más empatía cuando el omnisciente no pertenece a la pequeña burguesía. Pero, qué digo, vamos, no es que batallé en las duras calles de la ciudad de México. Sí, viviendo en la colonia Guerrero, más conocida por el caníbal que por el instituto de baile folklórico de Amalia Hernández. Pero ya luego vivimos en la comodidad de una clase media que estaba más cerca de la miseria que de una posibilidad de pertenecer a la clase alta. Un mal año y todo

se esfumaba. Un año se hacen tres, y de pronto, cuando el almuerzo son frijoles con arroz (pero los hay), uno piensa: ¿Y el pollo?

Quise parecer más humilde, porque no vine por la academia. Vine por trabajo, y eso me distingue, porque ahí sí, sería persona de pueblo. Porque el trabajo dignifica, según. Sin embargo, y porque en junio conseguí trabajo, pues se borran a la verga dos años de mi vida y ya está. Pero esta es la historia verdadera:

Decidí hacer estudios de grado porque escuché que lo necesitaba para trabajar en óptica, no por un Ausbildung, no por nada de eso que dije. Sagar, Doyeong, Manmeet, todas las personas existieron, haciendo lo mismo. Empecé mi tesis de grado que empezó en Guatemala y terminó en Guatepeor, porque mis asesores medio les valia verga todo y yo estaba nomás en una oficina esperando a que me dijeran que chingados hacer. Estaba de cierta manera asegurado con un colchón de tiempo hasta que se me acabaran los fondos así que todo estaba en orden. Se pasó el tiempo con el proyecto, empecé cada vez más a notar que no era lo que yo pensaba en un principio, entonces estaba todo el día valiendo verga. Todo esto dañó mi ya bastante deteriorada paciencia, por lo que empecé a dormir menos, o no poder dormir de noche, o llegar a mi escritorio a trabajar con apenas unas horas de sueño a "estar haciendo horas nalga", porque una vez me buscaron para hacer alguna cosa, y como no estaba, hubo

problemas porque "no estaba ahí sentado cuando se le ocurría al asesor buscarme". Empecé a tener problemas de despersonalización porque volvía a un rol subserviente al que ya no le tenía costumbre, y eso me hacía encabronar porque no tenía razones para esforzarme, luego entonces, me vale verga, y no hago nada. Por otro lado, no tenía opción, puesto que estas personas podían, eventualmente, ser mis referencias en caso de que necesitara una carta de recomendación cuando terminase mi grado. Solo veía pasar el tiempo, y la cuenta de banco vaciarse de a poco.

El terror de equivocarme me sobrepasa. Ese es el terror más grande y el que me terminó encontrando cuando menos lo quería. Puta madre. Sin embargo, una de las maravillas de la vida es que las cosas, a veces, se resuelven. Pero yo no sabía nada de eso. Y ustedes, tampoco. Como diría mi padre: "Dios proveerá". Y yo, en desespero.

nocturno

El terror nocturno es de los peores terrores.

No tenía ni seis años. Desde entonces me di cuenta que mis peores terrores pasan en la noche. Porque me pongo a pensar, y pensar es lo peor que me ha pasado en la vida. Seis años, y ya tenía esos terrores nocturnos. Me quedaba pensando: "Y qué va a pasar cuando ¿Sea grande?". Nunca he querido ser adulto.

Me ponía a llorar en la noche, así chiquito, porque no quería crecer. No quería que mi padre y mi madre murieran. Mucho tiempo pasaba en la noche calmándome los nervios solo, porque no podía dormir. De repente, me cansaba de tanto pensar, y amanecía cansado, de pensar. Ya con el tiempo mejoró la situación porque dejaba el televisor encendido en la noche para poder dormir, y desde entonces nunca he podido dormir en silencio. Necesito el estímulo, necesito el ruido, necesito no estar pensando todo el puto tiempo. Me hace falta el ruido. Necesito que haya algo detrás siempre sonando para poderme concentrar en el momento. Le temo al silencio, porque me deja en la soledad conmigo mismo, con mi persona, y ahí empiezo a pensar, y a escucharme. Puta madre, como odio pensar.

Pero estoy constantemente en eso, pensando, y por eso estoy constantemente buscando qué hacer, que pintar, qué leer, qué dibujar, en qué pasar el tiempo que no sea pensando. El Internet me dio video-ensayos de ocho horas hablando de temas que no me interesan, reemplazando ver películas en repetición infinita para evitar pensar. Mi felicidad fue infinita cuando lo descubrí. Odio el silencio, y odio los terrores nocturnos, porque no puedo callar las voces de adentro.

Muchas veces, me quedo con pesadillas de no haber terminado la escuela. Alguna escuela. Ahí me veo a mis 38 años pensando que no entregué tareas de la clase de filosofía (que no tomé en el grado) y por eso no me dan mi

título, y tengo que volver a la escuela. O que tengo que volver a la preparatoria, con treinta y ocho años. No me dan mis títulos que están en una carpeta que está guardada en un cajón y al día siguiente, tengo que ir a la carpeta a ver que está ahí el documento, que no estoy soñando esto, hoy, en este momento, y que estoy vivo y que la realidad es real. Se callan los terrores nocturnos cuando es de mañana, pero sé que siempre van a volver.

Los terrores nocturnos no ceden, sobre todo cuando estoy en soledad. Los siguientes seis meses tendré terrores nocturnos mientras todo sucede, así que estoy (de)privado de sueño, de ganas de continuar, y cansado porque no puedo dormir en la noche.

No es como para querer matarme. No, aprecio mucho la vida, pero es muy cansado que me estoy gritando constantemente y que no puedo dormir porque no hay un botón de apagado para las voces.

Se siente bien no decir mentiras de vez en cuando.

11. “

”

DEMENTEMPLADAS

buicutzi

NOSOTROS REZAMOS

idna te

queda SUFRIR

CAITA SUATRIA TAHUAC

camomachicuicucica nentetamaca

HAY AÑOS DE LA VERGA

Y

2017

AÑO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

EN EL QUE CUMPLÍ

30,

ata verga,
pinche viejo
lesbiano

CONOCÍ A ~~Amalia Hernández~~

Y ME CHINGÓ LA POLECIA
POR ANDAR TIRÁNDOMELA DE
MUY VERGAS.

sin embargo, me curé de Natalia.

¿esta es
crecimiento?



14 Capítulo 7: Siete : 7

Ugh

Uno de los beneficios de empezar el año con el corazón roto, es que las expectativas de felicidad son bajas, y cualquier cosa me haría feliz.

Una de esas cosas cualquiera era Paula.

²⁸⁸ Cuando niño, siempre me quedó la impresión de los carteles taurinos en la Plaza de toros Monumental de México, que citaban "número lugar número" para indicar cuantos toros serían matados ese día, y el lugar de donde provendrían para ser matados, y nunca entendí por qué había números duplicados, y tampoco entiendo por qué lo recuerdo tan fijamente. No soy fan de los toros, y nunca fui a una corrida de toros.

En esos días, la madre de Paula estaba de visita en Karlsruhe y yo la visité en esos días para conocerla. La señora era pequeña, como Paula, y tenía en su tiplecillo achilangado un caló que me recuerda a Juanita, la señora que vivía con toda su familia en el departamento 504 y 503 de Mosqueta, en la colonia Guerrero. A veces teníamos que ir con Juanita porque mi madre tenía que salir tarde de alguna junta o trabajar tarde, los detalles me evaden, y subíamos con ese hijueputa gential que vivía con Juanita, las hijas y las nietas y hombres misceláneos. Mi hermana vivía fascinada de las patas de pollo que cocinaba Juanita para alimentar ese chingado gential con lo poco que supongo tenían porque no puedo dejar de subrayar cuánta gente vivía ahí. Mi hermana borró completamente las memorias de lo que supongo eran memorias de una vida que ella sentía que no le era propia, porque la dejó demasiado pequeña, a los 7 años de edad. Tal vez, sentía miserables esas memorias de comer patas de pollo y disfrutarlas encarecidamente. Juanita hablaba quedo, casi ininteligiblemente, y siempre con un cariño palpable, porque pues estaba viejita, o se me hacía viejita, dado que tal vez no rebasaba los 50 años de edad. De las demás personas de la vecindad no me acuerdo tanto. Una vez, mi madre fueron a una cena a la que no fuimos ni mi hermana ni yo. Yo me debí de haber dormido temprano, pero desperté a las 10, me acuerdo, porque las 10 se me hacía absurdamente tarde para que mi madre estuvieran no en casa. Mi hermana lloraba, y subimos despavoridos a buscar a Juanita para que nos consolara. Mi madre llegó a las 10:30, porque había tráfico, quiero pensar y me parecía una de esas señoras agradables que viven al servicio del otro y de la comunidad. De alguna manera misteriosa, y supongo porque se trajo un vergadazo de chiles de la majestuosa Tenochtitlán, se cocinó un delicioso pozole estilo chilango, aunque

demasiado orégano para mi gusto, que me cayó bastante bien en el corazón. “Le quedó muy bueno, doña”, le dije. gracias, replicó, escabulléndose de vuelta a la cocina para dejar de escucharme decir que todos me la chupan y me la maman.

Un pozole era algo que vagamente me hacía falta en esos días duros de un invierno que se hacía cada vez menos oscuro, porque el solsticio de invierno ya había quedado atrás, en Diciembre, y como decimos en México, “de ahí pa’l real”. No sé dónde queda el Real. Busqué en Internet y solo encontré una referencia de una página llamada Wipy, consultada el treinta de Enero de dos mil veintiuno, donde dicen que es una frase posterior a la conquista en Mé- xico, y que se refiere a la distancia que hay entre la Villa Rica de la Vera Cruz y Real del Monte, mejor conocido como Mineral del Monte, establecido en el siglo XVI para la extrac- ción de minerales preciosos, de esos que buscaban los conquis- tadores *en otrora tiempos*. Para llegar de Veracruz a Real del Monte, a través de Xalapa y Tlaxcala, unos trescientos setenta kilómetros en rutas modernas, o unas setenta y nueve horas a pie, unos ocho días caminando cincuenta kilómetros diarios. La frase, supuestamente, proviene de decir que “de aquí para el Real”, cuando viene una actividad ardua. Los días pasaban lento, y la nieve, de repente, caía en períodos asíncronos en los que me tenía que levantar a las siete de la mañana a barrer afuera, echar sal al piso, y después de bañarme, ver que el trabajo de media hora se había visto borrado casi inmediatamente por rastros de agua congelada que cae lentamente.

Durante el invierno, no sucedió nada interesante: Revisaba redes sociales para ver que mis amistades sí fueron a Mochis este año, y yo no, y me senté a leer literatura técnica para entender eso de la pinche tesis, infructíferamente; apliqué a varios trabajos porque ya ese avvicinaba el

fin de mi visado temporal como estudiante; y cada fin de semana, me ponía hasta la verga de borrach@ con el Juan y luego me ponía a pensar el domingo que qué bárbar@ soy, que debería de dejar de tomar y ponerme intransigente. En una de tantas salidas fue fiesta de cumpleaños de Moran, un chavalito francés medio birolito que padecía de episodios epilépticos, pero le valía verga y se la pasaba en la pistedera. En su fiesta, había un poco de mota de uno de sus *Mitbewohner* y mucho *Pastis*, por lo que terminé drogada y borrach@ hablando de *Petanque* con unos güeyes franceses medios amanerados que les gustaba mucho sobarme la espalda cada tanto. Ahí conocí a Yvonne, una alemana amiga de Moran que hablaba inglés, por lo que mi umbral de esfuerzo por hablar alemán era negativo, y empecé a quejarme de que no tenía trabajo ni perspectivas laborales, por lo que mi deportación era inminente. Ya nunca volví a hablar con Yvonne, pero con Moran sí, por ahí hasta que se fue de Karlsruhe a vivir a Francia porque estaba hasta la verga del racismo casual por ser morisco.

En febrero, me corté el cabello para cerrar ciclos, y en marzo subí el cerro de Karlsruhe en Durlach y tomé una foto. Léase, no hice nada más en esos días porque estaba muy helado, a la verga, y la primavera se tardó en arrancar como en años anteriores.

Abril trajo cosas más interesantes, entre ellas: Crímenes, ~~Alejoandibicemas~~, y cumbia de la pesada.

Harper Road

*Sorrow came in floods this April
With our reason humble warning
We're now in May, June, and July
Don't leave my love, don't leave my side*

No puedo estar completamente en acuerdo con Mark Kozelek en sus palabras en *Harper Road*; Lamentablemente, April no me trajo tristezas. April me trajo el sol, me trajo flores rosadas en el camino a la ciudad, y trajo crímenes a mi vida, pero no me duró el amor hasta el verano. Lástima.

■.04.2017 3:28 AM

Ese sábado de abril había un poco de sol pronosticado por el servicio meteorológico nacional. Dadas las circunstancias, era necesario planear asar unas chuletas y pistear en la calle. Hablé con Juan y me dijo “[mk de una, hay que poner esas polas y hablar mierda](#)”. Quedamos de vernos en el parque para poner a asar algunas salchichas, beber cervezas y hablar mierda.

Ahí fueron cayendo varios personajes, y la culona de la Elena con un afelpado blanco y un pantalón ajustado porque era momento de ir a bailar al ¡Hello!, porque ya era noche, y los hombres estaban alebrestados.

Y ahí es donde todo verguió vale.

Pero pero pero, hay que llegar a este punto a través de los alcoholes, el $\text{CH}_3\text{CH}_2\text{OH}$. Ah, sí. Ce ache 3 Ce ache dos ¡Oh! Cristo.

لحكا

El rol político e histórico del alcohol ha determinado el destino de las civilizaciones desde tiempos inmemorables. En palabras de Iain Gatelly: *Tanto en la antigua Grecia como en el presente milenio, se ha acreditado [al alcohol] con los poderes de la inspiración y la destrucción*²⁸⁹.

Los operadores opuestos de la destrucción y la creación.

$$[a, a^\dagger] = 1$$

El alcohol y yo tenemos una historia larga de a y $a^\dagger$ ²⁹⁰.

²⁸⁹Gatelly, I. (2009). “El grano y la uva” en “*Bebida: Una historia cultural del alcohol*”, (p.l.) Nueva York: Gotham Books.

²⁹⁰Este pasaje está tomado directamente del tiempo que pasé hace unos años preparándome para una entrevista llamada *la prueba de los idiotas*, en la que pasé una cantidad no-trivial leyendo e investigado, por un lado, lo que uno tiene que hacer durante una mirada retrospectiva a la relación que uno ha formado con el alcohol a lo largo de los años. La preparación fue suficientemente extensa que tuve que hacer una chingada carpeta investigativa al respecto, pasando varias madrugadas pensando al respecto, y también grabé unas seis horas de mi hablando al vacío al respecto. Las grabaciones estaban en Internet pero las quité porque quería dejar que solo quedaran mis canciones románticas y gritos que asustan a los vecinos. Y porque los *podcasts* son cosa de viejos pendegos.

Mi primera aproximación al alcohol, en la infancia, no la recuerdo. Sabía, por ejemplo, que en la navidad y en el año nuevo mis tías bebían alcohol, pero no sabía si era mucho o poco. Alguna vez me debieron tomar una foto cómica dándole un besito a una botella de cerveza Pacífico. En casa, tampoco había exceso en el consumo de parte de mi padre, por lo que no tenía un punto de referencia de que tan mucho o qué tan poco era *mucho* alcohol. La primera vez que consumí alcohol fue a los 15 años, en una fiesta en un terreno alejado de la ciudad de Los Mochis, Sinaloa, a la que no estoy seguro por qué estaba invitada, dado que no formaba parte de esa *clique*²⁹¹, pero ahí estaba, paradito viendo como los otros adolescentes bebían cerveza proveniente de caguamas, botellas de aproximadamente un litro de cerveza, así queme bebí dos vasos pequeños de cerveza, aproximadamente cuatrocientos mililitros. A la fiesta me llevaron y me recogieron mis viejas, y les platiqué toda la experiencia, que no tenía nada de interesante, porque no bebí tanto, y agradecido por tenerme confianza de permitirme beber a mi juicio, además de llevarme y traerme, me sentí responsable de mis actos consecuentes. En la preparatoria, sin embargo, empezaron a haber más eventos sociales en los que podía beber alcohol (aún ilegalmente hasta el 2005), pero recuerdo haberlo hecho en algunas ocasiones sin moderación. Me ponía intransigente, sí, pero no tanto por el alcohol consumido, mas porque siempre he sido una persona emocionalmente intranquila. No fue hasta que tuve 18 años que tomé más allá del límite en el que podía considerarse sobriedad legalmente, en algunos de los varios eventos sociales que había en la preparatoria, con los plebes, intentando ver quién era más hombre por poder sostener una

²⁹¹Clica. En Los Mochis, se les llamaba clicas.

mayor cantidad de alcohol en la tripa. Debí haber perdido la chabeta unas cuatro o cinco veces hasta quedar deshabilitada, aunque intenté mantenerme lo suficientemente sobria para poder llegar a casa, cerrar la puerta con llave, saludar a mi madre que estaba en vela esperando a que volviera, así esto pasara a las cuatro de la mañana, y vivir las náuseas causadas por el efecto de la cama loca, es decir, el desbalance del oído interno causado por el consumo de alcohol que provoca que el cerebro piense que el cuerpo está rotando la mañana siguiente. De acuerdo con Fetter²⁹², el alcohol causa que la cúpula ampular en el canal semicircular sea más ligera que la endolinfa, causando que el sistema sea más sensible a la gravedad además de la rotación aceleracional. Quién dijo que beber alcohol no causaba viajar en el tiempo-espacio. Los peores momentos definitivamente ocurrieron cuando ya era considerado legalmente un adulto, en mis tempranos veintes, donde igualaba beber mucho con lo muy hombre que era. Bebía todos los fines de semana, de menos algo con alcohol, y más cuando vivía con otra gente, haciéndolo una actividad de por lo menos cuatro días a la semana. Solamente me ocurrió que, a los veinte años, en Zamora, Michoacán, bebí tanta cerveza que vomité en una zanja en una fiesta en un lugar que no recuerdo cómo llegué ahí, para poder seguir bebiendo cerveza. Eso no funcionó como yo pensaba, y seguí vomitando, hasta que perdí completamente el conocimiento, y solo volví en mí cuando íbamos en un auto y pedí que abrieran la puerta para que pudiera vomitar en el pavimento. Eso es algo que hacía frecuentemente: Vomitar. Siempre vomitaba, porque intentaba beber mucho alcohol, para demostrar mi hombría,

²⁹²Fetter, M; Haslwanter, T; Bork, M; Dichgans, J (February 1999). "New insights into positional alcohol nystagmus using three-dimensional eye-movement analysis". *Annals of Neurology*. 45 (2): 216–23.

pero mi cuerpo me decía que no, y yo a fuerza demostraba lo contrario. Unos años después, en una fiesta sinaloense en un terreno baldío por algún cerro en 2009, quedé de ir con los plebes y volví a beber cerveza hasta que me caí de espaldas al zacate²⁹³, bromeando, pero mi cuerpo no respondió y solo desperté horas después, cuando ya todo mundo estaba en el piso, mientras yo recuperaba la conciencia. Ya después volví con los plebes al apartamento donde alguna vez viví en ciudad Granja, a hacer el ridículo y hacer comentarios misóginos a una amiga que no nos conocía de un compa nuestro, y tuvo que escucharme decir cosas como que “*las mujeres no votan en mi casa desde 1911*”, una alusión a una serie de cartones de Youtube de un supuesto boxeador, *El Verguillas*, que me daba mucha risa porque despreciar a las mujeres me parecía hilarante, y la misoginia no me parecía un problema tan serio. En mi mente, esos comentarios eran sumamente cómicos y se entendían perfectamente como comedia, pensando que eso del *negging* funcionaba, más nunca hubo funcionado en realidad. Luego entonces, el alcohol me ponía extremadamente sexista. En esa etapa, también, entre los veintes, no controlaba la cantidad de alcohol que bebía, y en más de una ocasión, esa falta de control me hacía entrar en conflicto con personas alrededor mío. “*Nunca dejes que te estén chingando, rómpelos el hocico si es necesario*”, rondaba mi cabeza constantemente, en la eterna lucha por una meritocracia que me llevase a ser menos pobre, pero que no tenía las palabras para expresarlo, menos para entender que eran esas mamadas de *la conciencia de clase*. Hice muchas cosas de las que no estoy orgullosa estando ebria, sobre todo, comentarios agresivos a amigas, enemigas y sobre todo a mujeres desconocidas, todo por no tratar de entender por qué

²⁹³ *Zacate*: del náhuatl *Zacatl*, l. m. Pasto, grama*: Ven.

actuaba de esta manera. Esto empeoró cuando estuve con Natalia, porque mis temores seguían ahí, las del tonto viego pendego que cree que no se merece nada y que siempre lo van a dejar por parecer un goblin de muelle desparpajado, porque esas cosas nunca las entendí, y terminé solamente recubriendo encima de esos temores, como dañar un pared e intentar pintarla para recuperar el depósito de la renta en lugar de resanarla y mantener la calidad estructural intacta. Pero que son las estructuras, ¿Sino argumentos para mantenernos invariables entre paredes taladradas?

Ser un borrachón era algo que (tristemente) consideraba mi personalidad. Esto siguió cuando llegué a Alemania, y seguía utilizando el alcohol para poder sobrepasar mis inseguridades, sobre todo por no poder hablar alemán. *Alter, wenn du saufst du kannst gerne Deutsch – Hörte ich, ein schüchterner Mensch der/die Deutsch reden könnte, erst wenn ein paar Pils hinunterstürzen waren.* Me tomó mucho tiempo poder diferenciarlas, y sobre todo, mi terror de tener que dejar de estar constantemente intoxicada, y tener que mostrarme como soy: Medio lela para eso de sacar plástica chila, temerosa de que si prestaba atención que lo que en verdad era, un nerd que le gusta demasiado el Nintendo y el Pokémon y escuchar música triste, y no veía diferencia entre sacarme plástica a mí o a un plebita de cinco años. Con el tiempo, se me quitó un poco eso, porque pues, a quién vergas le importa que hago con mi tiempo libre. Es más, ¿En verdad, a quién le importa cualquier cosa? No, no. Tarde me di cuenta que se es pocas veces (si es que acaso) el personaje principal de una discusión cuando no se está en presencia ajena. Me di cuenta muy tarde lo mucha verga que le importa a la gente si uno le gusta ver monas chinas en la tele o si tiene una colección impresionante de parafernalia musical.

Es más, con un poco de contexto, hasta a uno le regalan una cervezuela si le pone suficiente color a la conversa. En algún momento ese sentimiento de disgusto que tenía porque escuché demasiado seguido de personas que quería que no valía verga, pero que nunca se me acercaron para decirme: "Qrlando, estás bien, o sea, sí estás feo, pero eres válida, y neta, alguna pinche vieja con gustos raros se te va a atravesar un día, a la verga, y no va a pasar nada, a la verga, y te va a apreciar, a la verga, siendo todo lo extraño que eres, a la verga". Alguna vez ese comentario vino de Arix, una mujer alta y hermosa de voz ronca de Los Mochis que me dijo que era "el más *cool* de la generación", pero obviamente asumí que era un comentario plasmado de ironía porque no nos conocíamos, y yo solo me la pasaba con los plebes yendo a panteones y escuchando Molotov en un Golf amarillo del año dos mil dos. Nunca me lo tomé muy en serio, pero obviamente como era lo más cercano que tenía a un comentario positivo acerca de mi persona, me lo tomé muy en serio. Tan en serio, que cuando la encontré en Guadalajara unos años después, y me dijo que me veía mejor con el cabello corto, unos meses después me corté el cabello, pero a ella ya no la volví a ver, así que me quedé con el cabello corto a ver si volvía a saber de ella.

En esos tiempos, no distinguía mucho la diferencia entre beber alcohol y pasarla suave. Para mi, eran conceptos intercambiables y correlacionados. Por muchos años, para mi era exactamente lo mismo pasar un buen momento y beber alcohol. Por un lado, porque me gusta la cerveza. Me gusta el sabor de la cerveza. Me gusta el sabor amargo de la cerveza. También el de los refrescos carbonatados y el *boing* de fresa, pero en particular me gustan las cervezas amargas y lupulosas. En mis veintes me hacía creer que me gustaba

el whisky, pero luego me di cuenta que no tanto, y luego me enteré que el vodka tampoco me gusta, y tampoco el tequila, tal vez porque bebí demasiado tequila de bajo costo en la universidad, y tampoco me gusta mucho el ron, porque me recuerda a una bola de pendejos de la universidad que hacían *cosplay* de pobres tomando Bacardí blanco, con los que me veía en la absurda necesidad de convivir porque si no me consideraría un ermitaño sin amigos, y uno va a la educación superior en instituciones privadas a hacer conexiones. Y pues no, no conecté con esa bola de vergas inútiles y gracias a dios ya no volví a saber de ninguno de ellos. Mis momentos favoritos vinieron después, cuando podía tomar unas cervezas con alitas de pollo con salsa picante de búfalo en las alitas mac de federalismo, con el pelos y con el bigotón, y regresar a mi apartamento a dormir con un terrible dolor de estómago que se exacerbaría tiempo después con acidez estomacal crónica debido al estrés. Estando en Alemania, el alcohol se convirtió en una herramienta para dejar de pensar sobre lo mal que hablaba alemán, y me daba un poco de certeza. Lo sé, lo sé. *“El alcohol no es la solución”*.

Posiblemente no. Sin embargo, es una solución inmediata para un problema que había arrastrado durante varios años, y como no quería asistir a terapia psicológica de nuevo para algo tan tonto como tratar mis problemas de conducta, decidí ignorarlos. Me tomó tiempo. Desde que llegué a Alemania, los episodios de violencia disminuyeron en gran proporción. Tal vez porque ya no me sentía constantemente atacado por mi entorno. Tal vez, estaba cambiando. Avances son avances.

El ~~diecisiete~~ 11? catorce? de Abril de 2017, fue un día caluroso. Extrañamente caluroso, porque todos los pronósticos del clima decían eso. “Mariskis, ¿Entonces a que hora empezamos el asado al AKK?”, le dije a Juan. “Sisas perrito, pues, ¿Qué? tipo 2, ó 3, deja le aviso a mis parceros y ahí llevamos la polita, ¿o qué?”, “sisas, yo voy por las frías” – atribuí. Me fui al supermercado en bicicleta a buscar salchichas y unos filetes de coshino.

En esos días, tenía la buena costumbre de siempre tener cervezas en el refrigerador. Compraba una caja de veinte cervezas, y populaba mi refrigerador a tope con cervezas para el incesante calor que se avecinaba. Lamentablemente, me quedaban solamente 10 cervezas esa semana, por lo que tuve que hacer un análisis veloz. En este momento, calculé fríamente dónde y cuándo se tenía que compra la cerveza bien fría: Penny de Werderplatz, donde podía con 12 euros con ochenta y nueve centavos comprar lo que faltaba de caja, costando cuarenta y seis centavos el medio litro, con *Pfand* incluido.

Compré algunas salchichas y un asador marca “Venezuela” que vendían en el supermercado, y me dirigí a una rotonda cerca del parque del castillo de Karlsruhe donde el asado de carnes era tolerado, dadas las estrictas regulaciones de fuego abierto, o *Feuerverbot*. Afortunadamente había llovido hace poco, por lo que la policía, y por ende, el gobierno, estaban despreocupados por un poco de fuego al aire. Estaba suficientemente cálido, que uno podía estar en camisa sin mangas sin pensar mucho en el viento corriendo, aunque había un denso nublado que hacía el asado agradable, so templado, so ventoso.

~~Empezamos a las tres.~~ Empezamos a las cuatro. Empezamos tarde. Bebí una cerveza rápido. 500 mL. Platicamos sobre el camello²⁹⁴, las salchichas, en algún momento, de muchachas. Juan en este entonces vivía todavía cerca de la clínica, con un húngaro que, en palabras de Juan, era muy agradable; una china, la que salió en la madrugada

²⁹⁴ Camello 5. m. Col. trabajo, ocupación retribuida *apenas*.

cuando estábamos en el cumpleaños de Juan; y dos chavalas más, una alemana que no me acuerdo cómo se llamaba, pero no era amistosa y solo salía y ponía cara de pedo atorado, y Adriella, una mitad alemana, mitad latinoamericana, por lo que hablaba mucho en español, y por ende, me parecía más simpática. Lamentablemente no pasaba mucho tiempo compartiendo cuando estaba de visita con Juan, así que tampoco hablamos tanto. Al asado se juntaron otros tantos conocidos de latinoamerica unida, entre ellos, Diego, el guapo, que tenía un amigo venezolano cuyo nombre me evade constantemente, pero era un chaparrito peleonero y barbón que le dijo a Juan “hijueputa rolo”, que yo no sabía que era un término despectivo para personas colombianas de Bogotá, cuyos padres no son provenientes de Bogotá, la capital de Colombia. En condiciones normales, creo que no hubiera pasado gran cosa con la plática, nada fuera de un “jaja” pero el venezolano ese, de cuyo nombre tampoco me acuerdo y sería bueno acordarme uno de estos días, estaba jodiendo muy particularmente haciéndose el chistoso y jodiendo con que rolo webón y tanta vaina se le cruzaba por la mente. En una de esas, le preguntó a Juan algo de su bicicleta, que le gustaba, que se la compraba. “Pues mariks a mi me costó 150 pero para vos te la dejo en 400 y me estoy arriesgando pa severo hijueputa bobo” y otras peladeces que no le parecieron al venezolano. “Ush qué ganas de cascar a este pelado rabón” – confesó Juan. Le dije que le dejara en paz, hombre, que le dejase que se fuera a chingar a su madre. No sé cómo vamos con las bebidas. Cinco cervezas. 2 litros y medio. Los ánimos y las polas se calentaron, pero siendo yo, me importó poco la situación termodinámica de ambas. Guardé salsa ketchup y mostaza en mi mochila porque ya después no iba ver ni una mierda misma. Empezó a oscurecer, y empezó a enfriarse el ambiente. Eran cerca de las nueve de la noche, por lo que apenas tuvimos tiempo para ir a comprar otra caja de cervezas, que regresamos a la rotonda, mientras seguíamos comiendo y haciendo filetes de carne que traía la gente que se acercaba y veía que teníamos el fuego andando. Tres litros, tal vez. Ya

estaban las cosas un poco ~~llorosas~~ para este punto, pero no me inmuté mucho. Seguíamos hablando de culos y planes a futuro, no necesariamente en ese orden. Juan se iba pronto a Friburgo de Brisgovia, y me daba un poco de tristeza saberlo. Pero así es a veces cuando se vive de repente. Cuando oscureció, llegó Paula, y venía con Elena. Ah, Elena. Ese día, iba vestida con un chaleco peludo, no sé si era sumamente funcional, porque nunca he entendido las prendas afelpadas. Recuerdo que ese día, se veía particularmente guapa, muy peinada y arreglada como para ir al *nightclub*, y sobresalía demasiado porque llevaba unos pantalones de cuero particularmente ceñidos, y traía el chaleco peludo ese, y porque estaba peludo y parecía que traía un perro guindado. Ofrecimos alguna bebida, pero Elena dijo que no, que gracias, que ya se iban, pero se quedaron unos minutos, estando prontas a irse. “Vamos a ir al *hello*”. Hello Club, un club nocturno donde ponían música de *Reggaetón* hasta las 5 de la madrugada. **Seis cervezas, cuatro litros**, fueron suficientes para hacerme saber que **un litro** que un club nocturno de *Reggaetón* de todas las cosas me haría sentir de cualquier manera interesado en quedarme. Pero no fue la música. Era Elena. Me fui con el grupo porque me gustaba Elena y quería intentar (fallidamente) estar por ahí merodeando por si me dejaba bailar una canción con ella. Teníamos el problema que el asador que habíamos comprado seguía ahí, con brasas encendidas, así que tuve la fantástica idea de esconder el asador detrás de unos arbustos esperando que no fuera robado durante la noche, aunque de serlo así, la inversión tampoco fue tan elevada, luego entonces, no había pedo si asador luego no había. Tomé la bicicleta²⁹⁵ y decidí seguir al grupo, seguir a Elena, en bicicleta, al *Hello*, en bicicleta. **Nueve cervezas**. Llegamos al club nocturno y había una fila portentosa. Debido a que había puesto bastante empeño en esconder el asador económico entre la enramada para encubrir su presencia, me raspé un poco y me corté a la salida. Nada grave que requiriese atención médica inmediata. Tenía un poco de sangre en la

²⁹⁵!

mano izquierda, lo suficiente que se veía una marca enrojecida a simple vista. El guardia de la entrada me dijo: “Sorry Sie sind verletzt, das passt nicht. Geh los und mach es sauber”. “Yes, daddy – contesté, rabiosa, y me fui empoderada al bar contiguo, el *Brasil*, a enjuagarme la mano y el hocico, que todavía me olía a carne de cerdo asada. Oriné y me volví a lavar las manos²⁹⁶ y salí. Doce de la noche. Tres litros. Bajé al club nocturno, que estaba completamente atiborrado de hombres y dejé mi mochila en el guardarropa, con algunos panes, la salsa cátsup y un tarro pequeño de mostaza. Entré a la zona con música estridente y me dirigí a la pista de baile, atiborrada con caras anónimas indescriptibles que no podría identificar si así fuera necesario. Pedí una cerveza de trescientos treinta mililitros, que bebí lentamente, porque francamente estaba cansada, borracha, y harta, porque ni estaba bailando, y Elena se perdió entre la multitud, y me dio pereza ir a buscar, porque tampoco tenía tanto calor en los calzones. Qué hueva estar aquí escuchando *Reggaetón* que no me gusta. Tres litros, trescientos treinta mililitros. Miré a la izquierda. Miré a la derecha. Estaba cansada. Le dije a Jhon “Ya me voy a la verga, aquí no hay nada que hacer”. “Sí chamo, yo también ya me voy, ¿Vamos entonces?”. Salimos a tomar nuestras cosas del guardarropa, y justamente en el minuto en el que salí, el tren que pasa a las dos y media de la mañana por Marktplatz estaba justamente pasando por enfrente de la parada donde yo estaba. “¡Agh! ¡Put a madre!” – Dije, exasperada. “Bueno, ¿Vamos a comer algo al McDonalds?” – inquirí a Jhon. Fuimos a un restaurante de comida rápida justo enfrente de la parada de tranvía, en el que compré una hamburguesa con tocino, unas patatas fritas y un refresco de cola. Comí avorazadamente mientras Jhon apenas llevaba unas mordidas, cuando me dijo: “Ahí viene mi tram, ahí nos vemos entonces”. Nos despedimos y me quedé ahí esperando hasta que pasara el siguiente tren. Siete cervezas cervezas. Me estaba quedando dormida, y como tenía la bicicleta en

²⁹⁶Higiene primero, siempre primero.

mano, pensé que lo más sensato (y rápido), era tomar la bicicleta y andar a casa.

!!

Cuatro kilómetros. Dieciséis minutos por andar. Esa vez, no me puse audífonos, porque me dio hueva sacarlos. Empecé a andar. Tres de la mañana con cuarenta minutos, tiempo de llegada.

Todos los semáforos estaban verdes. ¡Qué suerte!

Las calles estaban sumamente calladas. Solo sentía el viento en las orejas.

Veía simplemente el pasar del frío que se iba lento. Pensaba en todas las veces que iba así, en la bicicleta, camino a casa. Pensé en esa vez que me quedé casi dormida en la bicicleta, yendo al apartamento donde vivía en La Calma, por allá en el 2010. Pasó varios meses antes de Natalia, cuando me sobrellevaba la somnolencia porque no lo único que le daba significado a vivir era, la soledad, ir a cambiar machín, el fin de semana pistear machín, dejando poco tiempo para ponerme a pensar en por qué me la pasaba tanto tiempo en soledad. Eran las tres de la mañana con cuarenta minutos y no estaba tan frío. Me estaba quedando dormida en el camino.

Perdí el control, el conocimiento, e iba demasiado rápido, mientras las luces amarillas me avisaban que no venía *nadie* en vehículo automotor. Me caí por un lado de la avenida donde no podía ser arrollada, y me revisé que no

estuviera muy magullada. Me raspé todos los brazos, las rodillas. La bicicleta no se dañó tanto. Quedó un poco raspada, pero podría continuar, con dolor en los brazos donde tenía colorado. Me quedé ahí sentada, un momento, mientras el viento lo sentía en las orejas, con un pequeño zumbido aunque no me pegué en el coco. Me quise fumar un cigarro pero me quedaban tres que se hicieron trizas con la caída. Me reí. Repedacé 3 en uno con una técnica que le aprendí a algún mariguanero tiempo antes, quitando algo del tabaco de la parte inferior del cigarrillo en la frontera con el filtro, para hacer espacio para poner lo que quedara de tabaco enrollado con papel. Algo de saliva y tres rotaciones después, tenía algo semejante a un cigarrillo, so corto, pero fumable. Con dolor en las rodillas, seguí el trayecto al apartamento en La Calma con mi cigarrito, cuatro y algo de la madrugada. Entré al apartamento y tomé algo de agua de garrafón. Escuché un automóvil haciendo demasiado ruido afuera, y me preocupó que no pudiera dormir muy bien. Me quedé dormido casi al instante, con el ruido de las bocinas del automotor retumbando bajas en las orillas de las ventanas flojas del apartamento.

Me dolieron las rodillas por siete meses.

Un kilómetro y novecientos metros. Llego a *Südwest-Treff*, un bar que siempre me ha dado curiosidad entrar, pero siempre decido no hacerlo, porque temo que me golpeen, por prieta^{297,298} o por fea²⁹⁹. Veo que la luz de transeúntes se enciende. Voy en la bicicleta sobre la acera y a través de la calle, pasando sobre los rieles de tranvía. Hotel Greif. Un auto detrás de mí se pone a mi lado, y me señaliza una persona que me orille. No entendí en alemán, pero la seña era clara. Lo hago sin chistar, porque no sé que está pasando. Dos personas se bajan del automóvil, me muestran sus credenciales. Policías encubiertos, a la verga. Me piden la mía. Me dicen “Schließen Sie ihre Fahrrad ab, bitte”.

Esto valió verga. No huir. No huir. ¿Huir a dónde?

“Wir haben gesehen, wie Sie auf der Straße Schlangelinien gemacht haben. ¿Was haben Sie getrunken?”

Les digo que ja. Me dan un alcoholímetro y me dicen que sople. Sopló fuertemente.

Sale cero. Me dicen que lo haga de nuevo.

Me dicen: “Radfahrer! Blutnahme! Bitte kommen Sie mit.”

Sí, sí, sí. Intengo no decir otra cosa que no sea "Ja. Ja. Ja.", por un lado, por error a equivocarme. Me llevaron en

²⁹⁷ Ah, aguas con el señor prieto. O sea, si ich bin nicht der weißeste Mann of the bunch o lo que sea que digan los jóvenes, pero sí, definitivamente, un hombre blanco, técnicamente. Tomé una fotografía con iluminación controlada de julio de 2017 y tomé el analizador de Mohamed, et al. para obtener un análisis multi-punto de mi color de piel. Con $n = 15$, el resultado fue un nada inaceptable $\bar{x} = 3.333$ por lo que estoy entre piel blanca oscura, o piel morena clara, dependiendo si se me colorea la piel después de que se quema al sol, y tengo mínimo quemado. Una vez, Martha, la de la *Vollversammlung* que vino en el verano de 2015 me dijo que “You have very nice 4-type skin, Orlando, maybe I should make tests on you” – Nunca supe si era un eufemismo o si me quería tirar láseres en la jeta a ver que me pasaba. Luego entonces, le creo a Martha. 4.

²⁹⁸ Mohamed, Y., Koussayer, B., Le, N., Whalen, K., Al Bayati, M., Gemayel, K., Taylor, L., Randolph, E., Criscione, Alkaelani, M T., Morris, J., Mikhael, M., Jupudi, R., Moffitt, S., Arora, S., Nehila, T., West, W., & Laun, J. (2022, October 16). The Skin Analyzer© Version (1). <http://theskinanalyzer.com>.

²⁹⁹ Shta hombre cuanto pinche autodesprecio chingara mare.

la parte trasera de una patrulla dando muchas pinches vueltas, no supe si para distraerme o que pedo. Me sentaron en una salita muy solitaria, y no me llamaron sino varios minutos después. Llegó un hombre con una bata blanca, asumo, un Doctor médico. El doctor me preguntó algo, dije: "Ja", y el doctor, exasperado, me dijo: "Können Sie Deutsch verstehen?", bueno, bueno, "Ja". Puse el brazo, me sacó la sangre bruscamente. Llegaron dos policías y me dijeron que me tocara la nariz, que caminara en una línea. Me senté otra vez. Me dijeron que que traía en la bolsa, y les dije que Ketchup y Senf. La abrieron y no revisaron más. Tomé mi sudadera, y una señora policía me dijo: "~~Ich will nicht~~ können los gehen, aber Fahrrad fahren Sie bitte nicht!", "Ja. Danke.", y me salí del precinto policial apresurada.

Estaba amaneciendo.

【ke orror】

Llegué de vuelta al hotel Greif, y vencida, tomé mi bicicleta y como ya eran casi las cinco de la mañana, el sol salía. Intenté llegar a casa, recorrer los últimos kilómetros a pie, pero siempre he odiado lo puto empinado de ese puto puente para llegar a casa, y que ya casi sale el sol, porque está clareando el cielo. Me subí y me bajé en algunas ocasiones de la bicicleta, para seguir caminando, pero recordar que estaba cansada, y quería irme a acostar para olvidar que todo había pasado, pero las cosas habían pasado y no quería meterme en problemas así que me bajaba, y subía cuando veía que el sol, salía. Así hasta que pude llegar al Alb, y ahí podía decidir si darle en la bicicleta por el riachuelo hasta llegar a mi apartamento, o seguir caminando, como persona decente bajo las leyes locales hasta llegar a casa, y poder descansar, a gusto. Tomé la decisión de caminar como un pendeja.

“Por pendeja, Qrlando. Porque eres un pendeja, y te toca caminar, por pendeja.”

Ni qué decir, ni qué hablar, conmigo mismo. Caminé y llegué a casa cerca de las seis de la mañana.

Dormir. Dormir.

Que rico dormir.

Es difícil despertar después de un *evento traumático*³⁰⁰ porque nada parece real. **Once de la mañana.** Tenía en mi unas cinco horas de sueño, el cerebro hecho un batido de plátano con mango y yogurt, los ojos demi-cerrados, y la ventana, un poco abierta. Siempre, antes de dormir, recordaba cerrar las cortinas para evitar que la resolana matutina me despertaran. Esa noche, tal vez, llegué tan harta de todo, que se me olvidó hacerlo, y por mi olvido, desperté cinco horas después.

Por un instante, pensé que todo había sido un sueño. Un sueño muy malo. Que nada de eso había pasado y que solamente tuve un sueño muy malo, porque todo era sumamente Felliniesco, como si hubiera sido algo de otra realidad que no me correspondía. Miré mi brazo y ahí estaba.

Una borla de algodón con un poco de sangre, y un pinchazo en la vena.

Maldita sea. Todo pasó.

Empecé por intentar hacer algunas conexiones con lo sucedido la noche anterior, empezando por mandar algunos mensajes a mis amigos de esa noche, sobre todo a Juan, para decirle lo ocurrido. “**Ah, marica, ¿A lo fein? No maaaames**”, me escribió. Y pues no, no mamo. Le expliqué y me tranquilizó un poco, diciéndome que igual si ya estaba en casa, la situación no había sido tan grave. **Pues nada, perrito, qué gonorraea con la ley.** Pues sí, mariquis. Qué gosnorrea. Dejé el teléfono un paz un rato para tomarme un ibuprofeno de cuatrocientos gramos para quitarme el dolor de cabeza tan hijueputa que tenía en ese momento. Estuve indagando un poco más, preguntando a mis conocidos, empezando por los que sabía que podrían tener información de abogados y esos

³⁰⁰Evento traumático, sí, porque andaba de cabrón y me chingó la policía.

pormenores. Andrei, un ecuatoriano de hace varios episodios, que tal vez no apareció no por situaciones técnicas, más bien porque andaba en lo suyo más seguido que no, terminó siendo quien me dio la mejor información de la serie de mensajes de texto enviados esa mañana de mañana que quedaba. “Pucha, bueno, igual creo que pueden pasar dos cosas: En dos semanas, te puede llegar una carta a tu casa en un sobre amarillo con texto que dice *urgente*, y algunos otros documentos que te dirán que registraste más de 1.6 ‰³⁰¹ de alcohol, entonces puede haber más problemas... por lo pronto, nada, jeje. No hay mucho que hacerle”.

Por lo pronto, no hay mucho que hacerle. Je. Je.

Pues no había mucho que hacerle, como dijo Andrei. Usé el resto de la tarde para investigar cómo funciona el contenido de alcohol en la sangre, que se recorrió hasta las 2 de la mañana y por las siguientes 2 semanas, y gran parte del 2020, intentando sobrellevar entender algo con lo que batallé tanto por dejar en paz, y sin embargo, ahí estaba. *expectante*.



³⁰¹Símbolo para simbolizar por mil, que es como por ciento... pero diez veces más potencia. Léase, 0.16%.

Al menos un setenta por ciento de los adultos en Alemania beben alcohol. Por lo menos, un 12.6% bebe una cantidad peligrosa de alcohol³⁰². *¿Qué se considera una cantidad peligrosa de alcohol?* Partamos por la definición de consumo de bajo riesgo: Según la página Web *Kenn Dein Limit*, un consumo de bajo riesgo es el consumo de por lo menos dos días sin consumo de alcohol, y no más de dos vasos estándar por día. *¿Qué es un vaso estándar?* Bueno, un vaso estándar son trescientos mililitros de cerveza, un octavo de litro de vino, cien mililitros de vino espumoso, o cuatro centilitros de licor. En números concretos, una medida estándar de alcohol contiene entre 10 y 12 gramos de alcohol puro. Los cálculos para la cerveza son de cierto modo aproximaciones, puesto que basan el contenido en un contenido alcohólico de 4% en la cerveza, pero para cervezas con contenido alcohólico más elevado, como las *Bock*, o las *Winterbier*, este puede ser de hasta 8%, sin tomar en cuenta algunas cervezas de la hermana república³⁰³ de Bélgica. Entonces, no más de dos cervezas pequeñas (0.330 litros por unidad) por día, y no beber más de cinco veces por semana. Una excelente línea que no hay que cruzar.

Existen dos variantes del consumo elevado: El consumo con riesgo, que es la bebida constante de alcohol, o la bebida de más de dos vasos de cerveza o vino.

³⁰²Atzendorf, J. et al. (2019): *Gebrauch von Alkohol, Tabak, illegalen Drogen und Medikamenten. Schätzungen zu Konsum und substanzbezogenen Störungen in Deutschland*. Deutsches Ärzteblatt, 116(35-36), 577-584, vía Deutsches Hauptstelle für Suchtfragen e.V.

³⁰³Creo que no es una república, no pienso buscarlo, no me importa.

Beber más de seiscientos mililitros de cerveza por día, y dejar por lo menos dos días de por medio. En este punto, también se encuentran las borracheras, *binge drinking*, o *Rauschtrinken*, que es la bebida de más de cinco bebidas alcohólicas por evento. A partir de este momento, el cerebro empieza a ser dañado, por las contracciones del tejido cerebral, que es la razón por los dolores de cabeza tras beber muchas cervezas, además de complicaciones cardiovasculares e intestinales. Ahora, esto no implica que el consumo sea abusado o alcoholismo plenamente, pero a partir de este momento, las cosas se ponen más peludas.

El abuso del alcohol se considera cuando hay daños por beber alcohol. Estos pueden ser físicos, psicológicos, o sociales, independientemente de la cantidad: Pueden ser dos cervezas o una botella completa de ron, mientras el consumo de alcohol afecte de cierta manera en la que la persona se relaciona con los demás, ya sea para poderse divertir, para poder considerar una noche como “exitosa”, necesitar alcohol para comunicarse o perder el miedo a que lo ignoren... **Creo que me estoy proyectando, momento.** La diferencia entre alcoholismo y abuso de alcohol, está en la enfermedad que le hace a uno depender plenamente del alcohol: Al despertar, requerir un trago para poder reanimarse y ser funcional, o bien, “sentir que las cosas están funcionando normalmente”.

La vida está alrededor del alcohol, y la función de la persona está centrada en poder beber. En general, las relaciones están centradas en el alcohol, y las que no lo están, se esfuman o están seriamente dañadas, cuando no se pueden eliminar por completo. El alcoholismo se desarrolla de a poco, a veces, sin siquiera notarlo. Empieza con unos tragos cada fin de semana, y termina con varios tragos solo para estar despierto en la mañana. Una de las cosas más impresionantes que puede ver uno, es entrar a un supermercado o tienda de conveniencia, y ver a un hombre con la cara colorada comprando una botella pequeña de alcohol “del barato”.

En México. sería un Tonayan, que es un licor de agave que se vende en botellas de plástico, o en Alemania, una serie de botellas pequeñas de vodka, ron u otros licores de baja calidad. Ver a esos hombres darle un trago, ni siquiera siendo las nueve de la mañana, y salir a hacer sus cosas. Hombres con sus cabelleras canosas, bebiendo un cerveza en el tren de las nueve de la mañana.

El problema del alcoholismo en Alemania es un tema serio.

¿Así me veo cuando me da risa ir al supermercado a comprar un veinticuatro de cervezas para seguir la borrachera? No, es distinto. Tenía veintiun años. Es distinto. No lo necesito. No lo necesito. ¿O sí lo necesito? ¿Te sigue dando pena hablar con ellas si no has bebido una cerveza, cierto Orlando? ¿Puedes bailar sin haber bebido una cerveza, Orlando? ¿A qué le temes, Orlando? Busqué una calculadora e hice estimados iniciales de cuánto había bebido. Veinte cervezas por caja, eramos tres. Eramos cuatro. Empezamos a las doce. La calculadora dice que tendría 2.12%. No, eso está mal. Todavía estaba consciente.

Los efectos del alcohol dependen del porcentaje de alcohol en la sangre, pero también depende de cosas como la propensión física de cada persona, influyendo el consumo típico de la persona (el cuerpo humano tiende a acostumbrarse a balancear químicos nocivos para funcionar normalmente), la edad, si se había comido algo anteriormente, la altura y masa corporal. Con 0.1‰, se tiene más propensión al contacto físico con otras personas, y el humor se libera un poco. Sin embargo, a partir de aquí, el sentido de la orientación se reduce y el cálculo de distancias se ve afectado.

Con 0.3‰, existe una reducción del campo visual. La atención y tiempo de reacción se reducen. La capacidad crítica se reduce y la disposición al riesgo incrementa.

Con 0.5‰, el campo visual se reduce a un 15%, escuchamos menos, y calculamos mal las velocidades. De esta manera, incrementa la probabilidad de golpearnos con alguien al caminar. Empezamos a ser más irritables.

Con 0.8‰, la concentración está limitada, y empieza la visión de túnel, en la que la visión se reduce en 25%. El tiempo de reacción se incrementa de 30 a 50%, y se empieza a pelear con problemas de balance. Empieza la euforia, las desinhibiciones. Todo empieza a hacerse ruidoso.

A partir de 1‰, empieza la intoxicación. La visión se reduce aún más, estamos confundidas, y el habla, reacción, balance y orientación empiezan a decaer drásticamente. La capacidad crítica se ha perdido. Estas son señales tempranas de envenenamiento por alcohol.

A partir de 2‰, empieza la anestesia. Se necesita ayuda profesional, puesto que no hay reacción del individuo, y el movimiento no es coordinado. A través del vómito, el cuerpo intenta deshacerse del alcohol en el estómago. Los músculos empiezan a dormirse.

A partir de 3‰, empieza la parálisis. La vida está en peligro. La conciencia y los reflejos, las memorias se pierden y problemas respiratorios son síntomas de una intoxicación alcohólica. Comienzan la parálisis, coma, paro respiratorio,

y muerte.

La primera vez que bebí alcohol descontroladamente fue cuando tenía veinte años, en casa de Janeth, una amiga de la escuela preparatoria. Bebí un panal de Tonayán, 250 eme ele, y un cuarto de litro de vodka, dixit. Ciento veintidos gramos de alcohol, con un máximo de 1.93%, según mis calculaciones. En ese momento, me acerqué a la euforia, temporalmente, porque sentía el cerebro caliente, y las cosas no se veían tan borrosas. El alcohol empezó a distribuirse a través del intestino delgado y el estómago y se empezaron a cerrar mis sistemas de visión y coordinación. Salí a fumar un cigarrillo, escuché que preguntaron por mí, y corrí. Corrí a casa, pensando que era cómico. La visión, bastante dañada en este momento. Corrí a través de la calle, que estaba bastante vacía ese comienzo de la madrugada. Me sentía perdida, apenas a cuatro cuerdas de mi casa. Pero llegué, por la calle contraesquina, donde había un terreno baldío que nunca se le dio uso, al menos no mientras visitaba ahí frecuentemente. Pasé por la casa de María, nuestra vecina, y golpeaba la pared con el puño cerrado, pero no muy fuerte. Me sentía... tonta. ¿Tenía que hacerlo? – murmuraba, tediosa porque sentía que todo daba vuelta Llegué a casa y murmuré YA LLEGUÉ y madre dijo que cómo me fue, y dije: BIEN , y me fui a acostar, pero la cama empezó a dar vueltas porque tenía otros planes para mí. Intenté dormir en el piso, y el piso daba vueltas también, porque el octavo par craneal estaba inflamado por tanta ponzoña injustificadamente . Vomité en el retrete más alejado para evitar alarmar a las cohabitantes, y volví intentando no hacer ruido, infructíferamente. Mi hermana se dio cuenta, alertando a padre y madre que despertaron atónitas. Me preguntaron que qué tomé. Dije que NADA, UN TEQUILA NADA MÁS. Le marcaron a Salomón, Dios me lo bendiga, y el

dijo que solo había bebido tequila, corroborando mi versión de los hechos. Técnicamente, no era una falsedad, pero tampoco era una aserción válida, debido a que el Tonayán proviene técnicamente de la misma planta, pero es mezclado con otros C_2H_6O provenientes del azúcar de caña, siendo más económico de producir. Todo se tranquilizó a la hora de haber comenzado a vomitar, porque me quedé dormid@, después de alegar bastante. Al despertar, me dolía la cabeza a la verga, y me apestaba el hocico a pura violencia heterofamiliar. Fui a la cocina y encontré que había ceviche en la mesa. Mi padre y madre se rieron de mis mamadas, y preguntaron que pasó.

*A veces, no merezco el padre y la madre que tengo,
por inconsciente que soy.*



No hube bebido suficiente para morir (pronto), ni suficiente para decir que soy alcohólica. Seguí buscando respuestas y utilicé distintas ecuaciones, distintos tiempos de inicio del alcohol, distintas cantidades y tiempos de bebida para saber si hube bebido demasiado. Todas las combinaciones resultaban entre 1‰ y 2‰. Esperaba, con todas mis ganas, casi rezando, que fuera menos de 1.6‰, el límite para considerar el alcohol que había consumido como necesario para pagar una multa. A las seis de la tarde, tomé un poco de bebida refrescante azucarada y me dije: “*No mames, a ala verga, no vuelvo a tomar*”. Y me puse seria. Lo mismo que dije cuando desaparecí en el bosque, hacía un verano. Lo mismo.

Más pero sin embargo el precepto me duró hasta el miércoles que hubo reunión de *couchsurfing*.

Ahí, conocí a ~~Anthonio~~^{Adriano}.

Carpe Diem

El miércoles, la cita de Couchsurfing fue en el bar Carpe Diem, localizado en la parte oeste de la ciudad. Una parte que no visitábamos a menudo, en parte porque no había tantos bares como en la parte este, y porque Lukas tenía una extraña animadversión a esa parte de la ciudad (a pesar de que vivir ahí).

La vez que conocí a ~~Agnadokissan~~ estábamos afuera del bar, en un *Bierbank* bastante alargado, donde cabíamos unas diez o doce personas (apretadas). Yo me senté en medio, en parte para poder participar en muchas conversaciones al mismo tiempo, y por otra parte porque quería ver si alguien me podía informar sobre mi reciente problema con las autoridades pertinentes. En la mesa estaba Claudia, una alemana bajita y ojidebil con quien empecé a platicar sobre mi problema con la policía, y estaba ~~Agnadokissan~~ a su lado, escuchando atentamente como ignoraba que todo me pasó por la pedestalización del detrás de la Elena. Les platiqué mi “*terrible, terrible story*”, y esto le causó ternura a ~~Agnadokissan~~, porque me dijo “*awwww, you poor thing*”, pero también me pendejió diciendo que “*I literally have never had that problem, and I have driven bike drunk sooo many times*”. Me explicaron por turnos el tema del *Idiotentest*, que es una prueba que todo mundo reprueba la primera vez por razones esotéricas, así que me dijeron que era una posibiidad que tuviése que responder a esta prueba. “*But most likely you will be OK, I don’t think that you were that drunk if you could ride the bike without falling*”, mientras le daba un besito a un vaso de cerveza (caliente, para mi mala suerte). Esa vez, ~~Agnadokissan~~ tenía sus ojos pequeñitos, y el cabello rubio, rubio para mí, pero me decía que rubia no era. Era alta, más o menos de mi altura, y muy delgada, supongo, porque iba a nadar, y siempre hablaba de los deportes que hacía, como escalar, bicicleta, y una lista interminable de actividades

deportivas que mencionaba en cada intermisión posible. Yo sobaba el vaso de cerveza, culpable de no hacer ejercicio ritualísticamente hacía meses, por ocupaciones prelaborales no específicas. Ella llevaba una chaqueta azul deportiva, porque hacía algo de frío, pero no lo suficiente para estar cargando con una chaqueta de invierno. **Capas, no entiendo eso de las capas.** Llevaba varias capas puestas, incluido un pequeño gorro púrpura que estaba postrado encima de sus objetos personales, en el piso de esa plazoleta. Esa vez, platicamos poco, pero suficiente para que, en mi mente, pensasen ‘**Look at this guy, ;Being funny drunk!**’. Nos despedimos temprano y ~~Aguaadolisaa~~ se fue, poniéndose su gorrito púrpura, saliendo en bicicleta en dirección oeste, más oeste, a eso de las once de la noche. Lukas preguntó si la seguíamos, pero dije, estoicamente: “*No, man, I should take care of myself. I will call it a night now*”. Desaparecieron cerca de la medianoche. Me fui a casa en tranvía, por miedo a las represalias legales por haber bebido varias cervezas, y ~~Aguaadolisaa~~ me mandó un mensaje que leí en la mañana. “*Nice picture ;)*”, me dijo: La fotografía me la hubo tomado ~~Aguaadolisaa~~ el verano pasado, cuando fuimos a un castillo y estaba marcado mi pantalón con un círculo rojo señalando la rotura en la región del entrepene, más bien hacia la región del culo, porque esos hoyos se estaban haciendo porque el asiento de mi bicicleta lo había puesto mal, usando una llave demasiado grande, haciendo que hubiera unas pequeñísimas esquirlas que rasgaban de a poco mis pantalones, dañando por lo menos cuatro o cinco de ellos que yo culpaba a la marca barata que compraba por su rasgado constantemente repentino tras tenerlo algunas semanas en mi posesión. ”*¡Thanks! I try to maintain the funnies*”. Y mandé una carita feliz.

~~Aguaadolisaa~~ estuvo platicando conmigo constantemente y preguntándome sobre los planes del fin de semana que tenía, porque los de ella eran hacer caminatas largas por el bosque, algún deporte, o ir a hacer alguna actividad al aire libre. A mi particularmente me valía verga eso de “salir” “a la naturaleza”, siendo realmente mi único interés

genuino en ese momento el buscar pistear en la calle con la creciente temperatura ambiental, con las amistades recabadas con el tiempo. Yo, en ese momento, era muy adverso a la idea del deporte semanal, y no entendía eso del *Wanderung*, ¿*Was soll das, im Ernst?* Me parecía una mamada pendeja eso de caminar en la naturaleza, en silencio. Solamente caminar, escuchar el sonido del bosque

Las nubes, arriba, caminando *lento* sobre la tierra.

(A lo) lejos, se escuchan maderos crujir porque se están pudriendo

A veces, *animales a ló* (*lejos*),

así que decliné en varias ocasiones. Me daba vergüenza también pedirle su número telefónico, porque tampoco nos conocíamos demasiado, así que quería evitarme en medida de lo posible que saliera todo mal por no entender los protocolos de cortejo alemanes. Ella formó un pequeño pero nada despreciable grupo de amistades provenientes de *Couchsurfing*, y me enteré después que hacían varias citas durante la semana para ir a hacer deportes (qué pinche obsesión con los deportes caramba) o para ir a visitar el lago cuando hacía calor suficiente. Yo les acompañé en una ocasión al lago, me tomé algunas cervezas, saqué una guitarra y toqué *lamento boliviano*, a medias, y quedé absorto con la idea que a ~~Agustín~~ ~~Agustín~~ se le miraba bien el bikini. ¿**0 era flaca, nomás?** En el absoluto candor del momento, debo confesar que sí, me parecía muy sensual la muchacha. Esto a veces se me olvidaba porque cuando hablábamos por mensajes, me daba cuenta de que ella medio tarada porque solo me platicaba sobre muchachos (que no eran yo), sobre hacer deporte, como escalar, nadar, y esas cosas que yo francamente no tenía en mi lista de prioridades porque a mi más bien me gustaba pistear y hablar mamadas en la vía pública (y tocar *lamento boliviano* incompleta), y sobre las vacaciones. Tampoco me gustaba mucho que hablar con ella porque a pesar de tener casi mi edad en ese momento,

sentía constantemente que era como hablar con una muchachilla de veintiún años... pero no podía determinar por qué. Creo que porque no compartíamos muchos intereses mutuos, por ejemplo, a mi me preocupaba que mi visa provisional de estadía en Alemania estaba pronta a expirar (en Julio de ese año); que tenía que encontrar trabajo lo más pronto posible para poder no tener problemas de deportación, y **terminar la tesis**³⁰⁴; o . ~~Agustín~~ ~~Agustín~~ trabajaba en una empresa de viajes, donde trabajaba de ocho a cuatro sentada haciendo anotaciones para mandar a viejos a volar a España y otros destinos turísticos de esa índole, mientras que ella me comentaba que también le gustaba viajar, y tenía algo en la manera en la que describía su gusto por los viajes que simplemente me parecía medio tonto, pero pues, como sea, no es que vayamos a culear ni nada. Era, paralelamente, sumamente desfachatada en sus intereses, pero también sumamente alemanizada en las cosas que sí le interesaban: Viajar, y hacer deporte.



Al día siguiente, había una fiesta llamada “Trinko de mayo”, aludiendo supongo a que era planeada por unos mexicanos, y que habría bebidas y piñatas, y obviamente, que el cinco de mayo, la fecha mexicana más reconocida (fuera de Puebla) y más irrelevante, pero todo fuera por pistear barato y hacer desmadre. Ese día por la mañana, ~~Agustín~~ ~~Agustín~~ me dijo que estaría con su grupo en Z10 bebiendo unas cervezas y jugando juegos de mesa. “*Thanks, but I am already somewhere, but have a good time*”. “*Must be very boring, we are having a good time here ;)*”. Ese emoticono en específico.



³⁰⁴ ¿Qué, cuál tesis, que no estábamos aquí haciendo pasantías?

Está bien, debo admitir que, por algunos momentos, podía jurar que ella tenía interés en algo, pero lo veía complicado porque me hablaba mucho de otros muchachos, que pa' culiar y que no sé qué, entonces asumí que estaba más bien en la caja de la zona de amistad. Entonces, procedí a tomar nuestra relación amistosa como una amistad solamente, y que ella disfrutaba bastante de ningunearme. Sí, eso debe ser, y no que me quiere culear pero primero me tiene que ningunear por códigos de comunicación alemanes que, hasta el momento, desconozco. Eso debe ser.

Volvió a decirme que estaba bueno el cotorreo, y le dije que no, que gracias, que estaba a gusto donde estaba, pisteano y hablando mamadas. A las once y algo, me preguntó qué “*ola ke ase*”, y le dije que ase en AKK, todavía. Me dijo: “OK, we come there”. Bueno, pues, señora, haga lo que se le hinche el huevo, a la verga pues. Llegó a los minutos ~~Ayanópolis~~ con su comitiva y Aayan apoyando escuderamente.

Cierto, no introduje a Aayan en ningún momento. Es un poco irrelevante para la historia, solamente dijo algo cómico aquí. Aayan es indio, estudió en algún lugar de los Estados Unidos de Norteamérica, y tenía un tatuaje del Arsenal, los *gunners*, y me recordaba un poco a María Aída. Por la relación con el fut, más que nada. No había relación fuera de eso. Llegaron y medio me saludaron, pero con desgano de ella. Un desgano que de verdad me indicaba que ahí no iba a haber nada.

~~Ayanópolis~~ me preguntó si se podía comprar alcohol, y le señalé el bar donde podía comprar cerveza y algunos tragos del estilo *coqueto*: Alguna bebida con vodka y jugo, nada de mixología tirada de los pelos. Al irse a buscar trago, Aayan me preguntó, en confidencia, que qué pensaba de

~~Ayanadpissan~~. “*I don’t know, she is tall, ¿Kinda blonde? ¿Kinda cute?*”. “*But ¿what do you **really** think about her?*”, “*Dude I literally have no clue, I am entirely certain I am friendzoned so, kinda, whatever, ¿Right?*”. “*Man, I don’t wanna say anything*” – mirando a los lados, me miró románticamente a los ojos, y me gritó susurrante (porque había algo de ruido) “*You should think about it, just saying*”. Y ahí me quedé, como pendeja.

Me fumé un cigarro y entré a la pista de baile/barra de tragos donde había reggaetón de alto volumen, y mientras me tomaba una en la esquina, vi que ~~Ayanadpissan~~ estaba bailando sensualmente, como pegándole mucho la entrepierna, con Aayan. Ahora, Aayan me dejó claro que ese acto era algo deliberado, y que el no estaba interesado en ~~Ayanadpissan~~. Entonces, creo que era un poco más claro ahora que esto fue un hecho deliberado para causarme celos, o eso asumí en ese momento, porque no había otra resolución en ese momento para que estuviera haciendo esas mamadas pendejas de niña chiquita.

Este tipo de cosas son las que me hacía cuestionar un poco las intenciones de ~~Ayanadpissan~~. Siempre hacía todas las cosas muy infantilmente. Ahora, no digo que yo haga las cosas como un adulto, porque literalmente me llevó la policía por carecer de control del lóbulo prefrontal³⁰⁵ en la toma de decisiones. Para nada. Pero... no sé. Esperaba más de una mujer de treinta años³⁰⁶.

Estuvimos en ese baile indeterminado de “*nos interesamos/pero no podemos ser claros/claras al respecto*” hasta que salí a fumar un cigarrillo, y ella se sentó a un lado mío. Me dijo que quería un cigarrillo, y se lo pasé. De repente, se recostó en mis piernas y me dijo que *I am reeeeeeally drunk*. Me dijo que *my belly huuuuurts so much*. Tomé algunos minutos para consolarle el dolor, y en algún momento, me miró con sus ojos pequeños, y yo la miré con mis ojos de “ah, entonces sí

³⁰⁵ *Ni sé a la verga cua lóbulo es el de tomas de decisiones, a la verga.*

³⁰⁶ *Vaya, vaya, la metralla, con el señor que tiene expectativas basadas en edad para las*

querías macana, ¡Culera!” y nos dimos un beso. A lo lejos, Aayan gritó: “*¡That is my fault, remember I did this!*” – Y se metió a seguir bailando.

Me dio risa un poco, porque supongo que también hay orgullo en lograr que dos personas se encuentren³⁰⁷. Le dije que la podía acompañar a su apartamento, porque ella estaba tercamente insistente en que podía irse en bicicleta sola, y como ya me había pasado a mí, le dije que no era la mejor idea, porque la podía agarrar la policía. “*Bullshit*”, me dijo.

Tomamos las bicicletas, y gracias a Jesús Cristo yo ya había dejado de beber hacía unas horas, entonces estaba en menor peligro que

~~Adenauerring~~. Viajamos por una parte donde no hubiera tanta presencia policial, hacia la parte Oeste de la ciudad.

Cerca de *Adenauerring*, intentó tomarme la mano mientras íbamos en la bicicleta.

En un momento, el romance.

~~Adenauerring~~ se carcajeó. De repente. Y sin razón. Me preguntó si *do you think this is romantic*. Le dije que un poco. Que a veces así parecía.

Siguió carcajeándose una gran parte del camino, hasta que llegamos a su apartamento. Quedaba cerca de una calle principal por el oeste, pero estaba lo suficientemente alejado que no se escuchaba mucho el murmullo nocturno del tráfico.

“Alright, gotta go, have a good night”.

“¿You can stay over if you want?”

Bueno, en principio porque quiero llegar a mi casa a usar los servicios sanitarios a gusto. Por otro lado, estaba bastante seguro que toda esta situación era un evidente y clásico caso de la zona de amistad. No

mujeres, ¿Eh?

³⁰⁷Originalmente iba a escribir “*que dos personas se amen*” pero, no mames, Orlando, ni que se fueran a enamorarse.

estaba totalmente seguro de qué se trataba todo esto. Había demasiado empuje y jaleo que no podía comprender tampoco muy bien. ¿Será que me quedo? ¿Será que me voy? “Nah, all good, it’s late and I should probably leave. Also, ¿You have stuff to do tomorrow, don’t you? Yeah, better go now”. Desdeñosamente, ~~Aguadolina~~ me dijo “OK, do whatever you want”. Le dije que estaba bien, solo porque me daba pereza volver a casa. Por otro lado, no esperaba que nos fuéramos a seguir besando, porque ya era tarde. Y me estaba cagando, y ella algo tenía que hacer a las 7 de la mañana.

Mientras subíamos, me dijo: “*Don’t make any noises, everyone is asleep*”. Entramos a un apartamento como casi todos los de la parte oeste de la ciudad, pequeño y oscuro (porque eran las dos y algo de la mañana). Me dijo que si quería agua, le dijeque sí, aunque realmente no quería agua. Lo que quería era usar los servicios sanitarios.



Después de muchos años de luchar con los sonidos gastrointestinales, y tras unos meses lo sucedido con ~~Aguadolina~~, no me sentía muy cómodo usando un espacio público en lo privado de otra persona. ¿Apenas nos habíamos dado un beso, y ya tiene que saber sobre mis incontrolables pedos nocturnos?

Siempre me acuerdo de la vez esa que fui con los amigos del Marcial a una fiesta en un rancho apartado de la civilización donde había una fiesta. De la fiesta no me acuerdo mucho. Había amistades del Marcial, y todo mundo se quedaría esa noche a dormir en un pabellón alargado con muchos catres metálicos, divididos en grupos de hombres y mujeres, y en el medio, el único servicio sanitario disponible. Esa vez, necesitaba de nuevo ir a depositar

heces fecales pero al sentarme en el inodoro, un incontrolable pedo salió con un sonido fuerte, estruendoso, implacable. Ya todo mundo se preparaba para dormir, así que todo se escucharía. *“Hijo de su reputísima madre, debí de haber cagado antes de que todo mundo entrara”*, - Pensé. Intenté conciliar el sueño, pero los retortijones y el dolor estomacal, así como el asomo de un intruso por la puerta grande, léase, el astero, empezó a hacer de las suyas, así que tuve que actuar. Me levanté intentando hacer poco ruido, y salí a fumar un cigarrillo ya que no había nadie, armado con algunos cuadros de papel sanitario y buscando cómo salir de ese lugar. Lamentablemente, y como ya eran las algunas horas de la madrugada, todo estaba cerrado. Decidí, entonces, usar una de las paredes que estaban cercanas al césped para apoyarme, dejar caer todo lo que me causaba pesadez espiritual en ese momento, limpiarme la cola, y dejar el menor número de evidencia posible. Todo estaba oscuro, así que no ví nada. Solo recogí el papel sanitario utilizado, lo dejé en una bolsa de basura y lo consideré el crimen *perfecto*. Al día siguiente, mientras se hacían labores de limpieza, uno de los muchachos que atendió al evento, notó que había material fecal cerca de uno de los arbustos. *“No mames güey, pinches gatos se cagaron en las matas”*. “Chale, pinches gatos”³⁰⁸. Recogí el material con una servilleta y lo dejé en el pasado.

El pasado vuelve, y de nuevo, ahí sentado en ese pequeño sanitario ajeno hice por lo menos dos o tres sonidos un tanto estridentes, pero intentando en medida de lo posible reducir la resonancia del culo, a

³⁰⁸En México, es común referirse a las personas de recursos limitados como “nacos” o “gatos”, también usualmente usado de manera despectiva a los y las trabajadoras del hogar o de servicios generales. En este caso, se refería a *Felis Silvestrus Catus*, gatos comunes que rondaban el lugar. En mi mente, ambos sentidos pudieron aplicar

través de modulación del esfínter y mucha, mucha paciencia, para dejar salir todo el aire, lentamente, pero seguro. Lento, pero en silencio. Lento, lentísimamente. Afortunadamente solo era aire, y más afortunadamente, había una ventana enorme para desplazar cualquier mal olor residual del sanitario al medio ambiente. Me lavé la cara, el fundillo y las manos (en ese orden) y me sequé con cualquier toalla que vi disponible. Éxito asegurado. Salí del sanitario, y cuando entré al cuarto de ~~Ariadolisaan~~, estaba cambiándose, removiendo su sostén, por lo que me disculpé, miré hacia un lado, y le dije que lo sentía, que no era mi intención mirarla mientras se cambiaba para dormir. “*Don’t be silly*”, me dijo, mientras se ponía un camisón y me preguntaba si necesitaba algo para dormir. Le dije que no, que estaba bien. Esa vez, dormí en ropa interior a un lado de ella, pero no seguimos con el romance, porque ella tenía que levantarse temprano. A las siete de la mañana. Y ya eran cerca de las tres. Me dormí inmediatamente.

Al día siguiente desperté antes, a las seis y algunos minutos, porque pasó un tranvía y eso fue suficientemente molesto para despertarme. Eso y que esta hija de la chingada no cerró las putas persianas y entró el puto perro sol a la verga y me despertó a destiempo. ~~Ariadolisaan~~ despertó a los minutos, y me dijo que estaba bastante cansada. Yo asentí. “*I guess that is what you get for trying to bring a mexican boy to your apartment when you know you have to go meet your family the next day, ¿Huh?*”. Ella salió del cuarto a prepararse mientras yo veía como quedaban solo algunos puntos porcentuales de batería en mi teléfono móvil, mientras ~~Ariadolisaan~~ estaba fuera. No sabía cual era el protocolo después de no hacer nada en la noche, mientras la persona que claramente tiene que salir y hacer otras cosas se prepara para continuar con su día. Me puse los pantalones, y no intenté darle un besillo ni nada, simplemente me fui como la zarigüeya tímida que soy, pero diciéndole a mis amigos por texto “¡Nunca adivinarán todo lo que no hice con esta hermosa y rubia desconocida!”. Salí a la calle, so desorientado, y tomé el camino a casa por donde

pudiera comprar alguna bebida azucarada porque me estaba muriendo de sed de azúcar.

Así empezamos un baile indeciso pendejo a la verga, hasta que ella se hartó, a la verga, y tomó un poco de iniciativa para culiar.

Entre abril y mayo, volvimos a salir aquí y allá aunque de repente no me contestaba los mensajes porque estaba ocupada, sobre todo, estando ella en un trabajo de escritorio, tenía pocos momentos para contestar los mensajes a lo largo del día, y como yo siempre estaba buscando razones para hacer cualquier cosa menos lo que debería hacer en ese momento, llámese, la chingada tesis³⁰⁹, me entretenía esperando sus mensajes .

Una de sus ideas de una cita era invitarme a nadar. Ahora, eso de nadar no se me da. Los deportes, en general, no se me dan.

Cuando era niño, no teníamos muchas opciones para nadar. Al menos no convenientemente cerca de la casa, estando la unidad deportiva muy pinche lejos a la verga, hasta el cerro de la memoria. La única manera de tener acceso a una alberca para nadar deportivamente era obteniendo una membresía de un club, ya fuese en el Club Deportivo Country Club, o el Club Deportivo Casablanca. Honestamente, nunca entendí la diferencia entre uno y otro; sabía, por un lado, que la gente con dinero³¹⁰ tenían membresías en estos clubes

³⁰⁹¿Cuál tesis, de qué hablas?

³¹⁰O las escaladoras sociales, no juzgo tampoco.³¹¹

³¹¹No, sí, a la verga, sí juzgo. De niño no entendía muy bien la diferencia entre pertenecer a un club deportivo u otro. Como lo mencionaré, la otra alberca disponible para uso libre estaba a 4.1 kilómetros, y sí, a la verga, está bien, acepto que en ese entonces pensaba que tener una bicicleta y llegar a cualquier lado era de pinches pobres, y ya, eso me lo quitó vivir en Guadalajara, pero aún así, en mi mente, quedaba lejos y no había tiempo ni dinero para gastar en ir cada otra semana a nadar, entonces quedaban los otros deportes de pobres: Correr y caminar en el parque Sinaloa. Luego entonces, caminé mucho en ese

deportivos, que tenían como costo de entrada entre tres y cuatro decenas de miles de pesos, por lo menos entre veinte y treinta veces el salario mínimo por un año. Sí, bastante elevado. Además de estos costos, también estaban los costos mensuales de manutención, y algunas cuantas centenas de pesos más por los costos de los cursos de natación. Sin embargo, como no eramos familia de alcurnia y tampoco mi padre se dedicó a la tecnoagricultura de chiquito, si no a alegar, abogadamente, pues ahí tenemos un serio problema de incoherencia económica. Había también escuelas privadas cerca, pero en general estaban enfocadas a niños pequeños y para mi ya era mejor rendirme y dejar la idea de nadar deportivamente en paz. Había también como mencioné *post scriptum* una alberca olímpica en la unidad deportiva Aurelio Rodríguez Ituarte, nombrada en honor de un beisbolista que murió en un accidente relacionado a un automóvil en la ciudad de Detroit, en el estado de Delaware, en los Estados Unidos de Norteamérica. El problema era más que nada transportarme hasta allá sin molestar tanto a mi padre y a mi madre, así que supongo que no me interesaba tanto nadar por deporte, aunque siempre disfruté hacerlo en el mar, antes de que se me pudriera el cerebro despreciando el agua de mar de la playa de la isla del Maviri. Una vez, cuando tenía unos siete u ocho años, fuimos a la casa de playa de mi tía Guillermina y mi tío Miguel en una playa al sur de Sonora, que quedaba cerca de una playa infestada de piedras. Extraño pensar en piedras como una infestación, lo acepto, pero para poder ir a nadar al mar, había que caminar un kilómetro y medio hacia donde estaba la playa de arena, o estaba la opción de nadar en esa playa de piedras. Mi padre me acompañó a nadar esa vez, diciéndome “Con cuidado, hijo, que es

entonces.

peligroso y las olas están fuertes”. “Fueres mis ganas de que no me estén chingando”, debí haber pensado con mis siete u ocho años de terquedad. Nos metimos al agua y todo estaba más o menos bien al principio, pero el oleaje empezó a arremeter cada vez más violentamente, y algo debió de haber pasado con mi cuerpo terco de siete u ocho años, porque el compás del oleaje para poder respirar se hacía cada vez más y más complicado. “Qrlando, cuando venga la ola, tienes que bajar, hijo, respira hondo, y sumérgete”, me decía mi padre, mientras yo luchaba por poder respirar y tener tiempo al salir, porque ya no alcanzaba el suelo arenoso. De repente, me dio miedo. Me dio miedo lo fuerte de las olas, y lo difícil que se veía el camino de vuelta a tierra firme. Uno de mis primos, el chapito, entró a nadar con nosotros, pero a él no lo recuerdo mucho. Recuerdo que me tomó mucha energía poderme sostener en las piedras resbalosas que me separaban de salvarme de las olas que estaban cerca de comerme y arrastrarme lejos, lejos. Lejos. Mi primo recibió algunas burlas posteriormente por salir bastante apenas de las piedras, y yo era demasiado chico para haberlo hecho particularmente mal, pero supongo que viril y masculino no me vi huyendo de las olas. No recuerdo que eso me haya traumatizado de alguna manera específica.

Seguí amando entrar al agua salada y ponerme en peligro de que me tragara el agua.



Lamentablemente, nado de agua dulce no pude hacerlo mucho de pequeño, así que la experiencia con ~~Agua dulce~~ ^{Agua salada} me parecía afable. Me hizo saber que se podía pagar apenas tres euros y setenta centavos para

entrar a la piscina pública, donde se podía pasar algunas horas bañándose en el agua tibia, sobre todo en el verano. Dado que en la noche hacía algo de frío en mayo, a partir de las seis de la tarde el costo se reduce a tres euros, dado que queda entonces poco tiempo para nadar cómodamente. ~~Aguaadpissu~~ me llevó a *Sonnenbad*, una piscina pública al norte de la ciudad. Quedamos de vernos en *Entenfang*, y de ahí tomamos las bicicletas para llegar al parque acuático. Pagamos las entradas, y dado que ya teníamos los trajes de baño puestos, llegamos a dejar nuestras pertenencias a un bloque de pasto cercano a la piscina, y empezamos a nadar. Al principio, no entendía que la cita era una cita deportiva, como las que ella me decía que tenía con los hombres fornidos escaladores de los que constantemente me platicaba, así que nuestra interacción era más que nada entre *laps* nadando de punta a punta de la puta alberca en la que, de nuevo, yo no sabía que iba a usar como un pivote para hacer ejercicio. Evidentemente, no había preparado nada para hacer deporte, dado que no tenía lentes para nadar, así que luché durante los minutos iniciales para poder equiparar el ritmo de nado con el de respiración, mientras mis ojos eran constantemente atacados por el cloro del agua de la pinche puta perra alberca. Unas cuatro vueltas después, empecé a sentir acalambramiento en mi pierna izquierda. Dado que he sido un puto viejo terco toda mi vida, intenté ignorar el problema hasta que empecé a sentir acalambramiento en el pie derecho. Mierda. “*Orlando, maybe you should swim faster, you should think about doing some sport*”, mientras ágilmente me pasaba por un lado ~~Sí, sí,~~ a la verga, como chingas, ~~Aguaadpissu~~, hijuesu reputísima madre – pensaba mientras sonreía con mi carita de imbécil porque no la quería espantar con mis diálogos internos de que se fuera derecho a chingar a su puta madre. “*Yeah, sure, sounds good but I am getting cramps on one of my legs*”. “*OK, maybe you should stop*” – dijo con un tono protomolesto, mientras salíamos de la alberca y me daba unos segundos para verle ese culo bien formado por años y años de hacer ejercicio en lugar de, no sé, contrario a mí, que pasé los últimos

meses comiendo porque “no sé si me va a dar hambre en un viaje de 1 hora”. Salimos y mis músculos se recuperaban lentamente, mientras ~~Agnadolisar~~ me recordaba, de nuevo, que mi alimentación es pobre y debería comer más plátanos. “*You know you should eat more fruit, and eat healthy*”, mientras mordía una manzana y miraba mi refresco infestado de azúcar y taurina. “*Yes, yes, that’s fine*” – pensaba, mientras apretaba los labios para evitar decirle la frustración imponente que tenía entre los dientes. Ella traía una bolita de *hacky sack*, de esas con las que juegan los malditos hippies y me invitó a jugar, así que estuvimos pateando esa pelotita unos minutos para seguir haciendo ejercicio, cosa para la que, de nuevo, no estaba preparada en ese momento porque yo lo que quería era meterme al agua y dejarme escuchar el silencio que se forma cuando se le tapan a uno los oídos cuando se sumerge en el agua queda.

Nos fuimos a las ocho de la noche, que es cuando cierran el parque acuático, y empezamos a pedalear quedando algunos rayos de sol, suficientes para poder llegar a la estación donde nos quedamos de ver, y poder tomar el tranvía de vuelta a casa. Yo iba particularmente callada en el camino de vuelta a la estación de tranvía. Mientras pedaleaba, pasamos por encima de unas piedras afiladas, que intenté esquivar, pero no lo logré hacer a tiempo porque se me dañó una de las ruedas de la bicicleta, que noté inmediatamente.

Mátame mejor.

– Pensé. Le dije a ~~Agnadolisar~~:

“*Hey if you want to go ahead of me it’s fine, I will just walk home*”. En ese momento, ya estaba al borde del hartazgo de la compañía y de empezar a hacer comentarios feos y mordaces contra quien se me pusiera enfrente, y lo único que quería era estar sola por un momento.

“*¿Sure? No, really, I can wait. Do you have a spare or... how are they*

called... Fahrradschlauchflicken? Maybe you should carry that all the time if these things happen often, ¿You know?''.

– me dijo. Pero no, no tenía, a la verga, y ya por favor. Por favor déjame en paz. “Nah, really, just go ahead”. Yo estaba harta y solo quería estar sola en ese momento. “It’s OK, I come with”. Caminamos con algo de frío, hablando poco de qué planeábamos hacer después, entre los que se encontraban no seguir pasando tiempo juntas esta velada.

Francamente, no sabía qué pensar de ese aleatorio e inesperado *pequeño giro de bondad humana*³¹² No sabía que decir, ni pensar. Francamente, estaba harta de que me estuviera puteando y, francafrancamente, no necesitaba esa observación hipercrítica de mi ya magullada autopercepción ajena. Ya sé que estoy gorda. Ya sé que debería hacer más deporte. Ya sé. Ya sé. Ya sé, déjame en paz mejor, a la verga, y si no te interesa hacer otra cosa más que estarme puteando y diciéndome que estoy gorda y que debería hacer algo al respecto, preferiría no tener que pensar al respecto, gracias, de nada, hasta luego. Empezamos a caminar y estábamos en silencio, porque yo estaba hasta el copete de sus chingaderas, y ahora tendría que caminar con ella, en silencio, hasta encontrar un tranvía o una manera de no pasar más tiempo juntas, pero así tuvimos que seguir hablando sobre las bicicletas. En ese momento, ~~Agustín~~ intentó también ayudarme, por primera vez, y no ser tan cretina y me dijo si tenía algún plan para comer. “No, no plans, I think I have something at home”. “Oh, ¡Come on! Let’s go get Chinese in Entenfang, I know a nice place”, me decía, y yo lo único que quería era huir a casa y no saber nada de ella por algunos días. Insistió dos veces más, y yo estaba evitando seguir pasando tiempo con ella, así que me inventé algún falso evento para el que me tuviera que preparar “No, it’s OK, honestly I am

³¹²Harvey Milk. Excelente disco. Recomendando *Merlin is Magic*.

not hungry, but I should have some chicken at home.”.

Seguimos caminando y la noche empezaba a caer lentamente. Llegamos con el crepúsculo al restaurante chino que me dijo, que estaba cerrado.

“Well, nothing to do. Must be destiny”.

“¿Are you sure? don't be silly, let's go to Oxford, I will get you a burger if you come with”.

Lamentablemente soy de tacto fácil y accedí, porque de todos modos teníamos que ir en esa dirección para que yo pudiera regresar a mi apartamento, y ya no había muchas otras experiencias evasivas esta noche.

Llegamos al restaurante ... y esta historia ya la había contado³¹³ antes. Estando sentadas, me di cuenta que había demasiado ruido por lo que seguimos platicando a gritos de tonteras sin sentido, ni me acuerdo de qué chingados hablamos. De repente, al fondo, se escuchó una canción de *Massive Attack*, la de Dr. House, *Teardrops*, del álbum *Mezzanine* de 1998 lanzado por Virgin/Circa. Me inclino a pesar que tal vez era otra banda de *trip-hop*, dado que me acuerdo brevemente que de fondo escuchaba “*Give me a reason, to love you*” que me recordaba un poco a Minerva, porque decía “*Portish-Head*”, a pesar de que se dice “*Portis-Head*”³¹⁴ y lo encontraba un tanto tierno, y luego fue lo último que me quedó de memoria de ella. Empecé

³¹³Torres, O. “*Cartas a Agondón*”, Sin Editorial, 2019, pp.45-46

³¹⁴Lo siento, soy inseguro y estuve buscando cómo se pronunciaba “*Portishead*”, la ciudad británica cercana a Bristol, así que estamos bien. Estamos bien. Todo bien.

a hablar de música, y no entraré mucho en detalle, pero me acordé de cómo conocí a tanta gente desconocida por un foro de Internet, por allá en 2009.



gente de internet

Toda mi adolescencia tuve dificultades para relacionarme con otras. Nunca me sentí comprendida, luego entonces, todo se quedó atrapado en una maraña de paredes y telarañas que, si se miran suficiente tiempo, se convierten en espejos donde solamente se observa lo que uno quiere observar en mi. Un arte rescatado, tal vez de pasar tantísimo tiempo escondiendo la realidad de lo que me hace feliz. En 2006 llegué a Guadalajara sin amistades, y lo único que les interesaba a las personas que me rodeaban era hacer dinero, casarse con personas de alta sociedad a la que no pertenecían, y salir a clubes nocturnos con música estridente que no me gustaba. Pasaba una cantidad no-trivial de tiempo en Internet, porque descubrí las guitarras a los 13 años, por Edgar, un amigo que tenía, y que eventualmente me dejó porque yo era demasiado jodón y no lo quería aceptar³¹⁵, empezando a ir a unas clases de guitarra con niños de entre 6 y 10 años. Como no tenía experiencia, el maestro Trini(dad) me puso en el grupo de los bebés chiquitos, en lo que aprendía a tocar bien la guitarra. Las canciones eran puras pendejadas de Cristo y círculos en la clave de sol mayor o mi menor, y me aburría

³¹⁵Hasta la fecha intentamos no hablar a pesar de compartir amistades muy arraigadas en común. Creo que vive en el sureste mexicano.

mucho esa puta clase. Yo pasaba más tiempo en línea buscando tablaturas, pero no tenía una guitarra eléctrica, que era el tipo de guitarra que quería para tocar *nu metal*, pero también necesitaba una guitarra de 7 cuerdas entonces estaba más jodida. No sabía que existía una plétora de música con guitarra acústica bastante intrincada, me enteré de eso mucho tiempo después. Lo que yo quería era tocar canciones de Trapt, Chevelle, Korn y Staind, que afortunadamente tenían un álbum acústico, por lo que podía tocar algunas canciones. Lamentablemente, la acción del diapason de la guitarra acústica que tenía en casa era monstruoso, luego entonces no podía tocar prácticamente nada debajo de la segunda octava de la guitarra. Ya después intenté aprender a tocar canciones de Dream Theater y ahí sí valió verga porque los solos y los arpeggios eran por debajo de esa segunda octava y ahí la física estaba en contra mía. Ya después un camarada, el Alex, consiguió³¹⁶ una guitarra color verde espuma de mar como la de Tom DeLonge de Blink 182 y tuve esa guitarra por muchos años hasta que Jeff me vendió la Stratocaster mexicana de 2005 que todavía tengo hasta estos días. Así conocí un foro público de música en inglés donde conocí gente de Internet que vivían tan lejos que su existencia hacía que el *stranger danger*, un terror muy particular que tienen las gringas porque un asalto físico o psicológico ocurra por hablar con desconocidas ocurra, era nulo. ¿Quién vergas me va a hacer qué en Los Mochis, Sinaloa, de los Estados Unidos de América? Jamás, una imposibilidad. Luego entonces, tenía un grado de anonimidad exacerbado por la in-

³¹⁶Esta es otra de esas historias trágicas de adolescentes, realmente el problema fue que el tenía culpa porque se hizo novio de la hermana de una amiga en común, la Denise, hermana de la Rosa, y ahí le agarré tirria pero también el pedo es que a mí se me durmió el camarón. Compró la guitarra como forma de pago por la amistad que teníamos, por mil quinientos pesos. La guitarra no era muy buena, y el era baterista en ese entonces. Ahora maneja una panadería y le va bien. De Denise y Rosa ya nunca volví a saber nada.

existencia de las cámaras web de alta calidad, y la baja calidad de las cámaras fotográficas digitales de ese entonces - tres megapíxeles se consideraba la gran resolución de esos tiempos, ¡Una locura!

Con esa seguridad obtuve amistades en línea con quienes aprendí a escribir en inglés de una manera más segura, más no a hablarlo, y a mejorar la calidad de escritura para poesía y letras de canciones. Pasaba horas leyendo los foros, teniendo pequeñas comedias con personas que no conocía, haciendo una comunidad con desconocidas que no podían hacerme daño, porque no existen. No existían. No hay tal. Llegué a Guadalajara años después todavía visitando estos foros en línea, ahora con cámaras de cinco megapíxeles disponibles, pero aún con la certeza que no podía pasar nada. Descubrí a través de este foro last.fm, una página web que permite saber qué música se escucha en todo momento al instalar ciertas piezas de *software* en el computador. En ese momento, escuchaba música constantemente en CDs que quemaba en casa, utilizando el formato MP3 para tener varios órdenes de magnitud más música por unidad de almacenamiento. Grabé en total 70 discos con música que descargué ilegalmente de Internet, y me parecía maravilloso todo eso. Ya con el tiempo me di cuenta que había eventos de música en la ciudad y fui a algunos festivales con amistades de Los Mochis, Sinaloa, pero siempre con esa *disforia* de no sentir que estábamos compartiendo el momento de la misma manera, con la misma intensidad. En esos foros encontré un grupo de desconocidas, el A::A, un foro incluido en last.fm de gente de Guadalajara que se conocieron por la página web. Conocí al grupo en casa de Úrsula, una muchacha de Tijuana un poco grosera pero agradable. Comimos elotes ese día, y conocí a Gera, a Juan, a Ferenc y a Violeta, su

novia en turno. Ahí tuvimos confianza y después nos vimos para muchos conciertos por los 8 años subsecuentes.

Por ese grupo conocí a Minerva, una narizona culoncita que estudiaba psiquiatría y que estaba pronta a irse a Ciudad de México a hacer su especialidad. Teníamos onda, pero no siempre, porque tenía un *algo* que hacía que nunca estuvieramos conectadas. En un concierto en el F. Bolko, ni me acuerdo cual, le metí un putazo en la cara, sin querer, y nos reímos mucho al respecto del evento. De regreso a casa, nos besuqueamos en el carro de Ferenc, y salimos varias veces a un *Starbucks* en Chapultepec a que yo la viera estudiar neonatología, mientras bebía un batido de té verde y esperaba las pausas para darle un besillo o dos. Salimos varias veces en un grupo grande en bicicleta a andar en la ciclovía de los domingos, y comimos varias veces en el restaurante Madoka los chilaquiles más pasados de verga de este lado del Atlántico. El último concierto al que fuimos juntas fue el de TV on the Radio el 21 de mayo de 2011 en la aceitera, un literal reapropiamento de una fábrica de aceite en Zapopan que olía, inexplicablemente, a aceite quemado. Ahí vimos el concierto, nos abrazamos, nos dimos un besillo o dos, y le agarré las pompas. Una canción, *Province*, decía:

Just like Autumn leaves,
We are in for a change,
holding tenderly to what remains
and all your memories
are as precious as gold
and all the honey
and the fire which you stole have you running
through all your red-cheeked days

Ya después, nos vimos por última vez en el Starbucks de

Chapultepec, y ella me dijo que no estaba interesada en una relación, que su trabajo era importante, y que tenía que enfocarse en eso. Yo, en ese entonces, aterrado, me fui a casa pensando que todo esto era una ficción, y que no tenía que estar haciendo nada con esa pinche vieja. Borré todas mis cuentas en línea excepto la de last.fm, pero en desmedida tristeza como suele ocurrir cuando uno tiene todavía el cerebro un poco suave por ser joven, a mis 24 años de edad, no podía tomar bien esa línea de pensamiento, porque además tampoco podía cuadrar que la gente también puede culiar sin estar en una relación, y aún habiendo la posibilidad de una culeadilla triste, tal vez, pues lo arruiné todo, y ya nunca volví a saber de ella.

Del último que supe fue de Ferenc, que se acercó en ese momento para ofrecirme una chela en unas alitas por Federalismo norte, cerca de la estación Ávila Camacho³¹⁷. Ahí hablamos de lo que sentía, y me dio el apoyo que necesitaba. Me dio un abrazo y me dejó ir en paz. Volví a salir con el grupo, pero con Minerva ya nunca, porque además se fue para Ciudad de México y ya nunca más hablamos. Por eso no forma parte de ~~Alitas Mac~~.

Epílogo: La última persona que vi de Guadalajara fue a Ferenc. Conoció a mi madre, porque le entregué una computadora que le vendí por cuatro mil pesos porque tenía un buen procesador pero le faltaba una tarjeta de video buena para jugar videojuegos. Ya nunca volví a hablar con Ferenc después, tal vez tenga oportunidad de hacerlo si vuelvo a Guadalajara algún día.



³¹⁷ Alitas Mac, Federalismo Norte 1421, las quitaron hace mucho tiempo y solo

Un silencio largo, y me le quedé viendo serio.

Ella, atónita, me observó, tomó una papa frita y se la puso en la boca, y me dijo simplemente:

Ajá... qué difícil.

Yeah... sounds rough.

"Pues sí. Bastante." - Murmuré entre tragos de cerveza turbia.

"Yeah, I guess".

Y yo pensé que ahí iba a quedar eso,
Hasta que hice arroz con pollo y mole.

Arroz con pollo y mole.

Tuve un tarro de mole durante varias semanas guardado en el fondo de la alacena porque quería guardarlo para un momento especial.

En confidencia, debo notar que nunca tuve particular amor por el mole, pero debido a que es un patrimonio de la comida proveniente de México, resultaba un interesante agregado cultural para extranjeros que tuviésemos la oportunidad de comer en casa. En 2014, mi padre y mi madre me enviaron una caja con algunos alimentos y salsas picantes que usé bastante, y entre esas cosas estaba un mole. A pesar de que no soy particularmente fanático del mole, lo tenía por ahí reservado sin objetivo, porque tampoco encontraba muchas oportunidades para hacerlo. Además, ni me gusta tanto el pinche mole. Sin embargo, tener mole es importante para momentos en los que uno quiere demostrar la envergadura de la cocina mexicana. Es uno de esos platillos de sabor complejo que es muy complicado explicar a una persona que nunca se ha comido un *curry*, porque la manera más fácil de explicar qué es el mole, es diciendo: “*Well, it’s kind of a curry, but different*”.



Por Natalia empecé a comer comidas extravagantes.

Siendo de Los Mochis, Sinaloa, mi paladar no conocía grandes distancias: Mi lenguaje del amor se centraba en el ceviche, los tacos de carne adobada de 10 pesos, y la comida japonesa, o al menos la mutación que nos llegaba a través del 赤 Sushi, y lo que aprendía de mi Tío Pepe, otrora alumno de Hiroshi. Sin embargo, de curry no supe nada hasta que fui con Natalia al Usagui, un pequeño restaurante japonés por la colonia Santa Tere, en Guadalajara, México. Ahí me pedí un

【カツカレー】 con col rayada y estaba flotando por los aires. Una maravilla resultó ser aquella milanesa con caldito y verdurita ácida, ¡yom!. En 2012 fui a Malasia, y también compartí la mesa con un colega indio que me invitó a comer cantidades post-industriales de comida hecha por su mujer. Un detallazo, una maravilla. Me llevó también a un buffet de comida con muchas moscas, y también estuvo delicioso. Uno de esos días me enfermé de tos, a la verga, y necesitaba un caldito. Pedí el primero que encontré, pero el caldo era negro, posiblemente por la salsa de soya, pero me pareció demasiado, y me sentía mal, y terminé comiendo pizza esa noche, y dos noches más comiendo sushi en un centro comercial. Esto también hice en 2020 en Singapur, donde también comí un 【カツカレー】 pero ya tenía más años y me daba menos miedo comer cualquier cosa. Conocía el ಕ೦ ಪೇಸ್ por los keralenses en Karlsruhe que me decían *Orlandq, we have to invite you to have dinner, we cook very nice ಕ೦ ಪೇಸ್*. Y sí, bastante rico, de las veces que lo probé. Le agarré cariño a la comida húmeda, a pesar de que mis gustos son más por la comida crujiente.

Lamentablemente, el mole nunca ha sido una comida que provoque especialmente un deseo implacable a mi paladar, porque la comida de Sinaloa es simplemente muy distinta y el mole es más bien ajeno a mi situación geográfica. He pasado más tiempo perfeccionando y buscando maneras de hacer un buen ceviche sinaloense que buscando cómo hacer un buen mole. Ahora, El hacer la pasta del mole es un trabajo arduo, que no deseaba empezar a investigar en ese momento³¹⁸³¹⁹, sobre todo por el exceso de materiales requeridos: Chiles anchos, mulatos, pasilla y chipotles, que se pueden conservar

³¹⁸Taibo I(¿1?), F.I. (1996), *The Mystery of Mole from Puebla: A Baroque Convent Delicacy*, *Voices of Mexico* No. 35, 1996, pp. 41-43, <http://www.revistascisan.unam.mx/Voices/pdfs/3508.pdf>

³¹⁹Hongu, N. et al. (2016) *Mexican Mole: Promoting Healthy*

secos en condiciones idóneas³²⁰; cebollas, tomates y ajos, que son relativamente fáciles de encontrar en cualquier supermercado; pasas, cacahuates, almendras, semillas de calabaza y ajonjolí, no tan difíciles, pero ¿por qué chingados?; tortillas y panes duros, que se pueden reemplazar por harinas; canela, clavo de olor, anís, piloncillo y chocolate, cosas que no son imposibles tampoco de encontrar, pero ya está larga la puta lista a la verga; pimienta, sal y aceite. No imposible de hacer, pero tampoco la cosa más fácil de hacer, dada la tasa de sorpresa contra los sabores recibidos, sobre todo para una persona que ya considera la mostaza como *¡Mann! 'st sehr scharf! ¡Spinnst du oder so was?*

Un día, decidí que sería bueno invitar a comer a ~~Ajardillas~~ a casa, y decidí hacer el mole ese, porque creí que sería algo que disfrutaría, tal vez, y no sería sumamente raro o difícil de consumir.

Unos días antes, compré unas pechugas de pollo, e hice la receta como la recordaba: Guardar caldo del pollo, aunque usualmente es preferible usar caldo de pollo completo, pero nunca he sido bueno cocinando pollos completos, así que agua con sabor a pollo remojado un rato será suficiente. Después, poner el tarro de mole en el agua caliente sabor a pollo, batir hasta que quede una mezcla homogénea pero no muy líquida; paralelamente, se desmenuza el pollo, y poner el arroz a cocer.

Meals through Cultural Traditions, CALES (U Arizona), AZ1699,
<https://repository.arizona.edu/handle/10150/607718>

³²⁰Si no, se los comen las pillas. Ya me ha pasado.

Mole con pollo y arroz rojo

por Orlando tqrres

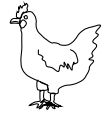
★★★★☆

Tiempo de preparación: 2 ó 3 días, dependiendo de qué tanto cariño le tenga a la persona que le va a hacer el puto pollo

Tiempo de cocinado: 2, 3 horas, yo que sé

Porciones: 2 platos, uno para ella, uno para el

Calorias: 425+360+230 kcal



Ingredientes

el aceite et al. me lo brinqué a la verga y que tiene

- 300 g de arroz, del que sea, no importa, a la verga
- 500 g puré de tomate
- media cebolla, 1 diente de ajo (aromáticos), hoja de laurel (1)
- Un pollo, pueden ser chichis de pollo pero asegún quel pollo completo ta mas weno, igual no me importa prefiero las teclas de pollaco para esta ocasión
- Caldo de pollo o agua y pone las chichis de pollo ahí
- Ajonjolí

Preparación

1. El arroz se pone a cocer con los aromáticos hasta que esté doradito
2. echarle el tomate y a la buena de dios esperar que no sea demasiada agua (2 tazas tal vez)
3. Dejar en el fuego 18 minutos, tapado, en fuego bajo o nivel 2
4. El pollo al agua y a todo fuego
5. Desmenuzar el pollaco, el caldo mezclar con el mole, batir hasta que no parezca pasta pero un caldito así buenón,
6. Servir todo junto



El arroz rojo para el mole sí tenía un poco más de historia. Cuando vivía en Guadalajara, mi abuela Leticia hacía arroz rojo, porque me decía que cuando era niño me gustaba mucho. A mis veinte años, sin embargo, me parecía algo exagerado pensar que no hubiese cambiado mis gustos alimenticios después de tantos años, pero de cierta manera, era agradable saber que había siempre una olla enorme de arroz rojo con plátano para comer los fines de semana. Esto, a pesar de que nunca pasaba los fines de semana en casa de mis tías, si no con el Marcial, y yo siendo tan hijo de la chingada, por lo que terminaba comiendo arroz hasta el martes, si todo se daba bien. Sin embargo, siempre había algo disponible para comer. Mi abuela Leticia lo preparaba muy sencillo: Ponía dos tazas de arroz en una cazuela con dos o tres cucharadas de aceite de maíz o de girasol³²¹ con uno o dos dientes de ajo, dependiendo del gusto del día; ponía media cebolla blanca picada en *brunoise*, y calentaba la olla con capacidad de entre 3 y 5 litros a fuego medio. Si la llama es muy alta, se puede quemar el ajo y no va a tener el mismo sabor; Es mejor empezar con el fuego más bajo que alto, y modular a partir de los resultados obtenidos. Recomendando, en general, dejar que se doren la cebolla y el ajo hasta el punto que empiezan a ser fragantes, y en este momento, se puede agregar el arroz. No es necesario lavarlo previamente, dado que no he notado que haya específicamente un efecto nocivo o positivo con la fécula adicional, sobre todo al momento de

³²¹Si usted se siente particularmente *finæ*, puede utilizar aceite de oliva.

freír el arroz; Esto además le dará una textura un poco más firme a los granos. Después de unos minutos, hay que agregar 250 mL de salsa de tomate, que puede ser hecha con tomates frescos o simplemente de tomates en lata pasados por una licuadora, con un poco de oregano, al gusto. Se agrega el mismo volumen de agua y se vierte en la olla sobre el arroz, adornando con sal y pimienta, al gusto.³²² Se baja el fuego al calor más bajo posible, y ahí se deja entre 15 y veinte minutos. Preferentemente, no hay que dar vuelta al arroz para que no se dañen los granos. Después tengo que agregar agua si los granos no están cocidos, se puede probar especialmente aquellos granos que queden más cerca de la superficie. Si todavía no están cocidos, i.e. no se pueden masticar fácilmente, se agrega agua hasta que se cubra el arroz. Este método es un poco estocástico porque realmente la cantidad de líquido solo tiene que ser $\frac{3}{2}$ de la cantidad de arroz en tazas agregadas, quedando a fin de cuentas el arroz sumergido con al menos un dedo de agua sobre la superficie del arroz. Se le puede poner una hoja de laurel, si hay por ahí regadas en la alacena.

Así aprendí a hacer arroz, a la mexicana por mi abuela, y a lo japonés por mi tío Pepe vía Hiroshi, el señor japonés misterioso dueño de varios negocios.

Preparé algunas cebollas desflemadas con limón para darle el toque agrio, y algunas semillas de ajonjolí³²³ para adornar el plato.

~~Algunos días~~ llegó a eso de las ocho de la noche, así que al cuarto de la hora, ya tenía todo listo. Llegó a mi casa, y dejó sus cosas en la cocina. Le expliqué cómo funcionaba la comida, de dónde venía, qué era. Todo lo que ya describí, **excepto la parte del arroz de mi abuela**

³²²El “gusto” se puede ir modulando ya que esté cocido el arroz, pero preferentemente no hay que dejarlo muy salado, para que contraste un poco sí, por ejemplo, se tiene como guarnición de un plato más salado

³²³Sésamo para Uruguay, Paraguay, Argentina y Chile.

Leticia, eso es información clasificada, así hablamos, y hablamos, pero ella no me dijo nada de la comida. Le dije que estaba con lo de la tesis, y lo de siempre³²⁴, pero no me dijo nada de la comida. La porción era pequeña, al no saber si le gustaría o no. Me quedé un poco latente, pero estable. ¿No quiero pensar que esto fue demasiado para una primera cita?. Terminamos de comer y pasamos a mi alcoba para ver una película. “Para ver una película”, viejo eufemismo para culear, ya sé, pero sí puse una película. No recuerdo qué película puse. Vimos la película sentados en el viejo sofá azul que moví al cuarto, porque no quería hacer la situación demasiado obvia. Terminando la película, ~~Aglandplessan~~ a eso de las nueve y minutos, se movió un poco para recostarse, y yo me abalancé a darle un beso. Nos besamos un rato, y nos desnudamos. Creo que no había sentido a una mujer más suave en mi existencia entera. La besé por todos lados, pero... pero ella no hacía *nada*. No hacía un ruido. Todo quedo. Todo demasiado quedo. El silencio me incomodaba bastante, ¿Ni un pujido, ni un *aaaa*? No sabía si todo estaba bien, o mal, o si todo estaba bien, o mal, porque ella estaba callada. Queda. Todo en silencio. Seguí un poco y me esforcé un poco en gemir algo, unos pujiditos de hombre de esos para que no se escuche de fondo el refrigerador encendiendo el compresor, pero ella... callada. Queda. Muda. Estuve unos minutos ahí intentando darle cariño, pero la falta de retroalimentación me estaba poniendo sumamente nerviosa, así que en unos quince minutos de pujar y hacer barullo, me rendí, dije “*oof very nice*”, y ella se puso las bombachas, y yo me puse unos calzones, y se quedó acostada en la cama. Intentamos dormir en silencio. Yo no pude pensar en otra cosa, pero me cansé a los minutos de estar pensando.

¿Dormir, cómo? Si todo salió mal. Todo era silencio. Ni siquiera un “*moo*” de “*No moomes, todo estuvo mal, Qrlandq*

³²⁴ ¿Momento, cual tesis? ¿Qué está pasando?

Tqrrres, haz algo distinto". Nada. Zilch. *Null*. Me preocupó un poco, porque sentía que algo hice mal, pero ella ya estaba respirando hondo para el momento en el que pensé en preguntar algo, a eso de las dos de la mañana. Me quedé pensando.

Desperté y ella ya estaba preparándose para irse. "¿You are leaving for holidays on Monday right?", "*Yeah, Monday*", todo muy seco. Le dije que espero que le fuera bien, que muy divertido todo, y que las vacaciones en la playa son bonitas. Le dije: "¿We meet again when you come back?".

"Sure, we see when I come back."

Y se fue. Las cosas cambiaron

y todo se fue a la mierda misma desde ese momento.

Y yo honestamente no sabía por qué.

Stumm halten.

A partir de ese momento, las cosas empezaron a deteriorarse repentinamente con ~~Alejandro~~. El derrumbe fue lento, inocuo, casi nulo, al menos para mí personalmente, porque de repente ella me dejó de contestar los mensajes de texto que le enviaba cada tanto.

Por un lado, comprensible. Si no se echó así, de menos un gemidito de cortesía, un *uf pape que rekooo*, creo que debió de haberla pasado bastante mal, y está bien que me esté ignorando activamente. Estaba un poco confundida, pero también creo en la redención y en el perdón, y supuse que podríamos volver a intentarlo en el futuro, cuando ella volviera de sus vacaciones. Al día siguiente, le envié un mensaje:

what's up

Pero pues *not much*, me dijo ella. Not much at all, I guess, because there was no response coming at all from her. Por un lado, estaba bastante afectada porque las cosas no salieron como había planeado, habiendo salido mal la culiasanga preterprimicia. Salvo el pollo con mole que quedó muy bueno, ~~Alejandro~~ estaba sumamente distante. No me contestaba ningún mensaje de texto. O bueno, hablando con honestidad, me contestó uno.

Nice, a lot of sun here



Fuera de eso, intenté volver a mi vida normal y no pensar

mucho al respecto... Pero no podía dejar de pensar en el tema. ¿Es por que lo hice todo mal? ¿Es porque dije algo? ¿Hice algo, tal vez?

Así estuve pensando y sobrepensando durante las dos semanas que no estuvo ~~Abandonados~~ en la ciudad, y debido a que no sabía que estaba pasando, estuve preguntando a las personas que podían saber algo al respecto, y debido a que no sabía exactamente a quién preguntarle, le pregunté a la única mujer alemana que conocía, Friederike, y a quien le tenía un poco de confianza, después de que me confesó que pensaba que soy un poco homoerótico para mi propio beneficio.

Hey I have a question

Is it normal if a woman (german) stops
texting after

you know

we watched netflix and chilled

Friederike me dijo que no, y que si había pasado algo para que no contestara, pero también me dijo: “Si te dijo que está de vacaciones muy probablemente está descansando y no quiere que la estés chingando”.

“Bueno, salvo que le di una muy mala culiada y que posiblemente no le gustó el mole con pollo y arroz, creo que tienes razón”. Dejé de pensar al respecto, al menos, en teoría, y solamente me azotaba abriendo y cerrando la aplicación de mensajería instantánea que utilizabamos para comunicarnos cada una o dos horas, dependiendo de que tan abandonada me sintiera en determinado momento.

Pasaron las semanas y yo lo que quería eran respuestas, pero me tomó

más o menos las dos semanas que estuvo de vacaciones para pensar menos en lo mal que había salido todo, pero cuando volvió, los primeros días de junio, ~~Agnadokissan~~ me dijo: “*Heey, we are going to do some kayaking with the guys, ¿want to come with?*” y una carita pendeja mía de 😊, porque claro. ¿Qué más podía decir o hacer? Honestamente, estaba desesperada por una respuesta, y con lo poco que me dio ~~Agnadokissan~~ en ese corto mensaje, me di por bien servida. La cita: El sábado, tres de junio, a las siete de la madrugada en la parte trasera de la estación central de trenes de Karlsruhe donde nos recogería Claudia, una amiga de ~~Agnadokissan~~ que tenía automóvil. El día anterior, antes de irme de borracha sin dirección, hice una pequeña ensalada de atún, con tomate, cebolla, y dos manzanas picadas en cuadros, y un aderezo de mayonesa y dos chiles jalapeños que tenía en el refrigerador, que no agregué directamente a la ensalada, porque sabía que podía haber necesidad de compartir la comida con otras personas. Compré una bebida energética que puse en el refrigerador para enfriarla, y me aventuré a las calles de la ciudad para ponérmelas en mal estado. Debía haber estado bebiendo hasta las dos o tres de la mañana, porque solo dormí unas tres horas, así que desperté como si me hubiera atropellado un camión de volteo y me hubiera pasado por encima de la cabeza. Llegué a estacionar mi bicicleta a dejar la bicicleta encadenada, donde la dejé varias veces para irme a Freiburg, y encontré a Claudia en su viejo Golf verde estacionado justo en la entrada de la estación. Me subí y me dijo: “*You look pretty bad*”, “*Life is meaningless, I don’t understand why I do*”. Le dije, y se rió, y llegó ~~Agnadokissan~~, que me saludó desde el asiento trasero del auto. En el camino, venía dubitativo, y solo contestaba monosilábicamente cuando era necesario. Debimos manejar unos cuarenta y cinco minutos, no estaba poniendo mucha atención. Noté que llegamos a una parte donde había anuncios en francés, por lo que supongo que estábamos en la región de Alsacia, cerca de alguna cuenca del río Rin, y (*Life is alright on the Rhine, pensaba*). Llegamos al lugar de estacionamiento, y preparé las cosas que me

dijeron que trajera: Un cambio de ropa, comida para llevar, y dejar todas las cosas que no fuera a necesitar en el automóvil. Me dijeron que si no tenía una bolsa plástica, en caso de que hubiera una crecida del río o que hubiera un accidente y termináramos con las canoas panza arriba, podía dañar mi teléfono móvil irremediablemente. Opté por dejarlo, para evitarme problemas con destruir mi teléfono portátil, así como mis llaves y calzones limpios³²⁵, y me dirigí con el grupo. El convoy sería dirigido por un hombre alemán agradable y efusivo con un acento profundo, hablando a setecientas millas por hora y con un léxico florido y variado que era difícil de seguir para una persona hablante no-nativa. El individuo, en algún punto, debió tener un sexto sentido que le hizo saber que, de todo el grupo, la persona más pendeja era yo, porque se dirigía constantemente hacia mí, para decirme las instrucciones de manejo de la canoa. Entendí poco, pero todo mundo se reía bastante, así que yo sonreía. El tipo me señalaba, y algo digo de *retten*, salvar, ¿Pero salvar a quién? Después le pregunté a Claudia si había algo que tenía que saber en específico sobre las instrucciones que dijo, y me dijo que no. Al menos, nada que pudiera hacer si no había entendido el resto de lo que dijo el individuo cómico. “*He says you have to be careful, in case it starts raining, the current can get quite strong, so we should be careful, but it looks good today*”. Esto, mientras algunas gotas de rocío empezaban a caer lentamente. Mi preocupación incrementaba estrepitosamente, mientras me ponía un chaleco salvavidas, y al fondo, se decidía quién iría con quién. Yo planeaba ir con Aayan, pero aparentemente, ese no era su plan. porque ella había subídose a una canoa con Ahmed. ¿Quién es Ahmed? Excelente pregunta. El era un muchacho egipcio que también hablaba mayoritariamente inglés, y era de cierta manera mi única conexión con el grupo cuando estaba con este grupo (además de Aayan, pero el no estaba tan seguido presente en el grupo). A mi mandaron a una canoa con Guilherme, un brasileño muy

³²⁵Siempre hay que llevar calzoncillos extras, por si me cago, hube dicho en repetidas ocasiones.

agradable, muy sonrión y activo y cómico, y por qué no, un buen acompañante de canoa, sin embargo, en ese momento me tenía harta a la verga. ¿Por qué? Bueno, por razones ajenas a su capacidad como ser humano. Simplemente, porque era un bloque más entre poder platicar con ~~Alejandro~~ ^{Armando}, que para este momento ya habían pasado dos semanas desde los acontecimientos sucedidos hacía dos semanas, por lo que lo único que quería era hablar. Hablar alguna tontera, o de lo que pasó. Quería salvajemente saber qué había pasado... Pero no, Orlando, qué mamadas pendejas dices, lo que deberías de hacer es dejar los dramas pendejos y disfrutar de este momento, del agua flotando, de la música y de los chistes, ya habrá algún otro punto en el que puedas hablar al respecto. Subimos a las canoas y empezamos a remar. El remado era sencillo, solo había que evitar estancarse con la enramada del río y evitar los líquenes para evitar estancarse.

Remar se convirtió en un ritmo entre las aguas quedas de la vertiente, y no hubo más lluvia salvo el chispiteo relajado de la mañana. Izquierda, derecha. Izquierda, derecha. Líquenes. Derecha. Derecha. Ramas. Izquierda. Todo adornado con el flujo tranquilo del agua y algunas risas aquí y allá, y algunos gritos entre las canoas presentes en el agua esa tranquila mañana de sábado. Remar, izquierda, derecha, todo en un silencio hermoso, salvo los pájaros aquí y allá. Un trance espeluznante que no podía definir más allá de las repeticiones mecánicas para poder salir lo más pronto posible de ese lugar. Izquierda, derecha, izquierda.

Así estuvimos unas dos horas, hasta que llegamos a una pequeña playa donde podíamos parar a hacer una pausa técnica para beber algo, comer

en el pasto, y platicar.

“*¿All good? You seem strange*”.

– Me dijo ~~Agnadópolis~~. “*Yeah, all good*”, le dije, con mi sonrisa de comemierda a pesar de que, por dentro, estaba completamente deshecho. **¿Nada, no vamos a hablar nada?**, pensaba, mientras me preguntaba alguna de las personas que nos acompañaba que qué comía. “Tuna salada”. “*¿And that chilli there?*”, “Jalapeño, very spicy, I would avoid eating it if I were you”. “*Nonsense, I want to try it*”. Esta persona comió el chile, y comprobó que estaba picante. Yo fui luego a descomer un poco, porque habíamos estado fuera de casa desde hace varias horas, y tardé unos cuatro minutos. Más que una orinada, pero definitivamente no el tiempo excesivo de una caca prominente. Al salir de los sanitarios improvisados, regresé al grupo y esta persona me dijo: “*I hope everything came out right*”, y todo mundo rió. Tenía ganas de decirle que se fuera a la verga con todo y su puta madre en cunclillas, pero francamente, estaba bastante cansada y mejor me comí un poco de mierda y no dije nada. Unos minutos después, volvimos a las canoas y estuvimos de nuevo en el agua por lo menos una hora y media más. Izquierda, derecha. Ramas, árboles. Izquierda, izquierda. Remar para que todo esto termine.

Izquierda.

Llegamos al final del trayecto y regresamos las canoas y los chalecos salvavidas, y como no hubo mayores accidentes, fue una tontera no haberme llevado el teléfono móvil, puesto que no tengo una sola fotografía de ese día, así que tuve que recurrir a fotografías que me enviaron póstumamente, que también perdí en el intercambio informático anual. Llegamos a un restaurante de *Flammkuchen*, una especie de pizza francesa con crema, cebolla y tocino, que acompañamos con una cerveza fría. Yo **estaba callada, queda**. No participé mucho en la plática, y tampoco hablé con ~~Agnadópolis~~, que estaba sentada junto a Guilherme, que le estaba platicando y tocándola mucho,

mientras ella reía. “Maldita sea, lo sabía, me cambiaron como la vil puta pendeja que soy, y ya no sirvo para nada, qué putas mamadas pendejas, mejor me hubiera quedado en mi apartamento en lugar de estar aquí”. Me decía, con el estómago revuelto. Comí uno o dos pedazos de *Flammkuchen*, y estuve callada, escuchando lo que decía todo mundo. “Deberíamos salir en la noche, ¿Qué tal si vamos al *Jam Session* de *Stadtmitte* later?” sugirió ~~Agnatoliesan~~. Dije que sí, que fuéramos. Honestamente, no quería hacerlo. Lo que quería era estancarme en mi apartamento y escuchar mil veces *Forget Her* de Jeff Buckley, hasta que me reventaran los tímpanos. Pero no. Tenía que ir. Tenía que cerrar las cosas de una buena vez.

En *Stadtmitte* hube escuchado que había una *Jam Session* cada mes, y como supuestamente sé tocar música, pensé en unirme cuando hubiere una oportunidad. Me subí a “tocar bajo” con una banda de rock que estaba en el escenario, conformada por tipos todos muy profesionales y que sabían qué estaban haciendo, mientras el pianista señalaba cual era la clave en la que estaban tocando, mientras yo la cagaba monumentalmente a cada segundo. No me importó mucho, la pasé bien. Cuando bajé del escenario, me acerqué a ~~Agnatoliesan~~ y le dije: “*¿Can we talk for a minute?*”, y nos acercamos a la entrada del lugar, donde le dije: “*Maybe we should not go out again, I think I like you too much and you are not that interested, so maybe things are not going as I thought*”. Atónita, me dijo: “*Sure, if that’s what you want, it’s OK*”.

Y ya no supimos nada el uno del otro, mientras me alejaba de ese lugar extraño en mi bicicleta, para hundirme en la miseria escuchando *Forget Her* en repetición infinita por algunas horas hasta que se me pasara el drama.

Don't fool yourself,
She was heartache from the moment that you met her.
My heart feels so still
As I try to find the will to forget her, somehow.
Oh I think I've forgotten her now.

No te hagas pendejo³²⁶,
Ella era angustia, desde el momento que la conociste.
Mi corazón se siente quieto
Mientras intento encontrar la voluntad de olvidarla de
algún modo
Oh, creo que la he olvidado ahora.

Si todo fuera tan fácil, Jeff. Si todo fuera tan fácil, no
estaría escuchándote cada vez que me pasa esta misma mamada
pendeja. En 2012, intenté comprar este disco en vinil
cuando visité a otra ~~Amiguita~~ en Los Ángeles, California.
Cuando me fue a dejar al aeropuerto, olvidé la bolsa en la
parte trasera de su viejo Camry, y le dije que me guardara
esa bolsa con discos para la próxima vez que nos vieramos.
Han pasado 5 años, y no nos hemos visto desde entonces.

¿Me pregunto cómo estará?

Epílogo

De ~~Agnadolisaa~~ ya no quise saber nada. Se apareció con Claudia para mi cumpleaños 30, el importante, para mucha gente, y yo estaba celebrando en AKK cuando apareció con un pastel que había hecho Claudia. Porque soy un grosero mierdero, el pastel que habían preparado “lo tiré accidentalmente” porque estaba borracho³²⁷, y las muchachas se fueron a los minutos de haber llegado a felicitarme porque no les estaba prestando atención. A ~~Agnadolisaa~~ ni siquiera la saludé. Con Claudia hablé unos segundos, y un poco le estuve consultando qué era lo que sentía ~~Agnadolisaa~~ o qué era lo que tenía en mente, o qué era lo que pasaba, y por qué razón estaba hosca, merodeante. “*Maybe you should talk to her, ask her what she thinks, ¿No? Maybe you need to talk a litthe bit, becuase maybe you are not talking about what you are feeling*”. Ahí le dije que lo pensaría, dándole un abrazo de despedida y desapareciendo en el éter de las cosas que pensé que nunca pasaron en realidad. Seguí pisteanando y me dolió la cabeza al día siguiente. Me tomé un ibuprofeno y creo que se me olvidó que ya tenía 30.



Claudia tenía razón. Lo que me pasó fue que estaba empedernidamente ignorando a ~~Agnadolisaa~~ desde que nos conocimos, y me enculé como perro pendejo cuando me dejó culiarle, a pesar de que fue un espurio porque le parecía atractiva en algún momento, pero todo salió mal, se sacó la espina, y ya estuvo. Y eso es válido, también. Eso fue, una tontera porque creo que no entendía bien cómo funcionan las relaciones interpersonales ~~en Alemania~~ en general, compadre, en general: No le gustó la culiadilla amigable, y lo que pasó fue que ella pensó: “*thank you, next*”, pero yo me

³²⁷ Andaba de cabrón, más bien, y lo tiré a propósito. Por culera.

aferré, como me hube aferrado antes, en tantas relaciones que no funcionaron. Ya me habían dicho que para las alemanas, lo más importante siempre era tener una relación sexual saludable, y rica, y a partir de ahí podían decidir si la relación seguiría a algo más serio. Como todo salió mal y la fornicada salió mal, pues dijo: "*Mamieren Sie nicht, Herr Tqrres, das was so unangenehm*, para esto estuve persiguiendo a este culo verguero", y me dejó ir porque pensó que habíamos entendido mutuamente que las cosas no se dieron, pero yo estaba enamorada de ella, mas ella no sentía lo mismo, pero pensó "Bueno pero este cabrón es chistosaa, de menos quedármele de amistad". Lamentablemente, eso no se podía porque yo estaba heridaa, pero no porque ella haya hecho algo mal. Ahí, admitiéndolo, consideraré que el error fue el enculamiento por bagaje cultural. Lo que tenía era empanochamiento crónico, como dice mi gente en Los Mochis, y nada más. Una de esas panocherías pendejas que no dan a entender que, a veces, está bien no estar enamoradaa. Pero yo qué iba a saber eso si a mis treinta años nunca me habían pasado estas cosas. ¿Por qué apenas aprendo estas cosas?

Con Claudia seguí hablando como mi confidente de corazón a corazón pero ella se mudó al poco tiempo a Colonia, así que dejamos de hablar tan seguido. Hubo un poco de tensión en los distintos grupos en los que coincidíamos ~~Aguadulces~~ y yo, porque era sabido que yo le tenía tirria a ~~Aguadulces~~ por lo sucedido, así como las veces que iba yo a hacer compras al centro y una vez, la vi saliendo de una tienda de electrodomésticos con un hombre alto y fuerte. El corazón se me hundió un poco y dije: "Bueno, ni modo, campeón, a veces se pierde, a veces se gana". Y cada vez que nos encontrábamos en estos grupos en común, yo establecía una distancia muy grande entre ella y yo. Parecía más un conflicto de secundaria que dos personas en sus treintas con diferencias creativas de copulación. Eso se gana uno por no haber experimentado

más chingaderas de esas cuando joven.

Las cosas terminaron, por fin, una noche unos meses después, en septiembre, un viernes en la noche bastante atípico en el que me quedé en casa absorto en mis pensamientos, con la mano en la riata y algunas cervezas frías en el frigorífico. Alejandro me mandó un mensaje, empezando con un

heeeeeeeeeeeeeey

Demasiadas e para un viernes a la medianoche – recolecté. Contesté la puerta y entró estrepitosamente. Me dijo que estaba muy triste, y que necesitaba hablar. Estuvimos pegados en el teléfono hablando unos cuarenta y cinco minutos, sobre cómo estábamos, ahora después de haber pasado tiempo separados. Me dijo del trabajo, y le dije del mío que tenía desde junio. Le dije de mis primeros viajes, y ella se tumbaba entre sus palabras, evidentemente de una crucial pistaada que la dejó vulnerable, cual pájaro herido por un balazo.

“Hey, I just wanted to say, like, I know that you were kind of into me, and [Fumando profusamente] you know, I played with your feelings. But this guy [Fumando amateurfusamente] I really liked him and like, he was so mean. Now I know how you feel like [sollozos] and I am sorry, ¿You know? and I am just here in my balcony, and I smoked so much, I had like, five cigarettes, and I drank so much wine”.

En este momento, lo que una persona sensata sería colgar y dejar las cosas en paz. No Orlando. No, puta madre, jamás haría algo semejante. mi capacidad de empatía sobrellevó el odio que le tenía a Alejandro en este momento, porque no solo me estaba confirmando que ella sabía cómo me sentía, sino que además me quiso usar de paño de lágrimas en su momento más bajo, y por encima de eso me viene a decir "no sí

todo bien, bli bli, bla bla", o como dicen los alemanes, "mi mi mi". Pues así, estuve en modo terapia, permitiéndole a esta hija de la chingada algunos minutos diciéndole que todo estaría bien, y que no se preocupara, que eso se olvida, con el tiempo. Ella dejó de contestar después de un tiempo, y le dije: "You are tired, I think, maybe let's have a chat tomorrow", "*Yes, sure, thanks, talk to you tomorrow*", - me dijo, y colgó. Le mandé un mensaje para corroborar que había apagado el teléfono y que no estaba en línea, y en este momento, le escribí:

I know that you will read this in the morning when you feel a bit less worse, but still, it's pretty bold of you to either use me as a tear blanket or to pity me for whatever I had with you.

In any case, please don't do it anymore. It is not good, for me, and we don't make good friends. If I see you I still want to kiss you and touch you, but I know that won't happen again so just let it rest in peace. If you see me just don't talk to me, please. I will never not talk to you, I am not an asshole, and I feel used when you talk to me because you feel bad.

I hope you understand.

Suelto el teléfono como si estuviera incendiado por esos versos de emancipación tan vergas que me acabo de sacar de la lengua, todo por mi cuenta, me chupo los dedos como si hubiera escrito con alas picantes

del chiltepinos, y tras unos minutos de gratulación masturbatoria apagada, tomo el teléfono de la mesa de noche, bloqueo a ~~Agua dulce~~ todas las redes sociales conocidas y existentes, bloqueo su número telefónico, y borro el número, y como arte de magia, todas contentas y felices, pues ya nunca volví a saber de ella.

Postlogo

Uno o dos años después la vi en bicicleta en sentido contrario al que yo iba, y me saludó, pero yo no la saludé, porque todavía le tenía un verguero de tirria, porque pensaba que era una perra maldita hija de la chingada que jugó con mis sentimientos, pero que supongo, ella no me tenía tirria, porque ella es una persona que no lleva una lista larga y dolorosa de todas las personas que le amarraron una jara en su historia y les hubo puesto en una lista de enemigos que nunca termina. En retrospectiva, creo que ese juicio de valor estaba bastante equivocada. Ella no tenía la culpa de solo querer una culea- dita amigable, y haberse enrollado con un vieja miserable que quería equiparar una relación con una culeadita amistosa. Lo vieja tirrientea, sin embargo, no ha terminado. La miso- ginia, más ante bajo cabe con contra de deste en entre hacia hasta para por según sin so sobre tras³²⁸, se ha visto dismi- nuida, pero las canción de la escuela primaria suena raro con las nuevas preposiciones, ergo se quitaron a la verga.

En paralelo, conseguí trabajo y latinoamérica se hizo presente.

Chale, a la verga.

Bueno, ahora sí empieza todo en español.

³²⁸A la verga le añadieron mediante, versus y via, están vergas las nuevas preposiciones.

10 mentiras

marzo de 2018^{1, 2}

mentiras...

me ~~fascinan~~ las mentiras.

En un (fallido) intento de hacer mi historia más relacionable cambié la razón de emigración a Alemania hace dos o tres años. Primero pensé en hacer la historia sobre un pobre muchacho que fue a trabajar a Alemania, a pesar de nunca haber visto Guten Tag, Ramón. Pero eso hacía la historia un poco difícil de creer. ¿Que hacía todo el día? ¿Porque no hablé sobre lo que trabajaba? ¿Por qué tenía tanto tiempo libre? Encontré poco relacionable el hecho que mi principal motivo de migración era la obtención de un grado académico avanzado, con miras a quedarme indefinidamente en Alemania.

¿Pero, por qué? -- resuena la pregunta, a la distancia, entre murmullos implicando que estoy diciendo puras mamadas pendejas. Me parece una razón simple y acertada: Nunca estuve en comodidad viviendo en México. En Mochis. En Guadalajara. Sentía constante disforia, aunque no sabía qué era eso, y sentía como que todo me quedaba mal, que estaba constantemente con una plaga de incomodidad por existir, que hablaba, y me escuchaban, mas no me oían. Me parecía que todo estaba fuera de su lugar, constantemente, y que el tiempo pasaba en reversa, inadecuado al tiempo que veía en el reloj, asechando el día siguiente en el que forzosamente tenía que dormir. La disforia me causaba problemas, porque tenía que ser constantemente víctima de abusos verbales, que nunca entendía, no sabía por qué le molestaba específicamente mi existencia a otras personas. A los 4, mi primer memoria consciente, a los 10, a los 14, a los 18. Constantemente peleando, a la verga. Mi padre, dios me lo bendiga, a veces consideraba que la mejor defensa era la ofensa, y habiendo crecido en los setentas, esas mamadas del diálogo y la violencia psicológica no eran consideradas una apropiada manera de responder a una agresión verbal. Luego entonces, me tomó algo de tiempo utilizar la agresión psicosocial como una herramienta de atormentamiento del adversario, apenas aprendiéndolo en la cuna

de la agresión verbal pasiva-agresiva:
Alemania.

Nada de esto sabía yo en ese entonces. Sabía de la terrible fama que tenían las personas alemanas, de ser frías y sensatas, por demás directas e infranqueables. De esto yo no sabía nada, solamente lo dulce que fue Olga al decirme que venía de Karlsruhe, y Julie, una estudiante de intercambio alemana que vivió en Los Mochis, en 2005, pero no era de mi grupo social cercano, luego entonces, nunca convivimos. No, nada de eso sabía yo, en ese entonces.

La realidad histórica y social resultó mucho más apabullante. Las personas alemanas me parecieron hoscas, algo torpes en la relación personable, pero extrañamente cuidadosas del otro siempre que este fuere de sus mismos rasgos fenotípicos teutónicos, mientras que el de aspecto de tez morena, por acabarla de chingar más pronto, podría recibir más bien un regaño por parte de una anciana decrepita que hablará más fuerte, más rápido, haciendo caras como retorciéndosele los demonios internos por no poder decir lo que en realidad opina sobre esa gente; siendo una anciana decrepita que no tiene otra cosa que hacer mas estar chingando al pueblo bueno. No, nada de eso. Varios gritos me llevé por no hablar alemán. Pocas veces por personas extrañas en la calle. Eran las interacciones cercanas las que me pesaron en retrospectiva.

A veces me culpo por no haber dicho nada. ¿Pero qué diría si no puedo hablar alemán? Muchas veces solamente me disculpaba, me quedaba con esa tirria quemándome el hocico el resto del día, y en la noche no podría dormir. Al día siguiente me pasare por la coronilla, y dejábase el pensamiento en pausa hasta la próxima vez que tendré que hacer la interacción ocurrir. Para Junio, muchos problemas se desvanecieron, porque obtuve un trabajo, y mi función en la edad adulta se cumpliría inmediatamente. El trabajo me quitó las inseguridades financieras, y por fin pude dedicarme a lo que más me gusta: Escribir mentiras y creérmelas todas.

Mas pero por sin embargo, aquí no acaban las mentiras. Aquí, solamente, salgo del armario y por fin grito, a los cien vientos, que soy un inmigrante económico, y que lo único que quiero en esta vida es respeto, atención, una mujer culona que sea muy peleonera pero que no se agüite cuando los vergasos de la vida vienen duros, y luchar contra las condiciones socioeconómicas adversas.

Palabra del señor.

Todos: Gloria a ti, señor Jesús.

(Todos sentados).

11 Capítulo XIV: Sol

(solito)

Nunca entenderé la obsesión del europeo del norte con el sol.

Entiendo, al menos simbólicamente, el miedo a ser un flaco raquíitico y que los huesos son tan débiles porque no hay suficientes minerales reglados por la vitamina D. Encuentro fascinante el proceso de la formación de esta: El sol produce un amplio rango de ondas electromagnéticas, pero hay ciertos rayos solares, en específico los de alta energía o también conocidos como ultravioletas, en algunos distintos sabores. Interesantemente, en regiones nortenas (Norte muy al norte, no el Norte como Los Mochis, Hermosillo, o Dios Guarde, Monterrey o Reynosa) la luz solar no contiene ciertos componentes de radiación electromagnética ultravioleta, en específico, del tipo UVB, que producen las quemaduras horribles que quelen después de pasar varias horas en la playa, preferentemente al sur de la latitud 45° entre los meses de Marzo y Septiembre, escuchando las olas pasar lentamente por los pies, se encuentra en el rango de los 280 a los 320nm, y son el único tipo de rayos que inicial la síntesis de la vitamina, que puede ser un precursor de un ergosterol (que sirve las funciones en plantas el colesterol). Estos esteroides tienen que

absorbe un cierto fotón de las energías anteriormente explicadas, que absorbe esta energía y for No, momento, aparentemente hay varios tipos y todos son distintos. Bueno, en fin.

Odio el sol. Odio el sol como un concepto.

Odio el sol cuando son las cinco y recién llego a la pieza y está haciendo calor. Se quita de a poco abriendo la ventana, a veces. Pocas veces, no se quita ni con un abanico potente.

Odio el sol cuando estoy trabajando y me dicen "¿Darf ich das Fenster kurz aufmachen?" y que me pegue en la puta cara el sol, a la verga.

Me gusta cuando todo está oscuro, en otoño, y se viene lo peor para todos, menos para mi.

venganza

Cada vez que escucho a un pinche gringo decir:

¡You motherfucking wetback motherfuckers! ¡Go back to your shithul country! Go make it great again, don't come here to have ugly kids and mess up our neighborhoods, the countrz is full! The countrz is FULL!

Antes, decía: "Tal vez tienen razón, tal vez no tenemos espacio". Con el tiempo, el cinismo de vivir tanto tiempo y de entender como funcionan los sistemas de opresión verticales, me di cuenta que no le debo nada a nadie, menos a todo un país, menos si consideramos la responsabilidad personal como la falacia pendeja que implica que le debemos algo a la tierra donde nacimos.

Nada, viejo, no le debemos nada a nadie. Ni a las figuras maternas y paternas. Estamos para movernos hacia adelante, y que nos den dieciocho años de apoyo (ponle que 30) [ponle que 50] y hay que DEJAR EL NIDO. "La deuda que tienes con tu país" -- bah, patrañas. Yo no le debo nada a ningún país, y ningún país me debe absolutamente nada.

16 Madrugada

A veces es de madrugada y recuerdo todas las cosas.

A veces, despierto en la madrugada, y estoy teniendo sueños sobre las vidas pasadas que nunca tuve: Gente que abusó emocionalmente de mi persona, tal vez nunca realmente, o solamente asociadas con otros abusos de la escuela secundaria o preparatoria, que aparecen, exactamente como eran hace diez o quince o dieciocho o veinte años, y tienen exactamente las mismas formas de abuso. Las máscaras, exactamente igual que como las dejé en la memoria: Ni siquiera caras adultas.

El pinino, un muchacho cordial y pequeño, se me ha aparecido en la madrugada. Y no dice nada, o dice cosas que ya me valen verga, porque se quedaron en el pasado y ya esas cosas no tienen sentido: Pinche panzón, pinche pendejo nerdo, pinche caguama embarazada, jajaja.

Intento defenderme, y las cosas se ponen peor. Por supuesto que se ponen mucho peor.

El terror aparece cuando los viejos monstruos se pegan con los nuevos y me da miedo que sepan que vivo aquí, tan lejos. Empiezan a discutir conmigo, ya sombras, no

personas, y se escuchan gritos afuera de la puerta del vecino (mi vecino es una podiatra que ni siquiera está de noche. Salen, tal vez, la vecina de arriba, una señora gorda que apenas puede caminar y respirar, o la familia que vive dos apartamentos arriba. No lo sé. Aterrado, me escondo para que no sepan que soy el pendejo gritando en español afuera de su puerta (¿Quién será, orlando? ¿Quién será?

Se escuchan gritos de lejos, y me asomo a la puerta. Valió verga, general: Se metieron arriba y se robaron las cosas de los vecinos.

Ahora, todo será mi culpa. ¿Por qué desperté a la bestia?

Me quedo atónito, ahí, esperando a ver qué pasa. Ahora, todo es mi culpa.

Todo el edificio perdió sus cosas, y todo, mi culpa.

El terror.

El terror de convertirme en

negro

Vaya, que no soy *sehr geehrter Herr Müller, eins komma achtzig meter hoch, blaue Augen, blonde Haare*. No, no, nada de eso. Las veces que hube viajado fuera de México, tenía cada tanto episodios de locales preguntándome *cosas*, que no entendía, por obvias razones, pero que me causaba tremenda duda. Turcos, helénicos, saudíes, todos siempre haciéndome una carita de que debería entender, pero nunca pude. Estando en Malasia, los hombres locales me tomaban muchas fotos, y me decían: “¡*Chicharito! Chicharito!*”, de cuando Javier Hernández Balcázar todavía jugaba en el Manchester y metía goles de vez en cuando. Yummila, la masajista amateur de la playa de la isla de Margarita en Venezuela me dijo que tengo nariz de negro, y se rió mucho al respecto. Cuando me han confrontado respecto a mi nacionalidad de origen, se me ha dicho que *aber du bist der mexikaner, ¿Oder? wegen der Schnurrbart*. Y pues sí, nunca tuve el bigote muy prominente, nada de *Schnauzbart*, era más como un *Menjou-Bärtchen* pero más verguado.

El anciano, asumo, en el estupor provocado por *Heartaches*, de Al Bowlly, sonando de fondo, mientras reminisando los tiempos buenos.

El tranvía pasa lento por su lado. Tres niños, rubios y descoloridos, revestidos de pecas que le recuerdan a tiempos de los que ya no escriben en los diarios, le sonríen al paso, y le saludan ¡*Guten Tag, sehr geehrter Herr Herr Herr Herr Herr*! y les entrega cuatro marcos, uno a cada uno, mientras le sonríen de tercer molar a tercer molar

El anciano se mira en el espejo, y las canas le desaparecen, aguilas imperiales sobrevolando el cielo azul claro, como los ojos de las hermosas, rubias, altas damas platicando sobre muchachos guapos, riendo modestas y sosteniendo un pequeño crucifijo, recordando su empeño al Señor. El anciano sonríe, y escucha de fondo la santa misa, mientras se eleva a los cielos, sus ojos transformándose en uno con el cielo azul

El ruido sobrelleva el ruido sobrelleva el ruido
sobrelleva el ruido sobrelleva
el ruido sobre

lleva el anciano en su mirar con un desprecio, un a^hco en sus ojos. Termino la llamada con Juan, “*Ta bueno mariskis, entonces al rato vemos con las pinches viejas esas*”. Dos mujeres vestidas de azul oscuro, con un حجاب *bor- deaux* se ríen, y concuerdan que *¡Aslı yapmış!*, y otras cosas ininteligibles que desbordan al anciano decrepito, escuchando ahora solo ruido en las calles. *Nie kann Deutsch reden in diesem Land!* Der Mann will jeden verprügeln. Aber kann er leider nicht. Er ist allein. Er ist alt, er ist müde. Das Geld reicht nicht am ende des Woches und er muss das Geld mit Pfand ergänzen. Die Jungs hab’n leider nicht angerufen, müssen beschäftigt werden. Arbeit, arbeit, immer arbeit. *Püh.* Das Geld reicht nicht mehr. Und was soll mit den frenden, keine freundliche Geschichte auf der Straße. *Püh.*

Me mira. *¿Was mit Ihnen?* – Me pregunta. No le entiendo ni vergas. El ruculiao me empieza a garabatiar en alemán, y yo que no entiendo ni chucha lo mando a la verga. Me rio, cambiando de tranvía para ir a pistear con los plebes.

Las cosas no fueron siempre así.

Me daba mucha vergüenza no hablar. Siempre hubo un dejo de violencia cuando tenía, por mala suerte, que interactuar con las personas nativas en el supermercado. Varias veces me regañaron las rucas del Edeka de Kronenplatz por no pesar la fruta que compraba. “*¡Sie müssen das wiegen! ¿Verstehen Sie noch? ¡Hallo!*”. Hallo. ¡Hallo! Nunca una bienvenida y agradable señal de amistad. No, no. Muy pocas veces representó ese *¡Hallo!* un honesto interés en promover un cariño al ajeno. Me tomó más de tres años poder contestar algunas cosas, y una vez en una calle a las afueras de München, después de cenar un kebab con demasiada salsa de yogurt, mientras un ciclista pasaba a toda velocidad por la banqueta. Le grité “*¡Hey! passt auf! ¡Hier ist kein Fahrradweg! ¡Hallo!*” –

¡HA-LLO!

y mi proceso de integración a Alemania se comenzaba a fraguar en este momento.

Porque si algo he entendido con el tiempo es que la cultura alemana, la cultura de calle, la cultura a la que se llega con suficiente tiempo, es que una parte importante de la integración al humor alemán es regañar al otro. Regañar. *Ausschimpfen, auszanken. Anbrüllen. Nörgeln.* Un arcoiris de definiciones para chingar gente. A veces no es necesario simplemente señalar un error. No, es importante describir, cuan florido sea posiblemente dada una pequeña interacción callejera, los problemas y potenciales problemas legales en los que la persona se puede meter por no seguir las reglas.

Las reglas. También uno aprende eso con el tiempo. El deseo del alemán por seguir las reglas solo aplica para otras personas. Cuando uno puede tirar basura, hacer cagadero, voltear un camión porque perdió el equipo de fútbol, ahí sí se puede, porque pobrecitos, el fútbol le es todo, a ese pobre individuo porque se chingó la rodilla en el 2004 y por eso ahora está lleno de negros el equipo nacional alemán.



Tengo un amigo, Rafael, que estimo mucho, pero siempre ha tenido un problema: Que es de tez muy oscura. Por ello, le dicen negro, despectivamente. Zizumbo Colunga y Flores Martínez, con el apoyo de la universidad de Vanderbilt y USAID, escribieron en 2017 un reporte llamado **¿Es México un país post-racial: La desigualdad y el tono de piel en las américas**. En el estudio, usando los datos del barómetro de las américas entre 2016 y 2017, conducen un estudio sobre la percepción del color de piel y las condiciones socioeconómicas de las personas en México, aunque tomando datos referentes al resto de latinoamérica. Encontraron que hay una correlación entre el color de piel y el relativo éxito económico de las personas en latinoamérica, siendo las de piel más clara las más exitosas. Pero de eso yo no sé mucho, porque no sé mucho de métodos descriptivos en las ciencias sociales.

Lo que sí sé es que nunca me han gustado los apodos despectivos, porque el que me tocó durante mis tempranos años formativos, caguama embarazada, me

parecía innecesario. Luego entonces, intentaba no llamar a ninguna persona por sus apodos despectivos. Habría uno que otro pepino, un panchillo, el druks o lo que sea, pero los apodos como el cara de taza, el pelos de panchocha, el culo de perro. No, esos no me parecían tan apropiados. Leí alguna vez una macro de imagen que todos los grupos de amigos tienen uno que le dicen negro, al ser la persona de tez más oscura. Creo que eso quita algo de sensibilidad de lo difícil que es ser una persona negra en el mundo, bajo el velo del humor. Yo no sé nada al respecto, pero Desireé Bela-Lobedde publicó en 2018 *Ser mujer negra en España*, y a pesar de no entender mucho de la experiencia propia, traslado muchas de sus experiencias a mis amigos, los negros, y es casi como una copia de las experiencias que vivió Desireé, pero vistas por fuera, por fuerita. Como no queriendo la cosa.

Luego entonces, le llamo siempre por su nombre.



En 2020, hubo un levantamiento social en Estados Unidos de Norteamérica, por el sistemático y brutal maltrato de las personas negras y afroamericanas en el país por parte de la policía de la ciudad de Minneapolis, sobre George Floyd, un hombre negro que fue asesinado por cometer el error de haber nacido negro en los estados unidos de norteamérica. Antes de eso, no mucho antes, también Ahmaud Arbery, Breonna Taylor. Antes de eso, Tony McDade, Dion Johnson. Antes de eso, Tamir Rice, Trayvon Martin, Terrence Crutcher, Walter Scott, Sandra Bland, Samuel Dubose, Philando Castile, Eric Garner, Oscar Grant, Akira Ross, Jordan Neely, Darryl Ytree Williams, Tyre Nichols, Keenan Anderson. La lista, continúa³²⁹, aparentemente, infinitamente. Las cosas *siempre* fueron así, tal vez,

³²⁹<https://sayevery.name/> para conocer las historias individuales de las personas negras que han sido asesinadas por fuerzas armadas, civiles o razones desconocidas.

hasta peor. La violencia vertical siempre ha sucedido, y la opresión* nos presiona, cada vez más al fondo, y están siempre dos grupos: Las personas que tienen la bota en la pata, y que pisan parejo porque les incomoda el paso las otras, y las personas que estamos debajo de la bota. Hay personas, abajo de la bota, que piensan que por metérsela en el hocico, y decir que qué rico el sabor a bota, piensan que les va tocar que les pongan la bota en las patas. Hay otro grupo de personas que idolatran la bota, en un sueño de algún día tener esa bota en la bota y pisar a las otras personas. Lamentablemente *¿Alguna vez has pisado una cucaracha?*

¿Y esa cucaracha, cuando hace ese crujido y se retuerce, y parece que se está moviendo, pero solo es el efecto de la queratina que es un tanto elástica? A veces se nos olvida que hay gente que piensa que somos cucarachas.



En febrero del 2018, tiempo después, ni me acordaba, a la verga, que conocí a una morra. Una morra de la que tan poco me acordaba, porque debió ser de Tinder, o del Couchsurfing, a estas alturas del partido ya ni me acuerdo de tópicos selectos, particularmente de gente que no me ha hecho nada (malo). Pues nada, me invitó a una noche de comedia en el pub *Scruffy's*, cerca de Europaplatz. Esa noche participaba Dana Alexander, una comediente canadiense que yo no conocía. Había generado un pequeño gusto por la comedia *stand-up* en esos días.

La primera vez que incursioné en escuchar *Stand-up*, genero de comedia muy americano, fue cuando visité a ~~Ahmad Khan~~ en 2012.

No, *miento*. Cuando niño, tendría unos 12 años, en mayo de 1999, veía todos los martes *Otro Rollo*, conducido por Adal Ramones, y me daba mucha risa las barbaridades que decía el hombre. El monólogo, que más bien era en el formato de *Late Night*, era lo que yo consideraba *Stand-up*. Contemporáneamente conocía el espectáculo de "Estos son los comediantes" o algo así, pero aún en ese entonces se me hacía culero y no tan chistoso. Una vez,

mi tía Licha, que en ese entonces viajaba cada tanto a Guadalajara a comprar fayuca para su pequeña papelería donde vendía helados de galletas María y misceláneos para las escuelas de la colonia Arboledas, en Los Mochis. Ella sabía que me gustaba mucho ver el chingado monólogo, y una vez supo que estaría Adal Ramones presentándose gratuitamente en algún lugar del centro de Guadalajara. Me dijo que fuéramos, y le dije que no. Algo dijo sobre como era de pinche cobarde, a la verga, y no pude dormir esa noche pensando en eso. Ya no volví a verla viva, falleció mientras vivía en Alemania.



Esa vez, en 2012, no iba específicamente a ver comedia. Iba a ver particularmente a Converge, pero ~~Agua de la vida~~ me llevó a ver a David Cross. Al principio no entendía nada de lo que estaba pasando (porque estábamos muy atrás) y ya no pensé nada más al respecto. A raíz de eso, empecé a escuchar comedia *Stand-up* para dormir, puesto que siempre he necesitado algún ruido para dormir, aún cuando tenía 10, 11 años. Dejaba el televisor encendido y con temporizador, para poder dormir. Ya después dejaba música de fondo, pero en dos o tres ocasiones me despertaba con *black metal* estridentemente resonando entre sueños y cambié la lista de reproducción por selecta música para dormir. Desde 2012 o algo así, cuando dormía en soledad, ponía *Stand-up* para dormir. No porque me diera risa en la noche. Encuentro la compañía del quedo monólogo un excelente narcoléptico.



Tras el evento, me acerqué a Dana y le empecé a platicar, porque ya me había tomado algunas. Dana, una mujer negra, canadiense, con rastas finamente trenzadas, me sacó plática porque le dije que venía de México. “*Oh, that’s nice*”. Y la muchacha esta que estaba conmigo, que no me acuerdo de ella bien, estaba

por un lado mío. Yo empecé, como suelo hacer con unos etiles rondándome el cerebro, a hablar de los derechos de las mujeres y otras mamadas pendejas de las que tengo plena seguridad no debería sentirme con tanta seguridad simplemente hablando abiertamente en público. Pero lo hice, y Dana se rió, creo. Ahí estuvimos unos 4, tal vez cinco minutos hablando. Empecé, *because I am an asshole, apparently, to blend the discussion onto race politics, and in my extremely narrow, uninformed, blatant opinion, came the words, and I remember them because how in the fuck did I feel confident to blurt it out: “You see, Dana, mexicans are the new blacks in United States political discourse”* – Sin contexto. Solamente porque me sentía con una opresión*, de algún tipo, porque veía a las paisanas batallando de aquí a tanto, porque el 2016 llegó muy de repente, y yo sentía una persecución como pocas veces hube sentido anteriormente. Sentía opresión*, y la quería discutir con alguien. Dana, *recoiling, looked at me in the eyes, had a sip of her drink, opened her eyes in discontent and surprise from hearing me ignore lustros y lustros y lustros of oprescion*, smirked and said: I am sorry, but you have no fucking idea what you are talking about*. Me agradeció por venir, y se retiró al interior del *Scruffy’s*. Yo me quedé un poco anonadado, porque ¿Ahora qué hago con todas estas (2) fuentes de literatura donde aprendí sobre opresión*, sobre la sociedad, sobre dónde estamos? ¿Donde quedamos las personas marginadas? La muchacha, la desconocida, ya nunca me volvió a contestar los mensajes. Tal vez, por un lado, porque *I have no idea what I was talking about*.

Me quedé con esa cuestión en la mente desde entonces.



Luego entonces, yo no creo en ese viejo comentario memético que clama que todos los grupos de amigos tienen por lo menos uno que le dicen negro.

En la mente de muchas personas en Alemania, aquí no hay racismo. Hay racismo casual, “*sowas lustig, wenn man nachfragt*”. Una vez, un neerlandés, en la calle, casualmente, dijo “*yeah, it’s OK if I say nigger, like, people in Netherlands don’t think too much about it*”, una vez, estábamos en AKK, creo, y me

incomodó bastante la interacción. No recuerdo la razón del racismo casual en esa ocasión.



Una vez, tuve que hacer una presentación en una escuela secundaria acerca de México. Me llevaron porque consideraron una buena situación el traer estudiantes a escuelas secundarias a presentar algo de la cultura propia, que un grupo de estudiantes alemanes podría no tener un contexto adecuado de los países alrededor del mundo. Para la presentación, asumí la responsabilidad de tocar la canción “La célula que explota”, de Caifanes, porque tenía días con la canción pegada. Sin embargo, no practiqué lo suficiente, no me acordaba de las letras, y creo que los estudiantes pensaron que era un *sketch* extraño y un poco *avant-garde*. Al final, me pidió el maestro que diera una pequeña presentación sobre México. Presenté algo que consideré muy representativo del estado de Sinaloa: Los judíos, o fariseos, un conjunto de nómadas provenientes de la sierra de Sinaloa, de Choix o de San Miguel, que llegan a las ciudades a cumplir sus penitencias. En un intento de mostrar un poco sobre mi particular y nortea cultura, puse un pequeño video donde un hombre explica qué hacen los judíos, o fariseos. El hombre explica que los judíos son los malos, y por eso transmutan a chivos, porque andaban tras de Cristo y hay que quitarse lo malo”. Porque soy, evidentemente, un pendejo y no me pasó por la cabeza las evidentes marcas antisemitas en esas descripciones de personas que evidentemente tienen una cosmovisión limitada por el catolicismo, la tradición oral y la falta de contexto histórico y social, sobre todo, de un pendejo de Mochis que va a Alemania a una escuela a Bruchsal a hablar de lo lindos que son los tenábaris, pues quedé. No pude explicar nada más. Me quedé callado y el maestro empezó a decir algo en alemán, que hasta la fecha no sé si fue intentando explicar el contexto antes presentado, o para decirle al alumnado que discutirían el evidente antisemitismo sinaloense aquí presentado.

Me quedé pensando en eso toda la noche, y varias noches, y todos los días, porque yo no soy así, pero evidentemente, no estaba poniendo atención porque estaba embelesado por los tenábaris.

blanco

Mis encuentros con el racismo en Alemania solamente se han visto exacerbados por mi falta de habla alemana.

Manmeet, el indio del hostel que conservó su estatus de amistad a través de los años, alguna vez, me dijo que “*you are not white, Orlando*”. “*well sure, technically not, but white enough?*” – correspondí.



Suficientemente blanco para no tener problemas adicionales con las autoridades pertinentes, pero no lo suficientemente blanco para evitar persecuciones en los llamados crímenes de odio. En Guadalajara, la distinción de color es tan inestable como la distinción de clase. Se puede ser prieto y feo y tener dinero, y aún así, no se salva uno de que lo vergueen los policías por hacer algo indebido. El tercer eje, el del poder, es independiente (-mente lineal) de las otroras degeneraciones de la supremacía prieta. El poder político, por su lado, preserva supremacía sobre el color, aunque las distinciones de equivalencia pueden (o no) preceder al estatuto.

Luego entonces, a veces no sé si es que no me hayan gritado en la calle: “*¡Verdammt prieto! ¡Geh mal wieder nach deinem Heimatland!*” – puede ser simplemente suerte, o que no hay tantos nacional socialistas en la ciudad donde habito. Peor suerte pude haber tenido.

Muchas veces, el discurso en latinoamérica, por no decir que exclusivamente en México lindo y querido, rota alrededor del tema que en México no hay racismo, sino que hay clasismo. Cuando escucho eso, me acuerdo de la primera vez que busqué por qué se le dice a la gente de cabello rizado que son chinos. Hay un museo en Tepoztlán, México, una pequeña ciudad que le gusta mucho a los *hippies* cochinos chilangos porque se puede tener contacto con la naturaleza, o eso me hizo creer la gran cantidad de gringas con sombreroes caminando y tomando

cerveza en la calle. En el museo del virreinato, está una serie de pinturas llamadas “castas”. A veces, pienso que es como mi Soria Moria. Algo que se ve lejano, que no me corresponde corresponder. Lo miro como algo lejano. La pintura consiste de 16 imágenes, teniendo en la parte superior las castas provenientes de España. En la pieza 3 se muestra que, aparentemente, lo indio se quita con un 75 por ciento de sangre española. A partir de la lámina 4, ya se establece que no hay vuelta atrás en la pirámide. Los nombres se ponen progresivamente agresivos: De mulato, morisco, chino, lobo no hay mucho que decir. Lobo hasta portentoso suena. Ya de ahí se pierde todo sentido de respeto: Gibaro, albarazado, canbujo, sanbajo, calpamulato. Y de ahí, el salta atrás, tente en el airea, no te entiendo. Estas pinturas comenzaron a proliferarse en el siglo XVIII de acuerdo con Katzew (2004) y establecían un claro orden de las cosas: Los españoles por encima, y los indios y los negros por abajo. Katzew dice que no, que no mamen, que todo fue un invento de los españoles para establecer las jerarquías imperantes, mientras que hay otros autores, como Gonzalbo (2013) que dice que todo son mamadas y mentiras y que no existía racismo, a la verga, que todo era clasismo. Vamos, que hubo negros e indios que lograron ascender el escalafón social y hacerse de fama, lo cual suena más al hechaganismo de Internet, y a la falsa creencia que el que es pobre, es pobre porque quiere.

Luego entonces, existen opiniones que dicen que ser prieto está chido. Y valga la falta de referencias literarias aquí, ocurre el mismo factor de generación de cultura que ocurre en los Estados Unidos de Norteamérica, donde las clases bajas y trabajadoras son las que generan la cultura. Luego, la clase media, sedienta de cultura pero sin ensuciarse las manos, llega a robar los espacios de cultura, convierte espacios comunales y de esparcimiento en modelos de negocios para consumir en *erías, que son establecimientos que en otrora tiempo se les llamaba simplemente: Antojitos Doña Mary, Paletas La Guadalupeana, o Hot-Dogs el Gera, en La Cenaduría, La Paletería, La Hotdogería, con anuncios de ~~neón~~ ya ni se usa el ~~neón~~, todo es LED, de colores apabullantemente amarillos y atendidos por las personas desplazadas de esos espacios comunales de la gente de antes, que hizo esa cultura, ahora brutalmente movidos a las periferias.

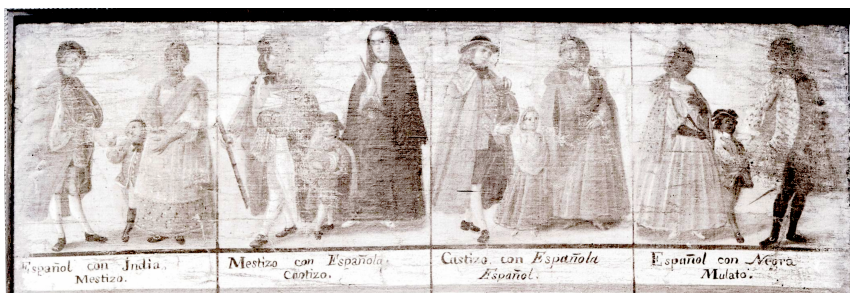
Por que de eso se trata todo este pinche pedo, de excluir a los prietos a las pinches periferias. *Allá, vayan y sean prietos donde los veamos* – exclaman las clases medias luchando por la supervivencia.

Pero todos terminamos flotando a las periferias, ¿Cierto?

O qué, ¿Ya le van a poner otro piso al periférico?

Luego entonces, ya ni sé que pensar si quiero ser blanco. Me evita problemas, me evita que me gritoneen los que vienen a ver el futbol y ponerse hasta el culo de pedos viendo el fut, pero por otro lado, mi desprecio por los espacios robados no me los puedo sacar de la mente.

Me regocijo a veces,
pensando que mientras las cosas estén así, quedas,
no tengo problemas flotando entre los cadáveres
de todos colores
porque todos somos cadáveres, a la final.



15 monte

sol / verano (iii)

Ya con ~~Aguadulces~~ fuera de mi vida y un renovado deseo de vivir la vida, me descubrí explayándome por horas con Claudia vía mensaje de texto para aliviar el trauma de la situación sucedida recientemente y por referenciar a esa pinche vieja ingrata cula de verga, que ~~chingue a su madre~~³³⁰. Pero su madre qué culpa tiene... y en el calor de la honestidad, ella tampoco. Nomás me la culié mal, y lo tengo que aceptar, porque esas cosas pasan. Para quitarme el mal sabor de boca, y porque no hay cura más plena que un destilado de lúpulo. El 26 de mayo salí a las calles de la gran ciudad con Juan a una fiesta buena por un lado de la ciudad que no frecuentaba, por la *Weststadt*. Llegamos Juan y yo, y en efecto había una cantidad elevada de personas en esa congregación.

Afortunadamente, era de esas fiestas que no eran planeadas por una entidad privada individual: Estas fiestas eran planeadas por grupos de estudiantes que viven en residencias estudiantiles, y debido a que la

³³⁰ *Vengo a de-cirle,
a la que no me supo amar
Que chingue a su madre.
Ya la voy a abandonar.*

Eso decían Los Cadetes de Linares, banda neoleonense que aprecio sobremanera, en una canción que para precisar cuando fue publicada exactamente probó ser una tarea sumamente extenuante. La canción tiene como nombre "La eché en un carrito", y los cantantes son Los Cadetes de Linares, aunque precisar cuales Cadetes, y de qué parte exactamente de Linares resulta una tarea no-trivial. Los cadetes, originalmente, llamábanse Homero Guerrero de la Cerda y Guadalupe Fidencio Tijerina, formábase la agrupación en 1960³³¹. Con la muerte de Guerrero en 1982, el grupo ha sido retomado por ex-miembros de la agrupación, con nombres que indican quién es el integrante, o modificaciones completas al nombre, como la del hijo de Guerrero (Los KDTs). Esto hace de la precisión sobre el álbum en el que fue originalmente publicada alguna u otra canción, aparezcan típicamente en compilaciones de "grandes éxitos", en lugar de grabaciones específicas. Por propósitos de este texto, diremos que la grabación fue por primera vez publicada en el álbum "El Paquetazo de Colección" (sic), datado en 2016.

³³¹ Miserachi, R. "La verdadera historia de Los Cadetes de Linares", Univision, 5 de Julio de 2016, Web.

responsabilidad de limpiar posteriormente se distribuye entre los miembros que habitan el lugar para facilitar las tareas de limpieza, la presencia de personas ajenas a la organización es esperado, permitido, y desregulado, en contraste con el mercado.

Государственный гимн СССР

В исполнении Хор Красной Армии

Музыка: Александр Александров

Транскрипция: Дэвид Шарлье



Союз нерушимый республик свободных
Сплотила навеки Великая Русь.

Llegamos temprano esa vez, a eso de las 8 o 9 de la noche, y nos dispusimos a beber unas polas y hablar mierda, en lo que salían unas pollas pa' cotorriar. Unas amistades de Juan llegaron a la fiesta, entre las que estaba Marisol, una colombiana de cabello negro y un tatuaje enorme en el brazo izquierdo de flores y un nombre que no podía determinar en ese momento preciso. Dado que en ese punto yo estaba particularmente animoso y prolijo, me acerqué a sacarle plática sobre los tatuajes. Me dijo que sí, que los tatuajes eran, y seguimos hablando de nuestras historias personales. Me dijo que ella era maestra de educación especial, y yo le dije: “¡Uy, no! ¿En serio? Es que mi mamá también es educadora especial, trabajó en ~~Uhhhh Uhhhh~~ ~~Uhhhh Uhhhh Uhhhh Uhhhh Uhhhh Uhhhh Uhhhh Uhhhh~~ ~~Uhhhh Uhhhh Uhhhh Uhhhh Uhhhh Uhhhh Uhhhh Uhhhh~~” aunque

todo esto podrá parecer una oscura estratagema para ver si había, en realidad no había tal treta. A veces, y aunque parezca imposible pensarlo por las ya establecidas mañas de su H. comediante de confianza, a veces, en verdad me parecía interesante que Marisol fuere educadora especial, por todas esas tardes que pasé en el CAM No. 16, o tal vez era otro, no tengo manera de recordarlo, porque ahora que lo pienso, muchas veces solamente llegaba mágicamente a ese centro de atención múltiple. Llegaba con mi padre a esperar a que mi madre terminara de trabajar, y había un interim donde no tenía mucho que hacer. Los niños con capacidades especiales simplemente estaban ahí, y aprendí sobre muchos tipos distintos de discapacidades. Muchas infancias con síndrome de Down, y una muchacha que decían que tenía el síndrome del pajarito. Hasta la fecha, no sé si eso sea un fenómeno verdadero, pero la muchacha sí parecía pajarito. Vamos, que hay una enfermedad que se llama *Hand-Fuß-Mund-Krankheit* y cuando escuché que eso no tenía otro nombre, pensé que estaban jodiendo nomás... pero no. Así, hay anomalías genéticas y enfermedades que simplemente existen. Recuerdo los tlacoyos de requesón y las habas del tianguis con particular cariño. Marisol comentó unas dos o tres cosas más, sonriendo un poco y mirando hacia la calle, y me dijo que tenía que irse enseguida, porque ya estaban sus amistades yéndose para otro lado. Nos despedimos y debido a que yo estaba cansada (y borracha), consideré que era momento de irme acto seguido. Me despedí de Juan, desencadené mi bicicleta y cuando me dirigía a un puente cercano de vuelta a la ciudad, me encontré a Paula, que venía en su bicicleta destartalada³³², acompañada de su amiga Lucía, una chilanga fresa³³³ que, dadas las circunstancias, encontraba desagradable a pesar de su

³³²**Destartalada**, de or. inc. 2. adj. *Méx.* Desprovisto de lo necesario.

³³³**Fresa**, de or. inc. 5. adj. *Méx.* De origen inhumilde o pretendiendo no serlo.

terrible acento chilango fresa. “*Gü-uee-eeey, me metí un super putazo en la bici gü-uee-eeey, no manches que putazote gü-uee-eeey*” – expresaba.

El golpe no se veía muy aparatoso, más bien exagerado. Un raspón a lo mucho, pero supongo que la borrachera exacerbó el dolor³³⁴, así que se fue a buscar algo adentro del edificio. Me quedé afuera con Paula platicando, unos veinte minutos, cuando de repente Paula dijo:

“*¡Madres! ¿Dónde está Lucía? ¡Estaba muy borracha! ¡Hay que buscarla!*”. Se activó mi modo policía y defensor de las defensas sociales sociopolíticas, y empezamos a buscar a lo largo y ancho del edificio.

Había una cantidad increíble de personas. No increíble, como “No, ¡Qué increíble cantidad de gente, chingada madre!”, pero suficientemente denso para hacer la tarea sumamente complicada. Subía y bajaba, y subía de nuevo. Pero en ese mar de gente, y porque no conocía a esta pinche chilanga verguera desconocida, pues no... nada. No veía absolutamente nada. La música estridente de fondo, y aún así, nada.

Bajamos de vuelta al lugar donde empezamos. Yo me empezaba a preocupar. No por la pinche vieja esta desconocida. No, para nada. La preocupación surgía por la preocupación de la preocupación de la preocupada de Paula, que no le tenía mucha fe al sentido de la orientación espacio-temporal de su amiga. Un momento **tenso**.

De algún lugar,

de entre las sombras,

surgieron los cabros culiaos feos.

³³⁴A pesar de que, en teoría, el alcohol más bien tiene el efecto adverso.

“¡oh, el culiao pesao’!”

Dos jóvenes pequeños y de caras agradables se acercaron a Paula y a mi, mientras discutiíamos acaloradamente sobre los siguientes pasos para salvar a la pendeja de Lucía.

Uno de ellos, vestido con una sudadera colorida y un chullo decorado con pequeñas llamas transversales y unos ojos verdes muy grandes acercándose tímidamente por nuestra izquierda, esbozó: “¡Hola! ¡Qué tal! ¿hablai español?”. Le dije: “Ahora no, gracias”, y volteé con Paula, sin prestarle más atención a los enrojecidos, pulientos y carnosos labios del hombre. El otro, un pequeño de cabello largo y cachetes prominentes, vistiéndolo sus ojos marrones con se acercó y dijo animadamente: “¡Ah ya, po’! ¡el culiao pesao! ¿De dónde soi?”.

Superravida.

Borracho, puede usted encontrarse a dos Qrlandos:

- Qrlando agradable, muy platicador, amable, platicador. Chévere.
- Qrlando furioso³³⁵.

³³⁵Poema épico de Ludovico Ariosto, de 1532. Es un libro largo que nunca he leído pero que siempre encuentra su camino a mi biblioteca personal. El otro libro de Orlando es el de Virginia Woolf, publicado en 1928, más pero sin embargo ese tampoco lo he leído. Es más, nunca he leído nada, a la verga. Ya, déjenmen en paz.

Orlando furioso, irascible. Incontrolable. Es algo que he sabido desde hace mucho tiempo, y se mantuvo siempre en momentos trágicos a lo largo de mi vida, siempre mediados a través del alcohol. Cuando tenía unos veinte años, me ponía iracundo y a pelear con quien fuera estando alcoholizada. En 2007, conocí a un muchacho en la escuela que anonimizaremos como Ricardo, que dentro de todas las cosas era un muchacho agradable (en paz descanse), pero debido a que yo soy muy bárbara y poco presentable en sociedad, me tenía que escabullir entre las sombras para merecer ser invitada a los eventos que hacía con sus amistades, que típicamente, y porque tendía a ser muy sedienta con sus amigas femeninas, no era requerido a sus eventos muy frecuentemente. En ese entonces yo estaba de entrometido en una conversación de Ricardo, y estaban planeando ir al festival Cervantino, al que yo nunca hube ido anteriormente. Yo les dije que yo tenía interés de ir, y que si podían, que me permitieran acompañarles en su automóvil para abaratar costes. Dos días antes, yo hube invitado a Belinda, una indívidua que estudiaba con otrora amigo mío, que era alta y delgada, tenía ojos verdes y estaba algo encorvada (por ser muy alta y para no emascular al hombre promedio), y se hacía llamar Belinda. Yo la invité al festival a Guanajuato, con total seguridad que habría manera de llegar a Guanajuato con estas "amistades" mías. Un día antes del viaje, Ricardo me mandó un mensaje diciéndome: *"Oye, perdón, yo te había dicho que tal vez habría un espacio en el coche de ~~Orlando y Belinda~~ para ir a Guanajuato, tal vez dos, pero ahora no hay ninguno. Si quieres nos vemos allá."* ¿Nos vemos allá, hijo de tu reputísima madre, no se te ocurrió decirme antes mejor? Bah, patrañas. Bueno pues, chinguen a su madre, me voy a ir en camión. Le dije a Belinda, un tanto apenada, que valió

verga todo porque íbamos con unos putos malquedados, pero ella fue una guerrera y me acompañó a la nueva central camionera de Guadalajara, localizada misteriosamente en Tlaquepaque, al poniente de la ciudad³³⁶, tomamos un camión directo a Guanajuato. Debimos de haber tomado la ruta norte,

³³⁶De la nueva central camionera tengo más que nada buenos y bonitos recuerdos. Una vez, Salomón nos visitó en Guadalajara, cuando aún eramos estudiantes, y un amigo mutuo, el Marte, un flaco greñudo que, aparentemente, tenía una apariencia muy similar a Drake Bell, y que era un acérrimo fanático de la música regional nortea y tocar instrumentos varios, obtuvo prestado el automóvil de uno de ss cohabitantes, un estudiante de medicina cuyo nombre será omitido por cuestiones de privacidad. Esa vez, el Marte fue al apartamento donde cohabitaba con otro amigo, y bebimos mucho tequila y cervezas y discutimos tonteras hasta tarde sobre las inconsistencias de la vida, y los culos que la comparten. En la madrugada, Salomón se puso intransigente y nos dijo: “Güey, me tengo que ir ya a México, me urge irme porque ~~Hay que irme pronto~~”, Alguna razón pendeja nos dio, a pesar de que le dijimos que no, que se quedara, que lo podíamos llevar más tarde. Se puso terco y empezó a guardar sus cosas, a pesar de que era un díaa feriado por ser un puente, y el Marte dijo decididamente “*Está bien, ya, a la verga Salomón, ¡Cómo te pones de intransigente, loco!*” Y nos subimos al automóvil, en estado bastante inconveniente, acompañados de una cubeta con algunas de las cervezas que habían quedado de la noche, para llevar a Salomón a la central de camiones. Debido a que en esos tiempos no existía una manera muy sencilla de tener acceso a mapas digitales para encontrar el camino a la nueva central camionera de Guadalajara. Pero, que no cunda el pánico, decía un cómico hombre vestido de lycra roja y unas antenas adornando su cabeza, porque el camino era relativamente sencillo: Tomar el anillo periférico, y seguir los anuncios hasta encontrar la central. Lamentablemente, hay secciones del camino que no son tan obvias, sobre todo una vez que se ha llegado a Tlaquepaque, y a partir de cierto momento, el acceso no está señalizado correctamente, por lo que gran parte del camino se tiene que conocer previamente, o al menos tener una razonablemente buena idea de cómo chingados se llega a la chingada central. Nos perdimos, a fin de cuentas, y llegamos a un camino empedrado bastante lleno de agujeros e inconsistencias viales, que encontramos bastante cómico en su momento, hasta que caímos en un agujero prominente, posiblemente dañando el automóvil. Hubo un silencio sepulcral cuando sucedió esto, al no saber cuál era el recuento de los daños. A los minutos, alguno de los tripulantes dijo: “Bueno ni modo, que se enoje este vergas si se le chingó el carro”. Llegamos a la central camionera después de algunas vueltas innecesarias, y Salomón regresó a México, a hacer sus tareas o alguna pendejada que supuestamente tenía que hacer. Regresamos a la colonia donde estaba nuestro apartamento y comimos unos tacos de barbacoa, llamados los volteados, porque eran planchados contra una parrilla con la carne por debajo, *ergo* el nombre, y una vez desayunados, regresamos al apartamento y encendimos el Nintendo para jugar Super Smash Brothers Melee, pero el Marte dijo que estaba cansado y se quería ir a su casa, porque estaba “*muy verguiado*”, palabras de él. Nos enteramos después

porque pasamos por León, que es donde vivía Ernesto en ese tiempo, y por Silao, porque recuerdo haber visto la fábrica de automóviles Volkswagen, en Silao. Llegamos ya caída la noche, y la manera con la que se llegaba al centro de Guanajuato era a través de otros camiones que cobraban quince pesos por llegar al centro de la ciudad. Tomamos el autobús y le marqué a Ricardo, que replicó: “Estamos aquí, en un bar, cerca del centro, hay unas personas tocando música afuera”. Ahora, mi expectativa no es que todas las personas sepan o hayan estado en el heróico estado de Guanajuato en tiempos del festival Cervantino, pero entreteniendo la idea que es importante, se remarca: Absolutamente todos los bares del centro de la ciudad están abarrotados, y hay gente tocando música afuera de todos los hijesureputísima verga vida bares de la ciudad, por lo que la tarea no era solo difícil, más bien prácticamente imposible sin un marcador útil de este pendejo hijo de la verga. Afortunadamente, mientras caminábamos con rumbo incierto en dirección al centro de la ciudad, vi a uno de los amigos de Ricardo, que iba justamente saliendo de uno de los tantos bares en el camino, a lo que el dijo: “Ah, ¡Qué bueno que nos encontraron!”. – En defensa de Ricardo, a pesar de ser un joven bastante brillante, era también un tanto distraído, y estos pequeños detalles tal vez son olvidados por él, no por mala fe o porque sea un pendejo, sino por su distracción generalizada. No es un pinche pendejazo, a la verga, solo es distraidito. Se lo dije: “Si, sí, bueno, es difícil encontrar gente SI TODOS LOS PUTOS BARES SON EXACTAMENTE IGUALES, Ricardo”, y afortunadamente el no entendió la directamente dirigida avocación a la estúpida manera en la que contestó, y

que sí hubo algo de daño colateral por la caída en el agujero en el camino. Nadie se hizo cargo del pago del daño.

remarqué su indiferente incompetencia. No hubo respuesta, porque supongo que también el nivel socioeconómico elevado escuda a las personas de su evidente falta de atención. Seguimos al grupo, que ya estaba bastante animado, y hubo un acuerdo tácito de comprar algunas cervezas compartidas de las cuales los costes se repartirían en cervezas ajenas durante de la siguiente tanda. Compré una cubeta de diez frías cervezas, con el objetivo de que después de esta tanda, se compraría una nueva tanda de cervezas para compensar la compra. Estos rufianes se las tomaron todas, menos dos, y ahí nos quedamos hasta el fin de la tanda. El grupo acordó irse porque “se hartaron del ruido y querían buscar otro bar”. En este punto, me dije a mi mismo: No lo están haciendo por hacerte encabronar, Qrlando, solamente están hartos del lugar, algo válido y posible dentro de la realidad compartida. Solo... sigue la corriente. Al fin y al cabo, este grupo de individuos tiene el lugar donde te quedarás esta noche, como se acordó verbalmente en anterioridad, y la situación de pernocta estaba algo álgida, así que ni modo. Solo son distraídos. Caminamos de nuevo sin rumbo hasta que el grupo decidió que ya era demasiado estar gastando en cubetas, y que mejor sería comprar una botella e ir al lugar donde pernoctaríamos. Todo bien. Solo son distraídos y debieron haber olvidado lo de la cerveza, o que yo no había compartido las anteriores tandas. Distraídos. Pobres de ellos. En fin, caminamos entre algunas callejuelas de la ciudad hasta llegar a un barrio popular donde una señora rentaba un galerón por cincuenta pesos por persona para pernoctar. No se nos avisó que necesitaríamos ropa de cama, o un bolso para dormir, de nuevo, porque Ricardo era una persona muy distraída. A las diez de la noche, fuimos a buscar algo de alcohol, pero todas las tiendas estaban

cerradas. En el camino, un muchacho salió de uno de los callejones, y me dijo: “¿Quieren pisto, güeyes?”, y le dije que sí. Me llevó entre unos callejones a una casa, y al fondo de la entrada había una pequeña cortina de perlas plásticas dirigiendo a un cuarto detrás de la casa donde había diversos productos de compra/venta, incluido licor del más culero y barato, y le pregunté si tenía opciones a parte de lo que se veía a simple vista. “Hay de esto nomás, morro”. Bueno, pues, deme una botella de oso negro³³⁷. Salí con mi coca-cola y tres cuartos de litro de vodka impropio, mientras que los amigos de Ricardo ya tenían su propio alcohol. Llegamos al galerón y nos sentamos a departir en conjunto. Alejandro, un amigo de Ricardo, me dijo para el segundo vaso que si le podía dar un poco de vodka, pero yo ya estaba hasta la verga de las distracciones de estas putas sabandijas sangui- juelas comecagada, así que le negué el trago, y Alejandro, siendo un chavalito proveniente de Tijuana, estaba bastante jodón hasta este punto, y chingue y chingue, como palito de madera, me hartó a la verga, y le dije: “De mi vodka no agarres, a la verga”. “Hey, güey, ya, no te agüites, nomás estaba cagando el palo”, “Está bien, caga lo que quieras, pero de mi vodka no vas a agarrar”. Alejandro también fuere un caballero de mecha bastante corta, y a pesar de que en general teníamos un poco de buena onda al ser de la región noroeste de México, compartir experiencias meméticas parecidas y vernos frecuentemente en el gimnasio de la institución académica, ese día, me llenó la pinche jarra, el y los distraídos vergainútiles con los que me vi forzada a

³³⁷ Oso negro es una marca de vodka mexicana de muy mala reputación, pues alegadamente causa ligera ceguera después de beber una botella del mismo en una noche local. De esta manera, se le conoce como “oso ciego” entre estudiantes que tienen que recurrir a este destilado para el embriagamiento.

compartir algunas noches, y ninguno de los dos estábamos dispuestos a ceder la rodilla esa noche. Alejandro se acercó a mí, y debido a que ya estaba algo bebido, intentó abrazarme fuerte, con la intención de tumbarme al suelo. Le dije: “No estés chingando, loco”, y Ricardo y los amigos le dijeron que parara, que se tranquilizara. Yo siendo la imponente e imparable fuerza de estar chingado hasta las últimas consecuencias, le dije al oído: “Sácate a la verga pues, o pégame”. Alejandro me presionó contra el piso, sosteniendo mi pecho y brazos con las dos manos, mientras yo repetía:

¡PÉGAME A LA VERGA, PENDEJO, A VER,

PÉGAME PINCHE NARIZÓN HIJO DE TU

PUTA MADRE, PÉGAME! ¡PÉGAME PARA

QUE VEAS CÓMO TE VA, A LA VERGA!

Y otras barbaridades, hasta que los otros amigos nos separaron y tranquilizaron a Alejandro, que estaba bastante alterado. Alejandro se acercó a un rincón a llorar del coraje. Belinda me vio con los ojos de una persona que está en serio problema pero no puede salir del mismo de una manera eficaz y sin causar su potencial daño físico.

Hubo algo de silencio.

Su. Perra. Vida.

Miré a este par de desconocidos, y se empezó a borbotar este sinfín de barbaridades que tenía que expresar, porque estaba en una situación bastante peluda, con la pérdida de esta desconocida cuyo bienestar no era mi preocupación (ni siquiera eramos amigos, chingada madre), y empezó. Y empezó.

¡A VER, PENDEJOS! ¡ESTAMOS
TENIENDO UN SERIO PROBLEMA
AQUÍ, Y USTEDES VIENEN A ESTAR
PREGUNTANDO COSAS! ¿QUÉ LES
PASA, ESTÁN PENDEJOS O QUÉ, A LA
VERGA? ¡NO SOMOS AMIGOS,
ASÍ QUE VÁYANSE A LA VERGA
LOS DOS!

“bueno, perdón, nos vamos”

“yapo, pesao culiao fome”

– murmuraron, y se perdieron en el horizonte.

A Paula la encontré platicando con un tipo a unos metros míos, risa y risa, y le dije: “Hey ¿Qué pedo, encontraste a Luisa?”, “¿A Lucía, dirás?”, “A esa verga, sí ¿La encontraste?”, “¡No! Me quedé platicando con ~~Paula~~ ^{Rafael}, es un amigo de la...”, “¡Paula, me vale verga! ¿Dónde está Lucía?”.

No sé. No sé, francamente. No sé nada. ¿Quién soy, Miguel?

Lucía se había ido a su casa. La vi unas dos o tres veces después. Se le perdió una cadena en mi apartamento que inten- tó recuperar ahincadamente después.

Esa es la historia de cómo conocí a Miguel, pero el Miguel nano³³⁸, y a Luis Wladimir.

³³⁸El doctor Miguel Toro, descanse en paz, ya no vuelve a salir en estas historias. R.I.P.

nuevos comienzos

Empezar de nuevo es bastante complicado.

Las relaciones interpersonales, sobre todo, son muy difíciles de reparar una vez que se les ha hecho un daño irreversible.

Algo así pasó con Miguel y Luis Wladimir.

Una vez que volvió Luis, el colombiano de hace unos capítulos, a Karlsruhe, retomamos las salidas con el conjunto latinoamericano local. Sin embargo, nada de eso sucedió de pronto. Un punto álgido de la relación surgió a mediados de Junio, cuando Luis necesitaba un apoyo para mover un sofá que estaba siendo regalado en un edificio de apartamentos por *Hauptfriedhof*, el cementerio principal de la ciudad.

Nos juntamos al lugar donde obtendríamos el sofá a eso de las cuatro de la tarde, llegando Luis, Andrés y Julián más o menos a la par. Les saludé, pero aún existía un resquicio de desconocimiento con el conjunto. Pregunté acerca de la logística, y se dijo que esperaríamos unos momentos a que llegara todo el grupo. A lo lejos, se veía que llegaba Noel con EL DIABLO. Se me hizo raro que viniese, y a él le ocurrió lo mismo: “Qué pedo, carnal, ¿Qué haces acá?”, “¿Ah cabrón, y tú de dónde conoces a estos weyes?” – respondí. EL DIABLO llegó por invitación de Noel, así que dadas las cinco de la tarde, entramos a uno de los edificios de apartamentos y subimos hasta el último piso. “Weon, hay que hacer de esto la mudanza más ineficiente de la historia” – remitió Julián, mientras subíamos a paso apretado hasta el último piso del edificio. A la entrada, nos recibió una joven mujer rubia, confundida por la entrada de por lo menos seis individuos a un cuarto sumamente

angosto, donde estaba el sofá completamente armado. Noel traía algunas herramientas que utilizó para quitar los tornillos y piezas sueltas aquí y allá, quitando tubos de soporte, moviendo piezas y bloques previamente armados, removiendo la base metálica, separando las piezas importantes (y poniendo las partes necesarias en pequeñas bolsas con cinta adhesiva en la parte trasera de los tubos), todo en una sincronía que no había visto antes, sobre todo cuando yo moví mi propio sofá azul, aquella fatídica tarde en la que ~~Agustín~~ ^{Agustín} decidió no querer saber nada más de mí, posiblemente porque la dejé abandonada demasiadas horas³³⁹. Noel y Julián reían fuerte durante el proceso, mientras la muchacha, previa dueña del sofá, solamente miraba atónita a este grupo de desconocidos en su azotea, hablando fuerte y riendo mucho en lenguas indescriptibles.

Una vez terminado el desarmado, empezamos a bajar algunas piezas y empezamos la procesión de vuelta al apartamento de Noel. Sin embargo, pronto me di cuenta que el objetivo no era llegar lo más pronto posible para volver a las actividades diurnas: Al contrario, al parecer, como dijo Julián, el objetivo era hacer la tarea de la manera más ineficiente posible, haciendo varias pausas a lo largo del camino, porque no hay que andar el camino, sino hacer el camino al andar, golpe a golpe, verso a verso: La primera, y más larga pausa, fue en la esquina de la Tullastraße y la Haid-und-Neu-Straße, momento en el que el grupo decidió, parademocráticamente, hacer una larga pausa y ponerse a tocar unas rolas. Julián sacó una trompeta, Andrés un güiro³⁴⁰, Noel una guitarra, y los demás (Luis, yo, y EL DIABLO) nos quedamos mirando. Sacaron unas cervezas de una mochila, y se armó el concierto callejero

³³⁹ ¿O será porque le estaba causando una severa incomodidad porque le olía demasiado el hocico, a hocico?

³⁴⁰ Güiro: *Voz taína, del Car. 3. m. Ant. Col., Guat. Méx. y Nic. Lagenaria, siceraria*, llamada también calabaza, *mate*, *capallo*, *jícara*, *choco*, y varios otros nombres. El fruto ha sido usado desde tiempos inmemoriales como vasija para beber agua, como plato para sostener alimento, y más importante para esta definición, como instrumento musical. En Colombia, sin embargo, se le llama guacharaca, aunque el uso es exactamente el mismo: Rasgar las ranuras raspadas en la calabaza para hacer un sonido percusivo largo o corto, usado como elemento percusivo en

espontáneo. Después de la segunda desconocida canción para mí, hasta ese momento, pedí prestada la guitarra, y a la siguiente canción, me prestaron unas maracas³⁴¹ pequeñas para apoyar en la generación de ruido. Tocaron dos canciones más y se detuvo la música cuando un viejo amargo salió por una ventana preguntando si no teníamos trabajo o *was soll das mit dem Lärm draußen*, que no era permitido hacer música en la calle, y que amablemente nos retirásemos del lugar. Luego que de Julián lo mandó a la shusha, caminamos menos de una cuadra, cerca de una gasolinera que tenía una tienda de conveniencia abierta, donde compramos media caja de cerveza para continuar la travesía. El camino se convirtió en una serie de paros cada cincuenta o sesenta metros, para sentarnos, beber cerveza, comentar lo increíblemente mal que iba el proceso, reproducir música variada con un altoparlante que salió de otra mochila, y saludar a los ciclistas que reían al ver al interesante conjunto. En el camino, nos encontramos con pocos edificios de vivienda, por lo que después de este punto no tuvimos tantos encuentros desagradables con ancianos decrepitos que no entienden cómo pasarla bien en su juventud.

Llegamos a Karl-Wilhelm-Platz a hacer otra pausa, y ahí pasó Marcela en bicicleta. Grito que algo tenía que hacer, *¡Los busco luego maes!*, y desapareció en dirección a una calle aledaña.

Tras dos o tres o tal vez cuatro, no tengo plena seguridad del tiempo, llegamos andando hasta AKK, donde se hizo un concierto de 3 canciones, las mismas que ya habían sido reproducidas anteriormente, y todo indicaba que eran de una agrupación llamada “Chico Trujillo”, la

géneros como la salsa o el merengue. Un instrumento que le hierve la sangre particularmente a algunas alemanas que hubimos conocido en el pasado, al ser sumamente estridente y, en palabras de un alemán anónimo, “eine nervige Käsereibe”.

³⁴¹ Maracas puede causar controversia en Chile, hermana nación del sur global, porque las maracas q̄las en Chile son las pirujas culeras en mi México. Al parecer, en Chile les llaman wadas. Fuente: Wikipedia. No me tomé el tiempo de confirmar con algún chileno así que dejémoslo como un post-scriptum en caso de que me haya equivocado garrafalmente.

que fuimos a ver y que no pude pasar, pero sí ya que el chileno agradable le sacó conversa a la señora agradable de la entrada, y tras unos fuertes aplausos de una entonces indiscutida plebe estudiantil, Julián sugirió seguir el camino hasta el apartamento de Noel, destino final para por fin armar el sofá y terminar esa noche.

Julián explicó en el camino la lógica de detener la velada en AKK esa ocasión: “Weon, cuando tocai así en la calle, caleta de weones como que no entienden la wea, ¿Cachai? Ya, ponle que, tocai una, dos, las que te sepai bien así, las canciones brígidias, voltaje. Ya, terminai con la romántica, ¿Cachai? Ya, pa’ que las minas digan: *¡Oh, el qlo brígido!* Pero ¡Ya! parai, ahí tení como la estrellita del Mario Bros, ahí tení todos los superpoderes”.

La verdad, no caché algunas partes. El mensaje me quedó grabado por muchos meses más.

Ya bastante noche, despidiéndonos del conjunto que ya no tenía más cervezas por esta ocasión, llegué al apartamento, y saqué la guitarrita que hube comprado en descuento en línea y me puse a buscar canciones de Chico Trujillo, en caso de que me volviése a encontrar a estos individuos musicales, al menos sabría qué era lo que estábamos tocando. Pero no era la guitarra lo que quería, eran esas estridentes notas tambaleantes del hocico del Julián las que me dejaron obsesionada. Unas noches después, encontré una trompeta a la venta en un pueblo llamado Freudenstadt que hube visto en repetidas ocasiones como estación terminal de el tranvía S8. busqué una barata en la vecindad, y encontré una en setenta euros en el vecindario de Freudenstadt: La ciudad de la alegría. Lo consideré suficientemente cercano a Karlsruhe, porque ya había visto en el tranvía de la ciudad algunos que tenían de estación terminal Freudenstadt. Me puse en contacto con la vendedora, acordé verla al medio día del sábado, y me desperté a eso de las 9 a buscar el siguiente tranvía que me llevaría a ese lugar. Encontré el tranvía que me llevaría a la ciudad de la alegría en Albtalbahnhof, y lo

tomé con la bicicleta para andar los últimos metros desde la estación que no eran pocos. Me subí al tren e intenté comprar el boleto: *Siete Waben*. ¿Siete? – pensé. Pues sí. Resulta que Freudenstadt quedaba a hora y media de la ciudad, entre bosques y árboles y un monte largo. “Putá madre, a la verga, esto queda machín lejos” – asentí. Me senté cómodamente y me dí cuenta que había sanitarios en el tranvía. “De menos de una cagada me salvo”.

Llegué a Freudenstadt después de varias horas a una estación en medio de la nada, a unos 700 metros de donde estaba la trompeta. Lamentablemente, los setecientos putos metros eran de subida, así que tuve una pelea cruel contra los elementos para llegar al apartamento donde compraría la puta trompeta verguera. El departamento estaba abierto, y salió una señora sin cuello de la cocina, vestida con una mantita rosada y un cigarrillo entre los dedos, y me dijo “*Komm rein*”. La señora, ya vieja, unos treina años, calculaba, tenía una caja enorme de tabaco, y olía mucho a cigarrillo. La seguí al segundo piso donde había un techo alto, un gato negro, y varios bolsos de tabaco en un escritorio grande en medio del cuarto. La señora me dijo algo, “*Wie lang bist du Trompetespieler*”, y le dije que no, que no sabía tocar trompeta. Me regañó y me dijo que era muy difícil. Muy difícil. “*Ich habe sechzehn Jahre spielt, und bin nicht gut*”, – me dijo. “Bueno, hay más tiempo que vida” – pensé. Me dijo que era su trompeta de práctica, y me dijo si tenía experiencia tocando. Le dije que “*Nein*”, y me dijo que “*Aber gerne, wenn du noch Hilfe brauchst, ich kann dir gerne ein paar Übungenstuden abgeben*”. Le dije que gracias, tomé un papelito que me dio con su nombre y su teléfono móvil, y me entregó una caja bastante verguiada por los años y muy jedionda a cigarrillo. Me dio la trompeta y le di el dinero. Salí en despavor hacia el tren, que en quince minutos venía. Igual perdí el tranvía que me llevaría de vuelta a Karlsruhe por apenas segundos. Maldije, y me senté en una banca circumvecina. Espere treinta minutos por el siguiente tranvía. El nombre de la mujer y su teléfono, los perdí en ese trayecto. La hija de la chingada no me dejó

ni una boquilla regalada, por lo que no podía tocar ni un mi bemol.

Jamás me volví a comunicar con esa señora que olía mucho a tabaco. Regresé una hora y media después, afortunadamente ahora de bajada hacia la estación, y puse la trompeta como prioridad para aprender ese año. Lamentablemente toma mucho tiempo y yo no le dedicaba nada del mismo.

Ya nunca volví a saber de ella.

Burgfest

Juan me hubo invitado al festival del castillo de la cervecería más grande de Karlsruhe, la Hoepfner, situada en la parte este de la ciudad un día de ese verano. Fundada en 1798, es la empresa activa más antigua de la ciudad. La cervecería permite la entrada de todos los habitantes de la ciudad cada año a principio del verano, para tomar algunas cervezas, escuchar música de Rock de señores que tienen demasiado tiempo libre, comer salchichas asadas y papas fritas, y compartir con las amistades en un ambiente muy alemán, y muy caro, a la verga.

Por propósitos de no volver a contar esta parte de la historia, porque todos los chingados festivales del castillo de la cerveza son exactamente iguales, las experiencias son transferibles, excepto que en este festival en particular, conocimos a las *Au-pair* colombianas.



En esos días, es normal que haya una parada del tranvía just enfrente del castillo, dada la gran afluencia de personas al castillo en esos días. Nos quedamos a las afueras del perímetro, dado que la gran cantidad de

gente dentro es excesiva, y es difícil encontrar a otras personas en el lugar. Afuera, nos encontramos con Ricardo, el peruano estutgartense que nos llevó hace tiempo a Estrasburgo a bailar con las francesas hispanohablantes buenas. Ricardo dijo que venía con una de sus recientes parejas emocionales, una policía que, hasta ese momento, no sabíamos que era policía. Afuera del recinto estuvimos hablando del güiro que traía en la mochila, y discutíamos sobre si nos dejarían pasarlo, debido a que el cepillo parecía un arma punzocortante. “No mariquis, yo creo que con esa monda’a te van a llevar preso”, – me decía Juan. Me arriesgué, pensando que podría argumentar que es un instrumento musical, y que *c’est ne pas un* rayador de quesos, mas un instrumento musical. Ricardo nos dijo que le explicáramos a la mujer policía acerca del instrumento musical, mostrando tremenda intriga por el otrora objeto metálico para hacer quesadillas. “¿El rayador de quesos? No, es un güiro”, mientras lo rasgaba con el cepillo haciendo chk, chiqui, chk. “¿Y en la otra mano?” – preguntó la mujer vestida de civil, pero que era en realidad un brazo más del estado. “ES UN CEPILLO QUE TE MATA SIETE VECES”.

Digamos que la mujer policía no encontró muy cómico el chiste, mientras todos los hispanoparlantes reían sumamente fuerte. Ricardo solo preterrió, y tuvo que hacer un paréntesis para la amistad aquí concertada. Le dijo que “*nur Spaß*”, que no se preocupara, y se la llevó adelante del grupo, mientras Juan me decía que no mamara, en un acento similar al de EL DIABLO. La mujer policía no volvió a dirigirme la palabra en lo que quedó del día. Existen elementos transitorios que sugieren que la mujer policía sigue teniendo pesadillas al día de hoy con el cepillo matagente. Bueno, en fin, ¿Qué tan peligroso puede ser un pedazo de madera con siete hebras metálicas desafiladas? Supongo que cualquier cosa puede hacer suficiente daño, más aún en este clima sociopolítico. Guardemos reposo.

Juan estuvo comunicándose por mensajería instantánea con una amiga suya que también estaría en el festival. Caminamos a uno de los escenarios a encontrarnos con las susodichas amistades de Juan, que eran tres colombianas que estaban en las inmediaciones de Karlsruhe trabajando como *Au Pair*: Estefanía, una chica de mejillas rosadas y sonrisa fácil que saludaba con efusividad a todo mundo presente; Natalia, una chica delgada y sonrióna, pero menos que Estefanía, que hube conocido por su hermana, Sandra, en Frankfurt, hace un libro, y algo comentamos en redes sociales, pero nunca nos pusimos en contacto para conocernos. “Sí, yo conozco a tu hermana, Sandra, pero no quería parecer desesperado y decir “hey, hola, no te conozco pero deberíamos ser amigos”, y pues ya nunca lo hice”, – le dije esa vez. “Ay, ¡Sí, es cierto! Pues ella me dijo que había conocido a un mexicano acá, que todo chévere, pero también, ya sabes, que pena”. Pues sí, comprensible. Una tercera colombiana, pequeña y de cabello rizado y piel morena, se encontraba detrás de las otras amables colombianas, diciendo poco, saludando apenas: Andrea. De Andrea supe muy poco esa vez, por las limitadas veces en las que compartía algo. Esto no me sorprendía, pues muchas veces, he conocido mujeres que tienden a tener una actitud un tanto distante si tienen pareja, y esa pareja tiende a hacerla de pedo con cualquier interacción social que se hacen con el género opuesto. Comprensible, y bueno, qué vergas le va a hacer uno con esos protomaridos malgeniados. Si así es ella, pues que haga lo que se le hinche el huevo. – Pensé. Esa vez, hablamos un poco con las muchachas, nos hablo un poco de esa chingadera del *Au pair*, que las familias con las que trabajan, que les quedaba poco de los contratos, que ya casi se iban para otro lado. Todas algo aportaron. Andrea, por otro lado, siempre estaba al teléfono. Distante. Distante.

Intercambiamos redes sociales esa noche y nos dispusimos a vernos en el futuro de ser posible. El futuro llegó en Julio, porque había buen clima,

y Juan cuadró para ir a un lago a carretiar. “*Marica, pero pillá que va a ir Jose*”. Me detuve un segundo. Reí. Por fuera, y por dentro, pero por fuera solo una mueca, como que desconociendo la tirria que le tenía al Jose. “Pues mira, no puedo evitar que el man exista, y tampoco puedo hacer que desaparezca de la tierra. Así nomás pues. Ya estoy poniendo demasiados peros, *jaja*” – reí. Esperamos afuera del edificio de apartamentos de Juan a que llegara parte del grupo, otros colombianos que no reconocía inmediatamente, y el pinche Jose, que llegó (tarde) y me ofreció un enrollado de mota en señal de buena fe, y para limar asperezas. “*Mirá, wevon, que te enrollé un poquitico de bareto, por tu cumpleaños, pa’ que lo disfrutes*”, me dijo en su voz rasposa y mirada perdida por haberse fumado de menos uno antes de llegar al apartamento. El enrollado de mota estaba amarillento y, por alguna razón, excesivamente babeado. “*Ah, simón, gracias, weon, qué amable*”. No hablamos más por el momento. Tomamos las bicicletas y trazamos la ruta a un lago al norte de la ciudad, el *Mittelgrund*, por Eggenstein-Leopoldshafen. Yo no lo conocía previamente, pues solamente había ido al lago de *Weingarten*, que me parecía un genial lago, maravilloso, aún, ‘puesto que tenía duchas, sanitarios y venta de bebidas y comida de todo tipo, así como asadores públicos y varias playas para ver muchachas en bikini. Llegamos al lago sin saber si se podría asar algo ahí, puesto que sabíamos que en algunos lagos no es posible hacerlo (o al menos, no legalmente), puesto que tener fuego abierto puede inducir una situación de peligro al incendiar la maleza. “Pues la neta no sé, pero podemos hacer el intento y ya si nos chingan, pues nos chingaron” – excusé. Pusimos nuestras mariqueras en la playa cerca de donde ya estaban Estefanía, Natalia, y Andrea, junto con otros dos individuos de cuyo nombre no puedo acordarme, porque además son irrelevantes para la historia, porque nunca hablamos nada durante las siguientes horas. Bebimos cerveza, encendimos un fuego, asamos algunas salchichas y filetes de cochino, mientras platicábamos nimiedades de la

vida cotidiana. Ahí supe un poco más sobre la vida de este particular trio de individuos colombianas: Natalia estaba a punto de irse de Karlsruhe, y Juan estaba intentando hacerle la vuelta, por lo que le llevaba más chorizos de lo estrictamente necesario. Estefanía, también colombiana, también estaba como *Au-pair* en otra casa, y su semblante y cara eran relajadas y amables, platicaba mucho y se reía mucho con Natalia. Se conocían desde mucho antes, y tuvieron algunos problemas con las familias en las que trabajan. Nada terrible, solamente las condiciones de trabajo terminaron no siendo como las habían planeado: Las horas de trabajo efectivo eran más extendidas de lo acordado, y de vez en cuando, les limitaban las salidas los fines de semana, o las hacían limpiar la casa cuando no era parte del acuerdo inicial. Cosas mínimas, si uno quiere ponerse del lado del explotador laboral, sobre todo viniendo del sur global, donde pareciése que el chingar al prójimo fuere antecedente para el acceso al cielo católico, apostólico y romano, pero dadas las circunstancias de solidaridad latinoamericana, las carencias laborales parecían tener más fuerza con cada trago de cerveza caliente.

Así, con el hocico caliente, tomé casi todas las cervezas que traía en la mochila. Unas ocho, según mis cálculos. 1.66%, según la fórmula de Widmark. Ya andaba medio pedo y diciendo cosas fuera de lo aceptable. Caía la noche, a eso de las nueve, y había que partir de vuelta al pueblo. "A casa", - pensé. "No, pero ya, vamos para mi casa, igual no está la familia, ahí podemos echar traguito, ¿O qué muchachos?", supongo que dijo Natalia. No sé, yo ya no sabía qué era qué. Subimos a las bicicletas, y como traía chanclas, sandalias, me quedé atrás porque se me iban saliendo, y tenía dificultad cargando la mochila y sin luces de bicicleta, para acabarla de chingar. Perdí mi sandalia en la obscuridad, y me esperó Felipe. ¿Cuál Felipe? Un Felipe. No tenía luces. Veía *nada*. Caminos oscuros. Sumamente oscuros. No recuerdo mucho del camino

de vuelta. Solo recuerdo la voz del Felipe diciéndome por dónde ir, y que que anduvimos en la oscuridad un largo momento. Mucho tiempo. Muchísimo tiempo, debió haber pasado.

Llegamos a “casa” de Natalia y recuperé algo de cordura, porque estacioné la bicicleta, Natalia dijo que se apuraran, y subimos a un automóvil que manejaba ella, y llegamos a un supermercado. Entramos al supermercado y fuimos a buscar cervezas y vodka. “No, mariquis, momento, deja voy por otra botella, no puede faltar”. “¿Faltar qué, mariquis?” – reía Juan, porque yo tenía la psicosis ocular de cuando estoy tomado, pero quiero seguir tomando. Desaparecí entre los pasillos y recogí gomitas de dulce, papas fritas, hummus. Todo lo que se me atravesó, lo tomé todo con mis manos santas, y una botella de vodka. No me cabía más en las manos. Llegué a la caja y pasé todo. Sosteniendo con el pulgar y el índice la botella de vodka, Juan me interrumpió, preguntándome si necesitaba ayuda. “No, no, estoy b...”

Y se me cayó la botella de vodka al piso, a la verga.

La señora de la caja sabía de mi estado inconveniente. Pero no dijo nada, porque ¿Para qué? Le dije que *alles klar*, y me fui por otra botella, que pagué, mientras Juan reía a carcajadas afuera por mis infortunios que me provoqué a mi mismo por andar hasta la verga y queriendo seguir pistear hasta que se acabara el día.

No recuerdo mucho de lo que pasó cuando recién llegamos. Recuerdo una casa enorme. Con al menos dos pisos y un sótano. Había un cuarto de juegos y una sala con un sofá de vista cómoda y mucha decoración asiática. Había muchas bolsas de hielos en el congelador, y la nevera era marca *Liebherr*, que solo reconocía porque también fabrican maquinaria pesada de construcción. Había una pequeña nevera para vinos, y la

cocina estaba bastante impecable, aunque ahora llena de bolsas de frituras y botellas de alcohol de mediano costo. Alguien en la sala encendió el Wii y puso alguna versión de *Just Dance*, un videojuego de baile muy popular hace años. Bailé, creo. Recuerdo una pareja al fondo besándose. Hmm. Qué rico. Me quedé acostado un rato. Vi a un gato negro. Me acerqué a acariciarlo. Me quedé en el piso. Había un tapete enorme blanco y peludo. Había un gato. Me quedé ahí unos minutos para recuperar las ánimas.

Recuperé de a poco el conocimiento mientras comía papas fritas y dulces. De repente escuché a Andrea al fondo, teniendo una discusión acalorada con Juan acerca de Jesucristo. Andrea era una apasionada cristiana, siempre adornada con una cruz dorada alrededor de su cuello que sobaba cada tanto cuando la conversación se tornaba álgida. Intentó defender encarecidamente su posición como devota cristiana, mientras alguien refutaba el punto, alegando sobre el padre Chucho, que no reconocía, porque no conozco toda la historia católica tradicional colombiana. Puse media atención, porque tengo mis opiniones sobre Jesús Cristo, y no estaba en condiciones de defender al demonio en ese momento. Tal vez, hasta le dije a Andrea que la escuchaba defender su punto. No porque me importara mucho la situación de Cristo. No sé. Estaba particularmente animado ese día a ejercer tantos putos años de ortodoxia católica, si esto me daba un momento de corazón a corazón con la única hijuepucha vieja en toda la fiesta que no estaba hablando nunca con nadie. Yo que sé. De algo sirve saber algo de los apóstoles.

El resto de la historia se bifurca a partir de este punto.

Yo seguí hablando con Andrea sobre las creencias, y el respeto al derecho ajeno es la paz. Los muchachos se hartaron de tantas mamadas y se fueron mejor a jugar Nintendo y seguir echando pola. Yo seguía, ahí, terco.

Natalia, la de aquí, salió diciendo que marica esto, que webón aquello. Hablamos de Natalia, la otra, y de que ya era cada vez menos que pensaba en ella. Ella me dijo que tenía una historia complicada con no sé que man, pero que fresco, que esperaba que las cosas en Alemania mejorarían todo.

Escuché un grito. El gato se me acercó y yo lo estaba sobando. Le dije a Andrea de la gata de Natalia.

Yo miraba al José muy misterioso en una esquina. Yo tenía al gato en mano. Me acerco a la sala. Juan me dijo “**Mariquis, valió verga esta mierda el...**” y yo, después de un rato largo sonreí por el misfortunio ajeno.

Juan se fue a hablar con Natalia, a rayar las t y puntuar las i, pero Natalia preguntaba por Andrea, que no veía por ningún lado. Se fue a su cuarto a recoger alguna cosa, y salió fúrica diciendo que

¡marica qué rabia con este man! Se encontró a algún hombre en paños menores en su cama, que salió despavorido. Hubo discusiones al fondo, mientras algunos de los hombres, poniendo música cada vez más estridente, reían fuerte y sacaban los pasos prohibidos. El José andaba medio misterioso, como que no intentando hacer mucha bulla. El Juan y el Jhon estaban hablando con Natalia y Estefanía, un poco ajetreada, sobre esta bola de maricas y que ya sería mejor idea que todo mundo se fuera de la casa. Estefanía calmaba a Natalia. Juan veía como el mundo se derrumbaba de a poco. Natalia se acerca a la sala. El José olía a letrina con queso. Lo peor hubo sucedido.

Hubo un grito, y Natalia salió histérica, con Estefanía detrás de ella. Hubo muchas discusiones a las que no presté atención, porque estaba con el gato. José estaba en una esquina comiendo bolas de queso,

mientras Natalia le gritaba. Más gritos, y de repente, José se fue. Al llegar a la sala, me llegó un olor ácido, como a bilis pasada de momento. Alguien había dejado provenientes del estómago en el tapete carísimo y peludo en medio de la sala carísima. “**Marica, si ese fue el gato**” – dijo José, con una certeza inimaginable. “**Qué gato más hijueputa**” – pensé. Dijo. No tendremos pruebas para averiguar nada, pero este wevón se tuvo que ir, y se tuvo que llevar a los maricas que traía consigo. Natalia cerró la puerta, y tocó hacer lo que más me gusta en esta vida: Resolver problemas ajenos cuando estoy machín borracho a la verga. Llegó de ponerse serio e intentar limpiar ese tapete. Me acerqué a la cocina a sacar algunos productos de limpieza: Jabón, vinagre, y no encontré bicarbonato de sodio, pero con eso sería suficiente para limpiar la prominente mancha café/rojiza de vómito. El jabón ayudó bastante a limpiar la zona, y el vinagre a neutralizar ese pútrido olor que, dado mi nivel de alcoholización, no podía detectar del todo. Bueno, ningún problema. Me acercaba a olfatear cual perro para quitar cualquier rastro de mal olor, después de varios minutos de tallar con todas las esponjas y cepillos que encontré en la cocina. “**marica, ¡Las cámaras!**”, – dijo Natalia. “Que no cunda el pánico, yo sé de cámaras” – dije, mientras tallaba el tapete con fuerza. Aspiré fuertemente para ver si quedaban partículas de guácara dispersas. Todo se olía bien. Nada, a lo que sigue. – transpiré. Me acerqué a la unidad central de control de las cámaras y piqué todo, sin suerte alguna, porque no había nada que hacer al respecto. Me acerqué al refrigerador y mientras señalizaba la virtud de la cordura, me servía unos hielos en un vaso: “**Esta pinche gente irrespetuosa que no puede controlar su consumo de alcohol**” – con conspicua bravura eyaculé. Tres segundos después de mi violenta interjección, se me cayó la caja del congelador al piso, y astillé la caja del congelador. La miré. Miré a Natalia, que estaba al borde de tirarse a la carretera para que la atropellara un camión en lugar de ver más

destrucción del recinto. “Lo siento, ¡Lo siento! No me corras, se puede remediar, voy a buscar el modelo de la nevera y lo pediré por Internet, que no cunda el pánico”. Salvado, pues me dijo que sí, que sí, que ya, ni modo. Volví a aspirar fuertemente en el tapete, mientras Natalia, derrotada, dijo: “Bueno, me voy a dormir, pueden quedarse aquí a dormir y mañana vemos [lo del tapete]”. Se despidió mientras los demás buscábamos un lugar cómodo para dormir, dado que Andrea se había dormido en el sofá, quedando algo de espacio al fondo en un cuarto oscuro con unas planchas donde cabían algunos hombres horizontalmente. Más al fondo había algunos acolchados, suficientes para no lastimarnos la espalda en la madrugada.

A las ocho de la mañana, con unas cinco horas de sueño, desperté para encontrarme en un sauna pequeño, con una ducha atrás de donde habíamos encontrado estos cómodos lugares para dormir, así como una cabeza gigante de buda observándonos. “A la verga, esta gente sí tiene dinero” – pensé, mientras abría una de las puertas a un microjardín japonés adornado al centro con piedras, y unos pasillos de madera donde uno podía fácilmente atorarse si no navegaba esos pasillos con cautela. Encendí un cigarillo y me acosté en las maderas a ver el cielo claro. “Espero que esa pinche guácara no huela tan culero después de la pinche tallada de anoche”. Pensaba, mientras, unas nubes *pasaban*. Volví al sauna y el resto de los muchachos ya estaban despertando. El grupo se juntó en la cocina a analizar la situación, mientras poníamos unos huevos a cocinarse, y unos jugos de naranja que quedaron de la noche anterior que nos ayudarían a pasar el rato amargo.

Natalia nos dio instrucciones para limpiar todo mientras se quedaba mirando al tapete. “Ay, ¡no marica! Ahora sí me matan por esta cagada del José” – decía, mientras observábamos el lugar de los hechos: Resulta que puse demasiado empeño a la limpieza del tapete, y quedaba un poco de mal olor, pero muy al fondo, un toque de olor a vinagre, pero muy al fondo, y una mancha voraz enorme blanquecina, dado que no se había

lavado ese tapete en varios años. No siquiera se había movido, porque una de las primeras ideas fue rotar la posición. **Pésima idea.** El tapete había sido marcado por el sofá por los años, así que la marca de los distintos muebles en la sala dejaba asentada la posición de los lugares en los que estaba el sofá cómodo. “**No, mariquis, esta mierda se mira repailas, regresémoslo a como estaba antes**”. Hicimos algo de poner distintas configuraciones, volvimos a limpiar con vinagre y jabón, y buscamos un limpiador profesional de tapetes. “**Bueno, en el peor caso, puedes ofrecer la limpieza del tapete, pero no creo que sea tan barato**”. A eso del medio día, quedé con Natalia de buscar lo de la caja del congelador. “Voy a buscarlo hoy en la noche, espero que puedan mandarlo antes del miércoles”. “**Sí, parece, no te apures, o bueno, sí pero antes del miércoles que llegan mis jefes, pero me avisas entonces**”. Le dimos un abrazo solidario, dejamos todo limpio en la casa, y salimos de la casa, despidiéndonos de las mujeres. Tomamos las bicicletas y salimos a la estación de tranvía más cercana a la casa de esa gente millonaria, para jamás volver a verla. Juan y yo íbamos clarificando la historia, lo del vómito, y lo del padre Chucho, que tuvo algunas acusaciones de violencia sexual en Colombia. Me preguntó que si qué pues con Andrea, y le dije que nada, que era mujer casada. O algo así me dejó a entender. Ya de Andrea no volvimos a hablar de vuelta.

Y por otro lado, del puto Jose ya no volví a saber nunca, supongo se fue a Colombia y está contento allá. Le mando, con cariño, todas mis

bendiciones

Llegando a mi apartamento, armado con el nombre del refrigerador y una vergüenza inmediata por ser tan pendeja, encontré el costo de la parte que rompí la velada anterior tras una comunicación por correo electrónico: Veinte euros con noventa y siete centavos, más costos de envío. Hmrrph, puta madre, a la verga – pensé. Pero bueno, la cagué y tendría que pagar los platos rotos, bastante literalmente. Uno de los efectos (positivos) de haber estado esa noche ahí, es que desarrollé mi relación con Andrea a través de mensajería instantánea, a pesar de no recordar los detalles de por qué empezamos a hablar la noche anterior. Entre tantos temas, ella frecuentemente se jactaba de que “estos hombres en Alemania no saben tomar”. Yo le dije que sí, que estaba bien, que “un día de estos deberíamos de ponérmolas en la calle, por las risas”. Me dijo que sí, que pa’ las que fueran. Que pusiera fecha y lugar. La fecha y lugar se asentó un miércoles cualquiera de unas semanas después, cuando le dije que ese era el día, y que hacía calor, así que quedamos de vernos en el parque. Resolví empacando diecisiete cervezas de las Rössel, las más culeras y baratas que me parecían decentes cuanto estaban frías, y la cantidad no-decimal se debió a que eran las que cabían en mi mochila, que igual pensé que eran demasiadas, y nos cité en el parque del castillo, cerca de la laguna.

“Bueno, pues ahí está. Compré un diecisiete³⁴², porque era lo que me cabía en la mochila. Toca de a ocho cada quién”.

³⁴²En el argot sinaloense, las cervezas típicamente se compraban en múltiplos de seis, una herencia del imperio que se quedó engranada en la comprensión espacio-temporal de la gente. De igual manera, era común encontrar la leche vendida en medios y galones completos, a pesar de tener un sistema basado en el SI bastante arraigado en otras situaciones de comunicación popular. Cuando era joven, unos dieciocho años tendría, la cerveza se compraba en paquetes de 12, en latas de 355 mL, o doce onzas. Llegué a comprar charolas, que era la versión de veinticuatro latas, y ya cuando dejamos de consumir alcohol como vehículo para tener una relación saludable entre hombres, llevábamos un ochito para platicar. Las cerveza en Alemania se conseguían en cajas de veinte o diez piezas, separables por la mitad, y en cantidades de trescientos o quinientos mililitros, como lo hubiera querido Maxwell.

Me dijo que rico, que ya estaba, pero algo notaba incómodo en su talante. Nos sentamos en unas piedras y empezamos a abrirlas para beberlas y conocernos de a poco. Me habló un poco de su vida en Colombia: Que tenía una pareja sentimental que dejó por allá, pero que se separaron, mientras ella hacía su año fuera como *Au Pair*, y que las cosas no habían terminado del todo, entonces ella no estaba interesada en salir con alguien. O sí. Realmente, ella no sabía. No estaba muy clara con esa situación. Me habló de un canadiense que como que se estaban conociendo, pero no muchos más datos al respecto. En la cerveza seis, Andrea me dijo: “Uy, marica, pero a mi la verdad es que casi no me gusta la pola, más bien para beber yo prefiero un guarito³⁴³”. “Pues mala suerte, mijita, porque a mi me causa dolor de cabeza el alcohol de verdad”. Sonrió, honestamente. Seguimos hablando de alcohol, y de borracheras, porque eso sí le gustaba, aunque estaba de fondo obscureciendo de poco. Decidimos ir a comer algo porque yo ya estaba prendas, aunque ella dijo que no, que nada prendas, que si ni habíamos tomado tanto. A las nueve y tantas (horas, o cervezas), ya que estaban todas las tiendas de conveniencia cerradas, solamente comimos un döner yufka y le dije que tenía vodka en mi apartamento, dado que no había más que beber. “Dale pues, vamos a parchar a tu apartamento”. Tomamos las bicicletas y empezamos a andar cerca del museo de historia natural, calle por la que podíamos tomar un puente sobre la Kriegstraße. Yo iba por detrás y en el momento en el que teníamos que subir a la acera, lo hice muy bruscamente y golpeé la parte trasera de la bicicleta de Andrea. “¡Ay marica!” gritó, perdiendo el control de la bicicleta y propulsándose hacia el suelo, lastimándose la rodilla. Preocupada, me detuve y acudí a auxiliarla. La herida era más que nada superficial, pero sentía mucha culpa por haber causado el accidente. Estuvo ahí, berreando un poco, y yo intentando pedirle disculpas. Así estuvimos unos minutos discutiendo sobre la situación. “Ay no, parece, así ya ni se antoja echar trago”. Pensé

³⁴³Guaro, *D. l. m. b. q. guarapo*, 1. m. Am. Cen. Aguardiente de caña.

que chale, que ni modo, pero de menos me ofrecí a llevarla de vuelta a su hogar, via dejándola en la estación de trenes principal. Busqué el siguiente tren que la llevaría a la casa donde vivía, y afortunadamente salía uno en apenas 30 minutos. “Bueno, si nos vamos así, ya, ya, alcanzamos el siguiente tren a Weingarten en media, si todavía puedes andar, creo que sí alcanzamos”. Asintió y nos dirigimos a la estación de trenes. Me dijo que no tenía dinero en efectivo, y que su tarjeta no funcionaba para comprar billetes de tren, por lo que le compré un billete y se lo obsequié. “No me lo pagues, igual todos nos vamos a morir, a la verga, ahí en el futuro vemos como me pagas”. “Ay, ¡Tan lindo! Muchas gracias”. Nos despedimos con un abrazo, y regresé a mi apartamento en la bicicleta a no beber nada. Me quedé pensando que chale, a la verga, y ya al rato me acosté a dormir no sin mandarle un mensaje a Andrea. Me contestó ya bastante noche que había llegado a casa, que sin afán, que estaba bien con la rodilla, que no había que mandarla al hospital ni nada. Me dijo de una fiesta con el canadiense, por si quería ir. Le dije que simón, que cuando fuera.

Ella seguía terminando cada conversación, cada noche, con un “bendiciones”.



Para mí, “Bendiciones” siempre me ha sonado como “chingas a tu reputísima madre, culero”. Supongo que paso mucho tiempo en el Internet siendo un cretino en ciertas redes sociales. Pero tenía años sin pasar tiempo con las víctimas de la catequesis. Por ahí cuando tenía ocho o nueve años, me dijo mi papá que había que prepararme para hacer la primera comunión. Francamente no entendía cual era la pinche prisa, porque cuando fuimos a la preparación de la primera comunión,

tuve que ir un año a un indescriptible domicilio de catecismo, donde me hablaban de Cristo, y su rol en mi vida como profundo católico. Tenía entendido que tenía que hacer eso durante un año, pero las cosas se aceleraron, y terminé haciendo la primera comunión asistido por una señora que intento explicarme que eran todas esas cosas extrañas que tanto me decían sobre los 10 mandamientos y los pecados capitales. ¿O qué, cómo van a explicarme la parte de la lujuria, de desear a la mujer de mi prójimo, o qué, cómo era esa parte de respetar la propiedad privada? Yo qué chingados iba a saber de eso en ese entonces. La parte de la confesión me parecía de lo más extraño. Tenía que decirle al padre todos mis pecados, de los cuales ninguno estaba descrito en ninguna parte de las revisiones que hice acerca de la fe cristiana, porque tampoco es que robé, o había leído a Marx para discutir sobre la burguesía, el proletariado y la propiedad privada. Llegué al confesionario algo hosco, y busqué pecados viejos, que una vez me intenté robar una caja con dulces porque mi papá no me la quiso comprar. El padre, notablemente molesto, intentó indagar más en qué pecados había cometido. Le dije que una vez no saqué a mi perro a pasear. Empecé a inventar cosas, solo para rellenar los pecados para que me dejaran ir. La penitencia fueron padres nuestros y aves Marías, que hice a velocidades impresionantes antes de la misa, y ya me dieron mi oblea para marcarme como buen católico.

Ya después solo tuve que tener muchas imágenes de cristo y la virgen en el cuarto que compartía con mi abuela, en Analco, y mi madre siempre me dijo que cuando fuera a algún lugar nuevo y entrara a una iglesia, que podía pedir un deseo de algo que quisiera. Cuando muy niño entré a una iglesia en Cuautla, y lo que pedí fue que me regalaran el

Mario Bros 5, un cassette pirata que vi en un mercado unas horas atrás. Creo que la idea era más pedir deseos como la paz mundial o la salud de mi padre y madre, y no tanto bienes materiales como videojuegos piratas. Fuera de eso, la gente de la universidad Panamericana pululaba con católicos muy acérrimos. El instituto al que yo fui era más bien de denominación jesuita, y a mi padre y madre les resultaba bastante interesante que había una estatua de Ignacio de Loyola cerca de la biblioteca, con la insignia “*Solo y a pie*”. Les parecía cómico. “*Mira, como tú*”. Esa frase me definió como hombre joven y, desde mi perspectiva, solitario y hosco.

Ya de Cristo no volví a saber hasta que me preguntaron en la oficina de registro en Karlsruhe si profesaba alguna religión. Le dije que *Nein*, y bien por mí, porque si no hubiera sido tasado con un ocho por ciento de mi salario. Nos volvimos a ver el siguiente fin de semana en la fiesta del canadiense, en un apartamento bastante grande por Marktplatz. Andrea me dijo que estaba invitada a ir, y que solo tenía que llevar algo de comer. Preparé algo de arroz rojo con mole poblano como muestra de buena fe. Llegué algo tarde a la fiesta, pero entregué a la entrada de la fiesta las empanadas y varias cervezas que compré. El canadiense, de cuyo nombre no me acuerdo, era un hombre bastante alto, un pelo más que yo, con una barbilla prominente, sonrisa clara y honesta, cabello marrón oscuro bien peinado de lado, y una barba de sombra de 5 de la tarde que adornaba su perfectamente torneado mentón. Sus manos, fuertes pero tersas al tacto, me agradecieron por traer algo. Creo que el tipo no estaba del todo contento con mi presencia, a pesar de que no hablamos mucho. Hablaba un español bastante claro y bien pronunciado. Pasé al apartamento y había música latinoamericana y algo de comida traída por otras personas asistentes. Conocí a Julia, una física que conocía a alguien que yo conocía pero no recordaba las

circunstancias: “Tell ~~Stefan~~ ~~Andrea~~ that you met Julia, Hat Julia.” Curioso hacer un dejo de personalidad el usar una prenda de vestir, pero supongo que es mejor que nada como símbolo de identidad. – internalicé. Afortunadamente, llegó despuecito Estefanía, salvándome de tener que recordar a la sombreruda. Esa vez platiqué más con Estefanía, con quien no pude hablar en ocasiones anteriores, porque no había la oportunidad. Me platicó del final de su contrato, de lo que pensaba hacer (mudarse a Stuttgart) y posteriormente buscar un voluntariado. Estefanía era joven, así que tiempo le quedaba de sobra. Hablamos de lo que pasó en la fiesta, y estábamos cagados de la risa recontando lo sucedido, con el gato, con los bailes, con la nevera, y la limpieza de la casa. Andrea estaba para arriba y para abajo con el hermoso canadiense, hablando presa de sus fuertes y musculosos brazos en las esquinas del apartamento que se empezó a vaciar lentamente pasada la media noche. A las doce y media, quedábamos Andrea, el canadiense, yo y Estefanía³⁴⁴, quien dijo que ya era hora de partir, y se me quedó mirando. Yo tenía una cerveza en la mano, y le dije que sí, que yo me acababa esta y me iba. Andrea se me quedó mirando también, y me dijo que era tarde. Extrañada, le dije que “ah”, y el canadiense se agarraba la pierna fuerte y torneada, por un lado de Andrea. Entendí algo tarde que ya era momento de dejar a los tortolitos tener un corazón-a-corazón en privacidad. Salí del apartamento y me fui al apartamento. De Andrea supe al día siguiente.

Anteriormente, Andrea me dijo desde antes que la acompañara al terminar la fiesta, así que me había dicho, cuando llegamos al lugar, que la esperara. Al final, me dijo ella que se quedaría. Y, bien por ella. La conversación fue un poco incómoda porque yo estaba esperando una cosa distinta, y tampoco quería parecer el amigo bloquea-penes, porque esa no era mi intención, y Andrea me lo había dicho antes de entrar.

³⁴⁴Sí, a la verga, el sujeto va al final de la lista, pero me valió verga y quise ahorrar letras porque la siguiente oración es de alguien que no era yo, demándenmen por no saber ler.

Pero supongo que cambió de parecer estando en la fiesta, y por eso me mandó a casa en la noche. Bufé un poco, pero lo acepté.

Como los domingos eran mayoritariamente días libres para Andrea, volvimos a discutir la idea de beber mucho, mucho alcohol, para ver quién tenía la verga más grande. Los retos de beber alcohol juntas continuaron en dos ocasiones con conclusiones completamente distintas: La primera vez, ese fin de semana, Andrea me dijo que a ella le gustaba mucho viajar, y que tenía ganas de conocer un poco fuera de Karlsruhe, al no haber tenido mucha oportunidad de hacerlo con anterioridad. La invité entonces a comprar un boleto que permitía viajar durante todo el fin de semana dentro del estado de Baden-Württemberg con un costo de apenas treinta euros, unos quince euros por persona. Me dijo que con gusto, y que a dónde íbamos. Nos vimos a las 10 de la mañana de ese domingo y me preguntó a dónde íbamos. “Ni idea, marica, a ver qué pasa.” Tomamos el tren con dirección a Mannheim, y estuvimos caminando por la ciudad, bebiendo cerveza y hablando de relaciones amorosas, y como la vida no valía nada. Me dijo que el canadiense la intentó enmarañar con frases como “Me encanta tu piel color de miel” y me dio mucha risa, porque pensé que chale, a la verga, no por estar mamado se es menos pendejo para decirle cosas a las pinches viejas que uno le quiere meter un susto. Ya en Mannheim fuimos al río Neckar, a ver pasar el agua y me pidió fotografiarla en los relojes que adornan el centro de la ciudad. Conocimos Ludwigshafen juntas, que resultó solamente ser un corredor industrial sin muchos puntos de interés, salvo una plaza comercial abandonada a donde fuimos a orinar. Luego visitamos Heilbronn, que tampoco tenía muchos puntos de interés, salvo unas papas fritas que comimos en la estación de trenes, que estaba ligeramente adornada por unas nubes tímidas que iban y venían esa tarde acalorada.

A eso de las seis de la tarde, mientras nos
tomábamos unas fotografías en la estación

de tren, me besó en la mejilla. Fue un beso sumamente sentido, como si de alguna manera, me quisiera. Pero como un amigo, un beso de cariño que no había recibido desde hacía mucho tiempo. Me sentí querida, pero de una manera tan disimilar al cariño que había sentido por una desconocida en mucho tiempo. Un cariño sincero.

La devolví a su casa con el boleto que le permitía viajar a la casa donde vivía, mientras yo tomaba la bicicleta para regresar a mi apartamento. Nos despedimos con un cálido, alas largo, demasiado, abrazo. Me despidió con unas bendiciones por mensaje de texto.

La siguiente vez, y la más intensa, fue una vez que Génessis me invitó a su casa como una celebración por su reciente mudanza.

Cierto, creo que relegué un poco a Génessis de la historia por razones que no serán aparentes en este momento. A Génessis la conocí también a través de la gente del *Couchsurfing*, porque era amiga de Simón, el francés que me llevó a comprar camarones a Francia, y que se ponía tentón cuando se emborrachaba, y tenía un novio checo alto y fuerte que le gustaba escalar y consumir bebidas alcohólicas. Unas semanas antes, me pidieron ayuda para hacer la mudanza del centro de la ciudad a un lugar remoto que les quedaba más conveniente para ir a escalar a lugares aún más remoto. Para llegar a ese lugar, a pesar de tener en todas las descripciones como "Karlsruhe", pero para llegar a la verga era un puto viacrucis porque había que subir en bicicleta con pendiente como unos 20 minutos, que no sería un problema teniendo una bicicleta buena, pero como todas las bicicletas verguientas que tenía eran de segunda mano, batallé mucho para llegar a la designación remota. Pero bueno, no pasó nada. De regreso, todo era de bajadita entonces ahí se está mejor. Afortunadamente, el camino sinuoso terminaba con trabajo de mudanza, así que el modo de pago serían cervezas y pizza, todo lo que un hombre necesita como método de pago. Radek, el novio, me dijo: "*The owner is mexican, you should talk to him*", sin embargo, nunca nos conocimos. La semana en cuestión me invitaron a la inauguración del departamento, les dije que si podía llevar a una morra, y me dijeron que sí, que no había problema. El patio tenía muchas abejas en unas flores moradas, creo unas *Perovskia Atroplicifolia*, aunque también pudieron ser lavandas, aunque no olían mucho a lavanda. Esa vez, llevé como invitada a Andrea, y preparé unas costillas al horno para después hacerlas en una parrilla. "*Those were some very nice ribs*", exclamó Radek en algún punto de la velada. Esa noche, Radek nos dijo que nos daría un poco de licor casero que le

regalaron sus padres de la última vez que fueron a Checa. Una vez ya tuve problemas con licor casero del padre de Alejandro, así que lo tomé con tranquilidad. Andrea, por otro lado, con salvaje valentía, dijo que “ush, no, sí, si a esto si le sé, nada que el guaro no me haya pasado, no, todo bien”, – sus palabras. Empezó bastante normal a beber tragos amargos de ese licor horrible, y unos dos o tres porciones después, ya estaba completamente ida de este mundo.

Yo seguí platicando con Génessis y con Radek, mientras Andrea se difuminaba al fondo de la escena. En un momento, fue al sanitario a encerrarse unos minutos preocupando al grupo, haciéndonos pensar que fue a vomitar. En este momento, consideramos apropiado irnos a casa, porque Andrea dijo que se sentía demasiado mal y que tenía que irse. Le dije a Génessis y me dijo que hubiera sido mejor salir un poco más temprano, pero que nos podíamos quedar a dormir si era necesario. Le dije que no, que no mamara, que todo bien, que la muchacha estaba bien, a pesar de que había claras señales de experiencias fuera del cuerpo, pues Andrea nos decía que le urgía irse, que ya se iba, y se ponía en la puerta, con un semblante hosco, intentando la huída sigilosa. Salimos del apartamento acompañados de Génessis y buscamos la parada de autobús, que estaba a unos quince minutos caminando, mientras que el autobús vendría en otros quince. “Bueno, vamos caminando entonces”. Llegamos a la parada de autobús con una Andrea desaparecida, mientras Génessis y yo la cargabamos en los brazos. Yo ya estaba bastante ~~Woooooooooooo~~ en este punto, pero estaba suficientemente consciente para poder leer a la distancia. Esperamos diez minutos después del momento en el que el autobús tenía que pasar, para no tener absolutamente nada viniendo por el camino. Esperamos.

Esperamos.

Unos veinte minutos después, leí en la parada del autobús un texto largo que, cosas más o cosas menos, decía que había que marcar a un número para pedir un taxi que nos llevaría a donde está la estación en la que

terminaba ese autobús. No recuerdo donde estaba esa estación terminal. – me dije a mi mismo.

“Tranquilas, amistades, yo le marco al hombre del taxi”, – enuncié.

Lamentablemente, estaba muy borrach@ y francamente mi alemán era muy malo, así que solo murmuré “taxi, taxi” y me dijeron muchas cosas feas y gritadas, y me solté a reír como desquiciada. “Bueno, supongo que nos tendrás que dar asilo”, le dije a Génessis, mientras Andrea vomitaba detrás de la parada de autobús. Volvimos al apartamento de Génessis y Radek, y acomodaron algunas cosas en el piso para que pudieramos pasar la noche. Andrea quedó devastada. Yo estaba consciente, gracias a Dios, porque no le di con singular alegría al licor checo. Génessis me dijo que qué pedo con mis invitadas agresivas, y yo le dije que no sabía que se ponía así con el licor fuerte. Dormimos unas seis horas.

En la mañana, ya con un poco de fuerza, y Andrea despeinada y con uno de sus zarcillos desaparecidos, se despertó algo atareada. Se le explicó la situación, y se nos ofreció algo caliente de beber. Yo dije que no, que igual ya iba para la casa, y tomamos el autobús que debíamos tomar originalmente, y con bastante dolor de alcohol envenenando nuestros cuerpos, nos acercamos a Wolfartsweier, y tomamos el camino de vuelta a casa. Andrea me dijo que estaba muy cansada y que necesitaba tomar una ducha, pero que no podía más con su vida. Le dije que podía pasar a mi apartamento a ducharse y dormir otro rato. Accedió y fuimos a mi apartamento a desayunar, mientras ella usó algo de mi ropa vieja para dormir. Le dije si no le parecía mal que me recostara por un lado de ella, y me dijo que no, que no pasaba nada. Dijo que ush, que qué rico así para dormir un rato, y me dijo que si le daba un abrazo. Nos acurrucamos y la abracé de cuchara grande. Intenté dormir unos minutos, pero era muy rico estar abrazada de alguien. Cosa que no

hacía desde hace tiempo. Era refrescante no tener que hacerlo por intentar culiar. Dijo algo que se me quedó pegado varios días después. Declaró: “Maldita sea, ¡cómo odio ser mujer a veces!”. Quisiera pensar que no entendía lo que quería decir, pero supongo que ella también estaba muy rico acurrucada ahí, con una amistad, y tenía que poner un alto, porque también a veces da calor en la cola estar en situaciones así de impertinentes. Me dijo: “¡Lo siento, creo que es mejor que me vaya!”. Fue al sanitario con su ropa y en un abrir y cerrar de ojos, volvió al cuarto y me dijo que tenía que irse. Me recordó lo del zarcillo, y le dije que le preguntaría a Génesis, que no pudo haberse quedado muy lejos. Nos despedimos sin mucho abrazo, algo de distancia, y volví a la cama a acostarme. Chale, a la verga, qué fue eso. Nada que una puñeta no resuelva.

Después de este incidente, las cosas no volvieron a ser iguales.

Unos días después, quedamos de vernos cerca de donde ella vivía, junto con Estefanía, para celebrar su cumpleaños puesto que no conocía a más gente en la ciudad. Llegamos a la casa donde trabajaba, que estaba en medio de un terreno casi baldío y muchos juguetes tirados en el patio. La casa se veía en un constante estado de “trabajo en proceso”, pero era una casa bastante grande, con dos automóviles familiares en la cochera, y suficiente espacio para jugar. La casa era de unos alemanes que hablaban español, por lo que la comunicación era bastante fluída con el padre y la madre. Les saludé, y estaban con varios niños corriendo por toda la casa. Ese día, llegamos y Andrea estaba en medio de una llamada con su madre biológica en Colombia. Al colgar la llamada, ella empezó a llorar desconsolada. “Me siento muy sola”, – susurró entre lágrimas. Pobre de ella. Supongo es feo sentirse sola, Andrea. Pero... no sé. Así son a veces las decisiones de irse lejos. Pero pues, no te apures, nos tienes a nosotros, ¿No? – mirando a Estefanía, con preocupación en la cara. Andrea se limpió las lágrimas, y la madre legal le dio un abrazo

corto. Esa vez, íbamos a ir al lago a nadar y pistear, pero Andrea mejor canceló la salida. Por la soledad, supongo, que empezó a cobrar su derecho de suelo en el ánimo de Andrea. “**otro día, otro día hacemos algo, ¿Sí, parece?**”, esbozó quedo. **Sí, tranquila, otro día.** Nos abrazamos muy cortamente. Yo me regresé al apartamento porque igual no tenía tantas cervezas.

Ya después, se complicó mucho hacer planes ~~juntas~~, así que nuestra relación empezó a decaer rápidamente. A los días, nos quedamos de ver en el centro de la ciudad cerca de la estación de tren, y le dije que creía que nuestra relación estaba estancada y que algo estaba mal, y que lo mejor sería no buscarnos tanto. Ella no entendía, y yo tampoco tenía muchas ganas de explicar mucho lo que sentía. Andrea estaba obviamente ofuscada por la súbita incomunicación, pero yo ya no sentía lo mismo. Las cosas no estaban del todo bien. Lo último que me dijo se me quedó para siempre:

“Te deseo lo mejor, amigo, y te doy muchas bendiciones y que mejores lo que sea que te esté atormentando”.

Fue lo último que hablamos. Ya no estuvimos en contacto por redes sociales, y ya las muchachas se habían ido de la ciudad, entonces ya no volvimos a hablar nunca. Ya luego, ella se debió de haber ido, porque el teléfono móvil mostraba la cara de otra persona. No podría saberlo exactamente, pues ya no sabíamos nada el una del otra.

Y pues ya, hombre, de epílogo: Sí, sí, me la quería comer, y no había que hacerla de pedo, se dice y no pasa nada. El pedo es que ella, tal vez, también quería, pero de repente, fue que no, ahí en el apartamento. Tal vez era cuestión de tiempo a lo inevitable, pero tampoco teníamos la vida para encontrarnos. Y pues, ni modo. Los tiempos de Dios son perfectos, dicen por ahí.

Carencia

La junten. La junten. La junten.
La junten. La junten. La junten.
La junten. La junten. La junten.
La junten. La junten. La junten.

La joven. La joven. La joven.
La joven. La joven. La joven.
La joven. La joven. La joven.
La joven. La joven. La joven.

Es pringuen. Es pringuen. Es pringuen.
Es pringuen. Es pringuen. Es pringuen.
Es pringuen. Es pringuen. Es pringuen.
Es pringuen. Es pringuen. Es pringuen.

La primera vez que escuché la canción de *La carencia*, de Panteón Rococó, fue cuando hicieron el video para la promoción del disco “Compañeros Musicales” en 2002. Tenía quince años, era *un polluelo cualquiera*, y la canción estaba constantemente en repetición en los canales de música de televisión por cable disponibles en Los Mochis, Sinaloa. No era muy fanático de la canción en ese momento porque el ska me parecía demasiado pedestre, pero la escuché tantas veces que aún la recuerdo a pesar de los años y años, no encontrándose en la rotación musical habitual de confianza. La canción me recuerda a Karen, una pelicolorada que estudiaba en la misma secundaria que yo, hacía tantas. No eramos amistades, mas pero por sin embargo. De hecho, lo más lejano de serlo. Allora, en el espíritu de creación de lazos socio-afectivos en una edad tan vulnerable como lo es la adolescencia, eramos contactos del servicio de mensajería

de la proto-red social de Microsoft (MSN, para términos legales y como contracción en el texto subsecuente), llevando las discusiones principalmente a través de mensajes de texto, zumbidos, una imagen de perfil que rara vez era una fotografía propia (excepto en los particulares casos de tener una cámara de 3.1 mega pixeles, tecnología que ahora parecerá una cantidad risible), siendo primordialmente una imagen obtenida de Internet. Una de las funcionalidades consistía en tener un estado de texto: Una frase corta al lado del nombre donde, típicamente, el mensaje denominaba:

CaLLe, rAtO - 668 ~~10256- 102405~~

Para las personas que no vivieron específicamente en Los Mochis, Sinaloa durante el principio del milenio, una traducción viene bastante bien en este momento. La estilización de las palabras intercalando mayúsculas y minúsculas era parte de la estética propia del Zeitgeist³⁴⁵. La estética no envejeció con gracia, por lo que en tiempos más actuales se utiliza para señalar irónicamente un elevado tono de voz o para simbolizar una voz letárgica y monótona - Voz de Karen, le llamarían ~~los~~ *zoomers*. Divago. La “CaLLe” se utilizaba para señalar que no se estaba en ese momento en la computadora, dado que el acceso a Internet era exclusivamente a través de computadoras de escritorio, y típicamente, estos eran los sistemas computacionales compartidos por toda la familia. Para las familias acomodadas, tener un sistema de cómputo de algunos decimales de potencia-hora encendido 24/7 no correspondía a un excesivo consumo energético. Válgame, era un punto en la espiga del campo de gastos familiares que había que hacer, porque el final del milenio dejaba atrás tantas cosas. Para las familias no acomodadas, como la mía, que además

³⁴⁵ El espíritu del tiempo, ¡Qué idioma! Debería aprenderlo en algún momento

tuvo acceso a Internet bastante disparejo por los ingresos inestables de la época, esta situación no era inmediatamente posible. En los momentos más dramáticos, había que tomar acceso a Internet vía línea telefónica con flamantes 56 kbps, pero hey, acceso era acceso. Alguna vez, en un acto desesperado por estar en línea, y al no tener un código de acceso al Internet por no tener una cuenta de Internet telefónico, intenté combinaciones desesperadas de acceso a la línea introduciendo ilegibles combinaciones de números y letras. En alguna ocasión, una combinación de “user” con “abc123” Fructiferó en un acceso inmediato al Internet, con carga de páginas web y recepción de mensajería instantánea. Sin embargo, esto solo funcionó una vez, y resultó en un cargo de 128 llamadas locales al servidor de Internet, llegando así a ser un alto costo de consumo telefónico ese mes. No dije nada a la familia para no levantar sospechas. Luego entonces, para señalar que no se estaba en casa, ya fuera porque se hubo salido al boliche, con las amistades o a “dar vueltas”, se indicaba “calle” en el estado del mensajero, y el número telefónico, en caso de que hubiera alguna emergencia. El “rato” se empleaba para indicar que uno se vería un tiempo después, o “al rato”, pero recortado a “rato” para darle informalidad.

¿Ah, Karen? Sí, bueno, durante un tiempo, en su nombre en lugar de Karen, estilizó su nombre como “La Karencia”. Un interesante juego de palabras. Sin embargo, el juego de palabras pudo ser debido a una estilización de “Karencita”, *ergo* Karen-ci’a, para indicar la aspiración del fonema /t/³⁴⁶, aunque tal vez usado de manera irónica. Nunca lo sabremos... porque no somos amistades.

³⁴⁶La aspiración de fonemas ocurre sobre todo con los diminutivos -illo, -illa, que son usados alternativamente al típico diminutivo -ito, -ita, con una interpretación equivalente. Sin embargo, esto se me ocurrió hasta después, que la aspiración es del fonema /ll/ no del fonema /t/. Perdón por hacer este libro más largo de lo que ya es.

A mediados de julio, se llevó a cabo el concierto de Panteón Rococó en *Kulturzentrum Tollhaus*, donde fue el concierto de Chico Trujillo meses antes. En esta ocasión, compré el boleto por adelantado para evitar problemas en el acceso al recinto. Esa vez, Julián, Andrés y Luis quedaron de juntarse en AKK para beber unas pre-cervezas, y encontrarse con algunos amigos para ir al concierto. Yo llegué y había unos chilenos petizos, de caritas indescriptibles, uno con gafas, el otro sin, pero los saludé efusivamente, sobre todo porque había bebido ya unas cervezas en este punto, y estaba particularmente alegre esa mañana. Este par de chilenos, sin embargo, estaban un poco hoscos al principio, pero supuse que era porque no conocían a mucha gente en la ciudad. Pobres de ellos.

El concierto estuvo bastante bien. De Panteón Rococó recordaba conocer menos canciones, pero en vivo también tocan muchos *covers* de otras bandas, como *Loco (tu forma de ser)* de Los Autenticos Decadentes, o *Triste canción* de El Tri, y de las de producción propia, como *Esta noche* y *La dosis perfecta* que no recordaba que fuera tan popular, pero tampoco era que les conocía todo el Opus. Sin embargo, la música era estridente y los sentimientos alterados, dando buena energía para brincar, bailar y sudar las penas. Julián vestía una camisa floreada que terminó mojada de sudor, igual que la mía. Hubo desnudez masculina, pero afortunadamente nadie tiró vasos llenos de miados como me hubo pasado en varios festivales de mi México. En general, excelente concierto, mucho brinco y mucha alegría, los volvería a ver voluntariamente. Julián trajo su güiro metálico para hacer más ruido durante el concierto, y lo metió de “contrabando” al concierto, dado que no se permitía entrar al salón con mochilas u objetos punzocortantes. No hubo problemas con la autoridad esa noche. Esa noche también me enteré que las líricas de la canción que todos conocían tenían letras en alemán. “*Nach oben, nach oben... Nach unten, nach unten... Springen, springen*”. Todo indicaba que había un aprecio por la banda que desconocía hasta ese entonces en Alemania, y me dio gusto por los

músicos y por el ska.

Terminando el concierto, nos quedamos un rato en el recinto, en el patio, bebiendo unas cervezas y cantando y usando las tarimas como instrumento de percusión. Los músicos de Panteón Rococó salieron un poco después a platicar con la gente, rodeados de muchas señoras de aspecto mexicano³⁴⁷ platicando con los músicos. En algún momento, se nos pidió retirarnos del recinto pues estábamos haciendo demasiado ruido.

Saliendo del concierto compramos cervezas y volvimos a de vuelta a AKK a seguir bebiendo cerveza y hacer música. Julián traía su trompeta, y yo tomé prestado el güiro. Una guitarra salió por ahí, y se formó la banda callejera. Tomamos cerveza y se reunió una micro-comunidad de lunes por la noche.

Qué días. Qué música. Tocamos hasta las dos de la mañana hasta que un hombre de características faciales asiáticas... o bueno, un chino, aparentemente, vestido con chanclitas y una camiseta bastante maloliente, nos dijo que por favor no hicieramos ruido, que nos podía escuchar y lo estábamos perturbando. Que estaba estudiando en la biblioteca.

Los chilenos petizos que estaban en el concierto eran efectivamente Luis y Miguel, de hace algunos episodios. Sin embargo, no fue ese el día en el que por fin salieron del clóset y me dijeron la terrible primera impresión que tuvieron mía. Eso ocurrió después, unas semanas tal vez, pero solamente nos reímos y les pedí disculpas, que así somos las personas que tenemos serios problemas emocionales y de clase.

Hasta este punto, Julián era un poco distante, pero amigable. Una cosa

³⁴⁷ ¡Ah! Maldita sea, a la verga. Sí, lo admito. “Mujeres de aspecto mexicano” como silogismo de “mujeres de más de cuarenta años y que hablan español y proceden estéticamente en tonos prietos”. ¿Eso querías decir, culero? Lo siento, no puedo negar la cruz de mi parroquia y que tengo descripciones muy feas respecto a la apariencia física de otras inmigrantes. Mi culpa, mi grande culpa por racista, a la verga.

muy extraña. Un hombre amistoso, pero no. Nuestra amistad se fraguó por mi falta de tacto cuando alguien me dice “*Orlando, estás invitado a ...*” y se indica un lugar. Para no sentir que voy en solitario, y porque se prometen cosas como “*Va a haber viejas chichonas que les gusta hablar español*”, “*Va a haber música hasta altas horas de la madrugada*” y “*habrá varias bañeras llenas de cerveza*”, y otras fascinantes descripciones de los eventos nocturnos. Una de esas invitaciones me tomé la libertad de invitar a Jhon y a Juan, un venezolano de Karlsruhe y el ya conocido para este punto, el mariquis, el “¡*Quiubo marisquis!*”. Ah, pues ese wevón. Quedé de ver a Julián en un tren con dirección a Heidelberg, al norte de Karlsruhe, donde habría “*una de las fiestas más grandes del verano*”, palabras de Luis. Sin embargo, y un daro que yo desconocía en ese momento, era que la invitación era a través de Belén, una peruana-portuguesa que trabajaba en Heidelberg, y que hace poco empezaba a involucrarse afectivo-emocionalmente con Luis, pero que también tenía una relación amistosa con Julián. Cuando llegué al tren a ver a Julián, y teniendo a dos desconocidos acompañándome, se notaba que Julián estaba incómodo – cosa difícil de que ocurriera, pues yo nunca había visto a Julián estar incómodo. “*Ya po, es que no vamo’ a la fiesta así nomás, ¿Cacha’i? Vamo’ con la Belén primero, porque es caleta temprano*” En este momento me di cuenta que posiblemente había cometido una equivocación. No antes, no. Yo pensé que solo iríamos a una fiesta con una cantidad no-despreciable de gente desconocida, por lo que podría más fácilmente inmiscuirme sin notar que traía a dos extraños. El hecho que iríamos primero con esta tal Belén complicaba la situación. No estaba del todo seguro cuál era la situación en sí, pero supuse que podríamos estar ahí sentaditos y no hacer ruido hasta que fuera la fiesta. “*Pero ya, po’, vamo’ así nomás*”, y se echó a reír. Una contagiosa risa que te hace pensar que todo en serio va a estar bien. ¿Cacha’i?

Cuando llegamos a la estación de trenes de Heidelberg, le dije a Julián que me diera la dirección y que nosotros lo alcanzaríamos en casa de la tal Belén. Me pasó la dirección y el salió en bicicleta. Jhon, Juan y yo fuimos a un Revisionsverband der Westkauf-Genossenschaften frente a Seegarten, una estación tupida de vagabundos callejeros gritándose fuerte entre sí, apoyados en bancas callejeras repletas de bolsas llenas de basura, botellas plásticas y ropa vieja. Compramos una caja de cerveza, bajo la pretensión de tener algo que compartir para la fiesta, y nos dirigimos a la casa donde habitaba esta tal Belén. Caminamos un rato largo para llegar a los apartamentos a pesar de haber tomado un tranvía, detalle que mencionamos de pasada en el camino. Llegamos a las afueras de Heidelberg, donde estaba el apartamento donde vivía esta tal Belén et Al. Cuando llegamos, empezó a formarse en mí un sentimiento de vergüenza, al no saber por qué tomé la estúpida decisión de invitar tanta pinche puta gente a un lugar al que no fui originalmente invitado, y después, a pensar en lo que había dicho Julián anteriormente. Tomamos la decisión de entrar, e intentar ser lo menos molestos posibles.

Vaya, mala decisión. Terrible. El apartamento tenía una cocina muy pequeña, donde estaban solamente Luis, la tal Belén, otras dos mujeres con las que ella vivía, y Julián. Ninguna fiesta de nada, al menos, no todavía, y en este momento, fue cuando todo culminó en ser un momento ligeramente incómodo: La invitación temprana era para comer algo antes de salir, y esto hacía que una reunión privada e íntima se convirtiera, de repente, en un conjunto de desconocidos que solamente tenían como liga en común a Luis. Hijo de su reputísima madre, debí pensar esto más detenidamente – pensé. Sin embargo, Belén fue muy agradable y nos dijo que podíamos comer algo también. Habían hecho burritos estilo mexicano. Técnicamente, eran rollos de tortilla estilo Dürüm, que significa enrollado en turco, con frijoles y aguacate y verduras y agregados varios. Para evitar ser más molestos, intenté comer solo una porción pequeña. “¡Pero chicos, coman, por favor, sin pena!”. “Perdón, Belén, me da vergüenza

haber traído a tantos desconocidos” – pensaba. Comimos algo y pusimos algunas cervezas a enfriar, mientras se hacía más tarde para llegar a la fiesta. Antes de partir, Belén nos mostró en su cuarto un dispositivo de *Teenage Engineering*, un *Pocket Operator* que usaba para hacer música. Julián compartía historias de una vez que se quedaron hasta tarde haciendo música en el balcón ese, hasta que los vecinos se hartaron y los mandaron callar lanzándoles un cubo de agua. Oscureció y por fin era momento de sacarnos ese terrible sentimiento de impertinencia.

El grupo local junto con Luis y Julián se fue en bicicleta, y nos pasaron la dirección, a la que llegamos caminando, unos cuarenta minutos después de que Luis, Belén y Julián se fueran. Caminando hacia el lugar de la fiesta, vimos algunos autos de policía en la vecindad, por lo que pensé que algo había sucedido, algún crimen pasional, o una llamada anónima a la ley por violencia doméstica.

Todo estaba *quedo*,

Llegamos al lugar y todo mundo estaba *en silencio*. Encontramos a Luis, Belén y Julián en el patio, y nos informaron de lo que sucedió: La policía fue llamada al lugar por un reporte de ruido de los vecinos.

Chale, entonces ¿Todo fue un mito, no iba a haber una fiesta inmensa? – pensé. Y pues, no. Todo fue un mito. La música hasta tarde, la cerveza... bueno, sí había muchas personas desconocidas. Sin embargo, no había mucha oportunidad de socializar, pues todo estaba muy quedo. Fuimos a uno de los sótanos de la casa, y Julián intentó hacer música, pero definitivamente el lugar no estaba adecuado para tal cosa, y solo se acercaron unos metaleros de cabellera larga a mover la cabeza rítmicamente, para luego irse. Esa vez, le pedí prestada la trompeta a Julián para ver cómo se sentía. Se sentía... extraño. Nunca había tocado un instrumento de viento de ese estilo. El sonido, sin embargo, lo encontraba delirante... tenía que buscarme una trompeta propia. Solamente salió una canción a medias... y nos pidieron silencio.

Salimos a observar cómo se hacía una pequeña fogata en una de las esquinas del patio, donde había mucha gente en silencio. Tomamos unas cervezas tibias, y platicamos entre nosotros. Quedo.

“Vaya pedazo de cagada” – dije. Y bueno, ¿Qué esperaba? Si ni siquiera me invitaron a mí a la fiesta. Eso me pasa por gorrón y por roba-burritos. Nos fuimos a eso de las doce de la noche, para alcanzar el último tren de vuelta a Karlsruhe.

Afortunadamente la amistad con el Julián se exacerbó a partir de la desgracia.

La venganza de los ruidosos

Una bella amistad con los chilenos culia’os pesa’os que emigraron a Karlsruhe se fraguó lentamente. La cuestión con ellos, sin embargo, era que vinieron a Alemania “[Así nomás, po](#)” – dicho de otra manera, no hablaban nada de alemán, nada de inglés, y se acercaron porque su universidad local les ofrecía hacer un año de estudio en el extranjero³⁴⁸ en el tema de planeación urbana — y dadas las circunstancias, se les ofreció también unos cursos de alemán, que no podían tomar dado a que les pasaron muchas mamadas pendejas desde su arribo: Llegaron muy tarde para tomar los cursos intensivos, y por ahí hubo unos problemas de comunicación con las universidades que no se querían hacer cargo de esta bola de vergas. Total, terminaron yendo a ver cursos (en alemán) que no entendían (porque no tomaron los cursos), y terminaron siendo impulsados por unos alemanes completamente fluídos en español: Jan y Jolene, que tuvieron suerte (y mira que tener suerte) de haber pasado

³⁴⁸Mira que hay que tener suerte para que la comunidad internacional le tenga tanta caridad a Chile; no porque considere que todos sean unos choros qlos, por el contrario, como se discute a continuación las personas chilenas tienen un lugar cercano al corazón mío por su extraña animadversión a lo mexicano. Lo que me causa (peruana) incomodidad es porque a las chilenas sí y a mí no, porque soy muy pinche envidioso y no tengo un pasaporte que me evite problemas gubernamentales en el exterior. ¿O será mi cara la que causa problemas?

algo de tiempo en latinoamérica unida y teniendo un excelente manejo del idioma. Otros tantos que los ayudaron a entender qué estaba pasando a su alrededor: Luis vivió en dos o tres lugares distintos porque en ningún lado le firmaban un contrato definido por un año por lo que saltó de habitación en habitación por bastantes meses, terminando viviendo en una comuna de artistas en Durlach, una ciudad vieja al sureste de Karlsruhe, cerca de un montículo de tierra con un castillo al tope. Eso le llevó a tener el sobre nombre de *El Conde de Durlach*, mientras que Miguel vivía con una alemana con una voz pequeña y de varias octavas elevada, llamada Susana, más por el oeste de la ciudad.

Lamentablemente, todo tiene una fecha de expiración, y la partida de Julián estaba pronta a ocurrir. Yo por mi parte encontré una manera de quedarme más tiempo en Karlsruhe, trabajando instalando unos aparatos muy complicados cuyos detalles son irrelevantes para el desarrollo de la historia. Aquí fue el momento en el que las líneas temporales se encontraron, el 25 de Agosto de 2017, fue el día en el que decidimos despedir a Julián, que se regresaba a su Chilito querido, después de una aventura de casi tres años en Karlsruhe. Debido a que tenía acceso a un sótano bastante acústicamente tratado para evitar el ruido al exterior, pudimos hacer una fiesta en un día sumamente caluroso. Compramos, ese día, varias cajas de cerveza, muchas bolsas de hielo y bebidas varias para acompañar la despedida. Esa noche, cantamos y bailamos hasta que tuvimos que cambiar la camisa en varias , que estaban empapadas tras varias ocasiones de uso. Julián dijo “[Traje la polera de bailar, y la polera por si acaso](#)”. Ahí, cantamos muchas canciones de Chico Trujillo, y yo fumé demasiados cigarrillos. Por ahí de las dos o tres de la mañana, terminamos la fiesta, cerrando el local después de una pequeña inspección que nada estuviera roto. Al día siguiente, regresamos a poner un poco de orden, con música y más cerveza. Las señoras de la limpieza igual se encabronaron porque no les gustó como limpiamos, así que perdí el depósito pagado en caso de siniestros, costando cien euros. Pinches rucas.

Ese día, Valentina conoció al grupo de manera un tanto fortuita, razón por la cual ella me confrontó en algún punto y me dijo: “¡Ché, escuchame! ¿Ves como sos de hijo de puta? ¡Me escondés a las amistades!” – y pues no, no los estaba escondiendo, simplemente nunca se dio la situación de juntar los universos conocidos. Sin embargo, y como me sucede en muchas ocasiones subsecuentes, era que yo sobre-corregí la situación con Belén, y tendía a evitar estas mezclas de grupos sociales desconocidos entre ellos ³⁴⁹. De otra manera, creo que fue que en esos días, Valentina y yo estábamos un tanto desconectadas, puesto que ella trabajaba turnos muy complicados en la panadería, y estaba viviendo ahí con la señora esa que tenía un patio enorme por Oststadt, y francamente, Valentina también era un poco ortodoxa en sus formas, cuando no cismática cuando el calor de los tragos lo ameritaba. En fin, no fue, hasta donde yo sabía, hecho a propósito. Solamente la situación no daba para invitarla entonces no lo hice. Pero esta vez sí, y ya no supe del uno ni del otro por algunos días.

Pero bueno, que le hace uno. En esos días conocí a otrora Valentina, una alemana de Kempten que quería estudiar en Friburgo de Brisgovia o Karlsruhe. Lamentablemente, ella decidió irse a Friburgo, y con razón.

Friburgo es hermosa.

Epilógicamente, a Julián lo despedimos, por decimaoctava ocasión, en su apartamento por la Südstadt, donde teníamos que sacar algunas cosas de un apartamento pequeño, a donde acudimos, por lo menos, Luis, Paula, y yo. Ahí sacamos lentamente algunas cosas de su apartamento, y conocimos a la *mitbewohner*, Janine, una pelicafé de ojos verdes bonitos y que hablaba en inglés con el Julián. Esa tarde, estuvimos ahí en su apartamento bebiendo las últimas del ocaso de Julián en Karlsruhe. Estuvimos en el balcón que daba a una pizzería bastante ocupada al frente, y conocimos a Janine un poco, que estudiaba medicina, pero que no sabía que hacer después, si quedarse o irse de

³⁴⁹ ¿O era que no quería quedar en medio de amistades fructíferas sin mí?

Karlsruhe. Le dijimos que no mamara, que no había nada interesante en Karlsruhe. Ahí tocamos las últimas canciones como grupo, entre ellas, *Y si no fuera*, de Chico Trujillo, de algún álbum que no reconozco, ni me interesa, pero que está en clave de Sol, y dice que:

*Y si no vienes, vienes a buscar
lo que no tiene prisa se demora en alcanzarte
y aquí estoy, así, esperando
como quisiera*

La canción me daba mucho sentimiento de tristeza, a pesar de no serlo. Ya en la borrachera, le escribí una nota a la Janine, porque se me hizo bonita y, ya borracha e incoherente, dije “*mira, que chingue a su madre el gobierno, igual ya no vamos a saber el una de la otra*”. A los días, me mandó un mensaje, y estuvimos escribiéndonos unas cuatro o cinco veces ya que el Julián no estuvo. La invité a tomar una cerveza una vez, y me dijo que sí, pero como no tenía tema de plática, porque no soy médica, y la única experiencia que tenía con la medicina era a través de Minerva, de quien tenía años sin pensar acerca de, pues no teníamos muchas cosas de qué platicar, salvo que iba terminando unas lecciones de baile, de lo que tampoco era muy interesante, así que ya después no volvimos a hablar.

Eso de primero ir muy bravo con una morra y luego sacar el culo porque dijo “*ya pa’ que, a la verga, igual no tenemos nada en común*” sería un tema recurrente y jamás tratado a nivel clínico. De la Janine ya no volví a saber nunca.

ñañas

En Agosto, llegaron las ñañas a mi apartamento.

de México que tuvo que encontrar, por un lado, un modo de sobrevivir a pesar de las vicisitudes, y sobre todo, a mirar las cosas positivas de las situaciones que, en veces, le resultaban en su contra. El diablo también tenía una capacidad impresionante para aprender idiomas, si bien en muchas ocasiones pareciera que era por motivos adversos o no completamente de buena fe, era también imposible negar que se podía comunicar de manera simple en muchos idiomas, por su inherente curiosidad en los idiomas extranjeros, usando muchísimo de su intelecto en la traducción y cambio de código, útil sobre todo para poder conectar con distintas personas en distintos contextos. Pinche diablo, ¡Eras bueno, cabrón! ¿Para que me pelié contigo, pinche viejo cochino?



Paula estaba quedándose en casa en esos días, no recuerdo bien si era porque era el tiempo en el que volvía de España después de haber hecho sus prácticas, o algún periodo transitorio, de esos en los que Paula vivía conmigo durante periodos extendidos de tiempo, porque había sub-arrendado su departamento y no tenía dónde habitar.



Era bonito tener a Paula en casa. Nuestra relación era plenamente platónica, en el absoluto sentido semántico: Una relación profunda y afectiva, sin haber un trasfondo sexual. Para esconder la realidad de esta relación, "bromeando" decía que Paula era mi empleada doméstica, o como le decía a

sodicho y mandarle a Cuba y no necesariamente de vacaciones.

un amigo kazajo del diablo: El llavero. Paula era mi llavero, porque esencialmente, la llevaba a todos lados como acompañante por lo que muchas personas creyeron que nuestra relación era sexo-afectiva, pero gracias a Dios, nada de eso: Solamente pleno amor afectivo-familiar.

Las ñañas llegaron al apartamento cuando yo no estaba pues estaba en mi labor diaria. Les dije que me esperaran en la puerta, que no llegaría muy tarde. Debió ser un jueves, porque recuerdo haber tenido que trabajar por lo menos un día más del que llegaron, mientras que a Paula le dije que cuidase de las ñañas en caso de que no estuviera ahí para recibirlas. Lena y Nina eran muy parecidas, pero no en un sentido de sororidad, simplemente en su aspecto fisionómico: Altas, muy altas. Muy güeras, y algo paliduchas. Las encontré sentadas al borde de las escaleras del acceso de la casa donde estaba mi apartamento, ambas con maletas enormes de excursión, y unos pequeños forros de lo que aparentaban ser Ukuleles. Hubimos discutido en línea que ellas disfrutaban de hacer música, y tenían un grupo musical que se denominaba *ñañas*³⁵¹: Según ellas, en Bolivia, así se le dice a las hermanas. Así, simbolizaban su profunda amistad en sus observaciones creativas. Hablamos un poco en la cocina, y me enteré que ellas solo se conocían de hacía poco tiempo porque estaban en el curso de Español en Rostock, una ciudad al norte de Alemania, en el estado de Mecklenburgo-Pomerania. **Lo más cercano que se puede tener al mar en Alemania.** Nina estudiaba música y tocaba el saxofón, pero acompañaba a Lena con un Ukulele y, en veces, con idiófonos sacudidos para mantener el ritmo. Ambas tocaban y cantaban muy bonito, más que nada como resultado de lo que uno obtiene cuando sí usa el tiempo para PRACTICAR en lugar de estar piteando a la verga en la calle hasta altas horas de la noche, y ya peda tocar dos ó tres acordes y cantar mal y pretender que uno sabe tocar música. Así la cosa con estas

³⁵¹Ñaña, Del quechua ñaña “hermana de ella” 1. *adj.* **Bol. Ec. y Perú.** Unido por amistad íntima. 1. f. Nic. excremento.

morras. Las ñañas se pernoctaron esa noche, platicamos un poco más mientras comíamos algo de pan con hummus, y dormimos temprano porque tenía que cambiarse al día siguiente. En la mañana me despedí de Paula y le dije que les echara un ojo, porque cuando yo salí todavía estaban dormidas. Durante el desarrollo del día me dijo que cuando salió a la cocina las saludó y que le hicieron un pequeño interrogatorio, preguntando temas que le parecían de capacidad “extraña”: Qué cuál era la relación de nuestra relación, que qué hacía ahí, que qué hacía en Alemania. Cosas extrañas, según Paula. Le contesté, agresivamente:

Paula. Tú eres mi empleada, a la verga, yo evito que duermas en la calle por tu malapaga. Esa es la extensión de nuestra relación. No estés chingando, a la verga. – Le dije cariñosamente.

Paula se rió. Durante el día, estuvo jodiendo con ese tema, chingue y chingue, como cuchillo de palo, que si no se me hacían guapas las ñañas. Y pues sí, guaponas, altas, normal, pero no mi estilo, le dije. Ninguna de las dos eran mi tipo, porque mi tipo eran no es cierto, no tengo un tipo. Simplemente no eran mi tipo. ¿Qué es tener tipo? No sé, a la verga, nomás no estaba pensando en comerme a ninguna de ellas, en parte por respeto como anfitrión, y en segundo lugar, porque no era el lugar ni el momento. Cómo ¡Chingas! Paula. – Refunfuñé. En la noche fui invitado por Diego, un catalán pequeño y cómico, a una fiesta cerca del centro de la gran ciudad. Le dije a las ñañas y a Paula, y todas dijeron que simón, que vamos, a la verga, que no había pedo. Llevamos algunas cervezas y tomamos el tranvía hacia Kriegstraße, porque se me hizo buena idea que las ñañas se entretuvieran platicando con otra gente que no fuera yo. Me llevé la bicicleta por si había que salir urgentemente a un mandado.

Llegamos a la fiesta y le dije a las ñañas, ya con dos o tres cervezas y en el calor del a velada que: “Hago el mejor ceviche del planeta, a la verga, no, si vieran, una chulada machín”. Paula se reía en el fondo, mientras

yo le hacía caras de que no estuviera chingando. Ellas no me quisieron creer, porque pasaron tiempo en el Ecuador, donde sí hay ceviche chingón. Herido de mi sinaloensismo, les dije, exasperada: “Mañana lo voy a preparar, van a ver (*hijas de la chingada*)”.

En la fiesta, Paula insistía mucho que alguna de las ñañas me quería culiar. Yo le dije, en repetidas ocasiones: “No mames, Paula, no. No estés jodiendo, son visitas, no hay afán, a la verga, sácate a chingar tu madre”, Tal como esos diablos de caricatura que están jodiendo con malas ideas, Paula estuvo repitiendo durante toda la velada la misma pendejada: “Ya culéatelas mamón”, “ponlas en cuatro en la casa”, “dales duro carnal”, y símiles. Platicamos y bebimos y por ahí, salieron unos pastelillos de chocolate con repollo demoníaco, que yo no llevé, y tampoco probé por que no andaba con ganas. que una de las ñañas le dió un cariñito, para después ponerse en un estado de intoxicación bastante fuerte. La otra ñaña me dijo: “Uy, Qrlando, creo que va a ser momento de irnos, la otra ñaña está muy mal”. Pidieron un taxi, y le dije a Paula: “Bueno pues, en caso, solo en caso de que a la ñaña sobria, que según tú me quiere culear, se decida a decirme, *fierro, pues, vamos a culear, pero de perro y sin sentimientos*, te voy a tener que pedir que te vayas a dormir con el Ulises. Solo por si acaso”. “Chale, ¿Así las cosas, cabrón? Bueno, ni modo” – me dijo Paula, mirando al Ulises, otro mexicano que no ha salido a la plática porque no puedo estar metiendo personajes que no salen tantas veces en la historia. Pero bueno, igual, a la verga, nos hizo el paro, y Paula se quedó en la fiesta, haciendo gestos de índole sexual, como masturbar el aire con una mano, masturbar el aire con dos manos, luego dejarse bañar por el aire en semen imaginario proveniente del aire mismo, pero saliendo cubetadas de mecos, todo en $n = 1.00027$. mientras salíamos del apartamento. Llegó el taxi y subimos. El taxista preguntó *¿Ob die Dame hat viel getrunken?* y le dije que “*Näh, alles gut, sie ist nur müde*”, y el taxista dijo que si le vomitaba el carro, que se lo teníamos que lavar. Le dije que si, que a la verga, que estaba bueno. Partimos en camino al apartamento.

Anduvimos unos minutos solamente porque mi apartamento quedaba a unos minutos. Apenas unos quince minutos en automóvil. Cuando veníamos por Neckarstraße. La ñaña sobria, me dijo: “Orlando, ¿eor qué los hombres no me quieren por... dick... Cómo se dice eso?” y no le podía decir: ¿Por gorda? Porque solamente es una mujer grande, pero no gorda. Grande, sí, pero eso no es lo que ella quería decir. Ella quería decir, que por gorda, los hombres no la deseaban. Y no le quise decir eso, pero tampoco le dije lo contrario. No tenía que decir nada, porque solo tenía que decir “Am Belchenplatz, nach links bitte”. Llegamos, pagó la ñaña viva el taxi, y bajamos al apartamento. La ñaña desactivada tuvo suficiente energía vital para ponerse en orden, armar las cobijas para dormir, y recostarse a dormir. La ñaña aporreada por la vida tomó el piso para el pernocte. La otra ñaña tomó el sofá. Intentando (falsamente) no parecer un viejo coshino desagradable (¿O no?), les ofrecí mi cama para dormir, intentando no parecer desesperada, pero pues, si estaban con maluquera, debían preferir acostarse en una cama. Por un lado, y dadas las circunstancias, me pareció por un lado que podrían dormir más cómodamente en la cama, por ese lado, mientras que yo tomaría el sofá de la sala. No tenía problema con dormir en mi sala, porque me gusta mucho dormir en ese sofá azul. Incómodo, sí, pero agradable. El ofrecimiento surgió de una honesta oferta para que durmieran a gusto por una noche, más cómodas en la cama. En retrospectiva, entiendo por qué se pudo interpretar como “me quiero culiar a la que está más viva”, porque... bueno. Así lo expresé anteriormente, (¿O no?)³⁵² pero esa plática del taxi... no sé. Me pareció inético sobrepasarme... además

³⁵²No, no andaba de pasado de vergs, afortunadamente mi código ético es menos gris y si voy a estar acusando al diablo de pasado de verg, lo menos que podría hacer es no ser tan pasado vergs. Hube dicho.

de que ya había hecho el juramento de nunca aprovecharme de mi calidad de anfitrión. Luego entonces, y si usted querido lector/a me quiere creer, espero así lo haga, y quede en mi conciencia (¿O no?) que no anduve de pasado de verga. En mi queda la certeza de que el ofrecimiento fue un tanto raro, pero no insistí mucho, cerré la puerta, y desperté a las siete de la mañana tras haber dormido 4 horas.

En la penumbra del día, y porque así lo hube ofrecido, emprendí un camino a la travesía que definiría lo que a partir de este momento se conocería en el vulgo común como *la ruta del camarón*. Agusaros, a la verga.

La ruta del camarónTM©®

Una mañana

Una mañana linda

Tu corazón como una flor a mí se entregará.

Una mañana, onceava pista del álbum *MTV Unplugged*, lanzado por Warner Music Latina el (*hey!*) siete de junio de 2005. A su vez, la canción es una reinterpretación del original de José José, el príncipe de la canción, siendo la segunda pista de la observación *Cuidado*, lanzada por RCA Sociedad Anónima de Capital Variable, el diez de febrero de 1969.

Esa mañana, hacía bastante sol.

A la verga, como odio el sol.

Me dirigí al apartamento donde ocurrió la fiesta la noche anterior, lamentablemente, sin llaves para abrir el candado de mi bicicleta.

“Putra madre, ¡Paula! Esta cabrona debe de tener mis chingadas llaves de la bicicleta”

Aporreado, salí en dirección al apartamento de Ulises, amigo mutuo de Paula, lugar que quedaba al oeste de la ciudad. Llegué al edificio y timbré, saliendo Paula, despeinada, diciendo “*vales verga, KERNEL*” y riendo y haciendo muecas y gestos de índole sexual, preguntando si me las culié. Y pues sí, valgo verga, porque no, no me culié a nadie. No le dije nada más de las ñañas, que yacían dormidas en sus respectivos aposentos. Le arrebaté las llaves de su mano, regresé al lugar de la fiesta, tomé mi bicicleta, y emprendí mi camino hacia el Carrefour de Lauterburg, en Francia.



Andar en bicicleta con sueño no es un sueño. Andar en bicicleta es algo que siempre me ha gustado, aún después del traumático evento en el que perdí mi bicicleta a manos del hampa cuando tenía 11 o 12 años, fungiendo como mi primera bicicleta que tuve sin ruedas. Cuando compré la bicicleta, estuve con mi padre varias tardes después de la escuela intentando, y fallando miserablemente, de mantener el

equilibrio³⁵³ en la bicicleta. Me caí varias veces, y ahí estaba mi viejo apoyando emocionalmente en la tarea. Unos dos o tres días de fallidos intentos, terminaron con que entendieramos como funciona el balance en una bicicleta, y una historia padre-hijo que se podía agregar sin problemas a una plática de tarde comiendo cacahuates en una silla de mimbre.

La felicidad no duró mucho, porque unos meses después, visitando a mi tía Sandra, que vivía apenas a dos cuadras de nuestra entonces casa para comprar un helado de galleta maría con lechera, mi bicicleta fue tomada por un hampón, mientras yo hacía las compras, al no tener una cadena para

³⁵³Gran álbum de los Jaguares, publicado el nueve de Septiembre de 1996. Me acuerdo positivamente del álbum porque en septiembre de 1998, el huracán Isis³⁵⁴ causó severas inundaciones en la zona norte del estado de Sinaloa³⁵⁵. Tendríamos pocos meses de haber llegado, tampoco teniendo mucha infraestructura para resguardarnos de las inclemencias del clima. Mi tía Guillermina, Chemi para los compas, nos dió asilo en esos días en los que había una cantidad reducida de energía eléctrica al haber cortes en el servicio para evitar daños a la red eléctrica por las inundaciones. El huracán pasó de noche, con mucho viento y sin energía eléctrica. Afortunadamente tenía baterías y un *Game Boy Color* con juegos, pero desafortunadamente no tenía iluminación de fondo de pantalla, luego entonces, no podía jugar videojuegos. Al día siguiente, pasada la tormenta, no había ningún modo de entretenimiento. Las calles de la colonia Country estaban completamente inundadas, pero gracias a dios estábamos todos bien, y no se quebró ninguna ventana por los fuertes vientos. Solo era cuestión de esperar a que las inundaciones cedieran. Para pasar el tiempo, mi primo Miguel ponía en una camioneta Suburban con suficiente batería el disco del equilibrio de los Jaguares, que sonaban en las bocinas de la camioneta para que todo el barrio se enterara. Escuchamos ese álbum unas quince veces en dos días, en lo que se drenaba el agua acumulada por el ciclón. Al fondo, en la noche, se escuchaban los sapos croar, *ribit, ribit*. y para pasar el tiempo, me salía a la calle a buscar a los sapos para coleccionarlos. Al final, los sapos se murieron, porque no teníamos manera de conservarlos. Todavía recuerdo el croar con el equilibrio de los Jaguares de fondo, de pronto.

³⁵⁴Gran banda de Post-metal. Compré hace años, en 2012, el álbum *Panopticon* en el Amoeba Records de Hollywood Blvd. ~~Amoeba Records~~ me llevó y compré otros tres álbumes, *Grace* de Jeff Buckley, y otros que no me acuerdo. La bolsa con discos se me olvidó en el automóvil de ~~Amoeba Records~~. Ya nunca me regresó los discos, por que nunca nos volvimos a ver.

³⁵⁵Gran banda de emocional hardcore.

amarrarla. Salí y no vi mi bicicleta, y corrí algunos metros hacia casa, pero no encontré mi bicicleta. Llegué a casa llorando y ahí fue que marcamos a la policía, o si había una patrulla en la cercanía, y recuerdo que unos días después se nos informó que se había capturado al hampón, y que yo tenía que ir a hacer un careo, es decir, a identificar al criminal, para obtener mi bicicleta de vuelta. Ahí mi padre tomó la decisión de no seguir con el procedimiento, al considerar que sería inapropiado a mi edad tener un careo con un criminal, pero al poco tiempo recuperé mi bicicleta, que después fue robada, un año después. Tiempo pasado adelante, compré mi segunda bicicleta viviendo en Guadalajara, porque unos amigos estaban interesados en el ciclismo de montaña, así que fui a una tienda y compré la primera bicicleta que me ofrecieron, una Specialized de 5,999 pesos que usé para transportarme a varios lados, y afortunadamente, no fue robada durante los casi tres años que fue mi propiedad. Antes de irme de Guadalajara, la vendí por 3,000 pesos al Samuel, un amigo de un amigo de Mochis. No sé si todavía tiene esa bicicleta.



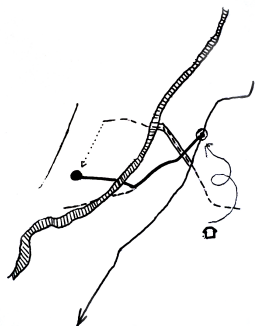
La bicicleta que tenía en ese momento fue después de una que me regaló Alexis, que perdí porque la robaron de la estación de Büchig, y luego tuve brevemente una bicicleta de setenta euros que me vendió el diablo, que se dañó a los dos o tres meses de usarla, y como no sabía qué se dañó exactamente, dije: *“Ay, ya, a la verga, no vuelvo a comprar una puta bicicleta usada”*, así que me informé de cómo comprar una bicicleta nueva en Karlsruhe. Lamentablemente, no había opciones de 5,000

pesos, al menos no directamente en tiendas cercanas a los lugares que yo frecuentaba. Algún conocido me sugirió buscar en la tienda Decathlon, de la cual solo había una sucursal en la ciudad de Baden-Baden, la más cercana a Karlsruhe, y podía llegar en tren y luego caminar un poco para llegar a la tienda. Fui un sábado bastante temprano y encontré que tenía una buena cantidad de bicicletas disponibles a precios razonables. Encontré la Rockrider de rines de 26 pulgadas, por un costo de 200 euros. “¡Fantástico!” - Dije. El muchacho de la tienda fue muy amable y me dio toda la información necesaria en inglés, y me mostró una bicicleta que me podía llevar inmediatamente, tras un pequeño ajuste de la altura de la bicicleta, y una notificación de la compra, me dijo que tuviera buen viaje, y que la disfrutara. Tomé la bicicleta, salí del local, y me dirigí en ella de vuelta a la estación de tren por algunos kilómetros para probarla. Me pareció un poco exagerado volver completamente a Karlsruhe en bicicleta, al ser treinta y cuatro kilómetros de viaje. Debí haber ido a Rastatt en la bicicleta, a razonables nueve kilómetros de distancia de Baden-Baden, y volví a mi apartamento a media tarde.

El camino hacia Lauterburgo no lo conocía en bicicleta. El sol me pegaba en la carita, y los mapas solo me decían que me dirigiera al oeste. Me dirigí en dirección al Rin, pero no por el puente grande. Por alguna razón, me enviaba a Rheinstetten.



Tenía una vaga idea de dónde quedaba el supermercado.



El mercado está localizado en Lauterburgo, ciudad en el vecino francés yendo hacia el oeste, y tenía que cruzar el río Rin, pero solamente recordaba que tenía que cruzar a través del Gunther-Klotz-Anlage, un parque urbano con una laguna artificial en el medio, llena de botes de remos y patos de varios colores. Al llegar a un puente peatonal, se puede encontrar una salida

que dice llevar hacia el Rín. Anduve unos kilómetros, entre callejuelas que no parecían llevar a ningún lado, mientras seguía lo que me decía el mapa. Veía, alternativamente, que se estaba alejando el único puente que conocía que conectaba al estado de Baden-Württemberg con el estado de Renania-Palatinado, que comparte frontera con Francia al sur. Baden-Württemberg también comparte una portentosa cantidad de frontera con Francia, pero las conexiones están mucho más al sur: Hay un puente en Ifferzheim hacia Ropenheim, una ciudad que tiene un centro comercial con amplias rebajas, y pasado este punto el siguiente de dimensiones portentosas ocurre en Kehl y Estrasburgo, ciudad de la que ya hablé en 2015.

Seguí el camino y después de un largo trayecto de grava, llegué a una coyuntura con la ruta L556, que atraviesa el río Rin... ¿En un cuerpo de agua continuo? Llegué a donde decía el mapa y solo veía agua bajar. Veía agua, y el estacionamiento a donde Henry, el señor alemán con la esposa coreana y el saxofón barítono me llevó hace años, y solo veía vacío. Pensé: “Chale, a la verga, me debí de haber equivocado,

Anduve unos kilómetros y pasé por un lugar que dice “*Zoné a risque technologique*”, supongo una planta de producción de algún químico. No le tomé importancia, y llegué a la estación de tren de Lauterburgo. De aquí, ya era relativamente obvio llegar al supermercado por alguna calle del pueblo. Desafortunadamente había un tramo marcado para ciclistas en los mapas digitales, pero solamente veía automóviles pasando. Pasé por el pasto para evitar ser arrollado por los automóviles, unos dosmil doscientos o trescientos metros hasta encontrar un camino donde pudiera andar en bicicleta de nuevo.

Llegué al supermercado de Lauterburgo, y me dirigí directamente a la sección de pescados y mariscos. Pensé brevemente en pedir los pescados en francés, pero afortunadamente no fue necesario pues la agradable señora hablaba alemán. Compré un kilo de camarones 13/15, y aproveché para comprar tomates, pepinos y un jugo de tomate. Hice los pagos, en alemán también, y tomé mi bicicleta, revisando cuando pasaría el siguiente tren: Once y cuarenta y cinco. ¡Genial! Quince minutos para que parta, con un trayecto de ocho minutos a la estación. Llegué a la estación a través del pueblo, un camino mucho menos truculento, y me subí al tren que iba llegando a la estación con dirección a Wörth, del lado oeste del Rin. Llegué en cuarenta y dos minutos a la estación de tren principal de Karlsruhe tras un pequeño transbordo, donde de nueva cuenta busqué algo de cilantro en el supermercado asiático cercano a la estación y volví a casa a eso de la una de la tarde. Invité a Noel y a Belén a comer, y preparé un ceviche para todas las personas. **Estuvo bien, comimos mucho y hubo música para compartir.** Las ñañas decidieron quedarse una noche más de lo que habían planeado originalmente. En la tarde salimos a pasear y me llevé una guitarra. Intentamos tocar algo en compañía pero yo ya había tomado mucho y estaba con poca práctica, por lo que sonaba bastante desafinada. Una ñaña me detuvo a media canción y me dijo, palabras más o menos, que no mamara con lo mal que canto, y que me vendría bien practicar un poco más si me tomaba en serio esto de la música.

Las ñañas se fueron unos días después a terminar su viaje europeo.

Cuando se fueron, me puse a practicar eso del canto y la guitarra, para no pasar otra inconveniente penuria por no saber hacer música. Me dejó pensando el comentario lo suficiente para tomarme en serio lo que me dijo, tal vez bromeando, tal vez con esa seriedad que caracteriza a las personas alemanas, supuestamente. Igual, me dejó pensón.

19.09.2017/1985, 13:14:40 UTC -5, 8.1/8.0

En septiembre, los terremotos de mayor magnitud registrados en la historia de México ocurrieron con 32 años de distancia el uno del otro. Yo no había nacido para el primero, pero había muchas memorias del terremoto en el conciente colectivo. Yo recuerdo haber vivido un terremoto fuerte, debió ser cuando tenía siete u ocho años, era muy temprano en la madrugada. Una lámpara de mimbre que colgaba de la sala se movía rítmicamente. Salimos apresurados del tercer piso, vestidos todos en ropa de dormir. Afuera se encontraban varios de los vecinos. La pelancha, una vecina que vivía frente a nuestro apartamento y que olía muy fuerte a cigarrillos y tenía un gato, salió en una ropa muy comprometedora y los vecinos la miraban lascivamente, haciendo comentarios sobre las malas decisiones de ropa de noche. ¿Desde cuando es negocio de la vecindad cómo se duerme una? Una locura. Volvimos al apartamento y no pasó más nada en los edificios de Mosqueta seis. Ya nunca volví a vivir un terremoto serio. Cuando me enteré de la situación, comenté con amistades que vivían en la ciudad de México que tal estaba todo. La mayoría estaba bien. Rosa Inés me dijo que estaba bien, creo. Ana Gabriela me dijo que estaba bien, aunque un poco traumatizada con el tema.

~~Sentí un incontrolable ímpetu de hacer algo al respecto.~~

¿Eso sentía? ¿O sentía culpa por haber huído y dejado a la patria? ¿Qué chingados es la tierra? ¿Me quería sentir más mexicana con el altruismo? ¿O qué, era culpa?

Tomé la decisión de hacer algo al respecto a través de una terrible decisión de recolectar dinero en la calle.

Valentina me dijo que me acompañaría a cumplir con tan desinteresada campaña así que fuimos a las calles del centro de Karlsruhe a recolectar dinero para hacer un depósito de dinero a UNICEF, institución no-gubernamental que consideré suficientemente honesta para no desviar los fondos enviados. Veníamos discutiendo como siempre, yo diciéndole a Valentina que no mamara, que todo bien, que no necesitaba la *Genehmigung*³⁵⁷ para tocar unas rolas, mientras ella me decía que no, que pará, que la concha de la lora, Orlando, que cuál era el plan. Veníamos discutiendo fuerte y estruendoso. En Europaplatz, una argentina nos escuchó discutir y nos echó un saludo, preguntando que de dónde éramos. Dijimos que somos amigos de hace años, y que estábamos recolectando dinero para ayudar con lo del terremoto en México. “¡Ah, re-copado! Bueno, les puedo aportar estos cinco euros”. No me quería ver desesperada pidiéndole el número al toque, así le dije, “Si quieres, dale tu número a Valentina, y yo te aviso cuando haga el depósito, ¿Vale?”, “¡Sí, sí! Pero *ya*³⁵⁸ me tengo que ir, me esperan en el auto”.

¿Cómo te llamas?

³⁵⁷ Tiendo a hacer la traducción del artículo de elementos con terminación en *-ung* como femeninas por coherencia con el idioma alemán. Tiendo típicamente a usar el artículo en español, *el permiso*, pero no hay gran coherencia en el gran esquema de las cosas. Le pongo el artículo con las vibras del momento.

³⁵⁸ Anteriormente se estableció que Valentina hacía el yeísmo como *j*, sin embargo, porque Valentina es Santafesina, y la otrora es porteña. Luego entonces, es necesario hacer la pequeña distinción entre los fricativos antes y después del alveolo.

“~~Alemania~~”

Ella fue la última que se me cruzó. **La última.**

Pero aquí todavía no era el momento. Por mientras, apareció para darme cinco euros que le deposité a UNICEF para apoyar a las personas damnificadas por el reciente terremoto, y desapareció como zegó, de repente, y ya nunca supe de ella. Por bastante tiempo. Por algunas ~~Alemania~~. Pero para eso falta algo de tiempo.

No recolecté más dinero que esos cinco euros. Le envié un mensaje de texto diciéndole que hice el depósito y solo contestó poniendo un pulgar arriba.

El frío se avecinaba de a poco. **Témeme, noviembre.**

Octubre

Corría octubre y de nuevo era momento de ir a Stuttgart a pistiar machín y ver a la *Alemania caótica* que no se deja ver muy seguido. Esa vez, tomé el tren con Luis y Valentina al *Stuttgarter Wasen*, explanada donde cada año transcurría el magno evento. Llevábamos mi guitarra, ya lastimada por varios años de uso, y que compré por cincuenta euros a un estudiante cualquiera, acompañándome desde que vivía en Büchig. Le tenía algo de cariño a la guitarra, a pesar de no ser nada especial. Valentina me dijo que no era muy buena idea traer una guitarra, pero hice caso omiso. Tomábamos cerveza en el tren y, al fondo, escuchamos a unas personas hablar en español. Nos acercamos y resultaron ser un grupo de argentinos, por lo que Valentina, entusiasmada, les compartió que era de Santa Fe, y yo iba ahí jode que jode, intentando hacer bulla para que se unieran a nuestro grupo. Una chica rubia (y de evidentes proclividades menemistas) se subió unas estaciones después, vestida con un Dirndl azul phtalo con decorados rojos. “**Che, si traés la banda amarrada al frente, querés decir que estás soltera, pero si la traés amarrada hacia atrás, querés decir que sos viuda, ¡La concha de la lora!**”

Ahora hasta viuda terminé”, decía Valentina, tras un corto intercambio con la rubia menemista que no le causaba mucha gracia lo que decíamos. “Ay, bueno pues, que coma verga entonces, pinche flaca amarga”, le dije a Luis. Nos echamos a reír y cuando bajamos en la estación, se dispersaron entre la multitud para no volverlos a ver jamás. Quedamos de buscar a Miguel con un amigo suyo que vivía en ese entonces en Stuttgart, y que recién había terminado con sus estudios de magíster, por lo que estaba de celebración: Diego nos encontró cerca de la estación de tren, con algunas cervezas en el bolso y unas ganas infranqueables de beberlas y “carretiar y agarra’i pa’l webeo”. Les abrazamos y hablamos un poco de qué hacía por acá, mientras Miguel se tocaba unas rolas al fondo con el Luis.

Ese día, entramos rápidamente a la carpa de la Stuttgart Hofbräu, una cervecería muy grande de Stuttgart, donde había bastante cupo, bastantes mesas disponibles y un amplio escenario lleno de viejos canosos con instrumentos caros haciendo música *Schlager*³⁵⁹. Ahí nos sentamos a tomar los primeros litros de cerveza, a eso de las seis de la tarde.

Con Valentina siempre pasaba que teníamos humores muy distintos y se nos calentaba el hocico rápido tras haber bebido algunas cervezas. Con Vale siempre pasaba que había un punto de no-retorno, cerca de la cerveza 3 y 4, en el que se le olvidaba que tenía que hacer *Frühschicht*, o sea, el primer turno de la panadería, que empezaba a las cuatro de la mañana para tener los panes calientitos y listos para las cinco de la mañana. Luego entonces, su día empezaba cerca

³⁵⁹El *Schlager* es un género musical muy específico de Alemania, cuya interpretación más simple es simplemente un género de grandes éxitos (O *hits*, como se diría en inglés) que son interpretados en eventos masivos al ser el mínimo común denominador de disfrute para un gran porcentaje de los asistentes. Dado que no crecí en Alemania, no tengo gran conexión con el género, pero lo más cercano que existe a esto en México puede ser la música denominada “música de señora dolida”, o “música para planchar/trapear/hacer labores domésticas”. No reconozco ninguna canción de memoria, al menos no por el momento.

de las tres de la mañana. En varias ocasiones, al llegar al punto de no-retorno, la situación se tornaba transpapeluda y yo, siendo también terco a partir de la tercera o cuarta cerveza, terminábamos en un concierto de gritos y ver quién tiene la verga más grande y quién imponiese su voluntad más fuerte ante el otro. Las cosas no terminaban normalmente bien. Al contrario, había mucho jaloneo, mucho grito, y sobre todo, mucho “¡Andá a chuparle la concha a tu madre, pelotudo Neanderthal de mierda!” – me decía. Ese día llegamos más lejos que el punto de no-retorno.

Valentina sugirió ir a buscar otra carpa. Le dije: “Valentina, no, ya estamos aquí, ya tenemos mesa, no hay necesidad de salir, para qué vergas”. Luis me dijo: “Ya, po, ¡Fome culia’o! ‘Amo’ nomá a ver que más hay, po’, ¡Conchetumare!” y yo me encabroné porque sabía que tenía la razón, y porque muy probablemente no encontraríamos ni mesa, ni más carpas, ni algo mejor: Esto era lo mejor que se pondría la situación porque estábamos en una posición privilegiada, pero no, ¡NO! A la verga. No me hagan caso, a la verga. Me encabroné porque sabía que si dejábamos esa mesa, todo se iba a ir a la verga y no íbamos a encontrar ninguna puta carpa. Salimos de la carpa y me despedí así del punto de no-retorno.

Salimos de la carpa y caminamos un poco alrededor de la explanada, buscando otras carpas. Todas están con cupo lleno. Hijo de su reputísima madre. Ya sabía. Las carpas que no estaban llenas, tenían unas largas filas para poder acceder, y no permitían acceder con objetos punzocortantes, guitarras o mochilas. Se tenían que dejar en espacios autorizados para resguardar la integridad de los objetos, con un costo de cinco euros por persona, hasta 2 objetos. No, están pendejos, yo no voy a pagar ni vergas por ni vergas – pensaba. Caminamos buscando otras carpas, sin suerte. Yo me encabronaba

cada segundo más y más, porque la cagamos, y ahora estábamos en esta diatriba estúpida sin necesidad. Yo tenía la razón y ahora estamos envueltos en este puto problema, a la verga. Me irritaba cada vez más hasta que el grupo se decidió por una carpa con suficiente cupo, pero teníamos que dejar nuestras cosas en guardarropa a escasos 50 metros de donde estaba la entrada de la carpa. “Yo no voy a pagar ni vergas” – le dije al grupo, mientras Valentina me decía: “Che, pará la joda. *fo te pago el cosito del *garderobe*, andá, pasá la guitarra, no seas pelotudo*”. “No, a la verga, no quiero”. Y no, se convirtió en el peor no que he cometido en mi vida. Me fui a un prado cercano a la carpa, donde encontré un árbol donde asumí podría dejar mi guitarra a salvo, lo suficientemente alejado de la multitud para que, *en mi mente*, pasara desapercibida y no pudiese ser encontrada por personas aleatorias, por los amantes de lo ajeno.

Entramos a la carpa y yo, fúrico, me senté y me tomé una cerveza. Valentina y Luis tenían la fiesta a tope: Bailando y gritando sobre la mesa, a veces, diciéndome: “¡*No seai fome po, culia’o pesa’o! ¡Tómate una chela, weon!*”, mientras veía avanzar las horas lentamente en el teléfono.

El último tren que llegaba a una hora decente a Karlsruhe Hbf era el que salía a las 23 horas con cincuenta y un minutos de Stuttgart – Bad Cannstatt, con dirección a la estación principal de trenes de Stuttgart. Después, un tren regional nos llevaría a casa, llegando a la estación a la una de la madrugada con diecinueve minutos, suficientes para poder dormir 6 horas antes de ir a trabajar al día siguiente.

“Oigan, nos tenemos que ir a las once para alc...”

“¡Ché, que pesado que sos! ¡Relajá! Nos podemos quedar en lo de Diego y salimos en la mañana si no salimos *fa*” – dijo Valentina, que tenía que ir a trabajar a las cinco el día siguiente. “Pues sí, pero yo quiero

dormirme, al a verga, y no quiero estar todo verguiado mañana” – repliqué, refunfuñando. El momento entre las diez de la noche y, sí, las once de la noche con treinta minutos, fueron un suplicio: En parte, porque yo ya me quería ir, y debido a que compramos un boleto en conjunto. La solución en este momento era: Pagar un boleto nuevo, que hubiera sido lo justo dado que era el único que tenía necesidad de volver³⁶⁰, o pedir inefablemente a mis amistades que nos fueramos. Pero no. Valentina se cayó de una mesa, y Luis se estaba quedando dormido. Dejaron de joder hasta las putas doce de la noche, que nos corrieron a la verga de la carpa. Llegamos a recoger los objetos de los que dejaron sus cosas en el guardarropa, mientras yo iba a buscar mi guitarra.

Para sorpresa de nadie, la guitarra no estaba.



Yo hube perdido muchas cosas en el pasado: Perdí una maleta en el aeropuerto, pero a los días, volvió con todo su contenido; perdí infinidad de gorros y de guantes en el transporte público, ninguno de ellos particularmente querido o de origen irreemplazable³⁶²; perdí mi billetera, y una agradable desconocida la encontró y marcó a la tarjeta que estaba guardada en mi bolsillo. La desconocida marcó a mi oficina y me dijo que encontró mi billetera en la calle, y que la tenía en su posesión. La noche que perdí mi

³⁶⁰y aparentemente, negocio en Karlsruhe, pinches baquetones³⁶¹vergueros

³⁶¹Baqueta, Del it. *bacchetta*, “bastón”, del lat. *baculum* 6 U.e.c. adj. *Sin. Son.* Actitud de hastío permanente e irreversible.

³⁶²Salvo el gorro de los cañeros de Los Mochis que perdí en el invierno de 2023 por estar manejando distintos vehículos automotores y tener calor en la cabeza. Fue un pequeño precio a pagar porque, por mi culpa, Angélica no pudo ir a una clase de zumba que había pagado, y me sentí mal por no haber planeado las cosas correctamente. A veces, aún pienso que todo fue una conspiración del grandísimo llevándome a perder el único gorro que en verdad me interesaba. Aún no sé dónde pudo haber terminado.

Yo, por mi cuenta, hice dos vueltas innecesarias a todo el trayecto que recorrimos esa noche. En la calle, un hombre de origen asiático me miró y me dijo: “Tú eres el que estaba tocando música en el parque, ¿Cierto? ¡Qué bien tocan! Te reconocí por tu camisa de flamings”. Y sí, tenía una camisa de flamings. Le agradecí, terminé la primera ronda de búsqueda. Estuve ahí dando vueltas hasta las cinco de la mañana, cuando me rendí y volví a mi apartamento. Antes de empezar a cancelar mis tarjetas y obtener mis documentos de vuelta, vi que tenía una llamada perdida en mi teléfono del trabajo. Era un teléfono de Alemania. Era una llamada directa a mi número, por lo que tuve una premonición positiva al respecto. Marqué y era una desconocida, cuyo nombre no obtuve, y me dijo que ella tenía mi billetera, que la podía recoger el domingo a las siete de la noche, porque estaría ocupada hasta ese entonces. Le agradecí y el Domingo, fui a su apartamento y me entregó mi billetera. Jamás supe su nombre, pero afortunadamente recuperé mis cosas; he perdido también vuelos, audífonos, un teléfono móvil, y varios juegos de *Game Boy* en un automóvil propiedad de mi padre por allá a principios del milenio, porque veníamos manejando en dirección a Hermosillo, Sonora, y el automóvil se calentó de una manera impresionante en medio del desierto sonorense. Detuvimos el automóvil de emergencia y dejamos el automóvil en un taller mecánico, donde pedimos un taxi a la estación de autobuses más cercana. Me di cuenta que me faltaban videojuegos en el hotel. Lloré mucho esa vez. Perdí particularmente el *Mole Mania*, un terrible juego que nunca pude terminar y que no he encontrado en línea para volver a intentar terminar; Nunca he perdido mis llaves, afortunadamente, al menos no esa vez que me perdí en el bosque y perdí mi teléfono móvil. Bueno, el mejor de los

casos, supongo. La mejor línea temporal.



Volví al grupo con mi rostro un poco desencajado, porque por un lado no soy pendeja y ya sé que, en principio, la estupidez que hice fue completamente mi culpa. Por otro lado, estaba triste por mi guitarra. Pero no tanto por la guitarra misma. Era... simplemente que era mi guitarra.

Mi primera guitarra.



Cuando recién llegué a Karlsruhe, no tenía absolutamente nada. Natalia me quitó completamente las ganas de volver a hacer música, a pesar de que ella tenía una guitarra acústica en su sala de estar, y que solamente toqué unas dos o tres veces: Definitivamente, la primera vez que la toqué fue el 16 de Septiembre de 2012, porque invité a María Aída a esa fiesta de la independencia de México, en la que había sushi hecho-en-casa y gente del trabajo. Esa vez, María Aída y yo sacamos la guitarra y toqué esos acordes simples de *Two-Headed Boy* y *Oh Comely*, del álbum *In an Aeroplane Over the Sea* de Neutral Milk Hotel. Tocamos la canción pésimo, porque esa cuanción suena pésimo, pero requiere un muy específico tipo de malinterpretación para que suene bien, aún sonando mal. En fin, fue divertido y yo me divertí bastante. María Aída, por su lado, no se divirtió nada, y me dijo: “Güey, neta esa vieja vale verga, ya me voy mejor a mi casa”. Ese día, llovía muy fuerte y María Aída me llevó en su Jetta 2008 a la casa de

Natalia, y me dejó ahí. En principio, me iba a regresar con ella también, pero bueno. Se hartó, y ahí me dejó. Ese día me besuquéé con Natalia en su cuarto de lavado, alejados de los ojos juzgones de los colegas del trabajo. Al día siguiente, en la mañana, fuimos a comer unos chilaquiles en un restaurante por Chapalita. No fueron muy buenos chilaquiles. Natalia me dijo: "Esto no puede volver a suceder, creo que no es tan buena idea que hangeemos tanto". Seguimos hangeando (en contra de su voluntad, aparentemente) hasta que dejé Guadalajara, en Octubre de 2014.

Antes de eso, tenía una guitarra acústica que le pertenece a mi padre. Estuvo ahí años medio arrumbada hasta que empecé con los cursos del Trinidad. A las guitarras acústicas les tenía un poco de desprecio por eso mismo, pero ofrecen algo que las guitarras eléctricas no pueden: Sonar sin necesidad de millones y millones de circuitos electrónicos para que se escuchen adecuadamente.

Con el tiempo hablé más con Noel, un misterioso hombre que aparecía cada tanto con los plebes y que siempre se reía fuerte, escuchándose a kilómetros de distancia. El tenía en su apartamento muchas guitarras colgadas en las paredes, y también de él aprendí bastante sobre distintos tipos de guitarras acústicas, siendo un profesional de la guitarra clásica. Tenía una guitarra muy peculiar colgada con solo tres cuerdas, le pregunté que era eso. "¿Es un tres cubano, quieres mirar?" Tenía un sonido muy peculiar que me recordaba un poco a los requintos que alguna vez vi en Sinaloa, pero que nunca reconocí como interesantes, por mi desprecio por los instrumentos acústicos. Ya con el tiempo reconocí un poco los sonidos que producen y lo interesantes que son, gracias a Noel y el tener que salir con los cabros a webiar

con instrumentos acústicos.

Lo que sí debo anotar aquí es el reverendo dolor de huevos que es grabar guitarras acústicas, a la verga, que pinche batalla tan batallosa. Cuando en Los Mochis y siendo un músico de habitación por muchos años, se me facilitaba la grabación de guitarra acústica utilizando un sistema de Karaoke de mi hermana que estaba arrumbado en mi habitación. Dado que la entrada era de 1/4 de pulgada, y la salida era de 1/8 de pulgada, esta entraba maravillosamente a las únicas entradas de audio de la computadora familiar, que tenían una terrible tarjeta de conversión de audio. Sin embargo, fueron suficientes para abrir el Audacity, un programa gratuito para grabar audio sencillamente, y hacer unos rolones locos en los veranos que no tenía que estar estudiando en Guadalajara.

Para grabar las guitarras acústicas, la historia era muy distinta a la verga porque no tenía dinero para micrófonos: En su lugar, lo que tenía era un micrófono pitero de Karaoke que sonaba muy culero, y no tenía un pie de micrófono, entonces ponía el micrófono en una mesa, y ahí me ponía a tocar. Todas las sillas del cuarto de computación familiar crujían mucho, entonces si me movía hacían: “squeak, squeak, squeak”, y todo eso quedaba grabado. También cuando me ponía a grabar, normalmente durante el invierno o verano, tenía un pinche gripón loco y por ende estaba todo el tiempo: “hmpgh, hmpgh, hmpfh”, y todo eso quedaba grabado.

Ya con el tiempo, cuando tenía dinero de trabajo, pero no en Guadalajara, compré un pie de micrófono, un filtro pop, y ya con eso mejoró bastante la experiencia de grabar música acústica.

Y lo que también es una putiza a la verga es grabar percusiones, porque hay que ver centenas de tutoriales en línea sobre posicionamiento de micrófonos, y eso toma demasiado tiempo, y dinero, y experiencia, cuando lo único que yo quiero hacer tara tara a la guitarra y grabar mis discos pendejos, pero no, a la verga, nada de eso. Todo toma tanto pinche tiempo, a la verga, y luego, hace unos meses, cuando ya vivía con mi mujer, estaba grabando en el cuarto y llegó un vecino de al lado, de

otro edificio, a la verga, a reclamarme, que porqué estoy haciéndole lara lara a la guitarra y gritando, y le dije: *“Es tut mir leid aber ich bin gesetzlich erlaubt, meistens Zwei Stunden Musikinstrumente abzuspielen, vor 22 Uhr”*, y el viejo me dijo que los plebes suyos, que no sé qué, a la verga, y ya no me quedaron ganas de grabar en mi propia pinche vivienda.

Cuando vivía en Mochis, de pronto, había algún vecino que tocaba la batería, por allá del medio día, y se escuchaba a varias cuadras de distancia. Nunca le pegó muy bien el we, era medio cuachalote para la batería. En esos momentos, tenía que dejar de grabar, porque se escuchaba de fondo el “tucu taca tucu taca tucucutucutuchu ts”, pero a eso de las seis dejaba de tocar.

Así, me quedé sin guitarra por varios meses, hasta que alguien me debió de haber dicho cómo funcionaba Quoka, una página de Internet para hacer compras en línea.

segunda mano

Comprar cosas de segunda mano es mi pasión y el fuego que me hace sentir vivo en las mañanas. Empecé haciéndolo en México, cuando compraba juegos de video a espaldas de Natalia para no levantar sospechas de por qué nunca tenía dinero. Empecé buscando hacer compras en línea en páginas de Internet como Mercado Libre, que tenía mucho auge en anuncios de televisión por cable. Comprar y vender, fácilmente. Encontré, varios años después, otra página en Internet llamada "Anumex", donde podía encontrar todo tipo de objetos a la compra y venta.

En principio, yo buscaba videojuegos, y cuando Natalia me dijo que comprara un automóvil, también busqué ahí automóviles, pero de esos nunca compré realmente. Los videojuegos eran sobre todo de personas a las que veía en lugares públicos y bien iluminados. Hubo alguna vez compras que le hice a tipos que tenían sus negocios y ahí hacían la venta de los videojuegos. Ahí le compré un Game Boy a Natalia para su cumpleaños.

En algún punto me di cuenta que había un apartado de anuncios personales. En esos apartados, había muchos anuncios de prostitución bastante ilegítimos porque estaban demasiado rubias y tetonas para cobrar mil por una culeada. Yo merodeaba esos anuncios cada tanto, por curiosidad. No sé. Sí sé. Nunca marqué. Solo merodeaba.

En Quoka encontré una guitarra de cincuenta euros que vendía una señora, con un bolso incluido. Esa guitarra la compré en 2015, y me acompañó a por lo menos dos apartamentos en los que viví en Alemania infranqueable. Salimos varias veces a hacer música y siempre volvía. Esta vez, no volvió. No volvió.

“¡Te dije pelotudo, pero no ponés cuidado! Ahora te la comés”. Y rió fuerte. Y Luis se rió también. En ese momento, empecé a llorar.

Desconsolada. Como si se me hubiera muerto alguien.

“Nunca voy a amar a nadie como amaba a esa guitarra” – decía. Sí, bueno. Exagerado, que se fo, Neanderthal desdaforado. Pero en verdad sentía eso con toda esa cerveza que tomé. Era una guitarra de cincuenta euros, claro, pero en verdad y profundamente yo creía que en verdad amaba esa guitarra. Ni siquiera era una guitarra buena. Solo me agarró el sentimiento, y la soledad, y que las cosas estaban bien, pero no, y que estaba en periodo de prueba del trabajo... no sé. Creo que solo estaba exagerando con eso del amor que le tengo a las cosas. Valentina no paraba de decirme que fa, boludo, pará.

MIRA, PENDEJA, QUE TE VALGA VERGA LO QUE TENGA, ¿NO? POR ESO ESTÁS SOLA Y VIEJA Y ASÍ TE VAS A MORIR A LA VERGA.

Esbocé entre lágrimas. ¿Pero qué pasó? El grupo se quedó atónito. Les dije que se fueran a la verga. Se quedaron esperando el tren, mientras yo buscaba el próximo a Karlsruhe. 2:25 de La estación principal de Stuttgart, llegando a las 3:30 a Karlsruhe. Dormí 3 horas y me fui a trabajar. Me apestaba mucho la boca a cigarro y cerveza. No tenía un puesto de huaraches cerca para quitarme la cruda, solo había unas ensaladas muy malas.

Me fui a dormir triste.

mae

Las cosas no estaban bien con Marcela, desde hacía unos meses, más que nada, porque me sentí reemplazada.

Pasaron cosas. Por eso no quería hablar de Marcela.

Yo que iba a saber que iba a pensar que Marcela era mi amiga. Nos veíamos infrecuentemente para las reuniones de Couchsurfing, y yo sabía de la mutua nostalgia de estar lejos y que no le entiendan mucho. Nunca me burlé de su espirante apicoalveolar muy fricativa³⁶³, pero era frecuente que le dijeran que pinche gringa, que hablara bien. Yo nunca lo hice, al menos no despectivamente, y a pesar de esa primera borrachera de declamación feminista progresista, tuvimos una relación amistosa relativamente sólida. La invitaba con la familia latinoamericana cuando podía, y ella atendía con gusto. Una vez la invité a comer ceviche al apartamento, y tomamos cerveza y platicamos largo rato. Ahí me platicó de sus sueños de ser astronauta algún día, pero que esos títulos de diseño no servían para los viajes interestelares.

Por ahí del verano llegó Braulio a Karlsruhe. Braulio es un muchacho alto y carismático que se ríe más de lo que la situación apremia en ocasiones inesperadas, pero su sonrisa es, por demás, infecciosa porque la vida le viene como las cosas le ocurren. *Pura vida* – dicen las personas de Costa Rica.

El era de esas personas, y nunca dudé en abrirle el corazón con el grupo de Ilatiónamérica unida, porque *¿Qué somos, si no unidad en tiempos de penumbra?* El era amigo de Marcela de años atrás, por lo que le

³⁶³Sánchez Corrales, V. (2015). *Escisión fonológica de /ɾ/ en el español de Costa Rica*. Revista De Filología Y Lingüística De La Universidad De Costa Rica, 12(2), 129–133. <https://doi.org/10.15517/rfl.v12i2.17072>

consideraba previamente vetado como un hombre honrado, decente y de buena familia, ¿Por qué no?

Porque las cosas acaban como siempre, Qrlando Tqrres.

Lentamente, sentí que ya no era tan amigo de Marcela como yo consideraba, y era evidente que la tierra llama al corazón, porque me sentí, lentamente, desplazada. Desplazada de las salidas a almorzar que hacían en la ciudad porque yo estaba viajando de trabajo, o porque no iba a viajar 30 minutos para almorzar con el grupo que estaba trabajando cerca del centro de la ciudad. No, nada de eso. Sentía el desplazamiento *lentamente*. Nunca fue nada serio, simplemente eran pequeñas disforias por no poder estar en donde estaba ocurriendo el *Zeitgeist*. Veía como en el chat grupal Marcela anunciaba: “¡La delegación tica ya presente!” cuando llegaban al comedor comunal. Pequeñas disforias por no estar en el *Zeitgeist*. Ya después, Marcela también pasaba mucho tiempo con Luis y Miguel, y no porque fueran los favoritos, no, era por conveniencia, porque estaban menos ocupados y se encontraban más seguido en el centro. Porque, de repente, pues yo estaba muy lejos para tomar un café, para comer ceviche, o para tomar unas cervezas, y era válido. Pero me frustraba que sentía que Braulio me reemplazó. Porque ¿*Somos latinoamérica unida, cierto?* – Hasta que llega la tierra, y ahí se termina la unidad deslocalizada por la ñ – **0 eso sentía.**

Con el tiempo mejor evité los rechazos y me alejé un poco del chat grupal, y solo nos veíamos cada otro fin de semana, o yo no estaba viajando, o me los encontraba en la calle y ya tenían un plan por su cuenta. Dejé de hablar con Marcela, por mucho tiempo, pues ya no nos veíamos tan seguido, y porque me sentía desplazada porque Braulio existía.

En Noviembre, Marcela anunció que se iría de Karlsruhe, y que dejaría su apartamento por lo que buscaba quien lo tomara. Valentina lo tomó, pues quedaba convenientemente cerca del centro, y el precio era

bastante módico. Debieron de haber hecho una despedida, pero soy un cobarde, ~~y no fui~~.

Preparé algo.

De Marcela, si algo sabía, era su sueño (tal vez, inalcanzable, por aquello de la preparación académica) de diseñar un cohete interestelar y trabajar para la NASA. Difícil, complicado, pero posiblemente, no imposible. Le pinté una luna, *a colores*, y la envolví con un hilo que tenía por ahí desvalagado. Le puse una hoja A5, en la que expuse lo anteriormente dicho: Lo del desplazo, que me sentía desplazada, por lo de Braulio, y que me daba pena sentirme así, porque no era culpa de ella, ni de Braulio, pero pues qué tonteras, y que quería que lo supiera, pero que me dio gusto las veces que pudimos compartir.

Empaqué todo en un pequeño sobre y lo dejé en su caja postal. De Marcela, ya nunca volví a saber.

epílogo

“¡Mae! Ese man está loco, ¿Qué dice? ¿Desplazado? ¡No hace sentido, está loco! ¿Y esa carta toda huevona, que? No, no, si Orlando está loco, nada de eso pasó, ¡Qué locura!”

De eso me enteré por segunda mano, por Andrés, varios meses después de que Marcela se fue y ya tenía mucho que no preguntaba al respecto. Me dijo Andrés que también, qué marica yo, pero que entendía. Yo le dije que qué mamadas, que a quién se le ocurre escribirle esas cosas a una persona desconocida. Estábamos tomando en el AKK, muy probablemente, y ya nunca volví a saber de nadie que viniera de Costa Rica. Bloquéé a Marcela y a Braulio de todas las redes sociales existentes, y ya nunca volví a saber de ninguna de ellas.

De Ma(icela, a veces, y porque tenía Telegram, a veces, sé que usa Telegram, pero nunca volví a hablar con ella. No sé nada de ella, pero creo que Juan, alguna vez, habló con ella, de alguna informalidad. Pero de ella, directamente, no supe más nada. Supongo, todavía viviendo en Costa Rica, diciendo “¡Pura vida!” – Cuando se toma una cerveza helada, que no le recuerda para nada mi existencia ³⁶⁴.

La retrospectiva es visión perfecta, y creo que con el tiempo entiendo mejor qué me pasó. Creo que estaba reviviendo todas esas veces que veía que las cosas en Los Mochis y Guadalajara seguían sin mi, y sentía que por convertirme de nuevo en un adulto funcional empleado, estaba perdiendo de nuevo a la gente con la que creé un vínculo estrecho en la lejanía de la tierra. Porque en verdad creía en eso de la pangea: Pensaba que todos éramos ☺ , en el centro, y al sur. Encontré ☺ de a poco, y lo quise hacer uno, pero visajosa la weá. Una chimba cuática encontré, chingada madre. Contra nuestra voluntad, sin esperarles. Dos mil diecisiete, exactamente.

La tierra se separa, y no me estaba dando cuenta.

³⁶⁴ Puede parecer anticlimático que dediqué solo tres páginas a todo este drama de Maicela, que estuve prestigitando desde hace un libro. Pues lo que pasó fue que en realidad no había tanto que discutir. O sea, sí, éramos amiguetes pero tampoco era para pinche tanto. Pero que voy a saber yo si le dedico libros enteros a mujeres que ostensiblemente ya ni siquiera me hablan.

Horchata

*In December, drinking horchata
I'd look psychotic in a balaclava
Winter's cold is too much to handle
Pincher crabs that pinch at your sandals*

Horchata, primera pista del álbum *Contra*, lanzado por XL Records el (1hm) once de enero de 2010. El sencillo se usó para comerciales navideños en los Estados Unidos de Norteamérica. La horchata no es una bebida particularmente de temporal.

Ese Diciembre fue particularmente bueno, porque las cosas terminaban y yo no lo sabía. En Noviembre fui a *Karlstorbanhof* a ver a Xiu Xiu, y no esperaba mucho, porque solo había escuchado esporádicamente *Beautiful Muscles* hasta ese punto, con el señor desnudo en la portada, y pensaba: “*Eh*”. Muy así, muy *eh*. El recinto se encontraba en Heidelberg, a unos cincuenta kilómetros de Karlsruhe, y luego tenía que tomar unos autobuses para llegar al lugar, cerca del castillo. Tomé mi bicicleta y la llevé en el tren, sin contratiempos. El concierto estuvo bien, bastante vacío, como todos los conciertos a los que hube asistido en los últimos meses, pero lo suficientemente populado para que la banda tocara animadamente. Hubo muchos gritos, y tocaron *Forget*, del disco recientemente lanzado por la banda. Al terminar el concierto, quise comprar un disco de vinil, pero desafortunadamente solamente había playeras de la banda, así que compré una. Regresé a casa, para encontrar que tenía que viajar a Lille antes de que terminara el año. Así, me preparé para viajar a Lille, una ciudad pequeña al norte de Francia, casi en la frontera con Bélgica.

Tomé una decisión bastante estúpida en ese punto, porque decidí viajar en avión a ese lugar. Desafortunadamente, la única manera de llegar era a través del aeropuerto de Basel, que se encuentra en la frontera con Francia, Suiza y Alemania, muy al sur. Para esto, tenía que tomar un

tren de aproximadamente dos horas, luego tomar un autobús que me dejaría en el aeropuerto, pero al estar en el lado suizo, prácticamente ningún contrato celular en esos momentos permiten el uso de datos sin adquirir un contrato temporal especial para usar datos.

Afortunadamente, el aeropuerto cuenta con señal inalámbrica, y el autobús duraba apenas unos veinte minutos para llegar. Luego, tocaba esperar una hora para documentar el equipaje, pasar a un pequeño cuarto para esperar a los cuarenta y cinco minutos del vuelo, y tomar un autobús para llegar al Tarmac del aeropuerto, y volar una hora y quince minutos. Me enteré después que, para llegar a Lille, podía también tomar un tren hacia Paris, hacer un cambio de la estación Este a la estación Norte, con un tiempo total de cuatro horas con cuarenta minutos. El viaje, por lo general, hacía el procedimiento mucho más cómodo en tren, por lo que consideré hacer eso la próxima vez que tuviera que viajar. El hotel era atendido por un señor francés muy platicador, que no entendía que hacía en ese lugar en esta temporada. “Trabajo” – le contesté. Me dijo que muy bien, que había desayunado y que podía tenerlo entre siete y diez de la mañana. Le dije que no, que gracias, que algo encontraría por ahí. El cuarto del hotel era cómodo pero bastante limitado en espacio, quedando apenas unos cuantos centímetros cuadrados para planchar mis camisitas y no llegar arrugado al lugar de trabajo. Para cenar, acudí a un lugar donde vendían tazones con arroz de sushi y un poco de pescado. Los tazones eran bastante ricos, pero para mi desconsuelo, las muchachas que atendían el lugar no hablaban mucho inglés, así que la primera vez intenté hacer eso, hablar en inglés, pero al fallar, me busqué la traducción de “palillos para comer”, “para llevar” y “sí, gracias, por favor”, las veces subsecuentes que acudí a alimentarme. El muchacho que me atendió en los siguientes eventos hablaba un poco de inglés, así que solamente quedé como una tonta pendeja que no sabe lo que hace.

El último día en la ciudad, fui a un bar donde vendían ron y cervezas, a una supuesta junta de *Couchsurfing* para practicar español. Platicué

con un señor que me sacó plática, pero no fue muy interesante porque no me acuerdo en absoluto de qué me dijo, porque yo lo que andaba buscando eran culos, no viejos miados.

A la vuelta, Luis Wladimir y yo nos fuimos a webiar.

¿Hamburgo?

El Nightjet NJ40470 llega a las 23:08 a Karlsruhe, pasando por Fráncfort del Meno, Göttingen, Hannover, Lüneberg, y terminando en Hamburgo a las 07:53.

Por esos días, Luis Wladimir y yo discutimos de ir a Hamburgo, porque las ñañas me invitaron a pasar un fin de semana en su lugar de origen, en Rostock, al norte de Alemania. Le dije a Luis Wladimir que si quería ir a Hamburgo, a pasar un fin de semana en Hamburgo. Lo que no le dije, a propósito, era que iríamos a Hamburgo por una hora o dos, y después tendríamos que tomar un tren regional a Rostock. Para llegar a Hamburgo, tomaríamos un tren nocturno, en el que podríamos, supuestamente, pernoctar para llegar fresquitos a Hamburgo. Esa noche, tomamos el tren en Karlsruhe, estando ambos a tiempo en la estación, y nos buscamos un lugar para descansar. Buscamos en principio algo en la parte principal del tren, pero lamentablemente estaba lleno de gente tomando cerveza y haciendo mucho ruido. Como no traíamos mucha cerveza y necesitábamos descansar un poco, porque tendríamos que pasar el resto del día cansados y sin ganas de hacer nada. “yapo, aquí hay que quedarnos nomás, no seai perquin conchetumare” – me decía Luis, mientras intentaba escabullirme para encontrar una cabina vacía durante las primeras dos horas de viaje hacia Fráncfort del Meno. No pudimos dormir ahí, porque había unos culiaos pajarones curaos gritando y hablando weas, así que emigramos nomás a uno de los camarotes semi-vacíos que encontré que tenían un poco más de espacio que los asientos de la cabina principal, y además estaban oscuros, lo que nos permitía también cerrar un poco los ojos para descansar. Para

nuestra pésima suerte, había unos viejos culiaos al frente de donde estábamos y les apestaban caleta las pinches patas, por lo que intenté dormir como animal en el piso del tren, a los pies de Luis. Pasaron las horas bastante rápido, porque de repente, ya eran las seis de la mañana, y teníamos que cambiar de tren en la estación central de Hamburgo.

“Luis, tengo que salir del clóset, *karnal*. “Yapo, suelta nomás la wea, Orlando qlo” – esbozó Luis Wladimir, chupando su mate que tenía el agua ya bastante tibia por el camino. No nos vamos a quedar en Hamburgo, weón. Salimos en una hora a Rostock con las ñañas”. “Shuuu! Orlando culiao mentiroso! Yo ya sabía que era todo una artimaña tuya nomás” – dijo Luis. “Ya, po, vamo de menos a mirar aquí afuera de la estación” – Fumamos un cigarrillo esperando que el siguiente tren estuviera en la pista correcta a eso de las diez de la mañana. “Toma muchas fotos weón, porque esto es lo único que vas a conocer de Hamburgo”, le dije a Luis, terminando el cigarrillo.

~~Hamburgo~~ Rostock, po’, conchetumare mezquino qlo

El camino a Rostock fue bastante insípido, un tren regional sin mayores puntos de interés. Tomamos mate y tomamos cerveza. Llegamos a Rostock y una de las ñañas nos esperaba en la entrada de la estación de tren. Nos abrazamos y me dijo que podíamos llegar a su apartamento a pie. Caminamos un poco, hablando sobre el camino cansado de Hamburgo, las patas jediondas de los señores, y un poco de lo que habíamos hecho hasta el momento: Le dije que conseguí trabajo, y que hube practicado algunas canciones. Luis Wladimir asentó y dijo: “Sipo, el qlo ya no toca como el hoyo”. Reímos, porque no era cierto, seguía tocando como la cagada. Llegamos a un multifamiliar donde vivían las mujeres. Nos prepararon la sala/cocina para pernoctar, un cuarto que tenía un sofa de tamaño portentoso, suficiente para sostener a dos watonos feos que no tenían donde pernoctar. La sala estaba adornada con un cordón donde guindaban algunas postales que recogieron en su

más reciente aventura: En medio, había una de Karlsruhe. Estuvimos hablando un poco de lo que estuvimos haciendo ese día, que fué esencialmente no dormir, pero quedamos en ir a hacer un poco de labor de turismo, visitando el puerto de Rostock, **la única vez que hube visto el mar desde hacía tres años**, y comimos un emparedado de pescado, que una de las violentas aves de puerto que estaban por ahí dando vueltas y atacando a las personas intentó hurtar. “Ah, ¡La verga! Estos pinches pájaros son muy violentos” – declamé. Mientras, las ñañas reían. Nos tomamos unas fotografías en el faro, y ~~vimos~~ sentimos que el agua estaba sumamente fría, por lo que sería imposible bañarse en las aguas del mar nórdico. “**Me quedarían los huevitos hechos unas pasitas**” – comenté. Volvimos al apartamento y tuvimos algo de tiempo para descansar un poco los huesos, cambiarnos de ropa, y hablar un poco de cual era el plan. Había una fiesta y nos habían invitado, tal vez, si queríamos tocar una canción o dos, podríamos. Salimos de vuelta a la gran ciudad a disfrutar del mercado navideño para tomar un vino caliente y después ir a una fiesta en la noche. En el mercado navideño, vimos lo que se ve en todos los mercados navideños: Una torre alta con luces, viejos watones colorados de borrachos, herramientas de chocolate y juguetes de madera; puestos de comida húngara y puestos de vino caliente. “*Vamos al chino por unos Glühwein*” – dijeron las ñañas. Me extrañó la expresión, pero seguí la instrucción, enmimismado. Llegamos al chino, que literalmente era el (único) restaurant de comida china de Rostock, donde vendían vino caliente por un euro, sin depósito de taza. Esto lo encontré sumamente agradable, así que pudimos tomarnos varios vinos calientes y unas cervezas antes de ir a la chingada fiesta. Luis y yo compramos un vino caliente (o bueno, un vino frío que se pudiese calentar) para poder beber en la fiesta. Nosotros estábamos listos en unos minutos, mientras las ñañas se tomaron su tiempo para cambiarse y peinarse el chongo. Sacamos las guitarras y las afinamos, mientras las ñañas se pintaban. Una de ellas, la que hubo insobrevivido el letal pastelillo con mota, me

dijo: “¿No te parece linda la otra ñaña?” – y le dije que si, que las dos estaban muy guapas. Luis Wladimir me dijo: “Yapo, conchetumare, a ver si te la podei culiar”, No pensé eso, pero me quedó la duda.

La pinche fiesta estuvo bastante culera, para ser muy franca.

Caminamos hacia donde era la fiesta, y en la puerta del pórtico, un muchacho se asomó por la ventana, le gritó algo a una ñaña, y se rió. Yo me reí también, porque se me educó para ser empático y tal vez un poco lamebotas, y poder pasar desapercibida en situaciones peludas. La ñaña se volteó hacia mí, extrañada, y me dijo: “¿Pero de que te ríes, entendiste lo que dijo?” – y le dije que no, que perdón. Empezamos mal la pinche noche. Luis Wladimir y yo subimos y la fiesta no era lo que pensábamos. Había mucha gente sentada alrededor de una pequeña mesa, y un güey con cara de mmamón, muy flaco y con la camisa entreabierta iba de aquí para allá con una bocinita que tenía la música más culera y aburrida que he escuchado en mi vida. Nos acercamos a dejar las guitarras en la entrada, junto con los zapatos y la bolsa con las cervezas. Nos acercamos a la nevera a recoger una cerveza, que solo tenía cervezas calientes, porque cómo le encanta a estos alemanes tener la pinche comida a temperatura ambiente, a la verga. Nos sentamos en una esquina a hablar Luis Wladimir y yo, porque las ñañas se fueron a socializar con sus amigos, no con este cabrón y yo. Le dije a Luis Wladi: “No mames, a la verga, yo creo que no vamos a poder tocar unas rolas aquí” y el camisabierto se acercó a nosotros y nos dijo “*¡Oh, you are the musicians! ¿Do you want me to turn it down so you can play your songs?*” y le dije que no, thank you, que me daba vergüenza. Porque, no mamen, yo pensé que iba a ser una fiesta de verdad, no 15 personas que se conocen todas entre todas mientras estos dos esperpentos tocan sus canciones culeras. Le dije a Luis Wladimir que había que abortar la misión. Nos salimos a fumar mota al balcón y había un afgano muy agradable que nos sacó plática. De las ñañas, ni sus luces. Por ahí a la una de la mañana se dignaron a buscarnos, y nos fuimos al apartamento a dormir, porque estábamos demasiado cansadas.

Ahí una de las ñañas nos dijo que si le podía hacer un masaje. Y yo que voy a saber de masajes, mejor me acosté a dormir abrazado del Bladimir porque teníamos que salir al día siguiente con el

Schönes Wochenende

(ticket.)

Para volver a Karlsruhe, teníamos un pequeñísimo problema: El tren de vuelta costaba 100 euros. Por persona. “no mames, qué caro, a la verga” – pensé. Y lo dije, también. El plan fue entonces comprar un boleto del buen fin de semana, que permite tomar cualquier tren local en la red alemana, con un costo de 49 euros por dos personas. En nuestra mente, era una excelente oferta. El camino era relativamente sencillo: Teníamos que salir de Rostock a las 9:07 de la mañana, llegar a Hamburgo, cambiar tren a Uelzen, Gotinga, Neudietendorf, Bad Langensalza, Würzburg, Bietigheim-Bissingen, Vaihingen en el Enz, y Karlsruhe. Unas cómodas 14 horas de trayecto, a cambio de 49 euros en lugar de 200. Nada mal para un viaje de amigos, así que compramos unas cervezas que dejamos a la interperie para que se enfriaran, mientras las chicas nos prepararon una pava eléctrica de un litro para tomar unos mates en el camino, así como varias bolsas de gomitas, galletas, papas fritas y golosinas varias. Todo empezó relativamente bien: El camino a la estación fue un poco ajetreado porque tuvimos que correr un poco para alcanzar el tren que nos llevaría a casa. Debido a que no había mucho juego con el tiempo que teníamos entre trenes, nos apresuramos y llegamos con 2 minutos de anticipación.

Así empezamos la micro-odisea a través de Alemania profunda.

La primera parada fue en Hamburgo. No pasó nada interesante, solamente cambiamos de trenes, intentamos dormir en el primer tren, pero no se pudo hacer fructíferamente, porque íbamos puro webiar.

El tren regional RE1 de Rostock con destino final Hamburgo tiene una duración de dos horas y media, con diecisiete

paradas intermedias, recorriendo una distancia de aproximadamente 180 kilómetros.

Aquí hicimos un cambio de tren, para tomar otro que, desafortunadamente, no permitía el consumo de bebidas alcohólicas en las inmediaciones del tren. Debido a que era antes de las doce de la tarde³⁶⁵, pensamos que “*a la mierda la policía (de la moral)*” y nos abrimos una cerveza cada quien, recorriendo apenas noventa y tres kilómetros al siguiente punto, Uelzen: Un punto relativamente pintoresco, donde Luis compró una postal para recordar el momento.

“Pa’cordarme, po’” – estableció Luis.

Llegamos a Gotinga a las 14:30 usando el ME RE2. Aquí, las cosas languidecieron.

“Saca el cuadro” – dijo Luis.

“Saca el cuadro, conchetumadre” – dijo Luis.

“¡Saca el cuadro, culiao aweonaol!” – exclamó el conchesumadre de Luis.

“Pa’qué, hombre, sociégate y tómate una chela mejor”.

Luis estaba muy pinche insistente con el cuadro, el cuadro a la verga, el cuadro. Cedió.

“Bueno, pero yo no quiero ninguna parte del cuadro”. – Expresé.

“¡Yaaaaa po’, ma vai a dejar morir solo?” – replicó Luis.

Pues no, no podemos dejar a nadie morir solo.

Adendos.

³⁶⁵En Alemania, existe el dicho: “*Kein Bier vor vier*”, dígase no cerveza antes de las cuatro. En latinoamérica, y posiblemente los estados unidos de norteamérica, cualquier hora después del medio día es aceptable para el consumo de alcohol. El caso no aplica al estado de Bayern, al sureste alemán, en el que el consumo de cerveza de trigo es respetable a cualquier hora, incluida la mañana.

La siguiente sección atraviesa una parte esencial de la experiencia psicodélica de que se te atravesara un cuadro, y lamerlo, y después dejar que los cuadros se vuelvan triángulos.

Pero ¿Qué son esas mamadas de los cuadros? Albert Hofmann, un suizo, estaba peleando con la ergotamina en su laboratorio porque era su trabajo. sintetizó ácido lisérgico y sin intención, se tripió un día y digo: “*¡Scheiße verdammt guter Zug!*” – posiblemente, y se tripió intencionalmente en abril de 1943. La manera más común de conseguirla hoy día es a través de los *blotters*, cuadrados de papel secante que absorbe la tinta bastante bien, y es decorado con arte para determinar el origen, dosis, o lote. De ahí los cuadros.

Ni me acuerdo a quién le compramos el ácido. Debió ser en alguna de las mismas ocasiones que compramos mota, y nos dijeron: “¿Querí unos cuadros?” Y ¿Yo quien soy para decirle que no a ponerme grave en situaciones inesperadas?

El siguiente episodio debe ser ignorado por sobre todas las cosas, en el caso de que usted, querida persona lectora, tenga reacciones adversas a discusiones sobre experiencias paranormales, viajes largos de tren, paruresis, o temor a ataques de bolas de nieve.

Cuadros se convierten en triángulos

“Deberíamos de solamente tomar un cuarto cada uno, ya sabes, para no ponernos muy locos porque tenemos que tomar otros trenes, culiao”.

“Yapo, dame un cuarto nomás”.

Un cuarto nada más, saliendo de Gotinga.

Afuera, la nieve se veía sumamente densa. Yo solo veía como la nieve se acumulaba afuera, mientras la luz del sol se alejaba lentamente en el horizonte.

“¡Oi! Ese cuarto no hace na' po, dame la otra mitad”.

Yo sentía un poco de picazón en los pies, por lo que sabía que estaba funcionando.

“No weon pesao, ya deja de joder, estate quieto y relájate”.

Sin embargo, Luis no se detuvo. Siguió insistiendo que quería el resto. Yo veía como sus ojos se volvían progresivamente más desquiciados, no quedándose en un punto, y convirtiendo la retina en un agujero negro que no podía detener ningún fotón. Ninguno. Todos pasan.

Todos pasan.

La cuenta hasta este momento era: $1/4$ para mí, $3/4$ para Luis.

“No siento nada, no siento nada” – repetía Luis incesantemente.

Yo solamente veía cómo pasaba el tiempo y nos daba risa mirarnos. Tomábamos unos mates y miramos afuera: “Bad Langensalza”. “Heh”, emití. En algún punto aquí, en la oscuridad de la noche, el tren se detuvo.

Se detuvo largo tiempo.

Una voz misteriosa dijo algo al micrófono. Por las condiciones socioculturales en las que nos vimos envueltos, no entendíamos muy bien lo que pasaba. Yo solo veía la cara de preocupación de los otros pasajeros del tren.

“**Ya culiao relaja el joyo nomás po**” – decía Luis, el Wladi, recostándose y mirando al fondo. Se veía la ~~nube~~ nieve pasar. Había mucho pasando al mismo tiempo.

Sentía esa indistinguible comezón que solo ocurre cuando me da calor en esos días de verano que pasan a veces en los que el fondo de la cama se calienta demasiado, y ya no puedo dormir a gusto. Me da comezón de pie, me pasó una vez en Ulm, en un hotel que no tenía aire acondicionado. Sufrí, sufrí mucho, porque hacía mucho calor y nada hacía que se sintiera menos. Determiné al final mojar unas toallas y ponermelas en los pies. Tampoco tenían ventiladores, entonces, el calor solamente daba vueltas en el cuarto, y yo en él. Terribles 3 días. Miraba a los adultos mirándonos y pensaba, a la verga, porque todos senos quedan ¿biendo? ¿Qué pasa? ¿POr quoe sioy así?

Mientras, el tren cambiaba de dirección súbitamente.

23.1

El ruido al fondo era infranqueable. El pánico tomó las riendas de mis memorias, mientras el puto Luis solamente me decía:

"Yapo mezquino culiao relaja el hoyo" -- repetidamente, mientras yo intentaba recuperar el control de mi mente. Ahora, en este momento, las distorsiones visuales en las que me veía envuelto no eran tan críticas, puesto que no estaba teniendo alucinaciones específicas. Solo distorsiones de la realidad. Tomé mi teléfono móvil, que todavía estaba dispuesto (y disponible) para desbloquear utilizando un código, mientras colocaba la localización en la que estábamos en ese momento. Olvidaba frecuentemente cuál era la estación en la que teníamos que cambiar de tren: Neudietendorf. Neudietendorf. Buscaba como desquiciado el lugar donde estábamos, con futilidad absoluta, pues todas las líneas se movían y las líneas rectas se convertían en curvas inaseguibles que no me dejaban encontrar el punto en el que estaba. La señal de radio estaba completamente muerta, en medio de la nada, en medio de la nieve.

"Yapo relajai la raja weon, ahí vemos nomás" -- decía Luis, en mi oído, mientras sentía cómo se convertía lentamente en un mantra que me impediría escapar el medio de la nada en el que estábamos envueltos.

Las cosas se pusieron más peludas por el cambio de dirección del tren, que incrementó mi nerviosismo al no saber, por un lado, dónde vergas estaba, y por otro, como jijos de la verga iba a llegar a mi apartamento para dormirme y laborar.

"Relájate, culiao" -- me decía Luis.

"Luis, ¿Entiendes que no entiendo cómo es que alguien te puede aguantar como eres?".

"Shaaaa, cállate mezquino culiao".

Busqué Neudietendorf y lamentablemente es de esos lugares que están cerca de algo, pero lejos de todo. Bah, patrañas. ¿Qué son esas mamadas? Si yo lo que quiero es solo llegar.

"A ver, Luis, tenemos un problema, yo mañana sí o sí tengo que llegar a Karlsruhe, y blah blah bla, blah, blah, blablablabla, blah blah, blah ble bli blu blah". "Blah blah bah trenes blah blah blah".

"Nam dui ligula, fringilla a, euismod sodales, sollicitudin vel, wisi. Morbi auctor lorem non justo. Nam lacus libero, pretium at, lobortis vitae, ultricies et, tellus. Donec aliquet, tortor sed accumsan bibendum, erat ligula aliquet magna, vitae ornare odio metus a mi. Morbi ac orci et nisl hendrerit mollis. Suspendisse ut massa. Cras nec ante. Pellentesque a nulla. Cum sociis natoque penatibus et magnis dis parturient montes, nascetur ridiculus mus. Aliquam tincidunt urna. Nulla ullamcorper vestibulum turpis. Pellentesque cursus luctus mauris."

¿Qué, qué?

yo que voy a saber

En fin, , , las cosas siguieron poniéndose peludas mientras apandaba la pantalla furiosamente, como si estuviera buscando parejas potenciales en aplicaciones de citas, esperando que el tiempo fuera se fuera de repente, como decía Alfredo: "Namás me acabo los likes del Tinder, m hago una puñeta y a dormir".

"Yapo culiao relájate nomás".

"¿Y yo cómo vergas me relajo?" -- pensaba. Una voz, distorsionada, resultó ser la luz que requería mi vida en ese momento: Una voz que decía:

Liebe Fahrgäste, in Kürze erreichen wir NEUDEETENENDORF. Der Zug nach Würzburg wird erreicht. AAussteig Fahrrichtung Rechts. Bitte beachten Sie die Schienen. Danke nochmal mit der Deutsche Bahn mitzuzuzuufahfahfah.
--

"¡A LA VERGA, LLEGAREMOS, LLEGAREMOS CHANTA CULIAO!"

"Yapo, te dije que te relajaras nomás po'".

Y pues sí. Era cuestión de relajarse.

Pals

*Pals through and through
Huddled in a violent room
Carving on the wall
With broken fingernails*

Pygmy Lush, *Pals*, del álbum “Old Friends” de 2011.

En Würzburgo, las cosas se estabilizaron un poco. Sigo escribiendo así, porque las cosas estaban un poco difuminadas aún, pero ya no nos daba risa todo, y sobre todo, ya podíamos tener una charla sin que las cosas se pusieran cuáticas ~~así~~ nomás. Salimos del tren y fumamos un cigarrillo al pie de la fuente de Quiliano³⁶⁶.

“¿Te acordai que iba a comprar postales por donde pasaramos?”

“Bueno, pues la cagaste, igual no había mucho que comprar en esos pueblos del infierno de la mitad” – exhibí.

Terminamos de fumar y volvimos al, ahora sí, último tren que tomaríamos, antes de llegar a nuestra querida Karlsruhe. El tren era bastante relajado, dado que ya prácticamente no nos quedaban cervezas, no nos quedaba agua caliente, no nos quedaban muchas ganas de seguir, y ya todo estaba prácticamente saldado.

Íbamos ya bastante tranquilos, porque el camino era bastante tranquilo: Ya solo cruzar estados conocidos, con rutas que podían ser llevadas a cabo con trenes de alta velocidad (en el peor de los casos, y abandonar

³⁶⁶La fuente de Quiliano fue un regalo del príncipe regente de Bavaria Leopoldo a su ciudad natal, que un año antes le proporcionó la fuente de Franconia en la Residencia de Würzburgo. Otras dos fuentes comparten el nombre, estando una en la plaza de Quiliano, también en Würzburgo; así como la cripta de Quiliano, en el nuevo monasterio de la vieja ciudad en Würzburgo también. Quiliano era un obispo irlandés que se consagró obispo en esta ciudad, convirtiendo al rey Gosberto de Turingia, pero llevándolo a ser asesinado por Geliana en 689. Tiene una espada de oro en su estatua frente a la fortaleza Marienberg.

al chanta qlo de Luis a pata). Nos quedamos ahí solo envueltos en la oscuridad de la noche, y nada más de nieve en los alrededores. Solo quedábamos algunas cuántas personas yendo, supuestamente, a casita. A casita. Luis se levantó a miar, y yo me quedé cuidando el ganado. saqué la guitarra y toqué dos o tres acordes, pero los dejaba a medias porque se me escapaban algunas notas de vez en cuando. Escuché a lo lejos un murmullo de la voz del tren, pero no puse atención. Estaba absorto en encontrar esos acordes. Siempre parto de Sol o de Do, y me muevo en esas cuartas ascendentes, con terceras picantes, pero nada más. Escucho algo de “Karlsruhe, blah blah”, y volví a la guitarra, solo para entrar en pánico cuando el mensaje se armó en mi cerebro: “Para Karlsruhe, dejar este tren aquí, en ‘Bietigheim-Bissingen’, y tomar el siguiente en este mismo carril. Recogí todo a altísimas velocidades, aunque posiblemente un tanto torpe porque todavía las cosas estaban ligeramente borrosas. Corrí a toda velocidad debajo de las escaleras, buscando a Luis, que todavía no había salido de los servicios sanitarios. Seguí corriendo a través del corredor del siguiente vagón, donde estaban los servicios, para encontrar a Luis cerrando la puerta. A la derecha, la puerta aún abierta, empezó a parpadear. Grité:

¡LUIS! la puertaaaaaaaaaaaaaaaa.....

Luis solo miraba anonadado. Llegué, y la puerta se fue. Puf. Todo se fue a la mierda y nuestro día estaba arruinado.

Llegamos cerca de las once de la noche a Stuttgart, derrotados.

Teníamos dos opciones: Esperar treinta y cinco minutos al siguiente tren directo a Karlsruhe, o tomar un tren que nos llevaría a Pforzheim, donde esperaríamos cinco minutos, y luego el tren local a Karlsruhe.

“No sé Luis, creo que podemos esperar al siguiente a Karlsruhe, así ya no tenemos que hacer cambios”, inquisité, ya

con los ojos cuadrados. “No weon, ya ’toy caga’o de sueño, ya me quiero ir, hay que tomar ese”. Seguimos discutiendo hasta que cedí, y nos sentamos en el segundo piso del tren, separados por unas muchachas que se veían también bastante cansadas. “No me hablei culiao” – replicó Luis. Me quedaba algo de batería del teléfono móvil, así que como ya no estábamos platicando ni nada, puse música. Me quedé picado, en un momento, con Pygmy Lush. *Pals* es la última pista de su álbum *Old Friends*. Con siete minutos y nueve segundos, es la pista más larga del disco, y tiene un coda que se empieza a construir al final de la pista, mientras los instrumentos se ponen más y más ruidosos. Escuché esto hasta Pforzheim, en repetición, y luego en el tren, que ya estaba solitario, estando Luis en una esquina y yo en otra. Nos bajamos en Durlach, donde Luis se fue a la casa donde vivía en ese tiempo, y yo me quedé ahí, esperando el siguiente tren.

Un momento de claridad vino cuando empezó *January Song*, que precede la canción *Pals*. La canción es corta, y dice:

*A driving song is playing on the radio,
the mulcher pulls up, I’m in bed
put my branches to break,
the big wheel turns endlessly over my bones.
a mean wind blows thru a hole in my head.
my ticket was bought but you were not all there,
it ain’t an easy way to cut me off, is it baby?
Be mine.
Just don’t be mine,
This just wont be mine.*

Me quedé enganchado en esa última parte. No sé por qué, me quedó esa parte resonando todo el camino de vuelta.

¿Será que quiero amor?

Quién sabe. Llegué a las 2 de la mañana a tener una plácida siesta de 5 horas, y trabajé... con una claridad infinita. Inborrable. Que se fue esparciendo con el tiempo, pero siempre me quedará la canción de Enero para recordar ese momento en el que me perdí en medio de Alemania y me encontré, de una manera poco ortodoxa, a mi mismo.

Y ya, aquí la penúltima aventura con Luis y el Miguel y su hermano.

El hombre planta

La última aventura la tuvimos en Ámsterdam, porque yo tenía días de vacaciones, tenía dinero (por fin) y quería ir a *lokiar* con Luis, Miguel, y su hermano, que venía de visita. Tomé un autobús con Luis y fuera de no tener muchos eventos interesantes, olía mucho a patas, y creo recordar que había una mujer mexicana que estaba hablando con el novio alemán de lo fantástica que sería su experiencia en Ámsterdam. Yo por mi parte no tenía grandes esperanzas: Ya había loqueado con unas entonces amistades. Pero a Luis lo quiero y lo estimo, y asumí que pasaríamos un buen momento de amistad juntos.

El viaje del autobús, salvo oloro, terminó donde terminan todos los viajes de autobús a Ámsterdam: En Sloterdijk, bastante al oeste de la ciudad. Llegamos a las ocho de la madrugada, y la mexicana y el novio desaparecieron para nunca más saber de su paradero. *Ciao, pues, cabros.* Como teníamos más tiempo que planes antes de que llegara Miguel, le dije a Luis: “Pues vamos caminando, son como tres kilómetros al centro de la ciudad”. **Error, terrible error, Luis. Nunca camines con Orlando.** Caminamos lo que realmente serían cinco, casi seis kilómetros. Íbamos hablando tranquetas, las metralletas. Luis investigó profundamente dónde compraría mariguana, que íbamos a ir al café Bulldog, porque era muy famoso, y que iba a buscar no sé que pinche cepa que muy buena, a la verga. Le dije que la única que me interesaba era la que me hacía escuchar más, y que no sabía cuál era, y que no sé cual era, así que tenía que buscar cepa por cepa hasta encontrarla.



Una pinche necesidad con eso del consumo de drogas ilícitas. Si bien esto me hace prioritariamente imposibilitado de buscar puestos públicos como profesión, léase, adiós cualquier diputación, local o federal, para cualquier estado federado. Si bien, todo esto se puede considerar una forma de expresión narrativa creativa, porque lo es, y no puedo alegar o negar que estos eventos pasaron, o que la gente existió en verdad, porque no existe una forma de validar la existencia de hechos primariamente falsos, porque me encanta echar *mentiras*. Luego entonces, que complicación.

Ese pedo de la mota para escuchar más fue todo un tema. Después del episodio con ~~Acebalpikesma~~ que le comprara mota al novio y que no se qué mamadas, ya nomás fui una o dos veces con los güeyes de la calle de las putas a comprar mota porque siempre era en condiciones muy rudimentarias. Una de esas veces, era un güey que estaba cerca de los botes de basura, y la mota la guardaba abajo de un carro que estaba estacionado. Ya luego yo me iba por otro camino para no levantar sospechas, y nomás me fumaba uno que otro gallo a varios parques de distancia para que la ruca en donde vivía no se diera color de mis malos hábitos. Esa mota, sin embargo, estaba pasada de verga, de repente me quedaba aturrido escuchando algo y sentía como que podía escuchar más cosas. Como que la música resonaba más chingón. Hasta sentía que podía componer música sin referencia. Obviamente eso nunca funcionó como yo pensaba, lo que tocaba igual sonaba culero pero yo sentía que sonaba más chingón y lo

importante es que haya salud.



Llegamos a la estación central y fuimos a buscar algo de comer, bueno y barato, puesto que todavía no llegaba Miguel y su hermano, el Ángel. El Lucho estaba muy entusiasmado con el viaje, pero como todavía no podíamos entrar al hostel donde dormiríamos esa noche, nos tuvimos que hacer los weones un rato por el centro de la ciudad. Luis estaba cuidando su sobriedad como virgen descomunal, esperando para fumar mota de la buena. Le dije que compráramos un pito nomás, ahí para pasar el rato. Fuimos por un pre-enrollado que no estaba tan bueno, pero suficiente para irnos al parque a pasar un rato. Luis se quejaba de dolor de pies, porque hubimos pasado mucho tiempo caminando. “*Pucha weón que me duelen las patas caleta, culiao Orlando mezquino, no me hagai caminar más po*” – enunciaba el culiao feo, a lo que yo hacía caso omiso. Le dije que no usara botas, que para que vergas se le ocurre traer sus zapatitos miao a un viaje que requeriría caminar bastante.

Luis no estaba contento con eso, y menos porque ya a eso del medio día pensamos ir al hostel a dejar de menos las mochilas pesadas y las guitarras. La camiata sería de Nieuwmarkt a Leidseplein, aproximadamente dos kilómetros. Compramos mota para el camino, y empezó el puto Luis a quejarse a la verga: Que nos fueramo en tram namás, que ya la conchemi madre, que pa que la hací larga weón, pará, deja de webiar, y así durante todo el camino. Luis fumó mucha mota, unos dos pitos en menos de una hora, y ya estaba medio pitiao. En el camino me dijo que tenía que sacar dinero del banco, así que buscamos donde pudiese sacarlo que no fuera una artimaña de cobros innecesarios. Llegamos a un cajero automático, y Luis se detuvo un segundo. “*Weon, se me olvidó el PIN, la concha de la lora*” y le dije si me estaba webiando. Me dijo que no, que no era webeo. Intentó poner el PIN una

segunda ocasión, equivocado de nuevo. Le dije que no intentara otra vez, que yo sacaba dinero y le pasaba. Se puso renuente, y la metió otra vez. El cajero le dijo en una voz intimidante que ya dejara de webiar, que se iba a quedar con su tarjeta culia y que se fuera a chingar su madre. Luis se puso muy triste y dijo que era de nuevo todo lo que le pasó en Ucrania.

Ah, porque este webón tarado se había ido a Ucrania unos días antes porque el diablo le dijo que había tetas y culos y este weon se fue nomás en un avión, y por andar de culiao enfermo pene alegre, se despertó tarde, perdió un vuelo, y tuvo que pagar 130 euros por un vuelo de emergencia para llegar a Karlsruhe unos días antes. Y algo platicó de un tío que tenía y que lo puso a tocar canciones del bloque depresivo y que así enamoró a unas viejas. Yo no lo le creí a la verga al puto mentiroso quliao.

Ahí se puso a tristear y le dije que ya, que parara de webiar. Me dijo que no, que la tarjeta. Le dije que no importaba, que pidiera una llegando. Me dijo que no. Ahí discutimos más rato hasta que se fue a una esquina (**no era una esquina, era una esquina espiritual**) a ponerse triste y yo me estaba tomando una cerveza ahí cerca. Se le pasó a los minutos cuando me dijo que Miguel y el hermano ya estaban en camino a Ámsterdam. Llegamos al hostel y nos dijeron que podíamos dejar las maletas y pegarnos una lavada de cara, porque veníamos todos jediondos de camión, pero que la entrada hasta las dos de la tarde, faltando media hora. Nos sentamos ahí a querer tocar unas canciones, y nos dijeron que no se podía, que por favor cero canciones, nada de boleros. Nos salimos maldiciendo y esperamos pacientemente a la entrada para pegarnos un baño. Los cuartos del hostel eran pequeños pero densamente poblados. Había maletas, condones y bolsitas misteriosas de plástico tiradas en las colchas misteriosamente manchadas de colores indescriptibles.

Salimos a eso de las seis a buscar a Miguel y al hermano, de nuevo, a pie. Le dije al Luis, que ya estaba muy mariguano en este punto, que fuéramos a comer algo antes de ir con el Miguel. En el Satellite Sportscafé yo recordaba que fui a comer unas costillitas todo-lo-que-pueda-comer que se me hacían buenas. Ahí fuimos y pedimos unas maravillosas costillas. Yo me comí dos platos y me sacié. Luis se quedó dormido.

La noche se avecinaba de pronto. Luis ya estaba pa la corneta, por los consumos y porque lo forcé a caminar con sus botas de no caminar. Se quejaba, me decía “*Ya culiao vamo a tomar el tram conchetumare, toy cansao mierda*” y otras similares. Le decía que ya faltaba poco para que llegara el Miguel, que estaban llegando a la estación de tren. Nos dijeron que dejarían las maletas y se acercarían a donde estábamos. Luis ya estaba molesto conmigo porque ya no quería caminar. Me dijo que parara, por favor, que ya era demasiado, que le dolían los pies. Y se quedó parado, mariguano, triste y enojado conmigo, en medio de una calle. Le dije que ya, cabro, ven pa’ca, nomás, ya viene tu novio a recogerte, que ya estaban en camino. A mi no me contestaba Miguel, pero quedamos de irnos a ver al Bulldog café en Leidseplein, cerca de donde estaba el hostel. Cuando vimos a Miguel, los ojos de Luis se llenaron de una tierna esperanza por ver una carita conocida, y no un demonio que lo hizo caminar con botitas de platicar durante horas y horas. Llegó con Miguel y le dijo hasta de lo que me iba a morir, que Qrlando ouliaio, que lo hice caminar, que teníamos horas caminando sin ton ni son, que perdió su dinero, que estaba cansado, que porque lo dejaba hacer eso. Yo estaba cagado de risa por un lado, diciéndole al Miguel que sí, a la verga, que puto Luis endeble, que quien le mandaba traer esos zapatos vergueados. Todo esto en un foro bastante público donde se nos acercaron unos argentinos preguntando por merca. Nos reímos y el Miguel dijo que nos fuéramos al Bulldog café. Ahí conocí al Ángel, el hermano del Miguel, y por fin aprendí porque se hacía llamar “Nano”: Porque así le decía el hermano cuando eran pequeños. Por

“hermano”. “Nano”. Historia enternecedora.

En el Bulldog café nos quedamos varias horas. Hubo una pelea entre un musculoso británico y unos individuos de procedencia desconocida, solo escuchamos vergazos a lo lejos, mientras tomábamos cerveza y nos reíamos de las injusticias de las botas incómodas. Me decían que estaban prontos a dejar el país, porque ya habían terminado los cursos, luego entonces, ya habían sobrepasado su estancia en Alemania. Una pequeña tristeza me sobrellevo en ese momento, pero lo tapizamos con unos gajohnsons afuera, donde un hombre sangraba profusamente, mientras una mujer con ropa ceñida le sobaba la carita.

A las tres de la mañana, salimos a fumar y ya en camino a comer. Un hombre despeinado se nos acercó mientras tocábamos “Cómo quisiera”, de Chico Trujillo. El hombre nos habló en inglés, y dijo que si podía tocar una canción. Empezó con Fa sostenido y ya sabía que esto iba a empezar con sus mamadas de “*Today, is gonna be the day, that they’re gonna throw it back to you*”. Nos pusimos a discutir cómo quitarle la guitarra al hombre, que nos dijo que sufría de esquizofrenia. Seguía tocando, mientras un hombre con una planta como sombrero se acercó por detrás nuestro. No hablaba inglés ni alemán ni español, nos hablaba en neerlandés y nos confundió bastante, porque se puso a cantar después con el esquizofrénico, que gritaba descorazonadamente. Dejó la guitarra por un momento para encender un cigarrillo, oportunidad que tomamos para recoger las guitarras e irnos a dormir a la verga al hostel.

LLegamos casi a las cuatro a dormir.

En el cuarto del hostel, olía mucho a vómito y a culo sin lavar. No a cagada, no. Era un olor a culo sudado. Jamás pasé una noche tan mala en un hostel.



No tuve oportunidad de viajar por mi cuenta como un hombre

joven sino hasta que obtuve mi primer empleo, en 2011. A mis veinticuatro años, ahorré dinero y me fui a Londres y a Edimburgo, por sugerencia de Juan Lanzagorta, un profesor que tuve en el pregrado que me lo sugirió. Llegué a Londres el 24 de mayo de 2012 a la terminal 5 de Heathrow. Me sorprendió lo culera que estaba la terminal, olorosa a viejo y con todo amarillento por el paso del tiempo. “*No mames, a la verga, parece terminal de autobuses de Hidalgo*” – Pensé en su momento. Tomé el metro hacia la estación Arsenal, que quedaba bastante cerca del hostel a pie. Le dije a María Aída, hinchada del equipo de fútbol del Arsenal, pero como no tenía particular interés en el fútbol, solo quería un hostel barato. Pagué 58 libras con cincuenta centavos por 6 noches, menos de diez libras por noche. Cuando llegué al hostel, todo estaba muy oscuro y culero. No hacía tanto calor, yo pensé que más calor haría, pero llevé escuetas sudaderas, tonto Qrlando, que no sabía nada del frío de verdad. Pero era verano, y asumí que no estaría tan mal la situación. Pagué el coste de la cama, y me fui al cuarto a dejar mis cosas. En el cuarto había un canadiense que no sacaba plástica, y un australiano que tosía cada treinta segundos como con una gripe muy intensa. Fui a comer pescado frito con papas fritas, la comida quintesencial local, y me tomé una Guinness muy fría. Me pareció maravillosa la combinación. La primera noche no podía dormir, estaba un poco acalorado y un tanto incómodo porque todo olía mucho a humedad. Me salí a las once de la noche a la sala de estar, donde pensé habría más gente. Dos personas hablaban en un idioma indescriptible al lado de la mesa de billar, y un individuo miraba el cricket en el televisor montado en una de las paredes. El tipo de la recepción era otro del que me recibió, y yo estaba con un dolor de cabeza espectacular.

Le pedí al hombre una pastilla para el dolor de cabeza, y me dio un ibuprofeno de algunos miligramos por una libra. Me la tomé y se me mejoró el ánimo.

Los días siguientes fueron dulceamargos, porque vi a *Melvins* con su configuración actual con doble percusión a cargo de Dale Crover y Coady Willis. De ahí me fui a ver a *Yob* y *Wolves in the Throne Room* algo de lejos, porque quería estar de vuelta para ver a *Sleep*, que estaba lleno de cochinos fanáticos de *Slayer* que solo querían escuchar *Rain in Blood*. Estaban muy borrachos y tercos queriendo que se callara Al Cisneros. De *Slayer* no aguante mucho al frente, estaba muy violenta la gente y yo no quería que me rompieran el hocico. Me fui al día siguiente a ver a *Floor*, *Harvey Milk*, *Chavez*, *Codeine*, *Mudhoney* *Dirty Three* y *Mogwai*. Un tipo muy borracho estaba muy pesado queriéndome robar el lugar para estos últimos, pero no me rendí, afortunadamente se hartó pronto y me dolieron los oídos mucho. El domingo fue muy relajado y vi a *Tall Firs*, *Siskiyou*, *Sleepy Sun*, *Tennis*, *Thee Oh Sees*, *Yuck* y *Afghan Whigs*. Me sorprendió que estaba muy activo el de las consolas controlando el sonido. Una maravilla. Me quedaban dos noches en el hostel, pero el 28 de mayo fui sorprendido por mucha sangre en las sábanas blancas económicas del hostel. Investigué. “¡Chinches!” – Aparentemente. Huí esa misma mañana a Edinburgo, tomando un autobús Megabus de Victoria Coach Station saliendo a las 9:30 de la mañana llegando casi a las 7 de la noche. Lo compré en la computadora del hostel y salí temprano a la estación de autobuses, que estaba un poco menos culera que Heathrow. Monté mi maleta y pasé por Sheffield, Leeds, Durham, Newcastle upon Tyne, Dunbar y finalmente Edinburgo. El hostel que decidí fue el High Street. Pagué también 55 libras por este hostel y pensé que estaría igual de culero, pero me sorprendió que tenía una

comunidad mucho más relajada y muchas actividades que hacer con la gente del hostel. Yo me iba por las mañanas a caminar por la ciudad y al monte en Holyrood Park, y por las noches me iba a pistear al hostel. Como estaba cercano al fin de mes, hice varias cuentas para saber si tendría suficiente dinero para pagar por el viaje. Me tendrían que llegar 6000 pesotes que era el único capital con el que contaba en ese momento. El depósito de dinero siempre me llegaba a eso del 28 del mes, así que cuando llegué a Edimburgo, fui al banco a intentar sacar dinero. Me quedaban unas veinte libras en total, y el banco rechazó el retiro que intenté hacer. Debería tener unas cien libras por lo menos. Intenté hacer requisiciones cada vez menores, pero nunca me dio dinero. Temía que se comiera mi tarjeta y entonces sí iba a terminar comiendo verga. Afortunadamente, pagué todos los hostales, autobuses y aviones por adelantado, por lo que por lo menos podría volver a casa, y todos los hostales ofrecían desayunos. Muerta no terminaría. El 29 volví a intentar sacar dinero y no funcionaba la puta tarjeta. Era un martes, por lo que era improbable que hubiera un depósito que no llegó a tiempo. Comí cada vez porciones más pequeñas para sobrevivir estos días, comiendo los sandwiches de 3 libras con refresco y papitas. Me quedaban siete libras el 30 de mayo. Cambié unas monedas para marcar al banco a preguntar qué vergas estaba pasando, y gasté 3 libras intentando marcar a Banamex. Mi llamada fue terminada de repente, y no me resolvieron nada. Cuatro libras me quedaban. En mi cuarto, una polaca que trabajaba en el hostel me vio tristeando un día que volví de unas calles por Holyrood Park que compraban ropa usada, donde consideré vender mis calzones cagados y camisas miadas por unas cuantas libras. Derrotada, le platiqué la situación y

me dijo que qué pena, pero que si quería, ella me podía compartir algo de comida, que no me preocupara. Le dije que ya tenía todo el transporte resuelto, entonces agradecía su asilo. En la tarde, en la lona, pensé: “Chingue a su madre, a la verga, igual me voy a morir” – Y las últimas tres libras me las gasté en cervezas. Chingue a su madre. Me emborraché y salí al banco, envalentonada. Metí la tarjeta, el PIN... y salieron ciento cincuenta libras. Nunca me he vuelto a sentir tan rica en mi vida como en esa ocasión. Juan me dijo que probara la comida escocesa, y fui a comer Haggis, unas tripas con sangre adentro y papas fritas. Una maravilla de asquerosidad que amé bastante. Esa noche, también salí a un *Pub Crawl* con la gente del hostel. Me le acerqué a platicar a mucha gente, sin mucha suerte. Una gringa tatuada con su amiga me dijeron que si quería una cerveza, y le dije que sí. Le platiqué mi triste historia, y se compadeció de mí. Estuvimos pisteando en compañía durante toda la noche, ella comprándome cerveza, y yo hablando mamadas de chamaco que nunca en su vida hubo viajado fuera de su país de origen, como tantos billones de individuos en el planeta. Estaba extasiado en el momento. En algún pub nos fuimos a lo oscuro a darnos besos, y yo, embelezado por esta pinche gringa pichona, me dejé llevar. En una de las salidas se me perdió, y ya no me dejaron pasar al club nocturno donde había entrado el grupo. Me quedé afuera fumando, triste, sentada en una piedra. La gringa salió a buscarme a decir que me extrañaba, y me metió al pinche bule. Ahí nos besuqueamos otro rato, y nos fuimos al hostel. Le dije que si quería seguir con la besuqueada en lo privado, y me dijo que no, que ya estuvo suave. La volví a ver en el lobby al día siguiente y me dijo que ya se iba, pero que si iba a Estados Unidos podíamos hangiar o algo.

Le dije que sí y nos compartimos contactos. La tuve durante años en los contactos pero ya no volvimos a encontrarnos, porque se dedicaba a alguna cosa de trabajar con marcas de zapatos y event management. Kelly, se llamaba, creo. Ya nunca supe de ella.

De vuelta en Londres, las zapatillas *Converse* que llevaba se me mojaron a la verga porque después de una inusual ola de calor en Londres la semana pasada, volvió la lluvia y tuve que comprar una sombrilla para no mojarme en las calles. Visité todos los museos gratuitos de la ciudad y el hostel donde me quedé, el Journey's, estaba barato pero parecía una cadena porque no era la misma vibra que en el hostel de Edimburgo. Todo era muy automatizado y la gente no se ponía a platicar en las zonas comunales. Un horror. En su momento, escribí la siguiente reseña respecto a mi viaje al reino unido:

NUNCA te quedes en el Arsenal Hostel. Es muy barato, sí, pero tienen chinches y te vas a arrepentir. En verano hace mucho calor, y la gente no es muy amable y huele horrible a humedad. El desayuno está más o menos. Las instalaciones están bleh.

El Journey's Hostel está más o menos. También huele un poco a humedad, pero las camas son muy, muy incómodas. Tiene mejores instalaciones, though. Tienes tu propio socket de energía eléctrica y una pequeña lámpara. Está bastante céntrico (a 5 minutos caminando de King's Cross) y en general está decente.

Consigue una Oyster Card, si solamente vas a ir a Londres. Te sale un poco más barato el transporte y es para todos los que hay disponibles (camiones double-decker, metro, over-

ground y algunos trenes). Visita el Tate Modern. Visita el Science Museum. Si no eres muy exigente respecto a la comida, come kebabs de los iraníes, son muy buenos y baratos. Una comida te sale en promedio £10 (£6 por el platillo, £3 por la cerveza). Tómate una Foster's. Tómate una Guinness de barril. Si no quieres gastar tanto en pisto, el 4 de Carlsberg en el Tesco te cuesta £4, la cerveza es de 16 onzas. Compra en Tesco (el soriano de los británicos). También Sainsbury es bastante decente y barato. Un sandwich, papitas y una soda te sale en £3, cuando estés en presupuesto de budget.

En casi todos lados puedes encontrar mapas pero siempre, por amor a lo que consideres más sagrado, lleva GPS. Los nombres de las calles, peor que en Guadalajara, cambian cada glorieta y te puedes confundir. Yo me confundía seguido y me daban ganas de asesinar a alguien con mis propias manos. Tienes que ir al National Gallery, si te gusta la pintura. Si no te gusta, no vayas, te vas a aburrir. Casi todos los museos son gratis, no entres a los que cobran. Te vas a arrepentir.

Ve en la tarde a Camden Town, es como ir al Chopo o al Tianguis Cultural, por 15,000. Muchas chucherías baratas y pendejadas para llevar a los amigos y conocidos. No estoy muy seguro como se ponga de noche, pero ciertamente no me arriesgué a ir solo. Bueno, sí, una vez para ir a ver a Big Business, pero la estación de metro estaba a 15 metros del venue. Ve a Shoreditch, tienen muchos bares padres, pero de nuevo, de noche se pone medio intenso. Yo salí del Old Blue Last, y aunque los tragos son algo caros, estuvo suave el lugar. Ah, bueno, salí del lugar y unas mujeres en vestidos brillosos me gritaron de cosas al entrar a la

estación de High Street. Traía audífonos puestos así que no entendí que demonios me decían.

Si vas a ir a ver el futbol ten cuidado. O bueno, lo normal en un estadio de futbol, vaya. Me tocó un partido entre Inglaterra y Bélgica y se pusieron algo álgidos los ánimos al salir del partido. Hay mucha comedia: Un tipo muy borracho estaba siendo cargado por sus amigos aún más borrachos, mientras sus amigos se peleaban con unos belgas. En lo que llegaba la policía, pues se puso tenso el ambiente, y no cerraron las puertas del vagón. Al calmar el pedo, ya se cerraron las puertas y todo siguió como normalmente lo haría.

*En general, nunca tuve problemas con el transporte público. El metro lo cierran a la 1am en general (revisa para no arriesgarte) y los taxis son muy, muy pinche caros (un taxi de King's Cross a Heathrow te cuesta £45). Ah! yo llegué al aeropuerto de Heathrow. También puedes llegar por Gatwick pero creo que no tiene conexión a las líneas de metro. Al salir de Heathrow, tomas la línea Piccadilly, que te lleva a King's Cross que es básicamente el cruce de *casi* todas las líneas de metro. Llévate un mapa de las estaciones a todos lados, nunca sabes donde vas a terminar en algún punto de la vida. Si llegas a Gatwick, creo que Circle es la línea que llega. No estoy seguro, revisa en línea. El tiempo para llegar de Heathrow a King's Cross es de un poco menos de 1 hora, para que tomes tus precauciones.*

Nunca experimenté racismo de ninguna manera o forma por ser mexicano. Tampoco había mujeres que se desbarataran por mí (aunque pues, no estoy guapo ni nada así que es comprensible), pero en general la aceptación

es decente. Los londinenses caminan MUY rápido. Date una vuelta a Piccadilly Circus, Oxford Street. Creo que es todo para Londres. Si se me ocurre algo más, te aviso de cualquier manera si se me ocurre otra cosa padre.

Ni siquiera editaré mis ideas, pero tampoco las voy a leer.



Así conocí los hostales: Dos experiencias malas por una muy buena. Hasta que me dio olor a culo en la madrugada, porque la gente va a Ámsterdam a ponerse grave. En el baño comunal había un caldito de pies que olía muy feo, como a pene seco después de varias orinadas. Me fui al día siguiente a Karlsruhe, y me preparé para mi vuelta al terruño, mi primer viaje en varios años a

Los Mochis, Sinaloa

De aquí, me fue a Los Mochis, Sinaloa, pero de esto ya hablé *Antes*³⁶⁷.

De lo que no hablé fue de Los Mochis, que encontré exactamente igual que la vez pasada que fui. Era cumpleaños de Martín, un viejo amigo de la secundaria, que tenía un cumpleaños en su recién adquirida casa a las afueras de la ciudad. En su fiesta, había una muchacha que, alegadamente, estaba interesada en mí, porque me bailaba mucho, y me quería sacar plática. Una flaca culoncilla con cara de china. Lamentablemente, no me acuerdo ni de la muchacha ni de los bailes. Esa vez, comí tacos como animal, porque no había comido tacos buenos desde hacía mucho tiempo.

³⁶⁷Tqrrres, Q. (2019). *Cartas a qwXLEg LH*. Norderstedt, Germany, BoD. ISBN: 9-7837519444-8-9.

Otro día, fuí con Salomón a El Maviri, playa a escasos treinta kilómetros de Los Mochis, a comer mucho ceviche y pescado zarandeado. Luego, fuimos con Rafael al cerro de la memoria, y nos tomamos una tecate allá arriba. Les tomé fotos y pasé unos cuantos días ahí.

Las visitas a Los Mochis, Sinaloa, siempre están envueltas en una nostalgia de un lugar al que no pertenezco, pero que es el único en el que me siento identificad~~a~~ de cierta manera. Se siente como “casa”, a pesar de que nunca he pertenecido allí. Llegué en 1998, completamente ajena de una ciudad que reconocía como mi origen, pero extrañando a mis amigos de México: Samuel, Diego, y el nabo, un niño muy feo y blanco que posiblemente hoy sea diputado federal o dueño de algún consorcio multimundial. Me quedaban dos años de la educación primaria, así que empecé la escuela en quinto grado, un desconocid~~a~~ con un acento raro. ¿Quién pensaría que esto me pasaría una y otra y otra y otra vez por el resto de mi vida? Así conocí al Loya, el amigo más longevo que tengo hasta el momento. También venía de fuera, entonces esa inclemente disforia localizada le afectaba. También disfrutaba de los videojuegos, pero su madre, mi tía política, Lupita, no estaba muy de acuerdo con su uso indiscriminado. Yo tenía tantos años jugando Nintendo que ya la verdad lo consideraba segunda naturaleza. Me frustraba la escuela, porque todo se me hacía muy burdo y fácil. Mi madre intentó con los cursos adicionales para evitar mi frustración, pero heme aquí, aún batallando para encontrarme en la vida. Así eran los días en 1998. Ya luego llegó la vuelta del milenio. La pasamos en Tepic, Nayarit, en la casa de un amigo de mi papá que tenía una hija de mi edad, pero que ya estaba en la secundaria. Mi frustración porque ella tenía libros avanzados de biología y yo no era palpable. Me encabroné

con su hermano, porque tenía un Playstation³⁶⁸ truqueado, pero no me dejaba jugar. Esa familia me regaló unos carros culeros que se quebraron rápidamente. Intentando que le quitaran la consola, le dije a los padres de familia que qué extraño que le permitieran jugar *Akuji, el descorazonado*, pero hicieron caso omiso a mis lamentos adolescentes.

Así era mi Mochis.

Los días eran pocos: del 26 de diciembre al 7 de enero de 2018, apenas dos semanas para pasar tiempo con la familia, amigos, y por fin mostrar que no estuve haciéndome pendejo todos esos años en Alemania.

Lamentablemente, mi alemán no era muy bueno, y no conocía mucha gente que hablara alemán, como para comprobar que sí, en efecto, podía hablar alemán. Pasaba, como siempre que iba a Los Mochis, pasando poco tiempo en familia. Nos acostábamos cada tanto a ver tele en familia, pero no tenía gran cosa que compartir respecto a mi vida, salvo algo sobre Valentina, una querida amiga de quien mi padre y madre sabían bastante, pero nada de las mujeres en mi vida, porque en todos los casos me iba de la verga, o no tenía una que pudiera hablar en español para seguir los pasos de todas mis amistades: Casarme, tener algunas hijas, una casa a crédito, y un automóvil: Todo lo que me podía ofrecer Natalia, también conocida en la casa como la pelos pintados, porque tenía los pelos pintados de verde/azul cuando la conoció mi familia, y que no estaba buscando activamente, hasta donde yo sabía. En una de esas, fui con mi padre a recoger alguna credencial en el centro. Como siempre, me tocó que mi padre se asincerara conmigo, en momentos en los que realmente no lo necesitaba.



³⁶⁸En Español, las consolas de videojuegos típicamente son referidas con el género femenino. Para el Nintendo, sin embargo, al terminar en *o*, parecería un tanto insensato llamarle ella. No por políticas de género. Más que nada, por corrección gramatográfica.

Cuando pequeño, menos de diez años, mi padre me dijo: *Si faltó yo, tú eres el hombre de la casa* – me decía. y yo ¿Qué decía a esa responsabilidad? Mis preocupaciones en ese entonces eran no perder los juegos del Nintendo en automóviles que se descomponen a medio camino, no tomar la rienda de toda una familia. Me preocupaba. Pensaba: “*Chale, a la verga*³⁶⁹, y ahora, ¿*Qué hago?*” – Supongo, sin estudios y sin grandes proyecciones de carrera, salvo querer ser vulcanólogo o herpetólogo, tal vez fue en la misma ocasión que la tía (política) Maga me dijo que podía dedicarme a la restauración de arte. ¿Pero cómo? Si tenía que mantener a mi madre, y a mi hermana, y todo esto, sin siquiera terminar la primaria. El pensamiento no me corroía sobremanera, solo me quedaba pensando, en la noche, porque con el tiempo, se me iba olvidando y la preocupación de la semana, por ejemplo, no poder terminar el juego de video intercambiado de ese mes en el tianguis, o saber que tendría que empezar la secundaria y conocer gente nueva sobrellevaba en ese entonces mis preocupaciones.

Las preocupaciones me sobrellevan todos los días, sobre todo en la noche, cuando todo está quieto, y solamente nos quedamos en la habitación mi pensamiento interno, que nunca se calla, que da vueltas y vueltas, y que no tengo manera de detener. Siempre está andando. Y no tengo como callarlo, a la verga. Siempre tengo que estar pensando. Pensando. Pensando. Y eso es muy cansado.



Me contó mi padre de las dificultades económicas. Que no le había

³⁶⁹Bueno, no, no creo que haya pensado eso así, es una traducción póstuma de la

pagado no sé quién. Que le debían un dinero, que para comprar no sé qué cosas que faltaban. Que un terreno, que para construir no sé que cosa. Que está difícil la situación. Que ya casi le daban lo de la pensión, que era poco, pero pues que algo se tenía que hacer. Que qué difícil. Qué difícil.

Como siempre, me daba vueltas la cabeza. Porque no podía resolver eso. Qué cansado. Qué cansado todo esto.



El silencio me abruma.

No era la primera vez que las dificultades financieras eran tema de jocosa discusión en el automóvil, cuando no tenía a dónde hacerme, y tenía que pensar en dificultades financieras que no me injerían, y tener que pensar en ellas, en la noche, cuando todo está quedo, y quedamos yo y mis pensamientos dando vueltas y vueltas. He logrado, por más suerte que por mis habilidades financieras, dejar de preocuparme, si ben solo por timepos cortos, de la situación financiera que me aquejase en algún momento. Como la vez que mi primo me consiguió trabajo en una maquiladora, porque nadie quiere contratar estudiantes para que se compren dispositivos electrónicos. No, para nada. Lo que querían en todos lados eran esclavas, de entre 18 y 25 años (no viejas, por favor) para mantenerles encadenadas por los siglos de los siglos, víctimas de un sistema económico en el que la solución es: “¡Pónganse a chambear, huevones!” – Porque el trabajo nos hará libres, ¿Supongo? Porque la meta es ser el jefe, para coadyuvar a las esclavas y oprimirles

abrumante de la situación.

infinitamente mientras las bolsas se me llenan de sus lágrimas y sangre ¿Supongo? Porque lo único que queda no es que todas las personas vivan una vida digna, sin coadyuvancia, sin peligros, sin miedo a que los asalten a la verga porque no hay para comprarse un carro, ¿Supongo? Y la solución es vivir detrás de muros con seguridad (esclavizada) que violente al personal de servicio por llevarse una manzana a la casa, que les queda a dos horas de distancia en autobús, porque es a donde les han arrastrado, fuera de las ciudades, a las periferias, donde los territorios son de nadie, y los muros son decorativos. A las periferias, donde no hay ley, no hay justicia, no hay nada. Porque no hay justicia, carnal, lo unico que queda es violentar al otra, porque la única manera de sacar el hocico de un mar de sobacos, de dientes chuecos, de los terrores de temerle a la sombra misma. De mirar de lado en todo momento, porque quién sabe quién me va a querer chingar. Por suerte, también, fue que encontré al Gustavo que me dio chamba por mucho tiempo, pero me aburro y me vale verga la autoridad, luego entonces, me corren, y así encontré al señor que no me acuerdo cómo se llama de los GPS, que también me regañó por llegar tomado a trabajar después de loquear con la Estefa y la Cinthia hasta altas horas de la madrugada, y me ofreció flamantes seis mil pesos mensuales por quedarme de su esclavo. Ya luego, por suerte también, trabajé cuatro años en otra cosa, y luego dos y medio, por suerte, terminé en Alemania, y por suerte, cuando ya todo estaba oscuro y Valentina y Nora me salvaron esos trescientos euros que me faltaban para sacar el mes de junio de 2017, en lo que me caía el primer flamante pago mínimo para obtener un permiso de residencia en Alemania. Todo por suerte.

Qué pinche suerte tienes, carnal.

Me daba vueltas la cabeza pensar que otra vez tendría que ser la persona responsable por toda una familia. ¿Hasta cuando tendré que ser responsable de todo mundo a mi alrededor? Ya por eso mejor prefiero que en lugar de que me estén chingando para ayudarles, mejor me adelanto, y le ayudo a todas las personas que necesitan ayuda. Porque, por suerte, terminé donde estoy, en una situación financiera estable, después de estar años y años pensando que soy el hombre de la casa, que a mi es al que le toca responsabilizarse de todo mundo. Que si no soy yo, el mundo se cae. El Atlas encorvado, ¡Pobre Qrlando! ¡Ayúdenlo! ¡Se le cae el mundo encima, y no puede dormir! – me grito a mi mismo, cuando me veo por fuera, y necesito ayuda, pero no puedo. Porque nada más quedo yo, y el mundo se me cae encima.

Porque soy el hombre de la casa. ¿Será por eso?



Recogimos la credencial y me fui a pistear en la noche. Ya me quedaban pocos días, y desafortunadamente, me faltaban todavía las misas de año nuevo.



Tuvimos que pasar varias veces esas misas de navidad y año nuevo, bien vestidas y alborotadas, porque a mi padre le gustaba mucho sentarse hasta adelante en la misa. Llegamos varias navidades a la misa anterior a la principal de navidad, donde todos los sorrocloclos estarían postrados para celebrar al niño, Jesús. Luego entonces, teníamos que escuchar dos veces la misma misa. Nunca entendí por qué había que llegar tan temprano. Pero había que llegar a

hacerlo, porque era importante para mi padre. Las misas de navidad fueron por varios años el momento cumbre de las familias adineradas mochitenses, con unos perfumados extravagantes y humo de incienso de mirra para limpiar el espacio sagrado. Pero era más fuerte el olor a perfumes franceses extravagantes comprados en la tienda departamental El Faro, o Dios Guarde, traídos directamente de los Estados Unidos de Norteamérica, pero nada de fayuca; no, Señor, puro *Macy's*, pura calidad norteamericana. Me abrumaba tanto protocolo. Siéntense, párense, denle la mano a un desconocida, dense abrazo. Llegaba el momento de ir a tomar la oblea. Mi padre, Dios lo cuide, a veces, nos empujaba a ir a tomar la pinche oblea de la carne de Jesucristo, a pesar de haber dejado la confesión hacía años, ¿Qué le importa al párroco cuántas puñetas llevaba ese año? Pero había que hacerlo. Y pedir algo. No paz mundial, nada de esos sueños imposibles. Una vida buena, salir de estos terrores financieros por no haber nacido con un apellido extranjero. Nada realista, tampoco. ¡Salud! ¡Felicidad! Y que todo salga bien, de ahora en adelante. Eso. Eso pediré. Un Nintendo nuevo, tal vez.

Era el único esa misa de año nuevo de 2017 sin un traje de gala, porque solo llevaba unas camisas a cuadros, ¿Quién anda por la vida con un traje para una misa? – Nada de eso. Volvimos a la casa, y mi padre dio un discurso del gusto que le daba ver a la familia unida otra vez, como en muchos años. Mi madre lloró. Me preguntó: “¿Y cuándo vuelves?” – Yo creo que ya nunca. O a morirme, pero muchos años después, madre. Bienvenido, dos mil dieciocho. Este sí será mi año.

Quedaban ya pocos días. Fui con el Rafael y el Salomón al cerro de la memoria a ver el paisaje. Hacía sol, y les tomé fotos, viendo al horizonte. Compramos el boleto de autobús de regreso a Tijuana, a unas

veinticuatro horas de trayecto. Nos despedimos la segunda semana de Enero con la misma tristeza que le da a mi madre tener que despedirse de mi, que no cambiaba a pesar de haberlo hecho ya unas doce veces, quite o ponga, desde que dejé la casa a los diecinueve años³⁷⁰. Nos abrazamos, y el camino de vuelta a mi nueva realidad se trazaba indómito.

De regreso... ~~Aguadulce~~ se me atravesó.

Pero, ibidem, de eso hablé *antes*.

³⁷⁰No se toman en cuenta los tres años que tenía viviendo en Alemania. Tomo en cuenta, sin embargo, las visitas interanuales para vacaciones de verano y semana santa, que también eran amargas en su naturaleza.

nubes

Viajar entre nubes es romántico cuando no estás en medio de una turbulencia.

Siempre me he puesto a pensar si algún día me iba a morir en un avión.

Esa vez, me tocó viajar la sierra de la rumorosa, una carretera famosa por su sinuosa geografía, y que si pones atención al fondo de la sierra, se pueden ver camiones, autobuses, automóviles, y otros motorizados, desbarrancados y dejados a la interperie porque nadie les rescataría. Ya se considerarían fallecidas esas personas porque la caída es portentosa. Conor Oberst decía:

So there was this woman and she was, uh, on an airplane and she's flying to meet her fiancé sailing high above the, the largest ocean on planet Earth and she was seated next to this man who, you know she had tried to start conversations and only, really the only thing she'd heard him say was to order his bloody mary and she's sitting there and she's reading this really arduous magazine article about a third world country that she couldn't even pronounce the-the name of and she's feeling very bored and very despondent and then uh, suddenly there's this huge mechanical failure and one of the engines gave out and they started just falling, thirty thousand feet and the pilot's on the microphone and he's, he's saying "I'm sorry, I'm sorry, Oh My God, I'm Sorry" and apologizing and, and she looks at the man and she says, she says, she says "Where are we going?" and he looks at her and he says "We're going to a party, it, it's a birthday party, it's your birthday party, happy birthday darling we love you very, very, very, very, very, very, very, very much."

Y como siempre, me quedo pensando qué pasaría si me invitan a esa fiesta de cumpleaños algún día. Pero sobreviví a la rumorosa, y he sobrevivido varias turbulencias. Ya me dan menos miedo, pero pienso si algún día llegará esa fiesta de cumpleaños.

Ciao cabros!

Miguel y Luis se fueron en Enero de 2018, y eso me dejó un vacío triste.

Ah, pero antes, andaba de cabrón besuqueándome con un *cougar* sediento y lesbiano.

Drago

o “La vez que me besuqueé con Drago, un viejo sediento que me toqueteaba demasiado”, el episodio.

En esos días, estaba un tanto sobresaltado por la situación con ~~Alejandro~~ ~~Adriana~~. Le juré que algo le escribiría, y ella dijo “*sí, sí, claro, como tu digas, Orlando*”. Como soy muy pinche mentirosa, la escritura podía suceder, o no. Tenía la pluma caliente y la verga fría. Así, fue cumpleaños de Friederike, mi amiga alemana que cumplía sus 30 años de vida. Me invitó a un *Jugendzentrum* por *Hauptfriedhof*, donde vivía la muchacha esta que me pidió las notas y me invitó a la fiesta y me agüité porque no hablaba alemán. Volvía ahora, envalentonada por aquella culiadita inesperada y con un desesperado deseo de sobresalir en este frío mes de mierda. Me puse mi guayabera menos planchada y no llevé ni una cerveza, porque aprendí que esto de las fiestas de cumpleaños terminadas en cero eran un gran evento. Otra muchacha se mudaría pronto cerca de ese lugar, pero para eso faltan historias. Traía varias guayaberas a elegir de las recién compradas a una señora que las vende enfrente del sagrado corazón de Jesús bebé en Los Mochis provenientes del sur del país, y me sentía el papá de las pollas esa noche. Me fui en bicicleta, porque ya para entonces lo del consumo de alcohol indebido se me había olvidado, y no quería estar peleando con el transporte público en la noche. Llegué a una habitación llena de gente desconocida, y una señora que me dijo: “*Ich kenne dich!*”. Dije hacia

adentro: “Oh, ¡Cristo! ¿Qué habré hecho?”, pero a ella le dije: “*¿Wirklich?*”. Era la madre de Friederike, que me llevó tomada de la mano a un colgaje de fotografías donde estaba yo con Friederike, en alguna situación en la que ella me tomó una foto *in fraganti*. Me sentaron en una mesa al frente de un señor, muy peinadito y medio amanerado, con dos muchachas: Una se parecía mucho a Rosario, la mazatleca que conocí en el hostel del gringo surfista; y la otra muchacha era un poco más indescriptible, pero así es conocer gente nueva. Me presenté, y el señor, que desde este punto conoceremos como Drago, no por dragónico, pero sí por viejo lesbiano sediento, mirándome lascivamente, se presentó y me dijo que estaba *encantado de conocerme*. Algo dijo de mi *Klamotte*, que supongo era por lo extravagante de mi guayabera, y le dije que “*¿Danke schön?*”, porque no sabía si lo dijo irónicamente, o porque me quería culiar. Me tomé una cerveza mientras les platicaba sobre mi México, mi gente latino.

Estuvimos ahí en grupo y decidieron que deberíamos tomarnos fotografías para celebrar nuestra nascente amistad, y este maldito viejo haragán estaba extremadamente toquetón, sobándome mucho. Demasiado, diría yo, pero no puse mucha atención porque, por un lado, estaba disfrutando de la atención, y estaba con el pecho henchido porque recién empezaba a escribir las cartas a ~~Adriano~~ ^{Adriana}, y tenía muchos sentimientos, ninguno de ellos homoerótico. Pasaron algunas horas y me estaba aburriendo, y quería no hablar alemán porque me estaba doliendo la cabeza. Friederike me presentó a una amiga suya, la Beatriz, una muchacha frentona pero culoncilla. Se fueron a otro lado, y ya no la volví a ver en varios minutos. Noel me envió un mensaje preguntándome *¿Qué hacés vos, hermano, vamos por unas chelas?*, a lo que contesté: “Sí, dale, estoy en un cumpleaños, vente pa’ca y me acompaña, yo creo que no hay problema si vienes”.

Aquí las cosas se empezaron a ir a la verga, pero no por la razón que uno pensaría.

Llegó Noel y lo saludé, y lo metí a la fiesta, y le ofrecí una cerveza. Yo estaba ahí, bailando con alguna tía y con la abuela de Friederike, que pusieron músicaailable y estaban muy animadas, mientras, Noel movía el pie rítmicamente y participaba tímidamente al lado de la pista. Todo era risas y diversión, hasta que unos minutos después, Friederike me dijo que si podía hablar conmigo, y me trajo a una parte donde no había música tan fuerte, y me dijo:

“Orlando, I am sorry, but your friend cannot be here, I don’t know him and my family is here, even my grandma. He needs to leave, now”.

Ahora, en el momento, le dije que *I am sorry*, que se me hizo fácil, y que lo siento mucho, que perdón. Su semblante era serio. Algo hice mal. Y sí, lo sentía, porque en ese momento entendí que había límites que no se deben de cruzar. Ahora, yo siendo tan cínico como soy, pensé que esencialmente no existían las reglas, y que nadie se daría cuenta que estaba el Noel ahí, como en tantas fiestas a las que metí hordas de gente sin invitación. He de saber que a pesar de tantos años de conocer a Friederike, no entendía que las reglas en Alemania eran muy distintas, y que hay que pedir permiso antes de invitar a cualquier persona a un evento donde estará la familia. No porque fueran personas malas o algún categórico similar que le diera una conceptualización innecesaria de si Noel representaba o no un peligro para su tía y su abuela, pero entendí, un poco, el concepto de "respetar el derecho ajeno", Benito decía, y creo que sentí un poco de vergüenza y pena ajena.

En este punto le dije que yo también me iría, porque me parecía un tanto grosero de mi parte que lo hice venir hasta acá, que bueno, nada, son quince minutos en bicicleta, qué mamó, pero me pongo romántico con las cervezas. Friederike me dijo que no mamara, que

yo no tenía que irme, pero me sentí en necesidad de afrontar mi necesidad y así fue que salí, detrás de Noel, que se había ido unos minutos antes, a gritar como desesperado loco dejado.

Lo alcancé unos metros después.

Me dijo: “Mano, para qué veniste vos, te hubieras quedado allá, ¡No pasa nada!”.

“Jamás dejo a un soldado herido, además, ya se estaba poniendo aburrido, vamos por unas chelas al AKK” esclarecí.

Fuimos al techo del AKK a seguir hablando de mierda y media, viendo como había una congregación de estudiantes disfrutando de la velada. Platicamos de la guayabera y del pinche frillazo que hacía.

Me había olvidado de Drago y que le había dado mi número telefónico.

Revisé mis mensajes, y ahí estaba, el viejo sediento verguero, preguntándome:

“Wo bist du”

“Schatzi, wo bist du”

“Bist du weg”

“Ich bin hier, komm mit”

Y envió un mapa al café Leo, en la Herrenstraße. Le dije a Noel que fuéramos con el viejo lesbiano, y me dijo: “¿Mano, pa' qué? No jodás”, “Nomás, por cotorrear. Por las historias”. – Le dije.

Nos fuimos en la bicicleta al café Leo, donde ya solo estaba Drago, sin las amigas, sentadito en una mesa periquera, recibíendome con un beso en la mejilla y ya con una cerveza disponible para beberla. Noel se sentó enfrente mio, volteado viendo como un grupo de músicos tocaba música turca al fondo. El pinche viejo verguero del Drago se empezó a querer poner fresco conmigo, tocándome la pierna y agarrándome la mano. Le dije, en alemán: “Hey, Alter, pass auf, ich bin grosero y me vale verga,

lass mich in Ruhe"³⁷¹. Palabras más, palabras menos. Drago se puso colorada, como colegiala, y me dijo: "A ver, pues". Y siguió. Le dije que se aplacara a la verga. No lo hizo. Le agarré su carita, ajada por los años, y le planté un beso apasionado en el hocico. Me agarro el cabello y lo acaricié salvajemente. Noel volteó en ese momento y dijo: "No, ¡Mano! Vete a la verga", y desapareció entre la multitud. Drago, supitabundo, quedó perplejo y le dije: "Bueno pues, ya me voy a la verga, pinche viejo vergo". Y me fui. Jamás volví a saber de él después de ese momento. Al fondo del bar, había gente bailando y riendo. Yo me uní al baile con unos señores y una muchacha que posiblemente era la pareja sentimental de alguno, pero se lo tomaron bastante bien y platicamos un rato. Llegué a mi apartamento a las 3 de la mañana.

Al día siguiente, le dije a Rike si necesitaba ayuda para limpiar, así que me fui en bicicleta a donde fue la fiesta. Al llegar, me dijo que qué pena lo de ayer, y le dije: "It's OK, I think it was actually my fault. I should have asked though, but anyway it is your party, your rules. No foul, all good." Pusimos orden en el lugar de la fiesta, mientras comíamos algo de desayuno y bebíamos de lo que quedaba del día anterior. Ese día, ahí estaba la Beatrice, con su cabello corto y negro que no determiné la vez pasada, ojos pequeños y un culaso prominente. Supuestamente hablaba español y había estado en Costa Rica. Lamentablemente, no hablamos nunca porque ella no iba a empezar a parlotear sin, por lo menos, unas dos o tres cervezas arriba, y porque yo me autocorrí de la fiesta, en lugar de quedarme a platicar con la muchacha. Bueno, problemas que ocurren por seguir mis instintos, supongo.

Intenté hablar con ella posteriormente, porque ella vivía en Berlín, y una vez que fui le pregunté si quería ir a una "fiesta de reggaetón" que había en un edificio por Alexanderstraße. Estuve preguntándole días antes si iría o

³⁷¹ Sí, a la verga, es *mir*, sht.

no a la fiesta, que fuera, que nos íbamos a pegar un bailongo, y me decía que sí, que ya iba, que simón, que pi, que pá. Ahí estuve tomando cerveza cara, culera y caliente, y al final decidió no ir como a las once de la noche, porque tenía examen o alguna otra ocupación después. No bailé reggaetón ni nada.

Aprovechando que estoy en esta parte de la historia, esa vez, fui a Berlin a ver a *Death Grips*, donde grité mucho y me reí de un muchacho con acento polaco que estaba diciendo que fucking great band hehe. Ese fin de semana no tenía muchos planes, y yo había conocido unos días antes a dos chilenos nuevos: Uno de ellos, se llamaba Ignacio, y el otro no me acuerdo. Bueno, al Ignacio, lamentablemente, lo confundí con el otro chileno, que era un pesa'o aweonao culiao que me cayó en la punta de la verga por pesao. Cuando Ignacio me dijo que si estaba en Berlin y que si hacíamos algo, yo evadí la invitación como si no hubiera mañana, y me encontré con él en la fiesta esa de reggaetón en el edificio ese al que Beatrice no quiso ir. Le dije que perdón, y me reí, y le dije que no sabía si el era el chileno que me cayó bien, y que por eso estaba tan renuente a decirle dónde estaba. Me encontré con Joan Lois también, un peruano pintor que tenía historias cómicas que me contó el Diablo, como que una vez le tiró a otra persona una copa de vino, para que le pagaran su dinero. Eso, o el debía dinero y le tiraron una copa de vino. En ese día, Joan Lois se asinceró y me dijo que no estaba bebiendo alcohol porque tenía cálculos renales. Yo dejé de pistear pronto porque no tenía ganas. Después del fiasco que fue esa fiesta de mierda, me fui a una vivienda compartida a dormir y volví a Karlsruhe al día siguiente. Jamás volví a intentar hablar con Beatrice y se esfumó paulatinamente de mis redes sociales.

Anthony Bourdain

Dios te tenga en su santa gloria, Antonio.

¡You motherfucking wetback motherfuckers! ¡Go back to your shithul country! Go make it great again, don't come here to have ugly kids and mess up our neighborhoods, the countrz is full! The countrz is FULL!

Empecé a escribir estos parrafos muy pedo después de la boda de la María Aída en 2022, regresando de comerme unos tacos de cc el Chente por bulevar costero, y pagué como ciento treinta pesos y dejé el resto de doscientos de propina porque andaba muy gallo según dejando un verguero de propina. Regresé al hotel, pensand en Anthony Bourdain, y como todo mundo se la mamaba por ser muy cabrón para la cocina y por tener un programa de tele y porque e muchos libros. Yo estaba con una preocupación porque había vist muchos pinches gringos en Ensenada, y decidí que calumniar al qu sería uno de los críticos culturales de comida más prominentes d los últimos tiempos sería una buena idea. Escribí:

Yo no quiero ser usted, en tierras hispanohabla tes, y que con l stima me digan ``sí, señor, lo que usted digan''.

Antionio, h14ptd2 [REDACTED], Dios mediante, te teng en su santa gloria, pero no quiero ser tú, compadre. Yo quiero ser yo, anônimo, y quedarme con lo poco que me dió la vida;

De

repente, años después, llegar a Ensenada, de todos los lugares
A valer verga, a comer [rico] y después,
quedarme con la idea que [pertenezco].

Dios guarde, nos agarrde confesades; Hasta

que el infierno nos corrompa, y nos
deje a KOMPATRIOTAS a la sagacidad del
dejade; del igualade; de la calle que los
s,djgnslkfgjFJSDLKGJSLKGJ gringaes nos dejaron;
para que un paisano me cobre 800 por unas
chancas que valen 500, a lo sumo ;DIOS
ME LO GUARDE! porque abusar de los
lkjsflgkjkgjnhsdkgjnsdfkgjberklgij gringos
NUNCA ESTÁ DE MÁS, A LA VERGA. Con gusto,
permuto que me chinguen, por chingar delante;

Pero, no dejo que Anthony Bourdain se me
adelante;

Ese que pudo, por poder y por influencia
disfrutar EL MUNDO;

jamás

JAMÁS, A LA VERGA

Y me da gusto tener

18pt/2 ~~este paso homero~~ de Anthony
Bourdain nunca tuvo;

Sillas bajas, cerveza fría;
Nunca vas a tener una peda a las 12 de la noche
Dos tacos, uno de adobada, uno de tripa (bien
frita)
En 108 pesos (con una coca helada)
Pinche gringo vergo, yo seré inmigrante miado
en Alemania



Anthony Bourdain
@Bourdain

...

Low plastic stool, cheap but delicious noodles, cold Hanoi beer.



5:45 PM · May 23, 2016 from Hanoi, Vietnam · Tweetbot for iOS

12K Retweets 136 Quote Tweets 24.3K Likes

Pero estos pinches taqueros aguantarán vara
Independientemente que reciban 200 varos
Que para tí serán 400, carnal
Búscale como quieras
Ahí pa' la próxima nos vemos
A ver a quien le cobran menos
Andando ahogado hasta la verga sin obama
En Ensenada ¡A ver a quién chingan menos!
Rato, a la verga, sin la desvelada

En mi defensa (si la puede haber, que no la hay), estaba muy encabronada porque unos hijos de la chingada me quisieron cobrar 800 pesos por unas sandalias, y me senti ofendido porque pensaban que era gringo. Les dije que no mamaran, pero igual no me hicieron descuento. Igual fue culpa mia por no irme al mercado de Ensenada, a algunas cuabras de distancia, y por comprar donde compran los gringos. Luego entonces, me dio un hipernacionalismo y esa es la historia de porqué me puse a maldecir en nombre de posiblemente la única persona reconocida a nivel mundial por el gran respeto que le tenía a la cocina, a la comida, y a la gente que la preparaba. Perdón, Anthony. No vuelvo a comprar huaraches caros.

En mi defensa, ya tenía huaraches pero eran para Luis, y no estaban tan caros tampoco.

Barrio

“te falta barrio, güey”

No es una aseveración equivocada.

“soy barrio adyacente”

No negaré haber pensado eso, y pensar que era una verdad. La adyacencia, quiero decir. Una parte sustancial de la familia de mi padre vive en la colonia Texas, también conocida como Gabriel Leyva, aparentemente, pero para efectos prácticos, siempre la conocí como la colonia Texas. Ahí vivía mi abuela, Adela, en una casa que estaba techada con láminas, que más de una vez caminé buscando mangos del árbol que tenía en la entrada, destrozando el piso y dificultando el acceso tras una reja enmarañada con árboles de pingüica, fruto que para nada sirve, salvo para caerse cada tanto si se camina demasiado rápido.

Ahí vivía Adela, a dos casas de las pochas, unas hermanas que cada tanto vendían comida de cenaduría: Tacos dorados, de papa, de carne o de requesón; Gorditas de carne y de pollo; flautas de carne y de pollo; todas adornadas con lechuga en juliana, cebolla morada, en juliana también, y papa y zanahoria en brunoise. Una taza de caldo con tomate, que mi mujer odia cuando hago, pero siempre el caldo de res con tomate me ha sabido a cenaduría de la Texas. Había otra cenaduría unas cuatro

casas a la derecha, y estaban buenas, pero no me acuerdo cómo se llamaba la viejita que vendía ahí. Enfrente, vivía don ????????????, que vendía dulces en un cuadro sumamente pequeño, donde solamente sobresalía su cara anciana y los dulces que vendía. Los jamoncillos eran mis absolutos favoritos: Los que conocía de don ?????????? eran cafés con detalles negros y rojos, de unos 5 centímetros de radio, y de un muy específico sabor de dulce de leche. Años después, viviendo en Guadalajara, debí comerlos de nuevo pero no eran lo mismo. El ruco vendía de otros dulces, sapitos y otros de esa culera índole, pero compraba normalmente jamoncillos.

Las visitas con la abuela eran, por todos los propósitos, una reverenda chinga. Abuela, no te encabrones, donde sea que estés, pero no había más que hacer que recordar, y era recordar cosas que yo no recordaba: Historias de mi padre que yo no conocía, y que no me interesaban, e historias de gente que yo no conocía. Cuando había mangos, algo había que hacer, o cuando estaban mis primos, que abusando de ser varios años más grandes que yo, tomaban las riendas de las actividades que se podían hacer estando con la vieja: Rara vez había videojuegos, y eso a mi me aburría. Estaba el gato que rondaba la casa de mi abuela, el micho, pero tampoco me gustaban los pinches gatos. Me tocaba buscar entretenimiento en el patio trasero de donde vivía mi abuela, llenando el lavadero de agua, y ahogando pingüicas y piedras, haciendo

caminos en el agua. Cuando había oportunidad, me escapaba a jugar maquinitas, a una cuadra de la Parroquia de la Sagrada Familia. Era un local pequeño, enrejado igual, con dos o tres máquinas, que costaban 2 ó 3 pesos.

Yo, en ese entonces, ya sabía que barrio, no tengo. Los morrillos de la cuadra, unos maestros en el King of Fighters '95, Ryuga hijo de tu puta madre no lo usen a la verga, me preguntaban: ``ey we, ¿y tú dónde vives?``. Y pues, ni modo de decirles que en mi mansión por la pepsi nueva. No, jamás, una locura establecer que estos niños desconocidos, con intenciones desconocidas, pudieran tener interés genuino en saber ``de dónde vengo``.

``Vengo de visita, con mi abuela`` -- dije, una sola vez. No recuerdo si volví a esas máquinas de videojuegos. Nunca aprendí a jugar con Rugal, tampoco.

La clase media.

Una pertenencia que se aspira, si eres un neoliberal naïve que piensa que es aspiracional tener una casa, preferentemente con un cuarto sobrante, para las visitas; un automóvil, modesto, nada con una cantidad absurda de caballos de fuerza; un perro, preferentemente ``de raza'', o de perrera o de la calle, si es suficientemente bonito para las fotos familiares; y suficientes ahorros para crear un pequeño negocio entrado los cincuentas, y poder retirarse en paz, después de 30 a 40 años de servicio a la labor.

...

Patrañas. Patrañas pendejas. Sobre todo viviendo en México.

16 Antepenúltima

El 2018 lo recibí con el corazón henchido pero con un poco de amargura por las cosas que no pueden pasar.

Por un lado, descubrí algo más del mundo; modulé un poco el comportamiento, porque podré estar vieja, podré haberme descubierto a mi misma, pero también había cosas descosidas por ahí que no traté si no mucho tiempo después. La penúltima ~~Antepenúltima~~ ~~me~~ apareció y desapareció de repente. Y ya, quedaba una nada más.

Ñañas III: Quiebres

A las ñañas las vi por última vez en la vida en febrero: Me invitaron al *Einweihungsfeier* de una de ellas a un nuevo apartamento en Rostock, e hice tiempo para ir a visitarlas. En esta ocasión, y debido a que Luis no estaba, me aventuré solito: Más o menos el mismo camino, a través de Hamburgo, pero esta vez había trabajos de construcción en el tren entre Hamburgo y Rostock, entonces tuve que tomar un autobús que me llevaba a Rostock. Un poco más lento, pero al final podía llegar más o menos a la hora acordada.

Una ñaña me recogió en la estación de tren, nos abrazamos y nos dirigimos a su nuevo apartamento al que se llegaba caminando por un camino lodoso por la parte trasera de la estación de tren. El pequeño apartamento consistía de dos cuartos, una sala de estar a la entrada con un sofá un tanto dañado por los años, y una cocina pequeña pero amistosamente equipada. No hicimos gran cosa mientras estaba ahí esperando a que fuera el evento, debimos de haber platicado un poco del trabajo, de Luis, que ya no estaba, y de la gente de Karlsruhe de la que todavía se acordaba. En la noche, durante la fiesta de bienvenida, había

mucha gente que no conocía, sobre todo muchachas, y debido a que no estaba acostumbrado a tanto barullo y a que hubiera tantas muchachas por metro cuadrado, yo estaba como un niño pequeño con demasiada pena de platicar con gente desconocida, bebiendo cerveza en una esquina. No sé. Todo estaba *raro*. No sé. *raro*.

...

En un momento, con toda la cerveza encima, estaba caminando de aquí para allá, salí a fumar un cigarrillo, platiqué con alguien en el balcón (nada interesante), y de regreso, ya embriagado en cerveza y un poco cansado, vi a la ñaña en el cuarto hablando con... ¿Con quién, Qrlando, y a tí qué te importa? No sé con quién. Y tampoco importa, porque ya estaba en modo de operación vieja borrachón que quiere salvar al mundo, Atlas con el mundo sobre el lomo, así que me metí al cuarto en una seña un tanto sobre-dramática, y le dije a la ñaña ¡Qué estás haciendo, tú mereces algo mejor! ¡TÚ MERECE ALGO MEJOR, ÑAÑA, TE AMO, A LA VERGA! Chale. Qué pendejo sonás. Si ya me lo había dicho el Noel y no lo escuché.

La ñaña me tranquilizó, que tampoco recuerdo, y me llevó al cuarto donde dormiría, en el piso, y ahí me quedé. Dormí. Entró y salió gente y no recuerdo nada hasta que desperté varias horas después, la ñaña ya en la cocina haciendo algo de comer.

Me saludó normalmente, pero yo sabía que la había cagado. Le dije que fuéramos por verduras para hacer un poco de curry vegetariano. Accedió y salimos del apartamento. “Estabas muy borracho anoche” – Me dijo, unas dos cuerdas después de salir del apartamento. “Sí, lo siento, no recuerdo que dije, pero espero no haber sido agresivo físicamente” – repliqué. “No, no, no pasó nada, solo dijiste muchas cosas”. “Muchas cosas” – pensé. “Mira, yo te estimo mucho y te quiero como amigo, y no quisiera arruinar eso. Además, creo que ahora no estoy buscando una relación seria” – me dijo. “Ah, qué bueno, porque

yo tampoco, ¿Estaba implicando eso? Perdón. Quería implicar, tal vez, que quería culiar, pero con usted, perdón. ¿Me puse grave? Perdón. Perdón. Perdón” – pensé. Llegamos al mercado asiático que estaba a cuatro cuerdas del apartamento de la ñaña, y me dijo: “¡No sabía que esto estaba aquí!”, “Pues... sí, ¿No? Es medio... normal encontrar un mercado asiático cerca” - repliqué. Compramos cilantro, crema de coco y curry rojo, y le mostré que vendían harina de maíz y limones. “Wow, qué loco, ¡Esta es mi nueva tienda favorita!” – me dijo. Fuimos al supermercado por el resto de las verduras: Papas, pimientos morrón de varios colores, coliflor y garbanzos. Volvimos a su apartamento y empecé el procedimiento. “¿Necesitas ayuda?”, “No, todos me la pelan y me la maman. Vuelve dentro de 25 a 30 minutos”. Y se fue a la sala a tocar ukulele.

Curry vegetariano rojo con vegetales

por Orlando tjrres

☆☆☆☆☆

Tiempo de preparación: 25 ~~a 30~~ minutos

Tiempo de cocinado: 20 ~~a 25~~ minutos

Porciones: 4 a 6 tazones dependiendo que tanto coman

Calorias: 146 kcal

Ingredientes

- 3 tazas de arroz
- 3 cucharadas de aceite puede ser coco o lo que haya si no es su cocina
- 2 cebollas
- 2 cucharadas de pasta roja de curry
- 2 papas ****Pimientos morrónnn**
- 2 zanahorias
- 1 lata de crema de coco porcentaje de grasa irrelevante pero 30% es más sabrese
- cilantro, al gusto ***algo enchiloso**
- menta, al gusto
- azúcar un chingo o poco
- salsa de soya algo
- limón uno o dos

Preparación

1. Corte las zanahorias, pimientos morrón chingado se me olvidaron y cebollas en tiras juliana de aproximadamente 10 mm.
2. Corte las papas en bastonetes de 2 cm.
3. Tome un papel de arroz y moje ligeramente para suavizar la hoja y hacerla maleable.
33. Si te da hueva ponla bajo el grifo, pero no le digas a la pareja, se puede molestar por hacer las cosas mal.
4. esperar a que la hoja de papel de arroz sea maleable.
44. ¿¿Agregar una cucharada de hummus y esparcir??
5. agregar entre 3 y 5 piezas de pepino y zanahoria, así como una o dos piezas de tofu sobre la hoja de papel. No sature la hoja, sino va a ser difícil hacer el enrollado.
6. agregar un puñito de tallarines y adorne con un poco de cilantro y menta.
7. ENROLLAR ENROLLAR ENROLLAR – cuide del enrollado. Puede hacerlo cerrando primero hacia los lados de manera que no se le escape el ganado, o puede ah, chingado, ¡El aguacate! ¡ABORTAR ABORTAR! enrollar primero y cerrar al final.
77. Si es Orlando, puede ser que se desespere porque no le salen a la primera, y en lugar de aceptar la derrota, se va a meter todo en el hocico como animal y pretender que está mejor así.
¡¡Esperar tienen cuchillo bueno!!
8. Deje que la otra persona enrolle si no puede. Está bien dejar ir.
9. Mirela a los ojos. Agradezca.
10. Repetir 11 veces.
11. No olvide la salsa.

Preparé el curry rojo (mal) y comimos (mal), pero no estaba satisfecho con el resultado. El arroz me quedó aguado, y el curry no tenía muy buen sabor, estaba *raro*. Pero las muchachas se lo comieron, afortunadamente, y yo estaba avergonzada. Por la mala comida, y por lo de la noche anterior. Ahí estuvimos viendo algunas películas, no recuerdo que película vimos. Estaba poniendo atención a la gigantesca colección de películas que tenía la ñaña: Muchos géneros. Todos los géneros había. Una cantidad envidiable de películas que ya había visto, pero que nunca tuve tiempo de coleccionar, porque no tenía dinero para comprar películas importadas de los Estados Unidos de Norteamérica desde temprana edad. Debí comprar varias películas piratas, pero nada que me diera orgullo tener en una biblioteca enorme. No estaba poniendo atención, porque estaba viendo qué había disponible. Tal vez no estaba poniendo atención, porque había un juego de fútbol en el fondo.

Recuerdo que no estaba la película “Fando y Lis”, la película debút de Alejandro Jodorowsky, un director chileno-francés, que debutó su cine en México. Una maravilla de película. Esta película la descubrí por otrora referencia de la banda *Agalloch* en su disco *The Mantle*, donde al final de la canción *The Hawthorne Passage*, se escucha la voz de Lis diciendo:

*...Yo, moriré, y nadie se acordará,
de mí, de mí...*

A lo que Fando responde:”

*Sí Lis, yo me acordaré de tí,
e iré al cementerio con una flor, y un perro,
y en tu funeral cantaré,
en voz baja,
qué lindo es un entierro.*

Y ahí se ponen a cantar que qué bonito es un entierro. Una maravilla de película. Le dije a la ñaña que le hacía falta ver Fando y Lis, una excelente película sobre el subconsciente y esas mamadas. Cuando volví a Karlsruhe, busqué una copia de Fando y Lis que le mandé a la ñaña por correo convencional esperando que le interesara.

Ella no me dijo nada sobre la película. Decidí cortar comunicación con ella para siempre.

epílogo

No sé si algún día leerán esto, porque ya nunca volvimos a hablar. Lo siento, Nina. Lo siento, Lena. Soy muy mal perdedor. Y sí, me dejé llevar por lo que me dijo Paula, pero yo sabía dentro de mi corazón que no había nada ahí. Igual, me encabroné porque no volvimos a hablar de la película, pero debí de perder mejor. Y debí regularme mejor. A veces quiero pensar que he cambiado, pero muchas veces, estoy tan segura que no es así. Sigo siendo mal perdedor. Espero que sigan hablando español, y espero que sigan con la música, porque cantan muy bonito, y Belén las recuerda con cariño. Si volvemos a hablar algún día, que tal vez no suceda, esperemos recordar mi mal comportamiento como un terrible chiste que, en retrospectiva, sería cómico.

indio picarón

Dámare me trajo un indio picarón de Chile, una de las pocas veces que volvió a la tierra, y me pareció cómico que me lo trajera.

Dámare. Sí, Dámare. ¿Por qué no la traje a la conversación antes? A Dámare la conocí por Julián, en los últimos días en los que el estuvo viviendo en Karlsruhe. Fue una cierta manera de transición entre etapas. Un pase de la batuta entre eras distintas. Y no podían ser más distintas, el uno de la otra: Mientras que las maneras desinhibidas, soeces y a veces unos decibeles demasiado alto para el gusto de los ancianos del transporte público de Julián, Dámare siempre fue más reservada y hablaba el tono justo para no llamar la atención en el tranvía, si bien un poco rápido e incomprensible si uno no ha compartido muchas oraciones con personas originarias de Chile. Cuando Julián ya no estaba, y compartía en redes sociales las fotografías de él tomando un melón con vino, sonriendo y sudado hasta la espalda baja, Dámare comentaba: “¡Para ya de gozar!” – Y tal vez... con razón. A Dámare jamás de los jamases le escuché una sola oración en la que ella demostrara querer estar aquí. No solo en Karlsruhe, a nadie le gusta este pinche pueblo miado, no, en general, ella no quería estar fuera de Chile. Aceptó trabajar en un contrato limitado de tres años, tal vez por un lado porque lo consideraba algo importante para su carrera profesional, y muchas veces yo tenía la impresión que aceptó vivir en Alemania un poco en contra de su voluntad. Tal vez, al contrario de lo que me pasó a mí, que apliqué queriendo desaparecer para siempre del lugar donde estaba viviendo, mientras que tal vez, Dámare lo hizo un poco pensando que era imposible que terminara aquí... y sin

embargo, ambas terminamos atrapadas en una realidad que no nos correspondía. Yo intentaba, en medida de lo posible, entenderla, pero sobre todo, integrarla al grupo de amistades. Tal vez un poco, demasiado. Una vez, tiempo después, ella me dijo: *Wn es que te esforzai demasiado por ayudar*, y puede ser. Y lo peor de todo: Me frustraba que no se me permitiera ayudar. O integrar. Me tomaba demasiado en serio mi rol de embajador de las causas perdidas, y siempre he querido lograr un nivel, dentro de lo posible, hacer que la gente no odie estar tan lejos del hogar. Sin embargo, y para muchas personas, creo que el reemplazo no es algo que les funcione. Tal vez, yo, quebrada por tantas separaciones, por tantos años, simplemente no siento igual una separación de mi lugar de pertenencia. Ya lo considero parte fundamental de la experiencia humana. Intenté, tal vez, por un año. Sí, lo sé, me debí de haber rendido muchísimo antes. Me hubiera evitado, por un lado, todas las molestias y esfuerzos mal recibidos, no solo por parte de Dámare, pero por cosas de mi falta de tacto, lamentablemente, fue la que terminó sufriendo más abusos emocionales por, y me cito a mi mismo: *“Porque vergas no querer entender que TE ESTOY INTENTANDO INTEGRAR, INTÉGRATE. INTÉGRATE. INTÉGRATE”*, gritando a oídos que, siendo sinceros, les valía verga la integración. Nunca lo hablamos específicamente, pero creo que sus metas eran claras: Terminar su contrato de tres años, y largarse de vuelta a Chile. No más, no menos. Dámare no bebía alcohol, y por lo tanto, tampoco le interesaba mucho salir a las fiestas callejeras que hacíamos. Ahora, el punto no era tampoco que saliera para tomar. Simplemente no le gustaba el frío, no le gustaba tomar, y prefería, en medida de lo posible, que su círculo cercano fueran otras personas chilenas. Y, mira... está bien. No podía cambiar eso, pero

si no intenté de la manera más violenta y agresiva cambiar eso, no sé que hice durante tantos años. Paula pensaba que yo estaba enamorado de ella, por tanto “apoyo no requerido” que le proporcionaba, pero no era eso. Simplemente estaba intentando rellenar el agujero emocional que dejó Julián, y que luego dejarían Luis y Miguel, y posiblemente ese fue mi error: La reemplazabilidad de los espíritus que nos dejaron hace tiempo. Una vez, fuimos a tomar un café a una cafetería por el centro, y estuve demasiado insistente con unos supuestos chistes de “amua kuliar pa que no te agüites”, pero obviamente, eran en broma. Tal vez, y a raíz de este intercambio, Dámare pensaba que estaba enamorado de ella, y como no me dio entrada, me enfadé de la negación del amor y por eso me puse sumamente agresivo diciéndole “pinche chilena culiaaaaa flaiteeee ” en más de una ocasión. Pero no, simplemente estaba harto. Estaba harto de que ella no quisiera estar aquí, y que creía que era una absoluta tontera hacer cosas que una persona no quiere. Debí de haber hecho eso unas dos o tres veces después, y ya después de eso, ya intentaba cruzarme lo menos que pudiera con ella.

Hijesusputa madre, pa’ qué vergas me esfuerzo.

El indio picarón quedó ahí como uno de los totems que me recuerdan que, a veces, hay que dejar que la gente no esté conforme y aceptarle tal y como son. Sin agresiones. Igual no te iban a querer por agresivo culiao. Déjala en paz. Y si no, pues [comí pico igual por ordinario flaite culiao](#).

epílogo

Tristemente nunca le ofrecí disculpas a Dámare por quererla forzar a disfrutar Alemania. Algunas personas pueden, otras no, y hay que aceptar que no todas las oportunidades en esta vida son positivas. A

veces, la vida nos arrastra y nos lleva a lugares que no queremos, y estamos ahí, berreando y pataleando, y esperando a que todo se acabe.

A mi, Alemania me salvó. Me salvó de una vida que no quería, de una vida que me hacía estar triste y despreciada. Alemania me hace sentir triste y despreciada también, pero por lo menos sé que el desprecio que me tienen algunas personas, son porque me estoy robando los trabajos de honestos alemanes que tuvieron el privilegio de nacer aquí, y por otro lado, que mejor me regrese a mi país a trabajar por el, a cambiar a mi país. Supongo, a cambiar años y lustros y centenarios de opresión, de abusos, a cambiar años de condiciones socioeconómicas a través de políticas sociales honestas y por el bienestar de la población. A cambiar milenios de sociedades, yo solita, con mis manitos³⁷² preciosas, a cambiar a mi México. A luchar por mi país. Por lo menos, sé que el desprecio, infundado como parezca, es honesto y por lo menos la disforia en la que viví tantos años como niño ahora de menos sé que no están en mi cabeza. Ahora sé que me desprecian por mi condición de inmigrante y de menos se sale de ser un pensamiento³⁷³.

Lo siento, Dámare. Espero que estés gozando en Chilito, aunque no leas nunca esto.

Pintoras

Luis me dijo una vez que había un evento de la escuela de diseño de Pforzheim y que habría cerveza y música. Invité a Emilio, un mexicano que me preguntó si había peda “*o ke pedo*”, y le dije que sí, que si quería podíamos ir a Pforzheim. “Pforzheim está lleno de

³⁷²Típicamente les llamaría manitas pero ya se me pegó decirle manitos, la mano, la manito.

³⁷³Señor por favor vaya a terapia y no escriba libros.

nacionalsocialistas eh” - dijo Luis en el camino de ida. “Ah, la verga ¿No mames?”³⁷⁴ “Pues ni modo, habrá que arriesgarnos” - dije. “Pues sí marica, ahí me invitaron una vez que según se ponía buena la fiesta, y pues ahí conseguí a unos parceros para echar pola, se puso bueno” - dispuso Luis, mientras pasábamos por Durlach en dirección a Pforzheim.

De Pforzheim yo sabía porque, una vez, ~~Alejandro~~ me dijo que quería pollo frito. “*You know, there is no KFC here, only shitty nuggets*”, - le dije, algo que ella negó: “*No, no, there is a Kentucky Fried Chicken in Pforzheim, you can get there by train, we can even go there for free*” - replicó. Fuimos un verano bastante cálido, llegando primero a la estación principal de trenes de Pforzheim. Tomamos un tren regional que no hacía paradas en ningún lado, salvo en Pforzheim, por lo que tomaba veintidós minutos, en lugar de una hora con dieciocho minutos tomando tranvías locales. “*Maybe we can’t take the fast train*”, - esbozó Roman, que también estaba interesado en comer el pollo frito. Tomamos el tren un domingo, al saber que no encontraríamos otra cosa deliciosa para comer en la ciudad. Al llegar a la estación de trenes, llama la atención lo pequeña que es, comparada con la estación de autobuses: Un enorme *Dachlandschaft*, que cubría del ajeroso sol veraniego. No sé por qué habrían de hacer un techo así, no es como que haga mucho sol (normalmente). Llueve bastante, supongo, entonces también supongo que se debe utilizar para que no se le mojen a uno las patas esperando el omnibus. La estación central de omnibuses está justo al lado de la estación

³⁷⁴Pues sí, mames, a la verga. La votación por el partido *Alternative für Deutschland* que es el partido facho por excelencia tuvo un 16.9% de la votación de la ciudad, quedando en tercer lugar en la votación general. El estado de Baden-Württemberg tiene una votación por el partido de 9.6%, posicionando a la ciudad muy por encima de la votación media del estado. Fuente: *Der Bunderswahlleiter*, Wiesbaden, 2022.

central de autobuses. Uno pensaría: "¿Y por qué no tranvías?", en parte, por la geografía de la ciudad: Circunscrita entre subidas y bajadas, la geografía de la ciudad es bastante difícil de navegar en ajustadas curvas, pero tal vez no fue así. Tal vez fue la guerra la que destruyó los tranvías. Solo había un autobús que nos acercaría a un kilómetro de la calle por la que tendríamos que caminar, y la manera en la que tendríamos que llegar tendría que ser a pie de todas formas. Cuarenta y cinco minutos, de acuerdo con el mapa digital. Emprendimos camino en ese pinche solazo veraniego para el que no nos preparamos, por lo que sufrimos el interminable camino cuesta arriba al lado de automóviles pasando a altas velocidades. Caminamos por una calle que estaba decorada con moras callejeras muy coloridas. "*You can actually eat these*" – esbozó ~~Agustín~~ ~~Agustín~~, y le dije que podía ser, pero no me quería morir de churreta. Seguimos caminando hasta que encontramos una casa enorme que estaba llena de *Bull-dogs* corriendo a alta velocidad para ladrar y saludar a la gente caminando por un lado de la calle.

Caminamos los cuarenta y cinco minutos que tomaba llegar al maldito restaurante y llegamos absolutamente sedientos. Pedimos una cubeta de veinte piezas y vasos para servirnos refresco de la máquina expendedora de refresco, pues extrañamente, el refresco era gratuito tras comprar el vaso. El pollo estaba mediocre, nada que me sacara completamente de quicio comer, pero me alegraba que Roman y ~~Agustín~~ ~~Agustín~~ lo disfrutaran. Debimos haber vuelto tiempo después, pero solamente ella y yo. Nunca entendí la pasión por el pollo frito.

Esa noche, llegamos a Pforzheim a un edificio de la facultad de diseño,

donde tenían cervezas frías y una multitud de gente bebiendo y riendo. Ahí estuvimos bebiendo y riendo, pero no conocimos a nadie nuevo en específico. En algún momento, subimos a un piso superior donde había una banda tocando música de *Rock* y *Blues*, siendo el más animado del grupo Emilio, que dijo: “¡Güey, no mames! ¿Crees que si les digo que me dejan tocar una rola me den paro?” y le dije que “pos sí, ¿No? Igual el no ya lo tienes”. Fui a miar y cuando volví, me di cuenta que, efectivamente, Emilio era un pianista prodigioso, estando bastante pedo, podía tocarse unas rolas con suficiente proficiencia que no era notable que ya estaba hasta la verga de borracho.

A eso de las dos de la madrugada, buscamos el siguiente tren que nos llevaría a Karlsruhe, y al ver que estaba próximo a salir, corrimos a alta velocidad de donde estábamos a la estación de trenes. Teniendo apenas un minuto para encontrar el tren, nos vimos en la penosa de necesidad de esperar otra puta hora, a la verga, porque se había ido exactamente un minuto antes del tiempo pactado. “¡Hijo de su puta madre!” – exclamé. Nos acercamos a un pequeño kiosco que vendía cervezas y nos dispusimos a pistear para pasar la hora. Mientras esperábamos el tren, un grupo de hombres rusos, o que aparentemente hablaban ruso, se acercaron a sacarnos plática de la nada. No entendíamos muy bien qué querían, o porqué nos sacaban plática a nosotros, pero aparentemente esto fue algo que a Luis no le pareció. Y por qué no le pareció es una información que, hasta el día de hoy, no tengo ni putas idea de por qué se enverijó, siendo el caso que estando nosotros adentro del restaurante, o fuera, no lo recuerdo bien, porque el grupo de rusos seguía queriendo hablar con nosotros, y a Luis no le pareció, y golpeó un tanto fuerte la ventana del local de venta de comida turca. Lo detuve antes de que diera un segundo golpe y le dije “¡ÉPILIS YA, YA ESTUVO SUAVE!””, y lo alejé de la ventana, temiendo que pudiera destruirse por la fuerza de los golpes. Algo me dijo de “Estos putos nosequé” y lo alejé de donde estaba el grupo, mientras el escupía por razones que, de nuevo, me evaden. Yo me seguía riendo y ahí lo dejamos, por que ya solo quedaban

unos diez minutos para que llegara el siguiente tren.

De vuelta, nos montamos al tren que nos llevaría a la estación principal, y creo que Emilio se estaba miando e intentaba miar entre paradas del tren, al estar deshabilitados ambos dentro del tren mismo.

Llegamos a Karlsruhe y cada quién tomó su camino de vuelta a casa. De Pforzheim ya no volví a saber nada.

lagos congelados

10 Una vez vi un lago congelado
10 tiritando, menos (varios grados)
10 caminé por la orilla del norte
10 había varios puntos húmedos.

7 Pisé la arena, muerta.
7 Viento arreciando cerca.

10 Caminé por lagos congelados
10 y sentado entre la bruma absurda
10 en xanadú dispuestas las luces
10 distantes – ámbar pintan ventanas

10 Aguas calmas en todas tus formas
10 lloran en la lejanía, quiebras.

Nunca entendí por qué era tan difícil encontrar hielo en Alemania. En el verano, cierto, vaya, cada tanto será inevitable que alguien quiera una bebida fría. ¿Encontrar más de un cubo de hielo en una bebida en un restaurante una tarde calurosa? Olvidalo, te darán uno. Supongo que es una mala manía proveniente de Los Mochis, donde había una fábrica de hielo. Miento, había varias, pero recuerdo una que ya no existe, cerca de la fábrica de la Coca-cola, y otra por la casa del wicho, cerca de los tacos Rosales.

Cómo fabricar el hielo, eso es algo que nunca entendí. Existía la leyenda que el hielo en tiempos de ~~Cuauhtémoc~~ Moctezuma (primos) era traído por los tamemes desde las montañas. Pasó tiempo, y ahora henos aquí. La fábrica siempre olía a cloro, supongo para limpiar las máquinas. Vendían los bloques de hielo, completos o en fracciones, y lo trituran al momento, para ponerlo en hieleras y transportarlo a las borracheras.

El concepto de "hay hielo que se come y hay hielo que no" era una provisión que nadie en Alemania entendía. "Hielo sucio", pedía yo. ¿Schmutzige, zerstörte Eiswürfel... was? - preguntaban, sin éxito.

La indiscreción de no saber de dónde viene el hielo se resolvió el día que ví tanta agua congelada, sin buscar congelarla. Un cuerpo de agua a las afueras de la ciudad, posiblemente un sitio de excavación que simplemente se ahorcó y ahora está lleno de agua.

Salí a buscar comida y estaba nublado, y el frío tan bajo que dolían las manos al andar en la bicicleta. De vuelta, me dio curiosidad ver el lago congelado, porque escuché que lo estaría. Una locura absoluta. Nunca había visto tanta agua congelada junta. Pensé en los hielos de Los Mochis, y pensé en el hielo sucio que nunca conseguía.

Por fin encontré el hielo sucio.

un espacio congelado en el tiempo

Los Mochis, Sinaloa, México, siempre será para mí un espacio congelado en el tiempo.

Cada que visito la casa de mi padre y madre, la vieja habitación que tuve por unos ocho años es (y será) un espacio congelado en el tiempo que nadie quiere cambiar: Los cajones llenos de libretas que utilicé en el pregrado; las embarazosas libretas con poesía sobre dolor y tristeza de cuando tenía 16 años; las pintas con aerosol negro que tengo en la pared del armario, en las puertas posteriores, y decenas de pegatinas que obtuve en el pregrado; los pósters de monas chinas con pechos enormes que puse en mis confundidos años adolescentes, por mi infranqueable amor a los pechos enormes en mujeres renderizadas en tres dimensiones; pósters y cajas de videojuegos, y libros robados de la biblioteca de mi padre. Todo congelado en el tiempo para la posteridad, como un pequeño museo de una etapa de mi vida que quedó borrada años atrás.

Me da un poco de pena la gente que pierde sus habitaciones de la infancia/adolescencia, o se convierten solamente en cajas guardadas en un armario; en un sótano; o peor, borradas para siempre al ser regaladas para convertir ciertas habitaciones en oficinas o para el primo segundo teniendo un mal momento. Me alegra un poco el espacio de tiempo en el que se quedó esta pequeña parte de Los Mochis, Sinaloa, México.

La ciudad, a pesar de cambiar un poco, sobre

todo a los costados y a las afueras, siempre se mantendrá, en mis ojos, en un espacio y tiempo congelados en un lugar y momento que ya no existe, pero que invariablemente nunca se movió de donde estaba: Las casas donde vivían mis amigos, perdidas en el tiempo o habitadas por sus padres y madres, sin cambiar un gramo de arena; Los terrenos baldíos que siguen sin habitarse, llenos de tierra y flora arvense, o ratas. Siempre ratas; Los vatos vendiendo bolis, cebada (estilo el indio), las mushashas que venden fajos enfrente del mercado independencia; el barrio lucre, con los niños que parecen congelados en el tiempo, aunque realmente son los hijos de los niños que culiaron y ahora tienen niños que parece que nunca cambiaron; árboles de pingüica que cambiaron por árboles de naranjita; el parque Sinaloa, ahora jardín botánico Benjamin F. Johnston, en el futuro Pepsi Botanical Gardens, tal vez. La Ley, que siempre huele a la Ley; haciendo calor todo el pinche tiempo.

Pero no solo son los lugares; la gente, toda la gente está congelada en el tiempo. No quiero ser de esos que empiezan a mamar con que "pinche gente naca, güey, Mochis siendo Mochis". Para nada. Hay un lugar en mi corazón para la anacronía mochitense, y no la cambiaría por absolutamente nada en el mundo.

Tal vez, en 100 años más, Mochis cambie, y ya no sea lo que yo decía. Viejo, amargado y calvo, escribiré: "Chale a la verga, me cambiaron mi Mochis".

modelo en lata

De la última vez que vi a ~~Ariadopías~~, me traje algunos tótems, como siempre, para irlos dejando ir con el tiempo, hasta que dejaran de ser *tanto*. De ~~Ariadopías~~, me quedaba una modelo de veinticuatro onzas, 710 mL, que dejé guardada en la nevera celosamente. Aquí estaba más o menos a la mitad de escribir *grises*, y un día que hacía frío, decidí dejar de lado las mamadas pendejas y tomarme esa pinche modelo en lata.

Así, encajé el puñal de la realidad pendeja que me separaba de ~~Ariadopías~~.

jacinta

A la verga, no me acordaba de Jacinta.

Y no, no me no acordaba por hipócrita o porque me haya quedado con un libro que le tenía que devolver. Simplemente se me escapó escribir sobre ella. A Jacinta la conocí por coincidencia, a través de los surfeasofás. No atravesé *de ellas*, nono. No fue del todo así. Los surfeasofás podían acceder a los contactos a través de la pagina web, o a través de la aplicación telefónica. Dentro de la aplicación telefónica, había un sistema llamado “*hangouts*”, una especie de espacio en línea para tirar barra y pasarla suave. Ella hizo un espacio por allá por ¿Abril? ¿Mayo? De esto tengo que mantenerlo a dólar con veinte centavos³⁷⁵ porque no recuerdo ni tengo recolección de exactamente cuando fue que nos conocimos, pero debió ser cuando ella iba llegando a Karlsruhe.

Nos pusimos de acuerdo para ir a comer un taco árabe del Habibi, y ahí veíamos qué salía. Esa noche había algo que ver en el ßpace, ahí a la vuelta del Habibi. “Ahí nos miramos, pero pásame tu número telefónico

³⁷⁵ *This is an españolization of a modal phrase in the united states of A where people say they want to keep things a hundred when they want to be keen or crass or honest about a given topic. There was a change of modality during times of severe inflation, where the hundred was translated to a dollar, being a hundred centavos,*

por si vale verga esto del hangout” – transcribí. Estaba esperando afuera del ßpace a eso de las 8, tal vez las 9, esperando que Jacinta contestara, pero no contestaba nada. Estaba con Luis y Belén y les platiqué de mi nueva amistad, una muchacha que se llama Jacinta. “¿Jacinta? ¡Qué nombre es ese!”, “No lo sé, como Jacinto, pero para muchacha. Es normal, quiero pensar, es como los muchachos que se José María”. Nos estábamos deshaciendo de hambre así que fuimos por cuando llegó Jacinta corriendo. UNa flaca desgredada, con anteojos con corrección óptica de varias dioptrías, un tapango medio achingatado y una prisa que no podíamos determinar la fuente. Algo balbuceó, “¡Si! ¡Pero! Ya vengo, jacintuante! ¡No tardo!” y voló. Luis y Belén se me quedaron viendo, un tanto confundidas, y yo solo encogí los hombros³⁷⁶, y asentí. Jacinta llegó a los minutos, y preguntó que si dónde era lo de los habibis, “o qué pedo”. La dirigí al lugar, y huyó, corriendo. Volvió con su sanguchito y ahí platicamos unos cuantos minutos. Jacinta me dijo que era doctora, en matemáticas. “Ush, qué pesado” – repliqué. Como iba con prisa a quién-sabe-dónde, quedamos de volver a hablar, compartiéndonos los números telefónicos, y ahí nos mandámos referencias meméticas por mensajería instantánea.

Unos días después, quedamos de vernos para comer algo en mi apartamento. No sé si era ceviche, muy posiblemente siendo ceviche, porque comí mucho y tomé cerveza. Fui a hacer la afamada ruta del camarón TM©®, corté los camarones, tomates, chiles, y cervezas. Me puse a pistear, y Jacinta llegó al apartamento. Ahí estuvimos hablando largo: Yo, como siempre, amando el sonido de mi propia voz, y de repente, preguntándole cosas a Jacinta sobre su vida. Sobre las matemáticas. “¿Pero, qué haces *exactamente*?” – inquirí. “Pues resuelvo problemas”. “¿Pero, qué problemas *exactamente*?” – reinquirí. “Pues problemas, Orlando, problemas, no vas a entender si te explico”. Y me piqué. Me

and these would increase with the rate of inflation.

³⁷⁶Un horror que no haya una transliteración para el cómodo verbo en inglés *shrugged*.

piqué porque yo quería una respuesta y, atinadamente, Jacinta me mandaba a la verga porque no iba a ponerse ahí a estarme explicando lo que lleva años haciendo para satisfacer mi ego. A veces me detenía, y le preguntaba sobre el yoga, que también hacía, y sobre su fascinación con los libros. Le dije que yo estaba escribiendo uno en ese momento. Estuvimos unas 3 horas ahí hablando y como a las 6 me dijo que se iba. Yo ya estaba pedón y le dije si quería que la acompañara al autobús. Me dijo que no era necesario, y yo tercamente le dije “no, no, si no hay problema, mira vamos”, y sin ser requerido, la llevé al autobús, me subí, seguimos platicando, y de nuevo, cuando llegamos a la estación, le dije que la acompañaba a su apartamento. En este momento ya no entendía porque la pinche terquedad de acompañarla. Sí, estaba aburrido, y solo, en el apartamento mío, y a mi parecer, la plática estaba interesante. Sin embargo, entiendo porqué podía ser una invasión a la privacidad si la chingada visita social se había acabado hace horas, y yo ahí, seguía, chingue y chingue, hable que hable, y la pinche Jacinta que no podía deshacerse de mí. Caminamos hacia los edificios de departamentos donde ella vivía, y me dijo si quería tomarme un té. Supongo que era porque me vió completamente hasta el culo y pensaba que me iba a perder, pero le agradecí y pasé a su apartamento, una pieza pequeña con demasiados libros y una camita pequeña, que ya había visto porque vivía ahí en esos mismos apartamentos Diana, y también, cama pequeña, muchos libros. Me senté en el piso y me dio un té.

Si me preguntan a mí, la plática estaba álgida pero interesante, con lo de los libros y queriendo saber qué quería hacer en el futuro. “Pues la neta yo me quiero regresar a México, allá tengo conocidos, y pues no está tan cabrón regresar a la UNAM, pero pues sí es una chinga lo de las plazas” – sorbiendo del té, unos minutos después, ya entradas las 10 de la noche, dije “bueno, bueno, ya mucha pinche plática ataranta, me voy”. Jacinta, aliviada, me abrió la puerta y me entregó un libro. “De

perfil”, de José Agustín. “Es con vuelto, ¿Eh? No sabes cuantas veces presto libros y no me los regresan”. “Si, sí, a la verga, a mi tampoco me gusta mucho eso del robo armado de papel” – repliqué.

El libro me tomó terminarlo unos 10 días. Un poco *The catcher in the rye* de J.D. Sallinger, que ya había leído cuando tenía 16. En ese entonces me pareció algo insulso, y pues me pareció suave, igual, mucho *chilangocore*, para mi gusto, entonces me gustó, pero no lo leería 2 veces.

Ahí intenté hablar con Jacinta unas dos o tres veces más, una vez fue porque vi algún artículo en línea sobre matemáticas, pero no me contestó. Unas semanas después, le dije si quería ir a un evento de los surfeasofás, pero tampoco me contestó. Ya a los meses le dije “Oye no te quiero robar el libro, avísame cuando estés por el centro de la ciudad para pasartelo” – y tampoco me contestó. Intenté llevarle el libro al edificio donde vivía, pero no encontré su apellido. No lo encontré en los buzones externos ni en los internos, y tampoco me acordaba en qué piso vivía. Ya no volví a saber nada de Jacinta.

El libro sigue entre los míos, lamentablemente.

Tempe

Pasada la primavera, tuve la decisión en mi escritorio: Ir a los Estados Unidos de Norteamérica a hacer una comisión de emergencia, o pasar mi cumpleaños con mis allegadas y seres queridas.

Dado que no tenía ni lo uno ni lo otro, pensé: “Ps chingue a su madre, a la verga, igual no pensaba hacer nada para mi cumpleaños”.

Tenía que viajar a Tempe, Arizona, ciudad aledaña a Phoenix, donde yo sabía que vivían Abel y Alma. También dije “Pues chingue a su madre, a ver que andan haciendo”, porque iba a estar el fin de semana en el pueblo.

Del trabajo, nada interesante. Conocí a Sahir, un indio que me recibió en Tempe. En principio no planeaba hacer nada especial para mi

cumpleaños, pero Sahir me vio trabajando algo tarde el jueves por la tarde, y me dijo que si tenía ganas de comer algo en especial. “What about hot chicken wings? I can’t find decent ones in Germany” – le compartí. Y la neta, no.

Alas picantes

Mi memoria más memorable en cualquier lugar ocurre cuando como alas picantes. La primera vez que comí alas picantes fue en 2007, porque había un lugar de venta de comida rápida llamado *Wings Army*, una franquicia de alas picantes fundada el 8 de Mayo de 2005 en Guadalajara, Jalisco, *México*. Antes, no tuve la noción del concepto de “*alitas picantes*”. Sin embargo, la idea era bastante ordinaria: Entre semana, había una promoción de cervezas de 355 mL, por 10 pesos. Después, subió a 12 y 15 pesos, con la constante devaluación de la moneda fiat mexicana. Esta promoción aplicaba, y hasta el día de hoy, los lunes y los jueves. Sin embargo, como estudiantes pobretones, normalmente solo comíamos papas fritas cuando el hambre se formaba y las cervezas se nos subían al cerebro. Rara vez pedimos las alas picantes, porque también tenían un costo bastante alto al consumidor: Ciento veintinueve pesos por 10 alas, con unas papas fritas y salsa ranch para reducir el picante. No recuerdo qué tantas veces pedimos las alas, pero si lo hicimos, fue en ocasiones especiales, entre 2008 y 2009. Ya cuando nos unimos a la burguesía asalariada, comenzamos a pedir las alas picantes, para en verdad ir a cenar al lugar de alas picantes.

El verdadero auge de las alas picantes ocurrió en 2009, cuando iba con el pelos y el bigotón a comer alas los viernes a las alitas mac, por Avenida Federalismo, cerca de la estación de tren ligero de Ávila Camacho. Ahí, las

cervezas costaban normalmente 12 pesos, sin promociones, y las alas no costaban centenas de pesos, pero la docena costaba 69 pesos. Más asequible para el pueblo, y saciaban bastante más. Ahí íbamos cada tanto, una vez al mes, cuando mucho, y ahí también me encontré con Ferenc cuando me comporté como un niño pequeño con Minerva y borré todas mis redes sociales en lugar de, ustedes saben, hablar las cosas como adulto y decirle que me gustaba y que le quería dar besos más frecuentemente.

Las alas picantes era un punto de concurrencia para distintos eventos y reuniones: Abrieron una sucursal cerca del instituto tecnológico de estudios superiores de Occidente, que coincidentemente quedaba bastante cerca de donde trabajé entre 2010 y 2013, antes de que hicieramos una mudanza masiva a otras oficinas en Zapopan. Ahí nos pusimos varias borracheras con precios de cerveza normales, hasta tengo alguna fotografía ahí con compañeros del trabajo. Cuando Natalia llegó a mi vida, íbamos no tan frecuentemente a las alas picantes que habituaba antes, pero abrieron un restaurante justo a un lado de su casa en Avenida Guadalupe, vendiendo alas rebozadas que si bien tenían un sabor bastante específico, no eran mis favoritas. Sin embargo, por conveniencia y porque me convertí en un absoluto perezoso, y lo que quedara cerca era suficiente para cubrir mis necesidades de gula.

En esos días oscuros, también abrieron varios restaurantes de alas picantes inspirados por el éxito de las *Wings Army*, siendo el mejor de ellos el Chiltepinos, un restaurante nacido en 2003 en Hermosillo, Sonora, y expandiéndose al resto del estado de Sonora, Sinaloa, Baja California, Baja California Sur y Michoacán. La trigésima franquicia fue

inaugurada en Zapopan, en la plaza ciudadela, inaugurada posiblemente en el año 2009. En 2011 ó 2012, o tal vez el siguiente, Samuel, un viejo amigo, amigo de un amigo, me invitó a “*tomar unas cheves, comer unas alas picantes*” a lo que accedí. Viviendo tan cerca de esta plaza, apenas a unos cuarenta minutos caminando, o tomando la ruta 632 en Mariano Otero y La Calma. Me pude haber ido en taxi, aunque tampoco es muy probable, porque siempre he sido muy avaro con los medios de transporte. Llegué a la entrada del restaurante, y debimos de haber pedido una mesa en la terraza. Pedí unas 20 alas picantes, y las devoré como animal, tomándome también tres litros de cerveza indio. Esa noche, reímos y tomamos y me enchilé mucho, a la verga. Salimos del lugar bastante temprano, a las diez de la noche, tal vez, y habiendo reído y bebido tanto, subimos al automóvil de Samuel, un Bora de años recientes color arena. Con amplio sentimiento de mareo, le dije a Samuel: “*Voy a vomitar, dame un minuto*”. Asomé la cabeza como un perro por la puerta y vomité una porción prominente de esas alas que devoré como animal, y Samuel se rió mucho de la situación. “*Cómo vales verga, compa*” – reiteró.

Años antes, hice algo similar con Ana, una vez que le dije que quería comer alas picantes. No recuerdo a cual sucursal de las alas picantes fuimos, pero también pedí una orden masiva de alas picantes sabor búfalo. Pedí una cerveza media de Pacífico, y también, engullí esas alas como el animal que soy. Ana reiteraba: “*Te vi comer veinte alas como una bestia, Orlando, eso no se borra fácil de la memoria*”. Y pues, no, no se borra fácil. Todavía recuerdo esa vez. Todavía recuerdo la vez que comí alas picantes en la sucursal de avenida Juárez, alguna vez que hice una visita al centro de la ciudad y no tenía con quién almorzar, así que me comí diez alas picantes sabor búfalo, con patatas fritas y dos o tres cervezas de

mediano tamaño. Las otras veces que comí alas picantes no fueron tan interesantes o relevantes, y fueron tantas en tantas ocasiones, que ya no recuerdo la gran mayoría de las veces que comí alas picantes mientras vivía en México. Sin embargo, cuando llegué a Alemania, la primera vez que comí alas picantes fue en el restaurant *Multi Kulti*, teniendo la esperanza que la memoria intacta que tenía de una comida que devoraba con ansiedad cada vez que las pedía, unas alas picantes sabor salsa búfalo, aderezadas con una salsa tipo *ranch* y adornada con palitos de zanahoria y apio para pretender que una está comiendo verduras... Pero todo era una mentira. Pinches putas alas más malas que la verga, no estaban crujientes, y la salsa sabía picante, pero un picante que es paralelamente molesto al paladar y enchiloso pero no enchiloso bueno. Pinche decepción verguera. 0/10, nunca volveré a comer alas picantes en este lugar.

Ya cuando terminé mi chamba y la ruca que me contrató me puso una verguiza verbal por desconectar unas cosas que no tenía que desconectar, me puse en contacto con Abel y Alma, queridas amistades de Los Mochis, Sinaloa, que hubieron inmigrado a los Estados Unidos de Norteamérica hacía años, habiéndose casado mientras yo estaba valiendo verga en los estudios.

Quería ir en Uber a su casa porque quería pistear y no quería tener problemas con la ley, porque seré todo lo blanco que quiera pero con ese pinche pasaporte mío solo era cuestión de tiempo para que apareciera flotando, baleado por el rio salado de Tempe. La casa del Abel y la Alma me quedaba medio pinche lejos del hotel, pero dije: “*Mira, a la verg, igual y ellos van a poner lo de la carne, no seas ingrato*”. Igual el Abel me hizo el favor de recogerme porque dijo que vivían medio pinche lejos. Además, era sábado y no tenían que chambiar. Fuimos platicando en el camino de que valgo verga, que qué vergas hago en Alemania; que si sé hablar alemán, y les dije que más o menos, que nomás pa’

defenderme. Pasamos por donde fui a pistear con el Sahir y les dije que no mamaran, que estaba bien cerca aquella vez. Me dijeron que de haber sabido me hubiera quedado con ellos. Llegamos a un super mercado a comprar cerveza y hielos. Llegamos a la casa del Abel y la Alma a eso del medio día. Hacía algo de calor pero no era nada fuera de lo ordinario. “*Puro Mochis, a la verga*” – dijimos, riendo. Me tomé unas cervezas y llegó una prima del Abel con su marido, un gringo con *buzz cut* que me dijeron que era milico. Me dijo al llegar: “*¡That’s a sweet shirt!*” – señalando mi camiseta de Selena, la cantante texana-americana cuya vida terminó abruptamente por un disparo de su *manager*. Una tragedia. Encontré una camiseta estilo *Pop-art* en el Target por unos quince dólares y me pareció una excelente oferta. El Abel hizo una carne asada, y estuvimos ahí platicando hasta que llegó la familia del Abel, su hermano Edmundo, que ya no le tenía tirria a pesar de haber tenido una riña cuando el era pequeño, de unos dieciséis años, pero como le gustaba cagar el palo, a la verga. Una noche, en la casa donde vivían en Los Mochis, nos agarramos a vergazos porque hubo una disputa porque nos encantaba estar cagando el palo macizo, y este verga no se estaba en paz. Hubo golpes en los testículos, y violencia innecesaria. Edmundo, un hombre excesivamente grande, aún para su corta edad, siempre fue muy adepto a su hermano, y por ende, fue amigo nuestro a pesar de ser varios años más joven (por lo menos, cuatro). Sin embargo, ya a los treinta esas líneas se borran y ya es medio lo mismo todo. Vivía con su esposa Eiko, una japonesa mexicana que vivía en Los Mochis, y tuvieron un plebe en los United States of America. Me dijo: “*Qrlando, tú no sabes lo mucho que te cambia ser padre de familia*” – mientras le pegaba un sorbo a mi Cerveza Pacífico, le confesé: “No, pues, que bueno que te haya cambiado, we, pero pues yo todavía no soy padre de nadie. Igual, una mujer tengo que encontrar que me aguante mis pendejadas”. Fumamos Spice y llegó un tío que no conocía que no le gustaba eso de que hubiera drogas en la casa. A mi me valía verga, porque pues no era mi tío, pero tampoco tenía muchas ganas de andar con la lengua de

fuera. A eso de las diez y media de la noche, ya entrados en el calor de las cervezas, el cuñado se me acercó, agresivamente: “*I really like your shirt, man, ¿Wanna trade?*” y le dije que no. Me tomó fuertemente del brazo, me llevó a una parte oscura, y se desvistió de la parte superior, mostrando una musculatura algo trabajada, pero ya con los dejes de la vida civil encima. Empezó a echarme un salivero a la verga de que su camisa era única, que era de no-sé-qué-fucking-golf-club y que muy exclusivo y la verga. La camiseta olía a sobaco con carbón. Cuando se descuido un minuto, la Alma se me acercó y me dijo: “*Dale la camisa a la verga, el vato tiene PTSD y te va a verguiar si no le das lo que quiere, ya dásela a la verga*” – y pensé que no tenía ganas de agarrarme a vergazos con un milico, y cedí, a la verga. Pedí el Uber de vuelta a las once y feria y llegué a la media noche al hotel. Me tomé un sorbo de refresco de naranja y me fui a dormir.

Salía al día siguiente a California, por lo que llegué más mareado que la verga al aeropuerto. No pasó a mayores incidentes. Llegué muy crudo a San José, California, donde hube visto en 2012 a Jeff Mangum.



Me quejo mucho a la verga de los gringos, pero mucho de mi capital cultural proviene de los Estados Unidos de Norteamérica. La primera vez que tuve la oportunidad de viajar por trabajo a los Estados Unidos de Múrica fue precisamente a San José, California, con Lalo, un señor bigotón muy agradable que conocí en el trabajo en Guadalajara. Tenía una casa bonita y muy lejos y tenía, según recuerdo, un chingo de hijos e hijas, y la pasaba bien. Nos llevó a cenar a lugar muy *Americana*, a un Red Lobster y a un Olive Garden, y siempre acabábamos hasta el culo de comidos, y me decía que si quería una chelilla que no había

pedo, pero que había que pagarla por separado, porque el trabajo era muy protestante con sus políticas de alimentación. Pasamos varias tardes juntos y como regresábamos el Lunes a Guadalajara, Lalo se fue de compras a una plaza comercial cercana. Ofreció llevarme pero denegué la oferta.

Había visto que estaba Jeff Mangum de regreso a los escenarios. Este hombre era el cantante de la banda *Neutral Milk Hotel*, muy popular en Internet por la voz de Jeff que no es canónicamente una voz que uno olvide fácilmente. De su álbum *In the Aeroplane Over the Sea*, una vorágine de ruido, metales y sonidos muy fuera de lo común, para su época. La música fue tomada por el Internet como un estandarte de todo lo bueno y bello de la música *underground*, porque si hube reproducido esta música en público, Cristo Redentor Santo, qué tragedia. Luego entonces, era algo muy de adolescente de Internet. Escuchaba el álbum inirónicamente cada tanto, y supe que dos bandas muy queridas por mis amistades de Internet de ese entonces: Godspeed You! Black Emperor, que tocaban del 16 al 20 de abril de 2012 en el Great American Music Hall, pero me quedaba aun una semana de distancia, y me daba vergüenza cambiar el boleto de avión del trabajo, porque no sabía en qué marco pedirlo, además de que no sabía dónde chingados iba a dormir, siendo todo tan caro en San Francisco para pernoctar. Leí en diciembre del 2011 que habría una gira de Jeff Mangum, pero nada ni cerca de un lugar donde podría verlo. Una noche, entre puñetas, encuentro en Internet que se agrega una fecha: Ocho de abril en San Francisco. Cerré las mujeres semi-desnudas y busqué cómo comprar boletos. No había venta en el lugar, todo era inmediato, en el momento; bum, bum, bum. Voy a la página web, marco que voy a ir, y pongo el Will Call. Pago con tarjeta

Banamex, y el pago no pasa. Fak, ¿Esto será realidad?

El problema era llegar: Estaba en San José, que no estaba precisamente lejos del *Great American Music Hall* en San Francisco: tenía que tomar un tren, pero no tenía cómo llegar. Le dije al Lalo que me dejara en una estación de tren para ir a San Francisco, y me dijo que simón, que me llevaba temprano antes de irse de compras. Busqué, primero, cómo llegar, y ya de secundazo, cómo volver. Resulta que para llegar tendría que tomar el Caltrain, que salía de la estación de Santa Clara cada hora. Me dejó con 45 minutos de tiempo, entonces pude comprar mi boleto y esperé en una estación bastante vacía, supongo por el desprecio que le tienen los americanos al transporte público. Llegó un tren enorme, viejo y destartalado, ruidoso y que parecía salido del siglo pasado, y me subí por sus escaleras crocantes con mi boleto en mano. Un controlador viejito y amable me selló el boleto y emprendí mi camino. Llegué una hora después a la estación principal de San Francisco por la cuarta y King, y como era la una Pe Eme, y no conocía a nadie, a la verga, pues me tocó buscarme actividades. Caminé y busqué dónde tomarme un refresco. Me compré un Dr. Pepper en un Seven-eleven y me senté a hacer tiempo. Un anuncio enorme enunciando "*No loitering*", me miraba juicioso, como preguntándome que hacía tan temprano y sin dinero. Tenía pocos centavos en la bolsa, algunos dólares que cambié de la casa de cambio, pero no quería volverme loca con los gastos, entonces iba con poco deseo de gastar dinero. Pensé hacer una caminata por los barrios de San Francisco, pero sin dinero no había gran cosa que hacer. Pensé en caminar, y debí tener mi iPod Touch disponible para buscar los mapas para llegar a la dirección esperada: 59 O'Farrell Street, San Francisco, 94109, United States. Pasé por Union Square, y todo se

veía relativamente normal, hasta que pasé Leavenworth Street, ahí fue como pasar a la dimensión de los drogadictos y la violencia intrafamiliar. Había gritos, hombres con muchos objetos en carros de compras de supermercado, y demasiada gente llamándome *mi negro*, a mi, y eso me espantaba un poco. Caminé a paso apretado hasta llegar a la entrada del Great American Music Hall, que estaba cerrado. "*Chale, a la verga*".

Exclamé, mientras un hombre negro me miraba como de lado. Le miré de lado, y seguí caminando recto. Encontré un *Ike's Love and Sandwiches*, y como ofrecían el famosísimo BLT, un sanguuche de tocino, lechuga y tomate, me pareció una buena oferta, sobre todo por alejarme de los hombres que me miraban demasiado. El sanguuche no estaba bueno, y no sé porque le hacían tanto a la mamada que eran toda una comida americana verdadera. Pagué unas decenas y unidades de dólares, y esperé pacientemente a que fueran, de menos, las cinco. A las cuatro y media me desesperé porque ya no tenía nada que hacer, y pensé en acercarme de ventla al local.

Afortunadamente, había dos personas en la entrada, a quienes me acerqué y me dijeron que efectivamente, estaban esperando que abrieran para entrar al evento. Me quedé platicando con esta gente, unos gringos que me sacaron plástica, Y tengo una fijación que les dije que ya había estado en otras ciudades de California, particularmente *Los Anyelis*, una pronunciación que solo he escuchado a gente británica utilizar. Todavía pienso en eso hasta el día de hoy. ¿Por qué dije Anyelis, watefok? Me dejaron de hablar pronto y ahí estuve esperando hasta que abrieran el Will Call a las 5. Nos dejaron pasar hasta las 7, pero igual ahí estaba una turba iracunda esperando que empezara el *show*.

El Great American Music Hall se encuentra en el histórico barrio Tenderloin de San Francisco, históricamente un barrio

plagado de hipervigilancia policial, por ser primordialmente habitado por gente joven y algunas familias migrantes, además de tener mucha vida nocturna, lo que mi padre llamaba la zona. Pasaron las horas y me metí de primera justo frente al escenario.

Cierto, no he determinado cómo volver a San José. Bueno, la cosa estaba un tanto complicada, porque el Caltrain ya no pasaba en el servicio de fin de semana de vuelta a Santa Clara. En su lugar, tuve que buscar alternativas para bajar al pueblo. El último autobús pasaba a las diez y media. Una cagada, porque el evento tal vez no terminaría sino hasta las 11 de la noche. Bueno, ni pedo. Tendría que salir a las 10 del evento. Empezó a tiempo, afortunadamente, y tal como pensé, tuve que correr. Pensé por un segundo en gastarme cien dólares en un boxset de Neutral Milk Hotel, pero no tenía espacio ni tiempo para guardarlo. Tampoco quería pagar el taxi, luego entonces, no lo compré. Todavía pienso al respecto hoy en día. Salí corriendo del local y empecé a correr porque ya iba tarde. Necesitaba 30 minutos para llegar y faltaban 20. Corrí, corrí mucho, Pensé en tomar un taxi, mientras corría. Me cansé, a la verga, pero igual seguí intentando correr a paso apretado. Cuando vi que me faltaban 8 minutos, y quedaban 5 a pie, dije: *“Pues ya, a la verga, que sea lo que dios quiera”*. Y seguí corriendo hasta la estación de autobuses de Greyhound en Mission y Fremont. Vi todo oscuro y me espanté. Entré por la puerta y una mujer negra y gorda me miró. La miré. Busqué pantallas, horarios, el autobús, y no vi nada. Me espanté. No había nadie en vendiendo boletos, nada que ver con las maravillosas estaciones de autobuses de mi México. Me acerqué a una muje con dos niños pequeños, y con carita de que ya todo valía verga. Le pregunté si ya se había ido el bus, y me dijo que

venía tarde. Agradecí a los cielos. Tuve que esperar veinte minutos a que llegara el pinche camión, a la verga, y no podía ni entrar a miar porque cobraban una cora por miar. Chale, a la verga.

No escuché Engine. Ni me gusta esa canción.

Me subí al bus más macaneado de la historia de los camiones, con asientos todos roídos y gente con muy mala cara. Vaya, a estos gringos sí que no les gusta el transporte público digno. Me senté lo más al frente que pude, y esperé en ese autobús roñoso por dos horas hasta que llegué a la estación de San José. El camino no fue nada fuera del otro mundo. Paramos en Oakland, y una familia hispanohablante se estaba gritoneando en la parada. Llegamos a San José y en la estación no había ni vergas de nada. Estaba todo pinche oscuro y culero. Pensé que podría tomar un autobús, pero ya no había nada a la media noche. Había un taxi, y le dije que si me llevaba al hotel. Me dijo que simón, que me subiera. Yo solo veía como ese taxímetro daba vueltas y vueltas y vueltas, y este pinche ruco, un indio muy agradable y platicón, no llegaba. Terminaron siendo 45 dólares, y tenía cincuenta en la bolsita. Le di 45, y me empezó con un salivero que los hijos, que no sé qué. Le di cinco más, y me dijo ¿Sir, sir, all you have? y ya lo mandé a la verga. Salimos en avión la mañana siguiente.

Maravillosa experiencia, lo haría otra vez si fuera jovencita.

Verano

(sí, hombre, a la verga, todos los pinches capítulos se llaman igual)

Volví a casa después de pasar mi cumpleaños técnicamente sola, pero a la vuelta planeábamos una fiesta pasada de verga con mucho pisto y música hasta la madrugada.

Pero llegando, tuve que ver el chingado

futbol

Ese verano del 2018, el furor de la copa de futbol estaba en su absoluto apogeo. Volviendo de Tempe, el 16 de Junio de 2018, se me informó que el partido más importante del grupo F del mundial de futbol, Alemania contra México, estaría tomando lugar, y era particularmente cómico para mí porque por un lado odio el futbol, no le veo la pinche gracia, y por otro lado, no me identifico con el abanderamiento nacional, porque ni sé jugar futbol, y no me gusta verlo, ni jugarlo en videojuegos, ni hablar al respecto sobre a quién compró qué equipo, ni encuentro al perro Bermudez particularmente jocoso, y mucho menos traer puesta la camiseta del juego como identificador internacional³⁷⁷. Sin embargo, y no por ser un pinche vato elevado porque leí un párrafo de Hegel, no, yo entiendo que es algo que a muchas personas les emociona y les gusta, luego entonces me parece una agradable situación para tomarme unas cervezas frías, decir que el otro equipo no vale verga, y gritar ¡GOOOOOOOOOO-OOOOOL! cada tanto.



La primera vez que vi un partido de futbol en Alemania fue un partido de la segunda división, que tiene muchos seguidores a lo largo y ancho del país, porque de nuevo, el futbol es una parte quintesencial del orgullo alemán. Fuimos a un bar cerca de la estación de tren de Friburgo de Brisgovia, y yo siempre he estado acostumbrado a las explosivas narraciones del Perro Bermúdez, o los crípticos y aleatorios comentarios de Jorge Campos, ex-portero de la

³⁷⁷Poseo, sin embargo, varias casacas del beisbol de Mochis, y cacuchas también. O sea, ni tan pa'lla ni tan pa'ca pues

selección de fútbol varonil mexicana. No, nada de eso. Había solamente *silencio*. La narración del partido es *verbatim* lo que sucede en el campo: nada de comedia, nada de exageración: *Müller toma el balón, corre treinta y cuatro metros, pasa a Özgür; barrida de Fischer, ataje del portero*. Cuando hay un gol, hay solamente un aplauso, uno, un trago a la cerveza, y se termina la celebración. “*No mames, a la verga, pinches aguados miados*” – Pensaba.



En México no fui a muchos juegos de fútbol. La única vez que fui y la pasé bien fue en el 2010 ó 2011, muy probablemente (la fecha exacta me evade) cuando fuimos a un inadvertido juego de las chivas al estadio Omnilife, un estadio absurdamente lejos de la mancha urbana de Guadalajara, y que absurdamente también no tenía muchas opciones de transporte público. Esa vez, María Aída nos llevó en su Jetta rojo verguiado, y conseguimos boletos porque en los Oxxo regalaban dos boletos por comprar una charola de cerveza³⁷⁸. Las plebes dijeron: “*Está al putazo, we, si compramos un cuarenta y ocho es casi como ir a ver el fútbol gratis*”. – Lo complicado no era ir con cuarenta y ocho cervezas, lo complicado era que éramos cuatro, La María Aída, el Edgar, el Loya y yo, entonces tocaban doce cervezas por piocha, unos cuatro litros de cerveza. Esa vez, nos llevamos las cervezas a hacer el *pre-game*, una tradición fundamentalmente cristiana fundamentalista de las vecinas del norte que se ponen a pistear afuera del estadio para evitar los elevados precios adentro del recinto. Llegamos bastante tomadas a ver el

³⁷⁸Ya ni sé si expliqué que es una charola, que horror escribir tan largo y sin editora, pero bueno, son 24 cervezas en una caja de cartón.

juego, del cual no me acuerdo mucho, pero sí me acuerdo que fue un pedo para salir porque había pocas salidas y mucha pinche gente queriendo salir en automóvil. No recomiendo la experiencia.



Estuvimos buscando un lugar para beber y ver el partido al aire libre, y optamos por un bar a las afueras de la calle de la zona de tolerancia, donde ya había una congregación de individuos viendo el partido. Nos vieron llegar como un grupo de aparentes fanáticos del futbol, pertenecientes al equipo mexicano en un grupo eliminatorio sumamente competido: México, Alemania, Corea del Sur, y Suecia. Vamos, que México tampoco es un super equipo de futbol, y para las eliminatorias regionales nos chingaron sabroso y casi nos dejan por fuera del mundial³⁷⁹. Luego entonces, no había mucha esperanza.

Los alemanes sentaditos en sus banquitas con su cervecita fresca nos miraban con desdén. Bueno, no, no desdén, más bien estaban riendo por un ladito, dado que eran los campeones del entonces jugado mundial de futbol de 2014. Había gran esperanza por el equipo nacional ese año. México no tenía oportunidad, y francamente, yo solo iba a pistear y a compartir con las amistades.

Afortunadamente, en el minuto 35, México anotó un gol y terminó el partido 70 minutos después. Hubo risas, hubo cerveza, y sobre todo, muchos alemanes respetuosos que terminando el partido, se fueron del lugar a descansar a sus casa y a hablar mal de cómo los inmigrantes estaban destruyendo al futbol nacional o algo así. Un automóvil de policía se estacionó amenazantemente cerca de donde estaban los bares,

³⁷⁹A notarse el hecho que ya personifiqué al equipo mexicano como *nosotros*, en una evidente dinámica de *nosotros-contra-ellos*.

asumo porque la gente se pone emocionalmente violenta después de un partido de futbol y comienzan los zafarranchos. Hicimos el comentario que podíamos ser detenidos arbitrariamente en contra de nuestra voluntad por lo que hicieron 11 desconocidos del otro lado del planeta, mientras terminábamos la última cerveza y decidíamos qué hacer después.

Un muchacho se acercó al grupo a decirnos: “Vaya, chicos, ¡Qué energía, qué guay!” y luego empezó a decir otras cosas que no le puse mucha atención, hasta que dijo: “Esperen un momento, ¡Voy por mi sombrero!” y desapareció. Nos quedamos atónitos pero expectantes. Unos cinco minutos después, apareció ajuareado como lo que supongo piensan los alemanes cuando uno dice que viene de “México”: Vestía un sarape en tonos rojos, azules y blancos entrepuestos, y dos sombreros enormes, del tipo que uno solamente tiene en casa para asistir a juegos de futbol donde habrá participantes que necesitan saber que uno proviene del país hispanohablante de norteamérica, y unas maracas de dudosa procedencia, al no tener muchos distintivos decorantes específicos de algún pueblo originario. “Oye, tío, me encanta tu máscara, eres tan típico mejicano”, señalando una máscara de luchador que traía amarrada al pantalón. “Sí, sí, bueno, qué puedo decir, no sé, pues intento en medida de lo posible mantenerme firme a mis convicciones” – repliqué.

Para mala suerte mía (y de Luis), este tarado muchacho consiguió el teléfono de Luis, acto seguido al que le pidió mi número.

De esta manera, empezó mi tormentosa relación con el idiota de Félix.

El pinche fut

A mi ni me gusta el pinche futbol.

Sin embargo, la paso bien cuando alguien me invita a ver el futbol. Para el mundial de futbol de 2018, tendí más a ver los jueguitos de mis

amistades. Chile quedó fuera en la etapa de calificación, por lo que fueron objeto de burla durante todo el torneo. A Perú lamentablemente lo pisotearon en la primera fase, ganando solo el partido contra Australia. Esto solamente me lo dijeron posteriormente, porque realmente no vi el juego. Argentina pasó con bastantes problemas la primera fase, teniendo un juego bastante apretado contra Nigeria, por lo que el humor en el frente argentino estaba un poco turbio. Colombia pasó de primera al ganar sus dos primeros juegos, que si no mal recuerdo debimos de haber visto en el barco latino, un bar nuevo que abrieron cerca del teatro de la ciudad.

En la fase de octavos de final, Uruguay venció a Portugal, y Argentina tuvo un juego complicado contra Francia, que a final de cuentas perdieron. A México lo pisaron y lo miaron en Samara, pero tampoco lo vi en compañía de nadie. Colombia tuvo un partido difícil contra Inglaterra, que a final perdieron en fase de penales por un maldito gol. Debido a que mi interés en el futbol era muy poco, esos días más bien fungía como entretenimiento a los asistentes y llevaba la trompeta y percusiones varias para mantener el entretenimiento y los ánimos altos mientras todo mundo se preocupaba por el partido del fut.

Del puto futbol ya no vamos a hablar, si le interesa a alguien ahí está Wikipedia.

En esos días, Jairo tuvo un problema con su vivienda y necesitaba un lugar donde pernoctar por unos días. Quedamos en que se quedaría en casa unos días, hasta que encontráse el lugar definitivo de su pernoctación por lo que restaba del verano.

Yo tengo un pequeño problema con mi manera de relacionarme con la gente que conozco, y esto se traduce normalmente en que mi actitud relajada, amistosa y cordial, casi espiritual en mi acercamiento a la vida misma. “*Sí, sí, no hay pedo, me vale verga*” – se me escucha decir entre dientes, o con alcohol encima, gritando a pulmón completo. Esto hace pensar, en

varios casos, que soy así un sólido noventa por ciento del día, sin embargo, a pesar de ser un ENFP sólido, lamentablemente necesito varias horas de recuperación INTJ para poder funcionar. Esto quiere decir que de las 168 horas de una semana, necesito las 120 de la vida diaria, incluido el sueño respectivo, para parecer afable los fines de semana. Esto quiere decir, también, que a veces suelo tener una paciencia muy corta cuando alguien piensa que soy predominantemente ENFP y no INTJ, porque no pareces un INTJ, tal vez ENTJ, dependiendo de la época del año, pero nunca INTJ, ¡Qué dices! En fin, Jairo estuvo unos días en casa, compartiendo mientras yo llegaba del trabajo un poco harto de la interacción diaria, y a veces, pero solo a veces, me molestaba la predisposición de Jairo a tener una velada amena y cotorra, pero mi única predisposición era utilizar el menor tiempo compartido mientras comíamos o cenábamos o lo que sea, porque no soy muy de hacer fiesta todo el tiempo. También quiero dormir. También me quiero acostar un rato.

Para los partidos de Argentina, teníanamos la opción de este barco latino, como quiera que se llamáse, y eso le sugerí a Valentina. “No, che, escuchá: Ya la bancada argentina acordó y quedamos de juntarnos en el Pierod”. “Sí, sí, pero la pantalla del barco latino es grande y hay más espacio para más gente, Valentina”, “Uy, bueno, mirá, ¿La ponés difícil, eh? Yo no organicé, ahí sería hablar con los demás a ver qué dicen, pero bueno, yo no organicé, fue en el grupo”. Haciendo muecas, le dije que estaba bien, y que nos veíamos en el chingado Pierod. Realmente no tenía nada en particular en contra del pinchi Pierod, nada más me gusta tener la razón, sobre todo para cosas que no me importan. Debió ser el segundo partido de fase de grupos de Argentina, que llegué a Pierod, con todos los instrumentos musicales disponibles para la Barbie musical, encontrando ahí a mis conocidos habituales: Valentina, Jairo, y ¡Ah, mirá! Alejandro, la

última. Nos saludamos, y nos pusimos al tanto después de años de no vernos, y vimos el partido de fútbol en su compañía. No hubo nada erótico-emocional que reportar, salvo que esa vez, no nos quedamos hasta muy tarde, porque había que trabajar al día siguiente.

Para el juego de Argentina de las eliminatorias de octavos de final, el partido cayó en un sábado, así que había mucho más espacio para, ahora sí, ponernos hasta el culo como dios manda. Ese día, yo compré tres botellas de Fernet branca regular, unos refrescos de cola, y una bolsa de hielo. Ese día, llevé mis más ruidosos tambores, la guitarra y la melódica. Ese día, llevé todos los accesorios de la Barbie musical. Llevé tantos instrumentos, que no tenía espacio para las cervezas. En mi infinita sabiduría, quedé de ver a Jairo en el lugar, dado que el tenía llaves para acceder a mi apartamento cuando el quisiera. En fin, así quedaron las cosas, y Argentina perdió, y ~~las~~ argentinos estaban tristes. Ya luego jugó Uruguay y creo que el sentimiento general fue: “Bueno, habrá que apoyar a latinoamérica unida, antes que estos cochinos europeos jediondos”. Así, terminó la tarde de fútbol, y quedó la hora de ir a beber alcohol y escuchar música hasta tarde.

Fui al supermercado a comprar más hielos, que no encontré, y más refrescos de cola, que si encontré, pero me amargué porque iba a estar caliente el pinche trago y eso a mi sí me molesta. Seguimos bebiendo y bailando, vi a la pintora, que fue por ahí a juntarse con sus amigos pintores, y estuvimos ahí hasta altas horas de la madrugada.

Altos porcentajes.

Las cosas se pusieron un poco peludas porque Jairo, que estaba un poco sediento esa noche, quería ir a hacer “*otra cosa*”. Ahora, yo sabía que “*otra cosa*” no era sino una alegoría a ir a un club nocturno, a estar parados perdiendo el tiempo o intentando, fallidamente, hablar con unas muchachas, y luego quedar frustrados porque no surgieron las cosas como queríamos. Ya me la sé, Jairo, por favor, ya deja el drama y

ponte a tomar algo. Sin embargo, Jairo no se detuvo diciéndome que fuéramos a un club nocturno. Yo estaba a gusto bebiendo en la calle, así que intentaba quitarle de la cabeza, diciéndole que no. Siguió insistiendo, poniéndose progresivamente pesado con los comentarios acerca de lo terriblemente aburrido que era estar ahí, paradotes, haciendo nada, y cómo nos divertiríamos más si estuviéramos en un club nocturno.

Ahora, yo entiendo el objetivo de Jairo esa noche, que era, encontrar con quien culiar. Como no había con quién culiar, pues se desesperó, y tal vez no conscientemente, pero sí estaba haciendo bastante difícil soportarlo. El punto que derramó la gota del vaso a la verga, fue cuando me dijo que cambiara la música. Ahora, Jairo, si por mi fuera, estaríamos escuchando a *Death Grips*, o *Relatives in Descent*, o algo de vallenato porque es mi nueva onda ahora, pero no, Jairo estaba terco con cambiar la música. Yo, por mi lado, me harté a la verga y le dije:

A ver, ¡A la verga! Jairo, si quieres ir, a la verga, a un antro, vete a la verga entonces, pero en mi casa no vas a dormir.

Uy, uy uy. Mucha violencia. ¿Para qué tanta violencia?

No lo sé. No había una razón válida. Solamente estaba harto de tantos requerimientos, y que estaba posiblemente sexualmente frustrado y quería pasarla bien, como un paliativo por no tener una potencial pareja esa noche. Pudieron ser muchas cosas, pero sobre todas las cosas, lo que yo quería, “*pasarla bien*”, tal vez era todo una simulación.

Eh.

Ahí continuamos bebiendo y riendo, pero yo tenía cara de encabronada.

La pintora vino, y se fue, y no le puse mucha atención, porque ahí estábamos bailando y bebiendo. Fernet caliente, ya casi sin coca cola, que dejamos ahí en el agua fresca esperando que se hiciera menos caliente. Bailamos hasta tarde. ~~Aljondrón~~ estaba ahí, baile que baile, gritando y aplaudiendo, y llamándonos callar cada tanto para hacer un anuncio. Cualquier anuncio, el que fuese, solo que llamara la atención. En un momento, se alejó del grupo para platicar con el argentino. Buen pibe, el argentino. Su nombre se me escapa, porque no era mi amigo, pero siempre lo veía por ser amigo de Paula, así que amigos de mis amistades son mis enemigos. En fin, nada malo con el chabón. Era argentino y ya. Ahí se pusieron a *jiji*, y *jaja*, y de repente se estaban chapando a altas horas de la noche. ~~Aljondrón~~ se tomó de la mano del chabón y dijo: “Che, ¡Qué lindo que es! Tenía tanto que no sentía el cariño de otro argentino, ¿Viste?”, Y se esfumaron a eso de las tres de la mañana, a chuparse unos verdes, que sé yo. Cualquier otra alegoría a culiar en ese momento quedó rebasada.

Ya a las cuatro, casi cuatro y media de la mañana, quedaba ya nada de fernet, nada de coca cola. Solo bolsas vacías y vasos llenos de tierra. La batería del altoparlante estaba completamente agotada, y solo nos quedaba la guitarra, un dieciséis por ciento de batería en los teléfonos celulares, y el alba a unas tres horas de distancia. Nos sentamos a esperar los autobuses y tranvías que nos llevarían a casa, al pie del banco que está por la calle *Zirkel*, inmediatamente en las cercanías de donde nos tomamos esas cuatro botellas de fernet. Estábamos ya solamente Valentina, Jairo, y un hasta ese entonces desconocido argentino, de barba poblada y talante agradable, de cuyo nombre puedo

acordarme: Emiliano. Nos dijo: “Mirá que yo vivo algo retirado, ¿será que puedo pasar la noche en alguna de sus piezas?” – Valentina, mujer de pocas pulgas, accedió. “Ché, escuchá, que hoy tocará dormir medio apretados, ¿Viste? Que ya le había dicho a Jairo que se quedara porque tampoco tiene donde dormir, pero mirá, ahí hacemos rancho, que se yo, tú vente nomás”. Dijo. Un caballero de unos diecinueve años pasó por ahí por donde estábamos tomando asiento, y nos dijo: “Ich kann die Gitarre spielen!”, y en conjunto, le dijimos: “Pues tocáte algo, algo romántico”. Y tocó unos tres acordes, ninguno interesante, y debió empezar a cantar *Wonderwall* o alguna otra canción que un alemán de diecinueve años tocaría, y nos echamos a reír. Pero le dijimos que muy bien, que gran esfuerzo. Ya daban las 4:25 de la madrugada, y era momento de partir. Nos despedimos, y Valentina se fue con su escolta de esa noche.

Las cosas no volvieron a ser iguales después de esa noche, puesto que los arrumacos se revelaron entre Valentina y el hasta entonces desconocido Emiliano. Arrumacos amistosos, vaya, una situación tranquila, porque estaba Jairo ahí dando su bendición a una naciente relación que duraría el transcurso de los años y de las vidas. Quién diría que las tristezas del fútbol traerían amor eterno (e inolvidable).

Esa vez, no pensé mucho sobre ~~Amsterdam~~ ^{Almadolén}. Solamente apareció de nuevo en la historia, pero no como la última. Solo apareció antes de terminar este desmadre.

Ese verano, fui a ver a Café Tacuba con la María de Colonia.

Ámsterdam, 3

No puedo negar que, cuando voy a Ámsterdam, la paso a toda madre.

Esta vez ya no tuve que subirme a un chingado camión mugriento y

verguiado.

En su lugar, me subí a cinco trenes mugrientos y verguiados, y para no gastar en el tren directo, que era más caro, tomé cinco trenes desde Karlsruhe: Mannheim, Düsseldorf, Venlo, Utrecht, y Amsterdam Centraal.

El viaje no fue nada especial. Hice muchos cambios, tuve que empezar muy temprano, y terminé a medio día en Ámsterdam afortunadamente. Los cambios estaban algo ajustados, pero todos los trenes llegaron a tiempo, así que a las 11 de la mañana, ya estaba bajando del último tren. No puedo decir que extraño el olor a culo de los autobuses (y el pésimo manejo de la temperatura). Le mandé mensaje a María para saber por dónde venía.

Quiubo marikis, ¿Por dónde vienes?

A las 12, ¡Me estoy cagando de hambre!

Fui a buscarle unas postales a ~~Agustín~~ ~~Agustín~~ y a la pintora, y ahí les escribí monerías y las puse en la caja de correos. A las doce, vi a María en la entrada de Amsterdam Centraal, nos abrazamos, y buscamos algo para comer. Un japonés a unas cuadras de la estación central. Comimos udon y camarones tempura, mientras me ponía al tanto de sus escapadas románticas y gajes del trabajo. “Pero está bien güey, soy chingona y me la pelan todos” – me dijo, y yo asentí. Chocamos los vasos de líquido y seguimos hablando de qué haríamos. “Ps hay que fumar mota, ¿No? Nomás no sé si haya pedo fumar en el parque como vagabundos”. “La neta no creo que haya pedo, güey, igual aquí les vale verga a los policías, ahí nos vamos a un parque a echar chelas tranquilos en lo que vamos al cuarto que rentamos, o nos vamos directo y por allá buscamos algo”. Decidimos hacer lo segundo, pero nos llevamos un gallo forjado para no tener que comprar, aparte, papeles y filtros.

El check-in no era sino hasta pasadas las 6 de la tarde, lo cual nos pareció sumamente extraño. A María le pareció menos: “Pinche güey mierda, ¿Que le costará dejarnos pasar?”. “Pues igual está lejos el pinche lugar, a la verga”. Y sí. Como llegamos un Sábado, todos los hoteles cercanos a Melkweg, donde sería el concierto de Café Tacuba, estaban hasta el culo de caros. Lo más barato que encontramos estaba en Geuzenveld, tomamos el tranvía desde Amsterdam Centraal, e hicimos 38 minutos a la estación más cercana, en Lambertus Zijlplein. Bajamos en una parte de Ámsterdam a la que, creo, la idea de Ámsterdam se pierde un poco, de las calles rojas y las prostitutas en ventanas, a vidas normales hablando en neerlandés. Después de encontrar el preciso edificio de departamentos en donde nos quedaríamos, decidimos irnos a pistear y fumar mota cerca del río que vimos en el mapa, para no molestar a los vecinos del lugar donde nos quedaríamos.

Caminamos hasta un pequeño puente que daba a una vereda con pasto, lo suficientemente alejada de la siguiente casa, y ahí abrimos las cervezas que teníamos y prendimos el cigarrón de mota que traíamos.

*... Pero pues ya ves cómo es con estos cabrones,
siempre me tienen hasta la verga con el trabajo y
la chingada, pero sí me dan ganas de mandar todo a
la verga a veces. ¿Te platiqué del güey ese de Tinder
que ya no me mandó mensaje?*

Sí, sí, pero pues, amiga, hay que chingarle.

Me da gusto que ahí ya la vayas remando.

– Mientras le daba una vaisita al cigarrón de mota. Ahí nos quedamos tirados en el pasto, escuchando el río cercano, esperando a las seis de la tarde. Platicamos sobre lo horrible que le parece Colonia, porque “*es un pinche pueblo globero*”. Y tal vez, viniendo de Cuautitlán Izcalli, todo parece un pinchi pueblo ciclistero. Defendí a capa y espada la ciudad pequeña.

Sí amiga, entiendo, pero está chido también las ciudades chiquitas con tranvía en las que no te pagan tres mil quinientos pesos al mes por meter datos a una base, o estar en el mostrador de una farmacia similar. Aquí de menos puedes hacer algo interesante aunque el pueblo sea chico.

Igual me dijo que estoy pendejo y que Colonia está bien culero. Asentí, acostado en el pasto, con la parte posterior de la camiseta un poco verde puesto que había llovido el día anterior.

Dieron las seis, y nos acercamos al apartamento. Unos quince minutos antes. “*Ay güey, ni que no nos vaya a dejar pasar a dejar nuestras chingaderas, si nos vamos a salir a tragar igual a comer algo antes de irnos al concierto*”. Llegamos y tocamos al apellido que nos dieron en el correo electrónico, y subimos tres pisos. La puerta estaba abierta, y vimos a un hombre delgado, de nariz prominente y un tanto apurado, de arriba para abajo, gritando: “*You can come in! Come in!*”. Cominiamos, y vimos un departamento con un pequeño corredor, que al fondo mostraba una sala modesta y muy pobre iluminación. Se presentó el hombre, Francesco, que se nos acerco demasiado para decirnos: “*I am sorry I did not have time to clean, I am sorry, just five minutes*”, en un acento muy italiano. Le dijimos que *no problem, we are just dropping the bags, it's OK*. Nos dijo que *I left the keys in the table at the entrance, you can pick them up* y lo aderezó con un *if you wanna hang out later I will b...*

Dejamos las mochilas en el cuarto que compartiríamos, con dos camitas individuales en contra de la otra, una ventana que daba a la plazoleta central enfrente del edificio de departamentos. Tomamos las llaves y salimos a una velocidad apresurada del edificio.

¡Güey! No mames, ¡le apestaba bien cabrón el hocico al pinche Francesco!

Y sí, como a perro muerto. Pero estaba bien, porque el lugar solo lo usaríamos para dormir en la noche.

Estábamos medio mariguanos y no quisimos ir muy lejos, para alcanzar a pegarnos una bañanada y una perfumada antes de ir al concierto de Café Tacuba. Vimos que había un pequeño restaurant de pescados y mariscos en la plazoleta, el Omaira Eiland, así que ahí nos asentamos.

El lugar era una absoluta locura: Niños llorando a altos volúmenes; Varias familias asinadas en una pequeña mesa donde no cabían las carriolas; Líquidos de desconocida procedencia en el suelo; Hombres trabajando a alta velocidad detrás de un mostrador atiborrado de objetos. “Güey, no sé si estoy muy mariguano o qué pedo, pero no entiendo cómo funciona esto”. “*Sorry, do you speak English?*” – inquirió María, y le dijeron que ~~no hablaban inglés~~ – nos miramos inconspicuamente y le dije: “Sigo confundido. Pero a ver, a señas se entiende la gente”. Le dije que “

~~Ich möchte ein Sandwich, ein Broodje, ein Viskrokett, ein Inkvisringen, bitte~~, two sandwich, Broodje, viskrokett, ja, ja, und Inkvisringen, bitte”. El tipo pico unos números en una pantalla, pagué y volví a la mesa. “¿*Güey, qué pedo?*” – **Creo que pedí unos changüis.**

Esperando por nuestra comida, hubo una pequeña batalla campal entre la gente detrás del mostrador y un hombre con una familia. Hubo gritos, azotaron la puertita de vidrio del local, y le arrojaron pescado al señor molesto. Una mujer anciana se quedó ahí, hablando tranquilamente, mientras una mujer la arrastraba fuera del restaurant. “Sigo confundido, espero que esté bueno el sanguchito” – miramos atónitos el lugar, y nos echaron grito unos diez minutos después, no recuerdo exactamente. El sanguchito estaba bien, y los aros de inkvisringen estaban OK también.

Agarramos un taxi de los apartamentos porque ya íbamos tarde.

Del concierto no tengo mucho que decir: Tocaron los grandes éxitos, canté las canciones que me sabía, tocaron *Eres*, y no tocaron *La ingrata*.

Excelente movimiento, la pasamos bien. Había demasiadas banderas mexicanas.

Saliendo del concierto, fuimos a un bar con billar a pistear. Ahí nos pedimos jarras de cerveza mientras nos poníamos progresivamente más borrachos e intransigentes. Platicamos otra vez sobre lo que pasó en Karlsruhe, que por qué se engoriló con la desconocida esa y le dijo pinche vieja puta pendeja. Nos reímos, y nos disculpamos de la pobre muchacha pendeja puta vieja. Pedimos unas ¿Tres? jarras de cerveza, porque ya andabamos barrochonas. Pudimos salir a la calle a tomarnos la cerveza y a fumarnos un cigarrillo de normal, que yo recién compré en una caja expendedora.

*Güey, tienes que admitir que eres bien pinche joto,
la neta.*

Me dijo María, mientras encendía un cigarrillo.

*Güey, ya sal del clóset, entre más pronto, mejor.
Güey, neta, te voy a invitar a mi boda, quiero que
seas mi best man, y quiero que tu pareja me lleve al
altar, ¡Ya admite que te encanta la verga, Orlando!*

Me dio risa, porque no entendía la alegada necesidad de decirme que era joto. No recuerdo haber mencionado una latente homosexualidad, pero lo permití, porque estaba demasiado insistente, medio peda, y no quería detener sus deseos de que asistiera a su boda. Hicimos una promesa de meñique, y a la una y media, nos salimos a la verga del bar ese miado por Koningsplein. Yo, por mi parte, perdí mis cigarros. **Chale, a la verga.**

Llegamos a un puente entre Herengracht y Leidsestraat, que tenía un pequeño kiosco con venta de golosinas, refrescos, revistas pornográficas y botanas varias. María me dijo que tenía un chingero de hambre, y

mientras seleccionaba lo que quería, busqué nuestro transporte de vuelta al apartamento. “¡Vete a la verga, 25.29€, eso es el doble de lo que nos salió venir!” – mientras veía la puta tarifa dinámica, “porque está oscuro”, supuse. Refresqué varias veces la página web de los taxis, sin éxito, subiendo el precio a 28.53€. “Ya, pues ¡A la verga!”, pensé, lo pedí y esperaba ahí viendo a María elegir las golosinas. A lo lejos, cerca de la orilla del canal, escuché un apagado grito de una mujer a lo lejos.

help! Help!

A lo lejos. Vi a la mujer revolotear sus brazos indiscriminadamente, y le dije a María: “Ahí vengo, si ves un taxi, le dices que ahí venimos”.

Caminé apresurado y la mujer me dijo: “*My friend fell in the canal, we need help!*” – “¿El canal, qué pedo?” – pensé, asomándome al canal.

Ahí había un hombre, un poco gordo y calvo, tomado de la esquina del canal, resbalándose un poco cada tanto. Había un pequeño espacio en el que el hombre podía sostenerse, pero no alcanzaba a tocar la esquina del canal para poder salir. “*Alright, take it easy, I will give you my hand and try to climb on that rock over there*” – le dije.

“*The rock!*” – Le agarré su manita suavcita y gordita, tomando impulso, logró poner su pie, que resbalaba en los primeros dos intentos. Me miraba con una carita de susto. “*It’s OK, I will pull you*”. Le tomé de los brazos, lo jalé con fuerza, y pudo usar el pequeño escalón para colgarse de la esquina.

Primera parte, salvada. Ahora, había que subir al señor de la varanda. Intenté jalarlo un poco pero el hombre no tenía suficiente fuerza para subir con sus brazos, o andaba medio pedo y no podía coordinar muy bien. Una de las dos opciones. Las mujeres lo sostenían de sus brazos mientras lo intentaban elevar, inexitosamente. El hombre intentaba escalar con mucha fuerza, y para evitar caerme al puto canal, me hice ligeramente al lado, para evitar ser víctima de los brazoteos del individuo caído. Lo tomé del pantalón, mientras las mujeres lo tomaron

de los brazos, jalando y jadeando y pujando. Intempestivamente, lo jalé del pantalón y tomé su presilla, que al jalarla en el último intento, se rasgó completamente. El último jalón logró ponerlo de vuelta en tierra firme. El hombre, mojado y ya con menos miedo en los ojos, riendo con las mujeres que no había determinado hasta el momento. No supe la relación profesional entre las mujeres y el individuo, y para evitar hacer conjeturas innecesarias de las transacciones entre ellas, se alejaron hacia Koningsplein.

Volví con María y le dije: “Güey, ¿No viste la locura que acaba de pasar?” – María se comía unas gomitas de gusano. “¿Qué?”. Supongo que no se enteró de mi heroico acto.

Al llegar al apartamento, Francesco tenía la puerta abierta y creo, aunque no estoy muy seguro, que estaba en paños menores y nos dijo si no queríamos pasar “*to chill for a little bit*”. No contesté nada, nos metimos al cuarto, cada quién se lavó el hocico y pasó al sanitario, y dormimos a eso de las dos y media de la madrugada.

Dormimos y nos despedimos con un caluroso abrazo en Amsterdam Centraal al día siguiente.

No nos volvimos a ver en un *largo* tiempo.

Anatema

A veces la vida te trae chilangas, pero se lleva a otros por las buenas (o por las malas).

Del pinche diablo ya no hablé porque se metió en unos pedos extraños en los últimos meses.

En un momento dejó a la novia por razones que nunca fueron esclarecidas en lo público. Que bueno, cada quien lleva sus relaciones de la manera que más le convenga, pero este quiebre vino con otras actividades que hacían la convivencia bastante incómoda. Al estar soltero, el diablo estaba particularmente interesado en que hubiera viejas, muchas pinches viejas, para sacarles plática y por ahí si se podía, el culo. Pero esto se convertía en un desprecio por estar con los *homies* hablando mierda, y solamente le interesaba ver a los cabros cuando hubiera viejas. Que, bueno, está bien, se entiende el desinterés por los compas, ¿Pero a qué precio?

Pues así estuvo el pinche diablo, apareciendo y desapareciendo de la escena cada tanto. Luego se consiguió una novia de la región báltica, no me acuerdo mucho de ella, pero solo la veíamos esporádicamente y nunca en compañía del diablo cuando andaba de cacería. Medio no era importante para la historia, porque nunca fue amistad de amigos, pero también era una manera del diablo de desahogarse por estar evidentemente lastimado por la ruptura con su ex-novia. Luego entonces se la pasaba de culo en culo y de fiesta en fiesta haciéndole al cabrón.

Ya hablaba mucho menos con el diablo porque tampoco era como que invitaba a salir a lugares interesantes, ya todo era muy transaccional y solamente si había morras se veía al diablo. Ya se le veía tan poco que medio se fue desapareciendo del imaginario colectivo y el diablo, ya cansado de vivir en Karlsruhe durante varios años, antes aún que yo mismo llegara a la ciudad, encontró un trabajo en Madrid, y empezó a hacer las debidas fiestas de despedida para borrarse del mapa. Los

últimos días también supimos que tenía por ahí unas deudas de papel higiénico en uno de los tantos lados donde vivió los últimos meses en Karlsruhe. Lo supimos porque durante una fiesta en una residencia llegaron a cobrarnos a nosotros, al Juan y a mí, ocho euros que tenía este cabrón de deuda. Los pagamos, reímos, y le dijimos al diablo. Nos dijo que nel, que no era deuda suya, a la verga, y que para que pagamos. Causole intriga a la banda, la actitud de aquél,

Supimos que durante un tiempo estuvo viviendo el diablo con el Noel. No pudo conseguir un cohabitante más alejado de su propio hálito, pero bueno, a veces se necesita pagar la renta, y bien dicen que más vale malo conocido que bueno por conocer. Ahí estuvo dos meses y en algún jueves el diablo dijo que quería hacer una fiesta estruendosa aprovechando que Noel no estaba en la ciudad. Esa vez, llegamos al apartamento de Noel, sin su conocimiento, por supuesto, y el diablo puso música y a nosotros nos valió verga y nos pusimos a agarrar las guitarras del Noel. De repente, a eso de la una de la madrugada, llegó el Noel y poniendo los ojos como platos, dijo “Ay, wevón”, y se metió a su cuarto. Le dejamos las guitarras en paz, y salió al rato a tomarse una cerveza. A la una y media se le notaba el cansancio a Noel, y le dijimos al diablo que ya, que no mamara, que nos fuéramos para otro lado. Al diablo le valió verga y quiso seguir la fiesta ahí, ya sin cervezas ni ganas de vivir. Yo estaba hablando con el Noel, y le confesé lo difícil que era ser tan pinche feo y pobre, y que con razón las mujeres ni me volteaban a ver. Estuve unos quince o noventa minutos ahí pujando y vitoreándome a mi mismo, mientras el Noel cerraba los ojos.

Me detuvo a media oración mientras delimitaba el oscuro destino que me predestinaba ser tan pinche feo y panzón, y me dijo: “Mano, de verdad, cansas de hablar tanta mierda, mejor ya párale, esa historia ya me la sé”. Y se fue a la puerta, y nos dijo que nos fuéramos a la verga, y con razón.



Esa vez me quedé pensando en eso que me dijo el Noel. Y tal vez, tiene razón. ¿Qué pinche necesidad de estar constantemente haciendo sentir a la gente que me desprecio tanto? ¿Qué gano con hacerle tanto a la mamada? En ese momento yo no lo sabía, pero gracias a las acertadas (y medio dolorosas, aunque fueran las dos de la mañana, “*jauch!*” - pensaba, pero ya dejé de hacer de las conversaciones con otra gente el reparar un innecesario desprecio que me tenía. Ya dejé de decir esas cosas sobre mi mismo en escenarios públicos. Gracias, Noel.



Ya la última vez que supe del diablo fue porque en el AKK estábamos piteando con la alegada novia báltica del diablo que estaba preguntando por él. Estábamos el Juan y yo piteando y hablando mierda, mientras que el diablo le enviaba mensajes al Juan que le sostuvieramos a la hembra. Yo le dije al Juan que no mamara, que qué chingados estaba haciendo, pero el Juan no dijo nada. Llegó a la hora, más o menos, y el diablo dijo que estaba en una cita con otra vieja. Le dije que no mamara, que de qué se trataba todo esto, y me dijo que chitón, güey, que no la hiciera de pedo.

Ya tomad~~a~~, le dije que no mamara, y que le iba a sapear con la novia. Me dijo que pinche güey mamón, que ni que estuviera haciendo algún crimen, y salimos y me solté un salivero, que el amor y que no sé qué mamadas. El diablo se encabronó conmigo por sapearle, y yo me quedé lívido, a favor de ser sapo con eso de las infidelidades. El diablo se fue encabronado y ya no me volvió a hablar nunca.

A manera de epílogo, tiempo después, la muchacha báltica consiguió mi correo electrónico y me preguntó por el diablo. Le dije que tenía casi un año sin saber de él, y me dijo que le debía dinero de unos boletos de avión, que como mil euros. Le dije que chale, hermana, pero pues no se podía hacer gran cosa. Que le tocaba aceptar la pérdida financiera, pero pues qué le va a hacer uno si ya pasó tanto tiempo. De la muchacha supe que se mudó de Karlsruhe y ya no supe más. Del diablo, ni noticias.

Chao diablo, fuiste bueno cuando lo fuiste.

Antepenúltima

A la antepenúltima ~~Aguadulces~~ la conocí por Tinder. La “*conoci*”, porque estaba en una etapa de la vida en la que estaba transicionando del “darle pulgar a la derecha” a todas las mujeres atractivas de la plataforma, a más bien analizar las cosas, pensarlo dos veces, y pensar: “*Qrlando, ¿Estás seguro que estás buscando una pareja? ¿O estás buscando amor? ¿O quieres culiar?*”.

Pues sí, si se puede culiar, estaría bien. – me decía a mi mismo.

Iban y venían los “me gusta” y pasaban varios días en los que nadie me contestaba. Cambié en varias ocasiones la estrategia: Desde contestar a *matches* viejos (pero demasiado viejos... de cuando recién llegué a Alemania con GIFs animados, a ver si alguna contestaba); cambiar la fotografía de perfil por una fotografía seria; cambiar por una fotografía tonta; poner un perfil sumamente bien explicado de las cosas que me gustan; cambiar mi perfil completamente a alemán; cambiar mi perfil a español; cambiar mi perfil a incluir solo banderas y signo zodiacal; cambiar por “cosas graciosas”.

Pero nada funcionaba. Pasaba días sin *matches*, hasta que un día de Abril, llegó ~~Aguadulces~~, la penúltima. La pantalla se iluminó con nuestros nombres haciendo *match*, así que me metí a su perfil... para encontrar nada. Para encontrar la foto típica de mujer alemana en Tinder.

Tinder en Alemania, a pesar de no haberme dado muchas experiencias, salvo dos, es un lugar muy peculiar porque el tipo de personas que me encontraba caía en dos categorías: Mujeres alemanas con nombres como Inga, Franziska, Friederike o similares, todas con por lo menos una fotografía sobre un caballo, y por lo menos una foto de naturaleza. El otro tipo, las tímidas, las que solo muestran su espalda mirando a una montaña, pequeñísimas, o con Machu Pichu de fondo, y sus rostros

apenas visibles. El otro tipo, que es donde caía Doro, una polaca psicóloga que tenía más que nada comedia en su perfil, solo tenía tres fotos de cara, y una foto haciendo caras en un espejo. Los *matches* eran más comunes cuando tenía veintisiete, y conforme me acercaba a los *überdreizig*, las cosas se pusieron peludas, porque los *matches* venían contados, y como decía Alfredo: “El Tinder se convirtió en el deporte de darle *me gusta* a todas las que se me crucen, y cuando se me acaben los *me gusta*, me hago una paja y me voy a dormir, a la verga”. Y pues sí, en eso se convirtió la experiencia de tener citas por Internet: Intentar (en gran porcentaje, sin éxito) de tener un *match* con alguna que en verdad me gustase, y cuando todo salía mal, una puñeta que me acompañara en esas noches solas de Verano.

En Mayo, las cosas fueron distintas: Ella me habló primero. Me dijo que “hola”, o bueno, “*Hi, ich bin so und so, wie geht’s dir*”, y bueno, contesté, que todo bien, que *alles gut bei mir*, y que qué tal todo. Platicamos muy poco, nimiedades de la vida, algún chistorete sobre la presentación³⁸⁰ en mi perfil, que por qué tan soez, y le dije: “Bueno ¿Funcionó, que no?” y nada, mucho “*haha, richtig*”.

El siete de Mayo, le dije que podíamos vernos para tomar una cerveza, y que estaría en un grupo grande de los surfeasofás, en el bar Schmidt’s Katze, por la Zähringer Straße. Que cosas. La Zähringer Straße me recuerda cuando viví por esa calle, y pateé a la otra ~~Alejandra~~ de la cama y se fue y no la abracé ni nada después de que fumamos ese achís de basurero, y también me recuerda a Adrián, de la vez que me *cockbliqueó* con esa chica turca linda en Freiburg, que me dijo que mi alemán estaba muy bien, a pesar de que todos sabíamos que yo no hablaba una mierda de alemán. Me dijo que estaba bien, y que estaba de acuerdo en encontrarnos en un lugar público, pues estaba de

³⁸⁰En ese entonces, creo que tenía en mi texto de perfil “*Ich frage mal, ob ich dein Poo anfassen darf*”, que es más o menos preguntar si se le puede tocar el trasero a la persona

acuerdo con que “podía ser potencialmente un hombre peligroso y encontrarnos en un lugar público a plena luz del día con testigos le parecía excelente idea”. Antes de ir a la taverna, fui a la tienda de productos de marca con descuento a buscar un bolso de cartero para reemplazar el bastante dañado bolso de cartero de lona, que también compré en una tienda de descuentos en Estados Unidos, pero eso fue cuando todavía estaba con Natalia. Era momento de cambiar las cosas, supongo. Crecer, supongo. El bolso de cartero de lona que tenía ya estaba sumamente dañado y razgado por la parte trasera, y ya había sido reparado una vez por un zapatero por el centro de la ciudad de Los Mochis, Sinaloa, cuando visite a mi padre y madre unos años atrás: La calidad de los materiales originales del bolso eran cuestionables, pero el zapatero le sabía machín a eso de las bolsas, así que le puso un aro metálico bastante fuerte que me duró hasta el año que tiré el bolso de cartero, pero bueno, qué cosas. Encontré un bolso muy bonito de aparente piel bovina real, con cierres magnéticos y un costo de unos ciento y fracción de euros. Muy bonito, pero no lo sé. Me parecía caro. “Te lo mereces, Qrlando. Compra. Compra. Gasta. Gasta”, me decía mi cerebro, entremezclado con la manera en la que lo decía Natalia. Me decidí a comprarlo y transferí todas mis cosas del bolso de lona al bolso lindo de cuero bovino. Tomé mi bicicleta y me fuí al Schmidt’s Katze.

Al lugar llegué muy temprano, a las siete y cuarenta minutos. Tendría una cita con una dama, desconocida hasta ese momento, por lo que me duché antes de salir y me perfumé discretamente. Al teléfono, Valentina me dijo si estaba en la reunión. “Sí, sí, aquí estoy, vení”, le escribí. Llego al cuarto tras la hora, y me complementó sobre la apariencia de mi bolso nuevo. “¡Boludo! ¡Pero qué calidad, viste! ¡Ya parecés señor!”, “Pues sí, mijita, a veces toca crecer de a poco”. Hablamos un poco sobre el borrador del libro de la ~~Agencia~~ original, y le dije que ahí iba, pero que hoy conocería a una chica nueva y desconocida. “Solo

espero que no tenga cara de perro, porque ya suficiente tenemos con un cara de perro en este lugar”. Valentina rió y me dijo que suerte.

~~Agnadpicasa~~ llegó preguntando y la vi de lejos y no me pareció que tuviera cara de perro (afortunadamente). Su cara era bastante normal. Bastante más linda de lo que esperaba, de hecho. Era pequeña y su piel era apiñonada, pero era un color sumamente inusual para una mujer alemana. Pensé que sería del tipo de mujeres que va a los salones de cama de sol a asolearse... o tenía un código genético³⁸¹ inusual. Era pequeña, y vestía algo ligero, color blanco, y tenía unos detalles azules adornando los brazos. La saludé y lo primero que le dije fue “Ich hoffe, dass du weißt, die ich kein Morder bin!”, y reímos. Y dejé de lado al grupo para sentarme dentro del bar a platicar con ella, sobre que no soy ningún asesino, que trabajo y que viajo y que cuántos años tengo. Seguimos bebiendo cervezas, unas tres, y salimos a fumar un cigarrillo, pues ella fumaba cigarrillos. “Manchmal”, a veces, pues. Ahí estábamos parados contra la puerta de un automóvil negro estacionado afuera del bar. La mesera de la barra salió y me dijo: “Lukas”, no sé por qué pensaba que mi nombre era Lukas, pero bueno, dejémoslo seguir: “Por favor no estés parado sobre mi auto, podrías dañarlo”. Me disculpé, y le dije que ya me iría. Mi cara debió ponerse roja, porque ~~Agnadpicasa~~ se rió y me dijo que le parecía muy lindo todo. Vaya. Una rosa de su jardín. Esa noche, nos despedimos tras intercambiar números telefónicos, y así empezó nuestra relación.

La relación amorosa, sin embargo, tardaría más tiempo. Por un lado, porque yo estaba siendo extremadamente lento, a propósito, porque siempre he sido extremadamente lento en cuestiones de involucrarme con una persona, porque quería estar seguro que no me quería solamente como amigo, o que había algo ahí. Yo que sé. Salimos unas dos veces más, a beber cerveza y hablar sobre las cosas que nos gustaban. Resulta

³⁸¹uh oh wiu wiu Qrlando se está poniendo eutanásico wiu wiu.

que no nos gustaban muchas cosas en común, porque yo mucha ingeniería y matemáticas, y ella me dijo que era una especie de especialista vinícola, pero no era necesariamente en el lado técnico. Aparentemente tenía un poco de conocimiento al respecto, pero lo bueno era que ella podía tener botellas de vino todo el tiempo en su apartamento, y eso le daba mucho orgullo. “**Lástima que no me gusta el vino**”, le dije, y continuábamos hablando de cómo llegué aquí, etcétera. A pesar de que siempre empezábamos a hablar en alemán, después de un tiempo, ella cambiaba de repente a inglés, supongo que para ser agradable y evitarme el dolor emocional de tener que comunicarnos siempre en alemán. Una noche, ya bebidos, le dije que fuéramos al parque a caminar. La llevé a caminar por el parque hasta una banca en medio de Fasanengarten, debajo de un árbol, a un lado de un recipiente de basura lleno de cajas de pizza. Nos sentamos uno al lado del otro, y como ya estaba bastante bebido, le empecé a hablar de la filosofía de la oscuridad. Igual que con ~~Aljondices~~ esa vez que estábamos con el achís misterioso. Esta vez, sin embargo, ella no me detuvo, y yo no me quedé dormido. **Le empecé a hablar de lo bella que es la oscuridad, y que espero a veces que la oscuridad se coma todas las cosas que conozco para tener claridad por fin. Que el sonido de fondo de unos adolescentes con música era un bello recordatorio que todo se vuelve nada, con el tiempo, y que los años pasan y que todo se borra. Qué difícil. Qué complicado. Ella no decía nada. Fumamos un cigarrillo, y me dijo que era momento de irnos, cada quién para su apartamento.**

La tercera vez que nos encontramos, fue en el parque del castillo, pero esa vez supuestamente nos encontraríamos para ir a un lago, o tal vez a nadar. Llevaba mis pantalones cortos de nado, y sandalias con una playera de mangas cortas. Me senté en el pasto a beber unas cervezas, y ella llegó también con un vestido ligero, ahora más bien café con azul, y una manta para sentarnos. “**Yo no creo en esa mierda inútil de mantas**” – le dije. Le dio risa (porque, honestamente, qué se puede

decir en estos casos y platicamos, pero ahora las cosas eran un tanto distintas. Ella estaba acercándose más que las veces pasadas, y coqueteando un poco más. Supuse, en este momento, que su interés era genuino y que, si las cosas estaban bien, podríamos tener coito en el futuro cercano. Ella empezó la plática con algo que no voy a poder olvidar (dado el contexto, ella ya sabía que me iba a culiar, pero yo no sabía nada porque nada se puede saber en esta vida). Me dijo: “¿Sabes una cosa? Hagamos algo. Podemos, en teoría, casarnos. Escúchame, suena arriesgado, pero mira, pon atención, si nos casamos, podemos ganar más dinero, porque yo gano muy poco dinero, pero tú más, así que dadas las circunstancias, podríamos casarnos y tener más dinero”.

Cosas curiosas que desatan la lujuria: Hablar de dinero y de matrimonio en la tercera (o cuarta) vez que hablas con alguien. Yo no estaba en contra de la idea, porque tal vez ya era mi momento, pero le dije que me parecía buena idea. Me di cuenta, ya tarde, que todo era una trampa para darme un beso en el hocico y ponernos picantes en ese parque. Le dije si iríamos a nadar, y me dijo: “¿No prefieres ir a otro lado?”.

’Ta bien, pues, vamu’ a culiar entonces.

Fuimos a su apartamento cerca de la Werderstraße, por donde yo vivía, pero por otra calle a la que nunca pude llegar directamente. Ella vivía en el último piso del edificio, sin elevador. Subimos y entramos a su apartamento, un apartamento muy de mujer soltera y empoderada: Una mesita pequeña en la sala, y justo al lado de la entrada, un librero *Kallax* de IKEA con decoración variada: Cactus, algunas plantas, algunas fotografías. La mesa, decorada con unas velas, y algunas otras cosas por ahí regadas en la mesa, pero no en desorden: Todo estaba perfectamente arreglado. “Vaya, yo nunca tengo tan limpio mi apartamento. Por cierto, ¿Me puedo bañar? Huelo muy mal y quiero dar una buena impresión”. Se rió de mí y me dijo dónde estaba la ducha y el sanitario, justo al lado de la entrada, y me dijo

dónde estaba la toalla que podía usar. Esa vez, me duché y como tenía el traje de baño puesto, dado que originalmente iríamos a nadar, le advertí: “no tengo ropa interior, para que no lo menciones, porque el plan originalmente era distinto”. Una ducha después, nos seguimos besuqueando hasta desnudarnos y alcanzamos su cama, que estaba en la esquina de su cuarto, que tenía algunas botellas de vino decorando el camino oscuro. **No recuerdo mucho su cuarto, ni si tenía fotos.** Esa noche, culiamos rico y nos dio mucho calor, porque ya subían las temperaturas. Le dije que si tenía condones, y que “no juzgo, yo creo en la liberación femenina”, “sí, sí, en la mesa de noche”. Genial, ¡Gracias! A eso de las once de la noche, le dije que me tenía que ir, porque tenía que trabajar al día siguiente.

¿No vas a desaparecer, cierto? – me dijo.

Lo mismo diría yo. No desaparezcas, por favor – pensé.

Afortunadamente, no desaparecimos.

Estuvimos saliendo aquí y allá, sobre todo cuando yo estaba en la ciudad, porque yo estaba viajando mucho en esos días. Me fui unos días a Hamburgo, y había mucho sol en Hamburgo, curiosamente, y las nubes retomaban Karlsruhe mientras no estaba.

“¿Parece que tú eres el que se lleva el sol, cierto?” – me decía.

No recuerdo si fue que yo en algún momento lo sugerí, o si lo sugirió ella, pero hablamos sobre rollos vietnamitas de verano. Tal vez fue ella, pero alguna vez los preparé con Natalia estando en México. Me dijo que ella hacía unos espectaculares, y le creí, aunque estaba dudoso de que fuera posible.

Esta era vegetariana.

Rollos vietnamitas vegetarianos

por Orlando tqrres

★★★★☆

Tiempo de preparación: 10 minutos

Tiempo de cocinado: 20 minutos

Porciones: 12 rollos de verano

Calorias: 84 kcal

Ingredientes

- 12 papeles de arroz, 20 cm
- 100 g tallarines de arroz delgados
- 150 g tofu ahumado
- 1 pepino
- 2 zanahorias
- cilantro, al gusto
- menta, al gusto
- ¿¿Hummus??
- AGUACATE

Preparación

1. Corte el pepino y zanahorias en tiras juliana de aproximadamente 10 mm. Corte el tofu en bastonetes de 2 cm
2. Tome un papel de arroz y moje ligeramente para suavizar la hoja y hacerla maleable.
 - Si te da hueva ponla bajo el grifo, pero no le digas a la pareja, se puede molestar por hacer las cosas mal.
4. esperar a que la hoja de papel de arroz sea maleable.
 - ¿¿Agregar una cucharada de hummus y esparcir??
5. agregar entre 3 y 5 piezas de pepino y zanahoria, así como una o dos piezas de tofu sobre la hoja de papel. No sature la hoja, sino va a ser difícil hacer el enrollado.
6. agregar un puñito de tallarines y adorne con un poco de cilantro y menta.
7. ENROLLAR ENROLLAR ENROLLAR – cuide del enrollado. Puede hacerlo cerrando primero hacia los lados de manera que no se le escape el ganado, o puede ah, chingado, ¡El aguacate! ¡ABORTAR ABORTAR! enrollar primero y cerrar al final.
 - Si es Qrlando, puede ser que se desespere porque no le salen a la primera, y en lugar de aceptar la derrota, se va a meter todo en el hocico como animal y pretender que está mejor así.
8. Deje que la otra persona enrolle si no puede. Está bien dejar ir.

¡¡Afilar cuchillo!!
9. Mirela a los ojos. Agradezca.
10. Repertir 11 veces.
11. No olvide la salsa. No está en los ingredientes pero si tiene salsa de soya y limón y cebollas cambray ¡muac! Besos en los dedos.

A veces aparecía de repente y llegaba en su bicicleta. Esa vez que comimos rollos verano vietnamitas, me compró flores. Porque le dije que a los hombres nunca nos compran flores. Esa vez, comimos y culiamos en su camita individual, que tenía una pequeña ventana al pie, mirando al traspatio. Se miraban los receptáculos de basura y las bicicletas. Las veces que me quedé en su apartamento, que fueron tres, siempre me escabullía antes de la madrugada. me decía: ``¿Por qué no te quedas?'' . Y no, no me quedaba. Solo una vez y salí a las siete de la mañana. Tenía tanto que no me escabullía en la mañana para irme al trabajo. Desde... desde hace muchas personas. Una vez cruzó el bosque en la noche, y me dijo que no le dio miedo. A mí si me daba miedo el bosque. Porque no tenía luces.

Luces. Luces. Luces.

Luego me fui a Medio Oriente a hacer un pequeño tour laboral, y de nuevo, me llevaba el sol y dejaba las nubes. Luego fue mi cumpleaños, pero estaba en Estados Unidos, y ella me dijo que cuando volviera, nos vieramos para darme mi regalo de cumpleaños. Mi regalo eran unas ricas culiadas, siempre.

En este punto, empecé a notar un patrón extraño: Ella nunca estaba los fines de semana, pues estaba con una amiga en Colonia, sobre todo, o fuera de la ciudad. Ella tenía también un programa de trabajo atípico, por lo que muchas veces, me buscaba para vernos los lunes. Siempre en lunes o miércoles o días así, extraños, porque ella no estaba en la ciudad los fines de semana. Realmente no le ponía mucha atención a eso, salvo una vez que nos vimos y ella tenía una cicatriz sangrante enorme en la pierna. “¿Qué te pasó?”, le pregunté, y me dijo desganada “Ah, no es nada, solo me caí de la bicicleta, ebria, en Colonia, pero no pasa nada”. Curiosamente, cuando estábamos juntas, ella no bebía mucho. Bebía muy poco, de hecho. Un poco de vino o algo de cerveza de la que yo llevaba. Muy poco alcohol mientras estábamos juntas. Cosas curiosas, pero no pensaba mucho al respecto. Todo un tanto curioso, sin embargo.

Me gustaba que las visitas eran siempre justas: Ella a veces me visitaba en casa, entonces llegaba bastante tarde a mi apartamento, en bicicleta, y siempre cruzaba el bosque para llegar a mi apartamento. “¿Sabes que hay un camino iluminado y seguro, cierto?”, “No importa, me gusta vivir arriesgadamente”. Una vez, ella me dijo que haría rollos de verano. Llegué a su apartamento y me dijo que comprara algunas cosas en el supermercado: Cilantro, cebollín y tofu. Ella siendo vegetariana, le dije que si le molestaba si llevaba algo de pescado falso para ponerle a mis rollos, y me dijo que intentara con los vegetarianos primero. Al llegar a su apartamento, ella preparaba los rollos de manera muy particular: Una base de hummus, picante, un poco de fideos delgados de arroz, un poco de germen de soya, pepino y zanahoria en tiras, y rectángulos de tofu ahumado, y un poco de cilantro. Todos sus rollos eran sumamente bien

armados y estables. Intenté hacer uno, pero fallé miserablemente y quedaron hechos un desastre. Esa vez, culiamos rico y sudé mucho. Sudé tanto, y ella me dijo si quería ducharme para quedarme a dormir. Esa vez, no me quedé a dormir, y me quedé pensando en esos deliciosos rollos de verano que me hizo Agnoldiessa. Intenté replicarlos en mi apartamento, infructíferamente.

“Algún día te enseñaré a hacerlos”, – me dijo.

Seguimos viéndonos intermitentemente, cuando la situación lo permitía. Lamentablemente, no siempre coincidíamos con las fechas, y en Agosto, tuve que ir a Estados Unidos, a la costa Oeste, y... sí. Agnoldiessa. Hice que las cosas estuvieran alineadas para verla, después de todo lo que había pasado, después de las cartas... y me dijo que sí, que tendría algo de tiempo para mirarme. Me emocionó un poco.

Me emocionó tanto, que en comparación con las otras veces que me había ido, las cosas estaban distintas esta vez que me fui. La antepenúltima Agnoldiessa solo me mandó un mensaje, mientras estaba en Ensenada, visitando a mi amiga María Aída. Esa vez, le mandé una fotografía a la antepenúltima Agnoldiessa, con María Aída pintándole un dedo medio a quien sea que le haya mandado la fotografía. Creo que esto se malinterpretó de alguna manera. ¿Pero qué? Pero qué. Pero qué cosas.

En fin, cuando volví de este viaje, le dije a la antepenúltima Agnoldiessa que nos vieramos. Esta vez, ella me mandó un mensaje de texto.

Primero, estaba siendo evasiva.

Después, me dijo: “Creo que no es el mejor momento para vernos, creo que necesito pensar”. *Ich muss nachdenken*. Le dije que estaba bien, que se tomara su tiempo.

Una semana después, le pregunté qué había pensado, después de una semana de silencio.

Supongo que así son las sepulturas. En silencio.

Me escribió: “Será mejor que ya no nos veamos, aquí en mi apartamento tengo un *tupperware* tuyo, y una camiseta tuya”. “¿Voy a estar en Berlín unos días, puedo recogerlos cuando vuelva?”.

Jamás me contestó.

Unas cervezas después, me confesó la situación en la que estábamos: Fue su amiga la que tomó su teléfono, entonces tampoco fue que me le atravesé por su propia decisión. Mucho pinche misterio con esta vieja, hombre.

Ensenada

Otras cosas pasaron mientras estaba en Ensenada.

En ese viaje, conocí a Erick, un chileno que conocí en un salón de conferencias. Mi presentación con él fue “¡Weeeee-ena conchetumare!”, lo cual posiblemente pudo ser chocante como primera frase, pero lo debí de haber dicho con la cadencia correcta, porque se rió y me dijo “¡Wena!”. Nos hicimos los mejores amigos en ese evento. El estaba compartiendo habitación con un joven español alto y narizón, que estaba cantando siempre: Joaquín. Cómico, muy cómico, pero siempre muy ocupado, por lo que no nos acompañaba a los eventos diurnos. Erick y yo, junto con un grupo relativamente grande de otros lugares, terminábamos el día siempre en una piscina bebiendo cerveza y escuchando cumbias.

Qué días. Los cinco días más largos y hermosos de mi vida. Un día, el último, yo no tenía dónde dormir. Quedé con Erick de quedarme a dormir sobre una pila de almohadas, porque el día siguiente, el grupo iría al mundo marino en San Diego, mientras yo me dirigía a Ensenada.

Para llegar a Ensenada, tomé un autobús justo en la línea divisoria de Tijuana, y unas dos horas después, ya estaba en la estación de autobuses de Ensenada. De ahí, tomé un taxi a la casa de la María Aída, que estaba trabajando en esos días como maestra de una universidad, por lo que fue el turno de su madre, también María Aída, de abrirme la puerta y dejarme entrar a su casa. Tenían un cuarto para visitas que podría utilizar unos días mientras terminaba una documentación que tenía que hacer en México, mientras María Aída se desocupaba de sus tareas diurnas. En la noche, la María Aída llegaba a casa y me llevaba a las cervecerías locales a beber unas y recordar nuestros días de juventud.

La primera noche, fuimos a la cervecería Aguamala, a comer ostras y cocina fina, luego fuimos al gastro pub Wendlandt, a tomar cervezas de varios tipos en un bar con mucha arena y el mar de fondo, y ya habido entrado a la tomadera, de vuelta a su casa, fuimos a un bar de mala

muerte que estaba al lado de su casa, a tomarnos una última cheve con alitas picantes.

Pinche decisión pendeja. A ella le dio [INSERTE ENFERMEDAD ESTOMACAL], por lo que no pudo ir a trabajar. Yo estaba crudo, pero estable. Usé ese tiempo libre para caminar por la ciudad, buscar trompetas en las casas de cambio, caminar por los parques con una botella enorme de agua mineral de la que no podía beber, y tomar una cerveza en el *Hussongs*, un bar de mala muerte muy famoso. Compré artesanías a los artistas locales, y envié algunas postales desde correos de México.

Unos días después, me dirigí de vuelta a Los Ángeles para irme de Norteamérica y volver a la normalidad.

~~Aglaadpicasa~~ me hubo dejado sus llaves para que pudiera entrar a su apartamento, que me acogió en Diciembre y ahora... todo era distinto. Las llaves del charrito eran las mismas... pero algo cambió. Llegué a dejar mis cosas a su apartamento, mientras ~~Aglaadpicasa~~ se desocupaba de sus actividades diurnas en la galería. Ella llegó ese día no tan tarde, pero yo ya tenía las cheves listas para tomarnos unas. “La neta no tengo ganas, güey, estoy machín cansada y me quiero dormir a la binky”. Pues bueno, así será. Platicamos un poco de los problemas de la vida diaria, comimos unos tacos dorados del siete-once, pero dejamos de tomar temprano, porque había trabajo al día siguiente. ~~Aglaadpicasa~~ me dijo que tenía unos boletos para una galería en la Marciano Art Foundation, por la Wilshire. Accedí a tomarlos y seguimos platicando, hasta eso de la media noche.

Esa vez, me sentía valiente. Le pregunté: “¿Puedo dormir contigo esta noche?”, y ella se quedó en el marco de su puerta, y me dijo tras un silencio corto: “No creo que sea muy buena idea”. Fui buen perdedor y me quedé dormido en el sofá de los sueños rotos.

A la galería me fui a pie, porque no quería pagar transporte privado, y aprendí mucho sobre Yayoi Kusama, una artista plástica japonesa que le

agrada mucho a ~~Ajandolissan~~, y de quien la primera vez que viajé a Londres, le compré un catálogo con los pocos pesos que tenía en ese entonces. Y bueno, vi unas flores gigantes y muy vaginales, y eso fue todo. Saliendo, almorcé un ramen cerca de la galería y regresé al apartamento de ~~Ajandolissan~~.

Esa noche, ella llegó pasadas las dos de la mañana. Yo terminé quedándome dormido, y solo me enteré que volvió porque me dijo que se le había pasado el tiempo y llegó hecha una piltrafa a deshoras. “Todo bien, igual mañana salgo temprano”. En la mañana, solo la desperté para despedirnos, ahora sí definitivamente, y lamentablemente, no volvernos a ver *en un largo tiempo*.

Así fue la penúltima vez que vi a ~~Ajandolissan~~. Si, tras no volver a ver a la antepenúltima ~~Ajandolissan~~ jamás tras este viaje.

Creo que este fue el sepulcro que, por fin, me llevó a terminar las cartas a ~~Ajandolissan~~ que, ahora, todas las personas que conozco, ahora conocen.

Old Cava

En Septiembre, partí a Θεσσαλονίκη después de una recomendación de Julián, el qlo pesa'ó, que me dijo que la vida en Grecia es hermosa. El vuelo más barato era a Tesalónica, tomé un autobús que, por un euro, me llevaba del aeropuerto a Αψίδα του Γαλερίου, una rotonda del año 303. así que busqué un hostel, quedando el más barato en la parte vieja de la ciudad, entre calles serpenteantes llenas de gatos y olivas salvajes.

Lamentablemente, el hostel no tenía vida de hostel, como tal.

Los hostales en los que me quedé anteriormente podían ser hostales muy vivarachos, como el High Street Hostel, en Edinburgo, que tenía eventos para la gente que vivía ahí, la gente de paso, y la gente que vive y siente Edinburgo; estaba el Funky Monkey Hostel, que mira, si he de quejarme de la gentrificación, y la verga, creo que podría, sin embargo, Salem, el dueño del hostel, realmente compró una casona de un barrio relativamente acomodado en Mazatlán, no tan lejos de la playa, pero tampoco chingando gente, así que, Salem, por esta ocasión, no eres gentrificador. El hostel estaba muy bien cuando lo visité en 2014, antes de venir a Alemania, porque había peda y un güey gringo que apodaban "el Nacho" porque aparentemente Nigel es un gratabato impronunciable, tenía mota y tecate light cada tanto en el patio; El Igloo Hybrid, en Nottingham, también tenía algo de movimiento, no lo puedo negar, aunque era un hostel so más serio, so más apagado. En los hostales mediocres pondría el Amigo de Ámsterdam, que mira, ponle que no estaba culero, pero estaba lúgubre, y la verdad la pasé mejor entre amistades; el Hakuna Matata, que pensé que sería relajado como otros hostales playeros, pero aparentemente llegué cuando se fue toda la gente joven: Me tocó salir al pueblo a tomar cerveza solo; Y el Leidseplein de Ámsterdam, que la

verdad ni tengo idea si había ambiente o no, pero lo que sí había era olor a ano. Finalmente, el Locul.uptown de Bangalore estaba relativamente bien, aunque las toallas las cobraban, pero no tenían cambio de 500 rupias, entonces le robé la toalla a un desconocido para secarme los huevitos antes de viajar³⁸².

Esa tarde me fui a algo que nunca había hecho: Un tour de la ciudad.

Los toures de la ciudad me parecen una pérdida de tiempo. Mira que es posible, desde mi perspectiva, hacer un tour de la ciudad por cuenta propia, y ahí ir descubriendo la ciudad de a poco. Lo interesante de los tour de las ciudades es poder tener la perspectiva de una persona local para poder entender mejor la dinámica de la ciudad, comer en restaurantes buenos y no tan verguiados como las trampas de turistas, y supongo, apoyar el comercio local apoyando a gente que hace estos tures.

Me acerqué al que ofrecían en el hostel, ahí había un grupo de muchachas alemanas y el Roni, un alemán gorducho y tímido que estaba en el tour, y el Jeff, un chino chistosón y agradable. Al grupo de gente joven me acerqué al final del tour preguntando si irían a tomar algo, como buen viejo lesbiano, y les dije que si me podía unir. Me dijeron que sí, y ahí fuimos a caminar hacia el centro de la ciudad, a comernos una pizza de 1 euro. Había algo de indecisión de qué hacer, porque unas muchachas querían comer pasta, y yo quería comer lo más barato y rápido. Al final, las muchachas dijeron que ya se iban al hostel, que estaban cansadas, así que el Jeff les dijo: “I need to go say goodbye to my friends”. Pues sus friends eran unos griegos que estaban en un bar, el *Old Cava*.

En la entrada, en unas sillas plásticas y con música indescifrable en

³⁸²Lo siento, extraño, perdóname por secarme los huevos con tu toalla, pero es muy incómodo viajar 12 horas sudado y/o con los huevos mojados.

griego, estaba un grupo de griegos tomando y riendo. “Ah, a la verga, esto es más mi velocidad” – analicé, sobriamente. Saludamos y me di cuenta que en el grupo estaban unos viejos lesbianos en el grupo: El Stelios, un flaco greñas paradas que no hablaba mucho, El Soteris, un barbón chaparrito muy alesbianado, El Kyriakos, un gordito que después me enteré es milico, El Haris, el hijo del dueño del bar, y el Angelos, el papá del Haris y dueño del bar.

Una de las marcas de cerveza griegas se llamaba “Vergina”. Me dio risa y le tomé foto.

El lugar no tenía nada de interesante: Vendían la cerveza fría, y tenían barricas con vino para llevar. Como las muchachas se querían ir, y el Soteris estaba mame y mame con las muchachas, diciéndoles “que qué guapas, fiu, fiu, miau, miau” y diciendo otras cosas en griego, las muchachas se espantaron y nos quedamos nomás el Jeff y yo. Ahí me pedí una cerveza, y me quedé ahí fumándome un cigarrillo. Al rato, el Haris me dijo que si se me antojaba un Ouzo. “What is that?” – le dije. Me dijo que era un licor muy griego. “I will never say no to booze” – repliqué. Y lo repliqué porque me la estaba tirando de muy verguitas tome y tome, fume y fume y risa y risa, que jijí, que jaja.

Realmente fue más licor del que mi cuerpo podía recibir, así que me empecé a desvanecer en la peda. El Roni estaba ahí, también, pero no me acuerdo si llegó después, o me lo encontré, no sé. Medio irrelevante para la historia. Dejamos de tomar a las 12, que era cuando cerraban el Old Cava, y me aventuré en las callejuelas de Tesalónica.

De regreso, iba hable y hable con el Roni en alemán, que “Servus, ich finde Thessaloniki sehr cool, also, erinnerst du dich an die Lieder der Mann” y no sé que tantas mamadas le estaba diciendo. Llegando al hostel, vi que había gente en uno de los balcones. “Ah, sieht mal, gibt’s noch Leute da, kommst du mit, um hallo die Leute zu sagen?” – le dije al Roni. Me dijo que simón, ’amos pues. Sentadas platicando estaban

Rebecca, una británica jovencita de pelo corto tizado y carita cacariza que le apestaba mucho el sobaco, no sé si porque no le gustaba bañarse o porque ya no tenía ropa, y Janika, una alemana que vivía por Frankfurt con cara de villana (supongo por los pómulos prominentes). Ahí les dije que hola, que si qué o qué. Me dijeron que salieron a platicar un rato, pero que ya se iban a acostar. Ahí me fumé un cigarrillo, y les dije que ahí nos veíamos “luego”. Terminando de fumar, me metí al cuarto a dormir, que ya estaba habitado por un muchacho roncando en la cama de arriba.

Al día siguiente me fui a tomar un café y ahí estaba Janika. Le dije que hola, que qué iban a hacer. Me dijeron que iban a ir por la ciudad, a ver qué miraban.

Hicimos parcialmente el paseo del guía por la parte superior entre el monte en el barrio viejo, y luego regresamos a la ciudad para mirar la parte más moderna de la ciudad. Llegamos al teatro de la ciudad, y Janika tenía cara de preocupación. Nos dijo que el novio estaba en Sabbath, y que no tenía permitido usar aparatos tecnológicos, pero que no podía dejar de pensar en ella, y que estaba al borde del llanto. “Vaya morro dramático” – pensé, pero eso le causó ternura a Janika, y pues igual yo ni me estaba culiando al muchacho. Janika dijo que había un tour al monte olimpo que salía temprano de la estación de autobuses de Tesalónica. Yo dije que estaba interesado, mientras que Rebecca dijo que sí, pero que tenía que volver temprano porque su vuelo salía a las 9 de la noche.

De vuelta al hostel, pasamos por Old Cava y ahí estaban los chingados borrachos. Como tenía que salir temprano al día siguiente, nos tomamos una, y volvimos al hostel.

monte

Subir al monte es una de esas actividades que solamente se hacen interesantes cuando uno es pequeño, cuando uno tiene más de 30 años, o cuando un interés romántico ha pasado por los hitos anteriores. Eso de subir al cerro, en Los Mochis, no tenía gran importancia a grandes razgos, porque subir al cerro de la memoria era, más que nada, una especie de ritual de la gente que no vivía cerca del cerro a “*hacer ejercicio*”. El ejercicio consistía en subir caminando (o corriendo, dada la buena condición física) y estando arriba, contemplar la ciudad, volver abajo, repetir hasta el cansancio. Ya siendo un adulto, y viviendo en Alemania, vi que es una especie de reemplazo terapéutico, eso de caminar, porque le toca pensar, si uno está lo suficientemente cansado, de pensar en la vida y en las cosas.

Al día siguiente, Jana se fué y Rony se fue. No tenía con quién hacer nada, entonces caí en el Old Cava. Pistíe barato, le entregué al Haris una pintura, y estuvimos hasta entrada la noche jodiendo turistas. Me dieron cacahuates y hablaban en griego mientras yo pisteaba Bergina sin mas desprecio. En la noche, ya entrada, el Haris me dijo: “Let’s go for a ride”, y me subió a su moto. Yo, sobrellevada por su moto, me le agarré de la culata. Me dijo: “*Grab me, ¿Have you never ridden a bike before?*” – y pues, no we, pinche Haris, nunca me hube subido a una moto en favor de mi voluntad.



Nunca me hube subido a motocicletas. De juvenil, nunca tuve amistades con motocicletas. Por un lado, porque eso se consideraba un tanto de pobres tener motocicleta en Los Mochis, Sinaloa, siendo más de gente bien tener un automóvil.

Por lo tanto, nunca me subí a una moto, ni propia, ni ajena. Fuera de eso, solo me subí a un caballo a los 10 años de edad por un periodo corto, en el terreno de mi tío Miguel que tenía unos caballos flacos, medio verguiados, la verdad. Supe de segunda mano que otros primos míos se subieron a los caballos esos y los terminaron tirando a una cama de alhuates, siendo lastimados por sus afiladas púas. Ya nadie se quiso subir a los caballos ya que se picaron todos mis primos.

Me abracé de las lonjas del Haris y me llevó a dar una vuelta por Tesalónica. Miramos calles conocidas, por donde estaba el chiringuito donde iba a comprar cheve antes de irme al centro, y donde el señor me saludaba agradable y no me cobraba cara la cerveza. Pasamos por un regimiento militar, donde nadie le decía nada al Haris, a pesar de venir medio pedo. Pasamos por la embajada turca, llena de milicos y sistemas de seguridad avanzados para evitar ataques terroristas. Pasamos por pequeñas zonas arqueológicas por vías principales que no podría identificar aunque quisiera. Subimos por el monte, y había gatos y olivas por el camino. Me abracé fuerte del panzón del Haris, que no cedía en el camino. Llegamos a donde estaba mi hostel, en medio del cerro donde vivía aún gente. Nos bajamos y me dijo si quería fumar algo de mota. Le dije que el hostel era medio facho con eso, y me dijo que no había pedo, que podía ser muy callado. Subimos las escaleras y nos sentamos en una pequeña banca en un balcón del hostel.

El Haris prendió un cigarrón de mota y yo saqué dos Berginas. Las abrimos y me habló al oído. Me dijo: "*I don't know what to do*", y le dije que me dijera más porque me encanta el mitote. Resulta que el pinche Haris tenía de a dos mujeres, una para la familia, y una noviecilla que traía por ahí. Me dijo que no estaba seguro de cual era la buena, y le dije: "E we, Haris, la neta, no le hagas al cabrón, o te decides o las dejas a las dos a la verga, o te sapeo" – más o menos. Fumamos mota en ese

balcón, hablándonos al oído como dos colegiales enamorados de la vida y de nosotras, siendo solo las pinches viejas las que se interponían en el amor entre un griego y su servilleta.

Se acabó la Bergina, el cigarro de mota, y mi amor por el Haris. Este cabrón quería seguir hablando de la novia y de la otra novia, pero le dije que ya estaba suave, a la verga, que tenía sueño y que ya estaba bueno de pinches quejas. Me dijo que estaba bien, y que nos veíamos al día siguiente donde siempre.

Pasé la última noche en el Old Cava con mis amigos griegos que les valía verga que no hablara griego. Ya la última noche solamente estuvimos hablando de lo terrible que es Alemania, y sobre los terribles que son los turistas alemanes. Reí con mis nuevos amigos, quejándonos mutuamente de lo despreciable que era en pueblo amigo alemán. Pero no me importó, a la verga, lo que quería era catársis, y sentirme incluida, a pesar de mi evidente situación de pseudo-privilegio viviendo en Alemania. No lo pensé mucho: Mi cariño por un pueblo no está en sus beneficios al uno, sino al otro: ¿Qué tanto le deben al mundo, por pasarla tan al cien en sus momentos menos trágicos?

No lo pensé mucho. Pensé en el poco tiempo que me quedaba en un país que estaba más desesperado por mano de obra barata pero gente suficientemente blanca que no causara problemas, pero aparentemente, nuestra morena existencia siempre fue un problema, y había que ser pacientes con las opciones que nos dejásen, si quisiésemos ser parte de la madre patria, a pesar de pasar una cantidad substancial de nuestra vida arriesgándonos por serles agradables.

Pero el monte siempre va pa'riba, huevón. No hay vuelta atrás;

El monte da vueltas en si mismo.

Afortunadamente, lo que tenía a la vuelta de la vida era

Isabel

*So now the years are rolling by,
And it's not long since you and I could have been
Train drivers and astronauts.*

Hallo Orlando ! I'm sorry for this last minute request. I'm Isa, 22, from Switzerland. I'm in Karlsruhe for 5 months to study one semester in die Hochschule für Gestaltung. I just arrived today but I still having no room :'(I know it's an embarrassing situation but I'm looking for a nice person who's ok to host me for max 2 nights. The time I can find quickly something. And also to learn a bit about the city because I'm feeling quite lost right now and want to socialize with people here. I see you are mexican ? My mom is also from Mexico, Veracruz haha. I'm honest I didn't read you're complete profile (so long) but I promise if you host me I would love to learn more about you! Please tell me if you're ok ! I would lo e to stay with a paisano Ask me whatever you want, good bye and see you maybe ! Isabel

El 10 de octubre de 2018 me contactó Isabel para pernoctar en la casa.

Le dije que sí, que claro. Que con gusto. Yo no estaba en Karslsruhe cuando me contactó, pero le dije que volvía el 14 de octubre, que con gusto se podía quedar conmigo cuando volviera.

Tuvimos problemas para que encontrara el apartamento pues ya no había autobuses a la hora que llegó, y tenía que tomar la vagoneta misteriosa que llevaba a la gente de noche. No entendió muy bien la instrucción, entonces llegó caminando al apartamento varias horas después de lo acordado.

*And now we're stuck in furnished ruts,
But yet the thing that really cuts
Is that we can't remember how we got caught.*

Llegó a mi puerta una muchacha con unos *cornrows* muy bien peinaditos, una mochila de dimensiones normales, y una gran sonrisa, si bien un poco tímida por lo que ella consideraba una grosería por llegar tan tarde. Hablamos un rato en la cocina, y me dijo que vendría a Karlsruhe a un semestre de intercambio a la escuela de diseño por el ZKM. Le dije que conocía a alguna gente del instituto, que me parecía una gran oportunidad, y que me daba gusto conocer gente que apreciara el terruño por sus opciones académicas. Me dijo que era mexicana, pero en realidad que nació en Suiza, de madre mexicana y padre español, y que estudiaba diseño en Lausanne. Estuvimos hablando un rato largo y me dijo que se quedaría solo dos días, en lo que encontraba dónde vivir. Le dije que no había problema, que se podía quedar el tiempo que necesitase.

Isabel parecía algo confundida con la situación de vivienda, y era sumamente apologética sobre su comportamiento. A mi me tenía sin cuidado, porque también tuve 22 años, y estaba en una peor situación de vida que ella en ese entonces (A los 22 años me corrieron de mi primer empleo informal no afiliado al IMSS y estaba a punto de ser despedida por no trabajar lo suficiente). Tenía varios problemas para encontrar dónde vivir, y las cosas le salían frecuente mal, por razones que no nos eran aparentes a los dos. La primera discusión que tuvimos me dijo que era viejo a mis 33 años. Me dijo que no quería decir ESO específicamente,

Le presté una bicicleta de la que no conocía la combinación para abrirla, entonces decidió esconderla entre los arbustos para mantenerla segura. Recordé con tristeza mi guitarra perdida, a pesar de ya tener por lo menos unas tres de reemplazo para este momento.

*Filtered air, computer screens, muffled sighs and might-have-beens
Count your blessings, then breathe, and count to ten.
And though it doesn't often show, we are scared because we know
Our forefathers were farmers and fishermen.*

La bicicleta no la pudo asegurar la primera vez que salió con ella, causando que posiblemente fuera hurtada por el hampa especializada. Me dijo que la dejó encargada con un trabajador de una construcción, así que tuve que ir a buscar un segundo candado porque el que tenía no se podía utilizar, y Paula no me dejó el código del candado. Fui a buscar la bicicleta e intenté el código primordial de bicicleta: 0000. Funcionó, así que pudo asegurar la bicicleta sin problemas. Ya no supe de Isabel sino hasta la madrugada con un mensaje que todo estaba muy chévere en su facultad. Estuvo involucrada en la vida estudiantil buscando una habitación de vivienda compartida, sin mucho éxito. Llegaba al apartamento derrotada, y comíamos alguna cosa que se me ocurría esa semana para comer.

Una semana le dije que se llevara un segundo conjunto de llaves que le daba a las visitas para que pudieran entrar libremente si yo no estaba en la ciudad. Lamentablemente, Isabel no se llevó las llaves el primer fin de semana que se quedó, y me dijo que volvería temprano.

Estuve esperando hasta las 2 de la madrugada a que llegara. Pasé varias horas viendo redes sociales, me leí un libro, escribí partes de la libreta *gris*, afiné la guitarra, vi una película, y esta hija de la chingada no se reportaba.

*So now our calloused hands once told a story honest as it's old
Of sowing seeds and setting sail.
But now our hands are soft and weak and working seven days a week
At these salvation schemes that are bound to fail.*

A las cinco de la mañana, recibo una llamada y es Isabel, que tenía unos minutos afuera en el frío. Me levanto de la cama, abro la puerta, y veo a Isabel justo ahí pidiendo disculpas. Yo grito con un tono sumamente elevado, y me empiezo a reír. Le dije que pensaba que estaba hasta afuera de la casa, pero pudo entrar por una segunda puerta que estaba misteriosamente abierta. Le dije que buenas noches mientras se disculpaba profusamente por su falta de memoria y por espantarme. No me lo tomé en serio, pero Isabel estaba sumamente apenada.

Estos patrones se repitieron durante la semana cuando ella pensaba que por fin podría irse del apartamento, siendo el caso contrario, dado que encontrar vivienda en Karlsruhe le resultó más inconveniente y difícil de lo esperado, teniendo varias citas para ver habitaciones, y teniendo respuestas fantasmas en muchas de sus aplicaciones.

Le dije que era completamente normal y que no se agüitara, que era normal. Así estuvo por lo menos otras dos semanas.

Los días pasaban lento para Isabel mientras yo tenía que viajar por trabajo mientras Isabel se quedaba en casa, ya empezada la escuela, nos veíamos menos, pues ya Isabel tenía que pasar más tiempo haciendo proyectos en la escuela. Igual intentábamos pasar algo de tiempo cada tanto para cenar algo y platicar del día a día.

*And I'll admit that I am scared of what I don't understand.
But darling, if you're there, gentle voice and soothing hands,
To quiet my despair, to shore up all my plans, darling, if you're there...*

A finales de octubre, y ya diecisiete días después de que llegó por primera vez a mi vivienda, Isabel me dio la terrible/esperada noticia que por fin encontró apartamento. Por un lado, me daba alegría que por fin podría llevar una vida estudiantil normal, y no tendría que escuchar mis infinitas diatribas sobre no poder recordar los cuartos en los que me quedaba en hoteles porque de repente los números se me cruzaban, y por otro lado, ya no tendría con quién compartir algo de comer cada tanto sin la amarga necesidad de ponerme vulnerable y tuvieran que aceptar una invitación de mi parte.

Todavía estuvo unos días más en casa hasta que firmó su contrato temporal y se fue definitivamente de casa. Mientras tanto conoció a los plebes, al Andrés y a Luis, y como de costumbre fue mi llavero por varios días, aún subsecuentes, y me dio un poco de tristeza que ya no tendría a alguien en casa cada tanto, qué digamos tampoco era que se la pasaba en casa, igual tenía sus cosas que hacer, chingada madre.

Me acostumbré (algo) a que siempre estuviera Paula en casa, pero Paula tenía mucho tiempo que se había ido de Karlsruhe. Estuvo de agosto a diciembre yendo y viniendo y estuvo en el apartamento cada tanto. Cuando se fue la primera vez me dejó un montón de chingaderas abandonadas por todo el apartamento. Encabronada, las acomodé por donde pude. Paula estuvo en un limbo de ilegalidad mucho tiempo, también, y estaba que iba y venía con miles de problemas.

*And so the world has changed, worse or better's hard to tell,
But my hope remains within the arms of Isabel.*

El primero de noviembre por fin partió Isabel de casa. Me dijo que cómo se limpiaba el apartamento, y le dijo que normalmente trapeaba, y que dejara así, que yo limpiaba.

Isabel intentó infortuitamente limpiar, cosa que noté cuando llegué al apartamento, que tenía algunas marcas de suciedad en la cocina. Bufé, pero sonreí luego, porque esto era muy típico de la presencia de Isabel: Un desastre, pero un desastre que no era imposible de franquear. A veces llegando en la madrugada (sin avisar), y luego otras tantas con una desesperante inexperiencia que tenía años que no reconocía. Pero aún así, la estimaba mucho.

De Paula ya solo sabía cuando llegaban cartas cobrándole la electricidad, o pidiéndole que me dijera qué chingados hacer con su aplicación para la residencia temporal, todo esto mientras ella no determinaba si se quedaba en Karlsruhe, o se iba pa' España. Me buscaba mucho, pero yo estaba efectivamente fungiendo como su secretaria particular, carterá, copiadora, enmendadora... un infinito parapeto de excusas y alcahueteos que ya me tenían un poco hasta la verga.

No nos despedimos esa vez para siempre. El penúltimo diciembre volvió a casa, a nuestra casa, donde la señora que me rentaba varias veces se la hizo de pedo por estar ahí desquehacerada. Esta no fue la última vez que la señora que me rentaba me la hizo de pedo por tener mujeres en la casa. Pero eso es parte del **epílogo**.

And so the world has changed, and I must change as well.

The machines we've made will damn us into hell.

And the time will come when all must save themselves.

I will save my soul in the arms of Isabel.

Si bien decía Frank Turner que Isabel, la canción, le trajo muchos problemas porque, en sus palabras: “*You write a song and you put your heart and your soul into making it as true as it can be, and then you release it into the world, and then time passes, and life moves on, and the song just stays there, and you end up having a series of increasingly awkward conversations with your current partner about songs that you are singing in your setlist*”. Pero en Isabel vi muchas de las imprecisas y malinformadas decisiones que tomé durante mi vida, y que le importara mi opinión y que se la tomara en serio. Era bonito sentirme tomado en serio, y agradecía la compañía en casa, porque Paula desapareció hace tiempo y no tenía con quien compartir el poco tiempo que pasaba en casa. Se sentía como una casa de verdad, aunque Isabel pensaba, erradamente, que era un lastre y una incomodidad. Con Isabel seguí en contacto por muchos años, y formó parte importante de lo que sería posteriormente el fin de esta historia. Pero para eso falta mucho todavía, pues también estuvo enbarullada con la última. Pero para eso, aún falta.

Isabel, quinta pista del álbum *Poetry of the Deed* de Frank Turner, lanzado el 7 de septiembre de 2009 por Xtra Mile Recordings.

Paula, invisible
Paula, transparente
Paula, en el alma
Me falta tu mirada, tu sonrisa dulce
Y tu cuerpo al despertar

Mae, qué complicado amar a alguien. No en el sentido de “*te quiero culiar*”. Hay profundidades más allá de lo carnal y las tetas en la cara. No, no, nada de eso. El amor que le tenía a Paula era profundo y sincero. Me acompañó en muchas situaciones extrañas y descomunales, a pesar de ser chilanga, fue la amiga que no tuve cuando crecí: La amiga que me amaba de vuelta desde el fondo de su corazón, porque nos unían las malas decisiones de vivir la vida de inmigrante, pero a mi me salvó el trabajo; me salvó ser un inmigrante útil. No la culpo por hacer lo necesario, pero había tanto que me hacía muy difícil mantenerla en mi vida sin sentir que, como siempre siento que me pasa, termino convirtiéndome en la niñera de la gente que amo, y eso es algo que definitiva y tajantemente no me quiero permitir hacer. Tengo un límite, muy mal definido, y le aguanto muchas a mucha gente que amo, porque no quiero decepcionarles. Pero un día, y sin que nos demos cuenta, me llenan el vaso a la verga, y les tengo que dejar ir, porque ya no puedo sostenerles más.

Paula estaba llegando a este punto, y no nos estábamos dando cuenta.

Paula, tercer y último sencillo del álbum *Memo Rex Commander y el Corazón Atómico de la Vía Láctea*. de Zoé, lanzado en marzo de 2007 por Noiselab Records / EMI Music México.

india

Hubo la oportunidad de ir a India por una semana a hablar con unas gentes, y siendo el agraciado y desocupado muchacho que entonces era, me aventuré. Conseguí la visa tras conseguir unas fotos en un formato muy raro (formato cuadrado de 2 pulgadas por lado), parar que en la visa terminara toda fea y comprimida. En fin, ya con visa en mano, me aventuré a India. La ciudad a visitar era Bangalore, vecina de Mangalore, de donde era mi amigo Aditya, que para este momento tenía meses sin hablarme. En el aeropuerto sería encontrado por un individuo que me recogería, me llevaría al hotel, y supongo, me sacaría plática.

Esperé unos minutos a la entrada y un señor tenía mi nombre escrito en papel. Ahí me acerqué y me llevó a una camioneta grande color blanco. Del nombre del conductor no me acuerdo, pero sí me acuerdo de la plática. Me dijo que mucho jijí, que mucho jaja; que si conocía India, de antes: “Yes, yes. I’ve been to a village close to Kolkata, last year, very nice” – le repuse. Ahí me preguntó otras cosas, que si venía de Alemania o de México. Un tanto metiche el señor. El transporte no fue pagado por mi directamente, así que solamente traía unas rupias de un viaje anterior. Tenía doscientas rupias, en dos billetes de 100, y algunos billetes más pequeños.

El señor me entregó una estampilla de una virgen (católica), con una oración ahí. ‘*For protection*’ – me dijo. la mantuve en mi mano durante el viaje, pero no pude ver el detalle. Me platicó ahí de otras figuras religiosas que traía ahí guardadas.

El señor me intentó marear a la verga con tanta plática, y cuando llegamos al hotel, le di 100 rupias, como cortesía por el aventón. “*Don’t you come from Germany?*” – me dijo. “*This is very little, you have money, sir, we in India are very poor*”.

Y mira, no hay pedo quererme hacer pendejo. También entiendo que está dura la situación económica en el sur global,

tampoco soy tan culero. Sin embargo, no venía preparado para darle feria a este viejo vergas, entonces tampoco traía dinero en efectivo, y tampoco venía preparado para que me dijera: “*No compa, si aquí entre usted y yo, el que tiene varo es usted*”. Dicho esto, le dije que traía 5 euros. Se me quedó viendo y dijo: “*That’s it?*” y bueno, mira, tampoco estoy de pendejo de nadie, a la verga. Le dije que ya no traía más, me dijo que pinche avaro de mierda, a la verga, y nos despedimos de mala gana. Bajé la maleta del gigantesco portaequipaje, y para cerrar, me dijo: “*If you want a tour in the city, let me know, I can take you*”. Y pues mira viejo, así como que de buenas tampoco acabamos, así que si nomás nos vemos cuando me tenga que ir, mejor para mi.

El último día que me quedaría en Bangalore no sería pagado por la instancia que me mandó allá, porque no querían pagar mi chingada estancia porque iba a volar de noche. Como quería ir a pasear un rato, busqué un hostel por la zona, y encontré uno pequeño, barato, y que me quedaba ahí cerca del hotel donde estaba. Dejé mis pertenencias en el hotel, y solo llevé una mochilita con las pertenencias básicas: Pasaporte, dinero, teléfono móvil, cargador de teléfono móvil. Empecé la aventura a las 10 de la mañana, después de comer frituras indias matutinas y un jugo muy ácido de naranja. El camino lo empecé en la galería nacional de arte moderno, que pues no era un lugar espectacular, pero la entrada era gratuita, y era algo interesante para mirar. Ahí estuve una hora, más o menos, y vi que había un parque, el Cubbon Park, y había una estación de metro. Como buen turista que exacerba el misticismo indio, busqué algún templo que tuviera alguna estatua portentosa. Me guié por las partes de camino que tuvieran verde, indicando algún parque, y vi una ruta por Silver Jubilee Park Road, a las orillas de Nagartapete.

Ahora, estoy muy afrancesado y ya me da escozor el pueblo, sí, pero no soy ajeno al desvergue y el caos citadino; **¡He estado en la lagunilla y**

en tepito³⁸³! – gritaré a los cuatro vientos. **¡Viví en Analco, y conocía bien el mercado de San Juan de Dios**³⁸⁴! – vibraré, alto, suponiendo que “tengo barrio”.

Pasé por las calles que me recordaban a la calzada central en el distrito federal de México, lleno de comercios, gente gritando, basura en las calles, y lo que se suponía era verde era más bien basura miscelánea, por donde la gente normalmente no pasaba. Algún cabrón, queriéndosela tirar de listo y viendo que no soy indio, me tomó del brazo y me hizo señas que me acercara. Era a algún negocio de refacciones para electrodomésticos, que no me interesaban, así que le hice la seña que no, y siguió haciendo la seña que sí, que era ahí.

“¡Que no, a la verga, suélteme señor!” – pensé, caminando más rápido. Pensé en tomar la primera calle que pudiera a la izquierda para seguir hacia el sur, pero no encontraba ningún camino. Al final, tuve (forzosamente) que tomar la única calle que parecía tener alguna semblanza de paro de tráfico, la Kalasipalyam Main Road, que tenía semáforos siendo activamente ignorados por automovilistas, transporte público, gente a pie y vacas. Muchas vacas. Demasiadas, vacas, diría yo. Vi a una viejita con una carreta, halando lentamente, y siendo respetada por vacas, autos y camiones. “**De aquí soy, a la verga**”, dije, escudándome detrás de la viejita que, a paso lento, pasaba ese camino de 3 vías (de ida, otras 3 de regreso), y logré, fructíferamente, cruzar la chingada calle. Seguí caminando hacia el sur, en camino a un supuesto templo, pero me quedaba todavía muy lejos. Viré a la izquierda cuando vi que estaba el jardín botánico Lalbagh, que tenía acceso gratuito y red inalámbrica de Internet. Le di gracias a las vaquitas y me metí, en un silencio bastante atípico para el reverendo cagadero que se escuchaba afuera de las paredes del parque.

³⁸³Me llevó mi mamá a comprar cassettes de Nintendo cuando tenía 7 años.

³⁸⁴Me daba miedo irme por una calle que llevaba directo al mercado y optaba por irme por la calle principal, por donde pasaba el metrobús en la calzada Independencia

Ahí me quedé dando vueltas en relativa paz, me compré un refresquito, y revisé el camino de vuelta. Había una avenida grande, la Sri Kernal Hanumanthaiah Road, que parecía menos caótica que las avenidas que anteriormente hube tomado. Ahí caminé y caminé, ya acercándose las seis de la tarde, ya oscureciendo las calles de la gran ciudad. Me harté a la verga de tener caguera diario por intentar comer comida india y dije: “Mira, igual nadie me está viendo, nadie sabe que no soy hombre de mundo, voy a comer comida americanizada, una hamburguesa y chingue a su madre”. Llegué al Hard Rock Café de Bangalore, me senté, pedí el Internet inalámbrico, y pedí una cerveza grande y una hamburguesa con papas fritas. Vi que no estaba lejos del hostel, así que me tranquilicé, y comí a gusto.

Una señora muy guapona se me acercó y me dijo que si podía votar por ella para no sé qué concurso de señoras guaponas indias, que para ganar no sé qué concurso. Le dije que simón, que me pasara cómo votar, pero que no tenía Internet. Que lo haría al llegar al hotel. Terminé de comer, pagué con la tarjeta de crédito, y caminé los últimos metros para llegar al hostel.

Esto ya lo platiqué antes pero cuando llegué al hostel, el muchacho me dijo que las toallas no estaban incluidas, y que costaban como 20 rupias. Le dije que tenía un billete de 500, me dijo que no tenía feria. Le dije que no había pedo, que podía ir a ferear el billete. Me dijo que no, que no había dónde. Le dije que no había pedo. Me valió verga y usé la toalla de algún desconocido que dejó su toalla sin supervisión. Me bañé, entré a Internet, voté por la señora guapona, y dejé pasar el tiempo hasta que fuera tiempo de ir al aeropuerto, donde me llevaría el chingado viejo metiche, a las 9 de la noche.

Le dije al señor que no tenía billetes, que se lo pagara diosito mejor la gratificación que quería.

Me fui un poco amargada por la situación, y me quedaban algunas horas en el aeropuerto. Me acerqué a un bar de aeropuerto, que

obviamente tenía cerveza absurdamente cara, pero estaba fría, y estaba de malas porque este hijo de la chingaa me quería ver la carita de pendeja. Me tomé la cerveza hosca, pero ya cada vez más cerca de volver a casa.

mochis

En Noviembre de 2018, volví a Los Mochis porque tuve un poco de tiempo para visitar a los viejos, y porque las cosas se alinearon para que pudiera estar en casa unos días sin tener necesariamente que hacerlo en Navidad. Nada en contra de la Navidad, sin embargo, me gustan más las celebraciones no-seculares. Afortunadamente, pude viajar en avión desde Tijuana, porque al ser temporada baja, los precios de los boletos de avión no eran groseramente elevados. Pude viajar de Tijuana a Los Mochis por apenas unos cuantos pesos, aunque si se me permite ser cándido, la espera en el aeropuerto de Tijuana fue un cerote mal cagado y lo odié severamente. Por un lado, tuve la bendición de que un compadre mexicano me prestó su sofá para pernoctar en San Diego. Esa noche fuimos a un bar y nos tomamos unas cervezuelas en un club nocturno un poco ruidoso para mi gusto. Volvimos a su apartamento donde estaba su compañero de apartamento bebiendo con su novia. El individuo me dijo:

“¿Oh, you live in Germany? ¡I am German too!”

“Ah, super, kannst du Deutsch sprechen?”

Un poco de silencio y el tipo replicó: “Oh, no, I mean I am a quarter German, I don’t really speak the language. But I would like to learn it one day!”.

Siempre me han fascinado los llamados *cuantos de sangre*, usados por gente que sueña con *ser* pero no la tienen, y están dispuestas a raspar el fondo del barril para obtener un dejo de identidad. Yo que voy a saber de esas cosas, mi identidad

nunca se guió por una identidad racial. Vamos, que gran parte de mi personalidad no está basada en que soy un pendej@ sin talentos y lo único que me queda, lo único que tengo, es que me hayan parido en algún lado. Me pasa mucho en los estados unidos de norteamérica, me encuentro a muchísima gente que se jacta de ser muy alemanes, porque algún tataratataratarratatataratatatarabuel@ emigró en un bote hacia siglos a las 13 colonias y ahora, en su confusión por no pertenecer a nada y tener poco en cuestión de dirección que no esté determinada por tener un verguero de dinero, me dicen que son más alemanes que yo. Y, marica, dele, huevón, usted es más alemán que yo, hágale como quiera, papito. Yo tampoco es que sea de muchos lados.

Ya soy de tantos pinches lados
que ya en ningún lado me reclaman como propi@.

Esa noche, dormí bien, y el muchacho me llevó a la línea divisoria, pues tenía que ir a Tijuana a visitar a su jefesita. Antes de irnos, sin embargo, hicimos una parada técnica en el gimnasio. “Bueno, pero no sé si me dejen pasar, creo que sí traje unos pantalones cortos deportivos, deben estar en la maleta”. Entramos y no nos preguntaron nada. Hice algunas repeticiones de pechito y calistenia variada, mientras el muchacho hacía alguna otra cosa por ahí. Estuvimos unos cuarenta y cinco minutos, se cansó, y me dijo: “*Bueno, ¡ámonos a la verga pa’ Tijuana*”. Paramos a que hiciera unas compras en una tienda departamental, alguna chingadera que le encargó su jefesita “del otro lado”. Cruzamos hacia México y cuando veníamos por la cumbre de un cerro que está justo en la frontera de México y los Estados Unidos de Norteamérica: “*Wacha, we. Aquí se mira bien vergas la frontera*”.

Muchas veces, hube visto esa línea divisoria en fotografías y es realmente impresionante la diferencia: Tijuana, una

urbe de casi dos millones de habitantes, con una densidad poblacional que haría temblar al neoyorkino más sazonado³⁸⁵, simplemente al ver como del lado de Tijuana hay hileras e hileras de casas de cartón dibujando la imaginaria línea que divide a las californias, sellada por una muralla metálica y un vacío casi risible del lado de San Diego. Una absoluta delicia de análisis de clase, una absoluta tristeza de vivir, si se está del lado de las casas de cartón.

Me dejó en un OXXO que está justo en la entrada del aeropuerto, donde compré una tarjeta telefónica para tener así Internet en mi teléfono móvil, y esperé pacientemente en el aeropuerto de Tijuana para ir a Los Mochis, teniendo un retraso de dos horas. Chale, a la verga con este pinche avión vergo.

A Los Mochis llegué bien. Algo tarde, no me acuerdo si fue porque viajé a Culiacán y luego tuve que tomar un autobús a Los Mochis. Recuerdo que llegué y mi madre me dijo: “¿Qué quieres cenar, mi vida?” y mi padre dijo: “En la casa hay frijoles, tortillas de harina, queso...” y yo les dije “¡Ah! Ya sabía que me iban a decir eso. No, están s. Vamos por tacos, por el amor a jesucristo”. Y nos reímos. Fuimos por unos tacos de la Bachomo, unos tacos malos que nunca me han gustado, pero que era lo único que estaba abierto en ese momento. Me tomé un refresco de cola bien helado, y esa noche, me dormí. La mañana siguiente fuimos al mercado a comprar comida del mar variada e hicimos un ceviche en la casa. En casa me quedé poco porque tuve que ir a San Luis Potosí a hablar sobre mi vida. Ahí me recibió el juancho, un muchacho muy agradable que me llevó por enchiladas potosinas, y me estuvo llevando y trayendo de aquí para allá a platicar sobre mi vida, a

³⁸⁵De hecho esta es una mentira vil, porque Tijuana tiene una densidad poblacional de apenas 2832 habitantes por kilómetro cuadrado, hasta el año 2020, mientras que Nueva York tiene una densidad poblacional de 11 mil 153 habitantes por kilómetro cuadrado, sí, lo sé, pinche mentiroso vergo, blah blah blah, revisa tus fuentes. Pero ¿Sabes qué? Me valen verga tú y tus juicios de valor.

un bar en el centro de la ciudad, y luego al aeropuerto de vuelta a Los Mochis. Tuve que hacer una pequeña pausa en Ciudad de México, donde tuve unas horas para ir a ver a Elsy y a su (entonces) pareja emocional, y comimos comida yucateca muy rica. Antes de regresarme a Los Mochis, vi a Ana, y platicamos unas cuantas horas antes de que se tuviera que regresar a trabajar. Estuvo bien la visita, pero Ana llevó a su tía la política que me empezó a preguntar sobre el estado de la ciencia y me sentí agredido porque hacía muchas pinches preguntas. Antes de irme de México, una prima de Toño, otro amigo via Heriberto que vive en Berlín, me dijo que le llevara unos guantes rosados que quería regalarle a una mujer que se estaba intentando desayunar en esos tiempos. Me encontré con su prima afuera del aeropuerto e hice todo lo que necesitaba hacer en la ciudad de México hasta ese punto.

Volví a Los Mochis y me encontré con Salomón, con quién me fui a Mazatlán a pasar unos días de luna de miel, como hicimos en 2013. Lamentablemente, la buena vida me llevó a despreciar la vida de hostel, puesto que estuvimos durmiendo en unas literas que hacían un verguero de ruido y el puto Salomón roncaba demasiado. Estuvimos cuatro días en Mazatlán, y ahí conocimos a Grecia y su marido Ethan, tocamos guitarra unos minutos en el hostel, y supimos que ellos hacían mucho *surf* y que vivían *en el gabacho*. Conocimos también a Sandra, una alemana que se la pasaba viajando y que tiempo después se fue a unas islas en medio de la nada que fueron colonizadas por los portugueses. Estaba también otra rubia alemana de apenas 18 recién nacidos años, que quería ir de Mazatlán a Tepic, pero gastando la menor cantidad de dinero posible. La llevé a la estación vieja de autobuses esperando que hubiera autobuses saliendo de ahí, pero no había ninguno yendo a Tepic. Encontré a otra amable señora que me mando a un derrumbado edificio cerca de la estación de autobuses, donde encontramos una línea que llevaba a Tepic por apenas 180 pesos mexicanos. El autobús, sin embargo, estaba en una situación de calle deplorable y hasta yo, que soy un viejo curioso y lesbiano, hubiera pensado seriamente si debía

subirme o no. La muchacha dijo que no había pedo, que ella vivía al límite... y pues nada. La mandé con una bendición y un padre nuestro a Tepic. **Ya nunca supe nada de ella.**

Uno de esos días, salí con Bruce y con Sandra, un canadiense y la alemana anteriormente descrita, a comer tacos buenos al mercado que está en el centro de Mazatlán. Comimos tacos variados y nos tomamos un agua de jamaica, y creo que les parecieron buenos los tacos. Con Salomón salí también un día a tomar fotografías de la ciudad y a que me revisara la verga un doctor similar, pero resultó que me dijo que “lo más probable es que no esté miando debidamente porque se pone nervioso, ¿Viaja mucho?” – Y esa es la magia del doctor similar. Siempre tienen la respuesta correcta a los problemas similares.

En la noche, fuimos a tomar cervezas y tomé demasiadas, porque luego cenamos unos tacos y en la noche llegué a vomitar un prado.

Volvimos a Los Mochis más que nada a recoger chunches y regresar a la vida vacía de estar viajando todo el tiempo. Afortunadamente, me quedaba una pierna del viaje en Estados Unidos.

Mariana

Regresé a Los Ángeles vía San Diego y le pregunté a Mariana si quería ir a almorzar o algo. Me dijo que sí, que fuéramos a un asador coreano. Debido a que el lugar estaba bastante lleno, fuimos a comer helados con algodón de azúcar de sabores variados mientras esperamos una mesa. Me platicó sobre su trabajo, haciendo la gerencia de plantíos de almendras en California.

Me dio gusto ver a Mariana, y me dio gusto también saber que estaba casada con su marido, y no tanto que, como cualquier otra inmigrante mexicana en los estados unidos de norteamérica, tenía problemas con su residencia. Sin embargo, se le veía feliz, con su carrito y y su trabajo. A la fecha,

sigue siendo una bella.

Al día siguiente, me fui a una habitación a pasar la noche, donde ~~Agundolisa~~ me recogió para ir a comer *las panquecas con mimosas infinitas más vergas del universo*. Bueno, tendremos que ver.

Llegamos al café Overland, famoso por las mimosas sin fondo y las panquecas.

Llegamos a las once y algo, y no tardaron demasiado en darnos una mesa. Las mimosas empezaron a fluir, y empezamos muy cordiales a hablar de las cosas y de la vida y que ya todo estaba bien por cada uno de nuestros lados. Ella me dijo algo de su novio, el comunista, y yo... pues de nada. De nadie. De que viajaba mucho y que tenía cosas que hacer al día siguiente en Pasadena. Nos tomamos la primera botella y seguimos con la segunda, y aquí las cosas se empiezan a poner peludas. No porque haya pasado nada romántico o confesiones de medio día inesperadas. Más bien porque soy un enclenque y no sé tomar y empecé a ver las cosas borrosas. Una pareja a un lado nuestro apartaba una botella casi completa de champaña barata que les había sobrado del desayuno, supongo con planes de llevársela consigo. Astutos infelices. Nosotras seguimos tomando y hablando mal del resto de los comensales y las mamadas pendejas que decían o hacían, y por ahí de la botella tres, la historia se empieza a ~~poner~~ poner un poco borrrrrrosa, porque no me acuerdo muy bien de todos los detalles. De repente, estábamos afuera del café y teníamos que ir por unas pizzas. Ahí me preguntó ~~Agundolisa~~ si quería tomar algo, creo que pedí una cerveza. No me la tomé. ¿o Sí? Estuvimos esperando lo que me pareció una eternidad a que salieran las pipsas, y estuvimos otra eternidad dando vueltas por la ciudad. No sé si atribuir eso a que ~~Agundolisa~~ también venía hasta la verga de borracha, pero me parecieron una cantidad increíblemente alta de horas

que estuvimos dando vueltas. Llegamos al nuevo complejo de apartamentos a donde se había mudado ~~Alejandrina~~ con una amiga suya, no sé si dominicana o algo así, el caso es que nos metimos para que me tomara un café o algo, pero se me deschongó la cotorra y me lancé a la cama de la mujer dominicana. Creo que porque ~~Alejandrina~~ me dijo que no lo hiciera. Después de hacer un espectáculo ahí y reírme como desquiciada, era momento de partir. Pedí un taxi, y subimos la maleta. No recuerdo el camino a Pasadena. Creo que se hizo de noche en el camino. Llegué al nuevo hotel, y recuerdo vagamente haber dado mis documentos, meter mi maleta al cuarto, y salir a preguntar si podía extender la estancia por un día. El precio de la extensión era algo ridículamente alto, como trescientos o más dólares, y le dije a la muchacha, “*Ah no, entonces no, gracias*”. Y me regresé al cuarto. Y me quedé dormido.

Desperté a las 2 ó 3 horas con sed y con lo que parecía resaca, y le mandé mensaje a ~~Alejandrina~~: “A la verga, me quedé dormido y no sé qué pasó ni cómo llegué”. Salí a caminar al barrio y solamente había un restaurante iHop, o la casa internacional de los panqueques, por sus siglas en inglés. Pedí un refresco de cola grande y una hamburguesa con rodajas de jalapeños.

Los malditos jalapeños me dieron agruras.

Esta fue la última vez que vi a ~~Alejandrina~~ y ya no supe más de ella.

17 Última

El fin, se
miraba lejos, antes
~~xxx xxx~~
se veía el fin, se

Agradecimientos

Antes que nada, permítame agradecerle a usted, amable lector, amable lectora, amables lectores, muchas gracias por acompañarme en estas miles de páginas que espero no se haya cansado de leer, porque la neta, por momentos, se vuelven puras mamadas pendejas: Hubo risas, hubo cosas de las que me he arrepentido, y sobre todo, hubo preguntas, y respuestas, pero sobre todo, confusión respecto a qué significa ~~Alejandricismo~~, o quién era ~~Alejandricismo~~, y por qué hay veces que se mezclan las ~~Alejandricismo~~. Bueno, así la situación. Estamos en la recta final. ¡No te rindas, campeón, campeona... campeones, campeonas, campeonxs! Estamos todas, unidas, en esta travesía.

Quiero agradecer primero a las instituciones, que me obligaron a dejar la literatura como una jocosa opción al fondo del barril a la hora de decidir qué hacer con el resto de mi vida. Posiblemente, de haberlo hecho, nunca habría logrado entender que:

$$\hat{H}|\psi\rangle = E|\psi\rangle \quad (1)$$

Creo que decir que lo entiendo es una exageración, puesto que podría explicarlo para una partícula, pero cuando la cosa se pone peluda, cuando hay más de una partícula... Entonces, ya lo dejo para las personas que sí son científicas para que expliquen el problema de varios cuerpos. Ahí se pone interesante, y está definitivamente fuera de mi campo de conocimiento.

Quiero agradecer también a Natalia, que definitivamente fue la razón por la que decidí por fin irme exactamente en 2014 de Guadalajara, en lugar de irme en 2015. Esto tuvo varias

consecuencias, la mayor posiblemente que tuve una excelente racha de tasa interbancaria, por lo que los cien mil pesos que tenía en la cuenta de banco valían más que lo que pudieron valer en 2015, aún considerando que ciertas acciones que tenía aumentaron ligeramente de valor, cosa que medio vale verga porque igual se acabó todo y sigo sin haber comprado terrenos. Así que todo se balancea, a final de cuentas. También me da gusto que, al menos la última vez que nos vimos, parecía estar feliz, con su novio y con su gata, y también creo que vale la pena aclarar que soy un viejo sediento horrible que vive en el pasado y no debí decirle "¿Te puedo dar un beso?", y me dijo que no, y le dije que "OK". Supongo que más vale que haya preguntado y no hubiera hecho uno de esos grandes momentos de película donde la ex se acuerda de los buenos momentos y partimos todos hacia el horizonte con "*El sonido del silencio*", de Simon y Garfunkel. Pero bueno, espero esté bien, y si lee esto, espero no se moleste por la representación que propongo. Si tiene alguna alteración que proponer, estoy abierto a ingresar apéndices.

Aquí iban otra dedicatorias pero estaban muy llena de sal y creo que no vale la pena porque generalizo mucho lo que me pasó en Guadalajara, Jalisco, y no me fue tan mal si lo pienso, sin embargo, puedo anotar que batallé mucho con la lucha de clases entre los 19 y los 23 años así que, nada. Chinguen su madre los de las Chivas. Los del Atlas, a veces, son OK. En fin.

Llegar.

Navidad V

La última navidad que viví con mi familia escogida fue porque fui a Los Mochis a destiempo, y heme aquí de vuelta, en casa.

Para la navidad, volvimos a buscar dónde y a qué horas celebrar lo que no sabíamos sería la última navidad que pasaríamos juntas. Isabel se fue a celebrar las fiestas con su familia en el cantón Waadt, y Paula volvió a celebrar las festividades. “¿Me vas a abrir la puerta?” me dijo por mensajería instantánea. Me pareció innecesaria y estúpida la pregunta, porque ya sabía que le iba a abrir, y todavía tenía unas extrañas deudas de las que me tocó fungir de secretaria en contra de mi voluntad. Paula llegó el 17 de diciembre de 2019, y fungió esos días como auxiliar administrativa del hogar porque llegó un cabrón del Couchsurfing del que no me acuerdo muy bien. Hice pollo con mole esos días porque tenía mole expirado. No pensé mucho acerca de ~~Algodón de azúcar~~, porque ya se me hacía que quedaba demasiado lejos en mi memoria colectiva.

Esa vez fue Yadira la víctima de la trasnochada en curso. Nos ofreció el apartamento para celebrar la navidad. Luis y Belén se fueron para Portugal, entonces quedábamos Valentina, Andrés, Paula, y el mono, un colombiano que no había salido en las historias no por falta de aparecer en las mismas, más bien fue que vino como amigo de Juan, y nos lo dejó para cuidarlo porque tenía una enorme deuda financiera con el gobierno colombiano. Jairo llegó más tarde. Luego entonces, no volvió a Colombia en años subsecuentes. También cayeron otros colombianos pero de ellos no me acuerdo bien a la verga. Paula me dijo que iba a hacer salchichas con coca-cola. ¿Que clase de chilangada es esa, Paula? ¡No mames! – le confesé. ¡No mames, pendejo, si están bien chidas, mira! – mientras batía unas salchichas Würtschen de lata en refresco de cola con catsup. Te van a quedar culeras porque no son las salchichas correctas, Paula, a la verga, ¡Y luego te acabase la catsup, chingada madre!, observé, exasperada. Paula batía las salchichas

incesantemente mientras yo preparaba los recipientes para llevar un caldo con salsa picante y contornos al departamento de Yadira. [ʃ]adira, diría Valentina. Llegamos a las 8 de la noche y fuimos recibidos por Valentina y Emiliano, el flamante amante bandido de Valentina, recogido de las sesiones de verano de fútbol. “Orlando, pará, escuchá, [ʃ]a preparamos el Ferné, ¿vi^hte? ¿Traji^hte los hielos?”, con la ansiedad que le caracterizaba siempre al no llevar un control estricto de la situación imperante. “Si, sí, a la verga, los traje temprano, y traje otra bolsa más por si cualquier cosa”. Saqué la bolsa de hielos y me dieron un trago de Fernet, bebida más del verano, pero que no le diría que no a tan altas horas de la noche. Llegaron los plebes de a poco, y cenamos temprano una mezcla de platillos de latinoamerica unida: Jairo llevó unos pan de bono, yo llevé mi caldito. Había empanadas y chifles, y la cocina no paró toda la noche. Intercambiamos platos indistintamente poblados por arroz con pollo y ensalada griega. Esa noche, nadie estuvo en la penosa necesidad de hablar en alemán. “Ush, llave, si es una gonorrea eso del alemán, wevón” – confesó el mono temprano. “Pero pues te acostumbras, ¿No?”, Yadira acordó. “Que se acostumbren los pendejos, a la verga, no puedo esperar a que me den el pasaporte alemán para nunca tener que volver a decir una hijueputa palabra en alemán”, refunfuñé con un trago de cerveza para pasar la amargura. “Bueno, fo que voy a saber, aun siendo alemana por mi abuelo no me salvo de las puteadas en la panadería”. Emitió Valentina. Nos reímos y sonaba un reggaetón de los nuevos al fondo. “Pues ahí está el sonido del momento en la Colombia profunda marica, ¿Les suena la champeta?”, dijo Andrés, y no, no la había escuchado antes, pero no me sonaba distinto a ningún reggaetón que hubiese escuchado antes. “Me falta barrio”, confesé. Rodaban las cervezas que íbamos almacenando en el balcón, que estaba suficientemente frío para mantener las bebidas frías y los ánimos calientes adentro. Tenía lo último de mota que me quedó de cuando iba a visitar a la penúltima Agnoliquan, y dije: “Pues ya, a la verga,

que muera su memoria con esta noche perra, que el alemán queda enterrado por siempre de ser pronunciado con cariño de este hocico”, indulgí. Me salí a fumar lo último que me quedaba de mota, en soledad. Se me aparecieron todos los fantasmas de las latinas pasados. “Ya, conchetumare, no te hagai el lesa, saca la mano”, “¡No mames, carnal, rola pa’ toda la banda!”, “¡Sí, kernel, la baretica pa’ la bandera!”. La prendí y escuchaba al fondo la champeta sonando a medio volumen. Salió Emiliano por una cerveza. “Ché, ¿Qué hacés acá?”. Le dije que fumando y señalé el cigarrito. Asintió y me dejó en paz. Llegada la media noche, nos abrazamos en el grupo y recibimos la navidad con el burrito sabanero. “Yo pensé que esa canción era mexicana”, “No, ¡Marica! que va a ser mexicana esa canción, si ustedes pura cumbia rebajada le saben, llave” dijo el mono, exasperado. “Sí, marica, ese aguinaldo es venezolano, ¿O a poco tienen ustedes un cuatrico en México?” – Me dijo Andrés. “No, pues yo que vergas iba a saber, si ni conozco gente venezolana”. “¿Cómo no, güey? ¿Y el David amigo de la culona de la Elena?”, me dijo Paula a lo lejos. “Ay, bueno, pero fuera de él, ni conozco gente de Venezuela. Ni conoceré, a la verga. Qué chinguen su madre todos en Venezuela” – dije, alterada. “Nunca diga nunca, marica, uno no sabe que le tiene la vida preparado”. “Pues que me preparen un kilo de verga también. De Venezuela no sé ni sabré nunca”. Asertivamente, y plenamente en uso de mis facultades mentales, tiré una botella de cerveza. “Ush, marica, usted si es wevón, gonorrea” dijo el mono al fondo. Siguió la noche y la intransigencia se dejó ver de a poco. Llegó Jairo, y preguntó si había mujeres. “Que no, cabrón, nunca hay, nunca ha habido, y no vuelvas a preguntar o ya sabes cómo te va si preguntas la misma mamada siempre”, le dije, dándole un abrazo. “Orlando pelotuda, ¿Qué decís?”, “Nada, nada, a la verga, pero mira, lo bueno de todo esto es que te conseguimos matón, y eso es lo importante”. Valentina le dió un beso largo a Emiliano, y se abrazaron efusivamente. Nos sentamos a eso de las tres de la mañana a hablar de

la migración. “Mirá, Qrlando, fo sé que a veces lo decís de broma, que los alemanes te tienen hasta la chota” “Hasta la verga, específicamente”, interrumpí. sí, pero pará, no será que, algún día, pensás que fegarás a un balance, boludá?. “No creo, Vale. No es que no me interese, pero pues es lo que siempre digo. No me siento bienvenidá en ningún lado. Aquí con ustedes, pues la cosa es distinta, porque son todo lo que tengo pero yo sé que las cosas cambian, y pues la gente se va. Todo mundo termina féndose. A veces pienso en eso, si algún día las cosas se van a sentir *normales*, ¿Cachai? si algún día voy a sentirme que estoy en casa. Pero mi mamá siempre me decía: “Tu casa siempre va ser la nuestra, en Los Mochis”, y por un lado es cierto, pero no sé. Tal vez las cosas cambien cuando yo tenga mi propia familia si, Dios guarde, una muchacha me cree las mentiras y me pare un plebe o dos”. “Pues sí, boludá, esperemos”. “¿Pero qué, no le gusta una mona pa’ mujer o que hijueputas?”, “No, marica, ya a las güeras les perdí el gusto, mucha pinche complicación que no me entiendan cuando les hablo”. “Sí, marica, y además usted es mucho voltaje, yo creo que en una de esas una pelada así le dura una temporada nomás y luego pailas, divorcio y sin papeles”. “Sí, marica, eso sí, pinches viejas culi’as fomes”, “¿Oiga, y qué fue de la pelada esta, la culona del mundial, le sacó al parche siempre, o no?”, “No, pues le dije, pero no vino, porque siempre anda de misteriosa, yo creo que eso ya no tiene mucho futuro tampoco. Igual me voy con el marikis y el doctor para Praga pa’l año nuevo, a ver si sale un culo o algo”, “Pues le doy mi bendición con ese par, ¿Sí se supo que se fueron pa’ Rusia o los cascaron unos maricas por una botella de antioqueño?”, “Sí, marisca, que ganas de esos dos de pasarla mal y gastar dinero a lo pendejo”.

Dieron las tres y los ánimos se ponían turbios.

¿Entonces qué, Valentina, te vas a casar con tu matón o no?

“Sí, Vale, y nos tienes que invitar a la boda, una fiesta como la del mundial, pero ahora sí que vayan unas peladas para mí” – estableció masturbatoriamente Jairo. “Ché, pará”, mientras le tomaba la mano fuertemente a Emiliano, que estuvo misterioso toda la noche. “Vos te hacés una telenovela en la mente, boludá, será que algo se da, tal vez no, nos vamos conociendo con el chabón, ¿Vihete?” – sorbiendo fuertemente al jarrón de Fernet, que ya veía sus últimos momentos, el hielo cediendo al calor de la habitación. [J]adira nos pasó por el lado, dando piruetas al son del mono. “Pues sí, pero pues ¿Qué tiene, hombre? Que te la meta y te la saque y en una de esos tienen unos chamacos”, “¡La concha de la Lora con el lenguaje, Neandertall!”, sonrojándose, sosteniendo fuerte al Fernet y al hombre, que demostraba su estoica virilidad exacerbada. “Pero primero habrá que, ¿Cómo se dice? Annerkar los documentos de la U, y fo no me veo con las criaturas en la panadería, ¿Vos te imaginás el quilombo, boludá?”, “No, ps sí, ‘ta cabrón. Y bueno, el Emiliano que tiene que conseguir laburo, ¿No?”, “Si, y bueno, complicado sin el idioma, ¿Sabés? Por ahí algo saldrá con una empresa fanqui, más internacional, pero en mi rubro casi todo es en alemán, pero ahí van los cursos del alemán”, “Por eso hay que aprender en la calle, Emiliano, vamos, complicado con las amistades todas en español, y ya con pareja pues ni la necesidad de culiar a pelo para aprender el idioma, pero algo saldrá, por lo pronto, solo culiar con condón y no en luna llena”. Valentina se sonrojó y besó intensamente a Emiliano. Yo ya estaba viendo borroso, se me aparecían espíritus al fondo de gente que ya no estaba. Me sobrecogía un temor que todo esto sería la última vez que esto sucedería. “Esto”, que ya no nos volveríamos a ver una navidad, porque todos nos disiparíamos, y las cosas no serían igual. Me aterraba un poco perder esta latinamericanidad que encontrén en personas desconocidas tan lejos de casa. Me preocupaba que las cosas no continuaran como lo fueron estos últimos años donde todo parecía estar bien.

Pero, qué digo. La historia me dice que es posible que esto no pase, pero tampoco es que todo cambia de la noche a la mañana, ¿Cierto? ¿No van a desaparecer mañana, cierto?

Tomé mis cosas y salí con Paula a tomar el tranvía de las cuatro de la mañana. De camino a casa, me puse a escuchar *La última noche del mundo* de Austin TV, una canción del post-rock mexicano, un poco antes de mis tiempos, porque de mis tiempos era más bien Fontana Bella. Lamentablemente a Austin TV nunca los vi en vivo, pero aparecieron en mi época de transición a escuchar primordialmente música instrumental y post-rock del que nadie canta canciones. Me pareció apropiado porque ya las voces que debían ser todas en español, desaparecieron en un zumbido de las puertas cerrando y abriendo cada estación, mientras Paula veía su teléfono móvil.

Esa fue la antepenúltima vez que vi a Paula.

Al día siguiente, fuimos al apartamento de [f]adira a limpiar un poco y recoger las botellas para cambiar los depósitos cuando abrieran los supermercados. Por la mañana trapeamos, barrimos, tomamos lo que quedaba de refrescos y desayunamos recalentado de la noche anterior, como debe ser por una mañana de navidad. Recibí las fotos de la navidad en Los Mochis, ya de las últimas que mi hermana pasó en familia con mi padre y con mi madre. De regreso en el tranvía, una mujer muy anciana, de unos ciento treinta y cuatro años, se me quedó viendo. Se me quedó viendo mucho. Traía la bicicleta en el tranvía, y llevaba una bolsa algo grande con botellas de plástico. La rueda de la llanta trasera estaba milimétricamente tocando uno de los asientos del tranvía. Como llevaba audífonos puestos, no escuché lo primero que dijo. Me hacía señas, con sus arrugadas manos y boca seca. Me quito los audífonos para saber qué necesitaba, tal vez se estaba muriendo, y me dice: “DAS FAHRRAD, BITTE FAHRRAD WEG”, y señala los asientos. “DAS IST EIN SITZPLATZ, WIESEN SIE, FÜR MENSCHEN”. Le dije que Alles klar, que keine Sorge. Muevo la

bicicleta un milimetro y me dice: "EIN BISSLE WEITER WEG, BITTE". Exasperada, me voy a un lugar contigo, vacío, para que me deje de chingar. Me pongo los audífonos y sigo escuchando lo que sea que sea menos que esta banshee del demonio. Al salir, espero en la puerta y señalizó que salgo. La puta anciana vuelve a sacarme plástica. "TSCHULDIGUNG, ICH STEIGE HIER AUS", y le digo "¡Ich auch! Dennoch die Taste ist gedruckt". Y le muestro el Taste. Me dice: "ACH SO", y nada más. "Pinche vieja amarga, a la verga". Pensé. Salimos y se va desparpajando diciendo cosas que ya no diferencié a la distancia. "Putra madre con estas pinches viejas".

Esta fue la penúltima vez que vi a Paula.

Me dejó sola otra vez al día siguiente. Ya no hablamos mucho después porque me debía dinero y me seguían llegando cartas citándola a la comisaría.

Luego entonces, el invierno.

La historia del hombre me viene bien con tantos años de distancia. Igual que yo, se dedicó hasta los 26 años a los espadaños y la vida lujuriosa. Ya después se hartó de tanto desvergue, y dijo: “Espíritus, es tu momento en mi vida”. Como yo, pero se dedicó a la espiritualidad ascética en su lugar. Se le aparecieron varios santos de a tanto, y se dedico con unos compas a hacer su propia divergencia espiritual. El catolicismo en ese entonces estaba en una crisis por la Reforma protestante, dado que la iglesia católica tenía un impresionante poder sobre la política en Europa occidental, con corrupción y simonía llevando a la crisis de las instituciones apoyada por la imprenta liberal, el Internet de su momento. Llegó Martin Lutero y dijo: “Hasta aquí, a la verga”. Con la reforma vinieron los grupos militantes separatistas, entre ellos los jesuitas, que Ignacio de Loyola fundó. La historia de la congregación fue medio un pedo, porque tuvo que dar un verguero de vueltas, para que a la final le dijeran: “Te faltan papeles, carnal”, y tuvo que ir a Paris a hacer una maestría, ya peludo, en teología por la Universidad de Paris. Medio no terminó, medio le valió verga, y ahí tuvo que hacer unos tijeretes para que le dieran su pinche congregación. En su autobiografía, mantiene que muchas de estas vueltas las hizo a pie y descalzo, peregrinando de Paris, A España, y agarrando dos ó tres barcos a Roma para que le dieran sus pinches papeles. Pero ahí iba, con sus documentos bajo la mano, pasándola de la verga, pero terminó con su compañía de Jesús, defendiendo a las prostitutas y siendo un brazo relativamente liberal de la iglesia católica.

¡Vaya, qué hombre!

Me veo en Ignacio de Loyola no por Jesucristo. No, para nada. Por un lado, porque le encantaba el desvergue. A mi también. Vio que la cosa se estaba poniendo de la verga, y se peló a la verga a hacer su propia denominación. Yo también. Le dijeron que a la verga con sus estudios, que necesitaba más. Yo también.

un momento congelado en el espacio

Karlsruhe, Baden Württemberg, Alemania, siempre será para mí un momento congelado en el espacio.

Llegué siendo nadie. Llegué buscando una soledad que me acogiera porque estaba hasta la coronilla de pretender querer un futuro en el que no estaba yo, al menos, no siendo una persona. Era más un mueble. Era, más bien, un estorbo.

Me hice lugar de a poco. De Los Mochis a Guadalajara llevaba una maleta nada más, porque con mi abuela solo cabía una maleta. Cuando me mudé con el Loya a Ciudad Granja, era una maleta y dos bolsas negras para la basura. De con el Loya al apartamento en La Calma, fueron la maleta, 4 bolsas, y la cama del Mayoral. De La Calma vendí todo a la verga y volvimos a solo maletas.

Me daba envidia ver a mis compas que llegaban con maleteros llenos de cosas: Comida de Mochis, una televisión... a la verga, al Marcial hasta dos garrafones de agua de la llave le llevaron a su departamento por Plaza Galerías.

Llegué con dos maletas llenas de cosas, luego se hicieron dos maletas y una bolsa con las cobijas. De Stutensee salí con muchas bolsas de basura, pero sin muebles. Todos se los dejé a Ali. Y ahí me quedé, en el sótano de la señora, sin muebles propios, y muchas guitarras.

El espacio me lo fui haciendo de a poco porque las profecías del hombre solo, de la estatua de Ignacio de Loyola que vimos mi padre, mi madre y yo, cuando recién estaba por formular mi vida como persona adulta. Al pie de la estatua, decía: *"Solo y a pie"*. Y mi padre lo repetía. Incesantemente. *"Solo y a pie, Qrlando Tqrrres, solo y a pie"* – me decía cada tanto, cuando me veía en los veranos. El dogmatismo católico no me favorecía tanto en ese entonces, siendo mi preferencia más bien el satanismo performativo. Luego entonces, nunca decidí por indagar más sobre Ignacio de Loyola.

La región vecina estaba no recientemente afeitada, pues ya mostraba una *five-o'clock shadow* que le favorecía en su colorada barbilla genital. Detrás mío, un hombre negro, flaco y dientón, muestra un pene tímidamente detrás de una larga toalla azul marino. Nada despreciable, tampoco, y mostrando una portentosa vena transversal al cuerpo cavernoso cuan larga se pudiese. Un pequeño hombre musculoso define un atrevido pene semierecto, todavía húmedo por la reciente ducha, tatuado hasta el estómago y de venosos antebrazos, se rasca los testículos mirando hacia el casillero. **¡Los testículos!** Como pude olvidar los testículos. Siempre me parecieron extraños los que eran asimétricos, pero hube aprendido después de dos o tres veces de curiosidad que es una ocurrencia común en hombres. Hube visto todo tipo de testículos: Testículos grandes, testículos medianos, testículos minúsculos. Algunos huevitos apantallan por tener gran armonía con un miembro viril equiparable, pero los testículos grandes, cual toro de corrida de las cinco de la tarde, y con penes pequeños, me daban una curiosidad estética insaciable. Veo en pocas ocasiones hombres decir que tienen unos espectaculares dídimos perfectamente simétricos. Qué experiencia.

Me tomó algo de tiempo deshacerme del temor de la desnudez compartida con otros hombres. De a poco me acostumbre, y no sé si es la edad, pero ya me vale verga si me miran bichi o no.

Quedan esos momentos congelados en el espacio donde tantos hombres inmigrantes pasamos por esos momentos canónicos, donde se nos borran de a poco las memorias distantes de condicionamiento apostólico por nuestra culpa, por nuestra grande, grande culpa. Algunos hombres cambiamos, quiero pensar, para bien. Todavía pienso en los hombres que se rehusan a orinar sentados. Pienso mucho en los hombres a veces sin quererlo.

Se puso a escribir texto en colores para representar a Jesús y a las vírgenes, y pues yo también. ¿Quién diría que encontraría un ejemplo en un hombre que le valía verga todo?

Me encuentro en un momento que está congelado en el espacio. En historias de hombres y mujeres que pasaron por aquí, y les pasaron las mismas mamadas que a mí, pero antes. Mucho tiempo antes. Una vez hablando con Quique, un guitarrista canoso y simpático, de voz profunda e historias interminables. Me platicaba de cuando era joven, de cuando llegó a Alemania cuando yo ni nacido había. Me dijo que se sorprendió mucho cuando fue a un lago y las mujeres se desvistieron así, para nadar, enfrente suyo. El pudor latinoamericano le sobrellevaba, al ver a esas mujeres rubias y flacas retozándose en su desnudez infinita en un momento que le quedó atascado en la parte de atrás de los ojos por años subsecuentes. Me acordé de la primera vez que vi tantos penes en la ducha de un gimnasio que no recuerdo con mucha precisión: Había un hombre de unos 20 años con un pene grueso, fornido, casi. Una cabeza proporcional adornaba su pubis afeitado, y su marcada musculatura distraía de un culo un tanto efímero, pero presente. Otro hombre, más viejo, regodeaba su pene monstruosamente velludo y un escroto prominente y caído por los vapores de las duchas al fondo del cuarto. Su prepucio café como una flor de otoño balanceaba su ya decaída fortaleza corporal; Una barriga bultosa pero pequeña, redonda como una bola de boliche, con tintes de pérdida de melatonina en su dañada cabellera. Un hombre grande y nalgón, de unos casi dos metros, se para al frente mío. Un pene un tanto menos portentoso que el primero, si bien nada despreciable, tal vez un tanto protoerecto por las sacudidas de una miada previa, asomando una gotícula en el abismo de su cabecita protegida por un leve capullo carnículo.

Praha

Las últimas vacaciones que tomé, fueron con Juan y el doctor don Vergas.

Quedamos unos días de Diciembre antes de año nuevo de “hacer algo para año nuevo”. Bueno, pues encontramos un cuarto en renta para 3 personas, una cama matrimonial y un sofá cama, en un lugar relativamente céntrico, en la sección tres de Praga. Dadas las circunstancias, estábamos en un lugar relativamente céntrico: Había una estación cercana al apartamento, *Lipanská*, y . Pagamos seiscientos ochenta y seis euros, con treinta y dos centavos, que resultaron ser aproximadamente 100 euros por día, o 30 euros por cabeza, por noche. Para dirigirnos a Praga, lo hicimos en el automóvil del doctor, un coupé rojo de dos puertas en donde cabían exactamente tres personas y una hormiga.

Ahora, antes de que todo esto ocurriera, yo tenía el antecedente histórico de Juan y el doctor Leonardo siendo descuidados con el gasto de dinero, habiendo viajado a Moscú un mes antes. Yo hubiera estado encantado de ir a ese viaje, pero lamentablemente mi maldito pasaporte verguiento no sirve para eso, y hubiese tenido que pagar una cantidad astronómica de dinero en efectivo para obtener una visa de turismo. Me platicaron que gastaron unas cantidades irreales de dinero en aguarrás en un bar latino, de donde salió una enemistad con un colombiano erradicado en Rusia que se quiso pasar de listo con el gasto y se puso peleonero por la manera en la que se hizo la compra del consumo alcohólico esa noche. Juan se puso fresco con una señora, pero solamente compartieron algunos agarrones de carne posterior en la pista de baile.

Salimos de Karlsruhe a una hora prudente. Empezamos a hablar del tema a las nueve de la mañana. “Buenas”, envié a las nueve de la

mañana exactamente. “Qué dices broder, aquí el doctor vergas salió a comprar lo del carro”. “Lo del carro” siendo algunas refacciones para el automóvil, y la documentación necesaria para evitar ser detenidos en el camino. Yo todavía estaba bastante nublado de mente por haberme bebido algunas la noche anterior, así que me lo tomé con tranquilidad. Me bañé a las diez de la mañana, tras haber consumido copiosas cantidades de lo que me quedaba en el refrigerador: Frijoles al borde de hacerse demasiado viejos para ser consumidos; Un poco de arroz rojo que había preparado semanas antes; un refresco sabor mate para sentir la oscuridad llevarme, un trago burbujeante de azúcar a la vez, para olvidar la resaca imperante. “¿Ya estás redi? Porque nosotros no jajaja”. “¿Qué tanto tiempo necesitan?”, pregunté. “Pues mk... Estmos hablando con colombianos jajaja, por ahí necesitamos media hora”, Uh-oh, pensé yo. Media hora, en latinoamérica, es cualquier cosa menos “media hora”. Una hora, tal vez. Y bueno, dicho y hecho: Cerré los ojitos una hora más para descansar, y todavía no llegaban. Juan me pidió *Sekundenkleber*, y tenía una ampolleta recién comprada. A las 12, por fin llegaron estos hijueputas tardados.

Y empezamos.

El camino de ida fue bastante relajado: Salimos por Autobahn 5 (A5) a la A6, y de ahí anduvimos derecho, sin cambios, a través de Heilbronn y Nürnberg hasta la frontera con República Checa, donde la carretera cambia de nombre a E50, tomando antes una pequeña pausa para comprar la viñeta checa para poder usar un automóvil en Checa. En el camino, el doctor vergas preguntó: “¿Bueno gonorreas, va a poner música o qué putas?”, “¡A huevo!” – repliqué. “Tengo todos los grandes éxitos de Vallenato. TO-DOS LOS ÉXITOS”. Así, escuchamos cinco horas de vallenato en un camino adornado de árboles sin hojas, hablar sinsentidos y tomar refresco de mate, ya tibio por las horas que estuvimos andando en automóvil.

Llegamos cerca de las seis de la tarde al apartamento donde nos

quedaríamos para celebrar que por fin se acabó este año verguiento y podríamos, por fin, celebrar el cumpleaños de Juan.

Llegamos al apartamento, que era compartido con otros varios cuartos, junto con la ducha y el inodoro. El cuarto era de buen tamaño, suficiente para tres hombres desesperados por culiar para destramparse por unos días. Una ventana pequeña, y la cama donde compartiríamos descanso el doctor Leonardo y yo. Juan tomó el sofá-cama, y así nos configuramos esa noche para dormir. El doctor se dispuso a buscar qué hacer, buscando en distintas aplicaciones de actividades grupales para hacer en Praga. Encontró un grupo que se juntaría en *McCarthy's Irish Pub*, o algún otro parecido, la memoria se me barre y no encuentro ninguna fotografía que me recuerde al bar. Debido a que teníamos que esperar algunas horas para que empezara el evento de todos modos, hicimos una pequeña parada a la visita de turismo típica: El mercado de navidad; El reloj ~~astroológico~~ astronómico; La catedral. Una vez pasada la parte de las fotografías para demostrar que sí estuvimos en Praga, nos dispusimos a llegar al bar irlandés, a conocer a otras tantas personas en situación de turismo. La cita había sido programada por Štěpánka, o Estefanía, para los cuates, una checa flaca y alta que le gustaba mucho el cotorreo. Al lugar llegaron otras tantas personas desconocidas, y ahí nos pusimos a platicar acerca de la vida y de las cosas. Entre tantas otras cosas, hablamos mucho en español, sobre todo hablando mal de la gente en la mesa, y nos reíamos muy fuerte bebiendo cervezas. A eso de las doce de la noche, se le acabó la paciencia al doctor Leonardo, y dijo: “Bueno, ¡Ya estuvo suave a la verga! ¡Yo quiero culiar!” puede ser que no haya dicho eso exactamente. Así me sonó, porque ya estaba medio briago en este punto. Acordamos, luego entonces, asistir a La Macumba, un bar de música latinoamericana al Oeste de la ciudad. Ahí, Estefanía se unió a nuestro grupo, tal vez no tanto por bailar salsa, porque realmente no era su actividad favorita, pero supongo que nos encontró encantadores, y quería seguir la fiesta hasta tarde. Llegamos a la pinche Macumba, pues,

y pagamos por entrar. Una chica de origen asiático central³⁸⁶ que también se unió al grupo, y tímidamente permitió que se bailara con ella una canción o dos. Yo bailé una canción con Estefanía también, pero mi cansancio era notable y ya no tenía ganas de beber cerveza tampoco, así que debimos de haber dejado la canción a la mitad, mientras Juan se abalanzó sobre ella. En un abrir y cerrar de ojos³⁸⁷, Juan se estaba besuqueando en la pista de baile con la muchacha. Le dije al doctor Leonardo: “Bueno, ya estuvo, a la verga, me voy a dormir, tengo cansancio ocular”. Debí de haber tomado transporte privado, porque no recuerdo haber caminado hasta el apartamento. Como yo era el encargado de las llaves, les dejé el acceso al apartamento en una pequeña caja de acceso al apartamento, y me dormí súbitamente. No recuerdo haberme quedado dormida súbitamente.

Desperté a las diez de la mañana, encontrando al doctor desvestido a un lado mío. “Marica, llegué a las cuatro, el Juan se fue con esta vieja”. Yo dije: “Válgame el cielo ☹️”.

Así fue que estuvimos esperando y esperando a que Juan se comunicara con nosotros. “Marica, se me hace que esto es como la película esa de hostel, que una vieja buenona te agarra en la calle y pailas, terminas amarrado en un sótano mientras un viejo millonario te encaja cuchillos en las tripas”. Reímos, pero nos preocupamos.

Juan se comunicó unas horas después, que no tenía las tripas de fuera, y que llegaba más tarde. Pasado el medio día, para ser precisos, llegó Juan. “Nah, mariquis, no pasó nada con esta vieja”. Ahí estuvimos discutiendo qué ver o hacer, y llegamos a la conclusión de comer unos huevitos con jamón y queso, estando todavía abierto un supermercado en la cercanía. Comimos huevitos con jamón, y limpiamos la cocina en la capacidad que

³⁸⁶Quisiera decir una muchacha china, pero no recuerdo si era china, entonces solamente establezco el posible origen de la persona. Perdón, muchacha china, si no eras china.

³⁸⁷Un poco literalmente, porque estaba cerrando mucho los ojos.

pudimos hacerlo. Juan estaba impaciente, refrescando el servicio de mensajería instantánea constantemente mientras picaba sus huevitos con ávido desasosiego. En mi mente, podríamos ir por ahí a ver algun edificio histórico o algo parecido, dado que estábamos en plan de hacer “un poco de turismo”. Lo que tocó más bien, fue que me comí un kilogramo de verga en bolsa, porque ese día, Juan se quedó retozando una hora en el sofá mientras descansaba la comida. Se bañó una hora después, terminando efectivamente a eso de las cinco de la tarde, mientras yo me entretenía jugando videojuegos, y el doctor Leonardo buscaba actividades nocturnas para llevar a cabo esa noche. Juan recibió un mensaje y dijo: “**Picó la hembra, ¡Ahí se ven, pirobos!**”, y se fue. El doctor y yo nos fuimos a caminar y a ver qué chingados hacíamos, dado que Juan estaría, supuestamente, en una cita romántica con Estefanía. A las ocho de la noche, Juan nos dijo que no, que “no mamen, si hay resto de gente aquí, lleguen nomás”, así que dejamos de dar vueltas buscando algún bar, y llegamos nomás al restaurante donde estaba la pareja, y otras veinticinco personas, por lo menos. **Pudieron ser menos, pero francamente no me importaba y menos le ponía atención a la situación.** Esa noche volvimos temprano al departamento, para poder recuperarnos del viaje, y estar con mejor humor para el año nuevo.

El treinta de Diciembre, fue la fiesta grande.

El procedimiento fue bastante similar al día anterior: Despertamos tarde, compramos huevos, y comimos huevos. Tardamos en arrancar con el día, porque somos una pinche bola de viejos vergueros baquetones, así que terminabamos saliendo cuando no había sol afuera: A eso de las cuatro o cinco de la tarde. “**Oigan muchachos, no es por ser un facho de mierda ni nada, pero ¡No mamen! deberíamos de menos de mirar algo de este pinche pueblo sarro, ¡Deberíamos de salir temprano algún día!**”. Pues lo mejor que logramos esa tarde fueron las cuatro. Salimos, tomé una foto (o dos) para hacerme pensar que hice un poco de turismo. Tomamos fotos, y llegamos a un restaurant de comida

típica checa, comiendo algún pedazo de carne con verduras y unas cervezas. Esta noche, también, hubo un evento que planeó Estefanía, para hacer una especie de *pub crawl*, o “arrastramiento de bares”, donde uno se puede poner hasta las manitas de bar en bar. Empezamos la caminata en el mercado de Natividad. Ahí estaba ya un grupo, donde estaba Donya: Una señora que ya pintaba unos cuantos años, posiblemente en cercanía a los años del doctor, con un pelo rizado enorme y una sonrisa igualmente contagiosa. Donya llevaba la batuta del grupo esa noche, preguntando razón social, modo de ingreso, y país de origen. “Mire doctor, está buenona la greñuda esta, ¡Sáquele plática!”, “No, marica, que voy a querer yo pegarle una mordida a esa cucha endemoniada”, erigía el doctor entre vasos de vino caliente. Esa noche, estuvimos visitando algunos clubes nocturnos, siendo la primera visita a un bar donde estábamos en una mesa larga, donde un paraguayo se unió a la plática. Venía, también, haciendo su tour europeo y Praga era un lugar que era una parada necesaria. En el bar, una mujer rusa, cuyo nombre pudo ser Alexandra o Natalia o yo qué voy a saber, se unió a nuestra plática en español para practicar sus habilidades. Ella sí picó el interés de el doctor, sin embargo, tuvimos una especie de riña por ver quién tendría que ceder el interés de la dama. “Ah, no, ¡Viejo vergo! Si no culeo yo, no culea nadie!” - expresé. La muchacha, afortunadamente, no estaba tampoco muy interesada en encontrar una potencial pareja esa noche, así que solamente platicó y se rió. Cuando el doctor en algún punto de la noche se fue a orinar, yo me quedé con ella hablando sobre música, creo que porque ella cantaba ópera. Cuando el doctor volvió, me dijo “¿Marica, qué le dijo a esta hembra que yo dije? ¿Oye, qué dijo el de mí, habló mal de mí, te dijo que soy un barusón, un viejo cochino?”, y yo reía a carcajadas, “Doctor, usted tiene un severo complejo de persecución, mejor relájese ese agujero”. Terminamos la noche sellando con “¡Vamos al Macumba!”, y yo francamente ya le había sacado el provecho que le podía sacar a ese maldito lugar del infierno, así que decidí mejor ir a dormir. La muchacha

rusa que hablaba español también vino conmigo, y la dejé en su hostel. Le dije: “Un gusto conocerte, y creo que no nos veremos nunca más ni sabremos el uno del otro, pero fue bonito conocerlos”. Y me dormí esa noche.

Llegamos a un bar bohemio al que se accedía por una puerta en medio de un complejo pasaje entre varios negocios de sombreros, lleno de paredes pintarrajeadas e hileras de asientos, un escenario, y varios lugares donde había música en vivo, o *Disc Jockeys*, o el entretenimiento que uno pudiera querer. Estábamos tomándonos unas cervezas, y un grupo en el escenario nos preguntó si tocábamos algo. “Sí, a huevo que tocamos” – le dije. Y nos referimos a los viejos clásicos:

Loca, de Chico Trujillo; *Bella*, de Wolfine; y terminamos con *Atrévete*, de Calle 13. En palabras del culiao pesao del Julián: [Ahí noma' agarrai la estrellita del Mario Bros y la aprovechai](#). Ahí, el doctor fue el ganador porque una mujer de unos cuarenta años se le acercó, le intentó sacar plástica, pero el doctor estaba meditabundo, tal vez por lo que hablamos en la tienda de recuerdos. La mujer le compró una cerveza, y el doctor seguía inamovible. La mujer se atrevió, le dio un beso apasionado en el hocico, pero el doctor se mantuvo infranqueable en su seriedad de la noche. A eso de la una de la mañana, entre el cansancio y que las cosas ya no estaban yendo a ningún lado, nos fuimos al apartamento. Esa noche, Juan no durmió con nosotros.

En la víspera de año nuevo, otra vez estuvimos encerrados hasta pasada la tarde, en lo que llegaba Juan para lavarse la cola para salir en la noche: Estefanía había planeado ya la velada: Un barco/club nocturno flotante que tendría DJs, música en vivo y, aparentemente, mucho ron. El único problema aquí es que a mi me caga el ron. Lo detesto.

Bueno, así de "detestar" pues bueno, no. O bueno, sí. No me gusta el licor fuerte. Me gusta la cerveza porque la puedo medir mejor, y el pinche ron no sabremos que me puso

eléctrico hasta que la electricidad sea indomable. Pero bueno. Así será.

En el barco, no conocíamos a nadie y para beneplácito de Juan, Estefanía estaba muy ocupada dándole besos en la boca, por lo que nos dimos a la tarea de socializar con el doctor. No funcionó muy bien, pero a eso de las doce nos salimos a ver los fuegos artificiales y a tocar algunas canciones, pero no salió como esperábamos. Solamente nos hicimos amigos de una pareja que recién se habían comprometido y se casarían en Enero. Nos invitaron la boda, pero obviamente no volveríamos en este contexto. Me encontré con Aditya Ramanath Poonja y sus amistades, y nos tomamos fotos.

Un particulado de los fuegos artificiales me cayó en el ojo. Me dio comezón. Y me rasqué. Mucho. Me rasqué y me rasqué el ojo, hasta que empezó un entumecimiento repentino. Esa noche, no noté nada. Hicimos ruido, y me fui a dormir.

Las cosas fueron distintas desde ese momento.

2019

Primero de Enero de 2019. Ese día no hicimos más nada.

Bueno, sí. Salimos por última ocasión, para volver a Karlsruhe al día siguiente.

Era la última noche que compartirían Estefanía y Juan. Fuimos al mismo bar de la primera noche. “Vaya, cerrando ciclos” – comenté. Ahí conocimos a César, otro parcero viajero que estaba haciendo su *tour*

europeo, parando temporalmente en Praga. Esa noche, estuvimos hablando de la peruana.

Ah, la peruana. Bueno, pequeño momento para hablar de la peruana. Su nombre es irrelevante, por un lado, porque la peruana simplemente nunca fue conocida sino como “la peruana”, así que para efectos prácticos, ella no tenía que hacer más nada en la historia que proveer un lapso minúsculo de comedia porque las cosas iban de Guatemala a Guatepeor. En fin, la peruana era una de las enamoradas de Juan de Friburgo, pero ahí hubo unos problemas y detalles sintácticos que hicieron que, en la fiesta de despedida de Juan de Friburgo, terminara en una noche de drama, y muchos gritos que espantaron a las personas con las que Juan vivía en ese tiempo.

Última

Las últimas veces que quise saber algo de la última ~~Agua de la casa~~ fue en enero de ese año. A mi me estaba empezando a exasperar la estúpida dinámica de apareamiento que supuestamente tenía con ella: La invitaba a hacer algo, tranqui, cero besos, y no llegaba, o llegaba en la madrugada, excesivamente eufórica. Ya ahí toda la situación medio se cagaba, porque ella estaba muy en otra, y yo ya me frustraba mucho con tanta pinche vuelta. La buscaba por mensaje instantáneo, y no me contestaba, porque “Che, ando re en otra”. Y así andaba siempre, *en otra*. Anteriormente, Valentina cumplió años como cada veinte de diciembre, “La edad de Cristo, ¿Viste?”, nos confesó. Esa vez quedamos de vernos en el centro de la ciudad para tomarnos unos vinos calientes en lo que se congregaba el grupo para su cumpleaños. Como todos los años, cumplir años en diciembre puede ser una bendición o la maldición más maldita: Para las inmigrantes, es muy probable que sea la fecha en la que nadie está en casa, porque casi a

todas nos aterra que nos llegue la navidad y una sin plan. Luego entonces, puede ser que no esté nadie en la ciudad, o que esté todo el mundo, sobre todo considerando la situación socioeconómica imperante. En esta ocasión, éramos bastantes personas: Luis, Belén, David, Yadira y yo. Valentina llegó una hora más tarde, al estar aún terminando su turno del trabajo en la panadería. De Aguadulces ni las luces vimos, pero supe que estaba invitada también. Decidimos congregarnos en el café Zero, atendido por unos sumamente agradables italianos que se encantaban de hablarnos en italiano a pesar de que no nos entendieramos del todo. ¿Pero uno qué va a querer entender, sino “deme otra cervecita, por favor”? Ahí estuvimos bebiendo y riendo por varias horas, que “jiji”, que “jaja”.

Aguadulces llegó minutos antes de que la media noche llegara, y yo ya no estaba de humor para complacer sus chingaderas. La tenía un tanto aborrecida, y dentro de lo posible no me le acercaba, siendo algo grosero cuando me dirigía la palabra. Yo, se la esquivaba. Los desaires se encontraban dentro de los límites de las groserías aceptables: Ignorando sus comentarios, y no dirigiéndole la palabra si me la buscaba. ¿Qué chingados más me queda en este punto si a ella también le vale verga? ¿Si le valgo verga yo? Pues así nos quedamos: Distanciados porque ninguna quería ceder y aflojar un poco. Qué vamos a saber de eso, gente dinamitienta.

A Valentina le prepararon un pastel de cumpleaños con velas numéricas para celebrar su cumpleaños treinta y tres (la edad de cristo), con un betún blanco que un poco sabía a nada en particular, pero la intención era lo que cuenta, dicen por ahí. Le colocaron luces de bengala que nos regalaron los italianos y le cantamos el feliz cumpleaños, en español.

Salimos del café a eso de la una y media, a comer unos perros calientes con salsa cátsup y mostaza picante. Ahí fue apenas que Aguadulces se acercó a hablar conmigo. Yo estaba ya demasiado tomada, y francamente, harto de esta dinámica tan estúpida que hubimos

desarrollado hasta este momento. Se acercó, y me saludó. *¿Y vos qué? ¿No me saludás?* “Pues no, porque no se me da la gana”. Y me moví a otro lado. El grupo se disipó y quedamos nada más ella y yo. Ahí estuvimos esperando el tranvía que nos llevara, mientras el resto del grupo ya estaba llegado a casa. (Des)afortunadamente, teníamos que tomar el mismo tren para llegar a casa. O tal vez no teníamos que tomar el mismo tren. Yo podía tomar cualquier otro. Por ser un jueves, los tranvías dejaban de transitar a la una de la mañana. De donde vivía ~~Albano~~^{Albano}, tenía que recorrer una distancia aproximada de dos kilómetros, más o menos unos trescientos metros más. Estando ahí paradas en la estación frente al café, la confronté al final: “Lo siento, ~~Arjandine~~^{Arjandine}, ya estoy harta de este tingo al tango, a la verga. No sé si estás interesada o no en mí, o si solamente estás jugando, no entiendo qué chingados quieres”. Ella se acercó, y me dijo: “Ché, *¿Qué más da? Relajá. Disfrutá del momento, de la noche, de la magia*”. Se me acercó y medio me abrazó. Yo que soy muy simple y de gónada tibia, me dejé. Nos besamos ligeramente. Y sí, soy débil. Y tonta. Muy tonta. Me dejé llevar. Anduvimos en el siguiente tranvía y lo más lejos que llegamos esa vez fue a la estación Ebertstraße, a mil trescientos metros de mi posada. Ahí nos bajamos, para esperar el siguiente tranvía. Ella tendría que ir andando unos quinientos metros, pero nos estacionamos ahí, en esa estación oscura y fría, esperando que nunca pasara algún tranvía. Nos seguimos besando, mientras yo le decía “Oye, me tengo que ir, ya son las tres y media de la madrugada”, pero ella me decía que esperara un minuto más. “Tomá el que sigue, cariño, *¿Que prisa tenés?*”. Y pues, ninguna pinche prisa, la verdad. Tenía frío, y estaba segura que esto no conduciría a ninguna condición material positiva, dígame, una culiadita de esas como las de antes. Por alguna razón extraña ella me quería ahí, en ese instante, pero no quería avanzar a ningún lado: Ella quería esa incertidumbre estática de desconocimiento del estado anímico compartido. Me quería, pero no me quería más cerca. “Ché, *ten un poco*

de paciencia, ¿V^hte? Tengo que hacerte confianza, quiero llevar esto de a poco”. De a poco. De a poco. Y está bien, de a poco es posible. Puedo esperar, si las cosas no tienen que andar aprisa. Pueden ir las cosas lento, si es necesario. Pero en este momento, lo que quiero es dormir, porque ya son las cuatro de la mañana. Le dije: “A ver, mira, podemos ir a tu apartamento, y no hacemos nada, lo único que quiero es que sean las siete de la mañana, y me voy”. Ella me dijo: “No, porque ~~ya sabemos cómo termina esto~~”. Nada pelotuda, y pues yo tampoco, pero lo que estaba al borde de mis necesidades pavlovianas en ese momento eran dormir. Por lo menos, cuatro horas. Hasta las 7. Las siete. Llegaron las cuatro y cuarto de la mañana. El primer tranvía que me acercará a mi posada, pasará a las cuatro veintiocho de la madrugada. Ahí seguíamos, de mano caliente, diciendo monerías estúpidas de adolescentes enamoradas. Que dame un piquito para aquí, un muamumua por afa. A las cuatro y veinticinco de la mañana, cuando estaba a punto de rendirme, ella no me dejaba ir. Pasaron todavía más tranvías hasta las cinco y media de la madrugada, momento en el que estaba clareando la madrugada. “Mira, ya estuvo suave, a la verga, ya mejor me voy a dormir porque tengo que ir a trabajar a las siete de la mañana de hoy”. Con pesar, nos despedimos, y llegué a la cama a las seis de la madrugada.

Dormí una hora y medio con el hocico seco me fui a trabajar. No hice nada productivo ese día. Pero tampoco me necesitaron para mucho, entonces me acosté un rato abajo del escritorio para retozar un rato. Lamentablemente, no había un puesto de huaraches para levantarme el ánimo. Sufrí la inmigración fuertemente en ese momento.

Me fui a la casa temprano porque ya, a la verga, la compañía no se iba a caer a pedazos si no estaba después de las tres de la tarde.

Esa fue la última vez que ~~Agustín~~ y yo nos besamos.

Siete historias

Las historias en este anexo son historias que son cómicas pero se me olvidó agregarlas a la historia principal.

Currywurst picante con Lukas

Esta historia es más corta y más tonta. Siempre he tenido una tendencia a comer cosas que me encuentro en la calle. Una vez, ingresé al banco a retirar una cantidad apropiada de efectivo para hacer algunas compras nocturnas. Postrada justo donde se ingresan los números, había una hamburguesa perfectamente empacada. La miré. Lo pensé. Lo pensé, la verdad. Me dije: “No, no, *¿Qué tal que muero envenenado en un ataque novedoso de terror basado en hamburguesas?*”, La miraba mientras ingresaba las opciones para obtener dinero en efectivo. La miré de reojo, y la toqué con la mano. Estaba aún tibia. “Bueno, bueno, a ver, en todo caso, lo que puede pasar aquí es que se le olvidó a alguien, no que haya sido envenenada. Además, *¿Quién se tomaría el tiempo de envenenar una hamburguesa de queso? Qué manera tan tonta de matar gente*” – Pensaba. Mandé un mensaje a ~~Alejandra Pichas~~ explicándole la situación, y le dije: “*Si he de morir en la noche o no respondo, por favor comunícate con las autoridades pertinentes*”. Tomé mi dinero, y tomé la hamburguesa. La abrí con cuidado al salir, y la inspeccioné muy superficialmente. “*Se mira bien, hombre, ya, ni modo, que sea lo que dios diga*” Y me la comí. Esa noche, salí y me tomé unas cervezas, y al día siguiente, le mandé un mensaje a ~~Alejandra Pichas~~ que no morí.

Esta tendencia de comer cosas regaladas por gente desconocida de la calle continuó donde era posible, y donde no sentía que mi vida correría peligro por comer comida gratuita y desconocida. La vez que sucedió con Lukas, íbamos en camino a una reunión de los surfeasofás o a algún club nocturno. En el restaurante Curry 76, había una tabla de cinco niveles de picor: Nada, poco, picante (donde se encontraba el sabor habanero), muy picante, y peligrosamente

picante. Este tipo de tablas son bastante comunes en los lugares donde venden salchichas asadas en Alemania, llamadas coloquialmente *Currywurst*. En el nivel general de curries, debo admitir que el *currywurst* es bastante mediocre al solamente ser salsa de tomate dulce con especias. Sin embargo, el tipo de especias no es mi predilecto, así que lo pongo en una posición algo baja dentro de mis curries favoritos. Sin embargo, no hay nada que compita con un delicioso plato de salchichas asadas bañadas en salsa cátsup con patatas fritas y un poco de picante. Pero divago. En otros lugares, las salsas picantes varían en nivel de picante, pero las más tradicionales solo usan alguna variación de polvo de paprika y un poco de polvo cayenne hasta las que utilizan algunas de las salsas populares en los estados unidos por tener un alto contenido de picante en la escala Scoville. En años recientes, los sabores más extremos, al estilo norteamericano, han sido prevalentes en la cocina más tradicional alemana, sobre todo en los curries picantes, por lo que no es raro ver estos sabores ultrapicantes en restaurantes de *currywurst*. Esa vez, pasábamos por el restaurante y un grupo de adolescentes estaba comiendo y riendo a volúmenes estridentes. Cuando pasábamos por ahí, uno de ellos gritó: "*Alter! Wir sind voll satt! Magst du einen Stück dieser Currywurst?*", "*Sehr gerne!*" - repliqué. Tomé el plato que tenía unas seis piezas de esa salsa picante nivel cinco, la más picante disponible, y las tomé con el tenedor de dos puntas hecho de madera, una por una, poniéndolas en mi boca. El grupo de jóvenes estaba perplejo. El grupo reía y se miraba atónito a cada momento, y cuando devolví el plato, solo dije: "*Sehr lecker! Vielen Dank!*". Ahora, algo que es tal vez un poco difícil de entender es cómo es que una persona que ha consumido comida picante desde temprana edad

reacciona al picante. Verá usted, una persona que no come mucho picante reaccionará siempre con un fuerte dolor por el efecto de la capsicina en la comida. Acostumbrarse a este sabor es un proceso tanto químico como mental, donde con un poco de costumbre, el dolor se empieza a hacer menos, y se puede tolerar dentro de cierto rango. En este punto, me fue posible caminar unos cincuenta metros, fuera de la vista de esos pinches *teenagers* vergos, y en ese momento, empecé a sentir el picor de esa salsa. Un dolor tan fuerte que sentía que la lengua estaba completamente deshabilitada, y estuve escupiendo como idiota por varios minutos. Escupí y escupí y salivaba fuertemente, mientras Lukas reía. Tardé unos quince minutos en recuperarme.

Esa no fue la única vez que mi falta de control sobre mi consumo de productos picantes me causó problemas. Años después de este evento, fue la despedida de Juan, e hizo una pequeña reunión en su entonces apartamento en la Moltkestraße. En esos días, el consiguió una pasantía en Friburgo de Brisgovia, y el cumpleaños de Belén fue el día anterior. Con poco ánimo pero mucha hambre, nos unimos como amistades en el apartamento de Juan para hacer comida. Yo llevé mi - ahora mundialmente conocido - ceviche de camarón, y una caja de veinte cervezas de medio litro. Conforme pasó la noche, yo bebí muchas cervezas y comí poco. Estaba ahí, hablando con alguna de las personas invitadas a la despedida sobre la magia del mezcal 400 conejos - o alguna mamada tonta de ese estilo - mientras llegaron unos cohabitantes del apartamento donde vivía Juan. En ese momento, dos de los muchachos que vivían ahí se unieron y se sirvieron un plato enorme de ceviche y lo comieron como si no fuera nada. Como si no fuera nada. Yo observaba lascivo las acciones de estos individuos, que llegaban de algún partido de fútbol u otra

cosa que yo consideraba una mamada pendeja y me preguntaba por qué no decían nada sobre la magia del ceviche. Frustrado, le dije a esta persona con la que estaba hablando, de la que ya no me acuerdo mucho, que qué mamadas pendejas, “*¿Cómo se le ocurre a estos pinches alemanes miados solo comer el ceviche como si no fuera ninguna cosa, como si fueran sus putas salchichas insípidas? ¡Qué pinche coraje esta pinche gente que ha tenido todo en la vida, y no saben disfrutar las cosas imposibles de la vida fuera de su hogar!*”. Los muchachos se dieron cuenta que les estaba llamando "pinches vergos miados" y le dijeron a Juan: “*Oye, creo que mejor nos vamos, tu amigo se está poniendo muy intransigente*”, O alguna palabra similar en alemán, aunque posiblemente no *unbeugsam*, tendría que preguntar si vale la pena decirlo en contexto. Los muchachos se fueron y yo no recuerdo mucho después de eso. Posiblemente me reí mucho, porque eso de decirle a la gente "verga" y "miada" era solamente una forma del habla que no estaba comprometida con las buenas costumbres, pero tenía que entenderse como "echar guasa", "pura chacharera", o algo similar. En algún momento, Luis sacó un polvillo picante marca el lorito dorado, del que siéndome yo don vergas peludas, me puse una porción bastante cuantitativa de ese polvo picante y lo lamí como el animal que soy. De esto no me acuerdo, pero Luis relata que me quedé pasmado por varios minutos. Posiblemente, entré en un estado catatónico porque mi cerebro estaba muy pinche pedo y mi lengua estaba ardiendo en llamas, pero como no es una señal real, mi confundido y pedo cerebro solamente entró en un estado de *reset* y no hice nada. Me quedé ahí, anonadado, y salí del estado de *reset* unos minutos después. Ya luego tomé la bicicleta y debí tomar un tranvía a casa, porque simplemente me fui a dormir y no me acordé de más nada. Al día siguiente, fui al apartamento de Juan y me levantó el reporte de

indecencia con sus cohabitantes, y pues, nada. Me dio risa, ¿Qué más iba a decir? Pinche polvito del loro dorado. Habían dejado la olla afuera (puesto que estaba haciendo frío) así que guardé todo en un recipiente plástico y me llevé mi olla a casa. Estuve considerando no comerme el ceviche, pero como ya hemos visto en ocasiones anteriores, medio me vale verga si me pega una diarrea debilitante por tomar comida que no debería. Esa noche, comí un poco del ceviche, debieron ser dos cucharadas o tres. Me arrepentí a la mitad y lo tiré, con mucho dolor del corazón. En la noche, mi estómago hizo muchos ruidos raros, y creo que me dio un poco de fiebre, y luego tuve sueños estroboscópicos de lo que supongo fue un sueño febril. Después de ese día, intenté evitar en medida de lo posible comer ceviche dejado a la interperie porque hacía frío afuera.

Daria

Los apodos rusos siempre me perplejarán. Cuando conocí a Анна, una rusa que vivía en Karlsruhe, me enteré que le gustaba que le dijeran "Anyá", que a mis oídos malentrenados, era exactamente lo mismo. "No, no lo es", me decía. Y así quedaban las cosas. El nombre Александра o Александр, para los niños, se les apoda "Sasha", ¿Por qué? No lo sé. En Español, las cosas son, hasta donde mi cerebro limitado permite, por ejemplo, a los Robertos, se les llama Beto. A los Ignacios, Nachos. A los Luises, Luchos. Bueno, ese último se me escapa, pero supongamos que todo esto es por desafíos lingüísticos de la edad temprana, que se quedan como una manera tierna de referirse a un ser querido: Conocí alguna vez a un "nano", que no tiene nada que ver con el prefijo para un billonésimo de unidad, o 0.000 000 001 unidades, sino una proto-pronunciación de la palabra "hermano". Y esos apodos, se quedan para siempre. A Daria, una rusa que estudiaba en Karlsruhe y que conocí años atrás, le gustaba que le llamaran "Dasha".

A Dasha la conocí por el incidente de 2015 donde me quedé dormida después de una noche de copas. Dasha me dijo: "No me hables, por favor", y no hablamos al respecto.

Tiempo antes, cuando el incidente con Alexis y Fatemeh, también platicamos un rato, y fuimos víctimas de la lluvia. Unos meses después, antes de que Dasha se fuera a hacer un doctorado a Braunschweig, al norte de Alemania, quiso celebrar haciendo un asado en donde vivía, a un lado de un asilo de ancianos cerca del castillo. Había carne y cervezas, y un tipo de cuyo nombre no me acuerdo que me hartó a la verga con sus mamadas pendejas así que me puse punk y violento y le dije que me la pelara y me la mamara. Como me emborraché bastante, Dasha me dijo: "Estás muy borracho, mejor quédate a dormir aquí, pero

no hagas ruido por favor, porque no podemos tener visitas”. Esa vez, Dasha preparó un separador de cartón (puesto que se estaba preparando para salir de ese cuarto pronto), y unas sábanas en el piso para que pudiera dormir. Desperté al día siguiente bastante golpeado por el alcohol consumido, y Dasha me dijo: “Bueno, caminando y miando para no hacer hoyo, compadre, a chingar a su madre” – o algo similar.

En Diciembre de 2016, le pedí a Dasha que diera un discurso para unos estudiantes y que se le pagaría todo. “¿Incluidas las vacaciones?” “Bueno, eso no, pero sería en fin de semana, así que solo tienes que pedir un día de vacaciones”. “Pues no me parece, pero bueno, con que paguen el viaje, está bien, supongo ☺”, bueno, está bien. Decidimos que se quedaría en mi apartamento para que no tuviera que gastar en un hotel, y dado que tenía mi sofá disponible, no había que hacer gran cosa. “Es más o menos como la vez que me quedé en el cartón ese donde dormí como perro”, “Qué exagerado, ¡Te di sábanas!”. Pues sí, me dejó sábanas, entonces no habrá que ser tan exagerado. A los eventos a los que Dasha tuvo que ir, no pude ir porque tenía otras cosas que hacer. ¿Qué exactamente? No recuerdo. Alguna borrachera, porque no llegué a tiempo a nada y tenía demasiadas cosas que hacer. Dasha se quedó en la cocina y debido a que yo estaba ocupado terminando mi tesis, solamente acompañaba a Dasha en las tardes. Una vez, vimos la película *Swiss Army Man* donde Daniel Radcliffe, famoso por personificar a Harry Potter por muchos años, que se trata de que es un hombre muerto pero que se tira pedos y es muy útil para un hombre que está perdido en una isla desierta. Esa vez, bebimos vino y hablamos tonteras de la película. El último día, Dasha hizo пельмень, que es una especie de bolas de masa hervida rellenas de carne o verduras, que compró del mercado ruso. Como quedaron bastantes, estuvieron en mi congelador bastantes meses antes de que los volviera a comer. Estaban buenos.

El último día que Dasha estuvo en Karlsruhe, yo sentía el ojo bastante

caliente, pero pensé que sería solamente que me lo rasqué mucho. En efecto, el día que se fue Dasha, tenía el ojo sumamente caliente e inflamado, así que por primera vez después de casi dos años, fui a ver a un doctor, en Kronenplatz: El doctor Chapatín.

El doctor chapatín, de acuerdo con La Chespiritopedia, es un *“Doctor ya entrado en años, un poco loco y olvidadizo. Tiene pocos clientes debido a lo pésimo doctor que es”*. Este doctor Chapatín, sin embargo, era todo lo contrario al personaje de la serie cómica televisiva, teniendo una cantidad bastante considerable de clientes, al menos ese día. Entré al consultorio y le dije a la asistente que quería una cita. La agradable secretaria tomó mi tarjeta de salud, la puso en una máquina lectora, y me entregó la tarjeta. Me dijo que me sentara. En la sala, había unas seis o siete personas: Una mujer negra con dos niños, uno en brazos, y una niña pequeña que estaba sentada coloreando unos libros que había en una mesa pequeña; Una mujer de aparente origen musulmán, al tener puesto un *hijab* color marrón, que estaba sentada a mi izquierda, leyendo una de las revistas disponibles en un pequeño librero en la esquina; había un hombre bastante viejo, de cabello blanquecino y una nariz prominente, sentado frente a mí; una señora de edad avanzada también, sosteniendo un pequeño bastón, a una silla de distancia del anciano. Unos veinte minutos después, el doctor me llamó y me preguntó que qué tenía. Le dije que tenía una inflamación ocular, y me dijo: *“Ah, tja, Gerstenkorn, KEIN PROBLEM!”* – gritaba. *“Also, Herr... Teh... Oo.... Er... Doppel Err... Eh... Es”* mientras tecleaba con gran fuerza con sus dedos índices a lo largo y ancho del teclado. Tecleaba y tecleaba, y ponía la información necesaria. *“Brauchen Sie eine AU?”* – arremetió. Quedé atónito al no saber qué era. *“ARBEITSUNFÄHIGKEITSBESCHEINIGUNG!!! Brauchen Sie? Wie*

viele Tage?” – exclamó, ahora un poco molesto, por yo no saber nada. Le dije que no, que no había pedo. – “*DRRREI TAGE, NA KLAR!*” – exclamó, y escribió fuertemente en su bastante magullado teclado. Sacó de una impresora antiquísima una papeleta amarilla, que me entregó con mi receta, y me dijo que tuviera buen día. La pomada me quitó la inflamación en cinco días, como decía la receta.

Esta no fue la última vez que tuve problemas con los chingados *Gerstenkörner*, o mejor conocidos en el español como orzuelos, o perrillas, y supuestamente salen cuando uno ve a un perro cagar o mirar. No recuerdo haber hecho eso, pero sí recuerdo haberme rascado los ojos mucho durante el año 2018. El peor caso ocurrió en Praga, cuando estaba con Juan y con el doctor don vergas, siendo justo en el día 31 de diciembre, que me cayó una partícula del aire en el ojo, y me rasqué mucho. Me rasqué mucho al día siguiente, y el día dos de enero de 2019, tenía el ojo increíblemente inflamado y enrojecido. En una ocasión anterior, intenté ir con el doctor Chapatín, pero este estaba de vacaciones. Asistí a la clínica ocular a la zona de emergencias, y se me atendió después de unos veinte minutos de espera. Me dieron la pomada y no pasó más. En esta ocasión, sin embargo, me dijeron que no podían atender mi caso al no ser una emergencia, que tendría que ir a un *Augenarzt*, no a la *Augenklinik*. “¿Pero que no son lo mismo?” – Pregunté inocentemente. La secretaria bufó y me dijo: “No, no es lo mismo, ¿Como no va a saber eso?”. Y pues, sí, jaque mate, de la pinche vieja amarga. En fin, busqué un doctor ocular, y me dijo que sí, que podía atender mi caso. Sin embargo, me dijo también que tenía una presión ocular inusual y que podía atenderme en un tratamiento preventivo para el glaucoma. Tomé el tratamiento y durante ocho semanas, me dispararon láseres verdes en los

ojos. Ese fue el dolor más extraño que he tenido en la vida, porque era un dolor detrás de los ojos. Muy extraño todo. Después de la octava cita, me pudo hacer una pequeña operación para drenar el absceso ocular que tenía, y esto lamentablemente no evitó el problema. Me tuvieron que rajarle el ojo una segunda vez, pero ya me había acostumbrado al dolor que esto provocaba.

¿Que no esto se trataba de Dasha? Bueno, epílogo: Solo la fui a visitar una segunda ocasión a donde vivía, en Braunschweig, una ciudad pequeña con un centro de investigación decente. Ahí comimos y platicamos y la discusión fue amena, como siempre. Ya no volvimos a vernos después de mucho tiempo.

Japón

una vez salí de una borrachera en AKK y me metí a una fiesta en un Studentenwohnheim donde no conocía a nadie. Me tomé una cerveza y me hizo amigo de un japonés.

No me acuerdo por qué me metí a la fiesta, pero me regalaron una cerveza. Me salí como a la media hora y creo que agregué al japonés al Facebook. Ya nunca volví a hablar con ese we.

Dos pistas

En Los Mochis, Sinaloa, México, se encuentra el parque Sinaloa, renombrado jardín botánico Benjamin Francis Johnston, por el Boulevard Antonio Rosales, en un punto sumamente céntrico de la ciudad.

Para el ineducado, simplemente será “el parque de los pobres”.

A un lado, trazado en un gris misterioso en la mayoría de los mapas digitales disponibles en la actualidad, se encuentra el *Country Club de los Mochis, Asociación Civil*, un exclusivo lugar de convivencia para “las familias más ricas y de abolengo del municipio de Ahome”, citado en comillas no porque tenga una específica malicia, sino porque es una cita *preterverbatim* de un artículo en una página de la *web* con demasiadas faltas de ortografía como para ser parte de la bibliografía, pero siendo la única fuente criptodigna de los costos de entrada al exclusivo club.

Para ser parte del club, es necesario pagar una acción del mismo, rondando los (hasta el momento de la publicación en 2023 o 2026) 2.500 dólares norteamericanos, y unos 3.500 pesos por mes por las cuotas de usuario. Así mismo, para ser parte del club, hay que ser vetado por los usuarios y presidentes del club para ser parte del mismo. Dicho sea lo dicho, esto permite bastante espacio en el momento de decidir quienes son los “nuevos ricos” que merecen ser parte del club.

Una vez que fui a Los Mochis, Sinaloa, me fui a dar una vuelta al Parque Sinaloa a tomar fotos de la flora y fauna reconstituida de la región. Al entrar, los tabachines adornan una polvorienta entrada que por razones completamente ajenas a mi conocimiento tiene centenarios sin pavimentarse, dándole el terregoso *bouquet* mochtense del que tanto se quejaba Natalia cada que iba de visita a la ciudad. Del lado derecho se encontraba una escuela de artes plásticas y música a las que nunca fui porque nunca tomé la decisión de unirme a alguna clase, en parte porque quería mantener mi arte autodidacta, y por otro, porque no entendía mucho el punto de un sistema escolarizado para aprender a tocar guitarra o pintar. Luego entonces, nunca entré a esos salones. Por el carril central se encontraban los accesos a los múltiples sectores del jardín botánico. Supe que a la entrada habían hecho modificaciones a la flora local que nunca hube reconocido anteriormente: La Amoreuxia palmatifida, una florecilla amarilla y pequeña que crece entre las piedras. La Aguama/Chökora que parece un cactus pero medio colorado. Hay también algunos frutos, como el Juyya kökori, o chiltepín, del que tengo un tarro lleno en Alemania que uso despreciables veces para no acabarlo. Hay zapotes, nances y duraznitos; ciruelas, tempiiskes y pitayas; nopales como lengua de vaca y guamúchiles. Agaves autóctonos, de los que se saca el bacanora, los kü, los alikooches, los ocotillos, y las biznagas. Por ahí a medio camino uno se encuentra un pequeño bosque de carrizos que llevan a un árbol medio doblado que usaba cuando pequeño para colgarme como chango. Arriba, en donde *las palmas tocan el cielo*, se ven los chanates parados, esperando, mirando. Como viendo. A ver si de pronto alguien se muere para llevárselo allá arriba. Se miran los tabachines entre palmas y guayacanes, y por ahí en el kilómetro 1.2 se mira el Banyan, ahora protegido por una reja para evitar que los niños lo hagan cagada. Pusieron un pequeño estanque con patos y tortugas, aún estando un tanto terregoso aquí y allá. En los juegos infantiles ~~los~~ niñas ríen y se patean entre ~~ellos~~, a pesar de que los columpios hubieron visto mejores momentos. Un guardia saca a la verga a unos adolescentes

que estaban dándole demasiado duro a los puentes, temiendo que lo destruyeran con sus incesantes golpeteos. Detrás de una reja se mira la Plaza Fiesta Las Palmas, principal punto de encuentro de mi propia adolescencia en el entonces flamante boliche que abrió en la vuelta del milenio.

Las memorias de vivir de este lado del parque me volvieron de pronto, siempre pensando en el otro lado de la cerca, donde la gente rica juega Golf casi todo el día.

La valla parece casi traspasable. No hay algo que evite que una persona con suficiente destreza pueda pasar del otro lado de la cerca y hacerse pasar como miembro del club. La división parece casi puramente ideológica: Unos carros de golf pasan cada tanto con hombres gordos y flacos, todos bien peinados, con una interminable colección de palos de todo tipo, que desconozco su descripción puesto que nunca he jugado golf, salvo a través de videojuegos. Luego entonces, desconozco la diferencia entre un hierro 3 y un hierro 5.

Pasando por los carrizos esa vez, me quedé pensando en que los carrizos parecen bambús, y yo pensé que eran bambús la primera vez que los vi, informada solamente por mis experiencias televisivas. “*¡Oi nomás al plebe pendejo! Esos son carrizos, vergas, ni que fuera pa’ los pandas esa verga*” – me dijeron cuando exhibí mi ignorancia de la flora local.

Del otro lado de la reja se mira solamente pasto verde, bastante homogéneo, por ahí amarillento cerca de la región que separa a los pobres de los ricos. Se miran unas palmas esporádicas a lo largo de los diferentes *greens* del campo de golf, y del otro lado de la cerca, el camino no es de tierra suelta, sino de una arcilla ostensiblemente buena para evitar la polvadera que se hace cuando se corre desde donde yo estaba.

Estaba tomando fotos esa vez y un trío de señoras copetonas pasa y me preguntan por la cámara, que si tomo fotos profesionalmente. “No, no, nomás vengo de visita, y para tomar fotos”,

“Si, sí, está bien, el mejor ejercicio es la caminata, ¡Que le vaya bien, muchacho!” – me despidieron mientras seguían su camino en esa arcilla que no levanta polvo,

Hasta el día de hoy, pienso en esa cerca, y en tantas muchas cercas que dividen lugares que no les diferencía sino las condiciones en las que sus habitantes viven la realidad inmediata.

Pienso en Tijuana, pienso en Nogales. Pienso en el Darién, y pienso en Cúcuta. Pienso en San Cristóbal. No pienso tanto en Seattle y Vancouver, porque nunca he cruzado de ese lado. No pienso en Arica, porque nunca he estado, pero me han platicado al respecto. No pienso en Gibraltar, porque nunca he estado. Pienso en Badajoz, y pienso en Karlsruhe. Pienso en Lille, y pienso en Flensburg. Pienso en Copenhague, y pienso en Frankfurt (Oder). Pienso en Estandul, y pienso mucho en la franja de Gaza, aunque nunca haya estado ahí. Pienso en Kashmir, aunque nunca haya estado. Pienso en Seúl. Pienso en Bering, pero nunca he estado ahí.

En fin, pienso en muchas vallas, y me pregunto si son como esta, que detrás de una infinita diversidad solo se mira como el parque de los pobres, porque no tenemos arcilla de la que no levanta polvo cuando algunas pasan corriendo.

Más historias

En el tintero³⁸⁸ quedaron algunas historias que me pareció que no cabían en las siete historias misceláneas, porque no son cómicas, o porque son demasiado irrelevantes, o porque solamente vi a estas personas una vez, y desaparecieron de mi vida para siempre.

Las historias importantes están en la historia principal.

Procedimientos

El procedimiento para llegar a mi hogar era simple: Recibía un mensaje de alguna persona desconocida, que me encontraba interesante o que encontraba interesante lo que escribía en Internet acerca de mis intereses y pedían donde dormir. Al principio, tenía un colchón inflable prestado que las personas usaban para recostarse, y al principio, debido a que no sabía muy bien cómo funcionaban los protocolos, lo ponía en mi cuarto, salvo en los casos en los que eran parejas. Un tiempo después, cuando tenía el sofá en mi cuarto, una persona me dijo que se sentía más cómoda durmiendo en la cocina, y es algo que nunca se me ocurrió antes, teniendo una cocina enorme, podía darle asilo a estas personas

³⁸⁸Bueno, ya no uso tinta, salvo porque mi pareja, la dueña de mis quincenas, me compró una bonita pluma de vidrio que no use por mucho tiempo, porque la estética de las plumas de vidrio es muy bella, pero es sumamente inconveniente porque siempre, SIEMPRE, se me hace un cagadero con las tintas, que como no vienen selladas... o bueno, vienen con unos tapones muy cucos y todo que uno quiera pensar al respecto, pero se hace un cagadero porque la tinta fluye como desquiciada, no hacen un vacío completo, por lo que cada que abro los tarritos de tinta se me pintan las manos a la verga, y aunque sea super cuidadosa y le de vueltitas a la botellita y use una servilletita, la puta tinta hija de su reputísima verga bomba existencia se le mete en las uñas y parece que maté a un putifo y a una planta y a una serpiente. Intenté, fallando miserablemente, poner un poco de pegamento cemento, que es un adhesivo de polímeros elásticos que están disueltos en compuestos orgánicos aromáticos que se evaporan rápidamente, dejando un vínculo fuerte pero flexible detrás.

desconocidas con un poco de privacidad para ellos/as y para mi, que sentía la presión de no poderme tirar un pedo (aunque intentaba prepararme psicológicamente por adelantado para evitar percances).

Usualmente nos presentábamos: Estudio física, me gusta la música, sufro mucho porque soy un célibe involuntario esporádico. Luego hago algo de comer, platicamos sobre la vida, las cosas, el país y la política, o los variados trabajos de las personas que me visitan: Estudiantes, viajeros y viajeras que no quieren gastar dinero, biólogas marinas que viven en barcos, o un señor que llegó en una moto desparpajada y que solamente iba de paso viajando hacia el sur.

Comíamos algo, y en veces, las personas se quedaban más de un día, entonces podíamos ir por ahí a beber algo, o seguir discutiendo sobre las nimiedades de la vida.

Durante un tiempo, estuve muy activo buscando personas que necesitaran quedarse en Karlsruhe. Enviaba invitaciones y en un gran porcentaje eran declinadas, pero alguna que otra vez eran bien recibidas, y eso me daba un poco de ánimo para limpiar mi apartamento y que no estuviera todo polvoriento.

Mensajes cortos

En general, una de las recomendaciones surfeando sofás, o permitiendo que otras personas surfeen nuestros sofás, es tener cuidado con quién escribe. Sobre todo, tener cuidado con personas que escriben mensajes sumamente cortos, del tipo: “¿Tiene cama? Necesito dormir, Gracias”. En muchas ocasiones permití que personas que hacían esto se quedaran en casa, porque a veces, entiendo que haya limitaciones con el lenguaje, y eso no tiene por qué ser un problema, siendo que yo tampoco hablo perfectamente otros idiomas.

Por un tiempo, y porque francamente no tenía historias malas, me inventé a una persona que no existió realmente, pero me le inventé que

era un mucacho raro, que solo me pidió la contraseña del WiFi, y que se durmió temprano y se fue temprano. Me daba pena tener poca experiencia en el rubro, así que me inventé de esas historias para no decir “A mi jamás me han pasado cosas malas haciendo estas cosas, ¿De qué hablas?”.

En muchas otras ocasiones, sí recibía de esos mensajes cortos, y me inventaba algún viaje para no tener que tener gente en casa.

Camilla

Camilla llegó de improvisto un lunes a Karlsruhe. Me envió un mensaje de absoluto pánico porque su tarjeta no funcionaba, su autobús era hasta varios días después, y no tenía dinero. Me dijo que se quedaría en casa y podría limpiar, hacer pasta y muchos gestos con la mano. Nos dimos nuestras señas particulares, y como podía salir temprano del instituto en esos días, le dije que nos vieramos en la estación central, para recogerla y llegar a casa. Nos vimos afuera de la estación de trenes, donde venía con una maleta pequeña, y me agradeció unas tres o cuatro veces por la hospitalidad. “No, qué dices, para nada, por favor, lo que sea para evitar que una italiana se muera por mi falta de acción”.

Reímos y cuando íbamos a tomar el tranvía a casa, me dijo: “Preferiría caminar, me encanta caminar y conocer un poco la ciudad”. “Pues no vas a conocer mucho la ciudad porque la ciudad no es donde vivo, pero hay un riachuelo si eso te parece apropiado”. Caminamos y me platicó sobre su vida y las cosas que uno hace cuando está vivo y coleando. Llegamos a casa y le preparé la camita en la cocina, y le dije que podría quedarse ahí cuanto necesitara. Me volvió a agradecer y le dije que no hacía falta, y que tampoco tenía que limpiar. “Ni que fuera trabajo forzado, ¿De qué hablas?”. El martes me fui temprano a la universidad, y cuando volví, todo el departamento estaba ordenado, incluido mi cuarto.

No soy muy fanático de que la gente toque mis cosas, aún mi

madre que cuando era adolescente solamente entraba a mi cuarto esporádicamente, puesto que yo hacía un terrible coraje y berrinche si algo estaba movido. En este caso, sin embargo, y porque Camilla no me conocía, lo dejé pasar, sobre todo porque no soy un amargo ingrato y porque francamente todo se veía sumamente bien. Camilla me dijo que ella disfrutaba de limpiar, así que no la estaba forzando a nada. Esa vez creo que comimos pasta, o alguna cosa que ella cocinó. Creo que alguien más se quedó ese fin de semana en casa, pero era un muchacho y se quedó en mi cuarto. Esa vez, bebimos alguna cerveza y platicamos de temas variados.

No volvimos a hablar después de que se fue sino hasta varios meses después que hubo un terremoto en Italia, y le pregunté cómo estaba. Me dijo que bien. Luego me mandó un mensaje, diciéndome que estaba con una amiga, y que yo era muy lindo y muy guapo y que qué bello hombre. Creo que estuvo bebiendo en ese momento, y le dije que gracias, que qué agradable, que había que vernos o algo. Pero jamás nos volvimos a ver.

Misterios

Hay gente que me pasó por la vida pero que se volvieron un misterio.

18 *Llegar*

En su poema épico caballeresco “*Orlando Furioso*” de 1532, Ludovico Ariosto a través de treinta y ocho mil setescientos treinta y seis versos narra, entre muchas otras cosas, la historia de amor de Orlando y Angélica la Bella. En la narración, el otrora Orlando Furioso del siglo XXI, encontró a Angélica, la hermosa, de la hermana república bolivariana de Venezuela.

Esto cierra, por fin, las aventuras de Orlando en su etapa de sufrimiento por las mujeres, hablar mal alemán, y en general estar haciéndola de pedo por todo y porque todo está mal.

Ignacio

La historia con Ignacio empezó desde que fuimos por segunda vez a ver a Chico Trujillo. Llegó con otra bola de culiaos flaites fanáticos de la banda, un tres de agosto de 2018.

Pero eso ya le repasamos.

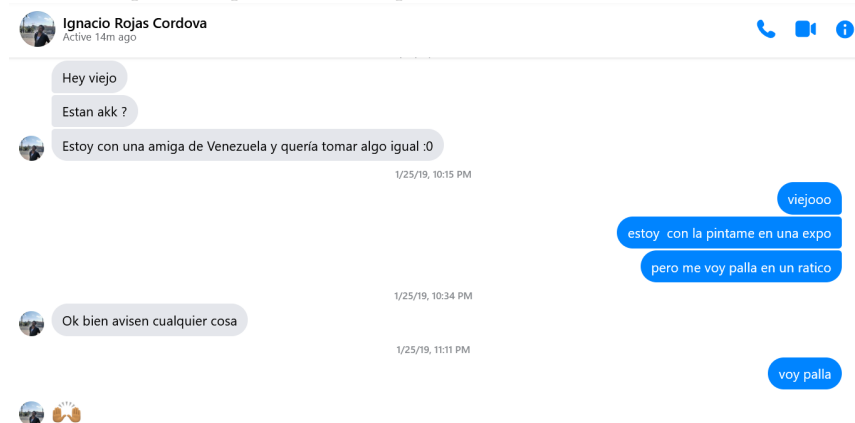
Luego entonces, también recordamos la situación con el tal Babo, o Baúl, como sea. De esa noche, yo recordaba más que nada a dos chilenos reculiaos: Uno me cayó bien, y el otro no, por sediento. Ambos me agregaron a las redes sociales como amistad, y como ya se ha establecido, para evitar confundirlos, medio mandaba a comer verga a los dos. El que más me buscaba, sin embargo, era Ignacio.

Un mes después, cuando me fui a Berlin a ver a Death Grips, un día quería salir porque estaba un día, y como ahí vivía Beatrice, la amiga de Friederike, me atreví a invitar a bailar un reggaetón sucio, pero como ya

establecimos, me mandó a la verga, haciéndome largas, y total que ahí estaba Ignacio. El Nacho. Cuando lo ví, le dije: “¡Weón! Pero si tú eres el chileno que me caía bien, es que te confundí con el otro reculiao chanta”. Ahí reímos, y bajamos y bailamos un poco, pero Ignacio desapareció entre la multitud, me harté a la verga, y me fui, porque la pinche Beatrice nomás me daba largas y ya era la una de la mañana y ya estuvo suave a la verga: Muy culona, muy lo que quieran, pero tampoco soy pendeja de nadie. Me fui al apartamento ese compartido y me dormí. De Nacho, ya no supe nada hasta varios meses después.

Exactamente, me volvió a buscar el veinticinco de diciembre de 2019. Ese día, quedé de ir con la pintora a una exhibición que tenía en *Rote Taube*, un restaurante/bar cerca de la estación Kühler Krug, al oeste de la ciudad. Para ir al evento, invité a Isabel, que en esos días tampoco tenía mucho que hacer, así que le pareció bien ir a la exhibición de arte. De exhibición no había mucho: Muchas de las amistades de la pintora que hicieron algunas estructuras con papel, luces, pintura, y lo que quiero pensar que era barro formando caras y macetas. La pintora estaba algo ocupada haciendo *networking*, y yo estaba ahí parado, sin hacer mucho ruido, porque tampoco conocía a nadie. Isabel llegó a salvarme el día, porque al menos tendría a alguien con quien platicar. Pedimos una cerveza y estuvimos hablando de nimiedades, de la pintora y la gente que estaba en el lugar. Isabel se hartó del lugar pronto, pero estaba en la época de su vida en la que hacía *polaroids* de todos los eventos de su intercambio, así que nos tomamos una fotografía, con la pintora, y me dejó de vuelta. En un momento la pintora se desocupó un poco, y me acompañó en una mesa a tomar una cerveza. Ahí estuvimos platicando sobre el permiso de conducir. En esos días apenas estaba empezando a considerar hacer los cursos. Le dije que me parecía una estupidez tener que aprender mil quinientas quince preguntas teóricas sobre el manejo, sobre todo porque había tantos términos que nunca usaría. “¿Cuándo chingados voy a poner un chingado remolque?”, – exclamé mientras le daba vueltas a la cerveza. La pintora recriminaba:

“Sí, es un asco. Yo tuve que hacer el examen cuatro veces. Mi padre y madre estaban hasta la coronilla. No podía con las matemáticas. Odio las matemáticas”. “Sí, pinches matemáticas” – repliqué. Como esto no iba a ningún lado, le dije a la pintora que me iría, porque tenía otras cosas que hacer. Ella me dijo que se quedaría otro rato, y que luego vería que haría el grupo. Se despidió de mí, y después de ponerme mi chaqueta de frío, tomé mi bicicleta y me fui a la vieja y confiable: *Arbeitskreis Kultur und Kommunikation*, en la universidad. La *alma mater*, supongo, porque donde estudié el posgrado me sacó la policía de la moral y las buenas costumbres por consumir alcohol en las premisas de los laboratorios del edificio F. En fin. Ahí, recibí el mensaje que cambiaría por siempre mi vida a partir de este momento:



Yo en ese momento estaba en AKK tomándome unas cervezas en absoluta soledad solitaria. Por ahí pasó Rahul, un amigo indio que estaba cerrando algunos temas con la universidad en ese entonces, y un amigo suyo que no recuerdo su nombre. Ahí estuvimos hablando estupideces de la escuela y de la física óptica, en lo que llegaba Ignacio con su amiga venezolana.

And thus, boy meets girl

Don Omar:

Ella empezó de espacio

Ganándome terreno

Y yo que no necesito mucho

pa' calentarme

Se jugó con el pelo

Se mordió los labios

Y yo que no necesito mucho

pa' calentarme

Don Omar y Zion:

Me miró... la miré

Se tocó, me toqué

Y no perdí tiempo en acercarme...

Y le dije...

Que cuando me miró... la miré

Que cuando se tocó... me toqué

Y por eso es que he venido a hablarle

– Pieza original de Don William Omar Landrón con Dr. Prof. Félix Gerardo Ortiz Torres, del poema “*No demasiado*”, de la observación discográfica “King of Kings”, presentado el 23 de mayo de 2006, por la compañía discográfica Machete Music, producido por Eliel, con una duración de tres minutos, treinta y un segundos.

Ende

Ya, la última historia y terminamos.

Isabel se iba definitivamente de Karlsruhe, e hicimos una despedida en el Phono, con todas las personas conocidas. Esa vez, Angélica llegó también con Ignacio, y debido a que ~~Angélica~~ llegaría tarde, por enésima ocasión, pude cruzar dos o tres palabras con Angélica. De esas dos o tres palabras, incluí “es que soy escritor y soy muy enamorado, mira, aquí están las notas”, y le mostré lo que llevaba escrito de ~~Angélica~~. No estaba terminado, pero ya tenía por lo menos dos o tres versiones que revisaba Valentina. Angélica me dijo que le parecía espectacular, y que a ella también le interesaba escribir. “Ah, pues si quieres, intercambiamos teléfonos para que me mandes cosas que hayas escrito, y yo te mando mi libro para que le des una ojeada”. Intercambiamos teléfonos esa noche, y de repente, llegó ~~Angélica~~, irrumpiendo y siendo la estrella de la noche, como de costumbre. Ahí nos saludamos, y por una cosa u otra, desapareció Angélica sin despedirse. No le puse atención, y nos quedamos ahí tomando, y riendo, y despidiendo a Isabel, que nos dijo que nos extrañaría mucho, y que todo muy chévere en este infierno chico llamado

Karlsruhe. Varias jarras de cerveza después, nos dijo: “Chingue a su madre, vamos a mi apartamento al after”. Llegamos ahí unas seis o siete personas a terminarnos las últimas botellas de alcohol que le quedaban a Isabel: Algúna ginebra a medio beber, un tequila de dudosa procedencia, algún ron perdido de alguna noche irrelevante. Ahí nos tomamos lo que quedaba, y yo salía de vez en cuando a fumarne un cigarrillo. Como de costumbre, ~~Aglaadpliesan~~ estaba en modo de ignorarme, y yo por fin perdí la paciencia en este momento. Salí al pequeño balcón a fumarne un cigarrillo, mientras ~~Aglaadpliesan~~ cantaba algunos versos de flamenco con su voz imponente, si bien desafinada, estando escuchando Noel y yo. Noel le dijo: “¡Mano, que buena nota!”. Yo terminé de fumar y me volví a meter al apartamento.

Esta sería la última vez que cruzaríamos ~~Aglaadpliesan~~ y yo una palabra en paz.

Alguna grosería le intercedí a ~~Aglaadpliesan~~ estando ya adentro, diciéndole que estaba deschabetada, o que “pinches viejas miadas”. Lo que le dije era medio poco importante, porque era solamente el último grito desesperado por coger su atención, y por otro lado, la gota que derramaría el vaso de la paciencia de ella. “Ché, ¿Qué te pasa, boludo? Me tenés hasta acá, ¿Oíste? Qué falta de respeto, a mi, a mi persona, ¡Yo que a tí no te hecho nada! Me tenés hasta la coronilla. 3a no quiero saber de nada. Me voy.”. Haciendo una salida triunfal por la puerta, quedándome ahí escuchando las últimas palabras que me dirigiría la última ~~Aglaadpliesan~~ que se me cruzó por la vida. Isabel quedó atónita, pero tampoco muy sorprendida. “Ay, ya sabes cómo es ~~Aglaadpliesan~~. Se le va a pasar” – me dijo. Yo estaba molesta y frustrada porque las cosas no solo estaban yendo lentas. Las cosas no se movían en absoluto. Y yo ya no tenía paciencia. “Marica, es que usted y esa mujer son dinamita pura, fuego con fuego hace esa mierda la hecatombe pura” - decía siempre Andrés. Y el fuego era algo para lo que ya no estaba preparada. Ya estaba... ¿Harta? Hartazgo. Eso tenía, un poco. Sí. Estaba harta.

Estaba hart~~a~~ de intentar y de que todo fuera siempre fuego, truenos, oscuridad. Yo no lo sabía, pero esta era ya la última vez que cruzaría ese fuego, y me entristecí, bastante. Ya no sabía qué más intentar, y sí, por un lado, yo pensaba que la única opción que tendría era vivir la llamarada viva de esa intensidad que siempre me ha caracterizado, de tener a alguien con esa energía implacable, de vivir de noche y dormir apenas. Pero estaba harto, ya. Ahí quedaron dos o tres cosas que Isabel tendría que terminar, cerrar y limpiar la habitación que rentaría en Karlsruhe, y como necesitaba ayuda para transportar unas cosas a la estación de tren, a las seis de la mañana. La última desvelada por ~~Alfonso Sánchez~~ y por extensión, de Isabel. En la estación esperé a que llegara el autobús de Isabel, mientras esperaba que llegara Rosario.

¡Cierto! Si faltaba que llegara la pinche Rosario, que estaba haciendo su gira artística por Europa. Rosario es una amiga de Mazatlán que conocí con Javier en un hostel de Mazatlán. Pero esto ya lo platiqué, hace muchas páginas. Rosario me visitaría en camino a München, puesto que quería asistir a un concierto de noséquébanda que era su favorita, y que tocarían en su cumpleaños. Acordé que se podría quedar en mi apartamento una noche, y que la acompañaría a München a ver a su pinche banda sarriada. Ella se fue un día después a München, en lo que yo terminaba de trabajar, y conseguí un hotel bastante decadente, pero muy cerca de la estación de tren. Muy barato, además. Me costó unos 50 euros la noche, que dividimos en mitad para pagar lo menos posible estando en la capital bávara. Ese día, se fué Isabel y llegó Rosario. En fin, cerrando capítulos de la mejor manera.

Pobre Chayo, yo ya estaba muy verguiado por la situación de ~~Alfonso Sánchez~~ y estando en München, la verdad ni ganas tenía de estar en el concierto. Estaba harto de todo, así que al concierto solo fui a dejarla, me fui a la parte trasera a

escuchar la música, pero solo me tomé un refresco de maracuya, porque ni ganas de tomar tenía, en lo que llegaba la pinche Rosario al lugar del concierto. Llegó y se fue hasta el frente del escenario. Yo escuché dos canciones, me di cuenta que fue un error haber pagado treinta euros por ver una banda que me valía verga, y le dije que me iría al hotel. Al día siguiente, a eso de las siete de la mañana, me salí del hotel como comadreja y tomé el tren de vuelta a Karlsruhe.

Esa vez, en el vaivén de las cosas que no estaban saliendo del todo bien, hablé con Angélica por primera vez a través de texto. Estaba desvelado y triste, y solo le mandé las más recientes versiones de lo que tenía escrito. Me preguntó sobre la joda de la noche de anoche, y que se había ido a bailar una hora. Yo recién volvía de dejar a Isabel en la estación de tren, a las diez de la maldita mañana. Me dijo que comiera una sopita, y le dije que no. Que comería unas arepitas con quesini y guacamolini.

Me dijo: “¿Haces delivery?”.

Y pues, no, no hago delivery, Angélica. Pero como sabríamos, en ese momento, que te haría delivery hasta el día que nos cansemos y no nos den las piernas. Esperemos, que este trayecto, dure mucho tiempo, porque ahora, y tú no lo sabes, pero me vas a curar de todas las ~~Algodoneras~~ ~~Algodoneras~~ de la tierra. Algo complicado y que de a poco fue sucediendo, pero... bueno. Tú qué vas a saber, Angélica.

Veámos como hacemos ese delivery.

desaparecida: un adendo

A casi doce años del comienzo de mi proceso migratorio, la situación geopolítica ha cambiando muchísimo. Lejos quedan las declaratorias neoliberales de libre tránsito para los pueblos. Lejos quedaron las centenas de ofertas laborales en línea por el terrible *Fachkraftmangel* en Alemania. Lejos quedaron las personas en las estaciones centrales de ciudades enteras dando la bienvenida a los asilantes sirios huyendo de la guerra. “¡Wir schaffen das!” suena a algo que ya hoy en día jamás se escucharía en la voz de una cabeza de gobierno, ostensiblemente no demeritada por una monstruosa alopecia inesperada.

Nada de eso, mae. Un ferviente nacionalismo inspirado por la salida de la unión europea del Reino Unido, exitosas campañas de gobiernos de extrema derecha dentro de Europa y las Américas, y una acelerada erosión de los espacios en línea por actores malignos ha llevado a que, lentamente, ser foráneo se haya vuelto más un suplicio de lo que ya de por sí es un trecho cuesta arriba.

A veces, nos quieren poner en contra de nuestras hermanas migrantes. Cuando escucho a alguien usar “El Oeste” como un sistema de organización, como un sistema de exclusión, me da un poco de dolor de estómago. El Oeste, como dijo Natalie Wynn en 2018, puede significar cualquier cosa que sea necesaria para la narrativa en turno. Puede significar cualquier cosa que no sea China o el Medio Oriente, cualquier cosa que no sea El Comunismo, cualquier cosa que no sean los latinos en los Estados Unidos de América, a pesar que latinoamérica es primordialmente católica (mas no protestante, pero pues es el mismo güey a la final que uno le reza) o que la URSS valió verga hace 30 años.

La última vez que fui a México viajé por Baja California Sur. Me sorprendió la cantidad de foráneos que había a lo largo y ancho de la costa, de las montañas, de los pueblos que había entre La Paz y San José del Cabo. Las personas locales piensan que está bien, a veces, que le da un aire de exclusividad y seguridad a los pueblos, todos adornados con anuncios en inglés rentando cuatrimotos o vehículos todo terreno o tablas de surfear o comida carísima, aún más cara que los restaurantes más culeros que hube visitado en Alemania. Lo mismo le pasó a Benidorm, pero por los británicos. Lo mismo pasó en Sayulita, lo mismo pasa en Costa Rica, en Panamá, en Yucatán y en Cancún. Según escucho, lo mismo le pasó a Hawai'i. Pero nunca he estado allí.

Han pasado muchos años, pero supongo que lo mismo pasa en Mazatlán. Es casi como si los lugares en donde vale la pena vivir y existir ya no pertenecieran a las personas que viven y trabajan allí. En la Ciudad de México siempre uno escucha que “¡Ya no cabemos!”, que la ciudad está colapsada. Pero desde 2020, aparentemente, se hizo suficiente espacio para las nómadas digitales, concepto que desprecio profundamente, para desplazar familias, trabajadoras de todo tipo, y todo para hacer espacio para alguien que pueda pagarlo. Los demás, a las periferias.

En Guadalajara sufrí mucho la última vez que estuve, porque pareciera que todo el desarrollo se estuviera haciendo hacia afuera de Guadalajara. La ciudad se sentía a la par llenísima de automóviles, y el transporte público aún más culero de como lo dejé hace veinte años. ¡Veinte años! Y todo estaba igual de culero que siempre.

Me sorprendió lo miserable que estaba la estación Periférico Sur del tren ligero. Lejos estaban las memorias de una estación ajetreada pero relativamente funcional. Nada de eso vi cuando llegamos esta última vez. Todo estaba más culero y cochino que lo que recordaba, y el transporte público igualmente colapsado por todos lados, en ambas direcciones, para todos lados.

Todo está de la verga para las personas que necesitan el transporte público. Las veces que tuve que transportarme en transporte privado, solamente escuchaba al fondo las infinitas horas que toman para llegar de un lado a otro. Dos horas en un vehículo automotor. Dos putas horas para ir y venir a cualquier lado. Dos horas de la vida perdidas, porque no hay escapatoria. Todos los automóviles, autobuses, todos valiendo verga y sufriendo el mismo suplicio. Aún en el tráfico más culero que hube experimentado en los Estados Unidos de América, no recordaba la extrema desesperación que me causó ese puto encierro,

Y pensaba ¿No mames, cómo puedo volver a esto?

Disfruto, por un lado, que puedo llevar a Elías a la escuela en la bicicleta sin temor a convertirme en una bicicleta blanca, y otra más pequeña que la mía, porque ¿A quién se le ocurre andar en bicicleta por Guadalajara? Desprecio, por otro lado, tener que estar viendo por la rabadilla cada vez que hablo con Elías en Español. Desprecio profundamente tener que estar pensando, frecuentemente, que un viejo hijo de puta nos diga algo por estar hablando en Español. Vivo constantemente con algo que le digo a personas que conozco sobre mi acercamiento a esta violenta sociedad contra el inmigrante: Uno no puede estar con la espada desenvainada todo el tiempo. Al contrario, uno parecería un tanto violento de esa manera, y ya de por sí ser un inmigrante se siente como un fallo moral constante. No, nada de eso. Hay que vivir con la mano en la espada, y con la lengua siempre afilada en caso de que uno tenga que decirle a una puta vieja bruja de lo que se va a morir por ser tan racista, ignorante y jedionda.

Aprecio, por un lado, no tener que vivir con las ventanas tapadas por una reja por la que tengo que ver como un pájaro atrapado en una jaula de oro, o detrás de un complejo sistema de seguridad privada para no tener que vivir detrás de barrotes, con un terror constante de que se metan a robar alguna cosa del apartamento. Ya me pasó una vez en La Calma, cuando tuvimos que cambiar la chapa porque unos hijos de su puta madre se metieron a robar unas laptops y el dinero para pagar el cable.

Disfruto, por otro lado, el saber que después de muchos años, esa *disforia* que tenía viviendo en mundos a los que no pertenezco. Por fin, después de tantos años viviendo una incomodidad por no pertenecer a ningún lado, siento un poco de paz sabiendo que nunca voy a ser alemán. Vamos, podré tener un pasaporte alemán, podré tener un *Personalausweis*, y podré votar o tener un grado académico alemán, y hablar alemán en la mejor de las capacidades que me lo permita la paciencia de aprender a hablar alemán, pero yo sé que nunca voy a ser alemán. Y estoy en paz con eso. No me causa sufrimiento la impertenencia, no me causa dolor el no sentir nada cuando escuche el himno nacional alemán.

Mientras no me estén chingando, creo que podemos estar conviviendo en paz, Alemania.

¿Pero pues, qué me queda a fin de cuentas?

¿Está bien vivir así, en un mundo en el que ser inmigrante sea una falla? ¿Vale la pena volver a la tierra y ver que tienen los cerros agujereados? ¿Las ciudades tomadas por expatriados? ¿Las playas privatizadas? ¿Los gobiernos coartados por los poderes fácticos? No, no. No hay a dónde ir cuando se es pobre.

Porque ser inmigrante, y pobre, y del sur global, es simplemente un infinito bucle de no caber en ningún lado. De sentir que no cambemos en ningún lado. De que nos hagan caras, por no haber tenido suerte al nacer.

Y aquí intentamos hacernos un lugar en una esquina. Lejos de donde nos vean. Porque aquí nos hicimos un chiringuito. Una luz donde antes había penumbras.

Aquí estamos, inmigrando, porque la pangea se quebró hace años.

Y a veces, tenemos suerte y nos encontramos a otros inmigrantes que hacen el espacio más como la tierrita.

30 *epílogo*

Creo que nunca expliqué mi absurda obsesión con llamar a todos los finales “epílogo”,

Cuando niño, tenía solamente un libro de historietas que consideraba mi literatura fundamental: *El Santos contra la tetona Mendoza*, volumen uno, de Jis y Trino. Extraño libro para ser uno de mis favoritos a tan corta edad, pero por un lado, estaba disponible en la librería familiar, como parte de las publicaciones del periódico *La Jornada*, y se publicó en 1996. Dicho esto, muchas de las historietas terminaban con un cuadro llamado *Epílogo*. Me parece, aún hoy en día, una fabulosa manera de cerrar un cartón. Natalia, en su extraña benevolencia, me regaló solo dos cosas que aprecio mucho que las comprendiera de mi: Una colección de los libros del Santos contra la tetona Mendoza, que se encuentran hoy en día en Los Mochis, Sinaloa, y el disco *Mama, I am Satan* de Cursive.

Me encuentro a mis treinta y ocho años ya muy alejado de mis dulces 27 cuando pasaron muchas de estas cosas. Ahora, henchido no por la cerveza, sino porque el cuerpo cede y las cosas no se mantienen paradas como uno quisiera, observo tantas pinches historias pendejas que me pasaron y pienso: “¿Es en verdad necesario haberme expuesto tanto? ¿Alguna forma de ficción no hubiera sido más agradable? ¿Estas historias llegaron a alguien que no sean mis amistades y gente a quien le vendo este libro en estado de ebriedad?”. No lo sé. No importa, en realidad.

Aquí me encuentro, henchido de culpas, de terrores nocturnos que no se van, de historias que no están escritas aquí, por un lado porque no son historias mías, luego entonces no me quería ver envuelto en líos legales con mi abogado de confianza, Salomón Javier, y estando embarullado yendo a los juzgados porque injerí en historias que no eran mías para contar. Luego entonces, así quedan varias historias, pendientes de

contarse en papel, porque nunca escatimaré en contarlas ya pedo y poniéndome honesto con la afición.

Me encuentro también embarullado queriendo hacer un doctorado, porque cómo chingados iba a permitir que mi mujer fuera doctora y yo no. Me encuentro al final en una maraña de mentiras y accidentes que me llevan a hacer todo a las carreras, a prisa, porque se me acaba el tiempo, y también quiero que Elías me recuerde con cariño, y que Angélica no baile en mi tumba cuando por fin me haga calavera.

Me encuentro henchido de Alemania, también. Por fin se me reconoce como *Bürger*, a pesar de que la situación política y social es muy distinta a lo que encontré ese fatídico 2014. No, ya nada de políticas liberales a favor de una sociedad abierta, pluricultural y que dice a la par de una señora cachetona y de pelo corto: “*¡Wir schaffen das!*” – Nada de eso. No me ha pasado directamente, y siendo francos, la situación no me ha llegado a la puerta de la casa. Sí, claro, la vecina del último piso nos hace caras feas cuando entra, y no nos saluda, pero es por tirriente y, quiero pensar, porque es algo de racista que le queda en su corazón. Pero no la justifico.

Irónicamente, esa disforia que vivo ahora, siendo un inmigrante nacionalizado tras haber invertido una parte sustancial de mi vida viviendo en Alemania, es resultado de una disforia de impertinencia que he sentido toda mi vida: En Ciudad de México; en Los Mochis, Sinaloa; en Guadalajara, Jalisco. Un sinlugar, toda mi vida. Sin encajar, siempre por las posiciones limítrofes del mundo, en las periferias. Siendo joto y raro por allá, en un lugar donde nunca sentí que pertenecía.

Al menos ahora sé que el desprecio que me tienen es justificado, por haber venido a arruinar una nación entera porque le pongo demasiado chile a la comida.

Vaya, encontré calma en la impertinencia.



Este libro fue completamente escrito, editado y publicado por una persona, Qrlando Tqrrres, sin ayuda de modelos grandes de lenguaje, inteligencia artificial, o similares. Cuando empecé este proyecto no pensé que sería necesario hacer esta anotación pero henos aquí en 2026.

